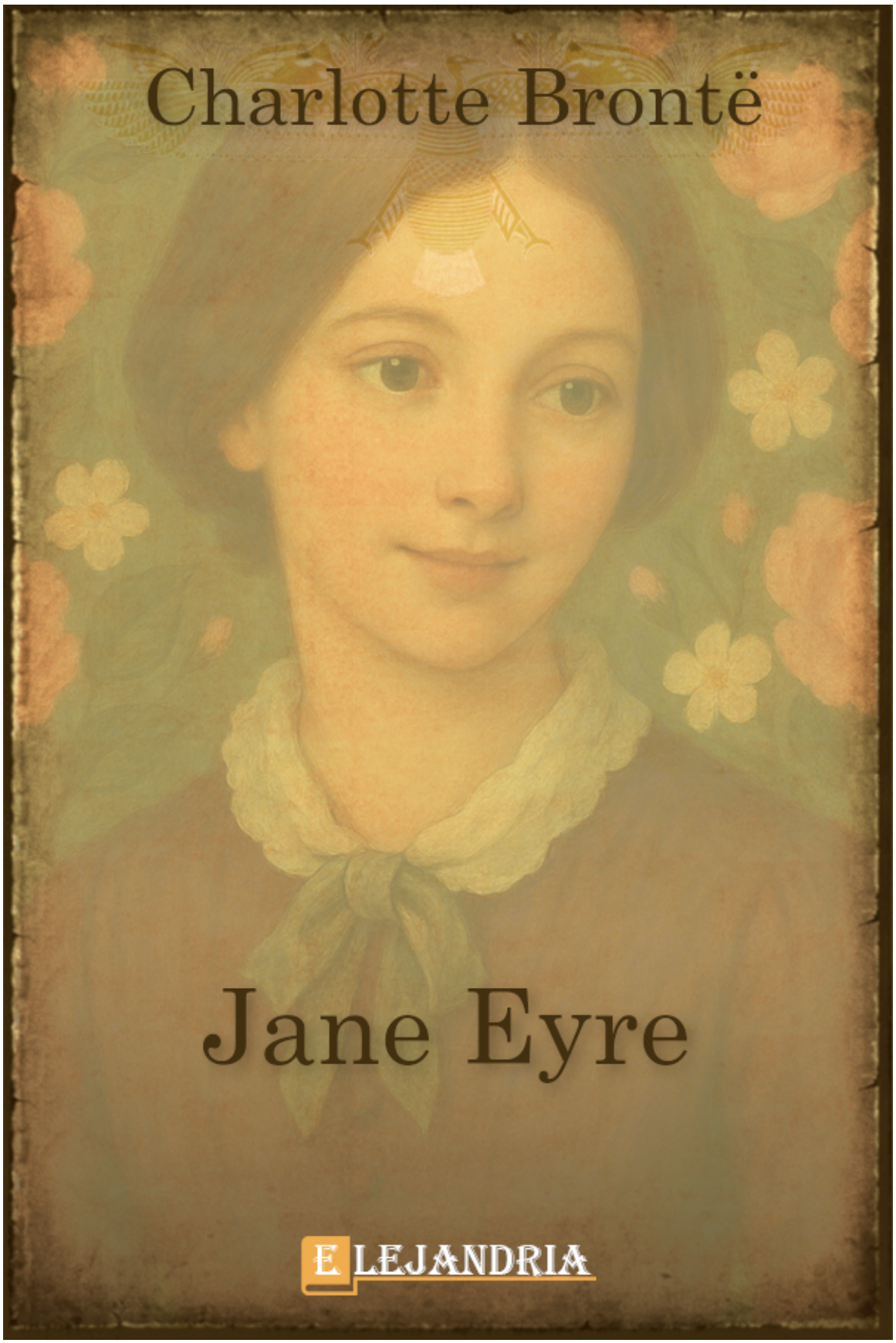
Charlotte Brontë



Jane Eyre

ELEJANDRIA


Charlotte Brontë
Jane Eyre
ELEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

JANE EYRE

CHARLOTTE BRONTË

PUBLICADO: 1847
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
ILUSTRADOR: F. H. TOWNSEND
EDICIÓN ORIGINAL: SERVICE AND; PATON 5, HENRIETTA STREET,1897, LONDON

Jane Eyre

Capítulo I

Aquel día no hubo posibilidad de salir de paseo. Por la mañana, es cierto, habíamos estado vagando durante una hora entre los arbustos deshojados; pero desde la comida (la señora Reed, cuando no había invitados, comía temprano) el frío viento invernal había traído consigo nubes tan sombrías y una lluvia tan penetrante que cualquier otro ejercicio al aire libre quedaba ya descartado.

Me alegré de ello: nunca me gustaron los paseos largos, especialmente en las tardes frías. Me resultaba espantoso volver a casa en el crudo crepúsculo, con los dedos de pies y manos amoratados por el frío, el corazón entristecido por las regañinas de Bessie, la niñera, y humillada por la conciencia de mi inferioridad física con respecto a Eliza, John y Georgiana Reed.

Los mencionados Eliza, John y Georgiana estaban ahora congregados en torno a su mamá en el salón: ella yacía reclinada en un sofá junto a la chimenea y, con sus queridos a su alrededor (que por el momento ni reñían ni lloraban), parecía perfectamente feliz. A mí me había dispensado de unirme al grupo, diciendo:

—Lamento verme en la necesidad de mantenerte a distancia; pero hasta que no tenga noticias de Bessie y pueda comprobar por mi propia observación que te estás esforzando de veras por adquirir una disposición más sociable e infantil, un talante más atractivo y vivaz —algo más ligero, más franco, más natural, por así decirlo—, debo excluirte de unos privilegios destinados únicamente a los niños pequeños, contentos y felices.

—¿Qué dice Bessie que he hecho? —pregunté.

—Jane, no me gustan los quejosos ni los preguntones; además, hay algo verdaderamente inaceptable en un niño que se encara de esa manera con sus mayores. Siéntate en alguna parte y, hasta que puedas hablar con amabilidad, permanece en silencio.

Un comedor de diario colindaba con el salón; me deslicé hasta allí. Contenía una librería; pronto me hice con un volumen, cuidando que fuera uno lleno de ilustraciones. Me subí al asiento del ventanal y, recogiendo los pies, me senté con las piernas cruzadas, como un turco; y, habiendo corrido la cortina de moer rojo hasta dejarla casi cerrada, quedé consagrada en un doble retiro.

Pliegues de pañería escarlata me cerraban la vista a la derecha; a la izquierda estaban los claros cristales de la ventana, que me protegían, pero no me separaban, del lúgubre día de noviembre. A ratos, mientras pasaba las hojas de mi libro, estudiaba el aspecto de aquella tarde de invierno. A lo lejos, ofrecía una pálida extensión de niebla y nubes; de cerca, una escena de césped mojado y arbustos azotados por la tormenta, con una lluvia incesante que barría con furia ante una prolongada y lastimera ráfaga de viento.

Volví a mi libro: la Historia de las aves británicas de Bewick. El texto, en general, me importaba poco; y sin embargo, había ciertas páginas introductorias que, a pesar de mi corta edad, no podía pasar por alto. Eran aquellas que trataban de los refugios de las aves marinas; de «las solitarias rocas y promontorios» habitados únicamente por ellas; de la costa de Noruega, salpicada de islas desde su extremo sur, el Lindeness, o Naze, hasta el Cabo Norte:

«Donde el Océano Boreal, en vastos remolinos,

Hierve en torno a las desnudas y melancólicas islas

De la lejana Thule; y el oleaje del Atlántico

Se vierte entre las tormentosas Hébridas».

Tampoco podía pasar por alto la evocación de las desoladas costas de Laponia, Siberia, Spitzbergen, Nueva Zembla, Islandia, Groenlandia, con «la vasta extensión de la Zona Ártica, y esas regiones desamparadas de espacio lúgubre —ese depósito de escarcha y nieve, donde firmes campos de hielo, acumulación de siglos de inviernos, vidriados en alturas alpinas sobre alturas, rodean el polo y concentran los múltiples rigores del frío extremo». De estos reinos de blancura mortal me formé una idea propia: sombría, como todas las nociones a medio comprender que flotan confusamente en los cerebros infantiles, pero extrañamente impresionante. Las palabras de estas páginas introductorias se conectaban con las viñetas siguientes y daban significado a la roca que se alzaba solitaria en un mar de olas y espuma; al bote roto varado en una costa desolada; a la luna fría y espectral que se asomaba entre barrotes de nubes sobre un naufragio a punto de hundirse.

No sabría decir qué sentimiento rondaba el cementerio completamente solitario, con su lápida inscrita; su verja, sus dos árboles, su bajo horizonte, ceñido por un muro derruido, y su luna creciente recién aparecida, que atestiguaba la hora del atardecer.

Los dos barcos encalmados en un mar aletargado, creí que eran fantasmas marinos.

Al demonio que sujetaba el fardo del ladrón a su espalda, lo pasé de largo rápidamente: era un objeto de terror.

También lo era la cosa negra con cuernos sentada en lo alto de una roca, que contemplaba a una multitud lejana que rodeaba un patíbulo.

Cada imagen contaba una historia; a menudo misteriosa para mi entendimiento no desarrollado y mis sentimientos imperfectos, pero

siempre profundamente interesante: tan interesante como los cuentos que Bessie narraba a veces en las tardes de invierno, cuando le daba por estar de buen humor; y cuando, habiendo traído su tabla de planchar al hogar del cuarto de los niños, nos permitía sentarnos a su alrededor y, mientras almidonaba los volantes de encaje de la señora Reed y ondulaba los bordes de sus gorros de dormir, alimentaba nuestra ávida atención con pasajes de amor y aventura sacados de viejos cuentos de hadas y otras baladas; o (como descubrí más tarde) de las páginas de Pamela y de Henry, conde de Moreland.

Con Bewick en mi regazo, era feliz entonces; feliz, al menos, a mi manera. No temía nada salvo la interrupción, y esta llegó demasiado pronto. La puerta del comedor de diario se abrió.

—¡Bu! ¡Señora Mustia! —gritó la voz de John Reed; luego hizo una pausa: encontró la habitación aparentemente vacía.

—¡Dónde diablos se ha metido! —continuó—. ¡Lizzy! ¡Georgy! (llamando a sus hermanas). Joan no está aquí; decidle a mamá que ha salido corriendo bajo la lluvia. ¡Mal bicho!

«Menos mal que corrí la cortina», pensé; y deseé fervientemente que no descubriera mi escondite. John Reed no lo habría encontrado por sí mismo; no era rápido ni de vista ni de ingenio; pero Eliza asomó la cabeza por la puerta y dijo al instante:

—Está en el asiento del ventanal, por supuesto, Jack.

Y salí de inmediato, pues temblaba ante la idea de que el tal Jack me sacara a rastras.

—¿Qué quieres? —pregunté, con torpe timidez.

—Di: «¿Qué desea, señorito Reed?» —fue la respuesta—. Quiero que vengas aquí —y, sentándose en un sillón, me indicó con un gesto que debía acercarme y permanecer de pie ante él.

John Reed era un escolar de catorce años; cuatro años mayor que yo, pues yo solo tenía diez. Era grande y corpulento para su edad, con una piel de tono apagado y malsano; facciones toscas en un

rostro ancho, miembros pesados y extremidades grandes. Se atiborraba habitualmente en la mesa, lo que lo volvía bilioso y le daba una mirada turbia y legañosa y unas mejillas flácidas. Debería haber estado en la escuela; pero su mamá lo había traído a casa por un mes o dos, «a causa de su delicada salud». El señor Miles, el director, afirmaba que le iría muy bien si le enviaran menos pasteles y dulces desde casa; pero el corazón de la madre rechazó una opinión tan dura y se inclinó más bien por la idea más refinada de que la palidez de John se debía al exceso de estudio y, quizás, a la nostalgia de su hogar.

John no sentía mucho afecto por su madre y sus hermanas, y sí una antipatía hacia mí. Me acosaba y castigaba, no dos o tres veces por semana, ni una o dos veces al día, sino continuamente; cada nervio de mi cuerpo le temía, y cada partícula de carne de mis huesos se encogía cuando se acercaba. Había momentos en los que me sentía abrumada por el terror que inspiraba, porque no tenía recurso alguno contra sus amenazas o sus castigos; a los criados no les gustaba ofender a su joven amo tomando partido por mí en su contra, y la señora Reed era ciega y sorda al respecto: nunca lo vio pegarme ni lo oyó insultarme, aunque hacía ambas cosas de vez en cuando en su propia presencia, pero con más frecuencia a sus espaldas.

Habitualmente obediente a John, me acerqué a su silla. Pasó unos tres minutos sacándome la lengua todo lo que podía sin dañarse las raíces. Supe que pronto me pegaría, y mientras temía el golpe, reflexionaba sobre el aspecto repugnante y feo de quien iba a propinármelo. Me pregunto si leyó esa idea en mi rostro, pues, de repente, sin hablar, me golpeó súbita y fuertemente. Me tambaleé y, al recuperar el equilibrio, retrocedí uno o dos pasos de su silla.

—Eso es por tu impertinencia al contestar a mamá hace un rato —dijo—, y por tu forma rastrera de esconderte detrás de las cortinas, y por la mirada que tenías en los ojos hace dos minutos, ¡rata!

Acostumbrada a los insultos de John Reed, nunca se me ocurrió responderle; mi preocupación era cómo soportar el golpe que sin

duda seguiría al insulto.

—¿Qué hacías detrás de la cortina? —preguntó.

—Estaba leyendo.

—Enséñame el libro.

Regresé a la ventana y lo traje de allí.

—No tienes derecho a coger nuestros libros; eres una mantenida, dice mamá; no tienes dinero; tu padre no te dejó nada; deberías mendigar, y no vivir aquí con hijos de caballeros como nosotros, comer lo mismo que comemos y vestir ropa a expensas de nuestra mamá. Ahora te enseñaré a no hurgar en mis estanterías, porque son mías; toda la casa me pertenece, o lo hará en pocos años. Ve y ponte junto a la puerta, fuera del alcance del espejo y las ventanas.

Así lo hice, sin darme cuenta al principio de cuál era su intención; pero cuando lo vi levantar y sopesar el libro, dispuesto a lanzarlo, instintivamente me aparté con un grito de alarma. Sin embargo, no fue lo bastante rápido; el volumen fue arrojado, me golpeó y caí, dándome con la cabeza en la puerta y abriéndome una brecha. La herida sangraba, el dolor era agudo: mi terror había pasado su clímax; le sucedieron otros sentimientos.

—¡Niño malvado y cruel! —dije—. ¡Eres como un asesino, eres como un negrero, eres como los emperadores romanos!

Había leído la Historia de Roma de Goldsmith y me había formado mi propia opinión sobre Nerón, Calígula, etc. También había establecido paralelismos en silencio, que nunca pensé que llegaría a declarar en voz alta.

—¡Qué! ¡Qué! —gritó—. ¿Me ha dicho eso a mí? ¿La habéis oído, Eliza y Georgiana? ¿A que se lo digo a mamá? Pero primero…

Se abalanzó sobre mí; sentí cómo me agarraba del pelo y del hombro. Se había topado con algo desesperado. Realmente vi en él a un tirano, a un asesino. Sentí una o dos gotas de sangre de mi cabeza resbalar por mi cuello y fui consciente de un sufrimiento algo

punzante: estas sensaciones predominaron por un momento sobre el miedo, y lo recibí de forma frenética. No sé muy bien qué hice con las manos, pero él me llamó «¡Rata! ¡Rata!» y se puso a bramar. La ayuda estaba cerca: Eliza y Georgiana habían corrido a buscar a la señora Reed, que había subido a su cuarto; apareció en escena, seguida por Bessie y su doncella, Abbot. Nos separaron; oí las palabras:

—¡Cielos! ¡Qué furia al atacar al señorito John!

—¡Jamás se ha visto semejante arrebato de ira!

Entonces la señora Reed añadió:

—Lleváosla al cuarto rojo y encerradla allí.

Cuatro manos se posaron inmediatamente sobre mí y fui conducida escaleras arriba.

Capítulo II

Me resistí durante todo el camino: algo nuevo para mí, y una circunstancia que fortaleció enormemente la mala opinión que Bessie y la señorita Abbot estaban dispuestas a tener de mí. Lo cierto es que estaba un poco fuera de mis cabales; o más bien fuera de mí, como dirían los franceses. Era consciente de que un momento de motín ya me había hecho merecedora de extraños castigos y, como cualquier otro esclavo rebelde, me sentí resuelta, en mi desesperación, a llegar hasta el final.

—Sujétele los brazos, señorita Abbot; parece un gato rabioso.

—¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza! —exclamó la doncella—. ¡Qué conducta tan espantosa, señorita Eyre, golpear a un joven caballero, el hijo de su benefactora! Su joven amo.

—¡Amo! ¿Cómo es él mi amo? ¿Soy yo una criada?

—No; es usted menos que una criada, pues no hace nada a cambio de su sustento. Ea, siéntese y reflexione sobre su maldad.

Para entonces ya me habían metido en la habitación indicada por la señora Reed y me habían empujado sobre un taburete. Mi impulso fue levantarme de un salto; sus dos pares de manos me detuvieron al instante.

—Si no se está quieta, habrá que atarla —dijo Bessie—. Señorita Abbot, présteme sus ligas; las mías las rompería de inmediato.

La señorita Abbot se dispuso a despojar una robusta pierna de la necesaria ligadura. Esta preparación para las ataduras, y la ignominia adicional que implicaba, aplacó un poco mi agitación.

—No se las quite —grité—; no me moveré.

Como garantía, me aferré a mi asiento con las manos.

—A ver si es verdad —dijo Bessie; y cuando se hubo cerciorado de que realmente me estaba calmando, me soltó. Entonces ella y la señorita Abbot se quedaron de brazos cruzados, mirándome el rostro con aire sombrío y dubitativo, como incrédulas de mi cordura.

—Nunca había hecho algo así —dijo finalmente Bessie, volviéndose hacia la doncella.

—Pero siempre lo ha llevado dentro —fue la respuesta—. Le he dicho a la señora mi opinión sobre la niña muchas veces, y la señora estaba de acuerdo conmigo. Es una pequeña hipócrita; nunca he visto a una niña de su edad con tanta doblez.

Bessie no respondió; pero al poco rato, dirigiéndose a mí, dijo:

—Debería ser consciente, señorita, de que tiene obligaciones con la señora Reed: ella la mantiene. Si la echara, tendría que ir al hospicio.

No tuve nada que decir a estas palabras: no eran nuevas para mí. Mis primerísimos recuerdos de la existencia incluían insinuaciones del mismo tipo. Este reproche a mi dependencia se había convertido en una vaga cantinela en mis oídos: muy dolorosa y aplastante, pero solo a medias inteligible. La señorita Abbot intervino:

—Y no debería creerse igual a las señoritas Reed y al señorito Reed, porque la señora amablemente le permite criarse con ellos. Ellos tendrán mucho dinero, y usted no tendrá nada; su lugar es ser humilde y tratar de resultarles agradable.

—Lo que le decimos es por su bien —añadió Bessie, con voz nada áspera—, debería tratar de ser útil y agradable, entonces, quizás, tendría un hogar aquí; pero si se vuelve apasionada y grosera, la señora la echará, estoy segura.

—Además —dijo la señorita Abbot—, Dios la castigará. Podría fulminarla en medio de sus rabietas, y entonces, ¿adónde iría? Venga, Bessie, dejémosla. No querría tener su corazón por nada del mundo. Rece sus oraciones, señorita Eyre, cuando esté a solas; porque si no se arrepiente, podría permitirse que algo malo bajara por la chimenea y se la llevara.

Se fueron, cerrando la puerta y echando la llave tras de sí.

El cuarto rojo era una estancia cuadrada en la que muy rara vez se dormía; diría que nunca, en realidad, a menos que una afluencia casual de visitantes a Gateshead Hall hiciera necesario aprovechar todo el alojamiento que contenía. Sin embargo, era una de las habitaciones más grandes y majestuosas de la mansión. Una cama sostenida por macizos pilares de caoba, con cortinas de damasco de un rojo intenso, se alzaba como un tabernáculo en el centro; las dos grandes ventanas, con las persianas siempre bajadas, estaban medio ocultas por festones y caídas de una pañería similar; la alfombra era roja; la mesa a los pies de la cama estaba cubierta con un paño carmesí; las paredes eran de un suave color cervato con un matiz rosado; el armario, el tocador y las sillas eran de caoba antigua y oscura, muy pulida. De entre estas profundas sombras

circundantes se elevaban, altas y de un blanco resplandeciente, las pilas de colchones y almohadas de la cama, cubiertas con una nívea colcha de Marsella. Apenas menos prominente era un amplio sillón orejero cerca de la cabecera de la cama, también blanco, con un escabel delante; y que parecía, a mi entender, un pálido trono.

Esta habitación era fría, porque rara vez se encendía fuego en ella; era silenciosa, porque estaba alejada del cuarto de los niños y de la cocina; solemne, porque se sabía que muy pocas veces se entraba en ella. Solo la doncella venía aquí los sábados, para limpiar de los espejos y los muebles el polvo silencioso de una semana; y la propia señora Reed, a intervalos muy espaciados, la visitaba para revisar el contenido de cierto cajón secreto del armario, donde se guardaban diversos pergaminos, su joyero y una miniatura de su difunto esposo; y en estas últimas palabras yace el secreto del cuarto rojo, el hechizo que lo mantenía tan solitario a pesar de su grandeza.

El señor Reed había muerto hacía nueve años; fue en esta cámara donde exhaló su último aliento; aquí yació de cuerpo presente; de aquí su ataúd fue transportado por los hombres de la funeraria; y, desde aquel día, una sensación de lúgubre consagración lo había protegido de intrusiones frecuentes.

Mi asiento, al que Bessie y la agria señorita Abbot me habían dejado remachada, era un puf bajo cerca de la chimenea de mármol; la cama se alzaba ante mí; a mi derecha estaba el armario alto y oscuro, con reflejos tenues y quebrados que variaban el brillo de sus paneles; a mi izquierda, las ventanas amortiguadas; un gran espejo entre ellas repetía la vacía majestuosidad de la cama y la habitación. No estaba muy segura de si habían cerrado la puerta con llave; y cuando me atreví a moverme, me levanté y fui a ver. ¡Ay, sí! Ninguna cárcel fue jamás más segura. Al regresar, tuve que cruzar frente al espejo; mi mirada fascinada exploró involuntariamente la profundidad que revelaba. Todo parecía más frío y oscuro en aquel hueco visionario que en la realidad; y la extraña figurita que allí me contemplaba, con un rostro y unos brazos blancos que salpicaban la

penumbra, y unos ojos brillantes de miedo que se movían donde todo lo demás estaba quieto, tenía el efecto de un espíritu real: me pareció uno de esos diminutos fantasmas, mitad hada, mitad duende, que los cuentos vespertinos de Bessie representaban saliendo de solitarias cañadas cubiertas de helechos en los páramos y apareciéndose ante los ojos de los viajeros rezagados. Volví a mi taburete.

La superstición estaba conmigo en aquel momento; pero aún no era su hora de victoria completa: mi sangre todavía estaba caliente; el ánimo de la esclava rebelde aún me sostenía con su amargo vigor; tuve que contener un rápido torrente de pensamientos retrospectivos antes de acobardarme ante el lúgubre presente.

Todas las violentas tiranías de John Reed, toda la orgullosa indiferencia de sus hermanas, toda la aversión de su madre, toda la parcialidad de los criados, afloraron en mi mente perturbada como un oscuro sedimento en un pozo turbio. ¿Por qué sufría yo siempre, siempre intimidada, siempre acusada, por siempre condenada? ¿Por qué nunca podía complacer? ¿Por qué era inútil intentar ganarme el favor de nadie? Eliza, que era testaruda y egoísta, era respetada. Georgiana, que tenía un carácter mimado, un rencor muy agrio, un porte capcioso e insolente, era universalmente consentida. Su belleza, sus mejillas sonrosadas y sus rizos dorados parecían deleitar a todos los que la miraban y comprar la indulgencia para cada falta. A John nadie le contrariaba, y mucho menos le castigaba; aunque retorcía el pescuezo de las palomas, mataba a los pavitos, azuzaba a los perros contra las ovejas, despojaba de sus frutos las vides del invernadero y arrancaba los capullos de las plantas más selectas del conservatorio; también llamaba a su madre «vieja»; a veces la injuriaba por su piel oscura, similar a la suya; desatendía sin miramientos sus deseos; no con poca frecuencia rasgaba y estropeaba sus vestidos de seda; y aun así era «su querido tesoro». Yo no osaba cometer ninguna falta; me esforzaba por cumplir con todos mis deberes; y era tildada de traviesa y fastidiosa, de huraña y taimada, desde la mañana hasta el mediodía, y desde el mediodía hasta la noche.

Aún me dolía y sangraba la cabeza por el golpe y la caída que había recibido; nadie había reprendido a John por golpearme gratuitamente; y porque me había vuelto contra él para evitar una mayor violencia irracional, se me cargaba con el oprobio general.

«¡Injusto! ¡Injusto!», decía mi razón, forzada por el angustioso estímulo a un poder precoz aunque transitorio. Y la Determinación, igualmente exaltada, instigaba algún extraño recurso para lograr escapar de una opresión insoportable, como huir o, si eso no podía llevarse a cabo, no volver a comer ni a beber y dejarme morir.

¡Qué consternación del alma la mía aquella lúgubre tarde! ¡Cómo estaba todo mi cerebro en tumulto, y todo mi corazón en insurrección! ¡Y sin embargo, en qué oscuridad, en qué densa ignorancia, se libraba la batalla mental! No podía responder a la incesante pregunta interna: ¿por qué sufría yo así? Ahora, a la distancia de —no diré cuántos— años, lo veo claramente.

Yo era una discordancia en Gateshead Hall: no me parecía a nadie de allí; no tenía nada en armonía con la señora Reed o sus hijos, o su selecto vasallaje. Si ellos no me amaban, de hecho, tampoco yo los amaba a ellos. No estaban obligados a mirar con afecto a un ser que no podía simpatizar con ninguno de ellos; un ser heterogéneo, opuesto a ellos en temperamento, en capacidad, en inclinaciones; un ser inútil, incapaz de servir a sus intereses o de aumentar su placer; un ser nocivo, que albergaba los gérmenes de la indignación por su trato, del desprecio por su juicio. Sé que si hubiera sido una niña optimista, brillante, despreocupada, exigente, hermosa y juguetona —aunque igualmente dependiente y sin amigos—, la señora Reed habría soportado mi presencia con más complacencia; sus hijos habrían sentido por mí más de la cordialidad del compañerismo; los criados habrían sido menos propensos a convertirme en el chivo expiatorio del cuarto de los niños.

La luz del día comenzó a abandonar el cuarto rojo; pasaban de las cuatro, y la tarde nublada tendía a un lúgubre crepúsculo. Oía la lluvia golpear aún continuamente en la ventana de la escalera, y el viento aullar en la arboleda detrás de la casa; poco a poco me quedé

fría como una piedra, y entonces mi valor se hundió. Mi habitual estado de humillación, duda de mí misma y desolada depresión cayó como una humedad sobre las brasas de mi ira decadente. Todos decían que yo era malvada, y quizás lo fuera; ¿qué pensamiento acababa de concebir, el de matarme de hambre? Eso ciertamente era un crimen: ¿y estaba yo en condiciones de morir? ¿O era la cripta bajo el presbiterio de la iglesia de Gateshead un destino apetecible? En esa cripta me habían dicho que yacía enterrado el señor Reed; y llevada por este pensamiento a recordar su figura, me detuve en ella con creciente pavor. No podía recordarlo; pero sabía que era mi tío —hermano de mi madre—, que me había acogido en su casa cuando era una niña huérfana; y que en sus últimos momentos le había exigido a la señora Reed la promesa de que me criaría y mantendría como a una de sus propios hijos. La señora Reed probablemente consideraba que había cumplido esta promesa; y así lo había hecho, me atrevería a decir, tanto como su naturaleza se lo permitía; pero, ¿cómo podría realmente querer a una intrusa que no era de su estirpe y que, tras la muerte de su marido, no la unía a ella ningún lazo? Debía de serle de lo más fastidioso verse obligada por una promesa arrancada a duras penas a hacer de madre de una niña extraña a la que no podía amar, y ver a una forastera incompatible permanentemente inmiscuida en su propio grupo familiar.

Una idea singular amaneció en mí. No dudaba —nunca dudé— de que si el señor Reed hubiera estado vivo, me habría tratado con amabilidad; y ahora, mientras estaba sentada mirando la cama blanca y las paredes ensombrecidas —volviendo también de vez en cuando una mirada fascinada hacia el espejo que brillaba débilmente —, comencé a recordar lo que había oído de los muertos que, perturbados en sus tumbas por la violación de sus últimos deseos, volvían a la tierra para castigar al perjuro y vengar al oprimido; y pensé que el espíritu del señor Reed, acosado por las injusticias cometidas contra la hija de su hermana, podría abandonar su morada —ya fuera en la cripta de la iglesia o en el desconocido mundo de los difuntos— y aparecerse ante mí en esta cámara. Me

sequé las lágrimas y acallé los sollozos, temerosa de que cualquier signo de violento pesar pudiera despertar una voz sobrenatural para consolarme, o hacer surgir de la penumbra algún rostro aureolado, inclinándose sobre mí con extraña piedad. Esta idea, consoladora en teoría, sentí que sería terrible si se realizaba: con todas mis fuerzas me esforcé por reprimirla, me esforcé por ser firme. Apartándome el pelo de los ojos, levanté la cabeza e intenté mirar con audacia alrededor de la oscura habitación; en ese momento, una luz brilló en la pared. ¿Sería, me pregunté, un rayo de luna que penetraba por alguna rendija de la persiana? No; la luz de la luna era fija, y esta se movía; mientras la miraba, se deslizó hasta el techo y tembló sobre mi cabeza. Ahora puedo conjeturar fácilmente que esta racha de luz era, con toda probabilidad, el resplandor de un farol que alguien llevaba por el césped; pero entonces, preparada como estaba mi mente para el horror, sacudidos como estaban mis nervios por la agitación, pensé que el rápido haz de luz era un heraldo de alguna visión venidera de otro mundo. Mi corazón latió con fuerza, mi cabeza se calentó; un sonido llenó mis oídos, que consideré el batir de alas; algo parecía cerca de mí; me sentí oprimida, sofocada; la resistencia se quebró; corrí hacia la puerta y sacudí la cerradura en un esfuerzo desesperado. Unos pasos llegaron corriendo por el pasillo exterior; la llave giró, Bessie y Abbot entraron.

—Señorita Eyre, ¿se encuentra mal? —dijo Bessie.

—¡Qué ruido tan espantoso! ¡Me ha traspasado! —exclamó Abbot.

—¡Sacadme de aquí! ¡Dejadme ir al cuarto de los niños! —fue mi grito.

—¿Por qué? ¿Se ha hecho daño? ¿Ha visto algo? —volvió a preguntar Bessie.

—¡Oh! Vi una luz, y pensé que iba a aparecer un fantasma. —Para entonces me había agarrado a la mano de Bessie, y ella no me la apartó.

—Ha gritado a propósito —declaró Abbot, con cierto disgusto—. ¡Y qué grito! Si hubiera tenido un gran dolor, se le podría haber

disculpado, pero solo quería traernos a todos aquí. Conozco sus malas artes.

—¿Qué es todo esto? —exigió otra voz, perentoria; y la señora Reed apareció por el pasillo, con la cofia al vuelo y el vestido susurrando tempestuosamente—. Abbot y Bessie, creo que di órdenes de que Jane Eyre se quedara en el cuarto rojo hasta que yo misma fuera a buscarla.

—La señorita Jane gritó muy fuerte, señora —suplicó Bessie.

—Dejadla marchar —fue la única respuesta—. Suelta la mano de Bessie, niña; no conseguirás salir por estos medios, tenlo por seguro. Aborrezco la artimaña, sobre todo en los niños; es mi deber mostrarte que los trucos no funcionan. Te quedarás aquí una hora más, y solo con la condición de perfecta sumisión y quietud te liberaré entonces.

—¡Oh, tía! ¡Tenga piedad! ¡Perdóneme! No puedo soportarlo, ¡que se me castigue de otra manera! Moriré si...

—¡Silencio! Toda esta violencia es de lo más repulsiva. —Y así, sin duda, lo sentía ella. Yo era una actriz precoz a sus ojos; sinceramente me consideraba un compuesto de pasiones virulentas, espíritu mezquino y peligrosa duplicidad.

Habiéndose retirado Bessie y Abbot, la señora Reed, impaciente ante mi ahora frenética angustia y mis sollozos salvajes, me empujó bruscamente hacia dentro y me encerró, sin más discusión. La oí alejarse; y poco después de que se marchara, supongo que sufrí una especie de ataque: la pérdida del conocimiento cerró la escena.

Capítulo III

Lo siguiente que recuerdo es despertarme con la sensación de haber tenido una pesadilla espantosa, y ver ante mí un terrible resplandor rojo, cruzado por gruesas barras negras. Oí también voces, que hablaban con un sonido hueco, como amortiguado por una ráfaga de viento o de agua: la agitación, la incertidumbre y una sensación predominante de terror confundían mis facultades. Al poco tiempo, me di cuenta de que alguien me estaba manipulando; levantándome y sosteniéndome en posición sentada, y con más ternura de la que jamás me habían levantado o sostenido antes. Apoyé la cabeza contra una almohada o un brazo y me sentí cómoda.

En cinco minutos más, la nube de desconcierto se disipó: supe perfectamente que estaba en mi propia cama y que el resplandor rojo era el fuego del cuarto de los niños. Era de noche: una vela ardía sobre la mesa; Bessie estaba a los pies de la cama con una jofaina en la mano, y un caballero estaba sentado en una silla cerca de mi almohada, inclinado sobre mí.

Sentí un alivio inexpresable, una tranquilizadora convicción de protección y seguridad, cuando supe que había un extraño en la habitación, un individuo que no pertenecía a Gateshead y no era pariente de la señora Reed. Apartando la vista de Bessie (aunque su presencia me resultaba mucho menos odiosa de lo que habría sido, por ejemplo, la de Abbot), escruté el rostro del caballero: lo conocía; era el señor Lloyd, un boticario, al que la señora Reed llamaba a veces cuando los criados estaban enfermos; para ella y los niños empleaba a un médico.

—Bueno, ¿quién soy? —preguntó.

Pronuncié su nombre, ofreciéndole al mismo tiempo la mano. Él la tomó, sonriendo y diciendo:

—Pronto estaremos muy bien.

Luego me acostó y, dirigiéndose a Bessie, le encargó que tuviera mucho cuidado de que no me molestaran durante la noche. Tras dar algunas indicaciones más e insinuar que volvería al día siguiente, se marchó, para mi pesar. Me sentía tan protegida y amparada mientras él estaba sentado en la silla cerca de mi almohada; y cuando cerró la puerta tras de sí, toda la habitación se oscureció y mi corazón volvió a encogerse: una tristeza inexpresable lo abrumaba.

—¿Siente que podría dormir, señorita? —preguntó Bessie, con bastante suavidad.

Apenas me atreví a responderle, pues temía que la siguiente frase pudiera ser brusca.

—Lo intentaré.

—¿Le gustaría beber algo, o podría comer alguna cosa?

—No, gracias, Bessie.

—Entonces creo que me iré a la cama, porque pasan de las doce; pero puede llamarme si necesita algo durante la noche.

¡Maravillosa amabilidad! Me animó a hacer una pregunta.

—Bessie, ¿qué me pasa? ¿Estoy enferma?

—Supongo que se puso enferma en el cuarto rojo de tanto llorar; pronto estará mejor, sin duda.

Bessie fue al cuarto de la doncella, que estaba cerca. La oí decir:

—Sarah, ven a dormir conmigo al cuarto de los niños; por nada del mundo me atrevo a estar sola con esa pobre niña esta noche. Podría morirse. Es tan extraño que le haya dado ese ataque. Me pregunto si vio algo. La señora fue demasiado dura.

Sarah regresó con ella; ambas se acostaron. Estuvieron susurrando juntas durante media hora antes de quedarse dormidas. Capté fragmentos de su conversación, de los cuales pude inferir con demasiada claridad el tema principal de discusión.

«Algo pasó a su lado, todo vestido de blanco, y se desvaneció»... «Un gran perro negro detrás de él»... «Tres fuertes golpes en la puerta de la habitación»... «Una luz en el cementerio justo sobre su tumba», etc., etc.

Finalmente, ambas durmieron; el fuego y la vela se apagaron. Para mí, las vigilias de aquella larga noche transcurrieron en una espantosa desvela; oído, ojo y mente estaban igualmente tensos por el pavor: un pavor como solo los niños pueden sentir.

Ninguna enfermedad corporal grave o prolongada siguió a este incidente del cuarto rojo; solo supuso para mis nervios una conmoción cuya reverberación siento hasta el día de hoy. Sí, señora Reed, a usted le debo algunas terribles punzadas de sufrimiento mental, pero debo perdonarla, porque no sabía lo que hacía: mientras desgarraba las fibras de mi corazón, pensaba que solo estaba arrancando de raíz mis malas inclinaciones.

Al día siguiente, a mediodía, ya estaba levantada y vestida, y me senté envuelta en un chal junto al fuego del cuarto de los niños. Me sentía físicamente débil y abatida; pero mi peor dolencia era una desdicha mental inefable; una desdicha que me arrancaba lágrimas silenciosas; apenas me secaba una gota salada de la mejilla, seguía otra. Sin embargo, pensé, debería haber estado feliz, porque ninguno de los Reed estaba allí; todos habían salido en el carruaje con su mamá. Abbot también cosía en otra habitación, y Bessie, mientras se movía de un lado a otro, guardando juguetes y ordenando cajones, me dirigía de vez en cuando una palabra de inusitada amabilidad. Este estado de cosas debería haber sido para mí un paraíso de paz, acostumbrada como estaba a una vida de incesantes reprimendas y fatigas ingratas; pero, de hecho, mis nervios torturados estaban ahora en tal estado que ninguna calma podía sosegarlos, y ningún placer excitarlos agradablemente.

Bessie había bajado a la cocina y trajo consigo una tartaleta en un plato de porcelana vistosamente pintado, cuyo pájaro del paraíso, anidado en una guirnalda de convólvulos y capullos de rosa, solía despertar en mí un entusiasta sentimiento de admiración; y cuyo

plato había pedido a menudo que me permitieran tomar en la mano para examinarlo más de cerca, pero hasta entonces siempre se me había considerado indigna de tal privilegio. Este precioso recipiente fue colocado ahora sobre mis rodillas, y fui cordialmente invitada a comerme el círculo de delicada pastelería que contenía. ¡Vano favor! ¡Llegaba, como la mayoría de los favores largamente aplazados y a menudo deseados, demasiado tarde! No pude comerme la tartaleta; y el plumaje del pájaro, los tintes de las flores, parecían extrañamente desvaídos. Aparté tanto el plato como la tartaleta. Bessie preguntó si quería un libro: la palabra libro actuó como un estímulo transitorio, y le rogué que trajera Los viajes de Gulliver de la biblioteca. Este libro lo había releído una y otra vez con deleite. Lo consideraba una narración de hechos, y descubría en él una veta de interés más profunda que la que encontraba en los cuentos de hadas: pues en cuanto a los duendes, habiéndolos buscado en vano entre las hojas y campanillas de las dedaleras, bajo las setas y bajo la hiedra terrestre que cubría los viejos rincones de los muros, finalmente me había resignado a la triste verdad de que todos se habían marchado de Inglaterra a algún país salvaje donde los bosques eran más agrestes y espesos, y la población más escasa; mientras que, siendo Liliput y Brobdingnag, en mi credo, partes sólidas de la superficie de la tierra, no dudaba de que algún día, emprendiendo un largo viaje, vería con mis propios ojos los pequeños campos, casas y árboles, la gente diminuta, las vacas, ovejas y pájaros diminutos de un reino; y los trigales altos como bosques, los poderosos mastines, los gatos monstruosos, los hombres y mujeres como torres, del otro. Sin embargo, cuando este preciado volumen fue puesto ahora en mis manos —cuando pasé sus hojas y busqué en sus maravillosas ilustraciones el encanto que, hasta ahora, nunca había dejado de encontrar—, todo era misterioso y lúgubre; los gigantes eran espectros demacrados, los pigmeos, duendes malévolos y temibles, Gulliver un vagabundo desolado en regiones de lo más terribles y peligrosas. Cerré el libro, que ya no me atrevía a leer, y lo puse sobre la mesa, junto a la tartaleta intacta.

Bessie ya había terminado de quitar el polvo y ordenar la habitación y, tras lavarse las manos, abrió un pequeño cajón, lleno de espléndidos retales de seda y raso, y empezó a hacer un sombrero nuevo para la muñeca de Georgiana. Mientras tanto, cantaba; su canción era:

«En los días en que íbamos de zíngaros,

Hace mucho, mucho tiempo».

Había oído la canción a menudo antes, y siempre con vivo deleite; pues Bessie tenía una voz dulce, o al menos eso me parecía. Pero ahora, aunque su voz seguía siendo dulce, encontré en su melodía una tristeza indescriptible. A veces, absorta en su trabajo, cantaba el estribillo muy bajo, muy lentamente; «Hace mucho, mucho tiempo» sonaba como la cadencia más triste de un himno fúnebre. Pasó a otra balada, esta vez una verdaderamente lastimera.

«Mis pies están llagados, mis miembros cansados;

Largo es el camino, y las montañas salvajes;

Pronto el crepúsculo se cerrará sin luna y sombrío

Sobre el sendero del pobre niño huérfano.

¿Por qué me enviaron tan lejos y tan sola,

Allá donde los páramos se extienden y las rocas grises se apilan?

Los hombres son duros de corazón, y solo los ángeles bondadosos

Vigilan los pasos de un pobre niño huérfano.

Sin embargo, distante y suave sopla la brisa nocturna,

No hay nubes, y las estrellas claras brillan apacibles,

Dios, en Su misericordia, muestra Su protección,

Consuelo y esperanza al pobre niño huérfano.

Incluso si cayera al pasar por el puente roto,

O me extraviara en las marismas, por falsas luces engañada,

Aun así mi Padre, con promesa y bendición,

Acogerá en Su seno al pobre niño huérfano.

Hay un pensamiento que debe darme fuerza,

Aunque de cobijo y parientes despojada;

El Cielo es un hogar, y un descanso no me faltará;

Dios es un amigo para el pobre niño huérfano».

—Vamos, señorita Jane, no llore —dijo Bessie al terminar. Podría haberle dicho al fuego: «¡no quemes!», pero ¿cómo podía adivinar ella el mórbido sufrimiento del que yo era presa? En el transcurso de la mañana, el señor Lloyd vino de nuevo.

—¡Vaya, ya levantada! —dijo al entrar en el cuarto de los niños—. Bueno, niñera, ¿cómo está?

Bessie respondió que yo estaba muy bien.

—Entonces debería parecer más alegre. Venga aquí, señorita Jane. Se llama Jane, ¿no es así?

—Sí, señor, Jane Eyre.

—Bueno, ha estado llorando, señorita Jane Eyre; ¿puede decirme por qué? ¿Tiene algún dolor?

—No, señor.

—¡Oh! Seguramente llora porque no ha podido salir con la señora en el carruaje —intervino Bessie.

—¡Seguro que no! Vamos, ya es demasiado mayor para esas niñerías.

Yo también lo pensé; y sintiéndome herida en mi amor propio por la falsa acusación, respondí prontamente:

—Jamás he llorado por algo así en mi vida. Odio salir en el carruaje. Lloro porque soy desdichada.

—¡Oh, qué cosas, señorita! —dijo Bessie.

El buen boticario pareció un poco perplejo. Yo estaba de pie ante él; clavó sus ojos en mí con gran fijeza; sus ojos eran pequeños y grises; no muy brillantes, pero me atrevería a decir que ahora los consideraría perspicaces. Tenía un rostro de facciones duras pero de aspecto bondadoso. Tras considerarme detenidamente, dijo:

—¿Qué la puso enferma ayer?

—Tuvo una caída —dijo Bessie, interponiendo de nuevo su palabra.

—¡Una caída! ¡Vaya, eso es de bebés otra vez! ¿No sabe andar a su edad? Debe tener ocho o nueve años.

—Me derribaron —fue la brusca explicación, que me salió a borbotones por otra punzada de orgullo mortificado—; pero eso no me puso enferma —añadí, mientras el señor Lloyd se servía una pizca de rapé.

Mientras devolvía la caja al bolsillo de su chaleco, sonó una fuerte campana para la cena de los criados; él sabía lo que era.

—Eso es para usted, niñera —dijo—; puede bajar. Le daré a la señorita Jane un sermón hasta que vuelva.

Bessie habría preferido quedarse, pero se vio obligada a irse, porque la puntualidad en las comidas se hacía cumplir rígidamente en Gateshead Hall.

—La caída no la puso enferma; ¿qué fue, entonces? —prosiguió el señor Lloyd cuando Bessie se hubo marchado.

—Me encerraron en una habitación donde hay un fantasma hasta después del anochecer.

Vi al señor Lloyd sonreír y fruncir el ceño al mismo tiempo.

—¡Un fantasma! ¡Vaya, después de todo es usted una cría! ¿Le dan miedo los fantasmas?

—El fantasma del señor Reed, sí. Él murió en esa habitación, y allí lo velaron. Ni Bessie ni nadie más entra en ella de noche, si pueden

evitarlo; y fue cruel encerrarme sola sin una vela, tan cruel que creo que nunca lo olvidaré.

—¡Tonterías! ¿Y es eso lo que la hace tan desdichada? ¿Tiene miedo ahora, a la luz del día?

—No, pero la noche volverá pronto; y además, soy infeliz, muy infeliz, por otras cosas.

—¿Qué otras cosas? ¿Puede contarme algunas?

¡Cuánto deseaba responder plenamente a esta pregunta! ¡Qué difícil era formular una respuesta! Los niños pueden sentir, pero no pueden analizar sus sentimientos; y si el análisis se efectúa parcialmente en el pensamiento, no saben cómo expresar el resultado del proceso en palabras. Temerosa, sin embargo, de perder esta primera y única oportunidad de aliviar mi pena comunicándola, tras una pausa turbada, me las arreglé para formular una respuesta escueta, aunque, hasta donde llegaba, veraz.

—Para empezar, no tengo padre ni madre, ni hermanos ni hermanas.

—Tiene una tía y unos primos amables.

De nuevo hice una pausa; luego, torpemente, enuncié:

—Pero John Reed me derribó, y mi tía me encerró en el cuarto rojo.

El señor Lloyd sacó por segunda vez su caja de rapé.

—¿No le parece Gateshead Hall una casa muy hermosa? —preguntó—. ¿No está muy agradecida de tener un lugar tan espléndido donde vivir?

—No es mi casa, señor; y Abbot dice que tengo menos derecho a estar aquí que una criada.

—¡Bah! ¿No será tan tonta como para desear marcharse de un lugar tan espléndido?

—Si tuviera cualquier otro lugar a donde ir, me alegraría de marcharme; pero nunca podré alejarme de Gateshead hasta que sea una mujer.

—Quizás pueda, ¿quién sabe? ¿Tiene algún pariente además de la señora Reed?

—Creo que no, señor.

—¿Ninguno por parte de su padre?

—No lo sé. Le pregunté a tía Reed una vez, y dijo que posiblemente tuviera algunos parientes pobres y de baja condición apellidados Eyre, pero que no sabía nada de ellos.

—Si los tuviera, ¿le gustaría irse con ellos?

Reflexioné. La pobreza parece sombría a los adultos; más aún a los niños. No tienen mucha idea de la pobreza industriosa, trabajadora y respetable; solo piensan en la palabra como algo conectado con ropas harapientas, comida escasa, hogares sin fuego, modales rudos y vicios degradantes. Para mí, pobreza era sinónimo de degradación.

—No; no me gustaría pertenecer a gente pobre —fue mi respuesta.

—¿Ni siquiera si fueran amables con usted?

Negué con la cabeza. No podía ver cómo la gente pobre podía tener los medios para ser amable; y luego, aprender a hablar como ellos, adoptar sus modales, no recibir educación, crecer como una de esas mujeres pobres que veía a veces amamantando a sus hijos o lavando su ropa en las puertas de las cabañas de la aldea de Gateshead. No, no era lo bastante heroica para comprar la libertad al precio de perder mi casta.

—¿Pero son sus parientes tan pobres? ¿Son gente trabajadora?

—No puedo decirlo; tía Reed dice que si tengo alguno, deben de ser una panda de pordioseros. No me gustaría ir a mendigar.

—¿Le gustaría ir a la escuela?

De nuevo reflexioné. Apenas sabía lo que era la escuela. Bessie a veces hablaba de ella como un lugar donde las señoritas se sentaban en el cepo, llevaban tablas en la espalda y se esperaba que fueran extremadamente finas y precisas. John Reed odiaba su escuela e insultaba a su maestro; pero los gustos de John Reed no eran una regla para los míos, y si los relatos de Bessie sobre la disciplina escolar (recogidos de las señoritas de una familia donde había vivido antes de venir a Gateshead) eran algo espeluznantes, sus detalles sobre ciertos logros alcanzados por estas mismas señoritas eran, a mi parecer, igualmente atractivos. Se jactaba de hermosas pinturas de paisajes y flores ejecutadas por ellas; de canciones que podían cantar y piezas que podían tocar, de monederos que podían tejer, de libros en francés que podían traducir; hasta que mi espíritu se sintió movido a la emulación al escucharla. Además, la escuela sería un cambio completo: implicaba un largo viaje, una separación total de Gateshead, la entrada a una nueva vida.

—La verdad es que me gustaría mucho ir a la escuela —fue la conclusión audible de mis cavilaciones.

—¡Bueno, bueno! ¿Quién sabe lo que puede pasar? —dijo el señor Lloyd, mientras se levantaba—. La niña necesita un cambio de aires y de escenario —añadió, hablando para sí mismo—. Los nervios no están en buen estado.

Bessie regresó en ese momento; al mismo instante se oyó el carruaje rodar por el camino de grava.

—¿Es su señora, niñera? —preguntó el señor Lloyd—. Me gustaría hablar con ella antes de irme.

Bessie lo invitó a pasar al comedor de diario y le abrió camino. En la entrevista que siguió entre él y la señora Reed, presumo, por los acontecimientos posteriores, que el boticario se aventuró a recomendar que me enviaran a la escuela; y la recomendación fue sin duda adoptada con bastante facilidad; pues como dijo Abbot, al discutir el asunto con Bessie mientras ambas cosían en el cuarto de

los niños una noche, después de que yo estuviera en la cama y, como ellas pensaban, dormida: «La señora, se atrevía a decir, se alegró bastante de deshacerse de una niña tan fastidiosa y mal condicionada, que siempre parecía estar observando a todo el mundo y tramando complots a escondidas». Abbot, creo, me atribuía el mérito de ser una especie de Guy Fawkes infantil.

En esa misma ocasión me enteré, por primera vez, por las comunicaciones de la señorita Abbot a Bessie, de que mi padre había sido un clérigo pobre; que mi madre se había casado con él contra los deseos de sus amigos, que consideraban el matrimonio por debajo de su condición; que mi abuelo Reed se irritó tanto por su desobediencia que la desheredó sin un chelín; que después de que mi madre y mi padre llevaran casados un año, este último contrajo el tifus mientras visitaba a los pobres de una gran ciudad industrial donde se encontraba su curato, y donde esa enfermedad era entonces prevalente; que mi madre se contagió de él, y ambos murieron con un mes de diferencia.

Bessie, al oír esta narración, suspiró y dijo:

—Pobre señorita Jane, también es digna de lástima, Abbot.

—Sí —respondió Abbot—; si fuera una niña agradable y bonita, uno podría compadecerse de su desamparo; pero uno realmente no puede preocuparse por un renacuajo como ese.

—No mucho, desde luego —convino Bessie—; en cualquier caso, una belleza como la señorita Georgiana sería más conmovedora en la misma condición.

—¡Sí, adoro a la señorita Georgiana! —exclamó la fervorosa Abbot —. ¡Pequeño tesoro! ¡Con sus largos rizos y sus ojos azules, y un color tan dulce como el que tiene; como si estuviera pintada! Bessie, me apetecería una tostada de queso para cenar.

—A mí también, con una cebolla asada. Venga, bajemos.

Se fueron.

Capítulo IV

De mi conversación con el señor Lloyd y de la antedicha conferencia entre Bessie y Abbot, extraje la esperanza suficiente para que me sirviera de motivo para desear ponerme bien: un cambio parecía cercano, y lo deseaba y esperaba en silencio. Sin embargo, se demoró: pasaron días y semanas. Yo había recuperado mi estado normal de salud, pero no se hizo ninguna nueva alusión al tema sobre el que yo cavilaba. La señora Reed me examinaba a veces con ojo severo, pero rara vez me dirigía la palabra. Desde mi enfermedad, había trazado una línea de separación más marcada que nunca entre sus hijos y yo; me asignó un pequeño cuartito para dormir sola, me condenó a tomar mis comidas en solitario y a pasar todo mi tiempo en el cuarto de los niños, mientras mis primos estaban constantemente en el salón. Sin embargo, no dejó caer ni una indirecta sobre enviarme a la escuela; aun así, sentía una certeza instintiva de que no me soportaría mucho tiempo bajo el mismo techo que ella, pues su mirada, ahora más que nunca, cuando se posaba en mí, expresaba una aversión insuperable y arraigada.

Eliza y Georgiana, actuando evidentemente según órdenes, me hablaban lo menos posible. John se metía la lengua en el carrillo cada vez que me veía, y una vez intentó castigarme; pero como me volví instantáneamente contra él, impulsada por el mismo sentimiento de profunda ira y revuelta desesperada que había agitado mi maldad antes, consideró que era mejor desistir y huyó de mí profiriendo imprecaciones y jurando que le había partido la nariz. De hecho, le había asestado en aquel prominente rasgo un golpe tan fuerte como mis nudillos pudieron infligir; y cuando vi que o eso o mi mirada lo amedrentaba, sentí la mayor inclinación a aprovechar mi ventaja; pero él ya estaba con su mamá. Le oí comenzar, en tono

lloroso, el relato de cómo «esa detestable Jane Eyre» se le había abalanzado como una gata rabiosa. Fue interrumpido con bastante dureza:

—No me hables de ella, John. Te dije que no te acercaras; no es digna de atención. No deseo que ni tú ni tus hermanas os relacionéis con ella.

Entonces, inclinándome sobre la barandilla, grité de repente, y sin deliberar en absoluto mis palabras:

—¡No son ellos los dignos de relacionarse conmigo!

La señora Reed era una mujer más bien corpulenta; pero, al oír esta extraña y audaz declaración, subió ágilmente la escalera, me arrastró como un torbellino hasta el cuarto de los niños y, aplastándome contra el borde de mi cuna, me desafió con voz enfática a levantarme de aquel lugar o a pronunciar una sola sílaba durante el resto del día.

—¿Qué le diría el tío Reed, si estuviera vivo? —fue mi pregunta apenas voluntaria. Digo apenas voluntaria, pues parecía como si mi lengua pronunciara palabras sin que mi voluntad consintiera en su emisión; algo habló a través de mí sobre lo cual no tenía control.

—¿Qué? —dijo la señora Reed en voz baja. Su ojo gris, habitualmente frío y sereno, se turbó con una mirada parecida al miedo; retiró la mano de mi brazo y me contempló como si realmente no supiera si yo era una niña o un demonio. Ahora sí que estaba perdida.

—Mi tío Reed está en el cielo y puede ver todo lo que usted hace y piensa; y también papá y mamá. Saben cómo me encierra usted todo el día y cómo desea que me muera.

La señora Reed pronto recobró el ánimo: me zarandeó con todas sus fuerzas, me abofeteó en ambas orejas y luego me dejó sin decir palabra. Bessie llenó el hiato con un sermón de una hora de duración, en el que demostró sin lugar a dudas que yo era la niña más malvada y abandonada que jamás se había criado bajo un

techo. La creí a medias, pues, en efecto, solo sentía malos sentimientos agitarse en mi pecho.

Pasaron noviembre, diciembre y la mitad de enero. La Navidad y el Año Nuevo se habían celebrado en Gateshead con la alegría festiva habitual; se habían intercambiado regalos, se habían dado cenas y fiestas nocturnas.1 De todo disfrute, por supuesto, yo estaba excluida: mi parte de la alegría consistía en presenciar el atavío diario de Eliza y Georgiana, y verlas descender al salón, vestidas con finos trajes de muselina y lazos escarlata, con el pelo elaboradamente rizado; y después, en escuchar el sonido del piano o del arpa que se tocaba abajo, el ir y venir del mayordomo y el lacayo, el tintineo de copas y porcelana mientras se servían los refrescos, el murmullo entrecortado de la conversación cuando la puerta del salón se abría y se cerraba. Cuando me cansaba de esta ocupación, me retiraba del rellano de la escalera al solitario y silencioso cuarto de los niños; allí, aunque algo triste, no era desdichada. A decir verdad, no tenía el menor deseo de estar en compañía, pues en compañía muy rara vez se fijaban en mí; y si Bessie hubiera sido amable y sociable, habría considerado un placer pasar las tardes tranquilamente con ella, en lugar de pasarlas bajo la formidable mirada de la señora Reed, en una habitación llena de damas y caballeros. Pero Bessie, tan pronto como había vestido a sus señoritas, solía marcharse a las animadas regiones de la cocina y el cuarto del ama de llaves, llevándose generalmente la vela consigo. Entonces me sentaba con mi muñeca en el regazo hasta que el fuego se extinguía, mirando de vez en cuando a mi alrededor para asegurarme de que nada peor que yo misma rondaba la sombría habitación; y cuando las brasas se reducían a un rojo apagado, me desvestía apresuradamente, tirando de nudos y cordones como mejor podía, y buscaba refugio del frío y la oscuridad en mi cuna. A esta cuna siempre llevaba mi muñeca; los seres humanos deben amar algo y, a falta de objetos de afecto más dignos, me las ingenié para encontrar placer en amar y cuidar una desvaída imagen tallada, raída como un espantapájaros en miniatura. Me desconcierta ahora recordar con qué absurda sinceridad adoraba este pequeño juguete,

imaginando a medias que estaba vivo y era capaz de sentir. No podía dormir a menos que estuviera envuelto en mi camisón; y cuando yacía allí, seguro y cálido, yo era comparativamente feliz, creyendo que él también lo era.

Largas me parecían las horas mientras esperaba la partida de los invitados y escuchaba el sonido de los pasos de Bessie en la escalera. A veces subía en el intervalo para buscar su dedal o sus tijeras, o quizás para traerme algo a modo de cena —un bollo o un pastel de queso—; entonces se sentaba en la cama mientras yo comía, y cuando terminaba, me arropaba bien con las mantas, y en dos ocasiones me besó y dijo: «Buenas noches, señorita Jane». Cuando se mostraba así de dulce, Bessie me parecía el ser mejor, más bonito y más amable del mundo; y deseaba con toda mi alma que siempre fuera tan agradable y afable, y que nunca me empujara, ni me riñera, ni me encargara tareas irrazonables, como solía hacer con demasiada frecuencia. Bessie Lee, creo, debía de ser una muchacha de buena capacidad natural, pues era lista en todo lo que hacía y tenía un notable don para la narración; al menos, así lo juzgo por la impresión que me causaron sus cuentos infantiles. También era guapa, si mis recuerdos de su rostro y su persona son correctos. La recuerdo como una joven esbelta, de pelo negro, ojos oscuros, facciones muy finas y una tez buena y clara; pero tenía un temperamento caprichoso y precipitado, e ideas indiferentes sobre los principios o la justicia. Aun así, tal como era, la prefería a cualquier otra persona en Gateshead Hall.

Era el quince de enero, sobre las nueve de la mañana. Bessie había bajado a desayunar; mis primas aún no habían sido llamadas por su mamá; Eliza se estaba poniendo su gorro y su abrigo de jardín para ir a dar de comer a sus aves de corral, una ocupación que le encantaba, y no menos la de vender los huevos al ama de llaves y atesorar el dinero que así obtenía.2 Tenía vena de comerciante y una marcada propensión al ahorro, demostrada no solo en la venta de huevos y pollos, sino también en regatear duramente con el jardinero por raíces de flores, semillas y esquejes de plantas; dicho funcionario tenía órdenes de la señora Reed de

comprar a su joven señorita todos los productos de su parterre que ella quisiera vender. Y Eliza se habría vendido el pelo de la cabeza si hubiera podido sacar un buen beneficio con ello. En cuanto a su dinero, primero lo escondía en rincones extraños, envuelto en un trapo o en un viejo papel de rizar; pero como algunos de estos tesoros habían sido descubiertos por la doncella, Eliza, temerosa de perder un día su valioso tesoro, consintió en confiárselo a su madre, a un tipo de interés usurero —cincuenta o sesenta por ciento—, interés que exigía cada trimestre, llevando sus cuentas en un pequeño libro con ansiosa precisión.3

Georgiana estaba sentada en un taburete alto, arreglándose el pelo ante el espejo y entretejiendo sus rizos con flores artificiales y plumas desvaídas, de las que había encontrado una provisión en un cajón del desván. Yo estaba haciendo mi cama, habiendo recibido órdenes estrictas de Bessie de tenerla arreglada antes de que volviera (pues Bessie ahora me empleaba con frecuencia como una especie de ayudante de niñera, para ordenar la habitación, quitar el polvo de las sillas, etc.). Habiendo extendido la colcha y doblado mi camisón, fui al asiento de la ventana para poner en orden algunos libros de ilustraciones y muebles de casa de muñecas esparcidos por allí; una orden brusca de Georgiana de que dejara en paz sus juguetes (pues las diminutas sillas y espejos, los platos y tazas de hadas, eran de su propiedad) detuvo mis acciones; y entonces, a falta de otra ocupación, me puse a echar el aliento sobre las flores de escarcha que cubrían la ventana, y así despejar un espacio en el cristal a través del cual pudiera mirar los terrenos, donde todo estaba quieto y petrificado bajo la influencia de una fuerte helada.

Desde esta ventana se veían la garita del portero y el camino de carruajes, y justo cuando había disuelto tanto del follaje blanco plateado que velaba los cristales como para dejar espacio para mirar, vi abrirse las puertas de par en par y un carruaje entrar. Lo observé ascender por el camino con indiferencia; a menudo venían carruajes a Gateshead, pero ninguno traía jamás visitantes que me interesaran. Se detuvo frente a la casa, el timbre de la puerta sonó con fuerza, el recién llegado fue admitido. Como todo esto no

significaba nada para mí, mi atención vacante pronto encontró una atracción más animada en el espectáculo de un pequeño petirrojo hambriento, que vino y gorjeó en las ramitas del cerezo sin hojas clavado en la pared cerca del ventanal. Los restos de mi desayuno de pan y leche estaban sobre la mesa y, habiendo desmigajado un trozo de panecillo, estaba forcejeando con el pestillo para poner las migas en el alféizar, cuando Bessie subió corriendo las escaleras hacia el cuarto de los niños.

—¡Señorita Jane, quítese el delantal! ¿Qué hace ahí? ¿Se ha lavado las manos y la cara esta mañana?

Di otro tirón antes de responder, pues quería que el pájaro tuviera su pan asegurado. El pestillo cedió; esparcí las migas, algunas en el alféizar de piedra, otras en la rama del cerezo. Luego, cerrando la ventana, respondí:

—No, Bessie; acabo de terminar de quitar el polvo.

—¡Niña molesta y descuidada! ¿Y qué haces ahora? Estás toda colorada, como si hubieras hecho alguna travesura. ¿Para qué abrías la ventana?

Me ahorró la molestia de responder, pues Bessie parecía tener demasiada prisa para escuchar explicaciones. Me arrastró hasta el lavabo, me infligió un despiadado, pero felizmente breve, fregado en la cara y las manos con jabón, agua y una toalla áspera; disciplinó mi cabeza con un cepillo de cerdas duras, me despojó de mi delantal y luego, llevándome a toda prisa al rellano de la escalera, me ordenó que bajara inmediatamente, pues me necesitaban en el comedor de diario.

Habría preguntado quién me necesitaba; habría exigido saber si la señora Reed estaba allí; pero Bessie ya se había ido y había cerrado la puerta del cuarto de los niños tras de sí. Descendí lentamente. Durante casi tres meses, nunca había sido llamada a la presencia de la señora Reed; recluida tanto tiempo en el cuarto de los niños, el comedor de diario, el comedor principal y el salón se habían

convertido para mí en regiones terribles, en las que me consternaba entrometerme.

Ahora me encontraba en el vestíbulo vacío; ante mí estaba la puerta del comedor de diario, y me detuve, intimidada y temblorosa. ¡En qué miserable cobarde me había convertido en aquellos días el miedo, engendrado por el castigo injusto! Temía volver al cuarto de los niños y temía avanzar hacia el salón. Durante diez minutos permanecí en agitada vacilación; el vehemente sonar de la campana del comedor de diario me decidió. Debía entrar.

«¿Quién podría necesitarme?», me pregunté para mis adentros, mientras con ambas manos giraba el rígido pomo de la puerta, que, por uno o dos segundos, se resistió a mis esfuerzos. «¿Qué veré además de tía Reed en la estancia? ¿Un hombre o una mujer?». El pomo giró, la puerta se abrió y, pasando y haciendo una profunda reverencia, levanté la vista hacia... ¡un pilar negro! Tal, al menos, me pareció a primera vista la figura erguida, estrecha, vestida de negro, que se alzaba sobre la alfombra. El rostro adusto en la cima era como una máscara tallada, colocada sobre el fuste a modo de capitel.

La señora Reed ocupaba su asiento habitual junto al fuego. Me hizo una señal para que me acercara; así lo hice, y me presentó al pétreo desconocido con las palabras:

—Esta es la niña por la que le escribí.

Él, pues era un hombre, giró lentamente la cabeza hacia donde yo estaba y, tras examinarme con dos ojos grises de aspecto inquisitivo que brillaban bajo un par de cejas pobladas, dijo solemnemente y con voz de bajo:

—Es de pequeña estatura. ¿Qué edad tiene?

—Diez años.

—¿Tanto? —fue la dudosa respuesta; y prolongó su escrutinio durante algunos minutos. Al instante se dirigió a mí:

—Tu nombre, pequeña.

—Jane Eyre, señor.

Al pronunciar estas palabras levanté la vista: me pareció un caballero alto; pero claro, yo era muy pequeña. Sus facciones eran grandes, y tanto ellas como todas las líneas de su complexión eran igualmente ásperas y severas.

—Bueno, Jane Eyre, ¿y eres una buena niña?

Imposible responder afirmativamente a esto: mi pequeño mundo sostenía una opinión contraria. Guardé silencio. La señora Reed respondió por mí con un expresivo movimiento de cabeza, añadiendo al poco:

—Quizás cuanto menos se hable de ese tema, mejor, señor Brocklehurst.

—¡Lamento oírlo, ciertamente! Ella y yo debemos tener una charla —y, abandonando la perpendicularidad, acomodó su persona en el sillón frente al de la señora Reed—. Ven aquí —dijo.

Crucé la alfombra; me colocó, recta y firme, frente a él. ¡Qué rostro tenía, ahora que estaba casi a la altura del mío! ¡Qué nariz tan grande! ¡Y qué boca! ¡Y qué dientes tan grandes y prominentes!

—No hay visión tan triste como la de un niño malo —comenzó—, especialmente una niña mala. ¿Sabes adónde van los malvados después de morir?

—Van al infierno —fue mi respuesta, rápida y ortodoxa.

—¿Y qué es el infierno? ¿Puedes decírmelo?

—Un pozo lleno de fuego.

—¿Y te gustaría caer en ese pozo y arder allí para siempre?

—No, señor.

—¿Qué debes hacer para evitarlo?

Deliberé un momento; mi respuesta, cuando llegó, fue objetable:

—Debo mantenerme sana y no morirme.

—¿Cómo puedes mantenerte sana? Niños más pequeños que tú mueren a diario. Enterré a un niñito de cinco años hace solo uno o dos días, un buen niño, cuya alma está ahora en el cielo. Es de temer que no se pudiera decir lo mismo de ti si fueras llamada de este mundo.

No estando en condiciones de disipar su duda, solo bajé los ojos hacia los dos grandes pies plantados en la alfombra y suspiré, deseando estar muy lejos.

—Espero que ese suspiro salga del corazón, y que te arrepientas de haber sido alguna vez ocasión de disgusto para tu excelente benefactora.

«¡Benefactora! ¡Benefactora!», dije para mis adentros. «Todos llaman a la señora Reed mi benefactora; si es así, una benefactora es algo desagradable».

—¿Rezas tus oraciones por la noche y por la mañana? —continuó mi interrogador.

—Sí, señor.

—¿Lees tu Biblia?

—A veces.

—¿Con gusto? ¿Te agrada?

—Me gustan el Apocalipsis, y el libro de Daniel, y el Génesis y Samuel, y un trocito del Éxodo, y algunas partes de Reyes y Crónicas, y Job y Jonás.

—¿Y los Salmos? ¿Espero que te gusten?

—No, señor.

—¿No? ¡Oh, qué espanto! Tengo un niño pequeño, menor que tú, que sabe seis Salmos de memoria; y cuando le preguntas qué preferiría, una galleta de jengibre para comer o un versículo de un Salmo para aprender, dice: «¡Oh! ¡El versículo de un Salmo! Los ángeles cantan Salmos», dice él. «Deseo ser un pequeño ángel aquí

abajo». Y entonces recibe dos galletas en recompensa por su piedad infantil.

—Los Salmos no son interesantes —observé.

—Eso demuestra que tienes un corazón malvado; y debes rezar a Dios para que lo cambie, para que te dé uno nuevo y limpio, para que te quite tu corazón de piedra y te dé un corazón de carne.

Estaba a punto de plantear una pregunta, tocante a la manera en que esa operación de cambiar mi corazón debía realizarse, cuando la señora Reed interpuso, diciéndome que me sentara; luego procedió a continuar la conversación ella misma.

—Señor Brocklehurst, creo que le insinué en la carta que le escribí hace tres semanas que esta niña no tiene exactamente el carácter y la disposición que yo desearía. Si la admite en la escuela de Lowood, me alegraría que se pidiera a la superintendente y a las maestras que la vigilen estrictamente y, sobre todo, que la preserven de su peor falta, una tendencia al engaño. Menciono esto en tu presencia, Jane, para que no intentes embaucar al señor Brocklehurst.

Con razón podía temer, con razón podía detestar a la señora Reed; pues era su naturaleza herirme cruelmente. Nunca fui feliz en su presencia; por mucho que obedeciera, por mucho que me esforzara en complacerla, mis esfuerzos eran siempre rechazados y pagados con sentencias como la anterior. Ahora, pronunciada ante un extraño, la acusación me partió el corazón; percibí vagamente que ya estaba borrando la esperanza de la nueva fase de existencia a la que me destinaba; sentí, aunque no podría haber expresado el sentimiento, que estaba sembrando aversión y desamabilidad a lo largo de mi futuro camino; me vi transformada bajo la mirada del señor Brocklehurst en una niña taimada y nociva, ¿y qué podía hacer yo para remediar el daño?

«Nada, en verdad», pensé, mientras luchaba por reprimir un sollozo y me secaba apresuradamente unas lágrimas, impotentes evidencias de mi angustia.

—El engaño es, ciertamente, una falta lamentable en un niño —dijo el señor Brocklehurst—. Es pariente de la falsedad, y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre. Sin embargo, será vigilada, señora Reed. Hablaré con la señorita Temple y las maestras.

—Desearía que fuera educada de una manera adecuada a sus perspectivas —continuó mi benefactora—; que se la haga útil, que se la mantenga humilde. En cuanto a las vacaciones, con su permiso, las pasará siempre en Lowood.

—Sus decisiones son perfectamente juiciosas, señora —respondió el señor Brocklehurst—. La humildad es una gracia cristiana, y una particularmente apropiada para las alumnas de Lowood; por lo tanto, ordeno que se ponga especial cuidado en su cultivo entre ellas. He estudiado la mejor manera de mortificar en ellas el sentimiento mundano del orgullo; y, precisamente el otro día, tuve una grata prueba de mi éxito. Mi segunda hija, Augusta, fue con su mamá a visitar la escuela, y a su regreso exclamó: «¡Oh, querido papá, qué tranquilas y sencillas parecen todas las niñas de Lowood, con el pelo peinado detrás de las orejas, y sus largos delantales, y esos pequeños bolsillos de tela de Holanda fuera de sus vestidos! ¡Son casi como hijas de gente pobre! Y», dijo ella, «miraban mi vestido y el de mamá, como si nunca hubieran visto un vestido de seda antes».

—Este es el estado de cosas que apruebo por completo —respondió la señora Reed—. Si hubiera buscado por toda Inglaterra, apenas habría encontrado un sistema que se ajustara más exactamente a una niña como Jane Eyre. Coherencia, mi querido señor Brocklehurst; abogo por la coherencia en todas las cosas.

—La coherencia, señora, es el primero de los deberes cristianos; y se ha observado en cada disposición relacionada con el establecimiento de Lowood: comida sencilla, atuendo simple, alojamiento sin sofisticaciones, hábitos rudos y activos; tal es el orden del día en la casa y sus habitantes.

—Muy bien dicho, señor. ¿Puedo entonces contar con que esta niña sea recibida como alumna en Lowood, y que allí sea educada en conformidad con su posición y perspectivas?

—Señora, puede contar con ello. Será colocada en ese vivero de plantas escogidas, y confío en que se mostrará agradecida por el inestimable privilegio de su elección.

—La enviaré, entonces, tan pronto como sea posible, señor Brocklehurst; pues, le aseguro, siento ansiedad por ser relevada de una responsabilidad que se estaba volviendo demasiado fastidiosa.

—Sin duda, sin duda, señora; y ahora le deseo buenos días. Regresaré a Brocklehurst Hall en el transcurso de una o dos semanas; mi buen amigo, el Arcediano, no me permitirá dejarlo antes. Enviaré aviso a la señorita Temple de que espere a una nueva alumna, para que no haya dificultad en recibirla. Adiós.

—Adiós, señor Brocklehurst; dé recuerdos de mi parte a la señora y a la señorita Brocklehurst, y a Augusta y Theodore, y al señorito Broughton Brocklehurst.

—Lo haré, señora. Niña, aquí tienes un libro titulado la «Guía del Niño»; léelo con oración, especialmente esa parte que contiene «Un relato de la terriblemente súbita muerte de Martha G., una niña mala adicta a la falsedad y al engaño».

Con estas palabras, el señor Brocklehurst puso en mi mano un delgado folleto cosido en una cubierta y, habiendo hecho sonar la campanilla para llamar a su carruaje, partió.

La señora Reed y yo nos quedamos solas; pasaron algunos minutos en silencio; ella cosía, yo la observaba. La señora Reed podría tener en aquel tiempo unos treinta y seis o treinta y siete años; era una mujer de complexión robusta, de hombros cuadrados y miembros fuertes, no alta y, aunque corpulenta, no obesa. Tenía un rostro algo grande, con la mandíbula inferior muy desarrollada y muy sólida; su frente era baja, su barbilla grande y prominente, boca y nariz suficientemente regulares; bajo sus cejas claras brillaba un ojo desprovisto de piedad; su piel era oscura y opaca, su cabello

casi rubio platino; su constitución era sana como una campana —la enfermedad nunca se le acercaba—; era una administradora exacta e inteligente; su casa y sus inquilinos estaban completamente bajo su control; solo sus hijos desafiaban a veces su autoridad y se burlaban de ella. Vestía bien, y tenía una presencia y un porte calculados para realzar un atuendo elegante.

Sentada en un taburete bajo, a pocos metros de su sillón, examiné su figura; estudié sus facciones. En mi mano sostenía el panfleto que contenía la muerte súbita de la Mentirosa, narrativa a la que se había señalado mi atención como una advertencia apropiada. Lo que acababa de pasar; lo que la señora Reed había dicho de mí al señor Brocklehurst; todo el tenor de su conversación, estaba reciente, crudo y punzante en mi mente; había sentido cada palabra tan agudamente como la había oído claramente, y una pasión de resentimiento fermentaba ahora dentro de mí.

La señora Reed levantó la vista de su labor; su ojo se posó en el mío, sus dedos suspendieron al mismo tiempo sus ágiles movimientos.

—Sal de la habitación; vuelve al cuarto de los niños —fue su mandato. Mi mirada o alguna otra cosa debió de parecerle ofensiva, pues habló con extrema aunque reprimida irritación. Me levanté, fui hacia la puerta; volví de nuevo; caminé hasta la ventana, crucé la habitación, y luego me acerqué mucho a ella.

Tenía que hablar. Me habían pisoteado con saña, y debía revolverse. Pero, ¿cómo? ¿Qué fuerza tenía yo para lanzar una represalia contra mi antagonista? Reuní mis energías y las lancé en esta brusca frase:

—No soy una embustera. Si lo fuera, diría que la quiero; pero declaro que no la quiero. La detesto más que a nadie en el mundo, excepto a John Reed; y este libro sobre la mentirosa, puede dárselo a su hija, Georgiana, porque es ella quien dice mentiras, y no yo.

Las manos de la señora Reed seguían sobre su labor, inactivas; su ojo de hielo continuaba posado gélidamente en el mío.

—¿Qué más tienes que decir? —preguntó, más bien en el tono con que una persona podría dirigirse a un oponente de edad adulta que en el que se usa ordinariamente con un niño.

Aquel ojo suyo, aquella voz, agitaron toda la antipatía que yo sentía. Temblando de pies a cabeza, estremecida por una excitación ingobernable, continué:

—Me alegro de que no sea pariente mía. No volveré a llamarla tía mientras viva. No vendré a verla cuando sea mayor; y si alguien me pregunta si me caía bien, y cómo me trató, diré que el solo pensamiento de usted me pone enferma, y que me trató con una crueldad miserable.

—¿Cómo te atreves a afirmar eso, Jane Eyre?

—¿Que cómo me atrevo, señora Reed? ¿Cómo me atrevo? Porque es la verdad. Usted piensa que no tengo sentimientos, y que puedo vivir sin una pizca de amor o bondad; pero no puedo vivir así, y usted no tiene piedad. Recordaré cómo me empujó —brusca y violentamente me empujó— de vuelta al cuarto rojo, y me encerró allí, hasta el día de mi muerte; aunque yo estaba en agonía; aunque grité, mientras me ahogaba de angustia: «¡Piedad! ¡Piedad, tía Reed!». Y ese castigo me lo hizo sufrir porque su malvado hijo me pegó, me derribó por nada. Le contaré a cualquiera que me haga preguntas, esta historia exacta. La gente cree que es usted una buena mujer, pero es mala, dura de corazón. ¡Usted es la embustera!



Antes de que hubiera terminado esta respuesta, mi alma comenzó a expandirse, a exultar, con la más extraña sensación de libertad, de triunfo, que jamás había sentido. Parecía como si un lazo invisible se hubiera roto y yo hubiera luchado por alcanzar una libertad inesperada. No carecía de causa este sentimiento: la señora Reed parecía asustada; su labor se le había resbalado de las rodillas; levantaba las manos, se mecía de un lado a otro e incluso contraía el rostro como si fuera a llorar.

—Jane, estás equivocada. ¿Qué te pasa? ¿Por qué tiemblas tan violentamente? ¿Quieres beber un poco de agua?

—No, señora Reed.

—¿Deseas algo más, Jane? Te aseguro que deseo ser tu amiga.

—Usted no. Le dijo al señor Brocklehurst que yo tenía mal carácter, una disposición embustera; y haré saber a todo el mundo en Lowood lo que es usted y lo que ha hecho.

—Jane, no entiendes estas cosas; a los niños hay que corregirles sus faltas.

—¡El engaño no es mi falta! —grité con una voz salvaje y aguda.

—Pero eres apasionada, Jane, eso debes admitirlo. Y ahora vuelve al cuarto de los niños —anda, tesoro— y acuéstate un ratito.

—No soy su tesoro; no puedo acostarme. Envíeme pronto a la escuela, señora Reed, porque odio vivir aquí.

—Desde luego que la enviaré pronto a la escuela —murmuró la señora Reed sotto voce; y, recogiendo su labor, abandonó bruscamente la estancia.

Me quedé allí sola, vencedora del campo de batalla. Fue la batalla más dura que había librado y la primera victoria que había obtenido. Permanecí un rato de pie sobre la alfombra, donde el señor Brocklehurst había estado, y disfruté de la soledad de mi victoria. Primero, sonreí para mis adentros y me sentí eufórica; pero este feroz placer remitió en mí tan rápido como lo hizo el acelerado latido de mi pulso. Un niño no puede reñir con sus mayores como yo lo había hecho; no puede dar rienda suelta a sus furiosos sentimientos sin control, como yo había hecho con los míos, sin experimentar después la punzada del remordimiento y el frío de la reacción. Una cresta de brezo encendido, viva, centelleante, devoradora, habría sido un emblema adecuado de mi mente cuando acusé y amenacé la señora Reed; la misma cresta, negra y calcinada después de que las llamas se extinguieran, habría representado con igual acierto mi estado posterior, cuando media hora de silencio y reflexión me mostró la locura de mi conducta y la desolación de mi odiada y odiosa posición.

Había probado por primera vez algo parecido a la venganza; parecía, al tragarlo, un vino aromático, cálido y especiado; su regusto, metálico y corrosivo, me dio la sensación de haber sido

envenenada. De buena gana habría ido ahora a pedir perdón a la señora Reed; pero sabía, en parte por experiencia y en parte por instinto, que esa era la manera de hacer que me rechazara con doble desdén, reavivando así cada impulso turbulento de mi naturaleza.

Anhelaba ejercitar alguna facultad mejor que la de hablar con ferocidad; anhelaba encontrar alimento para algún sentimiento menos diabólico que el de la sombría indignación. Cogí un libro —unos cuentos árabes—; me senté e intenté leer. No pude encontrarle sentido al tema; mis propios pensamientos nadaban siempre entre la página que habitualmente encontraba fascinante y yo. Abrí la puerta de cristal del comedor de diario: la zona de arbustos estaba completamente quieta; la helada negra reinaba, ininterrumpida por el sol o la brisa, por todos los terrenos. Me cubrí la cabeza y los brazos con la falda de mi vestido y salí a pasear por una parte de la finca que estaba bastante apartada; pero no encontré placer en los árboles silenciosos, las piñas que caían, las reliquias congeladas del otoño, las hojas rojizas, amontonadas por vientos pasados y ahora endurecidas. Me apoyé en una verja y miré a un campo vacío donde no pastaban ovejas, donde la hierba corta estaba marchita y blanqueada por la helada. Era un día muy gris; un cielo de lo más opaco, que amenazaba nieve, lo cubría todo; de él caían copos a intervalos, que se posaban sin derretirse en el duro sendero y en la pradera escarchada. Permanecí de pie, una niña bastante desdichada, susurrándome una y otra vez: «¿Qué haré? ¿Qué haré?».

De repente oí una voz clara que llamaba:

—¡Señorita Jane! ¿Dónde está? ¡Venga a comer!

Era Bessie, lo sabía de sobra; pero no me moví; su paso ligero se acercó por el sendero.

—¡Pequeña traviesa! —dijo—. ¿Por qué no vienes cuando te llaman?

La presencia de Bessie, comparada con los pensamientos sobre los que había estado cavilando, parecía alegre; aunque, como de costumbre, estaba algo enfadada. Lo cierto es que, tras mi conflicto y victoria sobre la señora Reed, no estaba dispuesta a preocuparme mucho por la ira pasajera de la niñera; y sí estaba dispuesta a deleitarme en su juvenil alegría de corazón. Simplemente la rodeé con mis dos brazos y le dije:

—¡Vamos, Bessie! No me riñas.

La acción fue más franca y audaz que cualquiera que yo estuviera habituada a permitirme; de alguna manera, le agradó.

—Es usted una niña extraña, señorita Jane —dijo, mientras me miraba—; un ser pequeño, errante y solitario. Y se va a la escuela, ¿supongo?

Asentí.

—¿Y no le dará pena dejar a la pobre Bessie?

—¿Qué le importa Bessie de mí? Siempre me está riñendo.

—Porque es usted una cosita tan rara, asustadiza y tímida. Debería ser más audaz.

—¡Cómo! ¿Para recibir más golpes?

—¡Tonterías! Pero abusan bastante de usted, eso es seguro. Mi madre dijo, cuando vino a verme la semana pasada, que no le gustaría que un pequeño suyo estuviera en su lugar. —Ahora, entre, que tengo buenas noticias para usted.

—No creo que las tenga, Bessie.

—¡Niña! ¿Qué quieres decir? ¡Qué ojos tan tristes me pones! Bueno, pero la señora, las señoritas y el señorito John van a tomar el té fuera esta tarde, y usted tomará el té conmigo. Le pediré a la cocinera que le hornee un pastelito, y luego me ayudará a revisar sus cajones, porque pronto tengo que hacerle el baúl. La señora tiene la intención de que se marche de Gateshead en un día o dos, y podrá elegir qué juguetes quiere llevarse.

—Bessie, tienes que prometerme que no me reñirás más hasta que me vaya.

—Bueno, lo prometo; pero pórtate muy bien y no me tengas miedo. No te sobresaltes si por casualidad hablo un poco bruscamente; es tan irritante.

—No creo que vuelva a tenerte miedo, Bessie, porque me he acostumbrado a ti, y pronto tendré otro grupo de gente a quien temer.

—Si les temes, no les gustarás.

—¿Como a ti, Bessie?

—Usted no me disgusta, señorita; creo que le tengo más cariño que a todos los demás.

—No lo demuestras.

—¡Pequeña astuta! Tienes una forma de hablar completamente nueva. ¿Qué te hace tan atrevida y resuelta?

—Pues que pronto estaré lejos de ti, y además... —iba a decir algo sobre lo que había pasado entre la señora Reed y yo, pero pensándolo mejor, consideré que era preferible guardar silencio sobre ese asunto.

—¿Así que te alegras de dejarme?

—En absoluto, Bessie; de hecho, ahora mismo me da bastante pena.

—¡Ahora mismo! ¡Y bastante! ¡Con qué frialdad lo dice mi señorita! Me atrevería a decir que si ahora te pidiera un beso, no me lo darías: dirías que preferirías no hacerlo.

—Te daré un beso con mucho gusto: inclina la cabeza.

Bessie se agachó; nos abrazamos mutuamente y la seguí a la casa bastante reconfortada. Aquella tarde transcurrió en paz y armonía; y por la noche, Bessie me contó algunas de sus historias más

encantadoras y me cantó algunas de sus canciones más dulces. Incluso para mí, la vida tenía sus destellos de sol.

Capítulo V

Apenas habían dado las cinco de la mañana del 19 de enero, cuando Bessie trajo una vela a mi cuartito y me encontró ya levantada y casi vestida. Me había levantado media hora antes de su entrada, y me había lavado la cara y puesto la ropa a la luz de una media luna que estaba a punto de ponerse, cuyos rayos se colaban por la estrecha ventana cerca de mi cuna. Aquel día debía dejar Gateshead en una diligencia que pasaba por las puertas de la finca a las seis de la mañana. Bessie era la única persona levantada; había encendido un fuego en el cuarto de los niños, donde ahora procedió a prepararme el desayuno. Pocos niños pueden comer cuando están excitados con los pensamientos de un viaje; yo tampoco podía. Bessie, tras instarme en vano a tomar unas cucharadas de la leche hervida con pan que me había preparado, envolvió unas galletas en un papel y las metió en mi bolsa; luego me ayudó a ponerme la pelliza y el gorro y, envolviéndose ella en un chal, salimos del cuarto de los niños. Al pasar por el dormitorio de la señora Reed, dijo:

—¿Quiere entrar a despedirse de la señora?

—No, Bessie. Anoche vino a mi cuna, cuando habías bajado a cenar, y dijo que no era necesario que la molestara por la mañana, ni a mis primos tampoco; y me dijo que recordara que ella siempre había sido mi mejor amiga, y que hablara de ella y le estuviera agradecida en consecuencia.

—¿Qué le dijo usted, señorita?

—Nada. Me cubrí la cara con las sábanas y me volví hacia la pared.

—Eso estuvo mal, señorita Jane.

—Estuvo muy bien, Bessie. Su señora no ha sido mi amiga, ha sido mi enemiga.

—¡Oh, señorita Jane! ¡No diga eso!

—¡Adiós a Gateshead! —grité, mientras cruzábamos el vestíbulo y salíamos por la puerta principal.

La luna se había puesto y estaba muy oscuro; Bessie llevaba un farol, cuya luz se reflejaba en los escalones mojados y en el camino de grava empapado por un deshielo reciente. La mañana de invierno era cruda y fría; mis dientes castañeteaban mientras bajaba apresuradamente por el camino. Había una luz en la garita del portero; cuando llegamos, encontramos a la mujer del portero encendiendo el fuego. Mi baúl, que había sido bajado la noche anterior, estaba atado con cuerdas junto a la puerta. Faltaban pocos minutos para las seis, y poco después de que diera la hora, el lejano rodar de ruedas anunció la llegada de la diligencia. Fui a la puerta y observé sus faroles acercarse rápidamente a través de la penumbra.

—¿Va sola? —preguntó la mujer del portero.

—Sí.

—¿Y a qué distancia está?

—Cincuenta millas.

—¡Qué camino tan largo! Me extraña que la señora Reed no tema confiarla tan lejos sola.

La diligencia se detuvo; allí estaba, en las puertas, con sus cuatro caballos y su techo cargado de pasajeros. El guarda y el cochero apremiaban a voces. Subieron mi baúl; me apartaron del cuello de Bessie, al que me aferraba a besos.

—Asegúrese de cuidarla bien —le gritó ella al guarda, mientras me subía al interior.

—¡Claro, claro! —fue la respuesta. La portezuela se cerró de un portazo, una voz exclamó «¡Todo en orden!», y partimos. Así fui separada de Bessie y de Gateshead; así fui arrastrada a regiones desconocidas y, como entonces las consideraba, remotas y misteriosas.

Recuerdo poco del viaje; solo sé que el día me pareció de una longitud sobrenatural, y que me pareció que recorríamos cientos de millas de camino. Pasamos por varias ciudades, y en una, muy grande, la diligencia se detuvo; desengancharon los caballos y los pasajeros se apearon para comer. Me llevaron a una posada, donde el guarda quiso que comiera algo; pero, como no tenía apetito, me dejó en una inmensa sala con una chimenea en cada extremo, un candelabro colgando del techo y una pequeña galería roja en lo alto de la pared, llena de instrumentos musicales. Aquí paseé durante mucho tiempo, sintiéndome muy extraña y mortalmente aprensiva de que alguien entrara y me secuestrara; pues creía en los secuestradores, cuyas hazañas habían figurado con frecuencia en las crónicas de Bessie junto al fuego. Por fin, el guarda regresó; una vez más me acomodaron en la diligencia, mi protector subió a su propio asiento, hizo sonar su corneta hueca y partimos traqueteando por la «calle empedrada» de L...

La tarde llegó húmeda y algo neblinosa. A medida que se convertía en crepúsculo, empecé a sentir que nos alejábamos mucho de Gateshead. Dejamos de pasar por ciudades; el paisaje cambió; grandes colinas grises se alzaban en el horizonte. A medida que el crepúsculo se profundizaba, descendimos a un valle, oscuro de bosques, y mucho después de que la noche hubiera nublado la vista, oí un viento salvaje que se precipitaba entre los árboles.

Arrullada por el sonido, finalmente me quedé dormida. No había dormitado mucho cuando el cese repentino del movimiento me despertó. La portezuela de la diligencia estaba abierta, y una

persona con aspecto de criada estaba de pie junto a ella. Vi su rostro y su vestido a la luz de los faroles.

—¿Hay aquí una niña llamada Jane Eyre? —preguntó.

Respondí «Sí», y entonces me bajaron. Descargaron mi baúl y la diligencia se marchó al instante.

Estaba entumecida de tanto estar sentada y aturdida por el ruido y el movimiento de la diligencia. Recobrando mis facultades, miré a mi alrededor. Lluvia, viento y oscuridad llenaban el aire; sin embargo, distinguí vagamente un muro ante mí y una puerta abierta en él. A través de esta puerta pasé con mi nueva guía; ella la cerró y echó la llave tras de sí. Ahora se veía una casa o casas —pues el edificio se extendía a lo lejos— con muchas ventanas, y luces encendidas en algunas. Subimos por un ancho sendero de guijarros, chapoteando en el agua, y nos admitieron en una puerta; luego, la criada me condujo por un pasillo hasta una habitación con fuego, donde me dejó sola.

Me quedé de pie y calenté mis dedos entumecidos sobre las llamas, luego miré a mi alrededor; no había vela, pero la luz incierta del hogar mostraba, a intervalos, paredes empapeladas, alfombra, cortinas, muebles de caoba reluciente. Era un salón, no tan espacioso ni espléndido como el de Gateshead, pero bastante cómodo. Estaba tratando de descifrar el tema de un cuadro en la pared, cuando la puerta se abrió y entró un individuo que llevaba una luz; otro le seguía de cerca.

La primera era una dama alta, de pelo oscuro, ojos oscuros y una frente pálida y ancha; su figura estaba parcialmente envuelta en un chal, su semblante era grave, su porte erguido.

—La niña es muy joven para ser enviada sola —dijo, dejando su vela sobre la mesa. Me consideró atentamente durante un minuto o dos, y luego añadió:

—Será mejor que la acuesten pronto; parece cansada. ¿Estás cansada? —preguntó, poniendo su mano en mi hombro.

—Un poco, señora.

—Y hambrienta también, sin duda. Que cene algo antes de acostarse, señorita Miller. ¿Es la primera vez que dejas a tus padres para venir a la escuela, mi pequeña?

Le expliqué que no tenía padres. Me preguntó cuánto tiempo llevaban muertos; luego qué edad tenía, cuál era mi nombre, si sabía leer, escribir y coser un poco. Entonces me tocó la mejilla suavemente con el dedo índice y, diciendo: «Espero que seas una buena niña», me despidió junto con la señorita Miller.

La dama que había dejado atrás podría tener unos veintinueve años; la que iba conmigo parecía algunos años más joven. La primera me impresionó por su voz, su mirada y su aire. La señorita Miller era más corriente; de tez sonrosada, aunque de semblante preocupado; de andar y acción apresurados, como quien siempre tiene una multiplicidad de tareas entre manos. Parecía, en efecto, lo que después descubrí que era realmente, una submaestra. Guiada por ella, pasé de compartimento en compartimento, de pasillo en pasillo, de un edificio grande e irregular; hasta que, emergiendo del silencio total y algo lúgubre que impregnaba esa parte de la casa que habíamos atravesado, nos encontramos con el murmullo de muchas voces, y al instante entramos en una sala ancha y larga, con grandes mesas de pino, dos en cada extremo, sobre cada una de las cuales ardían un par de velas, y sentadas alrededor en bancos, una congregación de niñas de todas las edades, desde los nueve o diez hasta los veinte años. Vistas a la tenue luz de las velas de sebo, su número me pareció incontable, aunque en realidad no excedía de ochenta; iban vestidas uniformemente con vestidos de estameña marrón de hechura anticuada y largos delantales de tela de Holanda. Era la hora de estudio; estaban ocupadas repasando la lección del día siguiente, y el murmullo que había oído era el resultado combinado de sus susurradas repeticiones.

La señorita Miller me hizo señas para que me sentara en un banco cerca de la puerta, luego caminó hasta el final de la larga sala y gritó:

—¡Monitoras, recoged los libros de lecciones y guardadlos!

Cuatro chicas altas se levantaron de diferentes mesas y, dando la vuelta, recogieron los libros y los retiraron. La señorita Miller volvió a dar la orden:

—¡Monitoras, traed las bandejas de la cena!

Las chicas altas salieron y regresaron al momento, cada una con una bandeja, con porciones de algo, no sabía qué, dispuestas sobre ella, y una jarra de agua y una taza en el centro de cada bandeja. Se repartieron las porciones; las que quisieron tomaron un trago de agua, siendo la taza común para todas. Cuando me llegó el turno, bebí, porque tenía sed, pero no toqué la comida; la excitación y la fatiga me incapacitaban para comer. Ahora vi, sin embargo, que era una fina torta de avena partida en trozos.

Terminada la comida, la señorita Miller leyó las oraciones, y las clases salieron en fila, de dos en dos, escaleras arriba. Abrumada a esas alturas por el cansancio, apenas me di cuenta de qué tipo de lugar era el dormitorio, excepto que, como el aula, vi que era muy largo. Esta noche iba a ser compañera de cama de la señorita Miller; me ayudó a desvestirme. Una vez acostada, eché un vistazo a las largas hileras de camas, cada una de las cuales se llenó rápidamente con dos ocupantes; en diez minutos se apagó la única luz, y en medio del silencio y la completa oscuridad me quedé dormida.

La noche pasó rápidamente; estaba demasiado cansada incluso para soñar. Solo me desperté una vez para oír al viento rugir en furiosas ráfagas y la lluvia caer a torrentes, y para darme cuenta de que la señorita Miller había ocupado su lugar a mi lado. Cuando volví a abrir los ojos, sonaba una fuerte campana; las niñas estaban levantadas y vistiéndose; el día aún no había empezado a amanecer, y una o dos lamparillas ardían en la habitación. Yo también me levanté a regañadientes; hacía un frío glacial, y me vestí como pude entre tiritones, y me lavé cuando hubo una palangana libre, lo que no ocurrió pronto, ya que solo había una palangana para cada seis niñas, en los soportes del centro de la habitación. De nuevo sonó la

campana; todas formaron en fila, de dos en dos, y en ese orden descendieron las escaleras y entraron en el aula fría y tenuemente iluminada. Aquí, la señorita Miller leyó las oraciones; después gritó:

—¡Formad las clases!

Siguió un gran tumulto durante algunos minutos, durante los cuales la señorita Miller exclamó repetidamente: «¡Silencio!» y «¡Orden!». Cuando amainó, las vi a todas dispuestas en cuatro semicírculos, frente a cuatro sillas, colocadas en las cuatro mesas; todas sostenían libros en sus manos, y un gran libro, como una Biblia, yacía sobre cada mesa, ante el asiento vacío. Siguió una pausa de algunos segundos, llenada por el murmullo bajo y vago de las voces; la señorita Miller caminaba de clase en clase, acallando este sonido indefinido.

Una campana lejana tintineó; inmediatamente tres damas entraron en la sala, cada una se dirigió a una mesa y tomó asiento. La señorita Miller ocupó la cuarta silla vacía, que era la más cercana a la puerta, y alrededor de la cual se reunían las niñas más pequeñas. A esta clase inferior fui llamada y colocada al final de ella.

El trabajo comenzó entonces: se repitió la colecta del día, luego se recitaron ciertos textos de las Escrituras, y a estos les sucedió una prolongada lectura de capítulos de la Biblia, que duró una hora. Para cuando terminó ese ejercicio, el día había amanecido por completo. La infatigable campana sonó entonces por cuarta vez: las clases fueron formadas y marcharon a otra sala para desayunar. ¡Qué contenta me puse al ver la perspectiva de conseguir algo de comer! Estaba ya casi enferma de inanición, habiendo comido tan poco el día anterior.

El refectorio era una sala grande, de techo bajo y sombría; sobre dos largas mesas humeaban cuencos de algo caliente que, sin embargo, para mi consternación, desprendían un olor nada apetecible. Vi una manifestación universal de descontento cuando los vapores del rancho llegaron a las fosas nasales de las destinadas

a tragarlo; desde la vanguardia de la procesión, las chicas altas de la primera clase, se alzaron las palabras susurradas:

—¡Qué asco! ¡Las gachas se han quemado otra vez!

—¡Silencio! —exclamó una voz; no la de la señorita Miller, sino la de una de las maestras superiores, una persona pequeña y morena, elegantemente vestida, pero de aspecto algo hosco, que se instaló en la cabecera de una mesa, mientras una dama más rolliza presidía la otra. Busqué en vano a la que había visto por primera vez la noche anterior; no estaba visible. La señorita Miller ocupaba el pie de la mesa donde yo me sentaba, y una extraña dama de aspecto extranjero y edad avanzada, la profesora de francés, como descubrí después, ocupaba el asiento correspondiente en la otra mesa. Se rezó una larga oración de gracias y se cantó un himno; luego un criado trajo un poco de té para las maestras, y comenzó la comida.

Hambrienta, y ahora muy débil, devoré una o dos cucharadas de mi porción sin pensar en su sabor; pero una vez mitigada la primera punzada del hambre, me di cuenta de que tenía en las manos un mejunje nauseabundo; las gachas quemadas son casi tan malas como las patatas podridas; la propia hambruna pronto se harta de ellas. Las cucharas se movían lentamente; vi a cada niña probar su comida e intentar tragarla; pero en la mayoría de los casos el esfuerzo se abandonaba pronto. El desayuno terminó, y nadie había desayunado. Dadas las gracias por lo que no habíamos recibido, y cantado un segundo himno, el refectorio fue evacuado hacia el aula. Fui una de las últimas en salir, y al pasar por las mesas, vi a una maestra tomar un cuenco de las gachas y probarlas; miró a las otras; todos sus semblantes expresaban desagrado, y una de ellas, la robusta, susurró:

—¡Cosa abominable! ¡Qué vergüenza!

Pasó un cuarto de hora antes de que las lecciones comenzaran de nuevo, durante el cual el aula se sumió en un glorioso tumulto; durante ese lapso de tiempo parecía estar permitido hablar en voz alta y con más libertad, y ellas usaron su privilegio. Toda la

conversación giraba en torno al desayuno, que todas y cada una denostaron sin miramientos. ¡Pobres! Era el único consuelo que tenían. La señorita Miller era ahora la única maestra en la sala; un grupo de chicas mayores de pie a su alrededor hablaba con gestos serios y hoscos. Oí el nombre del señor Brocklehurst pronunciado por algunos labios, a lo que la señorita Miller meneó la cabeza con desaprobación; pero no hizo un gran esfuerzo por frenar la ira general; sin duda, la compartía.

Un reloj en el aula dio las nueve; la señorita Miller dejó su círculo y, de pie en medio de la sala, gritó:

—¡Silencio! ¡A vuestros sitios!

La disciplina prevaleció: en cinco minutos la confusa multitud se resolvió en orden, y un silencio comparativo acalló el clamor de Babel de las lenguas. Las maestras superiores reanudaron puntualmente sus puestos, pero aún así, todas parecían esperar. Dispuestas en bancos a los lados de la sala, las ochenta niñas se sentaban inmóviles y erguidas; parecían una curiosa asamblea, todas con el pelo liso peinado hacia atrás, sin un solo rizo visible; con vestidos marrones, de cuello alto y rodeados por una estrecha lorza alrededor de la garganta, con pequeños bolsillos de tela de Holanda (con una forma parecida al sporran de un highlander) atados al frente de sus vestidos, y destinados a servir como bolsa de labores; todas, también, llevaban medias de lana y zapatos de fabricación rústica, abrochados con hebillas de latón. Más de veinte de las vestidas con este atuendo eran chicas ya crecidas, o más bien mujeres jóvenes; les sentaba mal y daba un aire de extrañeza incluso a las más bonitas.

Todavía las estaba mirando, y también examinando a intervalos a las maestras, ninguna de las cuales me agradaba precisamente; pues la robusta era un poco tosca, la morena no poco fiera, la extranjera áspera y grotesca, y la señorita Miller, ¡pobrecilla!, parecía amoratada, curtida por el tiempo y agotada por el trabajo, cuando, mientras mi ojo vagaba de rostro en rostro, toda la escuela se levantó simultáneamente, como movida por un resorte común.

¿Qué ocurría? No había oído dar ninguna orden; estaba perpleja. Antes de que pudiera recuperar el juicio, las clases volvieron a sentarse; pero como todos los ojos se volvían ahora hacia un punto, los míos siguieron la dirección general y se encontraron con el personaje que me había recibido la noche anterior. Estaba de pie al fondo de la larga sala, junto al hogar, pues había un fuego en cada extremo. Contempló las dos filas de niñas en silencio y con gravedad. La señorita Miller, acercándose, pareció hacerle una pregunta y, habiendo recibido su respuesta, volvió a su lugar y dijo en voz alta:

—¡Monitora de la primera clase, traed los globos terráqueos!

Mientras se ejecutaba la orden, la dama consultada avanzó lentamente por la sala. Supongo que tengo un órgano de veneración considerable, pues aún conservo la sensación de admirado asombro con la que mis ojos siguieron sus pasos. Vista ahora, a plena luz del día, parecía alta, rubia y bien formada; unos ojos castaños con una luz benigna en sus iris, y un fino trazo de largas pestañas alrededor, aliviaban la blancura de su ancha frente; en cada una de sus sienes, su cabello, de un castaño muy oscuro, se agrupaba en rizos redondos, según la moda de aquellos tiempos, cuando no estaban en boga ni las bandas lisas ni los largos tirabuzones; su vestido, también a la moda del día, era de paño púrpura, realzado por una especie de adorno español de terciopelo negro; un reloj de oro (los relojes no eran tan comunes entonces como ahora) brillaba en su cinturón. Añada el lector, para completar el cuadro, rasgos refinados; una tez, si bien pálida, clara; y un aire y porte majestuosos, y tendrá, al menos, tan claramente como las palabras pueden darlo, una idea correcta del exterior de la señorita Temple —Maria Temple, como vi después el nombre escrito en un libro de oraciones que se me confió para llevar a la iglesia.

La superintendente de Lowood (pues tal era esta dama), habiendo tomado asiento ante un par de globos terráqueos colocados sobre una de las mesas, convocó a la primera clase a su alrededor y comenzó a dar una lección de geografía; las clases inferiores fueron

llamadas por las maestras. Las repeticiones de historia, gramática, etc., continuaron durante una hora; siguieron la escritura y la aritmética, y la señorita Temple dio lecciones de música a algunas de las chicas mayores. La duración de cada lección se medía por el reloj, que finalmente dio las doce. La superintendente se levantó.

—Tengo unas palabras que dirigir a las alumnas —dijo.

El tumulto del cese de las lecciones ya estaba estallando, pero se acalló ante su voz. Continuó:

—Esta mañana habéis tenido un desayuno que no habéis podido comer; debéis de estar hambrientas. He ordenado que se sirva a todas un almuerzo de pan y queso.

Las maestras la miraron con una especie de sorpresa.

—Se hará bajo mi responsabilidad —añadió, en tono explicativo hacia ellas, e inmediatamente después abandonó la sala.

El pan y el queso fueron traídos al momento y distribuidos, para gran deleite y refrigerio de toda la escuela. Se dio entonces la orden: «¡Al jardín!». Cada una se puso un tosco sombrero de paja, con cintas de calicó de colores, y una capa de frisa gris. A mí me equiparon de manera similar y, siguiendo la corriente, salí al aire libre.

El jardín era un amplio recinto, rodeado de muros tan altos que excluían cualquier atisbo de vista; una galería cubierta corría por un lado, y anchos paseos bordeaban un espacio central dividido en veintenas de pequeños arriates. Estos arriates estaban asignados como jardines para que las alumnas los cultivaran, y cada arriate tenía una dueña. Cuando estuvieran llenos de flores, sin duda se verían bonitos; pero ahora, a finales de enero, todo era desolación invernal y decadencia parda. Me estremecí mientras estaba de pie y miraba a mi alrededor. Era un día inclemente para el ejercicio al aire libre; no positivamente lluvioso, pero oscurecido por una neblina amarillenta y lloviznosa; todo bajo los pies seguía empapado por las inundaciones de ayer. Las más fuertes de las niñas corrían y participaban en juegos activos, pero varias, pálidas y delgadas, se

agrupaban en busca de refugio y calor en la galería; y entre estas, mientras la densa niebla penetraba en sus tiritantes cuerpos, oí con frecuencia el sonido de una tos cavernosa.

Hasta el momento no había hablado con nadie, ni nadie parecía fijarse en mí; estaba bastante sola, pero a ese sentimiento de aislamiento estaba acostumbrada; no me oprimía mucho. Me apoyé en un pilar de la galería, me ceñí bien mi manto gris y, tratando de olvidar el frío que me atenazaba por fuera y el hambre insatisfecha que me roía por dentro, me entregué a la tarea de observar y pensar. Mis reflexiones eran demasiado indefinidas y fragmentarias para merecer ser registradas; apenas sabía todavía dónde estaba; Gateshead y mi vida pasada parecían haberse alejado a una distancia inconmensurable; el presente era vago y extraño, y del futuro no podía formar ninguna conjetura. Miré alrededor del jardín de aspecto conventual, y luego hacia la casa, un gran edificio, la mitad del cual parecía gris y antiguo, la otra mitad completamente nueva. La parte nueva, que contenía el aula y el dormitorio, estaba iluminada por ventanas de menejillos y celosías, que le daban un aspecto de iglesia; una lápida de piedra sobre la puerta llevaba esta inscripción:

INSTITUCIÓN LOWOOD.

Esta parte fue reconstruida en el año de nuestro Señor..., por Naomi Brocklehurst,

de Brocklehurst Hall, en este condado.

«Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.» —S. Mateo v. 16.

Leí estas palabras una y otra vez; sentí que les correspondía una explicación y fui incapaz de penetrar plenamente su significado. Todavía estaba meditando sobre el significado de «Institución», y tratando de establecer una conexión entre las primeras palabras y el versículo de las Escrituras, cuando el sonido de una tos justo detrás de mí me hizo girar la cabeza. Vi a una niña sentada en un banco de

piedra cercano; estaba inclinada sobre un libro, en cuya lectura parecía absorta. Desde donde yo estaba podía ver el título, era Rasselas, un nombre que me pareció extraño y, por consiguiente, atractivo. Al pasar una hoja, acertó a levantar la vista, y le dije directamente:

—¿Es interesante tu libro? —Ya había formado la intención de pedirle que me lo prestara algún día.

—Me gusta —respondió, tras una pausa de uno o dos segundos, durante los cuales me examinó.

—¿De qué trata? —continué. Apenas sé de dónde saqué la osadía para entablar así una conversación con una extraña; el paso era contrario a mi naturaleza y a mis hábitos, pero creo que su ocupación tocó una fibra de simpatía en alguna parte; pues a mí también me gustaba leer, aunque de un tipo frívolo e infantil; no podía digerir ni comprender lo serio o sustancial.

—Puedes mirarlo —replicó la niña, ofreciéndome el libro.

Así lo hice; un breve examen me convenció de que el contenido era menos atractivo que el título: Rasselas parecía aburrido para mi gusto trivial; no vi nada sobre hadas, nada sobre genios; ninguna variedad brillante parecía extenderse sobre las páginas densamente impresas. Se lo devolví; ella lo recibió tranquilamente y, sin decir nada, estaba a punto de volver a sumirse en su anterior estado de ánimo estudioso. De nuevo me aventuré a molestarla:

—¿Puedes decirme qué significa lo que está escrito en esa piedra sobre la puerta? ¿Qué es la Institución Lowood?

—Esta casa donde has venido a vivir.

—¿Y por qué la llaman Institución? ¿Es diferente de otras escuelas de alguna manera?

—Es en parte una escuela de caridad. Tú y yo, y todas las demás, somos niñas de caridad. Supongo que eres huérfana. ¿No han muerto tu padre o tu madre?

—Ambos murieron antes de que yo pueda recordar.

—Bueno, todas las niñas aquí han perdido a uno o a ambos padres, y esto se llama una institución para educar huérfanas.

—¿No pagamos dinero? ¿Nos mantienen gratis?

—Pagamos, o nuestros amigos pagan, quince libras al año por cada una.

—Entonces, ¿por qué nos llaman niñas de caridad?

—Porque quince libras no es suficiente para la manutención y la enseñanza, y la diferencia se cubre con donaciones.

—¿Quién dona?

—Diferentes damas y caballeros de buen corazón de esta vecindad y de Londres.

—¿Quién fue Naomi Brocklehurst?

—La dama que construyó la parte nueva de esta casa, como registra esa lápida, y cuyo hijo supervisa y dirige todo aquí.

—¿Por qué?

—Porque es el tesorero y gerente del establecimiento.

—Entonces, ¿esta casa no pertenece a esa dama alta que lleva un reloj y que dijo que íbamos a tomar pan y queso?

—¿A la señorita Temple? ¡Oh, no! Ojalá fuera así. Ella tiene que responder ante el señor Brocklehurst por todo lo que hace. El señor Brocklehurst compra toda nuestra comida y toda nuestra ropa.

—¿Vive él aquí?

—No, a dos millas de aquí, en una gran mansión.

—¿Es un buen hombre?

—Es un clérigo, y se dice que hace mucho bien.

—¿Dijiste que esa dama alta se llamaba señorita Temple?

—Sí.

—¿Y cómo se llaman las otras maestras?

—La de mejillas rojas se llama señorita Smith; se ocupa de las labores y corta los patrones, pues nosotras hacemos nuestra propia ropa, nuestros vestidos y pellizas, y todo. La pequeña de pelo negro es la señorita Scatcherd; enseña historia y gramática, y escucha las repeticiones de la segunda clase. Y la que lleva un chal y tiene un pañuelo atado a un lado con una cinta amarilla es Madame Pierrot; viene de Lille, en Francia, y enseña francés.

—¿Te gustan las maestras?

—Bastante.

—¿Te gustan la pequeña de pelo negro y la Madame...? No puedo pronunciar su nombre como tú.

—La señorita Scatcherd es impulsiva, debes tener cuidado de no ofenderla. Madame Pierrot no es una mala persona.

—Pero la señorita Temple es la mejor, ¿no es así?

—La señorita Temple es muy buena y muy inteligente; está por encima de las demás, porque sabe mucho más que ellas.

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

—Dos años.

—¿Eres huérfana?

—Mi madre ha muerto.

—¿Eres feliz aquí?

—Haces demasiadas preguntas. Te he dado suficientes respuestas por el momento. Ahora quiero leer.

Pero en ese momento sonó la llamada para la cena; todas volvimos a entrar en la casa. El olor que ahora llenaba el refectorio era apenas más apetitoso que el que había deleitado nuestras fosas nasales en el desayuno. La cena se sirvió en dos enormes recipientes de hojalata, de los que se elevaba un fuerte vapor con olor a grasa rancia. Descubrí que el rancho consistía en patatas

mediocres y extraños jirones de carne de color herrumbroso, mezclados y cocinados juntos. De esta preparación se asignó un plato tolerable y abundante a cada alumna. Comí lo que pude y me pregunté si la comida de todos los días sería así.

Después de la cena, nos trasladamos inmediatamente al aula. Las lecciones se reanudaron y continuaron hasta las cinco en punto.

El único acontecimiento notable de la tarde fue que vi a la niña con la que había conversado en la galería ser expulsada con deshonor de una clase de historia por la señorita Scatcherd y enviada a permanecer de pie en medio de la gran aula. El castigo me pareció en alto grado ignominioso, especialmente para una chica tan mayor —parecía tener trece años o más—. Esperaba que mostrara signos de gran angustia y vergüenza; pero para mi sorpresa, no lloró ni se sonrojó. Serena, aunque grave, permaneció de pie, el centro de todas las miradas. «¿Cómo puede soportarlo tan tranquilamente, tan firmemente?», me pregunté. «Si yo estuviera en su lugar, me parece que desearía que la tierra se abriera y me tragara. Parece como si estuviera pensando en algo más allá de su castigo, más allá de su situación; en algo que no está a su alrededor ni ante ella. He oído hablar de soñar despierto, ¿está soñando despierta ahora? Sus ojos están fijos en el suelo, pero estoy segura de que no lo ven; su vista parece haberse vuelto hacia adentro, haber descendido a su corazón. Está mirando lo que puede recordar, creo; no lo que está realmente presente. Me pregunto qué clase de chica será, si buena o mala».

Poco después de las cinco de la tarde tuvimos otra comida, que consistía en una pequeña taza de café y media rebanada de pan moreno. Devoré mi pan y bebí mi café con deleite; pero me habría alegrado de recibir otro tanto, todavía tenía hambre. Siguió media hora de recreo, luego estudio; luego el vaso de agua y el trozo de torta de avena, las oraciones y a la cama. Tal fue mi primer día en Lowood.

Capítulo VI

El día siguiente comenzó como el anterior, levantándonos y vistiéndonos a la luz de una lamparilla; pero esta mañana nos vimos obligadas a prescindir de la ceremonia de lavarnos; el agua de las jarras estaba congelada. El tiempo había cambiado la tarde anterior, y un agudo viento del nordeste, que silbó toda la noche por las rendijas de las ventanas de nuestro dormitorio, nos había hecho tiritar en nuestras camas y había convertido el contenido de los aguamaniles en hielo.

Antes de que terminara la larga hora y media de oraciones y lectura de la Biblia, me sentía a punto de perecer de frío. Por fin llegó la hora del desayuno, y esta mañana las gachas no estaban quemadas; la calidad era comestible, la cantidad pequeña. ¡Qué pequeña me pareció mi porción! Deseé que hubiera sido el doble.

En el transcurso del día fui inscrita como miembro de la cuarta clase, y se me asignaron tareas y ocupaciones regulares; hasta entonces, solo había sido una espectadora de los procedimientos en Lowood; ahora iba a convertirme en una actriz en ellos. Al principio, poco acostumbrada a aprender de memoria, las lecciones me parecieron largas y difíciles; el frecuente cambio de una tarea a otra, también, me desconcertaba; y me alegré cuando, sobre las tres de la tarde, la señorita Smith me puso en las manos un borde de muselina de dos yardas de largo, junto con aguja, dedal, etc., y me mandó a sentarme en un rincón tranquilo del aula, con instrucciones de hacerle el dobladillo. A esa hora, la mayoría de las demás también estaban cosiendo; pero una clase aún permanecía de pie alrededor de la silla de la señorita Scatcherd leyendo, y como todo estaba en silencio, se podía oír el tema de sus lecciones, junto con la manera en que cada niña se desenvolvía, y las críticas o elogios de la señorita Scatcherd sobre su ejecución. Era historia de Inglaterra;

entre las lectoras observé a mi conocida de la galería; al comienzo de la lección, su lugar había estado en la cabecera de la clase, pero por algún error de pronunciación, o alguna falta de atención a las pausas, fue enviada de repente al final del todo. Incluso en esa oscura posición, la señorita Scatcherd continuó haciéndola objeto de constante atención; continuamente le dirigía frases como las siguientes:

—Burns (tal parecía ser su nombre; aquí a las niñas se las llamaba a todas por sus apellidos, como a los niños en otros lugares), Burns, estás apoyada en el canto del zapato; saca las puntas de los pies inmediatamente. Burns, sacas la barbilla de forma muy desagradable; métela hacia dentro. Burns, insisto en que mantengas la cabeza alta; no quiero tenerte delante de mí en esa actitud, etc., etc.

Habiéndose leído un capítulo dos veces, se cerraron los libros y se examinó a las niñas. La lección había abarcado parte del reinado de Carlos I, y hubo diversas preguntas sobre el impuesto sobre el tonelaje y el peso y el impuesto sobre los barcos, que la mayoría de ellas parecían incapaces de responder; aun así, cada pequeña dificultad se resolvía al instante cuando le llegaba el turno a Burns; su memoria parecía haber retenido la sustancia de toda la lección, y estaba lista con respuestas en cada punto. Yo esperaba que la señorita Scatcherd elogiara su atención; pero, en lugar de eso, gritó de repente:

—¡Niña sucia y desagradable! ¡No te has limpiado las uñas esta mañana!

Burns no respondió. Me extrañó su silencio.

«¿Por qué?», pensé, «¿no explica que no pudo limpiarse las uñas ni lavarse la cara, ya que el agua estaba congelada?».

Mi atención fue entonces requerida por la señorita Smith, que me pidió que sujetara una madeja de hilo. Mientras la devanaba, me hablaba de vez en cuando, preguntándome si había estado antes en la escuela, si sabía marcar, coser, tejer, etc.; hasta que me despidió,

no pude continuar mis observaciones sobre los movimientos de la señorita Scatcherd. Cuando volví a mi asiento, esa dama estaba precisamente dando una orden cuyo significado no capté; pero Burns abandonó inmediatamente la clase y, entrando en la pequeña habitación interior donde se guardaban los libros, regresó en medio minuto, llevando en la mano un manojo de varas atadas por un extremo. Presentó esta ominosa herramienta a la señorita Scatcherd con una respetuosa reverencia; luego, tranquilamente y sin que se lo dijeran, se desató el delantal, y la maestra le infligió al instante y con fuerza una docena de golpes en el cuello con el haz de varas. Ni una lágrima asomó a los ojos de Burns; y, mientras yo dejaba de coser, porque mis dedos temblaban ante este espectáculo con un sentimiento de ira inútil e impotente, ni un rasgo de su rostro pensativo alteró su expresión ordinaria.

—¡Niña empedernida! —exclamó la señorita Scatcherd—. Nada puede corregir tus hábitos desaliñados. Llévate la vara.

Burns obedeció. La miré detenidamente mientras salía del cuarto de los libros; se estaba guardando el pañuelo en el bolsillo, y el rastro de una lágrima brillaba en su delgada mejilla.

La hora de recreo de la tarde me parecía la fracción más agradable del día en Lowood: el trozo de pan, el trago de café ingerido a las cinco en punto habían reavivado la vitalidad, si no habían satisfecho el hambre; la larga contención del día se relajaba; el aula se sentía más cálida que por la mañana —se permitía que sus fuegos ardieran un poco más vivos, para suplir, en cierta medida, el lugar de las velas, aún no introducidas—. El resplandor rojizo del crepúsculo, el alboroto permitido, la confusión de muchas voces daban una bienvenida sensación de libertad.

La tarde del día en que había visto a la señorita Scatcherd azotar a su alumna, Burns, vagué como de costumbre entre los bancos, las mesas y los grupos risueños sin compañía, pero sin sentirme sola. Cuando pasaba por las ventanas, de vez en cuando levantaba una persiana y miraba hacia fuera; nevaba copiosamente, ya se estaba formando un ventisquero contra los cristales inferiores; acercando el

oído a la ventana, podía distinguir, del alegre tumulto interior, el gemido desconsolado del viento exterior.

Probablemente, si hubiera dejado recientemente un buen hogar y unos padres amables, esta habría sido la hora en que más intensamente habría lamentado la separación; aquel viento habría entristecido entonces mi corazón; ¡este oscuro caos habría perturbado mi paz! Tal como era, obtenía de ambos una extraña excitación, y temeraria y febril, deseaba que el viento aullara más salvajemente, que la penumbra se profundizara hasta la oscuridad y que la confusión se elevara hasta el clamor.

Saltando por encima de los bancos y arrastrándome por debajo de las mesas, me abrí paso hasta una de las chimeneas; allí, arrodillada junto al alto guardafuegos de alambre, encontré a Burns, absorta, silenciosa, abstraída de todo lo que la rodeaba por la compañía de un libro, que leía a la tenue luz de las brasas.

—¿Sigue siendo Rasselas? —pregunté, acercándome por detrás.

—Sí —dijo—, y acabo de terminarlo.

Y en cinco minutos más lo cerró. Me alegré de ello.

«Ahora», pensé, «quizás pueda conseguir que hable». Me senté a su lado en el suelo.

—¿Cuál es tu nombre además de Burns?

—Helen.

—¿Vienes de muy lejos?

—Vengo de un lugar más al norte, justo en la frontera con Escocia.

—¿Volverás alguna vez?

—Eso espero; pero nadie puede estar seguro del futuro.

—Debes de desear marcharte de Lowood.

—¡No! ¿Por qué iba a hacerlo? Me enviaron a Lowood para recibir una educación; y no serviría de nada marcharme hasta que haya

alcanzado ese objetivo.

—¿Pero esa maestra, la señorita Scatcherd, es tan cruel contigo?

—¿Cruel? ¡En absoluto! Es severa; le disgustan mis faltas.

—Y si yo estuviera en tu lugar, a mí me disgustaría ella; me resistiría. Si me golpeara con esa vara, se la quitaría de la mano; la rompería delante de sus narices.

—Probablemente no harías nada de eso; pero si lo hicieras, el señor Brocklehurst te expulsaría de la escuela; eso sería un gran disgusto para tus parientes. Es mucho mejor soportar pacientemente un dolor que nadie siente más que tú misma, que cometer una acción precipitada cuyas malas consecuencias se extenderán a todos los que están conectados contigo; y además, la Biblia nos manda devolver bien por mal.

—Pero entonces parece vergonzoso que te azoten y que te manden a estar de pie en medio de una habitación llena de gente; y tú eres una chica tan mayor. Yo soy mucho más joven que tú y no podría soportarlo.

—Sin embargo, sería tu deber soportarlo, si no pudieras evitarlo. Es débil y necio decir que no puedes soportar lo que tu destino te exige soportar.

La escuché con asombro; no podía comprender esta doctrina de la resistencia; y menos aún podía entender o simpatizar con la indulgencia que expresaba hacia quien la castigaba. Aun así, sentí que Helen Burns consideraba las cosas bajo una luz invisible para mis ojos. Sospeché que ella podría tener razón y yo estar equivocada; pero no quise reflexionar profundamente sobre el asunto; como Félix, lo pospuse para un momento más oportuno.

—Dices que tienes faltas, Helen. ¿Cuáles son? A mí me pareces muy buena.

—Entonces aprende de mí a no juzgar por las apariencias. Soy, como dijo la señorita Scatcherd, desaliñada; rara vez pongo, y nunca mantengo, las cosas en orden; soy descuidada; olvido las reglas; leo

cuando debería aprender mis lecciones; no tengo método; y a veces digo, como tú, que no puedo soportar estar sometida a arreglos sistemáticos. Todo esto es muy irritante para la señorita Scatcherd, que es naturalmente ordenada, puntual y meticulosa.

—Y antipática y cruel —añadí; pero Helen Burns no admitió mi adición; guardó silencio.

—¿Es la señorita Temple tan severa contigo como la señorita Scatcherd?

Al pronunciar el nombre de la señorita Temple, una suave sonrisa revoloteó por su grave rostro.

—La señorita Temple está llena de bondad; le duele ser severa con cualquiera, incluso con la peor de la escuela. Ve mis errores y me los dice con delicadeza; y, si hago algo digno de elogio, me da mi recompensa generosamente. Una fuerte prueba de mi naturaleza terriblemente defectuosa es que incluso sus reconvenciones, tan suaves, tan racionales, no tienen influencia para curarme de mis faltas; e incluso su elogio, aunque lo valoro muchísimo, no puede estimularme a un cuidado y previsión continuos.

—Eso es curioso —dije—, es tan fácil ser cuidadosa.

—Para ti, no tengo duda de que lo es. Te observé en tu clase esta mañana, y vi que estabas muy atenta; tus pensamientos nunca parecían divagar mientras la señorita Miller explicaba la lección y te interrogaba. Ahora bien, los míos continuamente se desvían; cuando debería estar escuchando a la señorita Scatcherd, y recogiendo todo lo que dice con asiduidad, a menudo pierdo hasta el sonido de su voz; caigo en una especie de sueño. A veces pienso que estoy en Northumberland, y que los ruidos que oigo a mi alrededor son el burbujeo de un arroyuelo que corre por Deepden, cerca de nuestra casa; entonces, cuando me toca responder, tienen que despertarme; y como no he oído nada de lo que se leía por estar escuchando al arroyo imaginario, no tengo ninguna respuesta preparada.

—Sin embargo, qué bien respondiste esta tarde.

—Fue pura casualidad; el tema sobre el que habíamos estado leyendo me había interesado. Esta tarde, en lugar de soñar con Deepden, me preguntaba cómo un hombre que deseaba hacer lo correcto podía actuar de manera tan injusta e imprudente como lo hizo a veces Carlos I; y pensé qué lástima que, con su integridad y conciencia, no pudiera ver más allá de las prerrogativas de la corona. ¡Si tan solo hubiera sido capaz de mirar a lo lejos y ver hacia dónde tendía lo que llaman el espíritu de la época! Aun así, me gusta Carlos, lo respeto, lo compadezco, ¡pobre rey asesinado! Sí, sus enemigos fueron los peores; derramaron sangre que no tenían derecho a derramar. ¡Cómo se atrevieron a matarlo!

Helen hablaba ahora consigo misma; había olvidado que yo no podía entenderla muy bien, que era ignorante, o casi, del tema que discutía. La traje de vuelta a mi nivel.

—Y cuando la señorita Temple te enseña, ¿tus pensamientos divagan entonces?

—No, ciertamente, no a menudo; porque la señorita Temple generalmente tiene algo que decir que es más nuevo que mis propias reflexiones; su lenguaje me resulta singularmente agradable, y la información que comunica es a menudo justo lo que deseaba obtener.

—Bueno, entonces, ¿con la señorita Temple eres buena?

—Sí, de manera pasiva. No hago ningún esfuerzo; sigo a donde me guía la inclinación. No hay mérito en tal bondad.

—Muchísimo. Eres buena con quienes son buenos contigo. Es todo lo que yo deseo ser. Si la gente fuera siempre amable y obediente con quienes son crueles e injustos, la gente malvada se saldría siempre con la suya; nunca sentirían miedo, y así nunca cambiarían, sino que se volverían peores y peores. Cuando nos golpean sin razón, deberíamos devolver el golpe con mucha fuerza; estoy segura de que deberíamos, tan fuerte como para enseñar a la persona que nos golpeó a no volver a hacerlo nunca.

—Cambiarás de opinión, espero, cuando seas mayor. Por ahora no eres más que una niña pequeña sin instrucción.

—Pero siento esto, Helen; debo detestar a quienes, haga lo que haga para complacerles, persisten en detestarme; debo resistir a quienes me castigan injustamente. Es tan natural como que ame a quienes me muestran afecto, o me someta al castigo cuando siento que lo merezco.

—Los paganos y las tribus salvajes sostienen esa doctrina, pero los cristianos y las naciones civilizadas la rechazan.

—¿Cómo? No lo entiendo.

—No es la violencia lo que mejor vence al odio, ni la venganza lo que más ciertamente cura la herida.

—¿Qué entonces?

—Lee el Nuevo Testamento, y observa lo que Cristo dice y cómo actúa; haz de su palabra tu regla, y de su conducta tu ejemplo.

—¿Qué dice Él?

—Ama a tus enemigos; bendice a los que te maldicen; haz bien a los que te odian y te ultrajan.

—Entonces debería amar a la señora Reed, cosa que no puedo hacer; debería bendecir a su hijo John, lo cual es imposible.

A su vez, Helen Burns me pidió que me explicara, y procedí inmediatamente a verter, a mi manera, el relato de mis sufrimientos y resentimientos. Amarga y mordaz cuando me excitaba, hablé como sentía, sin reservas ni atenuantes.

Helen me escuchó pacientemente hasta el final. Esperaba que entonces hiciera algún comentario, pero no dijo nada.

—Bueno —pregunté con impaciencia—, ¿no es la señora Reed una mujer mala y de corazón duro?

—Ha sido cruel contigo, sin duda; porque, ya ves, le disgusta tu tipo de carácter, como a la señorita Scatcherd el mío. ¡Pero con qué

minuciosidad recuerdas todo lo que te ha hecho y dicho! ¡Qué impresión tan singularmente profunda parece haber dejado su injusticia en tu corazón! Ningún maltrato marca así su huella en mis sentimientos. ¿No serías más feliz si intentaras olvidar su severidad, junto con las apasionadas emociones que suscitó? La vida me parece demasiado corta para pasarla alimentando animosidad o registrando agravios. Todos estamos, y debemos estar, cargados de faltas en este mundo; pero pronto llegará el momento en que, confío, nos despojaremos de ellas al despojarnos de nuestros cuerpos corruptibles; cuando la bajeza y el pecado caerán de nosotros con esta pesada estructura de carne, y solo quedará la chispa del espíritu, el principio impalpable de luz y pensamiento, puro como cuando dejó al Creador para inspirar a la criatura. De donde vino, volverá; quizás para ser comunicado de nuevo a algún ser superior al hombre, quizás para pasar por gradaciones de gloria, desde la pálida alma humana hasta brillar como el serafín. Seguramente, por el contrario, ¿nunca se permitirá que degenere de hombre a demonio? No; no puedo creer eso. Sostengo otro credo, que nadie me enseñó jamás y que rara vez menciono, pero en el que me deleito y al que me aferro, pues extiende la esperanza a todos; hace de la Eternidad un descanso, un hogar poderoso, no un terror y un abismo. Además, con este credo, puedo distinguir tan claramente entre el criminal y su crimen; puedo perdonar tan sinceramente al primero mientras aborrezco lo segundo. Con este credo, la venganza nunca atormenta mi corazón, la degradación nunca me asquea demasiado profundamente, la injusticia nunca me aplasta demasiado bajo. Vivo en calma, mirando hacia el final.

La cabeza de Helen, siempre inclinada, se hundió un poco más al terminar esta frase. Vi por su mirada que ya no deseaba hablar conmigo, sino más bien conversar con sus propios pensamientos. No se le concedió mucho tiempo para la meditación: una monitora, una chica alta y ruda, se acercó al momento, exclamando con un fuerte acento de Cumberland:

—¡Helen Burns, si no vas a poner en orden tu cajón y a doblar tu labor en este mismo instante, le diré a la señorita Scatcherd que

venga a verlo!

Helen suspiró mientras su ensoñación se desvanecía y, levantándose, obedeció a la monitora sin responder y sin demora.

Capítulo VII

Mi primer trimestre en Lowood me pareció una eternidad; y no la edad de oro, precisamente. Comprendió una lucha fastidiosa con las dificultades de habituarme a nuevas reglas y tareas insólitas. El miedo a fracasar en estos puntos me atormentaba más que las penalidades físicas de mi suerte, aunque estas no eran insignificantes.

Durante enero, febrero y parte de marzo, las profundas nieves y, tras su deshielo, los caminos casi intransitables, nos impidieron salir más allá de los muros del jardín, excepto para ir a la iglesia; pero dentro de estos límites teníamos que pasar una hora cada día al aire libre. Nuestra ropa era insuficiente para protegernos del frío severo: no teníamos botas, la nieve se metía en nuestros zapatos y se derretía allí; nuestras manos sin guantes se entumecían y se cubrían de sabañones, al igual que nuestros pies. Recuerdo bien la irritación enloquecedora que soportaba por esta causa cada tarde, cuando mis pies se inflamaban; y la tortura de meter los dedos hinchados, en carne viva y rígidos en mis zapatos por la mañana. Luego, el escaso suministro de comida era angustioso: con el agudo apetito de los niños en crecimiento, apenas teníamos lo suficiente para mantener con vida a un delicado inválido. De esta deficiencia de alimento resultó un abuso, que oprimía duramente a las alumnas más jóvenes: cada vez que las chicas mayores hambrientas tenían la

oportunidad, engatusaban o amenazaban a las pequeñas para quitarles su porción. Muchas veces he compartido entre dos pretendientas el precioso bocado de pan moreno distribuido a la hora del té; y después de ceder a una tercera la mitad del contenido de mi taza de café, he tragado el resto con un acompañamiento de lágrimas secretas, forzadas por la exigencia del hambre.

Los domingos eran días lúgubres en esa estación invernal. Teníamos que caminar dos millas hasta la iglesia de Brocklebridge, donde oficiaba nuestro patrón. Salíamos con frío, llegábamos a la iglesia más fríos aún; durante el servicio matutino nos quedábamos casi paralizados. Estaba demasiado lejos para volver a comer, y entre los servicios se repartía una ración de carne fría y pan, en la misma penosa proporción observada en nuestras comidas ordinarias.

Al final del servicio de la tarde, regresábamos por un camino expuesto y montañoso, donde el amargo viento invernal, que soplaba sobre una cadena de cumbres nevadas al norte, casi nos arrancaba la piel de la cara.

Recuerdo a la señorita Temple caminando ligera y rápidamente a lo largo de nuestra abatida fila, con su capa de tartán, que el viento helado agitaba, ceñida a su cuerpo, y animándonos, con el precepto y el ejemplo, a mantener el ánimo y a marchar hacia adelante, como ella decía, «como soldados valientes». Las otras maestras, pobrecillas, generalmente estaban ellas mismas demasiado abatidas para intentar la tarea de animar a las demás.

¡Cómo anhelábamos la luz y el calor de un fuego crepitante cuando volvíamos! Pero, al menos para las pequeñas, esto se nos negaba: cada hogar en el aula era inmediatamente rodeado por una doble fila de chicas mayores, y detrás de ellas las niñas más jóvenes se acurrucaban en grupos, envolviendo sus brazos famélicos en sus delantales.

Un pequeño consuelo llegaba a la hora del té, en forma de una doble ración de pan —una rebanada entera, en lugar de media— con la deliciosa adición de una fina capa de mantequilla: era la delicia

hebdomadaria que todas esperábamos de sábado en sábado. Generalmente me las arreglaba para reservar una mitad de este generoso manjar para mí; pero el resto me veía invariablemente obligada a compartirlo.

La tarde del domingo se pasaba repitiendo de memoria el Catecismo de la Iglesia y los capítulos quinto, sexto y séptimo de San Mateo; y escuchando un largo sermón, leído por la señorita Miller, cuyos bostezos irreprimibles atestiguaban su cansancio. Un interludio frecuente de estas actuaciones era la representación del papel de Eutico por parte de media docena de niñas pequeñas, quienes, vencidas por el sueño, se caían, si no del tercer piso, sí del cuarto banco, y eran recogidas medio muertas. El remedio era empujarlas hacia el centro del aula y obligarlas a permanecer allí de pie hasta que terminara el sermón. A veces les fallaban los pies y se desplomaban juntas en un montón; entonces se las apuntalaba con los altos taburetes de las monitoras.

Todavía no he aludido a las visitas del señor Brocklehurst; y, de hecho, ese caballero estuvo fuera de casa durante la mayor parte del primer mes después de mi llegada; quizás prolongando su estancia con su amigo el arcediano. Su ausencia fue un alivio para mí. No necesito decir que tenía mis propias razones para temer su venida; pero venir, vino al fin.

Una tarde (yo llevaba entonces tres semanas en Lowood), mientras estaba sentada con una pizarra en la mano, rompiéndome la cabeza con una suma de división larga, mis ojos, levantados en abstracción hacia la ventana, divisaron una figura que pasaba justo en ese momento. Reconocí casi instintivamente aquella silueta demacrada; y cuando, dos minutos después, toda la escuela, maestras incluidas, se levantó en masse, no fue necesario que yo mirara hacia arriba para averiguar a quién saludaban con su entrada. Una larga zancada midió el aula, y al instante, junto a la señorita Temple, que también se había levantado, se erguía la misma columna negra que me había mirado con tanto ceño ominoso desde la alfombra de Gateshead. Ahora miré de reojo a esta pieza de

arquitectura. Sí, tenía razón: era el señor Brocklehurst, abotonado en un sobretodo, y pareciendo más largo, más estrecho y más rígido que nunca.

Tenía mis propias razones para estar consternada por esta aparición; recordaba demasiado bien las pérfidas insinuaciones de la señora Reed sobre mi disposición, etc.; la promesa hecha por el señor Brocklehurst de informar a la señorita Temple y a las maestras de mi naturaleza viciosa. Todo el tiempo había estado temiendo el cumplimiento de esta promesa, había estado esperando diariamente la llegada del «Hombre», cuya información sobre mi vida pasada y mi conducta me marcaría como una niña mala para siempre. Ahora, allí estaba él.

Estaba de pie al lado de la señorita Temple; le hablaba en voz baja al oído. No dudé de que estaba revelando mi villanía, y observé sus ojos con dolorosa ansiedad, esperando a cada momento ver su oscuro orbe volverse hacia mí con una mirada de repugnancia y desprecio. También escuché; y como casualmente estaba sentada justo en la parte delantera de la sala, capté la mayor parte de lo que dijo. Su contenido me alivió de la aprensión inmediata.

—Supongo, señorita Temple, que el hilo que compré en Lowton servirá; me pareció que sería de la calidad justa para las camisas de calicó, y he seleccionado las agujas a juego. Puede decirle a la señorita Smith que olvidé tomar nota de las agujas de zurcir, pero que le enviarán algunos paquetes la próxima semana; y que, bajo ningún concepto, debe dar más de una a la vez a cada alumna. Si tienen más, tienden a ser descuidadas y a perderlas. ¡Y, oh, señora! ¡Desearía que se vigilaran mejor las medias de lana! Cuando estuve aquí la última vez, fui al huerto y examiné la ropa que se secaba en el tendedero; había una cantidad de medias negras en muy mal estado. Por el tamaño de los agujeros, estaba seguro de que no habían sido bien remendadas de vez en cuando.

Hizo una pausa.

—Se atenderán sus indicaciones, señor —dijo la señorita Temple.

—Y, señora —continuó—, la lavandera me dice que algunas de las niñas tienen dos pecheras limpias a la semana. Es demasiado; las reglas las limitan a una.

—Creo que puedo explicar esa circunstancia, señor. Agnes y Catherine Johnstone fueron invitadas a tomar el té con unos amigos en Lowton el jueves pasado, y les di permiso para ponerse pecheras limpias para la ocasión.

El señor Brocklehurst asintió.

—Bueno, por una vez puede pasar; pero por favor, que la circunstancia no ocurra con demasiada frecuencia. Y hay otra cosa que me sorprendió; encuentro, al liquidar las cuentas con el ama de llaves, que se ha servido un almuerzo, consistente en pan y queso, dos veces a las niñas durante la última quincena. ¿Cómo es esto? Repasé el reglamento y no encuentro ninguna comida mencionada como almuerzo. ¿Quién introdujo esta innovación? ¿Y con qué autoridad?

—Debo responsabilizarme de la circunstancia, señor —replicó la señorita Temple—. El desayuno estaba tan mal preparado que las alumnas no pudieron comerlo de ninguna manera; y no me atreví a permitir que permanecieran en ayunas hasta la hora de la cena.

—Señora, permítame un instante. Es usted consciente de que mi plan al educar a estas niñas no es acostumbrarlas a hábitos de lujo e indulgencia, sino hacerlas resistentes, pacientes, abnegadas. Si ocurriera alguna pequeña decepción accidental del apetito, como que se eche a perder una comida, que un plato esté poco o demasiado cocido, el incidente no debe neutralizarse reemplazando con algo más delicado el consuelo perdido, mimando así el cuerpo y frustrando el objetivo de esta institución; debe aprovecharse para la edificación espiritual de las alumnas, animándolas a mostrar fortaleza ante la privación temporal. Un breve discurso en esas ocasiones no estaría fuera de lugar, en el que un instructor juicioso aprovecharía la oportunidad para referirse a los sufrimientos de los primeros cristianos; a los tormentos de los mártires; a las

exhortaciones de nuestro bendito Señor mismo, llamando a sus discípulos a tomar su cruz y seguirle; a sus advertencias de que no solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios; a sus divinas consolaciones: «Si padecéis hambre o sed por mi causa, bienaventurados sois». ¡Oh, señora, cuando ponéis pan y queso, en lugar de gachas quemadas, en la boca de estas niñas, podéis ciertamente alimentar sus viles cuerpos, pero poco pensáis en cómo matáis de hambre sus almas inmortales!

El señor Brocklehurst volvió a hacer una pausa, quizás abrumado por sus sentimientos. La señorita Temple había bajado la vista cuando él comenzó a hablarle; pero ahora miraba fijamente al frente, y su rostro, naturalmente pálido como el mármol, parecía estar asumiendo también la frialdad y la fijeza de ese material; especialmente su boca, cerrada como si hubiera requerido el cincel de un escultor para abrirla, y su frente se endureció gradualmente en una severidad petrificada.

Mientras tanto, el señor Brocklehurst, de pie en el hogar con las manos a la espalda, inspeccionaba majestuosamente toda la escuela. De repente, su ojo parpadeó, como si se hubiera topado con algo que deslumbrara o sorprendiera a su pupila; volviéndose, dijo con acentos más rápidos de los que había usado hasta ahora:

—¡Señorita Temple, señorita Temple, qué... qué es esa niña con el pelo rizado? Pelo rojo, señora, rizado, ¡rizado por todas partes! —Y extendiendo su bastón, señaló el terrible objeto, temblándole la mano al hacerlo.

—Es Julia Severn —replicó la señorita Temple, muy tranquilamente.

—¡Julia Severn, señora! ¿Y por qué tiene ella, o cualquier otra, el pelo rizado? ¿Por qué, en desafío a todo precepto y principio de esta casa, se conforma tan abiertamente al mundo —aquí, en un establecimiento evangélico y de caridad— como para llevar el pelo en una masa de rizos?

—El pelo de Julia es rizado por naturaleza —respondió la señorita Temple, aún más tranquilamente.

—¡Por naturaleza! Sí, pero no debemos conformarnos a la naturaleza. Deseo que estas niñas sean hijas de la Gracia. ¿Y por qué esa abundancia? He insinuado una y otra vez que deseo que el cabello se arregle pegado a la cabeza, con modestia, con sencillez. Señorita Temple, el pelo de esa niña debe ser cortado por completo; enviaré un barbero mañana. Y veo a otras que tienen demasiada de esa excrecencia; esa chica alta, dígale que se dé la vuelta. Diga a toda la primera clase que se levante y ponga la cara contra la pared.

La señorita Temple se pasó el pañuelo por los labios, como para borrar la sonrisa involuntaria que los curvaba; dio la orden, sin embargo, y cuando la primera clase pudo comprender lo que se les exigía, obedecieron. Inclinándome un poco hacia atrás en mi banco, pude ver las miradas y muecas con las que comentaban esta maniobra. Era una lástima que el señor Brocklehurst no pudiera verlas también; quizás habría sentido que, hiciera lo que hiciera con el exterior de la copa y el plato, el interior estaba más allá de su interferencia de lo que imaginaba.

Escrutó el reverso de estas medallas vivientes durante unos cinco minutos, y luego pronunció sentencia. Estas palabras cayeron como el toque de difuntos:

—Todos esos moños deben ser cortados.

La señorita Temple pareció protestar.

—Señora —prosiguió él—, tengo un Amo que servir cuyo reino no es de este mundo. Mi misión es mortificar en estas niñas las concupiscencias de la carne; enseñarles a vestirse con pudor y sobriedad, no con cabellos trenzados y ropas costosas. Y cada una de las jóvenes que tenemos ante nosotros tiene un mechón de pelo retorcido en trenzas que la propia vanidad podría haber tejido. Estos, repito, deben ser cortados. Piense en el tiempo perdido, en...

El señor Brocklehurst fue interrumpido aquí: otras tres visitantes, damas, entraron en la sala. Deberían haber llegado un poco antes

para haber oído su sermón sobre el vestir, pues estaban espléndidamente ataviadas de terciopelo, seda y pieles. Las dos más jóvenes del trío (unas bellas muchachas de dieciséis y diecisiete años) llevaban sombreros de castor gris, entonces de moda, sombreados con plumas de avestruz, y de debajo del ala de este gracioso tocado caía una profusión de mechones claros, elaboradamente rizados; la dama mayor estaba envuelta en un costoso chal de terciopelo, adornado con armiño, y llevaba un postizo de rizos franceses.

Estas damas fueron recibidas con deferencia por la señorita Temple, como la señora y las señoritas Brocklehurst, y conducidas a asientos de honor en la cabecera de la sala. Parece que habían venido en el carruaje con su reverendo pariente y habían estado llevando a cabo un minucioso escrutinio de la habitación de arriba, mientras él trataba asuntos con el ama de llaves, interrogaba a la lavandera y sermoneaba a la superintendente. Ahora procedieron a dirigir diversas observaciones y reproches a la señorita Smith, que estaba a cargo del cuidado de la ropa blanca y la inspección de los dormitorios; pero no tuve tiempo de escuchar lo que decían; otros asuntos desviaron y encantaron mi atención.

Hasta ahora, mientras recogía el discurso del señor Brocklehurst y la señorita Temple, no había, al mismo tiempo, descuidado las precauciones para asegurar mi seguridad personal, que pensé que se lograría si tan solo podía eludir la observación. Con este fin, me había sentado bien atrás en el banco y, mientras parecía estar ocupada con mi suma, había sostenido mi pizarra de tal manera que ocultara mi rostro. Podría haber pasado desapercibida, si no fuera porque mi traicionera pizarra se me resbaló de la mano y, al caer con un estrépito indiscreto, atrajo directamente todas las miradas hacia mí. Supe que todo había terminado, y, mientras me agachaba para recoger los dos fragmentos de pizarra, reuní mis fuerzas para lo peor. Y llegó.

—¡Una niña descuidada! —dijo el señor Brocklehurst, e inmediatamente después—: Es la nueva alumna, percibo. —Y antes

de que pudiera respirar—: No debo olvidar que tengo unas palabras que decir respecto a ella. —Luego en voz alta, ¡qué alta me pareció! —: ¡Que la niña que ha roto su pizarra se adelante!

Por mi propia voluntad no podría haberme movido; estaba paralizada. Pero las dos chicas mayores que se sentaban a cada lado de mí, me pusieron de pie y me empujaron hacia el temible juez, y entonces la señorita Temple me ayudó suavemente a llegar hasta sus mismos pies, y capté su consejo susurrado:

—No tengas miedo, Jane, vi que fue un accidente; no serás castigada.

El amable susurro se clavó en mi corazón como una daga.

«Un minuto más, y me despreciará por hipócrita», pensé; y un impulso de furia contra Reed, Brocklehurst y Compañía saltó en mis venas ante la convicción. Yo no era Helen Burns.

—Traed ese taburete —dijo el señor Brocklehurst, señalando uno muy alto del que una monitora acababa de levantarse. Lo trajeron.

—Colocad a la niña sobre él.

Y me colocaron allí, no sé por quién. No estaba en condiciones de notar detalles; solo era consciente de que me habían izado a la altura de la nariz del señor Brocklehurst, que él estaba a menos de una yarda de mí, y que una extensión de pellizas de seda naranja y púrpura moteada y una nube de plumaje plateado se extendían y ondeaban debajo de mí.

El señor Brocklehurst carraspeó.

—Señoras —dijo, volviéndose hacia su familia—, señorita Temple, maestras y niñas, ¿veis todas a esta chica?

Por supuesto que la veían, pues sentía sus ojos dirigidos como lupas contra mi piel abrasada.

—Veis que aún es joven; observáis que posee la forma ordinaria de la infancia; Dios le ha concedido graciosamente la forma que nos ha dado a todos nosotros; ninguna deformidad señalada la distingue

como un personaje marcado. ¿Quién pensaría que el Maligno ya ha encontrado una sierva y agente en ella? Sin embargo, tal, lamento decir, es el caso.

Una pausa, en la que comencé a estabilizar el temblor de mis nervios y a sentir que el Rubicón había sido cruzado, y que la prueba, ya no eludible, debía ser firmemente sostenida.

—Mis queridas niñas —prosiguió el clérigo de mármol negro, con patetismo—, esta es una ocasión triste, melancólica; pues se convierte en mi deber advertiros que esta niña, que podría ser uno de los corderos de Dios, es una pequeña descarriada; no un miembro del verdadero rebaño, sino evidentemente una intrusa y una extraña. Debéis estar en guardia contra ella; debéis rehuir su ejemplo; si es necesario, evitar su compañía, excluirla de vuestros juegos y apartarla de vuestra conversación. Maestras, debéis vigilarla: mantened los ojos en sus movimientos, sopesad bien sus palabras, escrutad sus acciones, castigad su cuerpo para salvar su alma; si, en verdad, tal salvación es posible, pues (mi lengua vacila mientras lo digo) esta niña, esta criatura, nativa de una tierra cristiana, peor que muchos pequeños paganos que rezan sus oraciones a Brahma y se arrodillan ante Juggernaut, ¡esta niña es... una embustera!

Siguió una pausa de diez minutos, durante la cual yo, para entonces en perfecta posesión de mis facultades, observé a todas las Brocklehurst femeninas sacar sus pañuelos y aplicárselos a los ojos, mientras la dama mayor se mecía de un lado a otro y las dos más jóvenes susurraban: «¡Qué espanto!».

El señor Brocklehurst reanudó.

—Esto lo supe por su benefactora; por la piadosa y caritativa dama que la adoptó en su estado de orfandad, la crió como a su propia hija, y cuya bondad, cuya generosidad, la desdichada niña pagó con una ingratitud tan mala, tan terrible, que al final su excelente protectora se vio obligada a separarla de sus propios pequeños, temerosa de que su vicioso ejemplo contaminara su

pureza. La ha enviado aquí para ser sanada, así como los judíos de antaño enviaban a sus enfermos al agitado estanque de Betesda; y, maestras, superintendente, os ruego que no permitáis que las aguas se estanquen a su alrededor.

Con esta sublime conclusión, el señor Brocklehurst se ajustó el botón superior de su sobretodo, murmuró algo a su familia, que se levantó, hizo una reverencia a la señorita Temple, y luego toda la gente importante salió majestuosamente de la sala. Volviéndose en la puerta, mi juez dijo:

—Que permanezca media hora más en ese taburete, y que nadie le hable durante el resto del día.

Allí estaba yo, pues, montada en alto; yo, que había dicho que no podría soportar la vergüenza de estar de pie en medio de la sala, estaba ahora expuesta a la vista general en un pedestal de infamia. Cuáles fueron mis sensaciones, ningún lenguaje puede describirlo; pero justo cuando todas se levantaban, ahogándome el aliento y oprimiéndome la garganta, una niña se acercó y pasó a mi lado; al pasar, levantó los ojos. ¡Qué extraña luz los inspiraba! ¡Qué extraordinaria sensación me envió aquel rayo! ¡Cómo me sostuvo el nuevo sentimiento! Era como si un mártir, un héroe, hubiera pasado junto a un esclavo o una víctima, e impartido fuerza en el tránsito. Dominé la histeria naciente, levanté la cabeza y me planté con firmeza en el taburete. Helen Burns hizo alguna pregunta trivial sobre su labor a la señorita Smith, fue reprendida por la trivialidad de la pregunta, regresó a su sitio y me sonrió al pasar de nuevo. ¡Qué sonrisa! La recuerdo ahora, y sé que era la emanación de un intelecto refinado, de un verdadero coraje; iluminó sus marcados rasgos, su rostro delgado, su ojo gris hundido, como un reflejo del aspecto de un ángel. Sin embargo, en ese momento Helen Burns llevaba en su brazo la «insignia de desaliñada»; apenas una hora antes la había oído condenada por la señorita Scatcherd a una cena de pan y agua al día siguiente porque había manchado un ejercicio al copiarlo. ¡Tal es la naturaleza imperfecta del hombre! ¡Tales manchas hay en el disco del planeta más claro; y ojos como los de la

señorita Scatcherd solo pueden ver esos defectos diminutos, y son ciegos al brillo total del orbe!

Capítulo VIII

Antes de que terminara la media hora, dieron las cinco; la escuela terminó y todas se fueron al refectorio a tomar el té. Me aventuré entonces a bajar; era el crepúsculo profundo. Me retiré a un rincón y me senté en el suelo. El hechizo que me había sostenido hasta entonces comenzó a disolverse; se produjo una reacción y pronto, tan abrumador fue el dolor que se apoderó de mí, que caí postrada con la cara en el suelo. Ahora lloraba. Helen Burns no estaba aquí; nada me sostenía; abandonada a mí misma, me abandoné, y mis lágrimas regaron las tablas. Había tenido la intención de ser tan buena y de hacer tanto en Lowood: hacer tantos amigos, ganarme el respeto y el afecto. Ya había hecho progresos visibles: esa misma mañana había llegado a la cabeza de mi clase; la señorita Miller me había elogiado calurosamente; la señorita Temple había sonreído con aprobación; me había prometido enseñarme a dibujar y dejarme aprender francés si continuaba haciendo mejoras similares durante dos meses más. Y además, era bien recibida por mis compañeras; tratada como una igual por las de mi edad, y no molestada por ninguna. Ahora, aquí yacía de nuevo, aplastada y pisoteada; ¿y podría levantarme alguna vez?

«Nunca», pensé; y ardientemente deseé morir. Mientras sollozaba este deseo en acentos entrecortados, alguien se acercó. Me sobresalté: de nuevo Helen Burns estaba cerca de mí; los fuegos

moribundos apenas la mostraban acercándose por la larga y vacía sala; me trajo mi café y mi pan.

—Vamos, come algo —dijo; pero aparté ambas cosas de mí, sintiendo como si una gota o una miga me hubieran ahogado en mi estado actual. Helen me miró, probablemente con sorpresa. No podía ahora calmar mi agitación, aunque lo intenté con todas mis fuerzas; continué llorando en voz alta. Se sentó en el suelo cerca de mí, abrazó sus rodillas con los brazos y apoyó la cabeza sobre ellas; en esa actitud permaneció en silencio como una india. Fui la primera en hablar:

—Helen, ¿por qué te quedas con una chica a la que todo el mundo cree una embustera?

—¿Todo el mundo, Jane? Vamos, solo hay ochenta personas que te han oído llamar así, y el mundo contiene cientos de millones.

—¿Pero qué tengo yo que ver con millones? Las ochenta que conozco me desprecian.

—Jane, te equivocas. Probablemente ni una sola persona en la escuela te desprecia o te tiene antipatía. Muchas, estoy segura, te compadecen mucho.

—¿Cómo pueden compadecerme después de lo que ha dicho el señor Brocklehurst?

—El señor Brocklehurst no es un dios, ni es siquiera un hombre grande y admirado. Aquí se le quiere poco; nunca ha hecho nada para hacerse querer. Si te hubiera tratado como a una favorita especial, habrías encontrado enemigos, declarados o encubiertos, por todas partes; tal como están las cosas, la mayoría te ofrecería su simpatía si se atrevieran. Las maestras y las alumnas pueden mirarte con frialdad durante un día o dos, pero en sus corazones se ocultan sentimientos amistosos; y si perseveras en hacer el bien, estos sentimientos aparecerán pronto con tanta más evidencia por su supresión temporal. Además, Jane... —hizo una pausa.

—¿Y bien, Helen? —dije, poniendo mi mano en la suya. Ella me frotó los dedos suavemente para calentarlos y continuó:

—Si todo el mundo te odiara y te creyera malvada, mientras tu propia conciencia te aprobara y te absolviera de culpa, no estarías sin amigos.

—No; sé que pensaría bien de mí misma; pero eso no es suficiente. Si los demás no me quieren, preferiría morir a vivir. No puedo soportar estar sola y ser odiada, Helen. Mira; para ganar un afecto real de ti, o de la señorita Temple, o de cualquier otra a quien ame de verdad, me sometería voluntariamente a que me rompieran el hueso de un brazo, o a que un toro me corneara, o a ponerme detrás de un caballo que cocea y dejar que me lance su casco al pecho...

—¡Calla, Jane! Piensas demasiado en el amor de los seres humanos; eres demasiado impulsiva, demasiado vehemente. La mano soberana que creó tu cuerpo y le infundió vida te ha provisto de otros recursos además de tu débil yo, o de criaturas tan débiles como tú. Además de esta tierra, y además de la raza de los hombres, hay un mundo invisible y un reino de los espíritus. Ese mundo nos rodea, pues está en todas partes; y esos espíritus nos vigilan, pues tienen la misión de guardarnos. Y si estuviéramos muriendo de dolor y vergüenza, si el desprecio nos golpeara por todos lados y el odio nos aplastara, los ángeles ven nuestras torturas, reconocen nuestra inocencia (si inocentes somos, como sé que lo eres de esta acusación que el señor Brocklehurst ha repetido débil y pomposamente de segunda mano de la señora Reed; pues leo una naturaleza sincera en tus ojos ardientes y en tu frente despejada), y Dios solo espera la separación del espíritu de la carne para coronarnos con una recompensa plena. ¿Por qué, entonces, deberíamos hundirnos abrumados por la angustia, cuando la vida es tan breve y la muerte es una entrada tan segura a la felicidad, a la gloria?

Guardé silencio; Helen me había calmado; pero en la tranquilidad que impartía había una aleación de tristeza inexpresable. Sentí la

impresión de la aflicción mientras hablaba, pero no sabría decir de dónde venía; y cuando, habiendo terminado de hablar, respiró un poco rápido y tosió una tos corta, olvidé momentáneamente mis propias penas para ceder a una vaga preocupación por ella.

Apoyando mi cabeza en el hombro de Helen, le pasé los brazos por la cintura; ella me atrajo hacia sí y reposamos en silencio. No habíamos estado sentadas así mucho tiempo cuando entró otra persona. Unas nubes pesadas, barridas del cielo por un viento creciente, habían dejado la luna al descubierto; y su luz, que entraba a raudales por una ventana cercana, nos iluminó de lleno a ambas y a la figura que se acercaba, a la que reconocimos de inmediato como la señorita Temple.

—He venido a propósito para encontrarte, Jane Eyre —dijo—; te quiero en mi habitación; y como Helen Burns está contigo, ella también puede venir.

Fuimos. Siguiendo la guía de la superintendente, tuvimos que atravesar algunos pasillos intrincados y subir una escalera antes de llegar a su apartamento; contenía un buen fuego y parecía alegre. La señorita Temple le dijo a Helen Burns que se sentara en un sillón bajo a un lado del hogar, y tomando ella misma otro, me llamó a su lado.

—¿Ya ha pasado todo? —preguntó, mirándome el rostro—. ¿Has llorado toda tu pena?

—Me temo que nunca lo haré.

—¿Por qué?

—Porque he sido acusada injustamente; y usted, señora, y todos los demás, ahora me creerán malvada.

—Te creeremos lo que demuestres ser, hija mía. Continúa actuando como una buena chica, y nos satisfarás.

—¿Lo haré, señorita Temple?

—Lo harás —dijo, pasándome el brazo por los hombros—. Y ahora dime quién es la dama a la que el señor Brocklehurst llamó tu benefactora.

—La señora Reed, la esposa de mi tío. Mi tío ha muerto y me dejó a su cuidado.

—¿No te adoptó, entonces, por voluntad propia?

—No, señora; lamentó tener que hacerlo, pero mi tío, como he oído decir a menudo a los criados, le hizo prometer antes de morir que siempre me cuidaría.

—Bueno, ahora, Jane, sabes, o al menos yo te lo diré, que cuando se acusa a un criminal, siempre se le permite hablar en su propia defensa. Has sido acusada de falsedad; defiéndete ante mí lo mejor que puedas. Di lo que tu memoria te sugiera que es verdad; pero no añadas nada ni exageres nada.

Resolví, en lo más profundo de mi corazón, que sería de lo más moderada, de lo más correcta; y, habiendo reflexionado unos minutos para ordenar coherentemente lo que tenía que decir, le conté toda la historia de mi triste infancia. Agotada por la emoción, mi lenguaje fue más sosegado de lo que generalmente era cuando desarrollaba ese triste tema; y consciente de las advertencias de Helen contra la indulgencia del resentimiento, infundí en la narración mucha menos hiel y ajenjo de lo ordinario. Así, contenida y simplificada, sonó más creíble. Sentí, a medida que avanzaba, que la señorita Temple me creía plenamente.

En el transcurso del relato había mencionado al señor Lloyd como alguien que había venido a verme después del ataque; pues nunca olvidé el, para mí, espantoso episodio del cuarto rojo, al detallar el cual mi excitación seguramente, en algún grado, se desbordaba; pues nada podía suavizar en mi recuerdo el espasmo de agonía que atenazó mi corazón cuando la señora Reed despreció mi salvaje súplica de perdón y me encerró por segunda vez en la cámara oscura y encantada.

Había terminado. La señorita Temple me miró unos minutos en silencio; luego dijo:

—Conozco algo del señor Lloyd; le escribiré. Si su respuesta concuerda con tu declaración, serás públicamente absuelta de toda imputación. Para mí, Jane, ya estás absuelta.

Me besó y, manteniéndome aún a su lado (donde estaba muy contenta de permanecer, pues obtenía un placer infantil de la contemplación de su rostro, su vestido, sus uno o dos adornos, su frente blanca, sus rizos agrupados y brillantes, y sus radiantes ojos oscuros), procedió a dirigirse a Helen Burns.

—¿Cómo estás esta noche, Helen? ¿Has tosido mucho hoy?

—No tanto, creo, señora.

—¿Y el dolor en el pecho?

—Está un poco mejor.

La señorita Temple se levantó, le tomó la mano y le examinó el pulso; luego regresó a su propio asiento. Al reanudarlo, la oí suspirar bajo. Estuvo pensativa unos minutos, luego, reanimándose, dijo alegremente:

—Pero vosotras dos sois mis invitadas esta noche; debo trataros como tales. —Tocó su campanilla.

—Bárbara —dijo a la sirvienta que respondió—, todavía no he tomado el té; trae la bandeja y pon tazas para estas dos señoritas.

Y pronto trajeron una bandeja. ¡Qué bonitas, a mis ojos, parecían las tazas de porcelana y la tetera brillante, colocadas sobre la mesita redonda cerca del fuego! ¡Qué fragante era el vapor de la bebida y el aroma de la tostada! De la cual, sin embargo, para mi consternación (pues empezaba a tener hambre), distinguí solo una porción muy pequeña. La señorita Temple también lo distinguió.

—Bárbara —dijo—, ¿no puedes traer un poco más de pan y mantequilla? No hay suficiente para tres.

Bárbara salió. Regresó pronto.

—Señora, la señora Harden dice que ha enviado la cantidad habitual.

La señora Harden, cabe señalar, era el ama de llaves: una mujer según el propio corazón del señor Brocklehurst, hecha de partes iguales de ballena y hierro.

—¡Oh, muy bien! —respondió la señorita Temple—. Tendremos que apañarnos, Bárbara, supongo. —Y mientras la chica se retiraba, añadió, sonriendo—: Afortunadamente, está en mi poder suplir las deficiencias por esta vez.

Habiéndonos invitado a Helen y a mí a acercarnos a la mesa, y colocado ante cada una de nosotras una taza de té con un delicioso pero fino trozo de tostada, se levantó, abrió un cajón con llave y, sacando de él un paquete envuelto en papel, reveló al instante a nuestros ojos un bizcocho de semillas de buen tamaño.

—Tenía la intención de daros a cada una un poco de esto para que os lo llevarais —dijo—, pero como hay tan poca tostada, debéis tomarlo ahora. —Y procedió a cortar rebanadas con mano generosa.

Aquella noche nos dimos un festín como de néctar y ambrosía; y no el menor deleite del agasajo fue la sonrisa de gratificación con la que nuestra anfitriona nos miraba, mientras satisfacíamos nuestros apetitos famélicos con la delicada comida que nos suministraba generosamente.

Terminado el té y retirada la bandeja, nos convocó de nuevo junto al fuego. Nos sentamos una a cada lado de ella, y siguió entonces una conversación entre ella y Helen, que fue ciertamente un privilegio ser admitida a escuchar.

La señorita Temple siempre tenía algo de serenidad en su aire, de majestuosidad en su porte, de refinada propiedad en su lenguaje, que impedía desviarse hacia lo ardiente, lo excitado, lo ansioso; algo que castigaba el placer de quienes la miraban y la escuchaban, con un sentido controlador de asombro; y tal era mi sentimiento ahora. Pero en cuanto a Helen Burns, quedé maravillada.

La reconfortante comida, el brillante fuego, la presencia y la amabilidad de su amada instructora o, quizás, más que todo esto, algo en su propia mente única, habían despertado sus poderes en su interior. Despertaron, se encendieron: primero, brillaron en el vivo tinte de su mejilla, que hasta esa hora nunca había visto sino pálida y exangüe; luego resplandecieron en el brillo líquido de sus ojos, que de repente habían adquirido una belleza más singular que la de los de la señorita Temple, una belleza que no era ni de hermoso color ni de largas pestañas, ni de cejas dibujadas, sino de significado, de movimiento, de radiancia. Entonces su alma se sentó en sus labios, y el lenguaje fluyó, de qué fuente no puedo decir. ¿Tiene una niña de catorce años un corazón lo suficientemente grande, lo suficientemente vigoroso, para contener el manantial creciente de elocuencia pura, plena y ferviente? Tal fue la característica del discurso de Helen en aquella, para mí, memorable velada; su espíritu parecía apresurarse a vivir en un lapso muy breve tanto como muchos viven durante una existencia prolongada.

Conversaban de cosas de las que nunca había oído hablar; de naciones y tiempos pasados; de países lejanos; de secretos de la naturaleza descubiertos o adivinados. Hablaban de libros: ¡cuántos habían leído! ¡Qué acervo de conocimientos poseían! Luego parecían tan familiarizadas con nombres y autores franceses. Pero mi asombro alcanzó su clímax cuando la señorita Temple le preguntó a Helen si a veces robaba un momento para recordar el latín que su padre le había enseñado y, tomando un libro de un estante, le pidió que leyera y tradujera una página de Virgilio; y Helen obedeció, expandiéndose mi órgano de veneración con cada sonora línea. ¡Apenas había terminado cuando la campana anunció la hora de dormir! No se admitía demora. La señorita Temple nos abrazó a ambas, diciendo, mientras nos atraía a su corazón:

—¡Que Dios os bendiga, hijas mías!

A Helen la retuvo un poco más que a mí; la dejó ir con más renuencia; fue a Helen a quien su ojo siguió hasta la puerta; fue por

ella por quien suspiró tristemente una segunda vez; por ella se secó una lágrima de la mejilla.

Al llegar al dormitorio, oímos la voz de la señorita Scatcherd: estaba examinando los cajones; acababa de sacar el de Helen Burns, y cuando entramos, Helen fue recibida con una aguda reprimenda y se le dijo que al día siguiente llevaría media docena de artículos desordenadamente doblados prendidos a su hombro.

—Mis cosas estaban ciertamente en un desorden vergonzoso —me murmuró Helen, en voz baja—. Tenía la intención de arreglarlas, pero lo olvidé.

A la mañana siguiente, la señorita Scatcherd escribió con caracteres llamativos en un trozo de cartón la palabra «DESALIÑADA», y la ató como una filacteria alrededor de la frente ancha, dulce, inteligente y de aspecto benigno de Helen. La llevó hasta la noche, paciente, sin resentimiento, considerándola un castigo merecido. En el momento en que la señorita Scatcherd se retiró después de la escuela de la tarde, corrí hacia Helen, se la arranqué y la arrojé al fuego. La furia de la que ella era incapaz había estado ardiendo en mi alma todo el día, y lágrimas, calientes y grandes, habían estado escaldando continuamente mi mejilla, pues el espectáculo de su triste resignación me causaba un dolor intolerable en el corazón.

Aproximadamente una semana después de los incidentes narrados anteriormente, la señorita Temple, que había escrito al señor Lloyd, recibió su respuesta: parecía que lo que él decía corroboraba mi relato. La señorita Temple, habiendo reunido a toda la escuela, anunció que se había investigado las acusaciones formuladas contra Jane Eyre, y que estaba muy feliz de poder declararla completamente absuelta de toda imputación. Las maestras entonces me dieron la mano y me besaron, y un murmullo de placer recorrió las filas de mis compañeras.

Así, aliviada de una pesada carga, desde esa hora me puse a trabajar de nuevo, resuelta a abrirme camino a través de toda

dificultad. Trabajé duro, y mi éxito fue proporcional a mis esfuerzos; mi memoria, no naturalmente tenaz, mejoró con la práctica; el ejercicio agudizó mi ingenio. En pocas semanas fui ascendida a una clase superior; en menos de dos meses se me permitió comenzar francés y dibujo. Aprendí los dos primeros tiempos del verbo Être y esbocé mi primera cabaña (cuyas paredes, por cierto, superaban en inclinación a las de la torre inclinada de Pisa) el mismo día. Aquella noche, al acostarme, olvidé preparar en la imaginación la cena de Barmécida de patatas asadas calientes, o pan blanco y leche fresca, con la que solía entretener mis antojos internos. En su lugar, me deleité con el espectáculo de dibujos ideales que veía en la oscuridad, todos obra de mis propias manos: casas y árboles libremente dibujados, rocas y ruinas pintorescas, grupos de ganado al estilo de Cuyp, dulces pinturas de mariposas revoloteando sobre rosas sin abrir, de pájaros picoteando cerezas maduras, de nidos de reyezuelo que encerraban huevos como perlas, rodeados de jóvenes ramas de hiedra. Examiné también, en pensamiento, la posibilidad de poder traducir algún día con fluidez cierto cuentecillo francés que Madame Pierrot me había mostrado ese día; y no se resolvió ese problema a mi satisfacción antes de que cayera dulcemente dormida.

Bien ha dicho Salomón: «Mejor es la comida de legumbres donde hay amor, que de buey engordado donde hay odio».

No habría cambiado ahora Lowood con todas sus privaciones por Gateshead y sus lujos diarios.

Capítulo IX

Pero las privaciones, o más bien las penalidades, de Lowood disminuyeron. La primavera se acercaba; de hecho, ya había llegado. Las heladas del invierno habían cesado; sus nieves se habían derretido, sus vientos cortantes se habían suavizado. Mis desdichados pies, desollados e hinchados hasta la cojera por el aire agudo de enero, comenzaron a sanar y a deshincharse bajo los soplos más suaves de abril; las noches y las mañanas ya no congelaban la sangre en nuestras venas con su temperatura canadiense; ahora podíamos soportar la hora de recreo pasada en el jardín. A veces, en un día soleado, incluso comenzaba a ser agradable y apacible, y un verdor crecía sobre aquellos arriates marrones, que, refrescándose diariamente, sugerían la idea de que la Esperanza los atravesaba por la noche y dejaba cada mañana huellas más brillantes de sus pasos. Las flores asomaban entre las hojas: campanillas de invierno, azafranes, aurículas púrpuras y pensamientos de ojos dorados. Las tardes de los jueves (medio festivas) ahora dábamos paseos y encontrábamos flores aún más dulces abriéndose a la vera del camino, bajo los setos.

Descubrí, también, que un gran placer, un goce que solo el horizonte limitaba, yacía fuera de los altos muros con púas de nuestro jardín. Este placer consistía en la vista de nobles cumbres que ceñían una gran hondonada de colinas, rica en verdor y sombra; en un arroyo brillante, lleno de piedras oscuras y remolinos centelleantes. ¡Qué diferente había parecido esta escena cuando la vi dispuesta bajo el cielo de hierro del invierno, rígida por la helada, envuelta en nieve! ¡Cuando nieblas tan frías como la muerte vagaban al impulso de los vientos del este a lo largo de aquellos picos púrpuras, y rodaban por prados y vegas hasta mezclarse con la niebla helada del arroyo! Aquel arroyo mismo era entonces un

torrente, turbio e irrefrenable; desgarraba el bosque y enviaba un sonido furioso por el aire, a menudo espeso por la lluvia salvaje o el aguanieve arremolinado; y en cuanto al bosque en sus orillas, aquel solo mostraba filas de esqueletos.

Abril avanzó hacia mayo. Fue un mayo brillante y sereno; días de cielo azul, sol plácido y suaves vientos del oeste o del sur llenaron su duración. Y ahora la vegetación maduraba con vigor; Lowood soltó sus cabellos; se volvió todo verde, todo florido; sus grandes esqueletos de olmo, fresno y roble fueron restaurados a una vida majestuosa; plantas de bosque brotaron profusamente en sus recovecos; innumerables variedades de musgo llenaron sus hondonadas, y creó un extraño sol en el suelo con la riqueza de sus prímulas silvestres. He visto su pálido oro brillar en lugares sombreados como destellos del más dulce lustre. Todo esto lo disfruté a menudo y plenamente, libre, sin vigilancia y casi sola. Para esta insólita libertad y placer había una causa, a la que ahora me corresponde referirme.

¿No he descrito un lugar agradable para una vivienda, al hablar de ella como enclavada entre colinas y bosques, y naciendo al borde de un arroyo? Ciertamente, bastante agradable; pero si es saludable o no, es otra cuestión.

Aquella cañada boscosa donde se encontraba Lowood era la cuna de la niebla y de la pestilencia nacida de la niebla; la cual, avivándose con la primavera que se avivaba, se deslizó en el Orfanato, exhaló tifus por su concurrida aula y dormitorio, y, antes de que llegara mayo, transformó el seminario en un hospital.

La semiinanición y los resfriados descuidados habían predispuesto a la mayoría de las alumnas a recibir la infección: cuarenta y cinco de las ochenta niñas yacían enfermas al mismo tiempo. Se disolvieron las clases, se relajaron las reglas. A las pocas que continuaron bien se les permitió una licencia casi ilimitada; porque el médico insistía en la necesidad de ejercicio frecuente para mantenerlas sanas, y de haber sido de otro modo, nadie tenía tiempo para vigilarlas o contenerlas. Toda la atención de la señorita

Temple estaba absorbida por las pacientes; vivía en la enfermería, sin abandonarla nunca excepto para tomar unas pocas horas de descanso por la noche. Las maestras estaban completamente ocupadas empaquetando y haciendo otros preparativos necesarios para la partida de aquellas niñas que tenían la suerte de tener amigos y parientes capaces y dispuestos a sacarlas del foco del contagio. Muchas, ya contagiadas, se fueron a casa solo para morir; algunas murieron en la escuela y fueron enterradas en silencio y rápidamente, pues la naturaleza de la enfermedad prohibía la demora.

Mientras la enfermedad se había convertido así en un habitante de Lowood y la muerte en su visitante frecuente; mientras había penumbra y miedo dentro de sus muros; mientras sus habitaciones y pasillos humeaban con olores de hospital, y la droga y la pastilla luchaban en vano por superar el efluvio de la mortalidad, aquel mayo brillante resplandecía sin nubes sobre las audaces colinas y los hermosos bosques de fuera. Su jardín, también, ardía en flores: las malvarrosas habían crecido altas como árboles, los lirios se habían abierto, los tulipanes y las rosas estaban en flor; los bordes de los pequeños arriates estaban alegres con armerías rosas y belloritas carmesí; los escaramujos desprendían, por la mañana y por la tarde, su aroma a especias y manzanas; y estos tesoros fragantes eran inútiles para la mayoría de las internas de Lowood, excepto para proporcionar de vez en cuando un puñado de hierbas y flores para poner en un ataúd.

Pero yo, y las demás que continuamos bien, disfrutamos plenamente de las bellezas de la escena y la estación. Nos dejaban vagar por el bosque, como gitanas, desde la mañana hasta la noche; hacíamos lo que queríamos, íbamos a donde queríamos. También vivíamos mejor. El señor Brocklehurst y su familia ya no se acercaban a Lowood. Los asuntos domésticos no eran escrutados. El ama de llaves antipática se había ido, ahuyentada por el miedo a la infección; su sucesora, que había sido matrona en el Dispensario de Lowton, no acostumbrada a las costumbres de su nueva morada, proveía con relativa liberalidad. Además, había menos bocas que

alimentar; las enfermas apenas podían comer. Nuestros cuencos del desayuno estaban mejor llenos. Cuando no había tiempo para preparar una cena regular, lo que ocurría a menudo, nos daba un gran trozo de pastel frío, o una gruesa rebanada de pan y queso, y esto nos lo llevábamos al bosque, donde cada una elegía el lugar que más le gustaba y cenábamos suntuosamente.

Mi asiento favorito era una piedra lisa y ancha, que se alzaba blanca y seca justo en medio del arroyo, y a la que solo se podía llegar vadeando el agua, hazaña que lograba descalza. La piedra era lo suficientemente ancha para acomodar, cómodamente, a otra niña y a mí, en aquel tiempo mi camarada elegida: una tal Mary Ann Wilson, un personaje astuto y observador, cuya compañía me complacía, en parte porque era ingeniosa y original, y en parte porque tenía una manera que me hacía sentir a gusto. Algunos años mayor que yo, conocía más del mundo y podía contarme muchas cosas que me gustaba oír. Con ella mi curiosidad encontraba satisfacción. También mostraba una amplia indulgencia con mis faltas, sin imponer nunca freno o rienda a nada de lo que yo dijera. Ella tenía facilidad para la narración, yo para el análisis; a ella le gustaba informar, a mí preguntar; así que nos llevábamos de maravilla, obteniendo mucho entretenimiento, si no mucha mejora, de nuestra mutua relación.

¿Y dónde, mientras tanto, estaba Helen Burns? ¿Por qué no pasaba estos dulces días de libertad con ella? ¿La había olvidado? ¿O era yo tan indigna como para haberme cansado de su pura compañía? Ciertamente, la Mary Ann Wilson que he mencionado era inferior a mi primera conocida. Ella solo podía contarme historias divertidas y corresponder a cualquier chismorreo picante y punzante en el que yo quisiera deleitarme; mientras que, si he dicho la verdad sobre Helen, ella estaba cualificada para dar a quienes disfrutaban del privilegio de su conversación una muestra de cosas mucho más elevadas.

Cierto, lector; y yo lo sabía y lo sentía. Y aunque soy un ser defectuoso, con muchas faltas y pocos puntos redentores, nunca me

cansé de Helen Burns; ni dejé de albergar por ella un sentimiento de apego, tan fuerte, tierno y respetuoso como cualquiera que haya animado jamás mi corazón. ¿Cómo podría ser de otro modo, cuando Helen, en todo momento y bajo toda circunstancia, me demostró una amistad tranquila y fiel, que el mal humor nunca agrió, ni la irritación nunca perturbó? Pero Helen estaba enferma en ese momento. Hacía algunas semanas que la habían apartado de mi vista a no sé qué habitación de arriba. No estaba, me dijeron, en la parte del hospital de la casa con los pacientes de fiebre, pues su dolencia era tisis, no tifus; y por tisis yo, en mi ignorancia, entendía algo leve, que el tiempo y los cuidados seguramente aliviarían.

Me confirmé en esta idea por el hecho de que una o dos veces bajó en tardes muy cálidas y soleadas, y la señorita Temple la llevó al jardín; pero, en estas ocasiones, no se me permitía ir a hablar con ella. Solo la veía desde la ventana del aula, y aun así no con claridad, pues iba muy abrigada y se sentaba a distancia bajo la galería.

Una tarde, a principios de junio, me había quedado hasta muy tarde con Mary Ann en el bosque. Como de costumbre, nos habíamos separado de las demás y habíamos vagado lejos; tan lejos que nos perdimos y tuvimos que preguntar el camino en una cabaña solitaria, donde vivían un hombre y una mujer que cuidaban de una manada de cerdos medio salvajes que se alimentaban de la bellota del bosque. Cuando volvimos, ya había salido la luna. Un poni, que sabíamos que era del cirujano, estaba parado en la puerta del jardín. Mary Ann comentó que suponía que alguien debía de estar muy enfermo, ya que habían mandado a buscar al señor Bates a esa hora de la tarde. Ella entró en la casa; yo me quedé atrás unos minutos para plantar en mi jardín un puñado de raíces que había desenterrado en el bosque y que temía que se marchitaran si las dejaba hasta la mañana. Hecho esto, me demoré un poco más. Las flores olían tan dulce al caer el rocío; era una tarde tan agradable, tan serena, tan cálida; el oeste aún resplandeciente prometía tan justamente otro buen día para el mañana; la luna se elevaba con tal majestad en el grave este. Estaba observando estas cosas y

disfrutándolas como podría hacerlo un niño, cuando me vino a la mente como nunca antes:

«¡Qué triste estar ahora postrada en una cama de enfermo y en peligro de morir! Este mundo es agradable, sería lúgubre ser llamada de él y tener que irse quién sabe dónde».

Y entonces mi mente hizo su primer esfuerzo serio por comprender lo que se le había infundido sobre el cielo y el infierno; y por primera vez retrocedió, desconcertada; y por primera vez, mirando atrás, a cada lado y delante de sí, vio a su alrededor un abismo insondable. Sintió el único punto donde se encontraba —el presente—; todo lo demás era nube informe y profundidad vacía; y se estremeció ante la idea de tambalearse y hundirse en medio de ese caos. Mientras reflexionaba sobre esta nueva idea, oí abrirse la puerta principal; el señor Bates salió, y con él iba una enfermera. Después de que ella lo viera montar en su caballo y partir, estaba a punto de cerrar la puerta, pero corrí hacia ella.

—¿Cómo está Helen Burns?

—Muy mal —fue la respuesta.

—¿Es a ella a quien ha venido a ver el señor Bates?

—Sí.

—¿Y qué dice de ella?

—Dice que no estará aquí mucho tiempo.

Esta frase, pronunciada ayer en mi presencia, solo me habría transmitido la idea de que estaba a punto de ser trasladada a Northumberland, a su propia casa. No habría sospechado que significaba que se estaba muriendo; ¡pero ahora lo supe al instante! Se abrió claramente a mi comprensión que Helen Burns estaba contando sus últimos días en este mundo, y que iba a ser llevada a la región de los espíritus, si tal región existía. Experimenté una conmoción de horror, luego un fuerte estremecimiento de dolor, luego un deseo —una necesidad— de verla; y pregunté en qué habitación yacía.

—Está en la habitación de la señorita Temple —dijo la enfermera.

—¿Puedo subir a hablar con ella?

—¡Oh, no, niña! No es probable. Y ahora es hora de que entres; cogerás la fiebre si te quedas fuera cuando cae el rocío.

La enfermera cerró la puerta principal; yo entré por la entrada lateral que conducía al aula. Llegué justo a tiempo; eran las nueve, y la señorita Miller estaba llamando a las alumnas para que se fueran a la cama.

Podrían ser dos horas más tarde, probablemente cerca de las once, cuando yo —incapaz de conciliar el sueño, y suponiendo, por el perfecto silencio del dormitorio, que mis compañeras estaban todas envueltas en un profundo reposo— me levanté suavemente, me puse el vestido sobre el camisón y, sin zapatos, me deslicé fuera del apartamento y partí en busca de la habitación de la señorita Temple. Estaba justo en el otro extremo de la casa; pero conocía el camino, y la luz de la luna de verano sin nubes, que entraba aquí y allá por las ventanas de los pasillos, me permitió encontrarlo sin dificultad. Un olor a alcanfor y vinagre quemado me advirtió cuando me acerqué a la sala de la fiebre, y pasé rápidamente por su puerta, temerosa de que la enfermera que velaba toda la noche me oyera. Temía ser descubierta y enviada de vuelta; pues debía ver a Helen, debía abrazarla antes de que muriera, debía darle un último beso, intercambiar con ella una última palabra.

Habiendo bajado una escalera, atravesado una parte de la casa de abajo, y logrado abrir y cerrar, sin ruido, dos puertas, llegué a otro tramo de escaleras; las subí, y entonces, justo enfrente de mí, estaba la habitación de la señorita Temple. Una luz brillaba a través del ojo de la cerradura y por debajo de la puerta; una profunda quietud impregnaba los alrededores. Al acercarme, encontré la puerta ligeramente entornada, probablemente para admitir algo de aire fresco en la cerrada morada de la enfermedad. Indispuesta a dudar y llena de impulsos impacientes —alma y sentidos temblando

con agudas punzadas—, la empujé y miré dentro. Mi ojo buscó a Helen y temió encontrar la muerte.

Junto a la cama de la señorita Temple, y medio cubierta por sus blancas cortinas, había una pequeña cuna. Vi el contorno de una forma bajo las sábanas, pero el rostro estaba oculto por los cortinajes. La enfermera con la que había hablado en el jardín dormía sentada en un sillón; una vela sin despabilar ardía débilmente sobre la mesa. No se veía a la señorita Temple; supe después que la habían llamado para atender a un paciente delirante en la sala de la fiebre. Avancé; luego me detuve junto a la cuna. Mi mano estaba en la cortina, pero preferí hablar antes de retirarla. Todavía retrocedía ante el pavor de ver un cadáver.

—¡Helen! —susurré suavemente—, ¿estás despierta?

Se removió, apartó la cortina y vi su rostro, pálido, consumido, pero completamente sereno. Parecía tan poco cambiada que mi miedo se disipó al instante.

—¿Puedes ser tú, Jane? —preguntó, con su propia voz suave.

«¡Oh!», pensé, «no se va a morir; están equivocados. No podría hablar y parecer tan tranquila si lo estuviera».

Me subí a su cuna y la besé. Su frente estaba fría, y su mejilla fría y delgada, al igual que su mano y su muñeca; pero sonrió como antaño.

—¿Por qué has venido aquí, Jane? Pasan de las once. Oí dar la hora hace unos minutos.

—Vine a verte, Helen. Oí que estabas muy enferma y no podía dormir hasta haber hablado contigo.

—Viniste a despedirte, entonces. Llegas justo a tiempo, probablemente.

—¿Te vas a alguna parte, Helen? ¿Te vas a casa?

—Sí; a mi largo hogar, mi último hogar.

—¡No, no, Helen! —me detuve, angustiada. Mientras intentaba devorar mis lágrimas, un ataque de tos se apoderó de Helen; sin embargo, no despertó a la enfermera. Cuando pasó, yació unos minutos agotada; luego susurró:

—Jane, tus piececitos están descalzos; acuéstate y cúbrete con mi colcha.

Así lo hice. Ella me pasó el brazo por encima y me acurruqué junto a ella. Tras un largo silencio, reanudó, todavía susurrando:

—Soy muy feliz, Jane; y cuando oigas que he muerto, asegúrate de no afligirte. No hay nada por lo que afligirse. Todos debemos morir un día, y la enfermedad que me está llevando no es dolorosa; es suave y gradual. Mi mente está en paz. No dejo a nadie que me lamente mucho. Solo tengo un padre, y se ha casado recientemente y no me echará de menos. Al morir joven, escaparé de grandes sufrimientos. No tenía cualidades ni talentos para abrirme camino muy bien en el mundo; habría estado continuamente en falta.

—Pero, ¿a dónde vas, Helen? ¿Puedes ver? ¿Lo sabes?

—Creo; tengo fe. Voy a Dios.

—¿Dónde está Dios? ¿Qué es Dios?

—Mi Creador y el tuyo, que nunca destruirá lo que Él creó. Confío implícitamente en su poder y me entrego por completo a su bondad. Cuento las horas hasta que llegue esa hora trascendental que me devolverá a Él, me lo revelará a mí.

—¿Estás segura, entonces, Helen, de que existe un lugar como el cielo, y de que nuestras almas pueden llegar a él cuando morimos?

—Estoy segura de que hay un estado futuro; creo que Dios es bueno; puedo entregarle mi parte inmortal sin ningún recelo. Dios es mi padre; Dios es mi amigo. Lo amo; creo que Él me ama.

—¿Y te volveré a ver, Helen, cuando yo muera?

—Vendrás a la misma región de felicidad; serás recibida por el mismo poderoso y universal Padre, sin duda, querida Jane.

De nuevo pregunté, pero esta vez solo en pensamiento. «¿Dónde está esa región? ¿Existe?». Y estreché mis brazos más fuerte alrededor de Helen; me parecía más querida que nunca; sentí como si no pudiera dejarla ir. Yací con el rostro oculto en su cuello. Al instante dijo, en el tono más dulce:

—¡Qué a gusto estoy! Ese último ataque de tos me ha cansado un poco; siento como si pudiera dormir. Pero no me dejes, Jane; me gusta tenerte cerca.

—Me quedaré contigo, querida Helen. Nadie me apartará.

—¿Tienes calor, cariño?

—Sí.

—Buenas noches, Jane.

—Buenas noches, Helen.

Ella me besó, y yo a ella, y ambas nos dormimos pronto.

Cuando desperté era de día. Un movimiento inusual me despertó; miré hacia arriba. Estaba en los brazos de alguien; la enfermera me sostenía. Me llevaba por el pasillo de vuelta al dormitorio. No me reprendieron por haber dejado mi cama; la gente tenía otras cosas en qué pensar. No se me dio entonces ninguna explicación a mis muchas preguntas; pero uno o dos días después supe que la señorita Temple, al regresar a su propia habitación al amanecer, me había encontrado acostada en la pequeña cuna; mi rostro contra el hombro de Helen Burns, mis brazos alrededor de su cuello. Yo estaba dormida, y Helen estaba... muerta.

Su tumba está en el cementerio de Brocklebridge. Durante quince años después de su muerte solo estuvo cubierta por un montículo de hierba; pero ahora una lápida de mármol gris marca el lugar, inscrita con su nombre y la palabra «Resurgam».

Capítulo X

Hasta ahora he registrado en detalle los acontecimientos de mi insignificante existencia; a los primeros diez años de mi vida les he dedicado casi otros tantos capítulos. Pero esto no ha de ser una autobiografía regular; solo estoy obligada a invocar a la Memoria cuando sé que sus respuestas poseerán algún grado de interés; por lo tanto, ahora paso casi en silencio un lapso de ocho años; solo unas pocas líneas son necesarias para mantener los hilos de la conexión.

Cuando la fiebre tifoidea hubo cumplido su misión de devastación en Lowood, desapareció gradualmente de allí; pero no hasta que su virulencia y el número de sus víctimas hubieron atraído la atención pública sobre la escuela. Se investigó el origen de la plaga y, poco a poco, salieron a la luz diversos hechos que suscitaron la indignación pública en alto grado. La naturaleza insalubre del emplazamiento; la cantidad y calidad de la comida de las niñas; el agua salobre y fétida utilizada en su preparación; la miserable vestimenta y alojamiento de las alumnas; todas estas cosas fueron descubiertas, y el descubrimiento produjo un resultado mortificante para el señor Brocklehurst, pero beneficioso para la institución.

Varios individuos ricos y benévolos del condado contribuyeron generosamente para la construcción de un edificio más conveniente en una mejor ubicación; se establecieron nuevas regulaciones; se introdujeron mejoras en la dieta y la vestimenta; los fondos de la escuela se confiaron a la gestión de un comité. El señor Brocklehurst, quien, por su riqueza y sus conexiones familiares, no podía ser pasado por alto, aún conservaba el puesto de tesorero; pero fue ayudado en el desempeño de sus funciones por caballeros de mentes algo más amplias y compasivas. Su cargo de inspector, también, fue compartido por aquellos que sabían cómo combinar la

razón con la severidad, la comodidad con la economía, la compasión con la rectitud. La escuela, así mejorada, se convirtió con el tiempo en una institución verdaderamente útil y noble. Permanecí como interna de sus muros, después de su regeneración, durante ocho años: seis como alumna y dos como maestra; y en ambas capacidades doy testimonio de su valor e importancia.

Durante estos ocho años mi vida fue uniforme, pero no infeliz, porque no fue inactiva. Tuve los medios de una excelente educación puestos a mi alcance; una afición por algunos de mis estudios y un deseo de sobresalir en todos, junto con un gran deleite en complacer a mis maestras, especialmente a las que amaba, me impulsaron. Aproveché plenamente las ventajas que se me ofrecían. Con el tiempo, llegué a ser la primera alumna de la primera clase; luego fui investida con el cargo de maestra, que desempeñé con celo durante dos años; pero al final de ese tiempo, cambié.

La señorita Temple, a través de todos los cambios, había continuado hasta entonces como superintendente del seminario. A su instrucción debía la mejor parte de mis conocimientos; su amistad y compañía habían sido mi consuelo continuo; ella había sido para mí madre, institutriz y, últimamente, compañera. En este período se casó, se trasladó con su marido (un clérigo, un hombre excelente, casi digno de tal esposa) a un condado lejano, y, en consecuencia, la perdí.

Desde el día en que se fue, ya no fui la misma. Con ella se había ido todo sentimiento estable, toda asociación que había hecho de Lowood, en cierto grado, un hogar para mí. Había absorbido de ella algo de su naturaleza y mucho de sus hábitos: pensamientos más armoniosos; lo que parecían sentimientos mejor regulados se habían convertido en los inquilinos de mi mente. Me había sometido a la lealtad del deber y el orden; era tranquila; creía estar contenta. A los ojos de los demás, incluso habitualmente a los míos propios, parecía un carácter disciplinado y sosegado.

Pero el destino, en la forma del reverendo señor Nasmyth, se interpuso entre la señorita Temple y yo. La vi con su vestido de viaje

subir a una silla de postas, poco después de la ceremonia nupcial; observé la silla de postas subir la colina y desaparecer tras su cima; y luego me retiré a mi propia habitación, y allí pasé en soledad la mayor parte del medio día festivo concedido en honor a la ocasión.

Caminé por la habitación la mayor parte del tiempo. Me imaginaba que solo estaba lamentando mi pérdida y pensando en cómo repararla; pero cuando mis reflexiones concluyeron, y levanté la vista y descubrí que la tarde se había ido y la noche estaba muy avanzada, otro descubrimiento amaneció en mí: a saber, que en el intervalo había sufrido un proceso de transformación; que mi mente se había despojado de todo lo que había tomado prestado de la señorita Temple —o más bien que ella se había llevado consigo la atmósfera serena que yo había estado respirando en su vecindad— y que ahora me encontraba en mi elemento natural, y empezaba a sentir la agitación de viejas emociones. No parecía como si se hubiera retirado un puntal, sino más bien como si un motivo se hubiera ido; no era el poder de estar tranquila lo que me había fallado, sino que la razón para la tranquilidad ya no existía. Mi mundo había estado durante algunos años en Lowood; mi experiencia había sido de sus reglas y sistemas. Ahora recordaba que el mundo real era ancho, y que un variado campo de esperanzas y temores, de sensaciones y excitaciones, esperaba a aquellos que tuvieran el valor de adentrarse en su expansión, de buscar el conocimiento real de la vida en medio de sus peligros.

Fui a mi ventana, la abrí y miré hacia fuera. Allí estaban las dos alas del edificio; allí estaba el jardín; allí estaban los límites de Lowood; allí estaba el horizonte montañoso. Mis ojos pasaron por encima de todos los demás objetos para posarse en los más remotos, los picos azules. Eran esos los que anhelaba superar; todo dentro de su límite de roca y brezo parecía un terreno de prisión, límites de exilio. Tracé el camino blanco que serpenteaba alrededor de la base de una montaña y se desvanecía en un desfiladero entre dos. ¡Cómo anhelaba seguirlo más allá! Recordé el tiempo en que había viajado por ese mismo camino en una diligencia; recordé descender esa colina al crepúsculo. Parecía haber transcurrido una

eternidad desde el día que me trajo por primera vez a Lowood, y nunca lo había abandonado desde entonces. Mis vacaciones las había pasado todas en la escuela. La señora Reed nunca me había mandado llamar a Gateshead; ni ella ni nadie de su familia habían venido a visitarme. No había tenido comunicación por carta o mensaje con el mundo exterior. Reglas de la escuela, deberes de la escuela, hábitos y nociones de la escuela, y voces, y rostros, y frases, y vestimentas, y preferencias, y antipatías: eso era lo que yo conocía de la existencia. Y ahora sentía que no era suficiente; me cansé de la rutina de ocho años en una sola tarde. Deseaba la libertad; por la libertad jadeaba; por la libertad pronuncié una plegaria. Pareció esparcirse en el viento que soplaba débilmente entonces. La abandoné y formulé una súplica más humilde: por un cambio, un estímulo. Esa petición, también, pareció ser barrida hacia el espacio vago.

—¡Entonces —grité, medio desesperada—, concédeme al menos una nueva servidumbre!

Aquí una campana, que tocaba la hora de la cena, me llamó abajo.

No fui libre de reanudar la cadena interrumpida de mis reflexiones hasta la hora de acostarme. Incluso entonces, una maestra que ocupaba la misma habitación que yo me mantuvo alejada del tema al que anhelaba volver, con una prolongada efusión de charla trivial. ¡Cómo deseaba que el sueño la silenciara! Parecía como si, si pudiera volver a la idea que había entrado por última vez en mi mente mientras estaba en la ventana, alguna sugerencia ingeniosa surgiría para mi alivio.

La señorita Gryce roncó por fin; era una galesa corpulenta, y hasta ahora sus habituales sones nasales nunca habían sido considerados por mí más que como una molestia; esta noche aclamé las primeras notas profundas con satisfacción. Estaba libre de interrupciones; mi pensamiento a medio borrar revivió al instante.

«¡Una nueva servidumbre! Hay algo en eso», soliloquicé (mentalmente, entiéndase; no hablé en voz alta). «Sé que lo hay, porque no suena demasiado dulce; no es como palabras como Libertad, Excitación, Disfrute: sonidos deliciosos, en verdad; pero no más que sonidos para mí; y tan huecos y fugaces que es una mera pérdida de tiempo escucharlos. ¡Pero Servidumbre! Eso debe de ser un hecho. Cualquiera puede servir. He servido aquí ocho años; ahora todo lo que quiero es servir en otro lugar. ¿No puedo conseguir tanto de mi propia voluntad? ¿No es factible? Sí, sí, el fin no es tan difícil; si tan solo tuviera un cerebro lo suficientemente activo para descubrir los medios de alcanzarlo».

Me senté en la cama para despertar a dicho cerebro. Era una noche fría; me cubrí los hombros con un chal y luego procedí a pensar de nuevo con todas mis fuerzas.

«¿Qué quiero? Un nuevo lugar, en una nueva casa, entre nuevos rostros, bajo nuevas circunstancias. Quiero esto porque no sirve de nada querer algo mejor. ¿Cómo hace la gente para conseguir un nuevo lugar? Recurren a amigos, supongo. Yo no tengo amigos. Hay muchos otros que no tienen amigos, que deben buscar por sí mismos y ser sus propios ayudantes; ¿y cuál es su recurso?».

No podía decirlo; nada me respondía. Entonces ordené a mi cerebro que encontrara una respuesta, y rápidamente. Trabajó y trabajó más rápido. Sentí las pulsaciones palpitar en mi cabeza y en mis sienes; pero durante casi una hora trabajó en el caos, y ningún resultado salió de sus esfuerzos. Febril por el vano trabajo, me levanté y di una vuelta por la habitación; descorrí la cortina, noté una o dos estrellas, tiritée de frío y volví a meterme en la cama.

Un hada bondadosa, en mi ausencia, seguramente había dejado la sugerencia requerida en mi almohada; pues mientras me acostaba, me vino a la mente tranquila y naturalmente: «Quienes buscan empleo ponen anuncios; debes poner un anuncio en el Herald de...shire».

«¿Cómo? No sé nada de poner anuncios».

Las respuestas surgieron ahora suaves y prontas:

«Debes incluir el anuncio y el dinero para pagarlo en un sobre dirigido al director del Herald; debes echarlo, en la primera oportunidad que tengas, en el correo de Lowton; las respuestas deben dirigirse a J.E., en la oficina de correos de allí; puedes ir a preguntar en una semana aproximadamente después de enviar tu carta, si ha llegado alguna, y actuar en consecuencia».

Repasé este plan dos, tres veces; luego fue digerido en mi mente; lo tenía en una forma clara y práctica. Me sentí satisfecha y me quedé dormida.

Con las primeras luces del día, ya estaba en pie. Tenía mi anuncio escrito, metido en el sobre y con la dirección puesta antes de que sonara la campana para despertar a la escuela. Decía así:

«Una joven dama acostumbrada a la enseñanza» (¿no había sido yo maestra durante dos años?) «desea encontrar un puesto en una familia particular donde los niños sean menores de catorce años» (pensé que, como apenas tenía dieciocho años, no sería conveniente encargarme de la guía de alumnos más cercanos a mi edad). «Está cualificada para enseñar las ramas usuales de una buena educación inglesa, junto con francés, dibujo y música» (en aquellos días, lector, este ahora estrecho catálogo de habilidades se habría considerado tolerable y completo). «Dirigirse a J.E., Oficina de Correos, Lowton, ...shire».

Este documento permaneció encerrado en mi cajón todo el día. Después del té, pedí permiso a la nueva superintendente para ir a Lowton, con el fin de realizar algunos pequeños encargos para mí y una o dos de mis compañeras maestras; el permiso fue concedido de buen grado; fui. Era un paseo de dos millas, y la tarde estaba húmeda, pero los días aún eran largos. Visité una o dos tiendas, eché la carta en la oficina de correos y regresé bajo una fuerte lluvia, con las ropas chorreando, pero con el corazón aliviado.

La semana siguiente pareció larga; sin embargo, llegó a su fin, como todas las cosas sublimes, y una vez más, hacia el final de un

agradable día de otoño, me encontré a pie en el camino hacia Lowton. Era un sendero pintoresco, por cierto; discurría a lo largo del arroyo y a través de las curvas más dulces del valle; pero aquel día pensé más en las cartas, que podrían o no estar esperándome en el pequeño burgo al que me dirigía, que en los encantos de la pradera y el agua.

Mi recado ostensible en esta ocasión era que me tomaran medidas para un par de zapatos; así que despaché ese asunto primero, y cuando terminé, crucé la pequeña y tranquila calle desde el zapatero hasta la oficina de correos. La regentaba una anciana que llevaba gafas de asta en la nariz y mitones negros en las manos.

—¿Hay alguna carta para J.E.? —pregunté.

Me escudriñó por encima de las gafas y luego abrió un cajón y rebuscó entre su contenido durante mucho tiempo, tanto que mis esperanzas comenzaron a flaquear. Por fin, tras sostener un documento ante sus gafas durante casi cinco minutos, lo presentó sobre el mostrador, acompañando el acto con otra mirada inquisitiva y desconfiada: era para J.E.

—¿Solo hay una? —demandé.

—No hay más —dijo; y me la guardé en el bolsillo y emprendí el camino de vuelta a casa. No podía abrirla entonces; las reglas me obligaban a estar de vuelta a las ocho, y ya eran las siete y media.

Diversos deberes me esperaban a mi llegada. Tuve que sentarme con las niñas durante su hora de estudio; luego me tocó leer las oraciones; acompañarlas a la cama. Después, cené con las otras maestras. Incluso cuando finalmente nos retiramos por la noche, la inevitable señorita Gryce seguía siendo mi compañera. Solo nos quedaba un cabo de vela en nuestro candelero, y temía que hablara hasta que se consumiera por completo; afortunadamente, sin embargo, la pesada cena que había comido produjo un efecto soporífero: ya estaba roncando antes de que yo terminara de desvestirme. Aún quedaba una pulgada de vela. Saqué entonces mi carta; el sello era una inicial F. Lo rompí; el contenido era breve.

«Si J.E., que se anunció en el Herald de ...shire del pasado jueves, posee las aptitudes mencionadas, y si está en condiciones de dar referencias satisfactorias en cuanto a carácter y competencia, se le puede ofrecer un puesto donde solo hay una alumna, una niña menor de diez años; y donde el salario es de treinta libras anuales. Se ruega a J.E. que envíe referencias, nombre, dirección y todos los detalles a la dirección:

«Señora Fairfax, Thornfield, cerca de Millcote, ...shire».

Examiné el documento durante mucho tiempo. La letra era anticuada y bastante insegura, como la de una dama de edad avanzada. Esta circunstancia fue satisfactoria. Un temor privado me había acechado, que al actuar así por mi cuenta y bajo mi propia guía, corría el riesgo de meterme en algún lío; y, sobre todo, deseaba que el resultado de mis esfuerzos fuera respetable, adecuado, en règle. Ahora sentía que una dama de edad avanzada no era un mal ingrediente en el asunto que tenía entre manos. ¡Señora Fairfax! La vi con un vestido negro y cofia de viuda; frígida, quizás, pero no descortés; un modelo de respetabilidad inglesa de edad avanzada. ¡Thornfield! Ese, sin duda, era el nombre de su casa; un lugar pulcro y ordenado, estaba segura; aunque fracasé en mis esfuerzos por concebir un plano correcto de las instalaciones. Millcote, ...shire; repasé mis recuerdos del mapa de Inglaterra; sí, lo vi; tanto el condado como la ciudad. ...shire estaba setenta millas más cerca de Londres que el remoto condado donde ahora residía. Eso era una recomendación para mí. Ansiaba ir a donde hubiera vida y movimiento. Millcote era una gran ciudad industrial a orillas del A...; un lugar bastante ajetreado, sin duda. Tanto mejor; sería un cambio completo, al menos. No es que mi fantasía estuviera muy cautivada por la idea de largas chimeneas y nubes de humo, «pero», argumenté, «Thornfield probablemente estará bastante lejos de la ciudad».

Aquí, el cabo de la vela se consumió y la mecha se apagó.

Al día siguiente había que dar nuevos pasos; mis planes ya no podían limitarse a mi propio pecho; debía comunicarlos para lograr

su éxito. Habiendo solicitado y obtenido una audiencia con la superintendente durante el recreo del mediodía, le dije que tenía la perspectiva de conseguir un nuevo puesto donde el salario sería el doble de lo que ahora recibía (pues en Lowood solo ganaba 15 libras anuales); y le pedí que me planteara el asunto al señor Brocklehurst, o a alguno del comité, y averiguara si me permitirían mencionarlos como referencias. Ella consintió amablemente en actuar como mediadora en el asunto. Al día siguiente, le expuso el caso al señor Brocklehurst, quien dijo que había que escribir a la señora Reed, ya que era mi tutora natural. Se dirigió una nota a esa dama, quien respondió que «podía hacer lo que quisiera; hacía tiempo que había renunciado a toda interferencia en mis asuntos». Esta nota circuló por el comité y, finalmente, después de lo que me pareció una demora de lo más tediosa, se me dio permiso formal para mejorar mi condición si podía; y se añadió la seguridad de que, como siempre me había comportado bien, tanto como maestra como alumna, en Lowood, se me proporcionaría de inmediato un certificado de carácter y capacidad, firmado por los inspectores de esa institución.

Este certificado lo recibí, en consecuencia, en aproximadamente un mes, envié una copia a la señora Fairfax y obtuve la respuesta de esa dama, declarando que estaba satisfecha y fijando ese día en quince como el período para que yo asumiera el puesto de institutriz en su casa.

Ahora me ocupé en los preparativos. La quincena pasó rápidamente. No tenía un vestuario muy grande, aunque era adecuado a mis necesidades; y el último día fue suficiente para hacer mi baúl, el mismo que había traído conmigo hacía ocho años desde Gateshead.

La caja estaba encordada, la tarjeta clavada. En media hora el transportista debía pasar a recogerla para llevarla a Lowton, adonde yo misma debía dirigirme a una hora temprana de la mañana siguiente para tomar la diligencia. Había cepillado mi vestido de viaje de estameña negra, preparado mi gorro, guantes y manguito;

buscado en todos mis cajones para ver que no quedara ningún artículo atrás; y ahora, no teniendo nada más que hacer, me senté e intenté descansar. No pude; aunque había estado de pie todo el día, no podía ahora reposar ni un instante; estaba demasiado excitada. Una fase de mi vida se cerraba esta noche, una nueva se abría mañana. Imposible dormir en el intervalo; debía velar febrilmente mientras se realizaba el cambio.

—Señorita —dijo una sirvienta que me encontró en el vestíbulo, donde yo vagaba como un espíritu atribulado—, una persona abajo desea verla.

«El transportista, sin duda», pensé, y bajé corriendo sin preguntar. Estaba pasando por la sala de estar de las maestras, cuya puerta estaba entreabierta, para ir a la cocina, cuando alguien salió corriendo.

—¡Es ella, estoy segura! ¡La habría reconocido en cualquier parte! —gritó el individuo que detuvo mi paso y me tomó la mano.

Miré. Vi a una mujer ataviada como una sirvienta bien vestida, de aspecto maternal, aunque todavía joven; muy guapa, con pelo y ojos negros y una tez vivaz.

—Bueno, ¿quién es? —preguntó, con una voz y una sonrisa que reconocí a medias—. No me ha olvidado del todo, creo, señorita Jane.

En un segundo la estaba abrazando y besando con arrebato.

—¡Bessie! ¡Bessie! ¡Bessie! —fue todo lo que dije; a lo que ella medio rio, medio lloró, y ambas entramos en el salón. Junto al fuego había un pequeño de tres años, con vestido y pantalones de tartán.

—Ese es mi pequeño —dijo Bessie directamente.

—Entonces, ¿estás casada, Bessie?

—Sí; hace casi cinco años, con Robert Leaven, el cochero; y tengo una niña además de Bobby, a la que he bautizado como Jane.

—¿Y no vives en Gateshead?

—Vivo en la garita; el viejo portero se ha ido.

—Bueno, ¿y cómo les va a todos? Cuéntamelo todo sobre ellos, Bessie; pero siéntate primero. Y, Bobby, ven y siéntate en mi regazo, ¿quieres? —pero Bobby prefirió acercarse a su madre.

—No ha crecido usted muy alta, señorita Jane, ni muy corpulenta —continuó la señora Leaven—. Me atrevo a decir que no la han mantenido muy bien en la escuela. La señorita Reed es cabeza y hombros más alta que usted; y la señorita Georgiana haría dos como usted de ancha.

—Georgiana es guapa, supongo, Bessie.

—Mucho. Fue a Londres el invierno pasado con su mamá, y allí todo el mundo la admiraba, y un joven lord se enamoró de ella; pero los parientes de él se oponían al matrimonio; y —¿qué te parece?—, él y la señorita Georgiana planearon fugarse; pero los descubrieron y los detuvieron. Fue la señorita Reed quien los descubrió. Creo que estaba envidiosa; y ahora ella y su hermana se llevan como el perro y el gato; siempre están discutiendo.

—Bueno, ¿y qué hay de John Reed?

—Oh, no le va tan bien como su mamá desearía. Fue a la universidad y lo... suspendieron, creo que lo llaman. Y luego sus tíos querían que fuera abogado y estudiara derecho, pero es un joven tan disipado que nunca harán mucho de él, creo.

—¿Qué aspecto tiene?

—Es muy alto; algunas personas lo llaman un joven apuesto, pero tiene los labios tan gruesos...

—¿Y la señora Reed?

—La señora parece robusta y bastante bien de cara, pero creo que no está muy tranquila de espíritu. La conducta del señorito John no le agrada, gasta mucho dinero.

—¿Te envió ella aquí, Bessie?

—No, en absoluto. Pero hacía tiempo que quería verla, y cuando oí que había llegado una carta suya y que se iba a otra parte del país, pensé en ponerme en camino y echarle un vistazo antes de que estuviera completamente fuera de mi alcance.

—Me temo que te he decepcionado, Bessie —dije riendo. Percibí que la mirada de Bessie, aunque expresaba afecto, de ninguna manera denotaba admiración.

—No, señorita Jane, no exactamente. Es usted bastante distinguida; parece una dama, y es todo lo que esperaba de usted. No era usted una belleza de niña.

Sonreí ante la franca respuesta de Bessie. Sentí que era correcta, pero confieso que no me era del todo indiferente su significado. A los dieciocho años, la mayoría de la gente desea agradar, y la convicción de que no tienen un exterior propenso a secundar ese deseo no trae más que insatisfacción.

—Me atrevo a decir que es usted inteligente, sin embargo —continuó Bessie, a modo de consuelo—. ¿Qué sabe hacer? ¿Sabe tocar el piano?

—Un poco.

Había uno en la habitación; Bessie fue y lo abrió, y luego me pidió que me sentara y le tocara una melodía. Toqué uno o dos valses, y quedó encantada.

—¡Las señoritas Reed no sabían tocar tan bien! —dijo exultante—. Siempre dije que las superaría en conocimientos. ¿Y sabe dibujar?

—Ese es uno de mis cuadros, sobre la chimenea. —Era un paisaje a la acuarela, del que le había hecho un regalo a la superintendente, en agradecimiento por su amable mediación con el comité en mi nombre, y que ella había enmarcado y acristalado.

—¡Bueno, eso es precioso, señorita Jane! Es un cuadro tan bueno como cualquiera que pudiera pintar el maestro de dibujo de la señorita Reed, por no hablar de las propias señoritas, que no se le acercaban ni de lejos. ¿Y ha aprendido francés?

—Sí, Bessie, puedo leerlo y hablarlo.

—¿Y sabe trabajar en muselina y lienzo?

—Sí, sé.

—¡Oh, es usted toda una dama, señorita Jane! Sabía que lo sería. Saldrá adelante, ya sea que sus parientes le presten atención o no. Había algo que quería preguntarle. ¿Ha oído alguna vez algo de los parientes de su padre, los Eyre?

—Nunca en mi vida.

—Bueno, ya sabe que la señora siempre dijo que eran pobres y bastante despreciables. Y puede que sean pobres, pero creo que son tan de buena cuna como los Reed; porque un día, hace casi siete años, un señor Eyre vino a Gateshead y quería verla. La señora dijo que estaba usted en la escuela a cincuenta millas de distancia. Pareció muy decepcionado, porque no podía quedarse. Se iba de viaje a un país extranjero, y el barco debía zarpar de Londres en uno o dos días. Parecía todo un caballero, y creo que era el hermano de su padre.

—¿A qué país extranjero iba, Bessie?

—A una isla a miles de millas de distancia, donde hacen vino... el mayordomo me lo dijo...

—¿Madeira? —sugerí.

—Sí, eso es, esa es la palabra exacta.

—¿Así que se fue?

—Sí; no se quedó muchos minutos en la casa. La señora fue muy altiva con él; después lo llamó «comerciante rastrero». Mi Robert cree que era un comerciante de vinos.

—Muy probablemente —respondí—; o quizás un empleado o agente de un comerciante de vinos.

Bessie y yo conversamos sobre los viejos tiempos durante una hora más, y luego tuvo que dejarme. La vi de nuevo por unos

minutos a la mañana siguiente en Lowton, mientras esperaba la diligencia. Nos separamos finalmente en la puerta de la posada Brocklehurst Arms. Cada una tomó su camino; ella partió hacia la cima de Lowood Fell para tomar el transporte que la llevaría de vuelta a Gateshead, yo subí al vehículo que me llevaría a nuevos deberes y a una nueva vida en los desconocidos alrededores de Millcote.

Capítulo XI

Un nuevo capítulo en una novela es algo así como una nueva escena en una obra de teatro; y cuando levante el telón esta vez, lector, debe imaginar que ve una habitación en la Posada George en Millcote, con un papel pintado de grandes figuras en las paredes como suelen tener las habitaciones de las posadas; una alfombra, muebles, adornos en la repisa de la chimenea y grabados de ese estilo, incluyendo un retrato de Jorge III, otro del Príncipe de Gales y una representación de la muerte de Wolfe. Todo esto es visible para usted a la luz de una lámpara de aceite que cuelga del techo, y a la de un excelente fuego, cerca del cual me siento con mi capa y mi gorro; mi manguito y mi paraguas yacen sobre la mesa, y estoy calentando el entumecimiento y el frío contraídos por dieciséis horas de exposición a la crudeza de un día de octubre. Dejé Lowton a las cuatro de la madrugada, y el reloj de la ciudad de Millcote acaba de dar las ocho.

Lector, aunque parezco cómodamente instalada, no estoy muy tranquila de espíritu. Pensé que cuando la diligencia se detuviera aquí habría alguien para recibirme; miré ansiosamente a mi

alrededor mientras descendía los escalones de madera que el mozo de cuadra colocó para mi comodidad, esperando oír mi nombre y ver algún tipo de carruaje esperando para llevarme a Thornfield. No se veía nada de eso; y cuando le pregunté a un camarero si alguien había venido a preguntar por una tal señorita Eyre, me respondieron negativamente. Así que no tuve más remedio que pedir que me mostraran una habitación privada, y aquí estoy, esperando, mientras toda clase de dudas y temores perturban mis pensamientos.

Es una sensación muy extraña para la juventud inexperta sentirse completamente sola en el mundo, separada de toda conexión, incierta de si el puerto al que se dirige puede ser alcanzado, e impedida por muchos obstáculos de regresar al que ha abandonado. El encanto de la aventura endulza esa sensación, el ardor del orgullo la calienta; pero entonces el latido del miedo la perturba; y el miedo en mí se volvió predominante cuando transcurrió media hora y todavía estaba sola. Se me ocurrió tocar la campanilla.

—¿Hay un lugar en esta vecindad llamado Thornfield? —le pregunté al camarero que respondió a la llamada.

—¿Thornfield? No lo sé, señora; preguntaré en la barra. — Desapareció, pero reapareció al instante.

—¿Se llama usted Eyre, señorita?

—Sí.

—Hay una persona aquí esperándola.

Me levanté de un salto, tomé mi manguito y mi paraguas, y me apresuré al pasillo de la posada. Un hombre estaba de pie junto a la puerta abierta, y en la calle iluminada por las farolas vi vagamente un carruaje de un solo caballo.

—Este será su equipaje, supongo —dijo el hombre con bastante brusquedad cuando me vio, señalando mi baúl en el pasillo.

—Sí. —Lo izó al vehículo, que era una especie de calesa, y luego me subí. Antes de que me encerrara, le pregunté a qué distancia estaba Thornfield.

—Unas seis millas.

—¿Cuánto tardaremos en llegar?

—Aproximadamente una hora y media.

Cerró la portezuela de la calesa, subió a su propio asiento exterior y partimos. Nuestro progreso fue pausado y me dio tiempo de sobra para reflexionar. Estaba contenta de estar por fin tan cerca del final de mi viaje; y mientras me reclinaba en el cómodo aunque no elegante vehículo, medité a mis anchas.

«Supongo», pensé, «a juzgar por la sencillez del criado y del carruaje, que la señora Fairfax no es una persona muy ostentosa. Tanto mejor; solo viví una vez entre gente distinguida, y fui muy desdichada con ellos. Me pregunto si vive sola, excepto por esta niña. Si es así, y si es en algún grado amable, seguramente podré llevarme bien con ella. Haré todo lo posible. Es una lástima que hacer lo mejor que uno puede no siempre dé resultado. En Lowood, ciertamente, tomé esa resolución, la mantuve y logré complacer; pero con la señora Reed, recuerdo que lo mejor de mí siempre fue despreciado con desdén. Ruego a Dios que la señora Fairfax no resulte ser una segunda señora Reed; pero si lo es, ¡no estoy obligada a quedarme con ella! En el peor de los casos, puedo volver a poner un anuncio. ¿A qué distancia estaremos ahora, me pregunto?».

Bajé la ventanilla y miré hacia fuera. Millcote estaba detrás de nosotros; a juzgar por el número de sus luces, parecía un lugar de considerable magnitud, mucho más grande que Lowton. Estábamos ahora, por lo que podía ver, en una especie de terreno comunal; pero había casas esparcidas por todo el distrito. Sentí que estábamos en una región diferente a la de Lowood, más poblada, menos pintoresca; más bulliciosa, menos romántica.

Los caminos estaban pesados, la noche neblinosa; mi conductor dejó que su caballo caminara todo el trayecto, y la hora y media se extendió, creo firmemente, a dos horas. Finalmente, se giró en su asiento y dijo:

—Ya no estáis muy lejos de Thornfield.

De nuevo miré hacia fuera. Estábamos pasando una iglesia; vi su torre baja y ancha contra el cielo, y su campana daba un cuarto. Vi también una estrecha galaxia de luces en la ladera de una colina, marcando un pueblo o una aldea. Unos diez minutos después, el conductor se bajó y abrió un par de verjas. Pasamos, y se cerraron de golpe tras nosotros. Ahora ascendimos lentamente por un camino de entrada y llegamos al largo frente de una casa. La luz de una vela brillaba desde una ventana salediza con cortinas; todo lo demás estaba oscuro. La calesa se detuvo en la puerta principal; la abrió una sirvienta; me apeé y entré.

—¿Quiere pasar por aquí, señora? —dijo la muchacha; y la seguí a través de un vestíbulo cuadrado con altas puertas por todas partes. Me condujo a una habitación cuya doble iluminación de fuego y vela me deslumbró al principio, contrastando como lo hacía con la oscuridad a la que mis ojos se habían acostumbrado durante dos horas. Cuando pude ver, sin embargo, se presentó ante mi vista un cuadro acogedor y agradable.

Una habitación pequeña y confortable; una mesa redonda junto a un fuego alegre; un sillón de respaldo alto y anticuado, en el que se sentaba la dama de edad más pulcra que se pueda imaginar, con cofia de viuda, vestido de seda negra y un delantal de muselina nívea; exactamente como había imaginado a la señora Fairfax, solo que menos majestuosa y de aspecto más dulce. Estaba ocupada tejiendo; un gato grande se sentaba recatadamente a sus pies; en resumen, no faltaba nada para completar el beau idéal del confort doméstico. Difícilmente podría concebirse una presentación más tranquilizadora para una nueva institutriz; no había grandeza que abrumara, ni majestuosidad que avergonzara. Y entonces, al entrar yo, la anciana se levantó y se adelantó pronta y amablemente a mi encuentro.

—¿Cómo está, querida? Me temo que ha tenido un viaje tedioso; John conduce tan despacio... Debe de tener frío, acérquese al fuego.

—¿La señora Fairfax, supongo? —dije.

—Sí, tiene razón. Siéntese, por favor.

Me condujo a su propia silla y luego comenzó a quitarme el chal y a desatarme los lazos del gorro. Le rogué que no se tomara tanta molestia.

—Oh, no es ninguna molestia. Me atrevo a decir que sus propias manos están casi entumecidas por el frío. Leah, prepara un poco de negus caliente y corta uno o dos sándwiches; aquí están las llaves de la despensa. —Y sacó de su bolsillo un manojo de llaves de lo más hacendoso y se las entregó a la sirvienta.

—Ahora, acérquese al fuego —continuó—. Ha traído su equipaje consigo, ¿verdad, querida?

—Sí, señora.

—Me encargaré de que lo lleven a su habitación —dijo, y salió apresuradamente.

«Me trata como a una invitada», pensé. «Poco esperaba tal recepción; solo anticipaba frialdad y rigidez. Esto no se parece a lo que he oído sobre el trato a las institutrices; pero no debo regocijarme demasiado pronto».

Regresó; con sus propias manos retiró su equipo de tejer y uno o dos libros de la mesa para hacer sitio a la bandeja que Leah traía ahora, y luego ella misma me sirvió los refrescos. Me sentí bastante confundida al ser objeto de más atención de la que había recibido nunca, y además, mostrada por mi empleadora y superiora; pero como ella misma no parecía considerar que estuviera haciendo nada fuera de lugar, pensé que era mejor tomar sus amabilidades con tranquilidad.

—¿Tendré el placer de ver a la señorita Fairfax esta noche? —pregunté, cuando hube probado lo que me ofrecía.

—¿Qué ha dicho, querida? Estoy un poco sorda —respondió la buena dama, acercando su oreja a mi boca.

Repetí la pregunta más claramente.

—¿La señorita Fairfax? ¡Oh, se refiere a la señorita Varens! Varens es el nombre de su futura alumna.

—¡De veras! ¿Entonces no es su hija?

—No, no tengo familia.

Debería haber seguido mi primera pregunta, inquiriendo de qué manera estaba relacionada la señorita Varens con ella; pero recordé que no era cortés hacer demasiadas preguntas. Además, estaba segura de que lo sabría con el tiempo.

—Estoy tan contenta —continuó, mientras se sentaba frente a mí y tomaba al gato en su regazo—. Estoy tan contenta de que haya venido; será muy agradable vivir aquí ahora con una compañera. Por supuesto, es agradable en cualquier momento, pues Thornfield es una hermosa y antigua mansión, quizás un poco descuidada en los últimos años, pero aun así es un lugar respetable. Sin embargo, ya sabe, en invierno una se siente bastante sola en las mejores estancias. Digo sola... Leah es una buena chica, por supuesto, y John y su esposa son gente muy decente; pero ya ve, solo son criados, y una no puede conversar con ellos en términos de igualdad; hay que mantenerlos a la debida distancia, por temor a perder la autoridad. Estoy segura de que el invierno pasado (fue muy severo, si recuerda, y cuando no nevaba, llovía y soplaba el viento), ni una criatura más que el carnicero y el cartero vinieron a la casa, desde noviembre hasta febrero; y realmente me puse bastante melancólica de estar sentada noche tras noche sola. A veces hacía subir a Leah para que me leyera, pero no creo que a la pobre chica le gustara mucho la tarea; lo sentía como una atadura. En primavera y verano una se las arreglaba mejor; el sol y los días largos marcan una gran diferencia. Y luego, justo al comienzo de este otoño, llegó la pequeña Adela Varens y su nodriza. Una niña hace que una casa cobre vida de repente; y ahora que está usted aquí, estaré muy alegre.

Mi corazón realmente se enterneció hacia la digna dama mientras la oía hablar; y acerqué mi silla un poco más a la suya, y expresé mi sincero deseo de que encontrara mi compañía tan agradable como anticipaba.

—Pero no la mantendré levantada hasta tarde esta noche —dijo—. Están a punto de dar las doce y ha estado viajando todo el día. Debe de sentirse cansada. Si ya se ha calentado bien los pies, le mostraré su dormitorio. He preparado para usted la habitación contigua a la mía; es solo un apartamento pequeño, pero pensé que le gustaría más que una de las grandes cámaras del frente. Por supuesto, tienen muebles más finos, pero son tan lúgubres y solitarias que yo misma nunca duermo en ellas.

Le agradecí su considerada elección y, como realmente me sentía fatigada por mi largo viaje, expresé mi disposición a retirarme. Tomó su vela y la seguí fuera de la habitación. Primero fue a ver si la puerta del vestíbulo estaba cerrada; habiendo quitado la llave de la cerradura, me guio escaleras arriba. Los escalones y la barandilla eran de roble; la ventana de la escalera era alta y con celosía; tanto ella como la larga galería a la que daban las puertas de los dormitorios parecían pertenecer a una iglesia más que a una casa. Un aire muy frío y de cripta impregnaba las escaleras y la galería, sugiriendo ideas lúgubres de espacio y soledad; y me alegré, cuando finalmente me condujeron a mi cámara, de encontrarla de pequeñas dimensiones y amueblada en un estilo ordinario y moderno.

Cuando la señora Fairfax me hubo dado unas amables buenas noches y yo hube cerrado mi puerta, miré tranquilamente a mi alrededor y, en cierta medida, borré la espeluznante impresión causada por aquel amplio vestíbulo, aquella oscura y espaciosa escalera, y aquella larga y fría galería, con el aspecto más animado de mi pequeña habitación. Recordé que, después de un día de fatiga corporal y ansiedad mental, estaba ahora por fin en un puerto seguro. El impulso de la gratitud hinchó mi corazón, y me arrodillé al lado de la cama y ofrecí gracias donde eran debidas; sin olvidar, antes de levantarme, implorar ayuda en mi camino futuro y el poder

de merecer la amabilidad que parecía ofrecérseme tan francamente antes de haberla ganado. Mi lecho no tuvo espinas esa noche; mi solitaria habitación, ningún temor. A la vez cansada y contenta, dormí pronto y profundamente. Cuando desperté, era pleno día.

La cámara me pareció un lugar tan luminoso y pequeño mientras el sol brillaba entre las alegres cortinas de cretona azul de la ventana, mostrando paredes empapeladas y un suelo alfombrado, tan diferente de las tablas desnudas y el yeso manchado de Lowood, que mi ánimo se levantó ante la vista. Lo externo tiene un gran efecto en los jóvenes. Pensé que una era más hermosa de la vida comenzaba para mí, una que tendría sus flores y placeres, así como sus espinas y trabajos. Mis facultades, despertadas por el cambio de escena, el nuevo campo ofrecido a la esperanza, parecían todas en movimiento. No puedo definir con precisión lo que esperaban, pero era algo agradable; no quizás ese día o ese mes, sino en un período futuro indefinido.

Me levanté; me vestí con esmero. Obligada a ser sencilla —pues no tenía ninguna prenda de vestir que no estuviera hecha con extrema simplicidad—, era, sin embargo, por naturaleza, solícita en ser pulcra. No era mi costumbre ser desconsiderada con mi apariencia o descuidada con la impresión que causaba; por el contrario, siempre deseaba lucir lo mejor posible y agradar tanto como mi falta de belleza me lo permitiera. A veces lamentaba no ser más guapa; a veces deseaba tener mejillas sonrosadas, una nariz recta y una boca pequeña de cereza; deseaba ser alta, majestuosa y de figura finamente desarrollada. Sentía como una desgracia ser tan pequeña, tan pálida y tener rasgos tan irregulares y marcados. ¿Y por qué tenía estas aspiraciones y estos lamentos? Sería difícil de decir; no podía entonces decírmelo a mí misma con claridad; sin embargo, tenía una razón, y una razón lógica y natural también. No obstante, cuando me hube cepillado el pelo muy liso y me hube puesto mi vestido negro —que, por muy cuáquero que fuera, al menos tenía el mérito de ajustarse a la perfección— y me hube ajustado mi pechera blanca y limpia, pensé que me las arreglaría con la suficiente respetabilidad para aparecer ante la señora Fairfax,

y que mi nueva alumna al menos no retrocedería ante mí con antipatía. Habiendo abierto la ventana de mi cámara y visto que dejaba todas las cosas rectas y ordenadas en el tocador, me aventuré a salir.

Atravesando la larga y enmoquetada galería, descendí los resbaladizos escalones de roble; luego llegué al vestíbulo. Me detuve allí un minuto; miré algunos cuadros en las paredes (uno, recuerdo, representaba a un hombre adusto con coraza, y otro a una dama con el pelo empolvado y un collar de perlas), una lámpara de bronce que pendía del techo, un gran reloj cuya caja era de roble curiosamente tallado, y negro como el ébano por el tiempo y el frotamiento. Todo me pareció muy majestuoso e imponente; pero es que estaba tan poco acostumbrada a la grandeza. La puerta del vestíbulo, que era mitad de cristal, estaba abierta; crucé el umbral. Era una hermosa mañana de otoño; el sol temprano brillaba serenamente sobre arboledas parduscas y campos aún verdes. Avanzando hacia el césped, levanté la vista y examiné la fachada de la mansión. Tenía tres pisos de altura, de proporciones no vastas, aunque considerables: la casa solariega de un caballero, no la residencia de un noble. Las almenas alrededor de la parte superior le daban un aspecto pintoresco. Su fachada gris destacaba bien contra el fondo de una grajera, cuyos inquilinos graznadores estaban ahora en pleno vuelo. Volaron sobre el césped y los terrenos para posarse en un gran prado, del que estos estaban separados por un foso, y donde una hilera de poderosos y viejos espinos, fuertes, nudosos y anchos como robles, explicaba de inmediato la etimología de la designación de la mansión. Más lejos había colinas; no tan altas como las de los alrededores de Lowood, ni tan escarpadas, ni tan parecidas a barreras de separación del mundo de los vivos; pero aun así, colinas bastante tranquilas y solitarias, que parecían abrazar Thornfield con un aislamiento que no esperaba encontrar tan cerca de la bulliciosa localidad de Millcote. Una pequeña aldea, cuyos tejados se mezclaban con los árboles, se extendía por la ladera de una de estas colinas. La iglesia del distrito estaba más cerca de

Thornfield; la cima de su vieja torre se asomaba por encima de un montículo entre la casa y las verjas.

Aún disfrutaba de la tranquila vista y del agradable aire fresco, aún escuchaba con deleite el graznido de las grajas, aún examinaba la ancha y canosa fachada de la mansión, y pensaba qué lugar tan grande era para que lo habitara una solitaria damita como la señora Fairfax, cuando esa dama apareció en la puerta.

—¡Vaya! ¿Ya fuera? —dijo—. Veo que es usted madrugadora. —Me acerqué a ella y fui recibida con un afable beso y un apretón de manos.

—¿Qué le parece Thornfield? —preguntó. Le dije que me gustaba mucho.

—Sí —dijo—, es un lugar bonito; pero me temo que se irá deteriorando, a menos que al señor Rochester se le ocurra venir a residir aquí permanentemente; o, al menos, visitarlo con más frecuencia. Las grandes casas y los hermosos terrenos requieren la presencia del propietario.

—¡Señor Rochester! —exclamé—. ¿Quién es?

—El dueño de Thornfield —respondió tranquilamente—. ¿No sabía que se llamaba Rochester?

Por supuesto que no, nunca había oído hablar de él antes; pero la anciana parecía considerar su existencia como un hecho universalmente entendido, con el que todo el mundo debía estar familiarizado por instinto.

—Pensé —continué— que Thornfield le pertenecía a usted.

—¿A mí? ¡Bendita sea, niña; qué idea! ¿A mí? Solo soy el ama de llaves, la administradora. Por supuesto, estoy lejanamente emparentada con los Rochester por parte de madre, o al menos mi marido lo estaba; él era clérigo, titular de Hay —ese pequeño pueblo de allí en la colina— y esa iglesia cerca de las verjas era suya. La madre del actual señor Rochester era una Fairfax, y prima segunda de mi marido; pero nunca presumo de la conexión; de hecho, no es

nada para mí. Me considero completamente como una ama de llaves ordinaria. Mi empleador siempre es cortés, y no espero nada más.

—¡Y la niña, mi alumna!

—Es la pupila del señor Rochester; él me encargó que le encontrara una institutriz. Tenía la intención de que se criara en ...shire, creo. Aquí viene, con su «bonne», como llama a su nodriza. —El enigma entonces se explicó: esta afable y amable viudita no era una gran dama, sino una dependiente como yo. No me cayó peor por eso; al contrario, me sentí más complacida que nunca. La igualdad entre ella y yo era real; no el mero resultado de la condescendencia por su parte. Mucho mejor, mi posición era mucho más libre.

Mientras meditaba sobre este descubrimiento, una niña pequeña, seguida de su acompañante, llegó corriendo por el césped. Miré a mi alumna, que al principio no pareció fijarse en mí. Era toda una niña, quizás de siete u ocho años, de constitución delgada, con un rostro pálido de rasgos pequeños y una abundancia de cabello que le caía en rizos hasta la cintura.

—Buenos días, señorita Adela —dijo la señora Fairfax—. Venga a hablar con la dama que le va a enseñar y a hacer de usted una mujer inteligente algún día. —Se acercó.

—¡C'est là ma gouvernante! —dijo, señalándome y dirigiéndose a su nodriza; quien respondió:

—Mais oui, certainement.

—¿Son extranjeras? —inquirí, asombrada de oír el idioma francés.

—La nodriza es extranjera, y Adela nació en el Continente; y, creo, nunca lo abandonó hasta hace unos seis meses. Cuando llegó aquí por primera vez no hablaba nada de inglés; ahora se las arregla para hablarlo un poco. No la entiendo, lo mezcla tanto con el francés; pero usted entenderá su significado muy bien, me atrevo a decir.

Afortunadamente, yo había tenido la ventaja de que una dama francesa me enseñara francés; y como siempre me había esmerado

en conversar con Madame Pierrot tan a menudo como podía, y además, durante los últimos siete años, había aprendido de memoria una porción de francés diariamente —aplicándome a esmerarme en mi acento e imitando lo más fielmente posible la pronunciación de mi maestra—, había adquirido un cierto grado de soltura y corrección en el idioma, y no era probable que me encontrara muy perdida con Mademoiselle Adela. Se acercó y me dio la mano cuando oyó que yo era su institutriz; y mientras la conducía al desayuno, le dirigí algunas frases en su propia lengua. Al principio respondió brevemente, pero después de que nos sentamos a la mesa, y me hubo examinado unos diez minutos con sus grandes ojos avellana, de repente comenzó a parlotear fluidamente.

—¡Ah! —exclamó, en francés—, usted habla mi idioma tan bien como el señor Rochester. Puedo hablar con usted como puedo con él, y también Sophie. Ella se alegrará; nadie aquí la entiende. Madame Fairfax es toda inglesa. Sophie es mi nodriza; vino conmigo a través del mar en un gran barco con una chimenea que echaba humo, ¡cómo echaba humo! Y yo me mareé, y también Sophie, y también el señor Rochester. El señor Rochester se tumbó en un sofá en una bonita habitación llamada el salón, y Sophie y yo teníamos pequeñas camas en otro lugar. Casi me caigo de la mía; era como un estante. Y Mademoiselle, ¿cuál es su nombre?

—Eyre, Jane Eyre.

—¿Aire? ¡Bah! No puedo decirlo. Bueno, nuestro barco se detuvo por la mañana, antes de que amaneciera del todo, en una gran ciudad, una ciudad enorme, con casas muy oscuras y todo lleno de humo; nada que ver con la bonita y limpia ciudad de la que venía. Y el señor Rochester me llevó en brazos por una plancha hasta tierra, y Sophie vino detrás, y todos nos metimos en un coche, que nos llevó a una hermosa casa grande, más grande que esta y más fina, llamada un hotel. Nos quedamos allí casi una semana. Sophie y yo solíamos pasear todos los días por un gran lugar verde lleno de árboles, llamado el Parque; y había muchos niños allí además de mí, y un estanque con pájaros preciosos a los que daba de comer migas.

—¿La entiende cuando habla tan rápido? —preguntó la señora Fairfax.

La entendía muy bien, pues estaba acostumbrada a la lengua fluida de Madame Pierrot.

—Desearía —continuó la buena dama— que le hiciera una o dos preguntas sobre sus padres. Me pregunto si los recuerda.

—Adèle —inquirí—, ¿con quién vivías cuando estabas en esa bonita y limpia ciudad de la que hablabas?

—Viví hace mucho tiempo con mamá; pero se ha ido con la Santísima Virgen. Mamá solía enseñarme a bailar y a cantar, y a recitar versos. Venían muchos señores y señoras a ver a mamá, y yo solía bailar delante de ellos, o sentarme en sus rodillas y cantarles. Me gustaba. ¿Quiere que le cante ahora?

Había terminado su desayuno, así que le permití que diera una muestra de sus habilidades. Descendiendo de su silla, vino y se colocó en mi regazo; luego, juntando sus manitas recatadamente ante sí, echando hacia atrás sus rizos y levantando los ojos al techo, comenzó a cantar una canción de alguna ópera. Era la melodía de una dama abandonada que, tras lamentar la perfidia de su amante, llama al orgullo en su ayuda; desea que su doncella la adorne con sus joyas más brillantes y sus ropas más ricas, y resuelve encontrarse con el falso esa noche en un baile y demostrarle, por la alegría de su comportamiento, lo poco que su abandono la ha afectado.

El tema parecía extrañamente elegido para una cantante infantil; pero supongo que el punto de la exhibición residía en oír las notas de amor y celos gorjeadas con el ceceo de la infancia; y de muy mal gusto era ese punto, al menos así lo pensé.

Adèle cantó la canzonetta con bastante afinación y con la naïveté de su edad. Logrado esto, saltó de mi regazo y dijo:

—Ahora, Mademoiselle, le recitaré un poco de poesía.

Asumiendo una actitud, comenzó: «La Ligue des Rats, fábula de La Fontaine». Luego declamó la pequeña pieza con una atención a la puntuación y el énfasis, una flexibilidad de voz y una adecuación de gestos, muy inusuales ciertamente a su edad, y que demostraban que había sido cuidadosamente entrenada.

—¿Fue tu mamá quien te enseñó esa pieza? —pregunté.

—Sí, y solía decirla así: «Qu'avez-vous donc? lui dit un de ces rats; parlez!». Me hacía levantar la mano —así— para recordarme que debía alzar la voz en la pregunta. ¿Ahora bailo para usted?

—No, con eso basta. Pero después de que tu mamá se fuera con la Santísima Virgen, como dices, ¿con quién viviste entonces?

—Con Madame Frédéric y su marido. Ella me cuidó, pero no es pariente mía. Creo que es pobre, porque no tenía una casa tan bonita como mamá. No estuve mucho tiempo allí. El señor Rochester me preguntó si me gustaría ir a vivir con él a Inglaterra, y yo dije que sí; porque conocía al señor Rochester antes de conocer a Madame Frédéric, y siempre fue amable conmigo y me regaló vestidos y juguetes bonitos. Pero ya ve, no ha cumplido su palabra, porque me ha traído a Inglaterra y ahora él mismo ha vuelto a marcharse, y nunca lo veo.

Después del desayuno, Adèle y yo nos retiramos a la biblioteca, habitación que, al parecer, el señor Rochester había indicado que se usara como aula. La mayoría de los libros estaban encerrados tras puertas de cristal; pero había una estantería abierta que contenía todo lo que se podía necesitar en cuanto a obras elementales, y varios volúmenes de literatura ligera, poesía, biografía, viajes, algunas novelas, etc. Supongo que había considerado que esto era todo lo que la institutriz necesitaría para su lectura privada; y, de hecho, me contentaron ampliamente por el momento. Comparado con las escasas migajas que de vez en cuando había podido recoger en Lowood, parecían ofrecer una abundante cosecha de entretenimiento e información. En esta habitación, también, había

un piano de gabinete, completamente nuevo y de tono superior; también un caballete para pintar y un par de globos terráqueos.

Encontré a mi alumna suficientemente dócil, aunque poco inclinada a aplicarse. No estaba acostumbrada a la ocupación regular de ningún tipo. Sentí que sería imprudente confinarla demasiado al principio; así que, cuando hube hablado mucho con ella y conseguido que aprendiera un poco, y cuando la mañana había avanzado hasta el mediodía, le permití volver con su nodriza. Propuse entonces ocuparme hasta la hora de la cena en dibujar algunos pequeños bocetos para su uso.

Mientras subía las escaleras para buscar mi portafolio y mis lápices, la señora Fairfax me llamó.

—Sus horas de clase de la mañana han terminado ya, supongo —dijo. Estaba en una habitación cuyas puertas plegables estaban abiertas. Entré cuando se dirigió a mí. Era un apartamento grande y majestuoso, con sillas y cortinas púrpuras, una alfombra turca, paredes con paneles de nogal, una vasta ventana rica en vidrieras y un techo elevado, noblemente moldeado. La señora Fairfax estaba quitando el polvo a unos jarrones de fino espato púrpura, que estaban sobre un aparador.

—¡Qué habitación tan hermosa! —exclamé, mientras miraba a mi alrededor; pues nunca antes había visto ninguna ni la mitad de imponente.

—Sí; este es el comedor. Acabo de abrir la ventana para que entre un poco de aire y de sol; pues todo se humedece tanto en los apartamentos que rara vez se habitan. El salón de allá parece una cripta.

Señaló un amplio arco correspondiente a la ventana, y colgado como ella con una cortina teñida de púrpura de Tiro, ahora recogida. Subiendo a él por dos anchos escalones y mirando a través, creí vislumbrar un lugar de hadas, tan brillante pareció a mis ojos de novicia la vista más allá. Sin embargo, era simplemente un salón muy bonito, y dentro de él un tocador, ambos cubiertos con

alfombras blancas, sobre las que parecían yacer brillantes guirnaldas de flores; ambos con techos de molduras níveas de uvas blancas y hojas de vid, bajo las cuales brillaban en rico contraste sofás y pufs carmesí; mientras que los adornos de la pálida repisa de mármol de Paros eran de cristal de Bohemia centelleante, rojo rubí; y entre las ventanas, grandes espejos repetían la mezcla general de nieve y fuego.

—¡En qué orden mantiene estas habitaciones, señora Fairfax! —dije—. Ni polvo, ni fundas de lona. Excepto que el aire se siente frío, uno pensaría que están habitadas a diario.

—Bueno, señorita Eyre, aunque las visitas del señor Rochester aquí son raras, siempre son repentinas e inesperadas; y como observé que le molestaba encontrar todo envuelto, y tener un ajetreo de arreglos a su llegada, pensé que era mejor mantener las habitaciones listas.

—¿Es el señor Rochester un hombre exigente y quisquilloso?

—No particularmente; pero tiene los gustos y hábitos de un caballero, y espera que las cosas se manejen de acuerdo con ellos.

—¿Le cae bien a usted? ¿Es generalmente apreciado?

—Oh, sí; la familia siempre ha sido respetada aquí. Casi todas las tierras de esta vecindad, hasta donde alcanza la vista, han pertenecido a los Rochester desde tiempos inmemoriales.

—Bueno, pero, dejando de lado sus tierras, ¿le cae bien a usted? ¿Es apreciado por sí mismo?

—No tengo motivos para que no me caiga bien; y creo que sus inquilinos lo consideran un terrateniente justo y liberal, pero nunca ha vivido mucho entre ellos.

—¿Pero no tiene peculiaridades? En resumen, ¿cuál es su carácter?

—¡Oh! Su carácter es intachable, supongo. Es bastante peculiar, quizás. Ha viajado mucho y ha visto mucho mundo, creo yo. Me

atrevo a decir que es inteligente, pero nunca he tenido mucha conversación con él.

—¿En qué sentido es peculiar?

—No sé, no es fácil de describir. Nada llamativo, pero lo sientes cuando te habla; nunca puedes estar segura de si está bromeando o hablando en serio, si está complacido o lo contrario. No lo entiendes del todo, en resumen, al menos yo no. Pero no tiene importancia, es un muy buen amo.

Este fue todo el relato que obtuve de la señora Fairfax sobre su empleador y el mío. Hay personas que parecen no tener noción de esbozar un carácter, o de observar y describir puntos sobresalientes, ya sea en personas o en cosas. La buena dama evidentemente pertenecía a esta clase; mis preguntas la desconcertaban, pero no la hacían hablar. El señor Rochester era el señor Rochester a sus ojos; un caballero, un terrateniente, nada más. Ella no inquiría ni buscaba más allá, y evidentemente se maravillaba de mi deseo de obtener una noción más definida de su identidad.

Cuando salimos del comedor, me propuso mostrarme el resto de la casa; y la seguí escaleras arriba y abajo, admirando a medida que avanzaba, pues todo estaba bien dispuesto y era hermoso. Las grandes cámaras del frente me parecieron especialmente grandiosas, y algunas de las habitaciones del tercer piso, aunque oscuras y bajas, eran interesantes por su aire de antigüedad. Los muebles que una vez pertenecieron a los apartamentos inferiores habían sido trasladados aquí de vez en cuando, a medida que cambiaban las modas; y la luz imperfecta que entraba por sus estrechas ventanas mostraba lechos de cien años de antigüedad; arcones de roble o nogal, que parecían, con sus extrañas tallas de ramas de palma y cabezas de querubines, tipos del arca hebrea; filas de sillas venerables, de respaldo alto y estrechas; taburetes aún más anticuados, en cuyos asientos acolchados aún se apreciaban rastros de bordados medio borrados, realizados por dedos que durante dos generaciones habían sido polvo de ataúd. Todas estas reliquias daban al tercer piso de Thornfield Hall el aspecto de un hogar del

pasado, un santuario de la memoria. Me gustaba el silencio, la penumbra, la singularidad de estos retiros durante el día; pero de ninguna manera codiciaba el reposo de una noche en una de esas camas anchas y pesadas, encerradas, algunas de ellas, con puertas de roble; sombreadas, otras, con antiguos cortinajes ingleses labrados, incrustados de grueso trabajo, que representaban efigies de flores extrañas, y pájaros más extraños, y seres humanos extrañísimos, todo lo cual habría parecido extraño, en verdad, bajo el pálido resplandor de la luna.

—¿Duermen los criados en estas habitaciones? —pregunté.

—No; ocupan una serie de apartamentos más pequeños en la parte trasera. Nadie duerme nunca aquí. Casi se diría que, si hubiera un fantasma en Thornfield Hall, este sería su refugio.

—Eso pienso yo. ¿No tienen ningún fantasma, entonces?

—Ninguno del que yo haya oído hablar —respondió la señora Fairfax, sonriendo.

—¿Ni tradiciones de uno? ¿Ni leyendas o historias de fantasmas?

—Creo que no. Y sin embargo, se dice que los Rochester han sido una estirpe más bien violenta que tranquila en su tiempo. Quizás, sin embargo, esa sea la razón por la que ahora descansan tranquilamente en sus tumbas.

—Sí... «tras la febril fiebre de la vida, duermen bien» —murmuré —. ¿Adónde va ahora, señora Fairfax? —pues se estaba alejando.

—A la azotea; ¿quiere venir a ver la vista desde allí? —La seguí, subiendo por una escalera muy estrecha hasta los desvanes, y de allí por una escalerilla y a través de una trampilla hasta el tejado de la mansión. Estaba ahora al nivel de la colonia de grajas y podía ver sus nidos. Inclinándome sobre las almenas y mirando muy abajo, examiné los terrenos dispuestos como un mapa: el césped brillante y aterciopelado que ceñía estrechamente la base gris de la mansión; el campo, ancho como un parque, salpicado de sus antiguos árboles; el bosque, pardo y seco, dividido por un sendero visiblemente cubierto

de maleza, más verde de musgo que los árboles de follaje; la iglesia junto a las verjas, el camino, las tranquilas colinas, todo reposando bajo el sol del día de otoño; el horizonte limitado por un cielo propicio, azul, veteado de blanco nacarado. Ningún rasgo de la escena era extraordinario, pero todo era agradable. Cuando me aparté de ella y volví a pasar por la trampilla, apenas podía ver el camino para bajar por la escalerilla; el desván parecía negro como una cripta en comparación con aquel arco de aire azul al que había estado mirando, y a aquella escena iluminada por el sol de arboleda, pastizal y verde colina, de la que la mansión era el centro, y sobre la cual había estado contemplando con deleite.

La señora Fairfax se quedó atrás un momento para cerrar la trampilla; yo, a fuerza de tantear, encontré la salida del desván y procedí a descender la estrecha escalera del ático. Me detuve en el largo pasillo al que esta conducía, que separaba las habitaciones delanteras y traseras del tercer piso. Estrecho, bajo y oscuro, con solo una pequeña ventana en el extremo más alejado, y que parecía, con sus dos hileras de pequeñas puertas negras todas cerradas, un corredor en algún castillo de Barba Azul.

Mientras caminaba suavemente, el último sonido que esperaba oír en una región tan silenciosa, una risa, hirió mi oído. Era una risa curiosa; nítida, formal, sin alegría. Me detuve. El sonido cesó, solo por un instante; comenzó de nuevo, más fuerte, pues al principio, aunque nítido, era muy bajo. Se desvaneció en una carcajada clamorosa que pareció despertar un eco en cada cámara solitaria; aunque se originó solo en una, y podría haber señalado la puerta de donde provenían los acentos.

—¡Señora Fairfax! —grité, pues la oía ahora descender la gran escalera—. ¿Oyó esa fuerte risa? ¿Quién es?

—Alguno de los criados, muy probablemente —respondió—. Quizás Grace Poole.

—¿La oyó usted? —inquirí de nuevo.

—Sí, claramente. La oigo a menudo. Cose en una de estas habitaciones. A veces Leah está con ella; con frecuencia hacen ruido juntas.

La risa se repitió en su tono bajo y silábico, y terminó en un extraño murmullo.

—¡Grace! —exclamó la señora Fairfax.

Realmente no esperaba que ninguna Grace respondiera, pues la risa era tan trágica, tan preternatural como ninguna que hubiera oído jamás; y, de no ser porque era pleno mediodía y que ninguna circunstancia fantasmagórica acompañaba la curiosa carcajada; de no ser porque ni la escena ni la estación favorecían el miedo, habría estado supersticiosamente asustada. Sin embargo, el acontecimiento me demostró que era una tonta por albergar siquiera una sensación de sorpresa.

La puerta más cercana a mí se abrió y salió una sirvienta, una mujer de entre treinta y cuarenta años; una figura fornida, cuadrada, pelirroja y con un rostro duro y corriente. Difícilmente podría concebirse una aparición menos romántica o menos fantasmal.

—Demasiado ruido, Grace —dijo la señora Fairfax—. ¡Recuerda las instrucciones! —Grace hizo una reverencia en silencio y entró.

—Es una persona que tenemos para coser y ayudar a Leah en sus labores de doncella —continuó la viuda—; no del todo irreprochable en algunos puntos, pero se las arregla bastante bien. Por cierto, ¿cómo le ha ido con su nueva alumna esta mañana?

La conversación, así desviada hacia Adèle, continuó hasta que llegamos a la región luminosa y alegre de abajo. Adèle vino corriendo a nuestro encuentro en el vestíbulo, exclamando:

—Mesdames, vous êtes servies! —y añadiendo—: J'ai bien faim, moi!

Encontramos la cena lista y esperándonos en la habitación de la señora Fairfax.

Capítulo XII

La promesa de una carrera tranquila, que mi primera y serena introducción a Thornfield Hall parecía augurar, no fue desmentida por un conocimiento más prolongado del lugar y sus habitantes. La señora Fairfax resultó ser lo que aparentaba: una mujer de temperamento plácido y naturaleza amable, de educación competente e inteligencia media. Mi alumna era una niña vivaz, que había sido mimada y consentida y, por lo tanto, a veces era caprichosa; pero como estaba enteramente confiada a mi cuidado, y ninguna interferencia indiscreta de ninguna parte frustraba mis planes para su mejora, pronto olvidó sus pequeños caprichos y se volvió obediente y dócil. No tenía grandes talentos, ni rasgos de carácter marcados, ni un desarrollo peculiar de sentimientos o gustos que la elevaran una pulgada por encima del nivel ordinario de la infancia; pero tampoco tenía ninguna deficiencia o vicio que la hundiera por debajo de él. Hacía progresos razonables, sentía por mí un afecto vivaz, aunque quizás no muy profundo; y con su simplicidad, su alegre parloteo y sus esfuerzos por complacer, me inspiró, a cambio, un grado de apego suficiente para que ambas estuviéramos contentas en la compañía de la otra.

Esto, par parenthèse, será considerado un lenguaje frío por personas que sostienen doctrinas solemnes sobre la naturaleza angelical de los niños y el deber de quienes están a cargo de su educación de concebir por ellos una devoción idólatra. Pero no estoy escribiendo para halagar el egoísmo paternal, para hacer eco de la hipocresía o para apuntalar el embuste; simplemente estoy diciendo la verdad. Sentía una solicitud concienzuda por el bienestar y el progreso de Adèle, y un afecto tranquilo por su pequeña persona; así como albergaba hacia la señora Fairfax una gratitud por su amabilidad y un placer en su compañía proporcionales al tranquilo

aprecio que ella tenía por mí y a la moderación de su mente y su carácter.

Cualquiera puede culparme si quiere, cuando añado además que, de vez en cuando, cuando daba un paseo sola por los terrenos; cuando bajaba a las verjas y miraba a través de ellas a lo largo del camino; o cuando, mientras Adèle jugaba con su nodriza y la señora Fairfax preparaba jaleas en la despensa, subía las tres escaleras, levantaba la trampilla del desván y, habiendo llegado a la azotea, miraba a lo lejos sobre campos y colinas apartados y a lo largo de la tenue línea del horizonte; que entonces anhelaba un poder de visión que pudiera sobrepasar ese límite, que pudiera alcanzar el mundo bullicioso, las ciudades, las regiones llenas de vida de las que había oído hablar pero que nunca había visto; que entonces deseaba más experiencia práctica de la que poseía, más trato con mis semejantes, más conocimiento de la variedad de caracteres de lo que aquí estaba a mi alcance. Valoraba lo que era bueno en la señora Fairfax y lo que era bueno en Adèle; pero creía en la existencia de otros tipos de bondad más vívidos, y lo que creía, deseaba contemplarlo.

¿Quién me culpa? Muchos, sin duda; y se me llamará descontenta. No podía evitarlo; la inquietud estaba en mi naturaleza; a veces me agitaba hasta el dolor. Entonces mi único alivio era caminar por el corredor del tercer piso, de un lado a otro, segura en el silencio y la soledad del lugar, y permitir que el ojo de mi mente se detuviera en cualquier visión brillante que se presentara ante él —y, ciertamente, eran muchas y resplandecientes—; dejar que mi corazón se hinchara con el movimiento exultante que, mientras lo henchía de zozobra, lo expandía de vida; y, lo mejor de todo, abrir mi oído interno a un cuento que nunca terminaba, un cuento que mi imaginación creaba y narraba continuamente, avivado con todos los incidentes, la vida, el fuego, el sentimiento, que yo deseaba y no tenía en mi existencia real.

Es en vano decir que los seres humanos deberían estar satisfechos con la tranquilidad; necesitan acción, y la crearán si no pueden encontrarla. Millones están condenados a un destino más tranquilo

que el mío, y millones están en silenciosa revuelta contra su suerte. Nadie sabe cuántas rebeliones, además de las rebeliones políticas, fermentan en las masas de vida que pueblan la tierra. Se supone que las mujeres son muy tranquilas en general, pero las mujeres sienten exactamente como sienten los hombres; necesitan ejercicio para sus facultades y un campo para sus esfuerzos, tanto como sus hermanos; sufren de una restricción demasiado rígida, de un estancamiento demasiado absoluto, precisamente como sufrirían los hombres; y es de mente estrecha por parte de sus semejantes más privilegiados decir que deberían limitarse a hacer postres y tejer medias, a tocar el piano y bordar bolsos. Es desconsiderado condenarlas o reírse de ellas si buscan hacer más o aprender más de lo que la costumbre ha dictaminado como necesario para su sexo.

Cuando estaba así sola, no con poca frecuencia oía la risa de Grace Poole: la misma carcajada, el mismo bajo y lento ¡ja! ¡ja! que, la primera vez que lo oí, me había estremecido. Oía también sus murmullos excéntricos, más extraños que su risa. Había días en que estaba completamente en silencio; pero había otros en que no podía explicar los sonidos que hacía. A veces la veía: salía de su habitación con una jofaina, o un plato, o una bandeja en la mano, bajaba a la cocina y volvía en breve, generalmente (¡oh, lector romántico, perdóname por decir la pura verdad!) llevando una jarra de cerveza negra. Su apariencia siempre actuaba como un jarro de agua fría para la curiosidad despertada por sus rarezas orales: de rasgos duros y ademanes serios, no tenía ningún punto al que el interés pudiera aferrarse. Hice algunos intentos de entablar conversación con ella, pero parecía una persona de pocas palabras; una respuesta monosilábica solía cortar de raíz todo esfuerzo de ese tipo.

Los otros miembros de la casa, a saber, John y su esposa, Leah la doncella y Sophie la nodriza francesa, eran gente decente, pero en ningún aspecto notable. Con Sophie solía hablar en francés, y a veces le hacía preguntas sobre su país natal; pero no tenía un talante descriptivo o narrativo, y generalmente daba respuestas tan insípidas y confusas que estaban calculadas más para desalentar que para fomentar la indagación.

Octubre, noviembre, diciembre pasaron. Una tarde de enero, la señora Fairfax había pedido un día festivo para Adèle, porque tenía un resfriado; y, como Adèle secundó la petición con un ardor que me recordó lo preciosos que habían sido para mí los días festivos ocasionales en mi propia infancia, se lo concedí, considerando que hacía bien en mostrar flexibilidad en ese punto. Era un día bueno y tranquilo, aunque muy frío; estaba cansada de estar sentada quieta en la biblioteca durante toda una larga mañana. La señora Fairfax acababa de escribir una carta que esperaba ser enviada, así que me puse mi gorro y mi capa y me ofrecí voluntaria para llevarla a Hay; la distancia, dos millas, sería un agradable paseo de tarde de invierno. Habiendo visto a Adèle cómodamente sentada en su sillita junto al fuego del salón de la señora Fairfax, y habiéndole dado su mejor muñeca de cera (que yo solía guardar envuelta en papel de plata en un cajón) para que jugara, y un libro de cuentos para cambiar de diversión; y habiendo respondido a su «Revenez bientôt, ma bonne amie, ma chère Mdlle. Jeannette» con un beso, partí.

El suelo estaba duro, el aire quieto, mi camino solitario. Caminé rápido hasta que entré en calor, y luego caminé lentamente para disfrutar y analizar la especie de placer que me esperaba en la hora y la situación. Eran las tres; la campana de la iglesia sonó mientras pasaba bajo el campanario. El encanto de la hora residía en su creciente penumbra, en el sol que se deslizaba bajo y brillaba pálidamente. Estaba a una milla de Thornfield, en un sendero conocido por sus rosas silvestres en verano, por sus nueces y moras en otoño, y que incluso ahora poseía algunos tesoros de coral en escaramujos y majuelas, pero cuyo mejor deleite invernal residía en su absoluta soledad y su reposo sin hojas. Si una ráfaga de aire se movía, no hacía ruido aquí; pues no había ni un acebo, ni un árbol de hoja perenne que susurrara, y los espinos y avellanos desnudos estaban tan quietos como las piedras blancas y gastadas que empedraban el centro del camino. A lo largo y ancho, a cada lado, solo había campos, donde ahora no pastaba ganado; y los pajarillos marrones, que se agitaban ocasionalmente en el seto, parecían hojas solitarias y rojizas que habían olvidado caer.

Este sendero ascendía cuesta arriba todo el camino hasta Hay. Habiendo llegado a la mitad, me senté en una estela que conducía desde allí a un campo. Recogiendo mi manto a mi alrededor y resguardando mis manos en mi manguito, no sentí el frío, aunque helaba intensamente, como lo atestiguaba una capa de hielo que cubría el empedrado, donde un arroyuelo, ahora congelado, se había desbordado tras un rápido deshielo hacía unos días. Desde mi asiento podía mirar hacia abajo a Thornfield: la mansión gris y almenada era el objeto principal en el valle de abajo; sus bosques y su oscura grajera se alzaban contra el oeste. Me demoré hasta que el sol se puso entre los árboles y se hundió carmesí y claro tras ellos. Entonces me volví hacia el este.

En la cima de la colina sobre mí se sentaba la luna creciente; pálida aún como una nube, pero brillando momentáneamente, miraba sobre Hay, que, medio perdido entre los árboles, enviaba un humo azul desde sus pocas chimeneas. Todavía estaba a una milla de distancia, pero en el silencio absoluto podía oír claramente sus tenues murmullos de vida. Mi oído, también, sentía el fluir de las corrientes; en qué valles y profundidades no podría decirlo, pero había muchas colinas más allá de Hay, y sin duda muchos arroyos surcando sus pasos. Aquella calma vespertina delataba por igual el tintineo de los arroyos más cercanos, el susurro de los más remotos.

Un ruido rudo rompió estas finas ondulaciones y susurros, a la vez tan lejanos y tan claros: un decidido traqueteo, un resonar metálico que borraba las suaves divagaciones de las olas; como, en un cuadro, la masa sólida de un peñasco, o los troncos ásperos de un gran roble, dibujados en oscuro y fuerte en el primer plano, borran la distancia etérea de la colina azul, el horizonte soleado y las nubes mezcladas donde el tinte se funde con el tinte.

El estruendo estaba en el empedrado: un caballo se acercaba; las curvas del sendero aún lo ocultaban, pero se aproximaba. Estaba a punto de dejar la estela; sin embargo, como el camino era estrecho, me quedé sentada para dejarlo pasar. En aquellos días yo era joven, y toda clase de fantasías, brillantes y oscuras, habitaban mi mente.

Los recuerdos de los cuentos de la nursery estaban allí entre otras basuras; y cuando volvían, la juventud madura les añadía un vigor y una viveza más allá de lo que la infancia podía dar. Mientras este caballo se acercaba, y mientras yo esperaba que apareciera a través del crepúsculo, recordé ciertos cuentos de Bessie, en los que figuraba un espíritu del norte de Inglaterra llamado «Gytrash», que, en forma de caballo, mula o perro grande, rondaba los caminos solitarios y a veces se encontraba con viajeros rezagados, como este caballo se encontraba ahora conmigo.

Estaba muy cerca, pero aún no a la vista; cuando, además del traqueteo, oí un ruido bajo el seto, y junto a los tallos de avellano se deslizó un gran perro, cuyo color blanco y negro lo convertía en un objeto nítido contra los árboles. Era exactamente una de las formas del Gytrash de Bessie: una criatura leonina con pelo largo y una cabeza enorme. Pasó a mi lado, sin embargo, con bastante tranquilidad; sin detenerse a mirarme a la cara con extraños ojos pretercaninos, como yo medio esperaba que hiciera. El caballo lo siguió, un corcel alto, y en su lomo un jinete. El hombre, el ser humano, rompió el hechizo al instante. Nada montaba nunca al Gytrash; siempre estaba solo. Y los duendes, según mis nociones, aunque pudieran habitar los cuerpos mudos de las bestias, difícilmente podrían codiciar refugio en la forma humana corriente. No era un Gytrash, solo un viajero que tomaba el atajo hacia Millcote. Pasó, y yo seguí adelante; unos pocos pasos, y me volví: un sonido de deslizamiento y una exclamación de «¿Qué diablos pasa ahora?» y una caída estrepitosa captaron mi atención. Hombre y caballo estaban en el suelo; se habían resbalado en la placa de hielo que cubría el empedrado. El perro regresó saltando y, viendo a su amo en un aprieto y oyendo al caballo gemir, ladró hasta que las colinas vespertinas hicieron eco del sonido, que era profundo en proporción a su magnitud. Husmeó alrededor del grupo postrado y luego corrió hacia mí; era todo lo que podía hacer, no había otra ayuda a mano para convocar. Le obedecí y me acerqué al viajero, que para entonces se estaba liberando de su montura. Sus esfuerzos

eran tan vigorosos que pensé que no podría estar muy herido; pero le hice la pregunta:

—¿Está usted herido, señor?

Creo que estaba maldiciendo, pero no estoy segura; sin embargo, estaba pronunciando alguna fórmula que le impidió responderme directamente.

—¿Puedo hacer algo? —pregunté de nuevo.

—Apártese a un lado —respondió mientras se levantaba, primero sobre las rodillas y luego sobre los pies. Lo hice; entonces comenzó un proceso de forcejeo, pataleo y resonar, acompañado de un ladrido y un aullido que me alejó eficazmente unos metros; pero no me dejaría ahuyentar del todo hasta ver el resultado. Este fue finalmente afortunado; el caballo se restableció y el perro fue silenciado con un «¡Abajo, Pilot!». El viajero ahora, agachándose, se palpó el pie y la pierna, como para comprobar si estaban sanos. Aparentemente, algo les dolía, pues cojeó hasta la estela de la que yo acababa de levantarme y se sentó.

Estaba de humor para ser útil, o al menos oficiosa, creo, pues ahora me acerqué de nuevo a él.

—Si está herido y necesita ayuda, señor, puedo ir a buscar a alguien de Thornfield Hall o de Hay.

—Gracias, me las arreglaré. No tengo huesos rotos, solo un esguince. —Y de nuevo se levantó e intentó apoyar el pie, pero el resultado le arrancó un involuntario «¡Ugh!».

Todavía quedaba algo de luz del día, y la luna crecía brillante; podía verlo claramente. Su figura estaba envuelta en una capa de montar, con cuello de piel y broches de acero; sus detalles no eran aparentes, pero tracé los puntos generales de una estatura media y una considerable anchura de pecho. Tenía un rostro oscuro, con rasgos severos y una frente pesada; sus ojos y sus cejas fruncidas parecían iracundos y frustrados en ese momento. Había pasado la juventud, pero no había llegado a la mediana edad; quizás tendría

unos treinta y cinco años. No sentí miedo de él, y sí muy poca timidez. Si hubiera sido un joven apuesto y de aspecto heroico, no me habría atrevido a quedarme así, interrogándolo contra su voluntad y ofreciéndole mis servicios sin que me los pidieran. Apenas había visto nunca a un joven apuesto; nunca en mi vida había hablado con uno. Tenía una reverencia y un homenaje teóricos por la belleza, la elegancia, la galantería, la fascinación; pero si hubiera encontrado esas cualidades encarnadas en forma masculina, habría sabido instintivamente que no tenían ni podían tener simpatía con nada en mí, y las habría rehuido como se rehúye el fuego, el rayo o cualquier otra cosa que sea brillante pero antipática.

Incluso si este extraño me hubiera sonreído y se hubiera mostrado de buen humor conmigo cuando me dirigí a él; si hubiera rechazado mi oferta de ayuda alegremente y con agradecimiento, habría seguido mi camino y no habría sentido ninguna vocación de renovar mis preguntas. Pero el ceño fruncido, la rudeza del viajero, me tranquilizaron. Mantuve mi puesto cuando me hizo un gesto para que me fuera, y anuncié:

—No puedo pensar en dejarlo, señor, a una hora tan tardía, en este sendero solitario, hasta que vea que está en condiciones de montar su caballo.

Me miró cuando dije esto; apenas había vuelto sus ojos en mi dirección antes.

—Yo pensaría que usted misma debería estar en casa —dijo—, si tiene un hogar en esta vecindad. ¿De dónde viene?

—De justo aquí abajo; y no tengo ningún miedo de estar fuera hasta tarde cuando hay luna. Correré a Hay por usted con mucho gusto, si lo desea; de hecho, voy allí a echar una carta.

—Vive justo aquí abajo, ¿se refiere a esa casa con las almenas? —dijo, señalando Thornfield Hall, sobre la cual la luna arrojaba un brillo canoso, destacándola nítida y pálida de los bosques que, en contraste con el cielo occidental, ahora parecían una masa de sombra.

—Sí, señor.

—¿De quién es la casa?

—Del señor Rochester.

—¿Conoce al señor Rochester?

—No, nunca lo he visto.

—¿No reside aquí, entonces?

—No.

—¿Puede decirme dónde está?

—No puedo.

—No es usted una sirvienta de la mansión, por supuesto. Usted es... —Se detuvo, recorrió con la vista mi vestido, que, como de costumbre, era bastante sencillo: una capa de merino negro, un gorro de castor negro; ninguno de los dos ni la mitad de fino para una doncella. Parecía perplejo para decidir qué era yo; le ayudé.

—Soy la institutriz.

—¡Ah, la institutriz! —repitió—. ¡Que me parta un rayo, si no lo había olvidado! ¡La institutriz! —Y de nuevo mi atuendo fue sometido a escrutinio. En dos minutos se levantó de la estela. Su rostro expresó dolor cuando intentó moverse.

—No puedo encargarle que vaya a buscar ayuda —dijo—; pero puede ayudarme un poco usted misma, si es tan amable.

—Sí, señor.

—¿No tiene un paraguas que pueda usar como bastón?

—No.

—Intente sujetar la brida de mi caballo y tráigamelo. ¿No tiene miedo?

Habría tenido miedo de tocar un caballo estando sola, pero cuando se me ordenó hacerlo, estaba dispuesta a obedecer. Dejé mi

manguito en la estela y me acerqué al alto corcel. Intenté coger la brida, pero era un animal brioso y no me dejaba acercarme a su cabeza. Hice esfuerzo tras esfuerzo, aunque en vano. Mientras tanto, tenía un miedo mortal de sus patas delanteras. El viajero esperó y observó durante un tiempo, y al final se rio.



—Ya veo —dijo—, si la montaña no viene a Mahoma, todo lo que se puede hacer es ayudar a Mahoma a ir a la montaña; debo rogarle que venga aquí.

Me acerqué.

—Discúlpeme —continuó—; la necesidad me obliga a hacerla útil. —Apoyó una mano pesada en mi hombro y, apoyándose en mí con cierta fuerza, cojeó hasta su caballo. Una vez que agarró la brida, la dominó directamente y saltó a la silla, haciendo una mueca sombría al hacer el esfuerzo, pues le retorció el esguince.

—Ahora —dijo, soltando su labio inferior de un fuerte mordisco—, páseme mi látigo; yace allí bajo el seto.

Lo busqué y lo encontré.

—Gracias; ahora dese prisa con la carta a Hay, y regrese tan rápido como pueda.

Un toque de un talón espoleado hizo que su caballo primero se encabritara y se irguiera, y luego se lanzara a galope; el perro se precipitó tras sus huellas; los tres se desvanecieron,

«Como el brezo que, en el páramo,

el viento salvaje se lleva».

Recogí mi manguito y seguí caminando. El incidente había ocurrido y se había ido para mí; era un incidente sin importancia, sin romance, sin interés en cierto sentido; sin embargo, marcó con un cambio una sola hora de una vida monótona. Mi ayuda había sido necesitada y reclamada; la había prestado. Me complacía haber hecho algo; por trivial y transitorio que fuera el acto, era, sin embargo, algo activo, y yo estaba cansada de una existencia totalmente pasiva. El nuevo rostro, también, era como un nuevo cuadro introducido en la galería de la memoria; y era diferente a todos los demás que colgaban allí: primero, porque era masculino; y, segundo, porque era oscuro, fuerte y severo. Todavía lo tenía ante mí cuando entré en Hay y eché la carta en la oficina de correos; lo vi mientras bajaba rápidamente la colina todo el camino a casa. Cuando llegué a la estela, me detuve un minuto, miré a mi alrededor y escuché, con la idea de que los cascos de un caballo pudieran volver a resonar en el empedrado, y que un jinete con capa y un perro terranova parecido a un Gytrash pudieran volver a aparecer. Vi solo el seto y un sauce desmochado ante mí, alzándose quietos y rectos para recibir los rayos de la luna; oí solo la más leve ráfaga de viento vagando intermitentemente entre los árboles alrededor de Thornfield, a una milla de distancia; y cuando miré hacia abajo en la dirección del murmullo, mi ojo, atravesando la fachada de la

mansión, captó una luz que se encendía en una ventana. Me recordó que llegaba tarde y me apresuré.

No me gustaba volver a entrar en Thornfield. Cruzar su umbral era volver al estancamiento; atravesar el silencioso vestíbulo, ascender la oscura escalera, buscar mi propia y solitaria habitación, y luego encontrarme con la tranquila señora Fairfax y pasar la larga tarde de invierno con ella, y solo con ella, era sofocar por completo la débil excitación despertada por mi paseo, volver a deslizar sobre mis facultades los grilletes invisibles de una existencia uniforme y demasiado quieta; de una existencia cuyos mismos privilegios de seguridad y comodidad me estaba volviendo incapaz de apreciar. ¡Qué bien me habría hecho en aquel momento haber sido zarandeada por las tormentas de una vida incierta y luchadora, y haber aprendido por una experiencia ruda y amarga a anhelar la calma en medio de la cual ahora me lamentaba! Sí, tanto bien como le haría a un hombre cansado de estar sentado en una «silla demasiado cómoda» dar un largo paseo; y tan natural era el deseo de moverse, en mis circunstancias, como lo sería en las suyas.

Me demoré en las verjas; me demoré en el césped; paseé de un lado a otro por el pavimento. Las contraventanas de la puerta de cristal estaban cerradas; no podía ver el interior. Y tanto mis ojos como mi espíritu parecían apartarse de la casa sombría —de la hondonada gris llena de celdas sin luz, como me parecía— hacia aquel cielo que se expandía ante mí, un mar azul absuelto de la mancha de las nubes; la luna ascendiendo por él en solemne marcha; su orbe parecía mirar hacia arriba mientras dejaba las cimas de las colinas, desde detrás de las cuales había venido, muy y más abajo de ella, y aspiraba al cénit, oscuro como la medianoche en su profundidad insondable y su distancia inconmensurable. Y en cuanto a esas estrellas temblorosas que seguían su curso, hicieron temblar mi corazón, encendieron mis venas cuando las vi. Las pequeñas cosas nos devuelven a la tierra; el reloj dio la hora en el vestíbulo; eso fue suficiente. Me aparté de la luna y las estrellas, abrí una puerta lateral y entré.

El vestíbulo no estaba oscuro, ni tampoco estaba iluminado solo por la lámpara de bronce que colgaba en lo alto; un cálido resplandor lo impregnaba tanto a él como a los escalones inferiores de la escalera de roble. Este brillo rojizo provenía del gran comedor, cuya puerta de dos hojas estaba abierta y mostraba un fuego agradable en la chimenea, que se reflejaba en el hogar de mármol y en los morillos de latón, y revelaba cortinajes púrpuras y muebles pulidos, con el más agradable resplandor. Revelaba, también, un grupo cerca de la repisa de la chimenea. Apenas lo había captado, y apenas me había dado cuenta de una alegre mezcla de voces, entre las cuales me pareció distinguir los tonos de Adèle, cuando la puerta se cerró.

Me apresuré a la habitación de la señora Fairfax; allí también había fuego, pero no había vela, ni tampoco la señora Fairfax. En su lugar, completamente solo, sentado erguido sobre la alfombra y contemplando con gravedad las llamas, vi a un gran perro de pelo largo, blanco y negro, exactamente igual que el Gytrash del sendero. Se parecía tanto que me adelanté y dije: «Pilot», y el animal se levantó, vino hacia mí y me olfateó. Lo acaricié y movió su gran cola; pero parecía una criatura misteriosa para estar a solas con ella, y no sabría decir de dónde había venido. Toqué la campanilla, pues quería una vela; y también quería que me dieran cuenta de este visitante. Leah entró.

—¿Qué perro es este?

—Vino con el amo.

—¿Con quién?

—Con el amo, el señor Rochester. Acaba de llegar.

—¡De veras! ¿Y la señora Fairfax está con él?

—Sí, y la señorita Adèle; están en el comedor, y John ha ido a buscar un cirujano, pues el amo ha tenido un accidente; su caballo se cayó y se ha torcido el tobillo.

—¿Se cayó el caballo en el sendero de Hay?

—Sí, bajando la colina; resbaló en un poco de hielo.

—¡Ah! Tráeme una vela, ¿quieres, Leah?

Leah la trajo; entró, seguida por la señora Fairfax, quien repitió la noticia, añadiendo que el señor Carter, el cirujano, había llegado y estaba ahora con el señor Rochester. Luego salió apresuradamente para dar órdenes sobre el té, y yo subí a quitarme mis cosas.

Capítulo XIII

El señor Rochester, al parecer por órdenes del cirujano, se acostó temprano esa noche; y tampoco se levantó pronto a la mañana siguiente. Cuando bajó, fue para atender asuntos: su agente y algunos de sus inquilinos habían llegado y esperaban para hablar con él.

Adèle y yo tuvimos que desalojar la biblioteca; sería requerida a diario como sala de recepción para las visitas. Se encendió un fuego en un apartamento de arriba, y allí llevé nuestros libros y lo dispuse como futura aula. Me di cuenta en el transcurso de la mañana de que Thornfield Hall era un lugar cambiado: ya no silencioso como una iglesia, resonaba cada hora o dos con un golpe en la puerta o el tañido de la campanilla; también, a menudo, unos pasos atravesaban el vestíbulo y nuevas voces hablaban en diferentes tonos abajo. Un riachuelo del mundo exterior fluía a través de él; tenía un amo. Por mi parte, me gustaba más.

Adèle no fue fácil de enseñar ese día; no podía aplicarse. No paraba de correr a la puerta y asomarse por la barandilla para ver si podía vislumbrar al señor Rochester; luego inventaba pretextos para

bajar, con el fin, como sospeché astutamente, de visitar la biblioteca, donde sabía que no era bienvenida. Entonces, cuando me enfadé un poco y la hice sentarse quieta, continuó hablando incesantemente de su «ami, Monsieur Edouard Fairfax de Rochester», como lo apodaba (no había oído antes sus nombres de pila), y conjeturando qué regalos le habría traído; pues parece que él había insinuado la noche anterior que cuando su equipaje llegara de Millcote, se encontraría entre él una cajita en cuyo contenido ella tenía interés.

—Et cela doit signifier —dijo ella—, qu'il y aura là dedans un cadeau pour moi, et peut-être pour vous aussi, mademoiselle. Monsieur a parlé de vous: il m'a demandé le nom de ma gouvernante, et si elle n'était pas une petite personne, assez mince et un peu pâle. J'ai dit qu'oui: car c'est vrai, n'est-ce pas, mademoiselle?

Mi alumna y yo comimos como de costumbre en el salón de la señora Fairfax; la tarde fue ventosa y nevada, y la pasamos en el aula. Al anochecer, permití a Adèle guardar los libros y las labores y bajar corriendo; pues, por el relativo silencio de abajo y por el cese de las llamadas a la puerta, conjeturé que el señor Rochester estaba ahora libre. Sola, me acerqué a la ventana; pero no se veía nada desde allí: el crepúsculo y los copos de nieve juntos espesaban el aire y ocultaban hasta los arbustos del césped. Bajé la cortina y volví junto al fuego.

En las brasas claras estaba trazando una vista, no muy diferente a un cuadro que recordaba haber visto del castillo de Heidelberg, en el Rin, cuando entró la señora Fairfax, rompiendo con su entrada el mosaico de fuego que yo había estado componiendo, y dispersando también algunos pensamientos pesados e inoportunos que comenzaban a agolparse en mi soledad.

—El señor Rochester se alegraría si usted y su alumna tomaran el té con él en el salón esta tarde —dijo—. Ha estado tan ocupado todo el día que no ha podido pedir verlas antes.

—¿A qué hora toma el té? —inquirí.

—Oh, a las seis. Mantiene horarios tempranos en el campo. Sería mejor que se cambiara de vestido ahora; iré con usted para abrochárselo. Aquí tiene una vela.

—¿Es necesario que me cambie de vestido?

—Sí, es mejor. Yo siempre me visto para la tarde cuando el señor Rochester está aquí.

Esta ceremonia adicional parecía algo majestuosa; sin embargo, me dirigí a mi habitación y, con la ayuda de la señora Fairfax, reemplacé mi vestido de estameña negra por uno de seda negra; el mejor y el único adicional que tenía, excepto uno de gris claro, que, según mis nociones de vestuario de Lowood, consideraba demasiado fino para ser usado, salvo en ocasiones de primera categoría.

—Necesita un broche —dijo la señora Fairfax. Yo tenía un único y pequeño adorno de perlas que la señorita Temple me dio como recuerdo de despedida. Me lo puse, y luego bajamos. No acostumbrada como estaba a los extraños, fue una prueba aparecer así, formalmente convocada, en presencia del señor Rochester. Dejé que la señora Fairfax me precediera al comedor y me mantuve a su sombra mientras cruzábamos ese apartamento; y, pasando el arco, cuya cortina estaba ahora echada, entramos en el elegante recoveco de más allá.

Dos velas de cera estaban encendidas sobre la mesa y dos sobre la repisa de la chimenea; disfrutando de la luz y el calor de un fuego soberbio, yacía Pilot; Adèle estaba arrodillada cerca de él. Medio reclinado en un sofá apareció el señor Rochester, con el pie apoyado en el cojín; miraba a Adèle y al perro. El fuego le daba de lleno en la cara. Reconocí a mi viajero con sus cejas anchas y de azabache; su frente cuadrada, hecha más cuadrada por el trazo horizontal de su pelo negro. Reconocí su nariz decidida, más notable por su carácter que por su belleza; sus fosas nasales anchas, que denotaban, pensé, cólera; su boca, barbilla y mandíbula severas, sí, las tres eran muy severas, sin lugar a dudas. Su figura, ahora despojada de la capa, percibí que armonizaba en cuadratura con su fisonomía. Supongo

que era una buena figura en el sentido atlético del término: de pecho ancho y flancos delgados, aunque ni alto ni elegante.

El señor Rochester debía de ser consciente de la entrada de la señora Fairfax y mía; pero parecía que no estaba de humor para fijarse en nosotras, pues nunca levantó la cabeza mientras nos acercábamos.

—Aquí está la señorita Eyre, señor —dijo la señora Fairfax, a su manera tranquila. Él hizo una reverencia, sin apartar la vista del grupo del perro y la niña.

—Que se siente la señorita Eyre —dijo; y había algo en la reverencia forzada y rígida, en el tono impaciente pero formal, que parecía expresar además: «¿Qué diablos me importa a mí si la señorita Eyre está ahí o no? En este momento no estoy dispuesto a dirigirle la palabra».

Me senté completamente tranquila. Una recepción de exquisita cortesía probablemente me habría confundido; no habría podido devolverla o corresponderla con gracia y elegancia por mi parte. Pero el áspero capricho no me imponía ninguna obligación; por el contrario, una decente aquiescencia, ante la extravagancia de sus modales, me daba la ventaja. Además, la excentricidad del proceder era picante; sentí interés por ver cómo continuaría.

Continuó como lo haría una estatua, es decir, no habló ni se movió. La señora Fairfax pareció pensar que era necesario que alguien fuera amable, y comenzó a hablar. Amablemente, como de costumbre —y, como de costumbre, de forma bastante trivial—, se compadeció de él por la presión de los negocios que había tenido todo el día, por la molestia que debía de haber sido para él con ese doloroso esguince; luego elogió su paciencia y perseverancia al llevarlo a cabo.

—Señora, me gustaría un poco de té —fue la única réplica que obtuvo. Se apresuró a tocar la campanilla; y cuando llegó la bandeja, procedió a arreglar las tazas, cucharas, etc., con asidua

celeridad. Adèle y yo fuimos a la mesa; pero el amo no abandonó su sofá.

—¿Le servirá usted la taza al señor Rochester? —me dijo la señora Fairfax—. Adèle podría derramarla.

Hice lo que se me pedía. Mientras él tomaba la taza de mi mano, Adèle, pensando que el momento era propicio para hacer una petición en mi favor, exclamó:

—N'est-ce pas, monsieur, qu'il y a un cadeau pour Mademoiselle Eyre dans votre petit coffre?

—¿Quién habla de cadeaux? —dijo él con brusquedad—. ¿Esperaba un regalo, señorita Eyre? ¿Le gustan los regalos? —y escudriñó mi rostro con ojos que vi que eran oscuros, iracundos y penetrantes.

—Apenas lo sé, señor; tengo poca experiencia con ellos. Generalmente se consideran cosas agradables.

—¿Generalmente se consideran? ¿Pero qué piensa usted?

—Tendría que tomarme un tiempo, señor, antes de poder darle una respuesta digna de su aceptación. Un regalo tiene muchas facetas, ¿no es así? Y uno debería considerarlas todas, antes de pronunciar una opinión sobre su naturaleza.

—Señorita Eyre, no es usted tan ingenua como Adèle. Ella exige un «cadeau», clamorosamente, en el momento en que me ve. Usted se anda con rodeos.

—Porque tengo menos confianza en mis méritos que Adèle. Ella puede alegar el derecho de una vieja conocida y también el de la costumbre, pues dice que usted siempre ha tenido el hábito de regalarle juguetes. Pero si yo tuviera que presentar un caso, estaría perpleja, ya que soy una extraña y no he hecho nada que me dé derecho a un reconocimiento.

—¡Oh, no se escude en una modestia excesiva! He examinado a Adèle y encuentro que se ha esforzado mucho con ella. No es

brillante, no tiene talentos; sin embargo, en poco tiempo ha mejorado mucho.

—Señor, ahora me ha dado mi «cadeau». Le estoy agradecida. Es la recompensa que más codician los maestros: el elogio del progreso de sus alumnos.

—¡Hum! —dijo el señor Rochester, y tomó su té en silencio.

—Acérquense al fuego —dijo el amo, cuando se llevaron la bandeja y la señora Fairfax se había acomodado en un rincón con su labor de punto, mientras Adèle me llevaba de la mano por la habitación, mostrándome los hermosos libros y adornos de las consolas y los chifonieres. Obedecimos, como era nuestro deber. Adèle quería sentarse en mi regazo, pero se le ordenó que se entretuviera con Pilot.

—¿Ha residido en mi casa tres meses?

—Sí, señor.

—¿Y vino usted de...?

—De la escuela de Lowood, en ...shire.

—¡Ah! Una obra de caridad. ¿Cuánto tiempo estuvo allí?

—Ocho años.

—¡Ocho años! Debe usted ser tenaz de vida. ¡Pensé que la mitad de ese tiempo en un lugar así habría acabado con cualquier constitución! No es de extrañar que tenga un aspecto de otro mundo. Me preguntaba de dónde habría sacado ese tipo de rostro. Cuando se me apareció en el sendero de Hay anoche, pensé inexplicablemente en cuentos de hadas, y estuve a punto de preguntarle si había embrujado a mi caballo. Aún no estoy seguro. ¿Quiénes son sus padres?

—No tengo.

—Ni los tuvo nunca, supongo. ¿Los recuerda?

—No.

—Eso pensaba. ¿Y esperaba a su gente cuando estaba sentada en esa estela?

—¿A quién, señor?

—A los hombres de verde. Era una noche de luna apropiada para ellos. ¿Rompí uno de sus círculos, que extendió ese maldito hielo sobre el empedrado?

Negué con la cabeza.

—Los hombres de verde abandonaron Inglaterra hace cien años —dije, hablando tan seriamente como él lo había hecho—. Y ni siquiera en el sendero de Hay, ni en los campos de alrededor, podría encontrar un rastro de ellos. No creo que ni la luna de verano, ni la de la cosecha, ni la de invierno, vuelvan a brillar sobre sus festejos.

La señora Fairfax había dejado caer su labor de punto y, con las cejas levantadas, parecía preguntarse qué clase de conversación era esa.

—Bueno —reanudó el señor Rochester—, si reniega de sus padres, debe tener algún tipo de parientes: tíos y tías.

—No; ninguno que yo haya visto.

—¿Y su hogar?

—No tengo.

—¿Dónde viven sus hermanos y hermanas?

—No tengo hermanos ni hermanas.

—¿Quién le recomendó que viniera aquí?

—Puse un anuncio, y la señora Fairfax respondió a mi anuncio.

—Sí —dijo la buena dama, que ahora sabía en qué terreno estábamos—, y doy gracias a diario por la elección a la que la Providencia me condujo. La señorita Eyre ha sido una compañera inestimable para mí, y una maestra amable y cuidadosa para Adèle.

—No se moleste en darme referencias de ella —respondió el señor Rochester—. Los elogios no me influirán; juzgaré por mí mismo. Empezó por derribar mi caballo.

—¿Señor? —dijo la señora Fairfax.

—Tengo que agradecerle este esguince.

La viuda pareció desconcertada.

—Señorita Eyre, ¿ha vivido alguna vez en una ciudad?

—No, señor.

—¿Ha visto mucha sociedad?

—Ninguna, salvo las alumnas y maestras de Lowood, y ahora los habitantes de Thornfield.

—¿Ha leído mucho?

—Solo los libros que cayeron en mis manos; y no han sido numerosos ni muy eruditos.

—Ha vivido la vida de una monja. Sin duda está bien instruida en las formas religiosas. Brocklehurst, que según entiendo dirige Lowood, es un párroco, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Y ustedes, las niñas, probablemente lo adoraban, como un convento lleno de religiosas adoraría a su director.

—Oh, no.

—¡Qué fría es usted! ¡No! ¡Cómo! ¡Una novicia que no adora a su sacerdote! Eso suena a blasfemia.

—El señor Brocklehurst me disgustaba; y no estaba sola en ese sentimiento. Es un hombre duro; a la vez pomposo y entrometido. Nos cortó el pelo; y por razones de economía nos compró agujas e hilo malos, con los que apenas podíamos coser.

—Esa fue una economía muy falsa —observó la señora Fairfax, que ahora volvió a captar el hilo del diálogo.

—¿Y fue esa la suma y compendio de su ofensa? —demandó el señor Rochester.

—Nos mataba de hambre cuando tenía la única superintendencia del departamento de provisiones, antes de que se nombrara el comité; y nos aburría con largos sermones una vez a la semana, y con lecturas vespertinas de libros de su propia autoría, sobre muertes súbitas y juicios, que nos daban miedo de irnos a la cama.

—¿Qué edad tenía cuando fue a Lowood?

—Unos diez años.

—Y se quedó allí ocho años. ¿Tiene ahora, entonces, dieciocho?

Asentí.

—La aritmética, ya ve, es útil; sin su ayuda, difícilmente habría podido adivinar su edad. Es un punto difícil de fijar cuando los rasgos y el semblante son tan dispares como en su caso. Y ahora, ¿qué aprendió en Lowood? ¿Sabe tocar?

—Un poco.

—Por supuesto, esa es la respuesta establecida. Vaya a la biblioteca, quiero decir, si me hace el favor. (Disculpe mi tono de mando; estoy acostumbrado a decir «Haga esto» y se hace. No puedo alterar mis hábitos por una nueva interna). Vaya, pues, a la biblioteca; lleve una vela consigo; deje la puerta abierta; siéntese al piano y toque una melodía.

Me marché, obedeciendo sus instrucciones.

—¡Basta! —gritó en pocos minutos—. Toca usted un poco, ya veo; como cualquier otra colegiala inglesa; quizás algo mejor que algunas, pero no bien.

Cerré el piano y regresé. El señor Rochester continuó:

—Adèle me mostró unos bocetos esta mañana, que dijo que eran suyos. No sé si fueron enteramente obra suya; ¿probablemente la ayudó un maestro?

—¡No, en absoluto! —intervine.

—¡Ah! Eso hiere el orgullo. Bueno, tráigame su portafolio, si puede garantizar que su contenido es original; pero no dé su palabra a menos que esté segura. Sé reconocer un remiendo.

—Entonces no diré nada, y juzgará usted mismo, señor.

Traje el portafolio de la biblioteca.

—Acerque la mesa —dijo; y la rodé hasta su sofá. Adèle y la señora Fairfax se acercaron para ver los cuadros.

—Sin aglomeraciones —dijo el señor Rochester—. Tomen los dibujos de mi mano a medida que termino con ellos; pero no acerquen sus caras a la mía.

Escrutó deliberadamente cada boceto y pintura. Tres los dejó a un lado; los otros, cuando los hubo examinado, los barrió de su lado.

—Llévelos a la otra mesa, señora Fairfax —dijo—, y mírelos con Adèle. Usted (mirándome de reojo) vuelva a su asiento y responda a mis preguntas. Percibo que esos cuadros fueron hechos por una sola mano. ¿Era esa mano la suya?

—Sí.

—¿Y cuándo encontró tiempo para hacerlos? Han llevado mucho tiempo y algo de reflexión.

—Los hice en las dos últimas vacaciones que pasé en Lowood, cuando no tenía otra ocupación.

—¿De dónde sacó los modelos?

—De mi cabeza.

—¿Esa cabeza que veo ahora sobre sus hombros?

—Sí, señor.

—¿Tiene otro mobiliario del mismo tipo dentro?

—Creo que puede tenerlo. Espero que mejor.

Extendió los cuadros ante él y volvió a examinarlos alternativamente.

Mientras él está tan ocupado, les diré, lectores, lo que son. Y primero, debo advertir que no son nada maravilloso. Los temas, en verdad, habían surgido vívidamente en mi mente. Tal como los vi con el ojo espiritual, antes de intentar encarnarlos, eran sorprendentes; pero mi mano no secundaba mi fantasía, y en cada caso había elaborado solo un pálido retrato de lo que había concebido.

Estos cuadros eran a la acuarela. El primero representaba nubes bajas y plomizas, rodando sobre un mar hinchado. Toda la distancia estaba en eclipse; también lo estaba el primer plano, o más bien, las olas más cercanas, pues no había tierra. Un único destello de luz ponía de relieve un mástil medio sumergido, sobre el cual se sentaba un cormorán, oscuro y grande, con las alas salpicadas de espuma; su pico sostenía un brazalete de oro engastado con gemas, que yo había tocado con los tintes más brillantes que mi paleta podía ofrecer y con la nitidez más reluciente que mi pincel podía impartir. Hundiéndose bajo el pájaro y el mástil, un cadáver ahogado se vislumbraba a través del agua verde; un hermoso brazo era el único miembro claramente visible, de donde el brazalete había sido arrastrado o arrancado.

El segundo cuadro contenía como primer plano solo la tenue cima de una colina, con hierba y algunas hojas inclinadas como por una brisa. Más allá y arriba se extendía una expansión de cielo, azul oscuro como al crepúsculo. Elevándose hacia el cielo había una forma de mujer hasta el busto, retratada en tintes tan oscuros y suaves como pude combinar. La tenue frente estaba coronada por una estrella; los rasgos de abajo se veían como a través de una difusión de vapor; los ojos brillaban oscuros y salvajes; el cabello fluía sombrío, como una nube sin rayos desgarrada por la tormenta o por un trabajo eléctrico. Sobre el cuello yacía un pálido reflejo como la luz de la luna; el mismo tenue lustre tocaba la estela de

nubes delgadas de la que se elevaba y se inclinaba esta visión de la Estrella Vespertina.

El tercero mostraba el pináculo de un iceberg perforando un cielo polar de invierno; un despliegue de auroras boreales alzaba sus tenues lanzas, muy juntas, a lo largo del horizonte. Dejando esto en la distancia, se elevaba, en primer plano, una cabeza, una cabeza colosal, inclinada hacia el iceberg y apoyada en él. Dos manos delgadas, unidas bajo la frente y sosteniéndola, cubrían con un velo oscuro los rasgos inferiores. Solo eran visibles una frente completamente exangüe, blanca como el hueso, y un ojo hueco y fijo, vacío de significado salvo por la vidriosidad de la desesperación. Sobre las sienes, entre pliegues de turbante de pañería negra, vagos en su carácter y consistencia como una nube, brillaba un anillo de llama blanca, engastado con destellos de un tinte más lúgubre. Esta pálida media luna era «la semejanza de una corona real»; lo que coronaba era «la forma que forma no tenía».

—¿Era feliz cuando pintaba estos cuadros? —preguntó el señor Rochester al momento.

—Estaba absorta, señor. Sí, y era feliz. Pintarlos, en resumen, fue disfrutar de uno de los placeres más intensos que he conocido.

—Eso no es decir mucho. Sus placeres, según su propio relato, han sido pocos; pero me atrevo a decir que existió en una especie de país de ensueño de artista mientras mezclaba y arreglaba estos extraños tintes. ¿Se sentaba a ellos durante mucho tiempo cada día?

—No tenía otra cosa que hacer, porque eran las vacaciones, y me sentaba a ellos desde la mañana hasta el mediodía, y desde el mediodía hasta la noche. La longitud de los días de pleno verano favorecía mi inclinación a aplicarme.

—¿Y se sintió satisfecha con el resultado de sus arduos trabajos?

—Lejos de ello. Me atormentaba el contraste entre mi idea y mi obra. En cada caso había imaginado algo que era completamente incapaz de realizar.

—No del todo. Ha asegurado la sombra de su pensamiento; pero no más, probablemente. No tenía suficiente habilidad y ciencia de artista para darle pleno ser. Sin embargo, los dibujos son, para una colegiala, peculiares. En cuanto a los pensamientos, son élficos. Esos ojos en la Estrella Vespertina debe de haberlos visto en un sueño. ¿Cómo pudo hacer que parecieran tan claros y, sin embargo, nada brillantes? Pues el planeta de arriba apaga sus rayos. ¿Y qué significado hay en su solemne profundidad? ¿Y quién le enseñó a pintar el viento? Hay un fuerte vendaval en ese cielo y en esta cima de colina. ¿Dónde vio Latmos? Porque eso es Latmos. ¡Ea! ¡Guarde los dibujos!

Apenas había atado los cordones del portafolio, cuando, mirando su reloj, dijo bruscamente:

—Son las nueve. ¿Qué hace, señorita Eyre, dejando que Adèle se quede levantada hasta tan tarde? Llévela a la cama.

Adèle fue a besarlo antes de abandonar la habitación. Él soportó la caricia, pero apenas pareció disfrutarla más de lo que lo habría hecho Pilot, ni siquiera tanto.

—Les deseo a todas buenas noches, ahora —dijo, haciendo un movimiento de la mano hacia la puerta, en señal de que estaba cansado de nuestra compañía y deseaba despedirnos. La señora Fairfax dobló su labor de punto; yo tomé mi portafolio. Le hicimos una reverencia, recibimos una fría inclinación de cabeza a cambio, y así nos retiramos.

—Dijo usted que el señor Rochester no era llamativamente peculiar, señora Fairfax —observé, cuando me reuní con ella en su habitación, después de acostar a Adèle.

—Bueno, ¿lo es?

—Creo que sí. Es muy cambiante y brusco.

—Cierto. Sin duda puede parecerlo a una extraña, pero estoy tan acostumbrada a sus modales que nunca pienso en ello. Y además, si

tiene peculiaridades de temperamento, se le deben hacer concesiones.

—¿Por qué?

—En parte porque es su naturaleza, y ninguno de nosotros puede evitar nuestra naturaleza; y en parte porque tiene pensamientos dolorosos, sin duda, que lo acosan y hacen que su ánimo sea desigual.

—¿Sobre qué?

—Problemas familiares, por un lado.

—Pero no tiene familia.

—Ahora no, pero la ha tenido, o, al menos, parientes. Perdió a su hermano mayor hace unos años.

—¿Su hermano mayor?

—Sí. El actual señor Rochester no lleva mucho tiempo en posesión de la propiedad; solo unos nueve años.

—Nueve años es un tiempo considerable. ¿Quería tanto a su hermano como para estar todavía inconsolable por su pérdida?

—Bueno, no, quizás no. Creo que hubo algunos malentendidos entre ellos. El señor Rowland Rochester no fue del todo justo con el señor Edward; y quizás predispuso a su padre en su contra. Al anciano caballero le gustaba el dinero y estaba ansioso por mantener la propiedad familiar unida. No le gustaba disminuir la propiedad dividiéndola, y sin embargo estaba ansioso de que el señor Edward también tuviera riqueza, para mantener la importancia del nombre; y, poco después de que cumpliera la mayoría de edad, se tomaron algunas medidas que no fueron del todo justas y causaron muchos problemas. El viejo señor Rochester y el señor Rowland se combinaron para poner al señor Edward en lo que él consideraba una posición dolorosa, con el fin de hacer su fortuna. Cuál fue la naturaleza precisa de esa posición nunca lo supe claramente, pero su espíritu no pudo soportar lo que tuvo que sufrir

en ella. No es muy indulgente. Rompió con su familia, y ahora desde hace muchos años lleva una vida inestable. No creo que haya residido en Thornfield durante quince días seguidos desde que la muerte de su hermano sin testamento lo dejó dueño de la finca; y, de hecho, no es de extrañar que evite el viejo lugar.

—¿Por qué debería evitarlo?

—Quizás lo considera sombrío.

La respuesta fue evasiva. Me habría gustado algo más claro; pero la señora Fairfax o no podía, o no quería, darme información más explícita sobre el origen y la naturaleza de las pruebas del señor Rochester. Afirmó que eran un misterio para ella misma, y que lo que sabía era principalmente por conjeturas. Era evidente, en efecto, que deseaba que yo abandonara el tema, lo cual hice en consecuencia.

Capítulo XIV

Durante varios días subsiguientes vi poco al señor Rochester. Por las mañanas parecía muy ocupado con negocios y, por las tardes, caballeros de Millcote o de los alrededores lo visitaban, y a veces se quedaban a cenar con él. Cuando su esguince estuvo lo suficientemente bien como para permitir el ejercicio a caballo, salió a cabalgar mucho; probablemente para devolver estas visitas, ya que generalmente no regresaba hasta bien entrada la noche.

Durante este intervalo, incluso a Adèle rara vez se la mandaba llamar a su presencia, y todo mi trato con él se limitaba a un encuentro ocasional en el vestíbulo, en las escaleras o en la galería,

donde a veces pasaba a mi lado altiva y fríamente, apenas reconociendo mi presencia con una distante inclinación de cabeza o una mirada fría, y a veces hacía una reverencia y sonreía con afabilidad de caballero. Sus cambios de humor no me ofendían, porque veía que no tenía nada que ver con su alternancia; el flujo y reflujo dependían de causas completamente desconectadas de mí.

Un día había tenido invitados a cenar y había mandado a buscar mi portafolio; sin duda, para exhibir su contenido. Los caballeros se marcharon temprano para asistir a una reunión pública en Millcote, como me informó la señora Fairfax; pero como la noche era húmeda e inclemente, el señor Rochester no los acompañó. Poco después de que se fueran, tocó la campanilla: llegó un mensaje de que Adèle y yo debíamos bajar. Cepillé el pelo de Adèle y la arreglé, y habiéndome asegurado de que yo misma estaba con mi habitual atuendo cuáquero, donde no había nada que retocar —siendo todo demasiado ceñido y sencillo, incluidos los cabellos trenzados, para admitir desorden—, descendimos, Adèle preguntándose si el petit coffre habría llegado por fin; pues, debido a algún error, su llegada se había retrasado hasta ahora. Quedó satisfecha: allí estaba, un pequeño cartón, sobre la mesa cuando entramos en el comedor. Pareció reconocerlo por instinto.

—Ma boîte! ma boîte! —exclamó, corriendo hacia ella.

—Sí, ahí está tu «boîte» por fin. Llévala a un rincón, genuina hija de París, y diviértete destripándola —dijo la voz profunda y algo sarcástica del señor Rochester, que procedía de las profundidades de un inmenso sillón junto al fuego—. Y ten cuidado —continuó—, no me molestes con ningún detalle del proceso anatómico, ni con ninguna noticia sobre el estado de las entrañas. Que tu operación se realice en silencio. Tiens-toi tranquille, enfant; comprends-tu?

Adèle apenas pareció necesitar la advertencia; ya se había retirado a un sofá con su tesoro y estaba ocupada desatando el cordón que aseguraba la tapa. Habiendo quitado este impedimento y levantado ciertos sobres plateados de papel de seda, simplemente exclamó:

—Oh ciel! Que c'est beau! —y luego permaneció absorta en una contemplación extática.

—¿Está ahí la señorita Eyre? —demandó ahora el amo, medio levantándose de su asiento para mirar hacia la puerta, cerca de la cual yo todavía estaba de pie.

—¡Ah! Bueno, acérquese; siéntese aquí. —Acercó una silla a la suya—. No me gusta el parloteo de los niños —continuó—; pues, solterón como soy, no tengo asociaciones agradables relacionadas con su ceceo. Me sería intolerable pasar toda una velada tête-à-tête con una mocosa. No aleje más esa silla, señorita Eyre; siéntese exactamente donde la coloqué, si le parece bien, claro. ¡Malditas sean estas cortesías! Las olvido continuamente. Tampoco me afectan particularmente las ancianas de mente simple. Por cierto, debo tener en cuenta a la mía; no conviene descuidarla; es una Fairfax, o está casada con uno; y se dice que la sangre es más espesa que el agua.

Tocó la campanilla y despachó una invitación a la señora Fairfax, que pronto llegó, con la cesta de la costura en la mano.

—Buenas noches, señora; la he mandado llamar con un propósito caritativo. Le he prohibido a Adèle que me hable de sus regalos, y está a punto de reventar de repleción; tenga la bondad de servirle de oyente e interlocutora; será uno de los actos más benévolos que haya realizado jamás.

Adèle, en efecto, tan pronto como vio a la señora Fairfax, la convocó a su sofá, y allí rápidamente llenó su regazo con la porcelana, el marfil, el contenido de cera de su «boîte», vertiendo, mientras tanto, explicaciones y éxtasis en un inglés tan chapurreado como dominaba.

—Ahora que he desempeñado el papel de un buen anfitrión —prosiguió el señor Rochester—, y he puesto a mis invitadas en camino de entretenerse mutuamente, debería tener la libertad de atender a mi propio placer. Señorita Eyre, acerque su silla un poco más. Todavía está demasiado atrás; no puedo verla sin perturbar mi posición en esta cómoda silla, lo cual no tengo intención de hacer.

Hice lo que se me ordenó, aunque habría preferido mucho más permanecer algo en la sombra; pero el señor Rochester tenía una forma tan directa de dar órdenes que parecía natural obedecerle prontamente.

Estábamos, como he dicho, en el comedor. El candelabro, que se había encendido para la cena, llenaba la habitación con una festiva amplitud de luz; el gran fuego estaba todo rojo y claro; las cortinas púrpuras colgaban ricas y amplias ante la elevada ventana y el arco más elevado aún. Todo estaba en silencio, salvo la charla contenida de Adèle (no se atrevía a hablar en voz alta) y, llenando cada pausa, el golpeteo de la lluvia invernal contra los cristales.

El señor Rochester, sentado en su silla cubierta de damasco, parecía diferente a como lo había visto antes; no tan severo, mucho menos sombrío. Había una sonrisa en sus labios y sus ojos brillaban, ya fuera por el vino o no, no estoy segura, pero creo que es muy probable. Estaba, en resumen, en su humor de después de la cena; más expansivo y cordial, y también más autocomplaciente que el temperamento frígido y rígido de la mañana. Aun así, parecía preciosamente adusto, apoyando su cabeza maciza contra el respaldo abombado de su silla y recibiendo la luz del fuego en sus rasgos tallados en granito y en sus grandes ojos oscuros; pues tenía grandes ojos oscuros, y muy hermosos también, no sin un cierto cambio en sus profundidades a veces, que, si no era suavidad, te recordaba, al menos, ese sentimiento.

Había estado mirando el fuego durante dos minutos, y yo lo había estado mirando a él el mismo tiempo, cuando, volviéndose de repente, sorprendió mi mirada fija en su fisonomía.

—Me examina, señorita Eyre —dijo—. ¿Me encuentra guapo?

De haberlo deliberado, habría respondido a esta pregunta con algo convencionalmente vago y cortés; pero la respuesta se me escapó de la lengua de alguna manera antes de darme cuenta:

—No, señor.

—¡Ah! ¡Por mi vida! Hay algo singular en usted —dijo—. Tiene el aire de una pequeña nonnette; pintoresca, tranquila, grave y sencilla, sentada con las manos juntas ante usted y los ojos generalmente fijos en la alfombra (excepto, por cierto, cuando se dirigen penetrantemente a mi rostro, como hace un momento, por ejemplo); y cuando uno le hace una pregunta o un comentario al que está obligada a responder, suelta una réplica redonda que, si no es brusca, es al menos cortante. ¿Qué quiere decir con eso?

—Señor, fui demasiado directa; le pido perdón. Debería haber respondido que no era fácil dar una respuesta improvisada a una pregunta sobre apariencias; que los gustos suelen diferir; y que la belleza tiene poca importancia, o algo por el estilo.

—No debería haber respondido tal cosa. ¡La belleza de poca importancia, vaya! Y así, bajo el pretexto de suavizar el ultraje anterior, de acariciarme y calmarme hasta la placidez, ¡me clava una taimada navaja bajo la oreja! Continúe, ¿qué defecto me encuentra, por favor? Supongo que tengo todos mis miembros y todos mis rasgos como cualquier otro hombre.

—Señor Rochester, permítame retractarme de mi primera respuesta. No pretendía una réplica mordaz, fue solo un desliz.

—Exacto. Eso creo. Y usted será responsable de ello. Critíqueme, ¿no le agrada mi frente?

Levantó las ondas oscuras de cabello que yacían horizontalmente sobre su frente y mostró una masa bastante sólida de órganos intelectuales, pero una abrupta deficiencia donde debería haberse alzado el suave signo de la benevolencia.

—Ahora, señora, ¿soy un tonto?

—Lejos de ello, señor. Usted, quizás, me consideraría grosera si le preguntara a cambio si es usted un filántropo.

—¡Ahí va otra vez! Otro pinchazo de la navaja, cuando pretendía darme una palmadita en la cabeza. Y eso es porque dije que no me gustaba la compañía de niños y ancianas (¡dicho sea en voz baja!).

No, señorita, no soy un filántropo general; pero tengo conciencia —y señaló las protuberancias que se dice que indican esa facultad, y que, afortunadamente para él, eran suficientemente conspicuas, dando, de hecho, una marcada anchura a la parte superior de su cabeza—. Y, además, una vez tuve una especie de ruda ternura de corazón. Cuando tenía su edad, era un tipo bastante sensible; parcial hacia los implumes, los desamparados y los desafortunados. Pero la Fortuna me ha zarandeado desde entonces; incluso me ha amasado con sus nudillos, y ahora me jacto de ser duro y resistente como una pelota de caucho; permeable, sin embargo, a través de una o dos grietas todavía, y con un punto sensible en medio de la masa. Sí, ¿deja eso alguna esperanza para mí?

—¿Esperanza de qué, señor?

—¿De mi retransformación final de caucho a carne?

«Decididamente ha bebido demasiado vino», pensé; y no supe qué responder a su extraña pregunta. ¿Cómo podía saber yo si era capaz de ser retransformado?

—Parece muy perpleja, señorita Eyre; y aunque no es usted bonita, como tampoco yo soy guapo, un aire perplejo le sienta bien. Además, es conveniente, porque mantiene esos ojos inquisitivos suyos lejos de mi fisonomía y los ocupa con las flores de estambre de la alfombra; así que siga perpleja. Señorita, estoy dispuesto a ser gregario y comunicativo esta noche.

Con este anuncio se levantó de su silla y se quedó de pie, apoyando el brazo en la repisa de mármol. En esa actitud, su figura se veía claramente, así como su rostro; su inusual anchura de pecho, desproporcionada casi con la longitud de sus miembros. Estoy segura de que la mayoría de la gente lo habría considerado un hombre feo; sin embargo, había tanto orgullo inconsciente en su porte, tanta soltura en su comportamiento, una mirada de completa indiferencia hacia su propia apariencia externa, una confianza tan altiva en el poder de otras cualidades, intrínsecas o adventicias, para compensar la falta de mero atractivo personal, que, al mirarlo, una

inevitablemente compartía la indiferencia e, incluso en un sentido ciego e imperfecto, depositaba fe en la confianza.

—Estoy dispuesto a ser gregario y comunicativo esta noche —repitió—, y por eso la he mandado llamar. El fuego y el candelabro no eran compañía suficiente para mí; tampoco lo habría sido Pilot, pues ninguno de ellos puede hablar. Adèle es un grado mejor, pero aún está muy por debajo de la marca; la señora Fairfax, ídem. Usted, estoy persuadido, puede convenirme si quiere. Me desconcertó la primera noche que la invité a bajar aquí. Casi la he olvidado desde entonces; otras ideas han expulsado las suyas de mi cabeza. Pero esta noche estoy resuelto a estar a gusto; a desechar lo que importuna y a recordar lo que agrada. Me agradaría ahora hacerla hablar, saber más de usted. Por lo tanto, hable.

En lugar de hablar, sonreí; y no una sonrisa muy complaciente o sumisa, tampoco.

—Hable —insistió.

—¿Sobre qué, señor?

—Sobre lo que quiera. Le dejo a usted enteramente tanto la elección del tema como la manera de tratarlo.

En consecuencia, me senté y no dije nada. «Si espera que hable por el mero hecho de hablar y lucirme, descubrirá que se ha dirigido a la persona equivocada», pensé.

—Está usted muda, señorita Eyre.

Seguía muda. Inclinó un poco la cabeza hacia mí y, con una sola mirada rápida, pareció zambullirse en mis ojos.

—¿Terca? —dijo—, y molesta. ¡Ah! Es coherente. Hice mi petición de una forma absurda, casi insolente. Señorita Eyre, le pido perdón. El hecho es que, de una vez por todas, no deseo tratarla como a una inferior. Es decir (corrigiéndose), solo reclamo la superioridad que debe resultar de veinte años de diferencia de edad y un siglo de avance en experiencia. Esto es legítimo, et j'y tiens, como diría Adèle; y es en virtud de esta superioridad, y solo de esta, que deseo

que tenga la bondad de hablarme un poco ahora y desviar mis pensamientos, que están irritados de tanto insistir en un punto, enconándose como un clavo oxidado.

Se había dignado a dar una explicación, casi una disculpa, y no me sentí insensible a su condescendencia, y no quise parecerlo.

—Estoy dispuesta a entretenerle, si puedo, señor, muy dispuesta; pero no puedo introducir un tema, porque, ¿cómo sé lo que le interesará? Hágame preguntas y haré todo lo posible por responderlas.

—Entonces, en primer lugar, ¿está de acuerdo conmigo en que tengo derecho a ser un poco autoritario, brusco, quizás exigente, a veces, por las razones que he expuesto, a saber, que tengo edad suficiente para ser su padre y que he luchado a través de una variada experiencia con muchos hombres de muchas naciones y he vagado por medio mundo, mientras que usted ha vivido tranquilamente con un solo grupo de personas en una sola casa?

—Haga lo que le plazca, señor.

—Esa no es una respuesta; o más bien es una muy irritante, porque es muy evasiva. Responda claramente.

—No creo, señor, que tenga derecho a mandarme, simplemente porque sea mayor que yo, o porque haya visto más mundo que yo. Su derecho a la superioridad depende del uso que haya hecho de su tiempo y experiencia.

—¡Hum! Dicho con prontitud. Pero no lo permitiré, viendo que nunca se ajustaría a mi caso, ya que he hecho un uso indiferente, por no decir malo, de ambas ventajas. Dejando de lado la superioridad, entonces, aún debe aceptar recibir mis órdenes de vez en cuando, sin sentirse ofendida o herida por el tono de mando. ¿Lo hará?

Sonreí. Pensé para mis adentros: el señor Rochester es peculiar; parece olvidar que me paga 30 libras anuales por recibir sus órdenes.

—La sonrisa está muy bien —dijo, captando al instante la expresión pasajera—; pero hable también.

—Estaba pensando, señor, que muy pocos amos se molestarían en preguntar si sus subordinados pagados se sentían ofendidos y heridos por sus órdenes.

—¡Subordinados pagados! ¡Cómo! ¿Es usted mi subordinada pagada, verdad? ¡Oh, sí, había olvidado el salario! Bueno, entonces, sobre esa base mercenaria, ¿aceptará que la mandonee un poco?

—No, señor, no sobre esa base; pero, sobre la base de que lo olvidó, y de que le importa si un dependiente está cómodo en su dependencia, acepto de todo corazón.

—¿Y consentirá en prescindir de muchas formas y frases convencionales, sin pensar que la omisión surge de la insolencia?

—Estoy segura, señor, de que nunca confundiría la informalidad con la insolencia. Una me gusta bastante; a la otra, nada que haya nacido libre se sometería, ni siquiera por un salario.

—¡Paparruchas! La mayoría de las cosas nacidas libres se someterán a cualquier cosa por un salario; por lo tanto, guárdeselo para usted y no se aventure en generalidades de las que es intensamente ignorante. Sin embargo, mentalmente le doy la mano por su respuesta, a pesar de su inexactitud; y tanto por la manera en que fue dicha como por la sustancia del discurso. La manera fue franca y sincera; no se ve a menudo tal manera. No, por el contrario, la afectación, o la frialdad, o la estúpida y grosera incomprensión del significado de uno son las recompensas usuales de la franqueza. Ni tres de cada tres mil institutrices colegialas inexpertas me habrían respondido como usted acaba de hacer. Pero no pretendo halagarla. Si está usted hecha de un molde diferente a la mayoría, no es mérito suyo; la Naturaleza lo hizo. Y además, después de todo, voy demasiado rápido en mis conclusiones; por lo que sé hasta ahora, puede que no sea usted mejor que el resto; puede tener defectos intolerables para contrarrestar sus pocos puntos buenos.

«Y también puede tenerlos usted», pensé. Mi ojo se encontró con el suyo mientras la idea cruzaba mi mente. Pareció leer la mirada, respondiendo como si su significado hubiera sido hablado además de imaginado.

—Sí, sí, tiene razón —dijo—; tengo muchos defectos propios. Lo sé, y no deseo paliarlos, se lo aseguro. Sabe Dios que no necesito ser demasiado severo con los demás; tengo una existencia pasada, una serie de actos, un color de vida que contemplar dentro de mi propio pecho, que bien podrían desviar mis burlas y censuras de mis vecinos hacia mí mismo. Empecé, o más bien (pues como otros morosos, me gusta echar la mitad de la culpa a la mala fortuna y a las circunstancias adversas) fui empujado a un rumbo equivocado a la edad de veintiún años, y nunca he recuperado el rumbo correcto desde entonces. Pero podría haber sido muy diferente; podría haber sido tan bueno como usted, más sabio, casi tan inmaculado. Envidio su paz mental, su conciencia limpia, su memoria no contaminada. Niña, una memoria sin mancha ni contaminación debe de ser un tesoro exquisito, una fuente inagotable de puro refrigerio. ¿No es así?

—¿Cómo estaba su memoria cuando tenía dieciocho años, señor?

—Perfecta entonces; límpida, salubre. Ningún chorro de agua de sentina la había convertido en un charco fétido. Yo era su igual a los dieciocho, completamente su igual. La Naturaleza quiso que yo fuera, en general, un buen hombre, señorita Eyre; de la mejor clase, y ya ve que no lo soy. Usted diría que no lo ve; al menos me halago al leer tanto en su ojo (cuidado, por cierto, con lo que expresa con ese órgano; soy rápido interpretando su lenguaje). Entonces, créame, no soy un villano. No debe suponer eso, no debe atribuirme ninguna eminencia tan mala; pero, debido, creo firmemente, más a las circunstancias que a mi inclinación natural, soy un pecador trivial y corriente, maleado en todas las pobres y mezquinas disipaciones con las que los ricos y los inútiles intentan vivir la vida. ¿Se pregunta por qué le confieso esto? Sepa que, en el transcurso de su vida futura, a menudo se encontrará elegida como la confidente

involuntaria de los secretos de sus conocidos. La gente descubrirá instintivamente, como yo lo he hecho, que su fuerte no es hablar de sí misma, sino escuchar mientras otros hablan de sí mismos. Sentirán, también, que escucha sin desprecio malévolo por su indiscreción, sino con una especie de simpatía innata; no menos reconfortante y alentadora porque es muy discreta en sus manifestaciones.

—¿Cómo lo sabe? ¿Cómo puede adivinar todo esto, señor?

—Lo sé bien; por lo tanto, procedo casi tan libremente como si estuviera escribiendo mis pensamientos en un diario. Usted diría que debería haber sido superior a las circunstancias; así debería, así debería; pero ya ve, no lo fui. Cuando el destino me agravió, no tuve la sabiduría de mantener la calma; me desesperé; luego degeneré. Ahora, cuando cualquier simplón vicioso excita mi disgusto con su miserable grosería, no puedo halagarme de ser mejor que él; me veo obligado a confesar que él y yo estamos al mismo nivel. ¡Ojalá me hubiera mantenido firme, sabe Dios que sí! Tema al remordimiento cuando se sienta tentada a errar, señorita Eyre; el remordimiento es el veneno de la vida.

—Se dice que el arrepentimiento es su cura, señor.

—No es su cura. La reforma puede ser su cura; y yo podría reformarme —aún tengo fuerzas para eso— si... pero ¿de qué sirve pensar en ello, obstaculizado, agobiado, maldito como estoy? Además, ya que la felicidad me es irrevocablemente negada, tengo derecho a obtener placer de la vida, y lo obtendré, cueste lo que cueste.

—Entonces degenerará aún más, señor.

—Posiblemente. Sin embargo, ¿por qué debería hacerlo, si puedo obtener un placer dulce y fresco? Y puedo obtenerlo tan dulce y fresco como la miel silvestre que la abeja recoge en el páramo.

—Picará, sabrá amargo, señor.

—¿Cómo lo sabe? Usted nunca lo ha probado. Qué seria, qué solemne se ve. Y es usted tan ignorante en la materia como esta cabeza de camafeo (tomando una de la repisa de la chimenea). No tiene derecho a sermonearme, neófita, que no ha pasado del porche de la vida y desconoce absolutamente sus misterios.

—Solo le recuerdo sus propias palabras, señor. Dijo que el error traía remordimiento, y pronunció el remordimiento como el veneno de la existencia.

—¿Y quién habla de error ahora? Apenas creo que la idea que revoloteó por mi cerebro fuera un error. Creo que fue una inspiración más que una tentación. Fue muy agradable, muy reconfortante, eso lo sé. ¡Aquí viene de nuevo! No es un demonio, se lo aseguro; o si lo es, se ha puesto las vestiduras de un ángel de luz. Creo que debo admitir a un huésped tan hermoso cuando pide entrada a mi corazón.

—Desconfíe de él, señor; no es un verdadero ángel.

—Una vez más, ¿cómo lo sabe? ¿Con qué instinto pretende distinguir entre un serafín caído del abismo y un mensajero del trono eterno, entre un guía y un seductor?

—Juzgué por su semblante, señor, que estaba turbado cuando dijo que la sugerencia había vuelto a usted. Estoy segura de que le causará más miseria si la escucha.

—En absoluto, trae el mensaje más grato del mundo. Por lo demás, no es usted la guardiana de mi conciencia, así que no se inquiete. ¡Ea, entra, hermosa errante!

Dijo esto como si hablara a una visión, invisible para cualquier ojo que no fuera el suyo; luego, cruzando los brazos, que había medio extendido, sobre el pecho, pareció encerrar en su abrazo al ser invisible.

—Ahora —continuó, dirigiéndose de nuevo a mí—, he recibido al peregrino, una deidad disfrazada, como creo firmemente. Ya me ha

hecho bien. Mi corazón era una especie de osario; ahora será un santuario.

—A decir verdad, señor, no le entiendo en absoluto. No puedo seguir la conversación, porque ha superado mi profundidad. Solo sé una cosa: dijo que no era tan bueno como le gustaría ser, y que lamentaba su propia imperfección. Una cosa puedo comprender: insinuó que tener una memoria manchada era una perdición perpetua. Me parece que si se esforzara, con el tiempo encontraría posible llegar a ser lo que usted mismo aprobaría; y que si desde este día comenzara con resolución a corregir sus pensamientos y acciones, en pocos años habría acumulado un nuevo e inmaculado acervo de recuerdos, a los que podría recurrir con placer.

—Justamente pensado; correctamente dicho, señorita Eyre; y, en este momento, estoy pavimentando el infierno con energía.

—¿Señor?

—Estoy sentando buenas intenciones, que creo duraderas como el sílex. Ciertamente, mis compañías y ocupaciones serán otras de las que han sido.

—¿Y mejores?

—Y mejores, tanto mejores como el mineral puro lo es de la escoria inmunda. Parece dudar de mí; yo no dudo de mí mismo. Sé cuál es mi objetivo, cuáles son mis motivos; y en este momento dicto una ley, inalterable como la de los medos y los persas, de que ambos son correctos.

—No pueden serlo, señor, si requieren un nuevo estatuto para legalizarlos.

—Lo son, señorita Eyre, aunque requieran absolutamente un nuevo estatuto. Combinaciones de circunstancias inauditas exigen reglas inauditas.

—Esa suena como una máxima peligrosa, señor; porque se ve de inmediato que es susceptible de abuso.

—¡Sabia sentenciosa! Así es. Pero juro por mis dioses domésticos no abusar de ella.

—Es usted humano y falible.

—Lo soy. También lo es usted. ¿Y qué?

—Lo humano y falible no debería arrogarse un poder que solo puede confiarse con seguridad a lo divino y perfecto.

—¿Qué poder?

—El de decir de cualquier línea de acción extraña y no sancionada: «Que sea correcta».

—«Que sea correcta», las palabras exactas. Las ha pronunciado.

—Que sea correcta, entonces —dije, mientras me levantaba, considerando inútil continuar un discurso que era todo oscuridad para mí; y, además, sensible de que el carácter de mi interlocutor estaba más allá de mi penetración; al menos, más allá de su alcance actual; y sintiendo la incertidumbre, la vaga sensación de inseguridad, que acompaña a una convicción de ignorancia.

—¿Adónde va?

—A acostar a Adèle. Ya pasó su hora de dormir.

—Me tiene miedo, porque hablo como una esfinge.

—Su lenguaje es enigmático, señor. Pero aunque estoy desconcertada, ciertamente no tengo miedo.

—Tiene miedo. Su amor propio teme cometer un error.

—En ese sentido sí me siento aprensiva, no deseo decir tonterías.

—Si las dijera, sería de una manera tan grave y tranquila que las confundiría con sensatez. ¿Nunca ríe, señorita Eyre? No se moleste en responder, veo que ríe rara vez; pero puede reír muy alegremente. Créame, no es usted naturalmente austera, como tampoco yo soy naturalmente vicioso. La contención de Lowood todavía se le adhiere un poco; controlando sus rasgos, amortiguando su voz y restringiendo sus miembros. Y teme, en presencia de un

hombre y un hermano —o padre, o amo, o lo que quiera—, sonreír demasiado alegremente, hablar demasiado libremente o moverse demasiado rápido. Pero, con el tiempo, creo que aprenderá a ser natural conmigo, como yo encuentro imposible ser convencional con usted; y entonces sus miradas y movimientos tendrán más vivacidad y variedad de las que se atreven a ofrecer ahora. Veo a intervalos la mirada de una curiosa especie de pájaro a través de los barrotes apretados de una jaula. Hay allí un cautivo vívido, inquieto, resuelto. Si tan solo fuera libre, se elevaría hasta las nubes. ¿Sigue empeñada en irse?

—Han dado las nueve, señor.

—No importa, espere un minuto. Adèle aún no está lista para irse a la cama. Mi posición, señorita Eyre, con la espalda al fuego y la cara a la habitación, favorece la observación. Mientras hablaba con usted, también he observado ocasionalmente a Adèle (tengo mis propias razones para considerarla un estudio curioso, razones que puedo, no, que le comunicaré algún día). Sacó de su caja, hace unos diez minutos, un pequeño vestido de seda rosa; el éxtasis iluminó su rostro mientras lo desplegaba. La coquetería corre por su sangre, se mezcla con su cerebro y sazona la médula de sus huesos. «Il faut que je l'essaie!», exclamó, «et à l'instant même!». Y salió corriendo de la habitación. Ahora está con Sophie, sometiéndose a un proceso de vestimenta. En pocos minutos volverá a entrar; y sé lo que veré: una miniatura de Céline Varens, como solía aparecer en el escenario al levantarse... Pero no importa eso. Sin embargo, mis sentimientos más tiernos están a punto de recibir un golpe. Tal es mi presentimiento; quédese ahora, para ver si se cumple.

En poco tiempo, se oyó el piececito de Adèle correteando por el vestíbulo. Entró, transformada como su guardián había predicho. Un vestido de satén color de rosa, muy corto y con la falda tan fruncida como podía estar, reemplazó el vestido marrón que había llevado previamente; una guirnalda de capullos de rosa ceñía su frente; sus pies estaban vestidos con medias de seda y pequeñas sandalias de satén blanco.

—Est-ce que ma robe va bien? —exclamó, saltando hacia adelante —; et mes souliers? et mes bas? Tenez, je crois que je vais danser!

Y extendiendo su vestido, hizo un chassé a través de la habitación hasta que, habiendo llegado al señor Rochester, giró ligeramente sobre las puntas de los pies ante él, y luego se arrodilló a sus pies, exclamando:

—Monsieur, je vous remercie mille fois de votre bonté. —Luego, levantándose, añadió—: C'est comme cela que maman faisait, n'est-ce pas, monsieur?

—¡Pre-ci-sa-men-te! —fue la respuesta—. Y, «comme cela», encantó mi oro inglés fuera del bolsillo de mis calzones británicos. Yo también he sido verde, señorita Eyre, sí, verde hierba. Ningún tinte más primaveral la refresca a usted ahora del que una vez me refrescó a mí. Mi primavera se ha ido, sin embargo, pero me ha dejado esa florecilla francesa en mis manos, de la que, en algunos humores, de buena gana me desharía. No valorando ahora la raíz de la que brotó, habiendo descubierto que era de una especie que nada más que polvo de oro podía abonar, solo tengo un aprecio a medias por la flor, especialmente cuando parece tan artificial como ahora mismo. La conservo y la crío más bien por el principio católico romano de expiar numerosos pecados, grandes o pequeños, con una buena obra. Ya le explicaré todo esto algún día. Buenas noches.

Capítulo XV

El señor Rochester, en una ocasión futura, lo explicó. Fue una tarde en que casualmente nos encontró a Adèle y a mí en los terrenos; y

mientras ella jugaba con Pilot y su volante, me pidió que paseara de un lado a otro por una larga avenida de hayas, a la vista de ella.

Dijo entonces que era hija de una bailarina de ópera francesa, Céline Varens, hacia quien él había albergado en otro tiempo lo que llamaba una «grande passion». Esta pasión, Céline había profesado corresponderla con un ardor incluso superior. Él se creía su ídolo, feo como era; creía, según dijo, que ella prefería su «taille d'athlète» a la elegancia del Apolo de Belvedere.

—Y, señorita Eyre, tan halagado me sentí por esta preferencia de la sílfide gala por su gnomo británico, que la instalé en un hotel; le di un completo servicio de criados, un carruaje, cachemiras, diamantes, dentelles, etc. En resumen, comencé el proceso de arruinarme al estilo recibido, como cualquier otro papanatas. No tuve, al parecer, la originalidad de trazar un nuevo camino hacia la vergüenza y la destrucción, sino que seguí el viejo sendero con estúpida exactitud para no desviarme ni una pulgada del centro trillado. Tuve —como merecía tener— el destino de todos los demás papanatas. Ocurrió que una tarde, al visitarla cuando Céline no me esperaba, descubrí su engaño; pero era una noche cálida y yo estaba cansado de pasear por París, así que me senté en su tocador, feliz de respirar el aire consagrado tan recientemente por su presencia. No, exagero; nunca pensé que hubiera ninguna virtud consagradora en ella. Era más bien una especie de perfume de pastilla lo que había dejado; un aroma de almizcle y ámbar, más que un olor a santidad. Apenas empezaba a ahogarme con los vapores de las flores de invernadero y las esencias rociadas, cuando se me ocurrió abrir la ventana y salir al balcón. Había luz de luna y de gas, además, y todo estaba muy quieto y sereno. El balcón estaba amueblado con una o dos sillas; me senté y saqué un cigarro... Sacaré uno ahora, si me disculpa.

Siguió una pausa, ocupada en sacar y encender un cigarro; habiéndoselo colocado en los labios y exhalado una estela de incienso de La Habana en el aire helado y sin sol, continuó:

—También me gustaban los bombones en aquellos días, señorita Eyre, y estaba croquant —(pase por alto el barbarismo)—, croquant confites de chocolate, y fumando alternativamente, mientras observaba los carruajes que rodaban por las calles de moda hacia la ópera cercana, cuando en un elegante coche cerrado tirado por un hermoso par de caballos ingleses, y visto claramente en la brillante noche de la ciudad, reconocí la «voiture» que le había regalado a Céline. Regresaba. Por supuesto, mi corazón latió con impaciencia contra las barandillas de hierro sobre las que me apoyaba. El carruaje se detuvo, como esperaba, en la puerta del hotel; mi llama (esa es la palabra exacta para una inamorata de la ópera) descendió. Aunque envuelta en una capa —una carga innecesaria, por cierto, en una noche de junio tan cálida—, la reconocí al instante por su pequeño pie, que se asomaba por el borde de su vestido mientras saltaba del estribo del carruaje. Inclinándome sobre el balcón, estaba a punto de murmurar «Mon ange» —en un tono, por supuesto, que solo debería ser audible para el oído del amor—, cuando una figura saltó del carruaje tras ella; también con capa, pero era un tacón espoleado el que había resonado en el pavimento, y era una cabeza con sombrero la que ahora pasaba bajo la arqueada porte cochère del hotel.

»Usted nunca ha sentido celos, ¿verdad, señorita Eyre? Por supuesto que no. No necesito preguntárselo, porque nunca ha sentido amor. Aún tiene que experimentar ambos sentimientos. Su alma duerme; aún está por darse la sacudida que la despertará. Usted cree que toda la existencia transcurre en un flujo tan tranquilo como aquel en el que su juventud se ha deslizado hasta ahora. Flotando con los ojos cerrados y los oídos tapados, no ve ni las rocas que se erizan no muy lejos en el lecho de la corriente, ni oye las rompientes hervir en su base. Pero le digo —y puede tomar nota de mis palabras— que algún día llegará a un paso escarpado en el canal, donde toda la corriente de la vida se romperá en torbellino y tumulto, espuma y ruido. O será hecha pedazos contra las puntas de los peñascos, o será levantada y llevada por alguna ola maestra a una corriente más tranquila, como yo ahora.

»Me gusta este día; me gusta ese cielo de acero; me gusta la severidad y la quietud del mundo bajo esta helada. Me gusta Thornfield, su antigüedad, su retiro, sus viejos árboles de grajas y sus espinos, su fachada gris y sus líneas de ventanas oscuras que reflejan ese firmamento metálico. Y sin embargo, ¿cuánto tiempo he aborrecido la sola idea de él, lo he rehuido como a una gran casa apestada? ¡Cómo lo aborrezco todavía...!

Apretó los dientes y guardó silencio. Detuvo su paso y golpeó con la bota el suelo duro. Algún pensamiento odiado parecía tenerlo en sus garras y sujetarlo con tanta fuerza que no podía avanzar.

Estábamos ascendiendo por la avenida cuando se detuvo así; la mansión estaba ante nosotros. Levantando la vista hacia sus almenas, lanzó sobre ellas una mirada como nunca vi antes ni desde entonces. Dolor, vergüenza, ira, impaciencia, asco, detestación, parecieron mantener momentáneamente un conflicto trémulo en la gran pupila que se dilataba bajo su ceja de ébano. Salvaje fue la lucha por ver cuál predominaría; pero otro sentimiento se alzó y triunfó: algo duro y cínico, obstinado y resuelto. Sosegó su pasión y petrificó su semblante. Continuó:

—Durante el momento en que estuve en silencio, señorita Eyre, estaba arreglando un punto con mi destino. Ella estaba allí, junto a ese tronco de haya, una arpía como una de las que se le aparecieron a Macbeth en el páramo de Forres. «¿Te gusta Thornfield?», dijo, levantando el dedo; y luego escribió en el aire un recordatorio, que corría en lúgubres jeroglíficos a lo largo de toda la fachada de la casa, entre la fila superior e inferior de ventanas: «¡Que te guste si puedes! ¡Que te guste si te atreves!».

»«Me gustará», dije; «me atrevo a que me guste»; y (añadió con aire sombrío) «mantendré mi palabra; romperé los obstáculos a la felicidad, a la bondad, sí, a la bondad. Deseo ser un hombre mejor de lo que he sido, de lo que soy. Como el leviatán de Job rompía la lanza, el dardo y la loriga, los impedimentos que otros cuentan como hierro y bronce, yo los estimaré como paja y madera podrida».

Adèle corrió entonces delante de él con su volante.

—¡Fuera! —gritó con dureza—. Mantente a distancia, niña; ¡o entra con Sophie! —Continuando luego su paseo en silencio, me aventuré a recordarle el punto del que se había desviado bruscamente.

—¿Dejó usted el balcón, señor —pregunté—, cuando entró Mdlle. Varens?

Casi esperaba una reprimenda por esta pregunta apenas oportuna, pero, por el contrario, despertando de su ceñuda abstracción, volvió sus ojos hacia mí, y la sombra pareció despejarse de su frente.

—¡Oh, había olvidado a Céline! Bueno, para reanudar. Cuando vi a mi encantadora entrar así, acompañada de un caballero, me pareció oír un siseo, y la serpiente verde de los celos, alzándose en ondulantes espirales desde el balcón iluminado por la luna, se deslizó dentro de mi chaleco y se abrió camino en dos minutos hasta el centro de mi corazón. ¡Extraño! —exclamó, apartándose de nuevo bruscamente del punto—. ¡Extraño que la elija a usted como confidente de todo esto, señorita; sumamente extraño que me escuche tranquilamente, como si fuera la cosa más habitual del mundo que un hombre como yo cuente historias de sus amantes de la ópera a una chica pintoresca e inexperta como usted! Pero la última singularidad explica la primera, como insinué una vez antes: usted, con su gravedad, consideración y cautela, fue hecha para ser la receptora de secretos. Además, sé qué clase de mente he puesto en comunicación con la mía. Sé que es una que no es susceptible de contagiarse. Es una mente peculiar, es una mente única. Felizmente, no tengo intención de dañarla; pero, si lo hiciera, no recibiría daño de mí. Cuanto más conversemos usted y yo, mejor; pues mientras yo no puedo marchitarla, usted puede refrescarme. —Tras esta digresión, prosiguió:

»Permanecí en el balcón. «Vendrán a su tocador, sin duda», pensé. «Permítaseme preparar una emboscada». Así que, metiendo

la mano por la ventana abierta, corrí la cortina sobre ella, dejando solo una abertura a través de la cual pudiera observar. Luego cerré el ventanal, salvo una rendija lo suficientemente ancha como para dar salida a los votos susurrados de los amantes. Luego volví sigilosamente a mi silla; y mientras la ocupaba de nuevo, la pareja entró. Mi ojo se colocó rápidamente en la abertura. Entró la doncella de Céline, encendió una lámpara, la dejó sobre la mesa y se retiró. La pareja se me reveló así claramente. Ambos se quitaron las capas, y allí estaba «la Varens», resplandeciente de satén y joyas —regalos míos, por supuesto—, y allí estaba su compañero con uniforme de oficial; y lo reconocí como un joven roué de vizconde, un joven sin cerebro y vicioso al que a veces había encontrado en sociedad, y al que nunca había pensado en odiar porque lo despreciaba de manera tan absoluta. Al reconocerlo, el colmillo de la serpiente de los Celos se rompió al instante; porque en el mismo momento mi amor por Céline se hundió bajo un apagavelas. Una mujer que podía traicionarme por semejante rival no merecía que se contendiera por ella; solo merecía desprecio; menos, sin embargo, que yo, que había sido su incauto.

»Comenzaron a hablar; su conversación me tranquilizó por completo. Frívola, mercenaria, desalmada y sin sentido, estaba más calculada para cansar que para enfurecer a un oyente. Una tarjeta mía yacía sobre la mesa; al ser percibida, mi nombre fue objeto de discusión. Ninguno de los dos poseía la energía o el ingenio para denigrarme a fondo, pero me insultaron tan groseramente como pudieron a su manera. Especialmente Céline, que incluso se volvió bastante brillante sobre mis defectos personales, deformidades los llamó. Ahora bien, había sido su costumbre lanzarse a una ferviente admiración de lo que llamaba mi «beauté mâle», en lo que difería diametralmente de usted, que me dijo sin rodeos, en la segunda entrevista, que no me consideraba guapo. El contraste me llamó la atención en ese momento y...

Adèle volvió corriendo de nuevo.

—Monsieur, John acaba de venir a decir que su agente ha llamado y desea verlo.

—¡Ah! En ese caso debo abreviar. Abriendo la ventana, entré y los sorprendí. Liberé a Céline de mi protección; le di aviso de que desalojara su hotel; le ofrecí una bolsa para las exigencias inmediatas; hice caso omiso de gritos, histerias, plegarias, protestas, convulsiones. Concerté una cita con el vizconde para un encuentro en el Bois de Boulogne. A la mañana siguiente tuve el placer de encontrarlo; le dejé una bala en uno de sus pobres y enclenques brazos, débil como el ala de un pollo con pepita, y luego pensé que había terminado con toda la pandilla. Pero, por desgracia, la Varens, seis meses antes, me había dado esta filette, Adèle, quien, afirmó ella, era mi hija; y quizás lo sea, aunque no veo pruebas de tan sombría paternidad escritas en su semblante. Pilot se parece más a mí que ella. Unos años después de que yo rompiera con la madre, ella abandonó a su hija y se fugó a Italia con un músico o cantante. No reconocí ningún derecho natural por parte de Adèle a ser mantenida por mí, ni lo reconozco ahora, pues no soy su padre; pero al oír que estaba completamente desamparada, saqué a la pobrecilla del fango y el lodo de París y la trasplanté aquí, para que creciera limpia en el suelo saludable de un jardín campestre inglés. La señora Fairfax la encontró a usted para educarla; pero ahora que sabe que es la descendencia ilegítima de una cantante de ópera francesa, quizás piense de otra manera sobre su puesto y su protegida. Vendrá a verme algún día con la noticia de que ha encontrado otro lugar, de que me ruega que busque una nueva institutriz, etc. ¿Eh?

—No. Adèle no es responsable ni de las faltas de su madre ni de las suyas. Siento aprecio por ella; y ahora que sé que está, en cierto sentido, sin padres —abandonada por su madre y repudiada por usted, señor—, me aferraré más a ella que antes. ¿Cómo podría preferir a la mascota mimada de una familia rica, que odiaría a su institutriz como a una molestia, a una pequeña huérfana solitaria, que se apoya en ella como en una amiga?

—¡Oh, esa es la luz con la que lo ve! Bueno, debo entrar ahora; y usted también. Oscurece.

Pero me quedé fuera unos minutos más con Adèle y Pilot; eché una carrera con ella y jugué un partido de bádminton. Cuando entramos y le hube quitado el gorro y el abrigo, la tomé en mi regazo; la mantuve allí una hora, permitiéndole parlotear a su antojo, sin reprender siquiera algunas pequeñas libertades y trivialidades en las que era propensa a caer cuando se le prestaba mucha atención, y que delataban en ella una superficialidad de carácter, heredada probablemente de su madre, apenas congenial a una mente inglesa. Aun así, tenía sus méritos, y yo estaba dispuesta a apreciar todo lo bueno que había en ella al máximo. Busqué en su semblante y en sus rasgos un parecido con el señor Rochester, pero no encontré ninguno; ningún rasgo, ningún giro de expresión anunciaba parentesco. Era una lástima; si tan solo se hubiera podido demostrar que se parecía a él, habría pensado más en ella.

No fue hasta después de haberme retirado a mi propia cámara por la noche que repasé detenidamente el relato que el señor Rochester me había contado. Como él había dicho, probablemente no había nada extraordinario en la sustancia de la narración en sí: la pasión de un inglés rico por una bailarina francesa y la traición de esta hacia él eran asuntos cotidianos, sin duda, en la sociedad. Pero había algo decididamente extraño en el paroxismo de emoción que se había apoderado de él de repente cuando estaba expresando el contento presente de su ánimo y su recién reavivado placer en la vieja mansión y sus alrededores. Medité con asombro sobre este incidente; pero, abandonándolo gradualmente, al encontrarlo por el momento inexplicable, pasé a considerar la manera de mi amo conmigo. La confianza que había considerado oportuno depositar en mí parecía un tributo a mi discreción; la consideré y la acepté como tal. Su comportamiento hacia mí había sido ahora durante algunas semanas más uniforme que al principio. Nunca parecía estorbarle; no tenía ataques de altivez glacial. Cuando me encontraba inesperadamente, el encuentro parecía bienvenido; siempre tenía una palabra y a veces una sonrisa para mí. Cuando era convocada

por invitación formal a su presencia, era honrada con una cordialidad de recepción que me hacía sentir que realmente poseía el poder de entretenerlo, y que estas conferencias vespertinas eran buscadas tanto para su placer como para mi beneficio.

Yo, en verdad, hablaba comparativamente poco, pero lo oía hablar a él con deleite. Era su naturaleza ser comunicativo; le gustaba abrir a una mente desconocedora del mundo atisbos de sus escenas y costumbres (no me refiero a sus escenas corruptas y costumbres malvadas, sino a aquellas que derivaban su interés de la gran escala en que se representaban, la extraña novedad que las caracterizaba); y yo sentía un agudo deleite en recibir las nuevas ideas que ofrecía, en imaginar los nuevos cuadros que retrataba y en seguirlo en pensamiento a través de las nuevas regiones que revelaba, nunca sobresaltada o turbada por una sola alusión nociva.

La soltura de sus modales me liberaba de una dolorosa restricción. La franqueza amistosa, tan correcta como cordial, con la que me trataba, me atraía hacia él. Sentía a veces como si fuera mi pariente más que mi amo. Sin embargo, a veces todavía era imperioso; pero no me importaba; veía que era su manera de ser. Tan feliz, tan gratificada me sentí con este nuevo interés añadido a la vida, que dejé de anhelar parientes; mi delgada media luna de destino pareció agrandarse; los vacíos de la existencia se llenaron; mi salud corporal mejoró; gané carne y fuerza.

¿Y era ahora el señor Rochester feo a mis ojos? No, lector. La gratitud y muchas asociaciones, todas placenteras y cordiales, hicieron de su rostro el objeto que más me gustaba ver; su presencia en una habitación era más reconfortante que el fuego más brillante. Sin embargo, no había olvidado sus faltas; de hecho, no podía, pues él me las presentaba con frecuencia. Era orgulloso, sardónico, duro con la inferioridad de toda descripción. En el fondo de mi alma sabía que su gran amabilidad conmigo se equilibraba con una injusta severidad hacia muchos otros. También era taciturno; inexplicablemente. Más de una vez, cuando me mandaban a leerle, lo encontraba sentado solo en su biblioteca, con la cabeza inclinada

sobre los brazos cruzados; y, cuando levantaba la vista, un ceño malhumorado, casi maligno, ennegrecía sus facciones. Pero creía que su malhumor, su dureza y sus antiguas faltas de moralidad (digo antiguas, pues ahora parecía corregido de ellas) tenían su origen en algún cruel revés del destino. Creía que era, por naturaleza, un hombre de mejores tendencias, principios más elevados y gustos más puros que los que las circunstancias habían desarrollado, la educación inculcado o el destino fomentado. Pensaba que había excelentes materiales en él, aunque por el momento estaban algo estropeados y enredados. No puedo negar que me apenaba su pena, fuera cual fuera, y habría dado mucho por mitigarla.

Aunque ya había apagado mi vela y estaba acostada en la cama, no podía dormir pensando en su mirada cuando se detuvo en la avenida y contó cómo su destino se había alzado ante él y lo había desafiado a ser feliz en Thornfield.

«¿Por qué no?», me pregunté. «¿Qué lo aleja de la casa? ¿La dejará de nuevo pronto? La señora Fairfax dijo que rara vez se quedaba aquí más de quince días seguidos; y ahora lleva ocho semanas de residencia. Si se va, el cambio será desolador. Supongamos que estuviera ausente en primavera, verano y otoño. ¡Qué desprovistos de alegría parecerán el sol y los días buenos!».

Apenas sé si me había dormido o no después de esta meditación; en cualquier caso, me desperté de golpe al oír un vago murmullo, peculiar y lúgubre, que sonó, me pareció, justo encima de mí. Deseé haber mantenido mi vela encendida; la noche era tristemente oscura; mi ánimo estaba deprimido. Me levanté y me senté en la cama, escuchando. El sonido se había acallado.

Intenté de nuevo dormir; pero mi corazón latía con ansiedad; mi tranquilidad interior se había roto. El reloj, muy abajo en el vestíbulo, dio las dos. Justo entonces me pareció que tocaban la puerta de mi cámara, como si unos dedos hubieran barrido los paneles buscando a tientas un camino por la galería oscura de fuera. Dije: «¿Quién está ahí?». Nada respondió. Me quedé helada de miedo.

De repente recordé que podría ser Pilot, quien, cuando la puerta de la cocina quedaba abierta por casualidad, no con poca frecuencia encontraba el camino hasta el umbral de la cámara del señor Rochester. Yo misma lo había visto yacer allí por las mañanas. La idea me calmó un poco; me acosté. El silencio serena los nervios; y como una quietud ininterrumpida reinaba ahora de nuevo en toda la casa, comencé a sentir el regreso del sueño. Pero no estaba destinado que yo durmiera esa noche. Apenas se había acercado un sueño a mi oído, cuando huyó despavorido, asustado por un incidente que helaba la médula.

Fue una risa demoníaca —baja, reprimida y profunda—, proferida, al parecer, en el mismo ojo de la cerradura de la puerta de mi cámara. La cabecera de mi cama estaba cerca de la puerta, y al principio pensé que el reidor duende estaba junto a mi lecho, o más bien, agazapado junto a mi almohada. Pero me levanté, miré a mi alrededor y no pude ver nada; mientras, mientras seguía mirando, el sonido antinatural se reiteró, y supe que venía de detrás de los paneles. Mi primer impulso fue levantarme y echar el cerrojo; el siguiente, volver a gritar: «¿Quién está ahí?».

Algo gorgoteó y gimió. Al poco rato, unos pasos se retiraron por la galería hacia la escalera del tercer piso. Recientemente se había hecho una puerta para cerrar esa escalera; la oí abrirse y cerrarse, y todo quedó en silencio.

«¿Era esa Grace Poole? ¿Y está poseída por un demonio?», pensé. Imposible ahora permanecer más tiempo sola. Debo ir con la señora Fairfax. Me puse apresuradamente mi vestido y un chal; quité el cerrojo y abrí la puerta con mano temblorosa. Había una vela encendida justo fuera, sobre la estera de la galería. Me sorprendió esta circunstancia, pero aún más me asombró percibir el aire bastante denso, como lleno de humo; y, mientras miraba a derecha e izquierda para encontrar de dónde provenían estas volutas azules, me di cuenta además de un fuerte olor a quemado.

Algo crujió. Era una puerta entornada; y esa puerta era la del señor Rochester, y el humo salía en una nube de allí. No pensé más

en la señora Fairfax; no pensé más en Grace Poole, ni en la risa. En un instante, estaba dentro de la cámara. Lenguas de fuego danzaban alrededor de la cama; las cortinas estaban en llamas. En medio del resplandor y el vapor, el señor Rochester yacía inmóvil, en un sueño profundo.

—¡Despierte! ¡Despierte! —grité. Lo sacudí, pero solo murmuró y se giró; el humo lo había aturdido. No se podía perder ni un momento. Las propias sábanas estaban empezando a arder. Corrí a su palangana y su jarra; afortunadamente, una era ancha y la otra profunda, y ambas estaban llenas de agua. Las levanté, anegué la cama y a su ocupante, volé de regreso a mi propia habitación, traje mi propia jarra de agua, bauticé el lecho de nuevo y, con la ayuda de Dios, logré extinguir las llamas que lo estaban devorando.

El siseo del elemento sofocado, la rotura de una jarra que arrojé de mi mano cuando la hube vaciado y, sobre todo, el chapoteo de la ducha que le había prodigado generosamente, despertaron por fin al señor Rochester. Aunque ahora estaba oscuro, supe que estaba despierto, porque lo oí fulminando extraños anatemas al encontrarse yaciendo en un charco de agua.

—¿Hay una inundación? —gritó.

—No, señor —respondí—; pero ha habido un incendio. Levántese, por favor; ya está usted apagado. Le traeré una vela.

—En nombre de todos los duendes de la cristiandad, ¿es esa Jane Eyre? —demandó—. ¿Qué has hecho conmigo, bruja, hechicera? ¿Quién hay en la habitación además de ti? ¿Has conspirado para ahogarme?

—Le traeré una vela, señor; y, en el nombre del Cielo, levántese. Alguien ha conspirado algo; no puede descubrir demasiado pronto quién y qué es.

—¡Ea! Ya estoy levantado; pero a tu propio riesgo traigas una vela todavía. Espera dos minutos a que me ponga alguna ropa seca, si es que hay alguna seca. Sí, aquí está mi bata. ¡Ahora corre!

Corrí; traje la vela que aún quedaba en la galería. La tomó de mi mano, la alzó y examinó la cama, toda ennegrecida y chamuscada, las sábanas empapadas, la alfombra alrededor nadando en agua.

—¿Qué es? ¿Y quién lo hizo? —preguntó.

Le relaté brevemente lo que había ocurrido: la extraña risa que había oído en la galería; los pasos que subían al tercer piso; el humo, el olor a fuego que me había conducido a su habitación; en qué estado había encontrado las cosas allí, y cómo lo había anegado con toda el agua de la que pude echar mano.



Él escuchó muy gravemente; su rostro, a medida que yo avanzaba, expresaba más preocupación que asombro. No habló de inmediato cuando hube concluido.

—¿Llamo a la señora Fairfax? —pregunté.

—¿La señora Fairfax? No. ¿Para qué diablos la llamaría? ¿Qué puede hacer ella? Déjela dormir sin ser molestada.

—Entonces traeré a Leah y despertaré a John y a su esposa.

—En absoluto. Quédese quieta. Lleva un chal. Si no tiene suficiente calor, puede coger mi capa de allí; envuélvase en ella y siéntese en el sillón. Ea, se la pondré. Ahora coloque los pies en el taburete, para mantenerlos fuera de lo mojado. Voy a dejarla unos minutos. Me llevaré la vela. Permanezca donde está hasta que yo vuelva; quieta como un ratón. Debo hacer una visita al segundo piso. No se mueva, recuerde, ni llame a nadie.

Se fue. Observé cómo se retiraba la luz. Subió por la galería muy suavemente, abrió la puerta de la escalera con el menor ruido posible, la cerró tras de sí y el último rayo se desvaneció. Me quedé en total oscuridad. Escuché en busca de algún ruido, pero no oí nada. Pasó mucho tiempo. Me cansé. Hacía frío, a pesar de la capa; y además, no veía la utilidad de quedarme, ya que no debía despertar a la casa. Estaba a punto de arriesgarme al disgusto del señor Rochester desobedeciendo sus órdenes, cuando la luz volvió a brillar débilmente en la pared de la galería y oí sus pies descalzos pisar la estera. «Espero que sea él», pensé, «y no algo peor».

Volvió a entrar, pálido y muy sombrío.

—Lo he descubierto todo —dijo, dejando la vela en el lavabo—. Es como pensaba.

—¿Cómo, señor?

No respondió, sino que permaneció con los brazos cruzados, mirando al suelo. Al cabo de unos minutos, inquirió con un tono bastante peculiar:

—He olvidado si dijo usted que vio algo cuando abrió la puerta de su cámara.

—No, señor, solo el candelero en el suelo.

—¿Pero oyó una risa extraña? Habrá oído esa risa antes, creo, o algo parecido.

—Sí, señor. Hay una mujer que cose aquí, llamada Grace Poole; ella ríe de esa manera. Es una persona singular.

—Exacto. Grace Poole, lo ha adivinado. Es, como usted dice, singular, muy singular. Bueno, reflexionaré sobre el asunto. Mientras tanto, me alegro de que sea usted la única persona, además de mí, que conoce los detalles precisos del incidente de esta noche. No es usted una tonta parlanchina. No diga nada al respecto. Yo daré cuenta de este estado de cosas (señalando la cama). Y ahora, vuelva a su habitación. Me las arreglaré muy bien en el sofá de la biblioteca por el resto de la noche. Son casi las cuatro; en dos horas los criados estarán levantados.

—Buenas noches, entonces, señor —dije, marchándome.

Pareció sorprendido, de manera muy inconsistente, ya que acababa de decirme que me fuera.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿Ya me abandona, y de esa manera?

—Usted dijo que podía irme, señor.

—Pero no sin despedirse; no sin una o dos palabras de reconocimiento y buena voluntad. No, en resumen, de esa manera breve y seca. ¡Vamos, me ha salvado la vida! ¡Me ha arrancado de una muerte horrible y atroz! ¡Y pasa a mi lado como si fuéramos dos extraños! Al menos, déme la mano.

Extendió la mano; yo le di la mía. La tomó primero en una, luego en las dos suyas.

—Me ha salvado la vida. Siento un placer en deberle una deuda tan inmensa. No puedo decir más. Ningún otro ser que exista me habría sido tolerable en el carácter de acreedor por tal obligación. Pero usted... es diferente. No siento sus beneficios como una carga, Jane.

Hizo una pausa; me miró fijamente. Unas palabras casi visibles temblaron en sus labios, pero su voz fue contenida.

—Buenas noches de nuevo, señor. No hay deuda, ni beneficio, ni carga, ni obligación en este caso.

—Sabía —continuó— que me haría bien de alguna manera, en algún momento. Lo vi en sus ojos cuando la vi por primera vez. Su expresión y su sonrisa no... (de nuevo se detuvo)... no (prosiguió apresuradamente) golpearon mi corazón más íntimo con deleite por nada. La gente habla de simpatías naturales; he oído hablar de genios buenos. Hay granos de verdad en la fábula más descabellada. ¡Mi querida salvadora, buenas noches!

Había una extraña energía en su voz, un extraño fuego en su mirada.

—Me alegro de haber estado despierta por casualidad —dije; y luego me disponía a irme.

—¡Cómo! ¿Se va a ir?

—Tengo frío, señor.

—¿Frío? Sí, ¡y de pie en un charco! Váyase, entonces, Jane; ¡váyase! —Pero aún retenía mi mano, y no pude liberarla. Se me ocurrió un expediente.

—Creo que oigo a la señora Fairfax moverse, señor —dije.

—Bueno, déjeme. —Relajó los dedos y me fui.

Volví a mi lecho, pero ni pensé en dormir. Hasta que amaneció, fui zarandeada en un mar boyante pero inquieto, donde olas de zozobra rodaban bajo oleadas de alegría. A veces creía ver más allá de sus aguas salvajes una orilla, dulce como las colinas de Beulah; y de vez en cuando un viento fresco, despertado por la esperanza, llevaba mi espíritu triunfalmente hacia el destino. Pero no podía alcanzarlo, ni siquiera en la fantasía; una brisa contraria soplaba desde tierra y me empujaba continuamente hacia atrás. El sentido se resistía al delirio;

el juicio advertía a la pasión. Demasiado febril para descansar, me levanté tan pronto como amaneció.

Capítulo XVI

Deseaba y temía a la vez ver al señor Rochester el día que siguió a esta noche de insomnio. Quería oír su voz de nuevo, pero temía encontrarme con su mirada. Durante la primera parte de la mañana, esperé momentáneamente su llegada; no tenía la costumbre frecuente de entrar en el aula, pero a veces pasaba por unos minutos, y tuve la impresión de que estaba seguro de visitarla ese día.

Pero la mañana transcurrió como de costumbre. Nada sucedió que interrumpiera el tranquilo curso de los estudios de Adèle; solo que poco después del desayuno, oí cierto ajetreo en las cercanías de la cámara del señor Rochester, la voz de la señora Fairfax y la de Leah, y la de la cocinera —es decir, la esposa de John— e incluso los tonos roncos del propio John. Hubo exclamaciones de «¡Qué suerte que el amo no se quemara en su cama!», «Siempre es peligroso dejar una vela encendida por la noche», «¡Qué providencial que tuviera la presencia de ánimo de pensar en la jarra de agua!», «¡Me pregunto por qué no despertó a nadie!», «Es de esperar que no se resfríe durmiendo en el sofá de la biblioteca», etc.

A mucha confabulación le siguió un sonido de fregar y poner en orden; y cuando pasé por la habitación, al bajar a cenar, vi por la puerta abierta que todo había sido restaurado de nuevo al completo orden; solo la cama estaba despojada de sus cortinajes. Leah estaba de pie en el asiento de la ventana, frotando los cristales empañados

por el humo. Estaba a punto de dirigirme a ella, pues deseaba saber qué versión se había dado del asunto; pero, al avanzar, vi a una segunda persona en la cámara: una mujer sentada en una silla junto a la cama, cosiendo anillas a unas cortinas nuevas. Esa mujer no era otra que Grace Poole.

Allí estaba sentada, de aspecto serio y taciturno, como de costumbre, con su vestido de estameña marrón, su delantal de cuadros, su pañuelo blanco y su cofia. Estaba absorta en su trabajo, en el que todos sus pensamientos parecían concentrados. En su frente dura y en sus rasgos comunes no había nada ni de la palidez ni de la desesperación que uno esperaría ver marcando el semblante de una mujer que había intentado un asesinato, y cuya víctima intencionada la había seguido la noche anterior a su guarida y (como yo creía), la había acusado del crimen que deseaba perpetrar. Estaba asombrada, confundida. Ella levantó la vista mientras yo todavía la miraba: ningún sobresalto, ningún aumento o pérdida de color delataba emoción, conciencia de culpa o miedo a ser descubierta. Dijo «Buenos días, señorita», a su manera flemática y breve de siempre; y tomando otra anilla y más cinta, continuó con su costura.

«La someteré a alguna prueba», pensé. «Tal impenetrabilidad absoluta es incomprensible».

—Buenos días, Grace —dije—. ¿Ha pasado algo aquí? Creí oír a todos los criados hablando juntos hace un rato.

—Solo que el amo había estado leyendo en su cama anoche; se quedó dormido con la vela encendida y las cortinas se incendiaron; pero, afortunadamente, se despertó antes de que las sábanas o la madera prendieran, y se las arregló para apagar las llamas con el agua de la jarra.

—¡Un asunto extraño! —dije, en voz baja; luego, mirándola fijamente—: ¿El señor Rochester no despertó a nadie? ¿Nadie lo oyó moverse?

Ella volvió a levantar los ojos hacia mí, y esta vez había algo de conciencia en su expresión. Pareció examinarme con cautela; luego

respondió:

—Los criados duermen tan lejos, ya sabe, señorita, que no sería probable que oyeran. La habitación de la señora Fairfax y la suya son las más cercanas a la del amo; pero la señora Fairfax dijo que no oyó nada. Cuando la gente envejece, a menudo duerme profundamente. —Hizo una pausa y luego añadió, con una especie de indiferencia fingida, pero aún en un tono marcado y significativo —: Pero usted es joven, señorita; y yo diría que de sueño ligero. ¿Quizás oyó usted algún ruido?

—Sí, lo oí —dije, bajando la voz, para que Leah, que todavía estaba puliendo los cristales, no pudiera oírme—, y al principio pensé que era Pilot; pero Pilot no puede reír. Y estoy segura de que oí una risa, y una risa extraña.

Tomó una nueva aguja llena de hilo, la enceró cuidadosamente, enhebró su aguja con mano firme y luego observó, con perfecta compostura:

—Es poco probable que el amo se riera, creo yo, señorita, cuando estaba en tal peligro. Habrá estado soñando.

—No estaba soñando —dije, con cierto ardor, pues su descarada frialdad me provocaba. De nuevo me miró; y con el mismo ojo escrutador y consciente.

—¿Le ha dicho al amo que oyó una risa? —inquirió.

—No he tenido la oportunidad de hablar con él esta mañana.

—¿No se le ocurrió abrir la puerta y mirar a la galería? —preguntó además.

Parecía estar interrogándome, intentando sacarme información sin que me diera cuenta. Se me ocurrió la idea de que si descubría que yo sabía o sospechaba su culpabilidad, me haría alguna de sus malignas jugarretas. Pensé que era aconsejable estar en guardia.

—Al contrario —dije—, eché el cerrojo de mi puerta.

—¿Entonces no tiene la costumbre de echar el cerrojo de su puerta todas las noches antes de acostarse?

«¡Demonio! ¡Quiere conocer mis hábitos, para poder trazar sus planes en consecuencia!». La indignación volvió a prevalecer sobre la prudencia. Respondí bruscamente:

—Hasta ahora he omitido a menudo echar el cerrojo; no lo creía necesario. No era consciente de que hubiera que temer ningún peligro o molestia en Thornfield Hall; pero en el futuro (y puse un marcado énfasis en las palabras) tendré mucho cuidado de asegurarlo todo antes de aventurarme a acostarme.

—Será sabio hacerlo —fue su respuesta—. Esta vecindad es tan tranquila como cualquiera que conozco, y nunca he oído que la mansión haya sido asaltada por ladrones desde que es una casa; aunque hay cientos de libras en plata en el armario de la platería, como es bien sabido. Y ya ve, para una casa tan grande, hay muy pocos criados, porque el amo nunca ha vivido mucho aquí; y cuando viene, siendo soltero, necesita poco servicio. Pero siempre pienso que es mejor pecar de precavida; una puerta se cierra pronto, y es bueno tener un cerrojo echado entre una y cualquier mal que pueda haber por ahí. Mucha gente, señorita, es de confiarlo todo a la Providencia; pero yo digo que la Providencia no prescindirá de los medios, aunque a menudo los bendice cuando se usan con discreción. —Y aquí cerró su arenga, larga para ella, y pronunciada con la modestia de una cuáquera.

Todavía estaba absolutamente estupefacta ante lo que me parecía su milagrosa compostura y su hipocresía de lo más inescrutable, cuando entró la cocinera.

—Señora Poole —dijo, dirigiéndose a Grace—, la cena de los criados estará lista pronto. ¿Quiere bajar?

—No; ponga mi pinta de cerveza negra y mi trozo de pudin en una bandeja, y lo subiré.

—¿Quiere un poco de carne?

—Solo un bocado, y una pizca de queso, eso es todo.

—¿Y el sagú?

—No se preocupe por ahora; bajaré antes de la hora del té, lo haré yo misma.

La cocinera se volvió entonces hacia mí, diciendo que la señora Fairfax me estaba esperando; así que me marché.

Apenas oí el relato de la señora Fairfax sobre el incendio de las cortinas durante la cena, tan ocupada estaba rompiéndome la cabeza con el enigmático carácter de Grace Poole, y más aún reflexionando sobre el problema de su posición en Thornfield y preguntándome por qué no había sido puesta bajo custodia esa mañana, o, como mínimo, despedida del servicio de su amo. Él casi había declarado su convicción de la criminalidad de ella la noche anterior. ¿Qué causa misteriosa le impedía acusarla? ¿Por qué me había impuesto a mí también el secreto? Era extraño: un caballero audaz, vengativo y altivo parecía de alguna manera en poder de una de las más humildes de sus dependientas; tanto en su poder que, incluso cuando ella levantó la mano contra su vida, no se atrevió a acusarla abiertamente del intento, y mucho menos a castigarla por ello.

Si Grace hubiera sido joven y guapa, me habría sentido tentada a pensar que sentimientos más tiernos que la prudencia o el miedo influían en el señor Rochester en su favor; pero, poco agraciada y de aspecto maternal como era, la idea no podía ser admitida. «Sin embargo», reflexioné, «ha sido joven una vez; su juventud sería contemporánea a la de su amo. La señora Fairfax me dijo una vez que había vivido aquí muchos años. No creo que haya sido nunca guapa; pero, por lo que sé, puede poseer originalidad y fuerza de carácter para compensar la falta de ventajas personales. El señor Rochester es un aficionado a lo decidido y excéntrico. Grace es excéntrica, al menos. ¿Y si un capricho anterior (un antojo muy posible en una naturaleza tan súbita y testaruda como la suya) lo ha entregado a su poder, y ahora ella ejerce sobre sus acciones una

influencia secreta, resultado de su propia indiscreción, de la que no puede deshacerse y no se atreve a ignorar?». Pero, habiendo llegado a este punto de conjetura, la figura cuadrada y plana de la señora Poole, y su rostro poco agraciado, seco, incluso tosco, volvieron tan claramente a mi ojo mental que pensé: «No; ¡imposible! Mi suposición no puede ser correcta». «Sin embargo», sugirió la voz secreta que nos habla en nuestros propios corazones, «tú tampoco eres hermosa, y quizás el señor Rochester te apruebe; en cualquier caso, a menudo has sentido como si lo hiciera; y anoche... recuerda sus palabras; recuerda su mirada; recuerda su voz».

Recordaba bien todo; lenguaje, mirada y tono parecían en ese momento vívidamente renovados. Estaba ahora en el aula; Adèle dibujaba. Me incliné sobre ella y dirigí su lápiz. Levantó la vista con una especie de sobresalto.

—Qu'avez-vous, mademoiselle? —dijo—. Vos doigts tremblent comme la feuille, et vos joues sont rouges: mais, rouges comme des cerises!

—¡Tengo calor, Adèle, de estar inclinada! —Ella siguió dibujando; yo seguí pensando.

Me apresuré a expulsar de mi mente la odiosa noción que había estado concibiendo respecto a Grace Poole; me repugnaba. Me comparé con ella y descubrí que éramos diferentes. Bessie Leaven había dicho que yo era toda una dama, y decía la verdad: era una dama. Y ahora me veía mucho mejor que cuando Bessie me vio; tenía más color y más carne, más vida, más vivacidad, porque tenía esperanzas más brillantes y goces más agudos.

«Se acerca la tarde», dije, mientras miraba hacia la ventana. «No he oído la voz ni los pasos del señor Rochester en la casa hoy; pero seguramente lo veré antes de la noche. Temía el encuentro por la mañana; ahora lo deseo, porque la expectativa se ha frustrado tanto tiempo que se ha vuelto impaciente».

Cuando el crepúsculo realmente se cerró, y cuando Adèle me dejó para ir a jugar al cuarto de los niños con Sophie, lo deseé con la

mayor intensidad. Escuché a que sonara la campanilla abajo; escuché a que Leah subiera con un mensaje; a veces me parecía oír los propios pasos del señor Rochester, y me volvía hacia la puerta, esperando que se abriera y lo admitiera. La puerta permaneció cerrada; solo la oscuridad entraba por la ventana. Aún no era tarde; a menudo me mandaba llamar a las siete y a las ocho, y todavía no eran más que las seis. ¡Seguramente no me sentiría completamente decepcionada esta noche, cuando tenía tantas cosas que decirle! Quería volver a introducir el tema de Grace Poole y oír lo que él respondería; quería preguntarle claramente si realmente creía que había sido ella quien había hecho el espantoso intento de la noche anterior; y si era así, por qué mantenía en secreto su maldad. Poco importaba si mi curiosidad lo irritaba; conocía el placer de exasperarlo y calmarlo por turnos; era uno en el que me deleitaba principalmente, y un instinto seguro siempre me impedía ir demasiado lejos; más allá del límite de la provocación nunca me aventuraba; en el borde extremo me gustaba probar mi habilidad. Conservando toda forma de respeto, toda propiedad de mi posición, aún podía enfrentarme a él en una discusión sin miedo ni incómoda restricción; esto nos convenía a ambos.

Unos pasos crujieron en la escalera por fin. Leah hizo su aparición; pero solo para comunicar que el té estaba listo en la habitación de la señora Fairfax. Allí me dirigí, contenta al menos de bajar, pues eso me acercaba, imaginaba, a la presencia del señor Rochester.

—Debe de querer su té —dijo la buena dama, mientras me unía a ella—. Comió tan poco en la cena. Me temo —continuó— que no se encuentra bien hoy; parece sonrojada y febril.

—¡Oh, completamente bien! Nunca me he sentido mejor.

—Entonces debe demostrarlo mostrando un buen apetito. ¿Quiere llenar la tetera mientras termino esta aguja? —Habiendo completado su tarea, se levantó para bajar la persiana, que hasta ahora había mantenido subida, supongo, para aprovechar al máximo la luz del día, aunque el crepúsculo se estaba convirtiendo rápidamente en oscuridad total.

—Hace bueno esta noche —dijo, mientras miraba a través de los cristales—, aunque no hay estrellas. El señor Rochester, en general, ha tenido un día favorable para su viaje.

—¡Viaje! ¿Se ha ido el señor Rochester a alguna parte? No sabía que estaba fuera.

—¡Oh, partió en el momento en que desayunó! Se ha ido a Leas, la propiedad del señor Eshton, a diez millas al otro lado de Millcote. Creo que hay una gran fiesta reunida allí; Lord Ingram, Sir George Lynn, el Coronel Dent y otros.

—¿Lo espera de vuelta esta noche?

—No, ni mañana tampoco. Creo que es muy probable que se quede una semana o más. Cuando esta gente distinguida y a la moda se reúne, están tan rodeados de elegancia y alegría, tan bien provistos de todo lo que puede complacer y entretener, que no tienen prisa por separarse. Los caballeros, especialmente, suelen ser muy solicitados en tales ocasiones; y el señor Rochester es tan talentoso y tan animado en sociedad que creo que es un favorito general. Las damas le tienen mucho aprecio, aunque no pensaría usted que su apariencia está calculada para recomendarlo particularmente a sus ojos; pero supongo que sus conocimientos y habilidades, quizás su riqueza y su buena cuna, compensan cualquier pequeño defecto de aspecto.

—¿Hay damas en Leas?

—Están la señora Eshton y sus tres hijas, unas jóvenes muy elegantes, por cierto; y están las Honorables Blanche y Mary Ingram, mujeres hermosísimas, supongo. De hecho, he visto a Blanche, hace seis o siete años, cuando era una muchacha de dieciocho. Vino aquí a un baile y fiesta de Navidad que dio el señor Rochester. ¡Debería haber visto el comedor ese día, qué ricamente estaba decorado, qué brillantemente iluminado! Creo que había cincuenta damas y caballeros presentes, todos de las primeras familias del condado; y la señorita Ingram fue considerada la belleza de la noche.

—La vio, dice usted, señora Fairfax. ¿Cómo era?

—Sí, la vi. Las puertas del comedor se abrieron de par en par; y, como era Navidad, se permitió a los criados reunirse en el vestíbulo para oír a algunas de las damas cantar y tocar. El señor Rochester me hizo entrar, y me senté en un rincón tranquilo y los observé. Nunca vi una escena más espléndida. Las damas estaban magníficamente vestidas; la mayoría de ellas, al menos la mayoría de las más jóvenes, parecían guapas; pero la señorita Ingram era ciertamente la reina.

—¿Y cómo era?

—Alta, de hermoso busto, hombros caídos; cuello largo y grácil; tez aceitunada, oscura y clara; rasgos nobles; ojos bastante parecidos a los del señor Rochester, grandes y negros, y tan brillantes como sus joyas. Y además tenía una cabellera preciosa; negro como el cuervo y tan bien arreglada: una corona de gruesas trenzas detrás, y delante, los rizos más largos y lustrosos que he visto jamás. Iba vestida de blanco puro; un pañuelo de color ámbar le pasaba por el hombro y cruzaba su pecho, atado a un lado y descendiendo en largos extremos con flecos por debajo de la rodilla. Llevaba también una flor de color ámbar en el pelo; contrastaba bien con la masa de azabache de sus rizos.

—Fue muy admirada, por supuesto.

—Sí, por supuesto; y no solo por su belleza, sino por sus habilidades. Fue una de las damas que cantó; un caballero la acompañó al piano. Ella y el señor Rochester cantaron un dúo.

—¿El señor Rochester? No sabía que supiera cantar.

—¡Oh! Tiene una hermosa voz de bajo y un excelente gusto para la música.

—¿Y la señorita Ingram, qué clase de voz tenía?

—Una muy rica y potente. Cantaba deliciosamente; era un placer escucharla. Y después tocó. No soy juez de música, pero el señor Rochester sí; y le oí decir que su ejecución era notablemente buena.

—¿Y esta dama hermosa y culta aún no está casada?

—Parece que no. Me imagino que ni ella ni su hermana tienen grandes fortunas. Las propiedades del viejo Lord Ingram estaban principalmente vinculadas, y el hijo mayor se quedó con casi todo.

—Pero me pregunto por qué ningún noble o caballero rico se ha encaprichado de ella. El señor Rochester, por ejemplo. Él es rico, ¿no es así?

—¡Oh, sí! Pero ya ve, hay una considerable diferencia de edad. El señor Rochester tiene casi cuarenta años; ella solo veinticinco.

—¿Y qué? Todos los días se celebran matrimonios más desiguales.

—Cierto. Sin embargo, apenas me imagino que el señor Rochester albergue una idea de ese tipo. Pero no come usted nada; apenas ha probado desde que empezó a tomar el té.

—No; tengo demasiada sed para comer. ¿Me permite otra taza?

Estaba a punto de volver a la probabilidad de una unión entre el señor Rochester y la hermosa Blanche; pero Adèle entró y la conversación se desvió hacia otro canal.

Una vez más sola, repasé la información que había obtenido; miré en mi corazón, examiné sus pensamientos y sentimientos, y me esforcé por traer de vuelta con mano estricta a aquellos que habían estado vagando por el yermo ilimitado e intransitable de la imaginación, al redil seguro del sentido común.

Sometida a juicio en mi propio tribunal, habiendo dado la Memoria su testimonio de las esperanzas, deseos y sentimientos que había estado albergando desde la noche anterior —del estado de ánimo general en el que me había complacido durante casi una quincena—; habiendo comparecido la Razón y contado, a su manera tranquila, una historia sencilla y sin adornos, mostrando cómo había rechazado lo real y devorado rabiosamente lo ideal, pronuncié sentencia a este efecto:

Que una tonta más grande que Jane Eyre nunca había respirado el aliento de la vida; que una idiota más fantástica nunca se había hartado de dulces mentiras y tragado veneno como si fuera néctar.

«¿Tú», me dije, «una favorita del señor Rochester? ¿Tú, dotada del poder de complacerle? ¿Tú, de importancia para él de alguna manera? ¡Vamos! Tu locura me enferma. Y has obtenido placer de muestras ocasionales de preferencia, muestras equívocas mostradas por un caballero de familia y un hombre de mundo a una dependienta y una novicia. ¿Cómo te atreviste? ¡Pobre estúpida incauta! ¿Ni siquiera el interés propio pudo hacerte más sabia? ¿Te repetiste a ti misma esta mañana la breve escena de anoche? ¡Cúbrete la cara y avergüénzate! Dijo algo en elogio de tus ojos, ¿verdad? ¡Cachorra ciega! ¡Abre tus párpados legañosos y mira tu propia y maldita insensatez! No le hace bien a ninguna mujer ser halagada por su superior, que no puede tener la intención de casarse con ella; y es una locura en todas las mujeres dejar que un amor secreto se encienda en su interior, el cual, si no es correspondido y es desconocido, debe devorar la vida que lo alimenta; y, si es descubierto y correspondido, debe conducir, como un fuego fatuo, a ciénagas de las que no hay escapatoria.

»Escucha, entonces, Jane Eyre, tu sentencia: mañana, coloca el espejo ante ti y dibuja en tiza tu propio retrato, fielmente, sin suavizar un solo defecto; no omitas ninguna línea dura, no alises ninguna irregularidad desagradable; escribe debajo: "Retrato de una Institutriz, sin lazos, pobre y sencilla".

»Después, toma una pieza de marfil liso —tienes una preparada en tu caja de dibujo—; toma tu paleta, mezcla tus tintes más frescos, más finos, más claros; elige tus pinceles de pelo de camello más delicados; delinea cuidadosamente el rostro más encantador que puedas imaginar; píntalo con tus tonos más suaves y tus líneas más dulces, según la descripción dada por la señora Fairfax de Blanche Ingram; recuerda los rizos de cuervo, el ojo oriental. ¡Cómo! ¿Vuelves al señor Rochester como modelo? ¡Orden! ¡Nada de lloriqueos! ¡Nada de sentimentalismos! ¡Nada de lamentos! Solo

toleraré el sentido y la resolución. Recuerda los rasgos augustos pero armoniosos, el cuello y el busto griegos; que el brazo redondo y deslumbrante sea visible, y la mano delicada; no omitas ni el anillo de diamantes ni el brazalete de oro; retrata fielmente el atuendo, encaje etéreo y satén reluciente, pañuelo grácil y rosa dorada; llámalo "Blanche, una dama de rango y culta".

»Siempre que, en el futuro, te imagines que el señor Rochester piensa bien de ti, saca estos dos cuadros y compáralos. Di: "El señor Rochester podría probablemente ganar el amor de esa noble dama, si decidiera esforzarse por ello; ¿es probable que desperdiciara un pensamiento serio en esta plebeya indigente e insignificante?".»

«Lo haré», resolví. Y habiendo formulado esta determinación, me calmé y me quedé dormida.

Mantuve mi palabra. Una o dos horas fueron suficientes para esbozar mi propio retrato a lápiz; y en menos de quince días había completado una miniatura de marfil de una imaginaria Blanche Ingram. Parecía un rostro bastante encantador, y cuando se comparaba con la cabeza real en tiza, el contraste era tan grande como el autocontrol podía desear. Obtuve beneficio de la tarea: había mantenido mi cabeza y mis manos ocupadas, y había dado fuerza y fijeza a las nuevas impresiones que deseaba estampar indeleblemente en mi corazón.

En poco tiempo, tuve motivos para felicitarme por el curso de la saludable disciplina a la que así había forzado a someterse a mis sentimientos. Gracias a ella, pude afrontar los acontecimientos posteriores con una calma decente que, de haberme encontrado desprevenida, probablemente habría sido incapaz de mantener, ni siquiera exteriormente.

Capítulo XVII

Pasó una semana y no llegaron noticias del señor Rochester. Diez días, y aún no venía. La señora Fairfax dijo que no le sorprendería que fuera directamente de Leas a Londres, y de allí al Continente, y no volviera a mostrar su rostro por Thornfield en un año; no con poca frecuencia lo había abandonado de una manera igualmente abrupta e inesperada. Cuando oí esto, empecé a sentir un extraño frío y desfallecimiento en el corazón. De hecho, me estaba permitiendo experimentar una enfermiza sensación de decepción; pero, recobrando el juicio y recordando mis principios, puse inmediatamente en orden mis sensaciones; y fue maravilloso cómo superé el desliz temporal, cómo aclaré el error de suponer que los movimientos del señor Rochester eran un asunto en el que yo tuviera alguna causa para tomar un interés vital. No es que me humillara con una noción servil de inferioridad; al contrario, simplemente dije:

«No tienes nada que ver con el amo de Thornfield, más allá de recibir el salario que te da por enseñar a su protegida, y de estar agradecida por el trato respetuoso y amable que, si cumples con tu deber, tienes derecho a esperar de sus manos. Asegúrate de que ese es el único lazo que él reconoce seriamente entre tú y él; así que no lo conviertas en el objeto de tus nobles sentimientos, tus éxtasis, tus agonías, y demás. Él no es de tu orden; mantente en tu casta y sé demasiado respetuosa contigo misma para prodigar el amor de todo el corazón, el alma y la fuerza, donde tal don no es deseado y sería despreciado».

Continué con mis quehaceres del día tranquilamente; pero de vez en cuando, vagas sugerencias seguían vagando por mi cerebro sobre las razones por las que debería abandonar Thornfield; y seguía, involuntariamente, redactando anuncios y reflexionando sobre

conjeturas acerca de nuevos puestos. No pensé en reprimir estos pensamientos; podían germinar y dar fruto si podían.

El señor Rochester llevaba ausente más de quince días cuando el correo trajo una carta a la señora Fairfax.

—Es del amo —dijo, mientras miraba la dirección—. Ahora supongo que sabremos si debemos esperar su regreso o no.

Y mientras rompía el sello y leía el documento, yo seguí tomando mi café (estábamos en el desayuno). Estaba caliente, y atribuí a esa circunstancia un brillo ardiente que de repente subió a mi rostro. Por qué me temblaba la mano, y por qué derramé involuntariamente la mitad del contenido de mi taza en el platillo, no quise considerarlo.

—Bueno, a veces pienso que estamos demasiado tranquilas; pero ahora corremos el riesgo de estar bastante ocupadas, al menos por un tiempo —dijo la señora Fairfax, todavía sosteniendo la nota ante sus gafas.

Antes de permitirme solicitar una explicación, até el lazo del delantal de Adèle, que casualmente estaba suelto. Habiéndola ayudado también con otro bollo y rellenado su taza con leche, dije, con despreocupación:

—El señor Rochester no es probable que regrese pronto, supongo.

—De hecho, sí, en tres días, dice. Eso será el próximo jueves; y no solo, tampoco. No sé cuánta de la gente distinguida de Leas vendrá con él. Envía instrucciones para que se preparen todos los mejores dormitorios; y la biblioteca y los salones deben limpiarse. Tengo que conseguir más ayudantes de cocina de la Posada George, en Millcote, y de dondequiera que pueda; y las damas traerán a sus doncellas y los caballeros a sus criados. Así que tendremos la casa llena. —Y la señora Fairfax se tragó el desayuno y se apresuró a comenzar las operaciones.

Los tres días fueron, como ella había predicho, bastante ajetreados. Había pensado que todas las habitaciones de Thornfield estaban hermosamente limpias y bien dispuestas, pero parece que

me equivocaba. Se consiguieron tres mujeres para ayudar; y tal fregar, tal cepillar, tal lavar de pintura y sacudir de alfombras, tal quitar y poner de cuadros, tal pulir de espejos y candelabros, tal encender de fuegos en los dormitorios, tal airear de sábanas y edredones de plumas en los hogares, nunca lo vi, ni antes ni desde entonces. Adèle corría como loca en medio de todo ello. Los preparativos para la compañía y la perspectiva de su llegada parecían sumirla en éxtasis. Quería que Sophie revisara todas sus «toilettes», como llamaba a los vestidos; que adecentara los que estuvieran «passées» y que aireara y arreglara los nuevos. Por sí misma, no hacía más que dar saltos por las cámaras delanteras, subir y bajar de las camas y tumbarse en los colchones y los almohadones y almohadas apilados ante los enormes fuegos que rugían en las chimeneas. De los deberes escolares fue exonerada. La señora Fairfax me había reclutado para su servicio, y yo estaba todo el día en la despensa, ayudándola (o estorbándola) a ella y a la cocinera; aprendiendo a hacer natillas y pasteles de queso y pastelería francesa, a aderezar la caza y a guarnecer los platos de postre.

Se esperaba que la comitiva llegara el jueves por la tarde, a tiempo para la cena a las seis. Durante el período intermedio no tuve tiempo de alimentar quimeras; y creo que estuve tan activa y alegre como cualquiera, excepto Adèle. Aun así, de vez en cuando, recibía un freno desalentador a mi alegría; y era, a pesar de mí misma, devuelta a la región de las dudas y los presagios, y las oscuras conjeturas. Esto ocurría cuando casualmente veía la puerta de la escalera del tercer piso (que últimamente siempre se había mantenido cerrada con llave) abrirse lentamente y dar paso a la figura de Grace Poole, con su cofia almidonada, su delantal blanco y su pañuelo; cuando la observaba deslizarse por la galería, con su paso silencioso amortiguado por una zapatilla de fieltro; cuando la veía mirar en los dormitorios bulliciosos y revueltos, decir solo una palabra, quizás, a la mujer de la limpieza sobre la forma correcta de pulir una rejilla, o limpiar una repisa de mármol, o quitar manchas de las paredes empapeladas, y luego seguir adelante. Así descendía

a la cocina una vez al día, comía su cena, fumaba una pipa moderada junto al hogar y volvía a subir, llevando consigo su jarra de cerveza negra, para su solaz privado, en su sombrío refugio superior. Solo una hora de las veinticuatro pasaba con sus compañeros de servicio abajo; todo el resto de su tiempo lo pasaba en alguna cámara de techo bajo y de roble del segundo piso. Allí se sentaba y cosía —y probablemente reía lúgubremente para sí misma —, tan solitaria como un prisionero en su mazmorra.

Lo más extraño de todo era que ni un alma en la casa, excepto yo, notaba sus hábitos o parecía maravillarse de ellos. Nadie discutía su posición o empleo; nadie se compadecía de su soledad o aislamiento. Una vez, en verdad, oí parte de un diálogo entre Leah y una de las mujeres de la limpieza, del cual Grace era el tema. Leah había estado diciendo algo que no capté, y la mujer de la limpieza comentó:

—Gana un buen sueldo, ¿supongo?

—Sí —dijo Leah—. Ojalá yo tuviera uno tan bueno; no es que del mío me queje, no hay tacañería en Thornfield; pero no es ni una quinta parte de la suma que recibe la señora Poole. Y está ahorrando. Va cada trimestre al banco de Millcote. No me extrañaría que tuviera ahorrado lo suficiente para mantenerse independiente si quisiera irse; pero supongo que se ha acostumbrado al lugar; y además, aún no tiene cuarenta años, y es fuerte y capaz para cualquier cosa. Es demasiado pronto para que deje el trabajo.

—Es una buena trabajadora, me atrevo a decir —dijo la mujer de la limpieza.

—¡Ah! Entiende lo que tiene que hacer, nadie mejor —replicó Leah significativamente—. Y no cualquiera podría llenar sus zapatos, ni por todo el dinero que gana.

—¡Eso sí que no! —fue la respuesta—. Me pregunto si el amo...

La mujer de la limpieza iba a continuar; pero aquí Leah se volvió y me vio, e instantáneamente le dio un codazo a su compañera.

—¿No lo sabe ella? —oí susurrar a la mujer.

Leah negó con la cabeza, y la conversación, por supuesto, se interrumpió. Todo lo que había deducido de ella se reducía a esto: que había un misterio en Thornfield; y que de la participación en ese misterio yo era excluida a propósito.

Llegó el jueves. Todo el trabajo se había completado la tarde anterior; las alfombras estaban puestas, los cortinajes de las camas festoneados, las radiantes colchas blancas extendidas, los tocadores arreglados, los muebles frotados, las flores apiladas en jarrones. Tanto las cámaras como los salones parecían tan frescos y brillantes como las manos podían hacerlos. El vestíbulo también fue fregado; y el gran reloj tallado, así como los escalones y la barandilla de la escalera, fueron pulidos hasta el brillo del cristal. En el comedor, el aparador resplandecía de plata; en el salón y el tocador, jarrones de exóticas flores florecían por todas partes.

Llegó la tarde. La señora Fairfax se puso su mejor vestido de satén negro, sus guantes y su reloj de oro; pues era su parte recibir a la compañía, conducir a las damas a sus habitaciones, etc. Adèle también sería vestida, aunque pensé que tenía pocas posibilidades de ser presentada a la comitiva ese día, al menos. Sin embargo, para complacerla, permití a Sophie ataviarla con uno de sus vestidos cortos y amplios de muselina. Por mi parte, no tenía necesidad de hacer ningún cambio; no se me llamaría a abandonar mi santuario del aula; pues un santuario se había vuelto ahora para mí, «un refugio muy agradable en tiempos de tribulación».

Había sido un día de primavera suave y sereno, uno de esos días que, hacia finales de marzo o principios de abril, se alzan resplandecientes sobre la tierra como heraldos del verano. Estaba llegando a su fin ahora; pero la tarde era incluso cálida, y yo estaba sentada trabajando en el aula con la ventana abierta.

—Se hace tarde —dijo la señora Fairfax, entrando en estado crujiente—. Me alegro de haber ordenado la cena una hora después de la hora que mencionó el señor Rochester; pues ya pasan de las

seis. He enviado a John a las verjas para ver si hay algo en el camino; desde allí se ve muy lejos en dirección a Millcote. —Se acercó a la ventana—. ¡Aquí está! —dijo—. Bueno, John (asomándose), ¿alguna noticia?

—Están llegando, señora —fue la respuesta—. Estarán aquí en diez minutos.

Adèle voló a la ventana. Yo la seguí, cuidando de ponerme a un lado, para que, protegida por la cortina, pudiera ver sin ser vista.

Los diez minutos que John había dado parecieron muy largos, pero al fin se oyeron ruedas; cuatro jinetes galoparon por el camino de entrada, y tras ellos venían dos carruajes abiertos. Velos ondeantes y plumas al viento llenaban los vehículos; dos de los caballeros eran jóvenes de aspecto gallardo; el tercero era el señor Rochester, en su caballo negro, Mesrour, con Pilot saltando delante de él; a su lado cabalgaba una dama, y él y ella eran los primeros de la comitiva. Su hábito de montar púrpura casi barría el suelo, su velo ondeaba largo al viento; mezclándose con sus pliegues transparentes y brillando a través de ellos, resplandecían ricos rizos de cuervo.

—¡La señorita Ingram! —exclamó la señora Fairfax, y se apresuró a su puesto abajo.

La cabalgata, siguiendo la curva del camino de entrada, rápidamente giró el ángulo de la casa, y la perdí de vista. Adèle pidió entonces bajar; pero la tomé en mi regazo y le di a entender que no debía, bajo ningún concepto, pensar en aventurarse a la vista de las damas, ni ahora ni en ningún otro momento, a menos que fuera llamada expresamente; que el señor Rochester se enfadaría mucho, etc. «Algunas lágrimas naturales derramó» al oír esto; pero como empecé a ponerme muy seria, consintió al fin en secarlas.

Un alegre bullicio se oía ahora en el vestíbulo. Tonos profundos de caballeros y acentos plateados de damas se mezclaban armoniosamente, y distinguible por encima de todo, aunque no fuerte, estaba la sonora voz del amo de Thornfield Hall, dando la

bienvenida a sus bellos y galantes invitados bajo su techo. Luego, ligeros pasos ascendieron las escaleras; y hubo un correteo por la galería, y suaves risas alegres, y abrir y cerrar de puertas, y, por un tiempo, un silencio.

—Elles changent de toilettes —dijo Adèle, que, escuchando atentamente, había seguido cada movimiento; y suspiró.

—Chez maman —dijo—, quand il y avait du monde, je le suivais partout, au salon et à leurs chambres; souvent je regardais les femmes de chambre coiffer et habiller les dames, et c'était si amusant: comme cela on apprend.

—¿No tienes hambre, Adèle?

—Mais oui, mademoiselle: voilà cinq ou six heures que nous n'avons pas mangé.

—Bueno, ahora, mientras las damas están en sus habitaciones, me aventuraré a bajar y traerte algo de comer.

Y saliendo de mi asilo con precaución, busqué una escalera de servicio que conducía directamente a la cocina. Todo en esa región era fuego y conmoción; la sopa y el pescado estaban en la última fase de proyección, y la cocinera se inclinaba sobre sus crisoles en un estado de ánimo y cuerpo que amenazaba la combustión espontánea. En el salón de los criados, dos cocheros y tres lacayos de caballeros estaban de pie o sentados alrededor del fuego; las doncellas, supongo, estaban arriba con sus señoras; los nuevos criados que se habían contratado de Millcote bullían por todas partes. Atravesando este caos, llegué por fin a la despensa; allí me apoderé de un pollo frío, un panecillo, algunas tartas, uno o dos platos y un cuchillo y tenedor. Con este botín, hice una retirada apresurada. Había recuperado la galería y estaba cerrando la puerta de servicio tras de mí, cuando un zumbido acelerado me advirtió que las damas estaban a punto de salir de sus cámaras. No podía proceder al aula sin pasar por algunas de sus puertas y correr el riesgo de ser sorprendida con mi cargamento de vituallas; así que me quedé quieta en este extremo, que, al no tener ventanas, estaba

oscuro; completamente oscuro ahora, pues el sol se había puesto y el crepúsculo se acumulaba.

Al instante, las cámaras entregaron a sus bellas inquilinas una tras otra. Cada una salió alegre y etérea, con un vestido que brillaba lustroso a través de la penumbra. Por un momento se agruparon en el otro extremo de la galería, conversando en un tono de dulce y contenida vivacidad. Luego descendieron la escalera casi tan silenciosamente como una bruma brillante rueda por una colina. Su apariencia colectiva me había dejado una impresión de elegancia de alta cuna, como nunca antes había recibido.

Encontré a Adèle espiando por la puerta del aula, que mantenía entreabierta.

—¡Qué damas tan hermosas! —exclamó en inglés—. ¡Oh, ojalá pudiera ir con ellas! ¿Cree que el señor Rochester nos mandará llamar dentro de un rato, después de la cena?

—No, por supuesto que no. El señor Rochester tiene otras cosas en qué pensar. No te preocupes por las damas esta noche; quizás las veas mañana. Aquí está tu cena.

Tenía verdadera hambre, así que el pollo y las tartas sirvieron para desviar su atención por un tiempo. Fue bueno que asegurara este forraje, o tanto ella como yo, y Sophie, a quien llevé una parte de nuestro rancho, habríamos corrido el riesgo de no cenar en absoluto. Todos abajo estaban demasiado ocupados para pensar en nosotras. El postre no se sirvió hasta después de las nueve; y a las diez, los lacayos todavía corrían de un lado a otro con bandejas y tazas de café. Permití a Adèle quedarse levantada mucho más tarde de lo habitual, pues declaró que no podría dormirse mientras las puertas se abrieran y cerraran abajo y la gente bullera. Además, añadió, podría llegar un mensaje del señor Rochester cuando estuviera desvestida; «et alors quel dommage!».

Le conté cuentos mientras quiso escucharlos; y luego, para variar, la saqué a la galería. La lámpara del vestíbulo estaba ahora encendida, y le divertía mirar por encima de la balaustrada y

observar a los criados pasar de un lado a otro. Cuando la noche estaba muy avanzada, un sonido de música salió del salón, adonde se había trasladado el piano. Adèle y yo nos sentamos en el escalón superior de la escalera para escuchar. Al instante, una voz se mezcló con los ricos tonos del instrumento; era una dama que cantaba, y muy dulces eran sus notas. Terminado el solo, siguió un dúo, y luego un coro. Un alegre murmullo conversacional llenaba los intervalos. Escuché durante mucho tiempo. De repente descubrí que mi oído estaba completamente atento a analizar los sonidos mezclados y a tratar de discriminar, en medio de la confusión de acentos, los del señor Rochester; y cuando los captó, lo que hizo pronto, encontró una tarea adicional en dar forma de palabras a los tonos, vueltos inarticulados por la distancia.

El reloj dio las once. Miré a Adèle, cuya cabeza se apoyaba en mi hombro; sus ojos se estaban volviendo pesados, así que la tomé en brazos y la llevé a la cama. Era cerca de la una antes de que los caballeros y las damas buscaran sus aposentos.

El día siguiente fue tan bueno como su predecesor. Fue dedicado por la comitiva a una excursión a algún sitio de los alrededores. Partieron temprano por la mañana, algunos a caballo, el resto en carruajes. Fui testigo tanto de la partida como del regreso. La señorita Ingram, como antes, era la única dama amazona; y, como antes, el señor Rochester galopaba a su lado; los dos cabalgaban un poco apartados del resto. Señalé esta circunstancia a la señora Fairfax, que estaba en la ventana conmigo.

—Dijo usted que no era probable que pensaran en casarse —dije —, pero ya ve que el señor Rochester evidentemente la prefiere a cualquiera de las otras damas.

—Sí, me atrevo a decir. Sin duda la admira.

—Y ella a él —añadí—. Mire cómo inclina la cabeza hacia él como si estuviera conversando confidencialmente. Ojalá pudiera verle la cara; aún no he tenido ni un atisbo de ella.

—La verá esta tarde —respondió la señora Fairfax—. Casualmente le comenté al señor Rochester cuánto deseaba Adèle ser presentada a las damas, y él dijo: «¡Oh! Que entre en el salón después de la cena; y pida a la señorita Eyre que la acompañe».

—Sí; lo dijo por pura cortesía. No necesito ir, estoy segura — respondí.

—Bueno, le observé que como usted no estaba acostumbrada a la compañía, no creía que le gustaría aparecer ante una comitiva tan alegre, todos extraños; y él respondió, a su manera rápida: «¡Tonterías! Si se opone, dígale que es mi deseo particular; y si se resiste, diga que vendré a buscarla en caso de contumacia».

—No le daré esa molestia —respondí—. Iré, si no hay más remedio; pero no me gusta. ¿Estará usted allí, señora Fairfax?

—No; me excusé y él admitió mi excusa. Le diré cómo arreglárselas para evitar la vergüenza de hacer una entrada formal, que es la parte más desagradable del asunto. Debe entrar en el salón mientras esté vacío, antes de que las damas dejen la mesa de la cena; elija su asiento en cualquier rincón tranquilo que le guste; no necesita quedarse mucho tiempo después de que entren los caballeros, a menos que le plazca. Solo deje que el señor Rochester vea que está allí y luego escápese, nadie la notará.

—¿Se quedará esta gente mucho tiempo, cree usted?

—Quizás dos o tres semanas, ciertamente no más. Después del receso de Pascua, Sir George Lynn, que fue elegido recientemente miembro por Millcote, tendrá que ir a la ciudad y tomar posesión de su escaño; me atrevo a decir que el señor Rochester lo acompañará. Me sorprende que ya haya hecho una estancia tan prolongada en Thornfield.

Fue con cierta trepidación que percibí acercarse la hora en que debía dirigirme con mi pupila al salón. Adèle había estado en un estado de éxtasis todo el día, después de oír que iba a ser presentada a las damas por la tarde; y no fue hasta que Sophie comenzó la operación de vestirla que se sosegó. Entonces la

importancia del proceso la serenó rápidamente, y para cuando tuvo sus rizos arreglados en racimos bien lisos y caídos, su vestido de satén rosa puesto, su largo lazo atado y sus mitones de encaje ajustados, parecía tan grave como cualquier juez. No hubo necesidad de advertirle que no desordenara su atuendo. Cuando estuvo vestida, se sentó recatadamente en su sillita, cuidando previamente de levantar la falda de satén por temor a arrugarla, y me aseguró que no se movería de allí hasta que yo estuviera lista. Lo estuve rápidamente: mi mejor vestido (el de color gris plateado, comprado para la boda de la señorita Temple y nunca usado desde entonces) fue puesto en un momento; mi pelo fue alisado en un momento; mi único adorno, el broche de perlas, fue asumido en un momento. Descendimos.

Afortunadamente, había otra entrada al salón además de la que pasaba por la sala donde todos estaban sentados a la cena. Encontramos el apartamento vacío; un gran fuego ardía silenciosamente en el hogar de mármol, y las velas de cera brillaban en brillante soledad, en medio de las exquisitas flores con las que se adornaban las mesas. La cortina carmesí colgaba ante el arco; por muy ligera que fuera la separación que este cortinaje formaba del grupo en el salón contiguo, hablaban en un tono tan bajo que nada de su conversación podía distinguirse más allá de un murmullo tranquilizador.

Adèle, que parecía estar todavía bajo la influencia de una impresión de lo más solemnizadora, se sentó, sin una palabra, en el escabel que le señalé. Yo me retiré a un asiento de ventana y, tomando un libro de una mesa cercana, intenté leer. Adèle trajo su escabel a mis pies; al poco rato, me tocó la rodilla.

—¿Qué pasa, Adèle?

—Est-ce que je ne puis pas prendre une seule de ces fleurs magnifiques, mademoiselle? Seulement pour compléter ma toilette.

—Piensas demasiado en tu «toilette», Adèle; pero puedes tomar una flor. —Y tomé una rosa de un jarrón y se la prendí en el lazo.

Suspiró un suspiro de inefable satisfacción, como si su copa de felicidad estuviera ahora llena. Aparté la cara para ocultar una sonrisa que no pude reprimir. Había algo de ridículo además de doloroso en la devoción seria e innata de la pequeña parisina por los asuntos del vestir.

Un suave sonido de levantarse se hizo ahora audible; la cortina fue retirada del arco; a través de él apareció el comedor, con su candelabro encendido derramando luz sobre la plata y el cristal de un magnífico servicio de postre que cubría una larga mesa. Un grupo de damas estaba de pie en la abertura; entraron, y la cortina cayó tras ellas.

Solo eran ocho; sin embargo, de alguna manera, al entrar en tropel, daban la impresión de un número mucho mayor. Algunas de ellas eran muy altas; muchas iban vestidas de blanco; y todas tenían una amplitud de vestimenta que parecía magnificar sus personas como una niebla magnifica la luna. Me levanté y les hice una reverencia. Una o dos inclinaron la cabeza a cambio; las otras solo me miraron fijamente.

Se dispersaron por la habitación, recordándome, por la ligereza y flotabilidad de sus movimientos, a una bandada de pájaros blancos y plumosos. Algunas de ellas se arrojaron en posiciones medio reclinadas en los sofás y pufs; algunas se inclinaron sobre las mesas y examinaron las flores y los libros; el resto se reunió en un grupo alrededor del fuego. Todas hablaban en un tono bajo pero claro que parecía habitual en ellas. Supe sus nombres después, y bien podría mencionarlos ahora.

Primero, estaba la señora Eshton y dos de sus hijas. Evidentemente había sido una mujer guapa y todavía se conservaba bien. De sus hijas, la mayor, Amy, era más bien pequeña: ingenua e infantil de rostro y modales, y picante de formas; su vestido de muselina blanca y su lazo azul le sentaban bien. La segunda, Louisa, era más alta y de figura más elegante, con un rostro muy bonito, de ese orden que los franceses llaman minois chiffoné. Ambas hermanas eran blancas como lirios.

Lady Lynn era un personaje grande y corpulento de unos cuarenta años, muy erguida, de aspecto muy altivo, ricamente vestida con una túnica de satén de brillo cambiante. Su pelo oscuro brillaba lustrosamente bajo la sombra de una pluma azul y dentro del círculo de una banda de gemas.

La señora del Coronel Dent era menos vistosa, pero, pensé, más distinguida. Tenía una figura esbelta, un rostro pálido y dulce y cabello rubio. Su vestido de satén negro, su pañuelo de rico encaje extranjero y sus adornos de perlas me gustaron más que el resplandor de arcoíris de la dama titulada.

Pero las tres más distinguidas —en parte, quizás, porque eran las figuras más altas del grupo— eran la viuda Lady Ingram y sus hijas, Blanche y Mary. Las tres eran de la estatura más elevada de las mujeres. La viuda podría tener entre cuarenta y cincuenta años; su figura todavía era fina; su cabello (a la luz de las velas, al menos) todavía negro; sus dientes, también, todavía aparentemente perfectos. La mayoría de la gente la habría llamado una mujer espléndida para su edad; y así era, sin duda, físicamente hablando. Pero entonces había una expresión de altivez casi insoportable en su porte y semblante. Tenía rasgos romanos y una papada que desaparecía en un cuello como un pilar. Estos rasgos me parecieron no solo hinchados y oscurecidos, sino incluso surcados de orgullo; y la barbilla se sostenía por el mismo principio, en una posición de rectitud casi preternatural. Tenía, asimismo, una mirada fiera y dura; me recordó a la de la señora Reed. Modulaba las palabras al hablar; su voz era profunda, sus inflexiones muy pomposas, muy dogmáticas, muy intolerables, en resumen. Una túnica de terciopelo carmesí y un turbante de chal de alguna tela india labrada en oro la investían (supongo que ella pensaba) de una dignidad verdaderamente imperial.

Blanche y Mary eran de igual estatura, rectas y altas como álamos. Mary era demasiado delgada para su altura, pero Blanche estaba moldeada como una Diana. La observé, por supuesto, con especial interés. Primero, deseaba ver si su apariencia concordaba

con la descripción de la señora Fairfax; segundo, si se parecía en algo a la miniatura imaginaria que había pintado de ella; y tercero —¡saldrá a la luz!— si era tal como me imaginaría que podría gustar al señor Rochester.

En cuanto a la persona, respondía punto por punto, tanto a mi cuadro como a la descripción de la señora Fairfax. El noble busto, los hombros caídos, el cuello grácil, los ojos oscuros y los rizos negros, todo estaba allí. ¿Pero su rostro? Su rostro era como el de su madre; una semejanza juvenil y sin arrugas: la misma frente baja, los mismos rasgos altos, el mismo orgullo. ¡No era, sin embargo, un orgullo tan saturnino! Reía continuamente; su risa era satírica, y también lo era la expresión habitual de su labio arqueado y altivo.

Se dice que el genio es consciente de sí mismo. No puedo decir si la señorita Ingram era un genio, pero era consciente de sí misma, notablemente consciente de sí misma, en verdad. Entabló un discurso sobre botánica con la amable señora Dent. Parecía que la señora Dent no había estudiado esa ciencia, aunque, como dijo, le gustaban las flores, «especialmente las silvestres». La señorita Ingram sí, y repasó su vocabulario con aire de suficiencia. Al instante percibí que estaba (lo que se llama vernáculamente) tomándole el pelo a la señora Dent; es decir, jugando con su ignorancia. Su toma de pelo podría ser inteligente, pero decididamente no era de buen natural. Tocó; su ejecución fue brillante. Cantó; su voz era fina. Habló en francés aparte con su mamá; y lo habló bien, con fluidez y con buen acento.

Mary tenía un semblante más dulce y abierto que Blanche; rasgos más suaves también, y una piel algunos tonos más clara (la señorita Ingram era oscura como una española), pero a Mary le faltaba vida. Su rostro carecía de expresión, su ojo de lustre; no tenía nada que decir y, una vez que tomó asiento, permaneció fija como una estatua en su nicho. Ambas hermanas iban vestidas de un blanco inmaculado.

¿Y pensaba yo ahora que la señorita Ingram era una elección tal como la que probablemente haría el señor Rochester? No podría

decirlo, no conocía su gusto en belleza femenina. Si le gustaba lo majestuoso, ella era el mismo tipo de majestad. Además, era culta, vivaz. La mayoría de los caballeros la admirarían, pensé; y que él la admiraba, ya parecía haber obtenido pruebas. Para eliminar la última sombra de duda, solo quedaba verlos juntos.

No debe suponer, lector, que Adèle ha estado todo este tiempo sentada inmóvil en el escabel a mis pies. No; cuando entraron las damas, se levantó, avanzó a su encuentro, hizo una majestuosa reverencia y dijo con gravedad:

—Bon jour, mesdames.

Y la señorita Ingram la había mirado con aire burlón y exclamado: «¡Oh, qué pequeña marioneta!».

Lady Lynn había comentado: «Es la pupila del señor Rochester, supongo, la pequeña francesa de la que hablaba».

La señora Dent le había tomado amablemente la mano y le había dado un beso. Amy y Louisa Eshton habían exclamado simultáneamente:

—¡Qué amor de niña!

Y luego la habían llamado a un sofá, donde ahora se sentaba, acomodada entre ellas, parloteando alternativamente en francés y en un inglés chapurreado; absorbiendo no solo la atención de las jóvenes damas, sino también la de la señora Eshton y Lady Lynn, y siendo mimada a su gusto.

Por fin se trae el café y se convoca a los caballeros. Me siento en la sombra, si es que hay alguna sombra en este apartamento brillantemente iluminado; la cortina de la ventana me oculta a medias. De nuevo el arco se abre de par en par; ellos entran. La apariencia colectiva de los caballeros, como la de las damas, es muy imponente. Todos van vestidos de negro; la mayoría son altos, algunos jóvenes. Henry y Frederick Lynn son unos petimetres muy apuestos, por cierto; y el Coronel Dent es un hombre de aspecto militar distinguido. El señor Eshton, el magistrado del distrito, es un

caballero; su pelo es completamente blanco, sus cejas y patillas aún oscuras, lo que le da algo de la apariencia de un «père noble de théâtre». Lord Ingram, como sus hermanas, es muy alto; como ellas, también, es guapo; pero comparte la mirada apática y lánguida de Mary. Parece tener más longitud de miembros que vivacidad de sangre o vigor de cerebro.

¿Y dónde está el señor Rochester?

Entra el último. No estoy mirando el arco, pero lo veo entrar. Intento concentrar mi atención en esas agujas de hacer punto, en las mallas del monedero que estoy formando; deseo pensar solo en la labor que tengo en mis manos, ver solo las cuentas de plata y los hilos de seda que yacen en mi regazo; mientras que, distintamente contemplo su figura, e inevitablemente recuerdo el momento en que la vi por última vez; justo después de haberle prestado lo que él consideró un servicio esencial, y él, sosteniendo mi mano y mirándome a la cara, me examinó con ojos que revelaban un corazón lleno y ansioso por desbordarse, en cuyas emociones yo tenía parte. ¡Qué cerca me había acercado a él en ese momento! ¿Qué había ocurrido desde entonces, calculado para cambiar nuestras posiciones relativas? ¡Sin embargo, ahora, qué distantes, qué alejados estábamos! Tan alejados que no esperaba que viniera a hablarme. No me extrañó cuando, sin mirarme, tomó asiento al otro lado de la habitación y comenzó a conversar con algunas de las damas.

Tan pronto como vi que su atención estaba clavada en ellas, y que yo podía mirar sin ser observada, mis ojos se sintieron atraídos involuntariamente hacia su rostro. No podía mantener mis párpados bajo control; se levantaban, y los iris se fijaban en él. Miré, y sentí un agudo placer al mirar, un placer precioso pero punzante; oro puro, con una acerada punta de agonía; un placer como el que podría sentir el hombre que perece de sed que sabe que el pozo al que se ha arrastrado está envenenado, pero se inclina y bebe sorbos divinos de todos modos.

Muy cierto es que «la belleza está en el ojo de quien mira». El rostro incoloro, oliváceo de mi amo, su frente cuadrada y maciza, sus cejas anchas y de azabache, sus ojos profundos, sus rasgos fuertes, su boca firme y severa —todo energía, decisión, voluntad— no eran hermosos, según la regla; pero eran más que hermosos para mí. Estaban llenos de un interés, una influencia que me dominaba por completo, que arrebataba mis sentimientos de mi propio poder y los encadenaba al suyo. No había tenido la intención de amarlo; el lector sabe que había trabajado duro para extirpar de mi alma los gérmenes de amor allí detectados; y ahora, a la primera visión renovada de él, ¡llegaron espontáneamente, verdes y fuertes! Me hizo amarlo sin mirarme.

Lo comparé con sus invitados. ¿Qué era la gallarda gracia de los Lynn, la lánguida elegancia de Lord Ingram, incluso la distinción militar del Coronel Dent, en contraste con su aspecto de médula nativa y genuino poder? No sentía ninguna simpatía por su apariencia, su expresión; sin embargo, podía imaginar que la mayoría de los observadores los llamarían atractivos, guapos, imponentes; mientras que declararían al señor Rochester a la vez de rasgos duros y de aspecto melancólico. Los vi sonreír, reír: no era nada; la luz de las velas tenía tanta alma como su sonrisa; el tintineo de la campanilla tanto significado como su risa. Vi sonreír al señor Rochester: sus rasgos severos se suavizaron; su ojo se volvió brillante y dulce a la vez, su rayo a la vez inquisitivo y dulce. Hablaba, en ese momento, con Louisa y Amy Eshton. Me extrañó verlas recibir con calma esa mirada que a mí me parecía tan penetrante. Esperaba que sus ojos bajaran, que su color subiera bajo ella; sin embargo, me alegré cuando descubrí que no se conmovían en absoluto. «No es para ellas lo que es para mí», pensé. «No es de su especie. Creo que es de la mía; estoy segura de que lo es, me siento afín a él, entiendo el lenguaje de su semblante y sus movimientos. Aunque el rango y la riqueza nos separen ampliamente, tengo algo en mi cerebro y en mi corazón, en mi sangre y en mis nervios, que me asimila mentalmente a él. ¿Dije, hace unos días, que no tenía nada que ver con él más que recibir mi

salario de sus manos? ¿Me prohibí a mí misma pensar en él bajo otra luz que no fuera la de un pagador? ¡Blasfemia contra la naturaleza! Cada sentimiento bueno, verdadero y vigoroso que tengo se reúne impulsivamente a su alrededor. Sé que debo ocultar mis sentimientos; debo sofocar la esperanza; debo recordar que no puede importarle mucho. Porque cuando digo que soy de su especie, no quiero decir que tengo su fuerza para influir y su hechizo para atraer; solo quiero decir que tengo ciertos gustos y sentimientos en común con él. Debo, pues, repetir continuamente que estamos separados para siempre; y sin embargo, mientras respire y piense, debo amarlo».

Se sirve el café. Las damas, desde que entraron los caballeros, se han vuelto vivaces como alondras; la conversación se vuelve animada y alegre. El Coronel Dent y el señor Eshton discuten sobre política; sus esposas escuchan. Las dos orgullosas viudas, Lady Lynn y Lady Ingram, confabulan juntas. Sir George —a quien, por cierto, he olvidado describir, un caballero rural muy grande y de aspecto muy fresco— está de pie ante su sofá, con la taza de café en la mano, y de vez en cuando interviene. El señor Frederick Lynn ha tomado asiento junto a Mary Ingram y le está mostrando los grabados de un espléndido volumen; ella mira, sonríe de vez en cuando, pero aparentemente dice poco. El alto y flemático Lord Ingram se apoya con los brazos cruzados en el respaldo de la silla de la pequeña y vivaz Amy Eshton; ella lo mira y parlotea como un reyezuelo. A ella le gusta más que el señor Rochester. Henry Lynn se ha apoderado de un puf a los pies de Louisa; Adèle lo comparte con él. Él está tratando de hablar francés con ella, y Louisa se ríe de sus errores. ¿Con quién se emparejará Blanche Ingram? Está de pie sola en la mesa, inclinándose graciosamente sobre un álbum. Parece esperar que la busquen; pero no esperará demasiado. Ella misma selecciona un compañero.

El señor Rochester, habiendo dejado a las Eshton, está de pie en el hogar tan solitario como ella está junto a la mesa. Ella lo confronta, tomando su puesto en el lado opuesto de la repisa de la chimenea.

—Señor Rochester, ¿creía que no le gustaban los niños?

—Ni me gustan.

—Entonces, ¿qué le indujo a hacerse cargo de una muñequita como esa? (señalando a Adèle). ¿Dónde la recogió?

—No la recogí; me la dejaron en mis manos.

—Debería haberla enviado a la escuela.

—No podía permitírmelo; las escuelas son tan caras.

—Vaya, supongo que tiene una institutriz para ella. Vi a una persona con ella hace un momento, ¿se ha ido? ¡Oh, no! Allí está todavía, detrás de la cortina de la ventana. Le paga, por supuesto; yo pensaría que es igual de caro, más aún, porque tiene que mantener a las dos además.

Temí —¿o debería decir, esperé?— que la alusión a mí hiciera que el señor Rochester mirara en mi dirección; e involuntariamente me encogí más en la sombra. Pero nunca volvió los ojos.

—No he considerado el asunto —dijo con indiferencia, mirando directamente al frente.

—No, ustedes los hombres nunca consideran la economía y el sentido común. Debería oír a mamá sobre el capítulo de las institutrices. Mary y yo hemos tenido, creo, al menos una docena en nuestros días; la mitad de ellas detestables y el resto ridículas, y todas unos íncubos, ¿no es así, mamá?

—¿Hablaste, tesoro mío?

La joven dama así reclamada como propiedad especial de la viuda, reiteró su pregunta con una explicación.

—Querida mía, no menciones a las institutrices; la palabra me pone nerviosa. He sufrido un martirio por su incompetencia y capricho. ¡Gracias al cielo que ya he terminado con ellas!

La señora Dent se inclinó entonces hacia la piadosa dama y le susurró algo al oído. Supongo, por la respuesta obtenida, que fue un

recordatorio de que una de la raza anatematizada estaba presente.

—Tant pis! —dijo su Señoría—. ¡Espero que le sirva de algo! —Luego, en un tono más bajo, pero aún lo suficientemente alto como para que yo lo oyera—: La he observado; soy una jueza de la fisonomía, y en la suya veo todas las faltas de su clase.

—¿Cuáles son, señora? —inquirió el señor Rochester en voz alta.

—Se lo diré en privado —replicó ella, meneando su turbante tres veces con una significación portentosa.

—Pero mi curiosidad habrá perdido el apetito; anhela alimento ahora.

—Pregúntele a Blanche; está más cerca de usted que yo.

—¡Oh, no me lo refiera a mí, mamá! Solo tengo una palabra que decir de toda la tribu: son una molestia. No es que yo haya sufrido mucho por ellas; me encargué de darles la vuelta a la tortilla. ¡Qué bromas les hacíamos Theodore y yo a nuestras señoritas Wilson, y señoras Grey, y Madame Joubert! Mary siempre estaba demasiado somnolienta para unirse a un complot con espíritu. La mejor diversión era con Madame Joubert. La señorita Wilson era una pobre criatura enfermiza, lacrimosa y de bajo espíritu, que no valía la pena el esfuerzo de vencer, en resumen; y la señora Grey era tosca e insensible; ningún golpe le hacía efecto. ¡Pero la pobre Madame Joubert! Aún la veo en sus furiosas pasiones, cuando la habíamos llevado al extremo: derramado nuestro té, desmigajado nuestro pan con mantequilla, lanzado nuestros libros hasta el techo y tocado un charivari con la regla y el pupitre, el guardafuegos y los hierros de la chimenea. Theodore, ¿recuerdas esos días alegres?

—Yaas, por supuesto que sí —arrastró Lord Ingram—. Y la pobre vieja solía gritar: «¡Oh, bribones!». Y luego la sermoneábamos sobre la presunción de intentar enseñar a unos espabilados como nosotros, cuando ella misma era tan ignorante.

—Lo hacíamos; y, Tedo, ya sabes, te ayudé a perseguir (o a atormentar) a tu tutor, el pálido señor Vining, el párroco con pepita,

como solíamos llamarlo. Él y la señorita Wilson se tomaron la libertad de enamorarse el uno del otro, al menos Tedo y yo lo pensamos. Sorprendimos diversas miradas tiernas y suspiros que interpretamos como señales de «la belle passion», y te prometo que el público pronto tuvo el beneficio de nuestro descubrimiento. Lo empleamos como una especie de palanca para sacar nuestros pesos muertos de la casa. Querida mamá, en cuanto se enteró del asunto, descubrió que tenía una tendencia inmoral. ¿No es así, mi señora madre?

—Ciertamente, mi bien. Y tenía toda la razón. Confía en eso. Hay mil razones por las que los líos entre institutrices y tutores nunca deben ser tolerados ni un momento en ninguna casa bien regulada. En primer lugar...

—¡Oh, por Dios, mamá! ¡Ahórrenos la enumeración! Au reste, todos las conocemos: peligro de mal ejemplo para la inocencia de la infancia; distracciones y consiguiente negligencia del deber por parte de los enamorados; alianza y confianza mutuas; confianza de la que resulta la insolencia que la acompaña, el motín y el estallido general. ¿Tengo razón, baronesa Ingram, de Ingram Park?

—Mi flor de lis, tienes razón ahora, como siempre.

—Entonces no hay más que decir. Cambiemos de tema.

Amy Eshton, no oyendo o no haciendo caso de este dictamen, se unió con su tono suave e infantil:

—Louisa y yo también nos burlábamos de nuestra institutriz; pero era una criatura tan buena que lo aguantaba todo. Nada la sacaba de sus casillas. Nunca se enfadaba con nosotras, ¿verdad, Louisa?

—No, nunca. Podíamos hacer lo que quisiéramos: registrar su escritorio y su costurero, y revolver sus cajones; y era tan bondadosa que nos daba cualquier cosa que le pidiéramos.

—Supongo, ahora —dijo la señorita Ingram, curvando el labio sarcásticamente—, que tendremos un resumen de las memorias de todas las institutrices existentes. Para evitar tal visita, propongo de

nuevo la introducción de un nuevo tema. Señor Rochester, ¿secunda mi moción?

—Señora, la apoyo en este punto, como en cualquier otro.

—Entonces, sobre mí recaiga el peso de presentarlo. Signior Eduardo, ¿está usted en voz esta noche?

—Donna Bianca, si usted lo ordena, lo estaré.

—Entonces, signior, le impongo mi soberano mandato de que prepare sus pulmones y otros órganos vocales, ya que serán necesarios para mi real servicio.

—¿Quién no sería el Rizzio de tan divina María?

—¡Un higo para Rizzio! —exclamó ella, echando hacia atrás la cabeza con todos sus rizos, mientras se dirigía al piano—. En mi opinión, el violinista David debió de ser un tipo insípido. Prefiero al negro Bothwell. A mi parecer, un hombre no es nada sin una pizca de diablo en él; y la historia puede decir lo que quiera de James Hepburn, pero tengo la idea de que era justo el tipo de héroe salvaje, feroz y bandido al que habría consentido en entregarle mi mano.

—¡Caballeros, ya oyen! Ahora, ¿cuál de ustedes se parece más a Bothwell? —exclamó el señor Rochester.

—Yo diría que la preferencia recae en usted —respondió el Coronel Dent.

—Por mi honor, le estoy muy agradecido —fue la respuesta.

La señorita Ingram, que ahora se había sentado con orgullosa gracia al piano, extendiendo sus níveas túnicas con amplitud regia, comenzó un brillante preludio, hablando mientras tanto. Parecía estar en sus trece esta noche; tanto sus palabras como su aire parecían destinados a excitar no solo la admiración, sino el asombro de sus oyentes. Estaba evidentemente empeñada en impresionarlos como algo muy audaz y atrevido, en verdad.

—¡Oh, estoy tan harta de los jóvenes de hoy en día! —exclamó, mientras aporreaba el instrumento—. ¡Pobres criaturas insignificantes, no aptas para dar un paso más allá de las verjas del parque de papá, ni para ir siquiera tan lejos sin el permiso y la tutela de mamá! ¡Criaturas tan absortas en el cuidado de sus bonitos rostros, y sus manos blancas, y sus pies pequeños! ¡Como si un hombre tuviera algo que ver con la belleza! ¡Como si la hermosura no fuera la prerrogativa especial de la mujer, su legítimo patrimonio y herencia! Concedo que una mujer fea es una mancha en el hermoso rostro de la creación; pero en cuanto a los caballeros, que se preocupen solo de poseer fuerza y valor. Que su lema sea: «Cazar, disparar y luchar»; el resto no vale un comino. Tal debería ser mi lema, si yo fuera un hombre.

—Cuando me case —continuó tras una pausa que nadie interrumpió—, estoy resuelta a que mi marido no sea un rival, sino un contraste para mí. No sufriré ningún competidor cerca del trono; exigiré un homenaje indiviso. Sus devociones no serán compartidas entre yo y la figura que ve en su espejo. Señor Rochester, ahora cante, y yo tocaré para usted.

—Soy todo obediencia —fue la respuesta.

—Aquí tiene entonces una canción de corsario. Sepa que adoro a los corsarios; y por esa razón, cántela con spirito.

—Las órdenes de los labios de la señorita Ingram infundirían espíritu en una taza de leche con agua.

—Tenga cuidado, entonces. Si no me complace, lo avergonzaré mostrando cómo deben hacerse tales cosas.

—Eso es ofrecer una prima a la incapacidad. Ahora me esforzaré por fallar.

—Gardez-vous en bien! Si yerra voluntariamente, idearé un castigo proporcionado.

—La señorita Ingram debería ser clemente, pues está en su poder infligir un castigo más allá de la resistencia mortal.

—¡Ja! ¡Explíquese! —ordenó la dama.

—Perdóneme, señora. No hay necesidad de explicación; su propio fino sentido debe informarle que uno de sus ceños fruncidos sería un sustituto suficiente de la pena capital.

—¡Cante! —dijo ella, y tocando de nuevo el piano, comenzó un acompañamiento con estilo enérgico.

«Ahora es mi momento de escabullirme», pensé. Pero los tonos que entonces rasgaron el aire me detuvieron. La señora Fairfax había dicho que el señor Rochester poseía una hermosa voz. La tenía, un bajo melodioso y potente, en el que vertía su propio sentimiento, su propia fuerza; encontrando un camino a través del oído hasta el corazón, y despertando allí sensaciones extrañas. Esperé hasta que la última vibración profunda y plena hubo expirado, hasta que la marea de la conversación, contenida un instante, hubo reanudado su flujo. Entonces abandoné mi rincón protegido y salí por la puerta lateral, que afortunadamente estaba cerca. Desde allí, un pasillo estrecho conducía al vestíbulo. Al cruzarlo, me di cuenta de que mi sandalia estaba suelta; me detuve para atarla, arrodillándome para ello en la estera al pie de la escalera. Oí abrirse la puerta del comedor; salió un caballero. Levantándome apresuradamente, me encontré cara a cara con él: era el señor Rochester.

—¿Cómo está usted? —preguntó.

—Estoy muy bien, señor.

—¿Por qué no vino a hablarme en la habitación?

Pensé que podría haberle devuelto la pregunta a quien la formulaba, pero no me tomaría esa libertad. Respondí:

—No deseaba molestarlo, ya que parecía ocupado, señor.

—¿Qué ha estado haciendo durante mi ausencia?

—Nada en particular; enseñando a Adèle como de costumbre.

—Y poniéndose mucho más pálida de lo que estaba, como vi a primera vista. ¿Qué le pasa?

—Nada en absoluto, señor.

—¿Se resfrió aquella noche que casi me ahoga?

—Ni lo más mínimo.

—Vuelva al salón. Está desertando demasiado pronto.

—Estoy cansada, señor.

Me miró durante un minuto.

—Y un poco deprimida —dijo—. ¿Por qué? Dígame.

—Nada, nada, señor. No estoy deprimida.

—Pero afirmo que lo está. Tan deprimida que unas pocas palabras más le traerían lágrimas a los ojos; de hecho, ya están ahí, brillando y nadando; y una gota se ha deslizado de la pestaña y ha caído sobre la losa. Si tuviera tiempo, y no estuviera en un temor mortal de que pase algún criado charlatán, sabría qué significa todo esto. Bueno, esta noche la excuso; pero entienda que mientras mis visitas se queden, espero que aparezca en el salón todas las tardes. Es mi deseo; no lo descuide. Ahora vaya, y envíe a Sophie a por Adèle. Buenas noches, mi... —Se detuvo, se mordió el labio y me dejó bruscamente.

Capítulo XVIII

Fueron días alegres aquellos en Thornfield Hall; y días ajetreados también. ¡Qué diferentes de los tres primeros meses de quietud,

monotonía y soledad que había pasado bajo su techo! Todos los sentimientos tristes parecían ahora expulsados de la casa, todas las asociaciones sombrías olvidadas. Había vida por todas partes, movimiento todo el día. Ya no se podía atravesar la galería, antes tan silenciosa, ni entrar en las cámaras delanteras, antes tan desocupadas, sin encontrarse con una elegante doncella o un dandi ayuda de cámara.

La cocina, la despensa del mayordomo, el salón de los criados, el vestíbulo de entrada, estaban igualmente vivos; y los salones solo quedaban vacíos y quietos cuando el cielo azul y el sol apacible del benigno tiempo primaveral llamaban a sus ocupantes a los terrenos. Incluso cuando ese tiempo se rompía y una lluvia continua se instalaba durante algunos días, ninguna humedad parecía empañar el disfrute; las diversiones de interior solo se volvían más animadas y variadas, a consecuencia del cese de la alegría al aire libre.

Me pregunté qué iban a hacer la primera noche en que se propuso un cambio de entretenimiento. Hablaron de «jugar a las charadas», pero en mi ignorancia no entendí el término. Se llamó a los criados, se apartaron las mesas del comedor, se dispusieron las luces de otra manera, se colocaron las sillas en un semicírculo frente al arco. Mientras el señor Rochester y los otros caballeros dirigían estas alteraciones, las damas corrían escaleras arriba y abajo llamando a sus doncellas. Se convocó a la señora Fairfax para que informara sobre los recursos de la casa en chales, vestidos, pañerías de cualquier tipo; y se saquearon ciertos guardarropas del tercer piso, y sus contenidos, en forma de enaguas brocadas y con aros, sacos de satén, modas negras, esclavinas de encaje, etc., fueron bajados a brazadas por las doncellas. Luego se hizo una selección, y las cosas elegidas se llevaron al tocador dentro del salón.

Mientras tanto, el señor Rochester había vuelto a convocar a las damas a su alrededor y estaba seleccionando a algunas de ellas para que formaran parte de su grupo.

—La señorita Ingram es mía, por supuesto —dijo. Después nombró a las dos señoritas Eshton y a la señora Dent. Me miró;

casualmente yo estaba cerca de él, pues había estado abrochando el cierre del brazalete de la señora Dent, que se había soltado.

—¿Quiere jugar? —preguntó. Negué con la cabeza. No insistió, cosa que más bien temía que hubiera hecho; me permitió volver tranquilamente a mi asiento habitual.

Él y sus ayudantes se retiraron ahora detrás de la cortina; el otro grupo, que estaba encabezado por el Coronel Dent, se sentó en el creciente de sillas. Uno de los caballeros, el señor Eshton, observándome, pareció proponer que se me pidiera que me uniera a ellos; pero Lady Ingram negó instantáneamente la idea.

—No —la oí decir—. Parece demasiado estúpida para cualquier juego de ese tipo.

Al poco rato sonó una campanilla y la cortina se levantó. Dentro del arco, la voluminosa figura de Sir George Lynn, a quien el señor Rochester también había elegido, se vio envuelta en una sábana blanca. Ante él, sobre una mesa, yacía abierto un gran libro; y a su lado estaba Amy Eshton, envuelta en la capa del señor Rochester y sosteniendo un libro en la mano. Alguien, invisible, tocó la campanilla alegremente; luego Adèle (que había insistido en ser una del grupo de su guardián), saltó hacia adelante, esparciendo a su alrededor el contenido de una cesta de flores que llevaba en el brazo. Luego apareció la magnífica figura de la señorita Ingram, vestida de blanco, con un largo velo en la cabeza y una corona de rosas alrededor de la frente. A su lado caminaba el señor Rochester, y juntos se acercaron a la mesa. Se arrodillaron; mientras que la señora Dent y Louisa Eshton, vestidas también de blanco, tomaron sus puestos detrás de ellos. Siguió una ceremonia, en pantomima, en la que fue fácil reconocer la representación de una boda. A su término, el Coronel Dent y su grupo consultaron en susurros durante dos minutos, luego el Coronel exclamó:

—¡Novia! —El señor Rochester hizo una reverencia y la cortina cayó.

Transcurrió un intervalo considerable antes de que volviera a levantarse. Su segunda subida mostró una escena más elaboradamente preparada que la última. El salón, como he observado antes, estaba elevado dos escalones por encima del comedor, y en la cima del escalón superior, colocada a una yarda o dos hacia el interior de la habitación, apareció una gran pila de mármol, que reconocí como un adorno del conservatorio —donde solía estar, rodeada de plantas exóticas y habitada por peces de colores— y desde donde debió de haber sido transportada con alguna dificultad, debido a su tamaño y peso.

Sentado en la alfombra, al lado de esta pila, se veía al señor Rochester, ataviado con chales, con un turbante en la cabeza. Sus ojos oscuros, su piel morena y sus rasgos sarracenos se adaptaban exactamente al atuendo. Parecía el modelo mismo de un emir oriental, un agente o una víctima del cordón de arco. Al instante avanzó a la vista la señorita Ingram. Ella también iba ataviada a la moda oriental: un pañuelo carmesí atado a modo de faja alrededor de la cintura; un pañuelo bordado anudado alrededor de sus sienes; sus brazos bellamente moldeados, desnudos, uno de ellos levantado en el acto de sostener un cántaro, elegantemente equilibrado sobre su cabeza. Tanto su figura y sus rasgos, como su tez y su aire general, sugerían la idea de alguna princesa israelita de los días patriarcales; y tal era, sin duda, el personaje que pretendía representar.

Se acercó a la pila y se inclinó sobre ella como para llenar su cántaro; de nuevo lo levantó a su cabeza. El personaje junto al brocal pareció entonces abordarla, hacerle alguna petición: «Ella se apresuró, bajó su cántaro a la mano y le dio de beber». Del seno de su túnica sacó entonces un cofrecillo, lo abrió y mostró magníficos brazaletes y pendientes; ella actuó asombro y admiración; arrodillándose, él depositó el tesoro a sus pies; la incredulidad y el deleite se expresaron en sus miradas y gestos; el extraño le abrochó los brazaletes en los brazos y los anillos en las orejas. Eran Eliezer y Rebeca; solo faltaban los camellos.

El grupo adivinador volvió a juntar sus cabezas; aparentemente no podían ponerse de acuerdo sobre la palabra o sílaba que la escena ilustraba. El Coronel Dent, su portavoz, pidió «el cuadro completo»; con lo cual la cortina volvió a descender.

En su tercera subida solo se reveló una parte del salón; el resto estaba oculto por un biombo, cubierto con algún tipo de pañería oscura y tosca. La pila de mármol había sido retirada; en su lugar, se encontraba una mesa de pino y una silla de cocina. Estos objetos eran visibles a una luz muy tenue que procedía de un farol de cuerno, estando todas las velas de cera apagadas.

En medio de esta sórdida escena, se sentaba un hombre con las manos apretadas apoyadas en las rodillas y los ojos fijos en el suelo. Reconocí al señor Rochester; aunque el rostro tiznado, el vestido desordenado (su abrigo colgando suelto de un brazo, como si casi se lo hubieran arrancado de la espalda en una refriega), el semblante desesperado y ceñudo, el pelo áspero y erizado bien podrían haberlo disfrazado. Al moverse, una cadena tintineó; a sus muñecas estaban sujetos unos grilletes.

—¡Bridewell! —exclamó el Coronel Dent, y la charada fue resuelta.

Habiendo transcurrido un intervalo suficiente para que los actores reanudaran su vestimenta ordinaria, volvieron a entrar en el comedor. El señor Rochester condujo a la señorita Ingram; ella lo felicitaba por su actuación.

—¿Sabe usted —dijo ella— que, de los tres personajes, me gustó más en el último? ¡Oh, si hubiera vivido unos años antes, qué galante caballero bandolero habría sido!

—¿Se ha lavado todo el hollín de mi cara? —preguntó él, volviéndola hacia ella.

—¡Ay, sí! ¡Lástima! Nada podría ser más favorecedor para su tez que ese colorete de rufián.

—¿Le gustaría un héroe de los caminos, entonces?

—Un héroe inglés de los caminos sería lo segundo mejor después de un bandido italiano; y eso solo podría ser superado por un pirata levantino.

—Bueno, sea lo que sea, recuerde que es usted mi esposa; nos casamos hace una hora, en presencia de todos estos testigos. —Ella rio tontamente y su color subió.

—Ahora, Dent —continuó el señor Rochester—, es su turno. —Y mientras el otro grupo se retiraba, él y su banda tomaron los asientos desocupados. La señorita Ingram se colocó a la derecha de su líder; los otros adivinadores llenaron las sillas a cada lado de él y de ella. Yo ya no observaba a los actores; ya no esperaba con interés que se levantara la cortina. Mi atención estaba absorta en los espectadores; mis ojos, antes fijos en el arco, ahora se sentían irresistiblemente atraídos por el semicírculo de sillas. Qué charada jugaron el Coronel Dent y su grupo, qué palabra eligieron, cómo se desenvolvieron, ya no lo recuerdo; pero todavía veo la consulta que seguía a cada escena. Veo al señor Rochester volverse hacia la señorita Ingram, y a la señorita Ingram hacia él; la veo inclinar la cabeza hacia él, hasta que los rizos de azabache casi tocan su hombro y ondean contra su mejilla; oigo sus susurros mutuos; recuerdo sus miradas intercambiadas; y algo incluso del sentimiento despertado por el espectáculo regresa a la memoria en este momento.

Les he dicho, lectores, que había aprendido a amar al señor Rochester. No podía dejar de amarlo ahora, simplemente porque descubrí que había dejado de fijarse en mí, porque podía pasar horas en su presencia y él nunca volvería sus ojos en mi dirección, porque veía todas sus atenciones apropiadas por una gran dama que desdeñaba tocarme con el borde de sus túnicas al pasar; quien, si alguna vez su ojo oscuro e imperioso caía sobre mí por casualidad, lo retiraría al instante como de un objeto demasiado humilde para merecer observación. No podía dejar de amarlo, porque sentía la certeza de que pronto se casaría con esta misma dama, porque leía diariamente en ella una orgullosa seguridad en las intenciones de él

respecto a ella, porque presenciaba cada hora en él un estilo de cortejo que, si bien descuidado y prefiriendo ser buscado a buscar, era, sin embargo, en su misma negligencia, cautivador, y en su mismo orgullo, irresistible.

No había nada que enfriara o desterrara el amor en estas circunstancias, aunque mucho para crear desesperación. Mucho también, pensarán ustedes, lectores, para engendrar celos, si una mujer en mi posición pudiera presumir de estar celosa de una mujer en la de la señorita Ingram. Pero no estaba celosa, o muy raramente. La naturaleza del dolor que sufría no podía explicarse con esa palabra. La señorita Ingram era un objetivo por debajo de los celos; era demasiado inferior para excitar el sentimiento. Perdonen la aparente paradoja; quiero decir lo que digo. Era muy vistosa, pero no era genuina. Tenía una hermosa figura, muchas habilidades brillantes; pero su mente era pobre, su corazón estéril por naturaleza. Nada florecía espontáneamente en ese suelo; ninguna fruta natural y no forzada deleitaba por su frescura. No era buena; no era original. Solía repetir frases sonoras de los libros; nunca ofrecía, ni tenía, una opinión propia. Abogaba por un alto tono de sentimiento, pero no conocía las sensaciones de la simpatía y la piedad; la ternura y la verdad no estaban en ella. Con demasiada frecuencia lo delataba, por el desahogo indebido que daba a una antipatía rencorosa que había concebido contra la pequeña Adèle, apartándola con algún epíteto contumelioso si se le acercaba; a veces ordenándole que saliera de la habitación y siempre tratándola con frialdad y acritud. Otros ojos además de los míos observaban estas manifestaciones de carácter; las observaban de cerca, con agudeza, con astucia. Sí; el futuro novio, el propio señor Rochester, ejercía sobre su prometida una vigilancia incesante; y era de esta sagacidad, de esta cautela suya, de esta perfecta y clara conciencia de los defectos de su bella, de esta obvia ausencia de pasión en sus sentimientos hacia ella, de donde surgía mi dolor siempre torturador.

Vi que iba a casarse con ella, por razones familiares, quizás políticas, porque su rango y sus conexiones le convenían. Sentí que

no le había dado su amor y que las cualidades de ella estaban mal adaptadas para ganarle ese tesoro. Este era el punto, aquí era donde se tocaba y se atormentaba el nervio, aquí era donde se sostenía y alimentaba la fiebre: ella no podía encantarle.

Si hubiera logrado la victoria de una vez, y él hubiera cedido y sinceramente puesto su corazón a sus pies, me habría cubierto la cara, me habría vuelto hacia la pared y (figurativamente) habría muerto para ellos. Si la señorita Ingram hubiera sido una mujer buena y noble, dotada de fuerza, fervor, amabilidad, sentido, habría tenido una lucha vital con dos tigres —los celos y la desesperación —. Entonces, con el corazón arrancado y devorado, la habría admirado, habría reconocido su excelencia y habría estado tranquila el resto de mis días; y cuanto más absoluta fuera su superioridad, más profunda habría sido mi admiración, más verdaderamente tranquila mi aquiescencia. Pero tal como estaban las cosas, observar los esfuerzos de la señorita Ingram por fascinar al señor Rochester, presenciar su repetido fracaso —ella misma inconsciente de que fracasaban; imaginando vanamente que cada flecha lanzada daba en el blanco, y engriéndose infatuadamente con el éxito, cuando su orgullo y autocomplacencia repelían más y más lo que deseaba atraer—, presenciar esto, era estar a la vez bajo una excitación incesante y una restricción despiadada.

Porque, cuando ella fracasaba, yo veía cómo podría haber tenido éxito. Flechas que continuamente rebotaban en el pecho del señor Rochester y caían inofensivas a sus pies, podrían, lo sabía, si hubieran sido disparadas por una mano más segura, haber temblado agudamente en su orgulloso corazón, haber llamado al amor a su severo ojo y a la suavidad a su rostro sardónico; o, mejor aún, sin armas se podría haber ganado una conquista silenciosa.

«¿Por qué no puede influirle más, cuando tiene el privilegio de acercarse tanto a él?», me pregunté. «¡Seguramente no puede quererle de verdad, o no con verdadero afecto! Si lo hiciera, no necesitaría acuñar sus sonrisas tan profusamente, lanzar sus miradas tan incesantemente, fabricar aires tan elaborados, gracias

tan multitudinarias. Me parece que podría, simplemente sentándose tranquilamente a su lado, diciendo poco y mirando menos, acercarse más a su corazón. He visto en su rostro una expresión muy diferente a la que lo endurece ahora mientras ella lo aborda con tanta vivacidad; pero entonces surgía por sí sola. No era provocada por artes meretricias y maniobras calculadas; y uno solo tenía que aceptarla, responder a lo que él preguntaba sin pretensiones, dirigirse a él cuando fuera necesario sin muecas, y aumentaba y se volvía más amable y más cordial, y lo calentaba a uno como un rayo de sol protector. ¿Cómo se las arreglará para complacerle cuando estén casados? No creo que lo consiga; y sin embargo, podría conseguirse. Y su esposa podría, creo firmemente, ser la mujer más feliz que el sol ilumina».

Todavía no he dicho nada condenatorio del proyecto del señor Rochester de casarse por interés y conexiones. Me sorprendió cuando descubrí por primera vez que tal era su intención. Lo había considerado un hombre poco propenso a ser influenciado por motivos tan comunes en su elección de esposa; pero cuanto más consideraba la posición, la educación, etc., de las partes, menos me sentía justificada para juzgar y culpar ni a él ni a la señorita Ingram por actuar de conformidad con ideas y principios inculcados en ellos, sin duda, desde su infancia. Toda su clase sostenía estos principios. Supuse, entonces, que tenían razones para sostenerlos que yo no podía comprender. Me parecía que, si yo fuera un caballero como él, solo tomaría en mi seno a una esposa a la que pudiera amar; pero la misma obviedad de las ventajas para la propia felicidad del marido que ofrecía este plan me convenció de que debía de haber argumentos en contra de su adopción general de los que yo era completamente ignorante. De lo contrario, sentía la certeza de que todo el mundo actuaría como yo deseaba actuar.

Pero en otros puntos, además de este, me estaba volviendo muy indulgente con mi amo. Estaba olvidando todas sus faltas, para las que una vez había mantenido una aguda vigilancia. Antiguamente había sido mi empeño estudiar todos los lados de su carácter, tomar lo malo con lo bueno y, del justo peso de ambos, formar un juicio

equitativo. Ahora no veía nada malo. El sarcasmo que me había repelido, la dureza que me había sobresaltado una vez, eran solo como condimentos picantes en un plato exquisito; su presencia era punzante, pero su ausencia se sentiría como comparativamente insípida. Y en cuanto a ese algo vago —¿era una expresión siniestra o triste, calculadora o abatida?— que se abría a un observador cuidadoso, de vez en cuando, en su ojo, y se cerraba de nuevo antes de que uno pudiera sondear la extraña profundidad parcialmente revelada; ese algo que solía hacerme temer y encogerme, como si hubiera estado vagando entre colinas de aspecto volcánico y de repente hubiera sentido temblar el suelo y lo hubiera visto abrirse; ese algo, a intervalos, lo seguía contemplando, y con el corazón palpitante, pero no con los nervios paralizados. En lugar de desear rehuirlo, solo anhelaba atreverme a adivinarlo; y pensaba que la señorita Ingram era feliz, porque un día podría mirar al abismo a su antojo, explorar sus secretos y analizar su naturaleza.

Mientras tanto, mientras yo pensaba solo en mi amo y su futura novia, los veía solo a ellos, oía solo su discurso y consideraba solo sus movimientos de importancia, el resto de la comitiva estaba ocupado con sus propios intereses y placeres. Las damas Lynn e Ingram continuaban reuniéndose en solemnes conferencias, donde asentían con sus dos turbantes la una a la otra y levantaban sus cuatro manos en gestos de sorpresa, o misterio, u horror, según el tema sobre el que versara su cotilleo, como un par de marionetas magnificadas. La dulce señora Dent hablaba con la bondadosa señora Eshton; y las dos a veces me dedicaban una palabra o sonrisa cortés. Sir George Lynn, el Coronel Dent y el señor Eshton discutían de política, o de asuntos del condado, o de negocios de justicia. Lord Ingram coqueteaba con Amy Eshton; Louisa tocaba y cantaba para y con uno de los señores Lynn; y Mary Ingram escuchaba lánguidamente los discursos galantes del otro. A veces todos, como de común acuerdo, suspendían su juego secundario para observar y escuchar a los actores principales; pues, después de todo, el señor Rochester y —por estar estrechamente relacionada con él— la señorita Ingram eran la vida y el alma de la fiesta. Si él

se ausentaba de la habitación una hora, un aburrimiento perceptible parecía apoderarse de los espíritus de sus invitados; y su reingreso era seguro que daría un nuevo impulso a la vivacidad de la conversación.

La falta de su influencia animadora pareció sentirse particularmente un día en que había sido convocado a Millcote por negocios y no era probable que regresara hasta tarde. La tarde estaba húmeda; un paseo que la comitiva había propuesto dar para ver un campamento gitano, recientemente instalado en un terreno comunal más allá de Hay, fue consecuentemente aplazado. Algunos de los caballeros se habían ido a las caballerizas; los más jóvenes, junto con las damas más jóvenes, jugaban al billar en la sala de billar. Las viudas Ingram y Lynn buscaron consuelo en una tranquila partida de cartas. Blanche Ingram, después de haber repelido, con taciturnidad soberbia, algunos esfuerzos de la señora Dent y la señora Eshton por entablar conversación, había primero murmurado algunas melodías y aires sentimentales al piano, y luego, habiendo traído una novela de la biblioteca, se había arrojado con altiva languidez en un sofá y se había preparado para engañar, con el hechizo de la ficción, las tediosas horas de ausencia. La habitación y la casa estaban en silencio; solo de vez en cuando se oía la alegría de los jugadores de billar desde arriba.

Estaba anocheciendo y el reloj ya había avisado de la hora de vestirse para la cena, cuando la pequeña Adèle, que estaba arrodillada a mi lado en el asiento de la ventana del salón, exclamó de repente:

—Voilà Monsieur Rochester, qui revient!

Me volví, y la señorita Ingram se lanzó hacia adelante desde su sofá. Los demás también levantaron la vista de sus diversas ocupaciones; pues al mismo tiempo se hizo audible un crujido de ruedas y un chapoteo de cascos de caballo sobre la grava mojada. Se acercaba una silla de postas.

—¿Qué le puede haber poseído para volver a casa de esa manera? —dijo la señorita Ingram—. Montaba a Mesrour (el caballo negro), ¿no es así, cuando salió? Y Pilot estaba con él. ¿Qué ha hecho con los animales?

Mientras decía esto, acercó su alta persona y sus amplias vestiduras tan cerca de la ventana que me vi obligada a inclinarme hacia atrás casi hasta romperme la espalda. En su avidez no me observó al principio, pero cuando lo hizo, curvó el labio y se trasladó a otro ventanal. La silla de postas se detuvo; el conductor tocó el timbre de la puerta y se apeó un caballero ataviado con traje de viaje; pero no era el señor Rochester; era un hombre alto, de aspecto elegante, un extraño.

—¡Qué fastidio! —exclamó la señorita Ingram—. ¡Mona pesada! (apostrofando a Adèle), ¿quién te encaramó en la ventana para dar falsas noticias? —y me lanzó una mirada airada, como si yo tuviera la culpa.

Se oyeron algunas conversaciones en el vestíbulo y pronto entró el recién llegado. Hizo una reverencia a Lady Ingram, considerándola la dama de más edad presente.

—Parece que llego en un momento inoportuno, señora —dijo—, cuando mi amigo, el señor Rochester, está fuera de casa; pero llego de un viaje muy largo y creo que puedo presumir de una vieja e íntima amistad como para instalarme aquí hasta que regrese.

Sus modales eran corteses; su acento, al hablar, me pareció algo inusual, no precisamente extranjero, pero tampoco del todo inglés. Su edad podría ser la del señor Rochester, entre treinta y cuarenta años; su tez era singularmente amarillenta. Por lo demás, era un hombre apuesto, especialmente a primera vista. En un examen más detenido, se detectaba algo en su rostro que desagradaba, o más bien que no llegaba a agradar. Sus rasgos eran regulares, pero demasiado relajados; su ojo era grande y bien rasgado, pero la vida que se asomaba de él era una vida mansa, vacía, al menos así lo pensé.

El sonido de la campana para vestirse dispersó a la comitiva. No fue hasta después de la cena que lo volví a ver. Entonces parecía bastante a gusto. Pero su fisonomía me gustó incluso menos que antes; me pareció a la vez inestable e inanimada. Su ojo vagaba y no tenía significado en su vagar; esto le daba un aspecto extraño, como nunca recordaba haber visto. Para ser un hombre guapo y de aspecto no desagradable, me repelía enormemente. No había poder en ese rostro de piel lisa y forma ovalada completa; ninguna firmeza en esa nariz aquilina y esa boca pequeña de cereza; no había pensamiento en la frente baja y uniforme; ningún mando en ese ojo castaño y vacío.

Mientras estaba sentada en mi rincón habitual y lo miraba con la luz de los candelabros de la repisa de la chimenea iluminándolo por completo —pues ocupaba un sillón acercado al fuego y seguía encogiéndose aún más cerca, como si tuviera frío—, lo comparé con el señor Rochester. Creo (dicho sea con deferencia) que el contraste no podría ser mucho mayor entre un ganso lustroso y un halcón fiero, entre una oveja mansa y el perro de pelo áspero y ojos penetrantes, su guardián.

Había hablado del señor Rochester como de un viejo amigo. Curiosa amistad la suya debía de haber sido; una ilustración palpable, en verdad, del viejo adagio de que «los extremos se tocan».

Dos o tres de los caballeros se sentaron cerca de él, y de vez en cuando capté fragmentos de su conversación a través de la habitación. Al principio no pude encontrar mucho sentido a lo que oía, pues el discurso de Louisa Eshton y Mary Ingram, que estaban sentadas más cerca de mí, confundía las frases fragmentarias que me llegaban a intervalos. Estas últimas discutían sobre el extraño; ambas lo llamaban «un hombre hermoso». Louisa dijo que era «un amor de criatura» y que lo «adoraba»; y Mary citó su «boquita bonita y su nariz agradable» como su ideal de lo encantador.

—¡Y qué frente tan dulce tiene! —exclamó Louisa—. Tan lisa, ninguna de esas irregularidades ceñudas que tanto me disgustan; ¡y

un ojo y una sonrisa tan plácidos!

Y entonces, para mi gran alivio, el señor Henry Lynn las convocó al otro lado de la habitación para resolver algún punto sobre la excursión aplazada a Hay Common.

Ahora pude concentrar mi atención en el grupo junto al fuego, y pronto deduje que el recién llegado se llamaba señor Mason; luego supe que acababa de llegar a Inglaterra y que venía de algún país cálido, razón por la cual, sin duda, su rostro era tan amarillento y se sentaba tan cerca del hogar y llevaba un sobretodo en la casa. Al instante, las palabras Jamaica, Kingston, Spanish Town, indicaron las Indias Occidentales como su residencia; y no fue con poca sorpresa que deduje, al poco tiempo, que allí había visto y conocido por primera vez al señor Rochester. Habló de la aversión de su amigo a los calores abrasadores, los huracanes y las estaciones lluviosas de esa región. Sabía que el señor Rochester había sido un viajero; la señora Fairfax lo había dicho, pero pensaba que el continente europeo había limitado sus andanzas; hasta ahora nunca había oído una insinuación de visitas a costas más lejanas.

Estaba reflexionando sobre estas cosas cuando un incidente, y uno bastante inesperado, rompió el hilo de mis cavilaciones. El señor Mason, tiritando mientras alguien abría la puerta por casualidad, pidió que se echara más carbón al fuego, que había consumido su llama, aunque su masa de ceniza aún brillaba caliente y roja. El lacayo que trajo el carbón, al salir, se detuvo cerca de la silla del señor Eshton y le dijo algo en voz baja, de lo cual solo oí las palabras «anciana», «bastante molesta».

—Dile que la pondrán en el cepo si no se larga —respondió el magistrado.

—¡No, detente! —interrumpió el Coronel Dent—. No la eches, Eshton; podríamos sacar provecho de la situación; mejor consultar a las damas. —Y hablando en voz alta, continuó—: Damas, hablaban de ir a Hay Common a visitar el campamento gitano; Sam aquí dice que una de las viejas brujas está en el salón de los criados en este

momento e insiste en ser traída ante "la nobleza" para leerles la fortuna. ¿Les gustaría verla?

—¡Seguramente, coronel —exclamó Lady Ingram—, no alentaría usted a una impostora tan baja! ¡Despídala, por todos los medios, de inmediato!

—Pero no puedo persuadirla de que se vaya, mi señora —dijo el lacayo—; ni ninguno de los criados. La señora Fairfax está con ella ahora mismo, suplicándole que se marche; pero ha tomado una silla en el rincón de la chimenea y dice que nada la moverá de allí hasta que obtenga permiso para entrar aquí.

—¿Qué quiere? —preguntó la señora Eshton.

—«Leerle la fortuna a la nobleza», dice, señora; y jura que debe y lo hará.

—¿Qué aspecto tiene? —inquirieron las señoritas Eshton, al unísono.

—Una vieja criatura espantosamente fea, señorita; casi tan negra como una olla.

—¡Vaya, es una verdadera hechicera! —exclamó Frederick Lynn—. ¡Hagámosla entrar, por supuesto!

—Por supuesto —replicó su hermano—; sería una lástima desperdiciar tal oportunidad de diversión.

—Mis queridos muchachos, ¿en qué estáis pensando? —exclamó la señora Lynn.

—No puedo de ninguna manera consentir un proceder tan inconsistente —intervino la viuda Ingram.

—De hecho, mamá, pero puedes, y lo harás —pronunció la altiva voz de Blanche, mientras se giraba en el taburete del piano, donde hasta ahora había permanecido en silencio, aparentemente examinando diversas partituras—. Tengo curiosidad por oír mi fortuna. Por lo tanto, Sam, ordena que avance la arpía.

—¡Mi querida Blanche! ¡Recuerda...!

—Lo hago, recuerdo todo lo que puedas sugerir; y debo salirme con la mía. ¡Rápido, Sam!

—¡Sí, sí, sí! —gritaron todos los jóvenes, tanto damas como caballeros—. ¡Que venga, será un deporte excelente!

El lacayo aún dudaba.

—Parece tan ruda —dijo.

—¡Ve! —exclamó la señorita Ingram, y el hombre fue.

La excitación se apoderó al instante de toda la comitiva. Un fuego cruzado de burlas y bromas procedía cuando Sam regresó.

—No quiere venir ahora —dijo—. Dice que no es su misión aparecer ante la «chusma» (esas son sus palabras). Debo mostrarle una habitación para ella sola, y luego aquellos que deseen consultarla deben ir a ella de uno en uno.

—Ya ves ahora, mi regia Blanche —comenzó Lady Ingram—, se extralimita. Déjate aconsejar, mi niña ángel, y...

—Muéstrale la biblioteca, por supuesto —interrumpió la «niña ángel»—. Tampoco es mi misión escucharla ante la chusma. Pienso tenerla toda para mí. ¿Hay fuego en la biblioteca?

—Sí, señora, pero parece una vagabunda.

—¡Cesa esa cháchara, zoquete! Y haz lo que te ordeno.

De nuevo Sam se desvaneció; y el misterio, la animación, la expectación subieron a su máximo apogeo una vez más.

—Ya está lista —dijo el lacayo, al reaparecer—. Desea saber quién será su primer visitante.

—Creo que sería mejor que yo le echara un vistazo antes de que vaya ninguna de las damas —dijo el Coronel Dent.

—Dile, Sam, que va un caballero.

Sam fue y volvió.

—Dice, señor, que no recibirá a ningún caballero; que no necesitan molestarse en acercarse a ella. Ni —añadió, reprimiendo con dificultad una risita— a ninguna dama tampoco, excepto a las jóvenes y solteras.

—¡Por Júpiter, tiene gusto! —exclamó Henry Lynn.

La señorita Ingram se levantó solemnemente.

—Yo voy primero —dijo, en un tono que podría haber convenido al líder de una avanzadilla suicida, montando una brecha al frente de sus hombres.

—¡Oh, mi bien! ¡Oh, mi querida! ¡Detente, reflexiona! —fue el grito de su mamá; pero ella pasó a su lado en majestuoso silencio, atravesó la puerta que el Coronel Dent mantenía abierta, y la oímos entrar en la biblioteca.

Siguió un silencio comparativo. Lady Ingram pensó que era «le cas» de retorcerse las manos, lo cual hizo en consecuencia. La señorita Mary declaró que sentía, por su parte, que nunca se atrevería a aventurarse. Amy y Louisa Eshton rieron tontamente por lo bajo y parecieron un poco asustadas.

Los minutos pasaron muy lentamente; se contaron quince antes de que la puerta de la biblioteca se abriera de nuevo. La señorita Ingram regresó a nosotros a través del arco.

¿Reiría? ¿Se lo tomaría como una broma? Todos los ojos la encontraron con una mirada de ávida curiosidad, y ella encontró todos los ojos con una de rechazo y frialdad. No parecía ni alterada ni alegre; caminó rígidamente hasta su asiento y lo tomó en silencio.

—¿Y bien, Blanche? —dijo Lord Ingram.

—¿Qué te dijo, hermana? —preguntó Mary.

—¿Qué te pareció? ¿Cómo te sientes? ¿Es una verdadera adivina? —demandaron las señoritas Eshton.

—Ahora, ahora, buena gente —respondió la señorita Ingram—, no me presionen. Realmente sus órganos de asombro y credulidad se

excitan fácilmente. Parecen, por la importancia que todos ustedes —incluida mi buena mamá— atribuyen a este asunto, creer absolutamente que tenemos una bruja genuina en la casa, que está en estrecha alianza con el viejo caballero. He visto a una vagabunda gitana; ha practicado de manera trillada la ciencia de la quiromancia y me ha dicho lo que tales personas suelen decir. Mi capricho está satisfecho; y ahora creo que el señor Eshton hará bien en poner a la arpía en el cepo mañana por la mañana, como amenazó.

La señorita Ingram tomó un libro, se reclinó en su silla y así declinó toda conversación posterior. La observé durante casi media hora. Durante todo ese tiempo nunca pasó una página, y su rostro se ensombrecía momentáneamente, más insatisfecho y más agriamente expresivo de decepción. Obviamente no había oído nada a su favor; y me pareció, por su prolongado ataque de melancolía y taciturnidad, que ella misma, a pesar de su profesada indiferencia, atribuía una importancia indebida a cualquier revelación que se le hubiera hecho.



Mientras tanto, Mary Ingram, Amy y Louisa Eshton declararon que no se atrevían a ir solas; y sin embargo, todas deseaban ir. Se abrió una negociación por mediación del embajador, Sam; y después de mucho ir y venir, hasta que, creo, las pantorrillas de dicho Sam debieron de dolerle con el ejercicio, se obtuvo por fin, con gran dificultad, el permiso de la rigurosa Sibila para que las tres la visitaran en grupo.

Su visita no fue tan silenciosa como la de la señorita Ingram. Oímos risitas histéricas y grititos procedentes de la biblioteca; y al cabo de unos veinte minutos abrieron la puerta de golpe y salieron

corriendo por el vestíbulo, como si estuvieran medio muertas de miedo.

—¡Estoy segura de que no es trigo limpio! —gritaron, todas a una —. ¡Nos ha dicho tales cosas! ¡Lo sabe todo sobre nosotras! —y se dejaron caer sin aliento en los diversos asientos que los caballeros se apresuraron a traerles.

Presionadas para que dieran más explicaciones, declararon que les había contado cosas que habían dicho y hecho cuando eran simples niñas; les describió libros y adornos que tenían en sus tocadores en casa, recuerdos que diferentes parientes les habían regalado. Afirmaron que incluso había adivinado sus pensamientos y había susurrado al oído de cada una el nombre de la persona que más les gustaba en el mundo, y les había informado de lo que más deseaban.

Aquí intervinieron los caballeros con serias peticiones de que se les ilustrara más sobre estos dos últimos puntos; pero solo obtuvieron sonrojos, exclamaciones, temblores y risitas tontas a cambio de su importunidad. Las matronas, mientras tanto, ofrecían sales aromáticas y blandían abanicos; y una y otra vez reiteraron la expresión de su preocupación por que su advertencia no hubiera sido tomada a tiempo; y los caballeros mayores reían, y los más jóvenes ofrecían sus servicios a las agitadas beldades.

En medio del tumulto, y mientras mis ojos y oídos estaban completamente ocupados en la escena que tenía ante mí, oí un carraspeo junto a mi codo. Me volví y vi a Sam.

—Si me hace el favor, señorita, la gitana declara que hay otra señorita soltera en la habitación que aún no ha ido a verla, y jura que no se irá hasta que las haya visto a todas. Pensé que debía de ser usted; no hay nadie más. ¿Qué le digo?

—Oh, iré sin falta —respondí; y me alegré de la inesperada oportunidad de satisfacer mi muy excitada curiosidad. Me deslicé fuera de la habitación, sin que ningún ojo me observara —pues la

compañía estaba reunida en masa alrededor del trío tembloroso que acababa de regresar— y cerré la puerta silenciosamente tras de mí.

—Si quiere, señorita —dijo Sam—, la esperaré en el vestíbulo; y si la asusta, no tiene más que llamar y entraré.

—No, Sam, vuelve a la cocina. No tengo el menor miedo. —Y no lo tenía; pero estaba muy interesada y excitada.

Capítulo XIX

La biblioteca parecía bastante tranquila cuando entré en ella, y la Sibila —si Sibila era— estaba sentada muy cómodamente en un sillón en el rincón de la chimenea. Llevaba una capa roja y un gorro negro; o más bien, un sombrero de gitana de ala ancha, atado con un pañuelo de rayas bajo la barbilla. Una vela apagada estaba sobre la mesa; estaba inclinada sobre el fuego y parecía leer en un pequeño libro negro, como un libro de oraciones, a la luz de las llamas. Murmuraba las palabras para sí misma, como hacen la mayoría de las ancianas mientras leen; no desistió inmediatamente a mi entrada; parecía que deseaba terminar un párrafo.

Me detuve en la alfombra y me calenté las manos, que estaban bastante frías por haberme sentado a distancia del fuego del salón. Me sentía ahora tan serena como nunca en mi vida. No había nada, en verdad, en la apariencia de la gitana que pudiera perturbar la calma de uno. Cerró su libro y lentamente levantó la vista; el ala del sombrero le ensombrecía parcialmente el rostro, pero pude ver, al levantarlo, que era un rostro extraño. Parecía todo pardo y negro; mechones enmarañados sobresalían de debajo de una banda blanca

que pasaba por debajo de su barbilla y le cubría a medias las mejillas, o más bien las mandíbulas. Su ojo me confrontó al instante, con una mirada audaz y directa.

—Bueno, ¿y quieres que te lean la fortuna? —dijo, con una voz tan decidida como su mirada, tan áspera como sus rasgos.

—No me importa, madre; puede hacer lo que le plazca. Pero debo advertirle que no tengo fe.

—Es propio de tu insolencia decir eso. Lo esperaba de ti; lo oí en tu paso al cruzar el umbral.

—¿De veras? Tiene usted un oído fino.

—Lo tengo; y un ojo fino y un cerebro fino.

—Los necesita todos en su oficio.

—Así es; especialmente cuando tengo clientes como tú con los que tratar. ¿Por qué no tiemblas?

—No tengo frío.

—¿Por qué no palideces?

—No estoy enferma.

—¿Por qué no consultas mi arte?

—No soy tonta.

La vieja bruja soltó una risita ahogada bajo su gorro y su vendaje; luego sacó una pipa corta y negra y, encendiéndola, comenzó a fumar. Habiéndose entregado un rato a este sedante, irguió su cuerpo encorvado, se quitó la pipa de los labios y, mientras miraba fijamente el fuego, dijo muy deliberadamente:

—Tienes frío; estás enferma; y eres tonta.

—Pruébelo —repliqué.

—Lo haré, en pocas palabras. Tienes frío porque estás sola: ningún contacto hace saltar el fuego que hay en ti. Estás enferma porque el mejor de los sentimientos, el más alto y el más dulce dado

al hombre, se mantiene lejos de ti. Eres tonta porque, por mucho que sufras, no le harás señas para que se acerque, ni darás un solo paso para encontrarlo donde te espera.

Volvió a ponerse la pipa corta y negra en los labios y reanudó su fumar con vigor.

—Podría decir todo eso a casi cualquiera que supiera que vive como una dependienta solitaria en una gran casa.

—Podría decírselo a casi cualquiera, ¿pero sería verdad para casi cualquiera?

—En mis circunstancias.

—Sí; exacto, en tus circunstancias. Pero encuéntrame a otra precisamente situada como tú.

—Sería fácil encontrarle miles.

—Apenas podrías encontrarme una. Si lo supieras, estás en una situación peculiar: muy cerca de la felicidad; sí, al alcance de ella. Los materiales están todos preparados; solo falta un movimiento para combinarlos. El azar los dispuso algo separados; que se acerquen una vez y el resultado será la dicha.

—No entiendo los enigmas. Nunca he podido adivinar una adivinanza en mi vida.

—Si quieres que hable más claramente, muéstrame la palma de tu mano.

—Y debo cruzársela con plata, supongo.

—Por supuesto.

Le di un chelín. Lo metió en la punta de una media vieja que sacó de su bolsillo y, habiéndola atado y guardado, me dijo que extendiera la mano. Lo hice. Acercó su rostro a la palma y la escudriñó sin tocarla.

—Es demasiado fina —dijo—. No puedo sacar nada de una mano como esa; casi sin líneas. Además, ¿qué hay en una palma? El

destino no está escrito allí.

—La creo —dije.

—No —continuó—, está en el rostro: en la frente, alrededor de los ojos, en las líneas de la boca. Arrodíllate y levanta la cabeza.

—¡Ah! Ahora llega a la realidad —dije, mientras obedecía—. Empezaré a tener algo de fe en usted en breve.

Me arrodillé a medio metro de ella. Atizó el fuego, de modo que una onda de luz brotó del carbón perturbado. El resplandor, sin embargo, mientras ella estaba sentada, solo arrojó su rostro a una sombra más profunda; el mío, lo iluminó.

—Me pregunto con qué sentimientos viniste a mí esta noche —dijo, después de haberme examinado un rato—. Me pregunto qué pensamientos bullen en tu corazón durante todas las horas que pasas en aquella habitación de allá con la gente distinguida revoloteando ante ti como formas en una linterna mágica, con tan poca comunión simpática entre tú y ellos como si fueran realmente meras sombras de formas humanas y no la sustancia real.

—Me siento cansada a menudo, somnolienta a veces, pero rara vez triste.

—¿Entonces tienes alguna esperanza secreta que te sostenga y te complazca con susurros del futuro?

—Yo no. Lo máximo que espero es ahorrar suficiente dinero de mis ganancias para montar una escuela algún día en una casita alquilada por mí misma.

—Un alimento mezquino para que el espíritu subsista. Y sentada en ese asiento de ventana (ya ves que conozco tus hábitos)...

—Los ha aprendido de los criados.

—¡Ah! Te crees muy lista. Bueno, quizás lo he hecho. A decir verdad, conozco a una de ellas, la señora Poole...

Me puse de pie de un salto cuando oí el nombre.

«¿La conoce, verdad?», pensé. «¡Hay diablerie en el asunto, después de todo!».

—No te alarmes —continuó el extraño ser—. Es de fiar la señora Poole; reservada y tranquila. Cualquiera puede depositar su confianza en ella. Pero, como decía: sentada en ese asiento de ventana, ¿no piensas en nada más que en tu futura escuela? ¿No tienes ningún interés presente en ninguna de las personas que ocupan los sofás y las sillas ante ti? ¿No hay un rostro que estudies? ¿Una figura cuyos movimientos sigues al menos con curiosidad?

—Me gusta observar todos los rostros y todas las figuras.

—¿Pero nunca eliges uno del resto, o tal vez dos?

—Lo hago con frecuencia; cuando los gestos o las miradas de una pareja parecen contar una historia. Me divierte observarlos.

—¿Qué historia te gusta más oír?

—¡Oh, no tengo mucha elección! Generalmente versan sobre el mismo tema: el cortejo; y prometen terminar en la misma catástrofe: el matrimonio.

—¿Y te gusta ese tema monótono?

—Positivamente, no me importa. No es nada para mí.

—¿Nada para ti? Cuando una dama, joven y llena de vida y salud, encantadora por su belleza y dotada de los dones del rango y la fortuna, se sienta y sonríe a los ojos de un caballero que tú...

—¿Que yo qué?

—Tú conoces, y quizás tienes en buena estima.

—No conozco a los caballeros de aquí. Apenas he intercambiado una sílaba con uno de ellos; y en cuanto a tenerlos en buena estima, considero a algunos respetables, y majestuosos, y de mediana edad, y a otros jóvenes, apuestos, guapos y vivaces. Pero ciertamente todos tienen la libertad de ser los receptores de las sonrisas que les plazcan, sin que yo me sienta dispuesta a considerar la transacción de ningún momento para mí.

—¿No conoces a los caballeros de aquí? ¿No has intercambiado una sílaba con uno de ellos? ¿Dirás eso del amo de la casa?

—No está en casa.

—¡Una observación profunda! ¡Un subterfugio de lo más ingenioso! Fue a Millcote esta mañana y volverá aquí esta noche o mañana. ¿Esa circunstancia lo excluye de la lista de tus conocidos, lo borra, por así decirlo, de la existencia?

—No; pero apenas veo qué tiene que ver el señor Rochester con el tema que habías introducido.

—Estaba hablando de damas sonriendo a los ojos de los caballeros; y últimamente se han derramado tantas sonrisas en los ojos del señor Rochester que rebosan como dos copas llenas por encima del borde. ¿Nunca lo has notado?

—El señor Rochester tiene derecho a disfrutar de la compañía de sus invitados.

—No hay duda de su derecho. ¿Pero nunca has observado que, de todos los cuentos que se cuentan aquí sobre el matrimonio, el señor Rochester ha sido favorecido con el más animado y el más continuo?

—El afán de un oyente aviva la lengua de un narrador. —Dije esto más para mí que para la gitana, cuyo extraño hablar, voz y manera me habían envuelto para entonces en una especie de sueño. Una frase inesperada tras otra salía de sus labios, hasta que me vi envuelta en una red de mistificación; y me pregunté qué espíritu invisible había estado sentado durante semanas junto a mi corazón observando sus tejemanejes y tomando nota de cada pulso.

—¡El afán de un oyente! —repitió ella—. Sí; el señor Rochester ha estado sentado durante horas, con el oído inclinado hacia los labios fascinantes que tanto se deleitaban en su tarea de comunicar; y el señor Rochester estaba tan dispuesto a recibir y parecía tan agradecido por el pasatiempo que se le ofrecía. ¿Has notado esto?

—¡Agradecido! No recuerdo haber detectado gratitud en su rostro.

—¡Detectado! Has analizado, entonces. ¿Y qué detectaste, si no gratitud?

No dije nada.

—Has visto amor, ¿no es así? Y, mirando hacia el futuro, ¿lo has visto casado y has contemplado a su novia feliz?

—¡Hum! No exactamente. Su habilidad de bruja falla a veces.

—¿Qué diablos has visto, entonces?

—No importa. Vine aquí a preguntar, no a confesar. ¿Se sabe que el señor Rochester se va a casar?

—Sí; y con la hermosa señorita Ingram.

—¿Pronto?

—Las apariencias justificarían esa conclusión; y, sin duda (aunque, con una audacia que necesita ser castigada, pareces cuestionarlo), serán una pareja superlativamente feliz. Él debe amar a una dama tan guapa, noble, ingeniosa y culta; y probablemente ella lo ame a él, o, si no a su persona, al menos a su bolsa. Sé que considera la finca de Rochester elegible en el más alto grado; aunque (¡Dios me perdone!) le dije algo sobre ese punto hace una hora que la hizo parecer maravillosamente grave. Las comisuras de su boca cayeron media pulgada. Le aconsejaría a su moreno pretendiente que tuviera cuidado: si viene otro con una lista de rentas más larga o más clara, está perdido.

—Pero, madre, no vine a oír la fortuna del señor Rochester. Vine a oír la mía; y no me ha dicho nada de ella.

—Tu fortuna es aún dudosa. Cuando examiné tu rostro, un rasgo contradecía a otro. El azar te ha medido una medida de felicidad; eso lo sé. Lo sabía antes de venir aquí esta noche. La ha puesto cuidadosamente a un lado para ti. La vi hacerlo. Depende de ti extender la mano y tomarla. Pero si lo harás, es el problema que estudio. Arrodíllate de nuevo en la alfombra.

—No me retenga mucho; el fuego me abrasa.



Me arrodillé. Ella no se inclinó hacia mí, sino que solo me miró, reclinándose en su silla. Comenzó a murmurar:

—La llama parpadea en el ojo; el ojo brilla como el rocío; parece suave y lleno de sentimiento; sonríe ante mi jerga. Es susceptible; impresión tras impresión recorre su clara esfera; donde deja de sonreír, está triste; una lasitud inconsciente pesa sobre el párpado. Eso significa melancolía resultante de la soledad. Se aparta de mí; no sufrirá más escrutinio; parece negar, con una mirada burlona, la verdad de los descubrimientos que ya he hecho, repudiar la acusación tanto de sensibilidad como de disgusto. Su orgullo y reserva solo me confirman en mi opinión. El ojo es favorable.

»En cuanto a la boca, se deleita a veces en la risa; está dispuesta a impartir todo lo que el cerebro concibe, aunque me atrevo a decir que callaría mucho de lo que el corazón experimenta. Móvil y flexible, nunca fue destinada a ser comprimida en el silencio eterno de la soledad. Es una boca que debería hablar mucho y sonreír a

menudo, y tener afecto humano por su interlocutor. Ese rasgo también es propicio.

»No veo enemigo para un desenlace afortunado sino en la frente; y esa frente profesa decir: "Puedo vivir sola, si el respeto propio y las circunstancias me lo exigen. No necesito vender mi alma para comprar la dicha. Tengo un tesoro interior nacido conmigo, que puede mantenerme viva si todos los deleites extraños me fueran negados, o se ofrecieran solo a un precio que no puedo permitirme dar". La frente declara: "La Razón se sienta firme y sujeta las riendas, y no dejará que los sentimientos se desboquen y la precipiten a abismos salvajes. Las pasiones pueden rugir furiosamente, como verdaderas paganas que son; y los deseos pueden imaginar toda clase de cosas vanas; pero el juicio tendrá siempre la última palabra en cada argumento y el voto decisivo en cada decisión. Viento fuerte, terremoto y fuego pueden pasar, pero yo seguiré la guía de esa voz suave y queda que interpreta los dictados de la conciencia".

»Bien dicho, frente; tu declaración será respetada. He formado mis planes —planes correctos los considero— y en ellos he atendido a las exigencias de la conciencia, a los consejos de la razón. Sé cuán pronto se marchitaría la juventud y perecería la flor si, en la copa de la dicha ofrecida, se detectara un solo poso de vergüenza o un solo sabor de remordimiento; y no quiero sacrificio, ni pena, ni disolución; tal no es mi gusto. Deseo fomentar, no marchitar; ganar gratitud, no arrancar lágrimas de sangre, no, ni de salmuera. Mi cosecha debe ser en sonrisas, en caricias, en dulces... Eso bastará. Creo que desvarío en una especie de delirio exquisito. Desearía ahora prolongar este momento ad infinitum; pero no me atrevo. Hasta ahora me he gobernado a fondo. He actuado como juré interiormente que actuaría; pero ir más allá podría ponerme a prueba por encima de mis fuerzas. Levántese, señorita Eyre; déjeme; "la función ha terminado".

¿Dónde estaba? ¿Despierta o dormida? ¿Había estado soñando? ¿Soñaba todavía? La voz de la anciana había cambiado; su acento,

su gesto y todo me eran tan familiares como mi propio rostro en un espejo, como el habla de mi propia lengua. Me levanté, pero no me fui. Miré; aticé el fuego y volví a mirar. Pero ella se ciñó el gorro y el vendaje más cerca del rostro y de nuevo me hizo señas para que me marchara. La llama iluminó su mano extendida. Despierta ahora y alerta a los descubrimientos, noté al instante esa mano. No era más el miembro marchito de la vejez que el mío propio; era un miembro redondeado y flexible, con dedos lisos, simétricamente torneados; un anillo ancho brillaba en el dedo meñique y, inclinándome hacia adelante, lo miré y vi una gema que había visto cien veces antes. De nuevo miré el rostro, que ya no se apartaba de mí; por el contrario, el gorro fue quitado, el vendaje desplazado, la cabeza adelantada.

—Bueno, Jane, ¿me conoces? —preguntó la voz familiar.

—Solo quítese la capa roja, señor, y entonces...

—Pero el cordón está en un nudo, ayúdeme.

—Rómpalo, señor.

—Ahí está, entonces: «¡Fuera, prendas prestadas!». —Y el señor Rochester salió de su disfraz.

—¡Ahora, señor, qué idea tan extraña!

—Pero bien llevada a cabo, ¿eh? ¿No le parece?

—Con las damas debe de haberse las arreglado bien.

—¿Pero no con usted?

—No interpretó el personaje de una gitana conmigo.

—¿Qué personaje interpreté? ¿El mío propio?

—No; uno inexplicable. En resumen, creo que ha estado tratando de sonsacarme, de una forma u otra; ha estado diciendo tonterías para hacerme decir tonterías a mí. Apenas es justo, señor.

—¿Me perdona, Jane?

—No puedo decirlo hasta que lo haya pensado todo. Si, tras reflexionar, encuentro que no he caído en ningún gran absurdo,

intentaré perdonarle; pero no estuvo bien.

—Oh, ha sido usted muy correcta, muy cuidadosa, muy sensata.

Reflexioné y pensé que, en conjunto, lo había sido. Fue un consuelo; pero, en verdad, había estado en guardia casi desde el principio de la entrevista. Sospechaba algo de mascarada. Sabía que las gitanas y las adivinas no se expresaban como esta aparente anciana se había expresado; además, había notado su voz fingida, su ansiedad por ocultar sus rasgos. Pero mi mente había estado pensando en Grace Poole, ese enigma viviente, ese misterio de misterios, como yo la consideraba. Nunca había pensado en el señor Rochester.

—Bueno —dijo él—, ¿en qué medita? ¿Qué significa esa sonrisa grave?

—Asombro y autocomplacencia, señor. Supongo que tengo su permiso para retirarme ahora.

—No; quédese un momento; y dígame qué está haciendo la gente en el salón de allá.

—Discutiendo sobre la gitana, me atrevo a decir.

—¡Siéntese! Déjeme oír lo que dijeron de mí.

—Será mejor que no me quede mucho, señor; deben de ser cerca de las once. Oh, ¿es usted consciente, señor Rochester, de que ha llegado un extraño aquí desde que se fue esta mañana?

—¡Un extraño! No. ¿Quién puede ser? No esperaba a nadie. ¿Se ha ido?

—No; dijo que lo conocía desde hacía mucho tiempo y que podía tomarse la libertad de instalarse aquí hasta que usted regresara.

—¡El diablo que lo hizo! ¿Dio su nombre?

—Su nombre es Mason, señor; y viene de las Indias Occidentales; de Spanish Town, en Jamaica, creo.

El señor Rochester estaba de pie cerca de mí; me había tomado la mano, como para conducirme a una silla. Mientras yo hablaba, me dio un apretón convulsivo en la muñeca; la sonrisa de sus labios se congeló; aparentemente un espasmo le cortó la respiración.

—¡Mason! ¡Las Indias Occidentales! —dijo, en el tono que uno podría imaginar que un autómata parlante enuncia sus únicas palabras—. ¡Mason! ¡Las Indias Occidentales! —reiteró; y repasó las sílabas tres veces, volviéndose, en los intervalos de habla, más blanco que la ceniza. Apenas parecía saber lo que estaba haciendo.

—¿Se encuentra mal, señor? —inquirí.

—Jane, ¡he recibido un golpe! ¡He recibido un golpe, Jane! —Se tambaleó.

—Oh, apóyese en mí, señor.

—Jane, me ofreciste tu hombro una vez antes; déjame tenerlo ahora.

—Sí, señor, sí; y mi brazo.

Se sentó y me hizo sentar a su lado. Sosteniendo mi mano entre las suyas, la frotó; mirándome, al mismo tiempo, con la mirada más turbada y sombría.

—¡Mi pequeña amiga! —dijo—. Desearía estar en una isla tranquila solo contigo; y los problemas, y el peligro, y los recuerdos espantosos alejados de mí.

—¿Puedo ayudarle, señor? Daría mi vida por servirle.

—Jane, si se necesita ayuda, la buscaré en tus manos; te lo prometo.

—Gracias, señor. Dígame qué hacer; intentaré, al menos, hacerlo.

—Tráeme ahora, Jane, una copa de vino del comedor. Estarán cenando allí. Y dime si Mason está con ellos y qué está haciendo.

Fui. Encontré a toda la comitiva en el comedor cenando, como había dicho el señor Rochester. No estaban sentados a la mesa; la

cena estaba dispuesta en el aparador. Cada uno había tomado lo que había querido y estaban de pie aquí y allá en grupos, con sus platos y copas en las manos. Todos parecían de muy buen humor; la risa y la conversación eran generales y animadas. El señor Mason estaba de pie cerca del fuego, hablando con el Coronel y la señora Dent, y parecía tan alegre como cualquiera de ellos. Llené una copa de vino (vi a la señorita Ingram observarme con el ceño fruncido mientras lo hacía; pensó que me estaba tomando una libertad, me atrevo a decir) y regresé a la biblioteca.

La extrema palidez del señor Rochester había desaparecido y volvía a parecer firme y severo. Tomó la copa de mi mano.

—¡A tu salud, espíritu ministrador! —dijo. Se tragó el contenido y me la devolvió—. ¿Qué están haciendo, Jane?

—Riendo y hablando, señor.

—¿No parecen graves y misteriosos, como si hubieran oído algo extraño?

—En absoluto. Están llenos de bromas y alegría.

—¿Y Mason?

—También se estaba riendo.

—Si toda esta gente entrara en masa y me escupiera, ¿qué harías, Jane?

—Echarlos de la habitación, señor, si pudiera.

Sonrió a medias.

—Pero si yo fuera a ellos, y solo me miraran con frialdad y susurraran con desdén entre ellos, y luego se fueran y me dejaran uno por uno, ¿qué entonces? ¿Te irías con ellos?

—Más bien creo que no, señor. Tendría más placer en quedarme con usted.

—¿Para consolarme?

—Sí, señor, para consolarle, lo mejor que pudiera.

—¿Y si te proscribieran por adherirte a mí?

—Yo, probablemente, no sabría nada de su proscripción; y si lo supiera, no me importaría nada.

—Entonces, ¿podrías atreverte a la censura por mi causa?

—Podría atreverme por la causa de cualquier amigo que mereciera mi adhesión; como usted, estoy segura, merece.

—Vuelve ahora a la habitación; acércate silenciosamente a Mason y susúrrale al oído que el señor Rochester ha llegado y desea verlo. Hazlo entrar aquí y luego déjame.

—Sí, señor.

Cumplí su mandato. Toda la compañía me miró fijamente mientras pasaba directamente entre ellos. Busqué al señor Mason, le entregué el mensaje y lo precedí fuera de la habitación. Lo conduje a la biblioteca y luego subí las escaleras.

A una hora tardía, después de haber estado un tiempo en la cama, oí a los visitantes retirarse a sus aposentos. Distinguí la voz del señor Rochester y le oí decir:

—Por aquí, Mason; esta es su habitación.

Habló alegremente. Los tonos joviales tranquilizaron mi corazón. Pronto me quedé dormida.

Capítulo XX

Había olvidado correr la cortina, lo que solía hacer, y también bajar la persiana de mi ventana. La consecuencia fue que cuando la luna,

que estaba llena y brillante (pues la noche era buena), llegó en su curso a ese espacio en el cielo opuesto a mi ventanal y me miró a través de los cristales descubiertos, su gloriosa mirada me despertó. Despertando en plena noche, abrí los ojos a su disco, blanco plateado y claro como el cristal. Era hermoso, pero demasiado solemne. Me incorporé a medias y extendí el brazo para correr la cortina.

¡Santo Dios! ¡Qué grito!

La noche —su silencio, su descanso— fue rasgada en dos por un sonido salvaje, agudo, estridente, que corrió de un extremo a otro de Thornfield Hall.

Mi pulso se detuvo, mi corazón se paró, mi brazo extendido quedó paralizado. El grito murió y no se renovó. En verdad, cualquier ser que hubiera proferido aquel espantoso chillido no podría repetirlo pronto. Ni el cóndor de alas más anchas de los Andes podría, dos veces seguidas, lanzar semejante aullido desde la nube que envuelve su nido. El ser que emitió tal sonido debía descansar antes de poder repetir el esfuerzo.

Salió del tercer piso, pues pasó por encima de mi cabeza. Y por encima de mi cabeza —sí, en la habitación justo encima del techo de mi cámara— oí ahora una lucha; una lucha mortal, parecía por el ruido; y una voz medio ahogada gritó:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro! —tres veces rápidamente.

—¿No vendrá nadie? —gritó; y entonces, mientras el tambaleo y el pateo continuaban salvajemente, distinguí a través de tablas y yeso:

—¡Rochester! ¡Rochester! ¡Por el amor de Dios, ven!

Se abrió la puerta de una cámara; alguien corrió, o se precipitó, a lo largo de la galería. Otro paso resonó en el suelo de arriba y algo cayó; y hubo silencio.

Me había puesto algo de ropa, aunque el horror sacudía todos mis miembros. Salí de mi apartamento. Todos los durmientes estaban despiertos. Exclamaciones, murmullos aterrorizados sonaban en

cada habitación; puerta tras puerta se abría; uno miraba y otro miraba; la galería se llenó. Caballeros y damas por igual habían abandonado sus lechos; y «¡Oh! ¿Qué es?», «¿Quién está herido?», «¿Qué ha pasado?», «¡Traed una luz!», «¿Es fuego?», «¿Hay ladrones?», «¿Adónde corremos?», se demandaba confusamente por todas partes. De no ser por la luz de la luna, habrían estado en completa oscuridad. Corrían de un lado a otro; se agolpaban. Algunos sollozaban, otros tropezaban. La confusión era inextricable.

—¿Dónde diablos está Rochester? —gritó el Coronel Dent—. No lo encuentro en su cama.

—¡Aquí! ¡Aquí! —se gritó en respuesta—. Cálmense todos. Ya voy.

Y la puerta al final de la galería se abrió, y el señor Rochester avanzó con una vela. Acababa de descender del piso superior. Una de las damas corrió directamente hacia él; le agarró del brazo. Era la señorita Ingram.

—¿Qué terrible suceso ha tenido lugar? —dijo ella—. ¡Hable! ¡Que sepamos lo peor de una vez!

—Pero no me derribe ni me estrangule —replicó él; pues las señoritas Eshton se aferraban ahora a él; y las dos viudas, con vastas batas blancas, avanzaban sobre él como navíos a toda vela.

—¡Todo está bien! ¡Todo está bien! —gritó—. Es un mero ensayo de Mucho ruido y pocas nueces. ¡Señoras, apártense, o me volveré peligroso!

Y peligroso parecía. Sus ojos negros lanzaban chispas. Calmándose con un esfuerzo, añadió:

—Una criada ha tenido una pesadilla; eso es todo. Es una persona excitable y nerviosa. Sin duda ha interpretado su sueño como una aparición o algo por el estilo, y le ha dado un ataque de miedo. Ahora, pues, debo verlos a todos de vuelta en sus habitaciones; pues hasta que la casa no se asiente, no se la puede atender. Caballeros, tengan la bondad de dar ejemplo a las damas. Señorita Ingram, estoy seguro de que no dejará de mostrar superioridad ante

terrores ociosos. Amy y Louisa, vuelvan a sus nidos como un par de palomas que son. Mesdames (a las viudas), se resfriarán con toda certeza si se quedan más tiempo en esta fría galería.

Y así, a fuerza de alternar halagos y órdenes, se las arregló para que todos volvieran a encerrarse en sus dormitorios separados. No esperé a que me ordenaran volver al mío, sino que me retiré sin ser vista, como sin ser vista lo había dejado.

No, sin embargo, para acostarme. Al contrario, comencé y me vestí cuidadosamente. Los sonidos que había oído después del grito, y las palabras que se habían pronunciado, probablemente solo habían sido oídas por mí, pues habían procedido de la habitación de encima de la mía; pero me aseguraron que no era el sueño de una criada lo que así había sembrado el horror en la casa; y que la explicación que el señor Rochester había dado era meramente una invención urdida para apaciguar a sus invitados. Me vestí, pues, para estar lista para emergencias. Una vez vestida, me senté un largo rato junto a la ventana, mirando los terrenos silenciosos y los campos plateados, y esperando no sé qué. Me parecía que algún suceso debía seguir al extraño grito, a la lucha y a la llamada.

No. La quietud regresó. Cada murmullo y movimiento cesó gradualmente, y en aproximadamente una hora, Thornfield Hall volvió a estar tan silencioso como un desierto. Parecía que el sueño y la noche habían reanudado su imperio. Mientras tanto, la luna declinaba; estaba a punto de ponerse. No gustándome sentarme en el frío y la oscuridad, pensé en acostarme en mi cama, vestida como estaba. Dejé la ventana y me moví con poco ruido por la alfombra; mientras me agachaba para quitarme los zapatos, una mano cautelosa golpeó suavemente la puerta.

—¿Me necesitan? —pregunté.

—¿Estás levantada? —preguntó la voz que esperaba oír, a saber, la de mi amo.

—Sí, señor.

—¿Y vestida?

—Sí.

—Sal, entonces, silenciosamente.

Obedecí. El señor Rochester estaba de pie en la galería sosteniendo una luz.

—Te necesito —dijo—. Ven por aquí. Tómate tu tiempo y no hagas ruido.

Mis zapatillas eran finas. Podía caminar por el suelo enesterado tan suavemente como un gato. Se deslizó por la galería y subió las escaleras, y se detuvo en el oscuro y bajo corredor del fatídico tercer piso. Yo lo había seguido y estaba de pie a su lado.

—¿Tienes una esponja en tu habitación? —preguntó en un susurro.

—Sí, señor.

—¿Tienes algunas sales... sales volátiles?

—Sí.

—Vuelve y trae ambas cosas.

Regresé, busqué la esponja en el lavabo, las sales en mi cajón, y una vez más desanduve mis pasos. Él todavía esperaba; sostenía una llave en la mano. Acercándose a una de las pequeñas puertas negras, la introdujo en la cerradura; hizo una pausa y se dirigió a mí de nuevo.

—No te mareas al ver sangre, ¿verdad?

—Creo que no. Nunca me he puesto a prueba todavía.

Sentí un escalofrío mientras le respondía, pero ninguna frialdad ni desmayo.

—Solo dame tu mano —dijo—. No conviene arriesgarse a un desmayo.

Puse mis dedos en los suyos.

—Cálida y firme —fue su comentario. Giró la llave y abrió la puerta.

Vi una habitación que recordaba haber visto antes, el día en que la señora Fairfax me mostró la casa. Estaba cubierta de tapices; pero el tapiz estaba ahora recogido en una parte, y se veía una puerta que entonces había estado oculta. Esta puerta estaba abierta; una luz brillaba desde la habitación interior. Oí desde allí un sonido de gruñidos y arrebatos, casi como un perro riñendo. El señor Rochester, dejando su vela, me dijo: «Espera un minuto», y avanzó hacia el apartamento interior. Un grito de risa saludó su entrada; ruidoso al principio, y terminando en el propio ¡ja! ¡ja! de duende de Grace Poole. Ella, entonces, estaba allí. Hizo algún tipo de arreglo sin hablar, aunque oí una voz baja dirigirse a él. Salió y cerró la puerta tras de sí.

—¡Aquí, Jane! —dijo; y rodeé una gran cama que, con sus cortinas corridas, ocultaba una parte considerable de la cámara. Un sillón estaba cerca de la cabecera de la cama. Un hombre estaba sentado en él, vestido a excepción de su abrigo; estaba quieto; su cabeza reclinada hacia atrás; sus ojos cerrados. El señor Rochester sostuvo la vela sobre él; reconocí en su rostro pálido y aparentemente sin vida al extraño, Mason. Vi también que su ropa de lino por un lado, y un brazo, estaban casi empapados en sangre.

—Sostén la vela —dijo el señor Rochester, y la tomé. Trajo una palangana con agua del lavabo—. Sostén eso —dijo. Obedecí. Tomó la esponja, la mojó y humedeció el rostro cadavérico. Pidió mi frasco de sales y lo aplicó a las fosas nasales. El señor Mason abrió en breve los ojos; gimió. El señor Rochester abrió la camisa del hombre herido, cuyo brazo y hombro estaban vendados. Limpió con la esponja la sangre que goteaba rápidamente.

—¿Hay peligro inmediato? —murmuró el señor Mason.

—¡Bah! No, un simple rasguño. No te dejes abatir tanto, hombre. ¡Ánimo! Iré yo mismo a buscar un cirujano para ti ahora. Espero que puedas ser trasladado por la mañana. Jane —continuó.

—¿Señor?

—Tendré que dejarte en esta habitación con este caballero, durante una hora, o quizás dos. Limpiarás la sangre con la esponja como yo lo hago cuando vuelva a salir. Si se siente débil, le pondrás el vaso de agua que está en esa mesita en los labios y tus sales en la nariz. No le hablarás bajo ningún pretexto, y... Richard, te irá la vida en ello si le hablas a ella. Abre los labios, agítate, y no responderé de las consecuencias.

De nuevo, el pobre hombre gimió; parecía como si no se atreviera a moverse. El miedo, ya fuera a la muerte o a otra cosa, parecía casi paralizarlo. El señor Rochester me puso en la mano la esponja ahora ensangrentada, y procedí a usarla como él lo había hecho. Me observó un segundo y luego, diciendo: «¡Recuerda! Nada de conversación», abandonó la habitación. Experimenté una extraña sensación cuando la llave chirrió en la cerradura y el sonido de sus pasos al retirarse dejó de oírse.

Aquí estaba yo, pues, en el tercer piso, encerrada en una de sus celdas místicas; la noche a mi alrededor; un espectáculo pálido y sangriento bajo mis ojos y mis manos; una asesina apenas separada de mí por una sola puerta. Sí, eso era espantoso; el resto podía soportarlo; pero me estremecí al pensar en Grace Poole irrumpiendo sobre mí.

Debo mantenerme en mi puesto, sin embargo. Debo vigilar este rostro macabro, estos labios azules e inmóviles a los que se les prohíbe abrirse, estos ojos ahora cerrados, ahora abiertos, ahora vagando por la habitación, ahora fijándose en mí, y siempre vidriosos con la opacidad del horror. Debo sumergir mi mano una y otra vez en la palangana de sangre y agua, y limpiar la sangre que gotea. Debo ver la luz de la vela sin despabilar menguar sobre mi tarea; las sombras oscurecerse en el antiguo tapiz labrado a mi alrededor, y volverse negras bajo los cortinajes de la vasta y vieja cama, y temblar extrañamente sobre las puertas de un gran armario enfrente, cuyo frente, dividido en doce paneles, llevaba, en sombrío diseño, las cabezas de los doce apóstoles, cada una encerrada en su

panel separado como en un marco; mientras que sobre ellos, en la parte superior, se alzaba un crucifijo de ébano y un Cristo moribundo.

Según la cambiante oscuridad y el parpadeante resplandor se cernían aquí o se deslizaban allá, era ahora el barbudo médico, Lucas, el que fruncía el ceño; ahora el largo cabello de San Juan el que ondeaba; y al instante el rostro diabólico de Judas, que emergía del panel y parecía cobrar vida y amenazar con una revelación del architraidor, del propio Satanás, en la forma de su subordinado.

En medio de todo esto, tenía que escuchar además de vigilar: escuchar los movimientos de la bestia salvaje o del demonio en la guarida de al lado. Pero desde la visita del señor Rochester parecía hechizada. Toda la noche no oí más que tres sonidos a tres largos intervalos: el crujido de un paso, una renovación momentánea del ruido canino y gruñón, y un profundo gemido humano.

Luego, mis propios pensamientos me atormentaban. ¿Qué crimen era este, que vivía encarnado en esta mansión apartada y no podía ser ni expulsado ni sometido por el dueño? ¿Qué misterio, que estallaba ahora en fuego y ahora en sangre, en las horas más muertas de la noche? ¿Qué criatura era, que, enmascarada en un rostro y una forma de mujer corriente, emitía la voz, ora de un demonio burlón, ora de un ave de rapiña en busca de carroña?

Y este hombre sobre el que me inclinaba, este extraño corriente y tranquilo, ¿cómo se había visto envuelto en la red del horror? ¿Y por qué la Furia se había lanzado contra él? ¿Qué le hizo buscar este rincón de la casa a una hora intempestiva, cuando debería haber estado dormido en la cama? Había oído al señor Rochester asignarle un apartamento abajo, ¿qué lo trajo aquí? Y, ¿por qué, ahora, estaba tan dócil bajo la violencia o la traición que se le había hecho? ¿Por qué se sometía tan tranquilamente al ocultamiento que el señor Rochester imponía? ¿Por qué el señor Rochester imponía este ocultamiento? Su invitado había sido ultrajado, su propia vida en una ocasión anterior había sido espantosamente tramada en su contra; ¡y ambos intentos los sofocaba en secreto y los hundía en el olvido!

Por último, vi que el señor Mason era sumiso al señor Rochester; que la voluntad impetuosa de este último dominaba por completo la inercia del primero. Las pocas palabras que habían cruzado entre ellos me aseguraron de esto. Era evidente que en su trato anterior, la disposición pasiva de uno había sido habitualmente influenciada por la energía activa del otro. ¿De dónde, entonces, había surgido la consternación del señor Rochester al oír la llegada del señor Mason? ¿Por qué el mero nombre de este individuo sin resistencia —a quien su palabra ahora bastaba para controlar como a un niño— había caído sobre él, unas horas antes, como un rayo podría caer sobre un roble?

¡Oh! No podía olvidar su mirada y su palidez cuando susurró: «Jane, he recibido un golpe, he recibido un golpe, Jane». No podía olvidar cómo había temblado el brazo que apoyaba en mi hombro; y no era asunto baladí lo que podía doblegar así el espíritu resuelto y hacer temblar el vigoroso cuerpo de Fairfax Rochester.

«¿Cuándo vendrá? ¿Cuándo vendrá?», grité interiormente, mientras la noche se prolongaba y se prolongaba, mientras mi paciente sangrante se debilitaba, gemía, enfermaba; y ni el día ni la ayuda llegaban. Una y otra vez había llevado el agua a los labios blancos de Mason; una y otra vez le había ofrecido las sales estimulantes. Mis esfuerzos parecían ineficaces: o el sufrimiento corporal o mental, o la pérdida de sangre, o los tres combinados, estaban postrando rápidamente sus fuerzas. Gemía tanto y parecía tan débil, desvariado y perdido, que temí que se estuviera muriendo; y ni siquiera podía hablarle.

La vela, consumida por fin, se apagó; al expirar, percibí vetas de luz gris bordeando las cortinas de la ventana. El amanecer se acercaba entonces. Al instante oí a Pilot ladrar muy abajo, desde su lejana perrera en el patio. La esperanza revivió. Y no fue infundada. En cinco minutos más, la llave chirriante, la cerradura que cedía, me advirtieron que mi vigilia había terminado. No podría haber durado más de dos horas; muchas semanas me han parecido más cortas.

El señor Rochester entró, y con él el cirujano que había ido a buscar.

—Ahora, Carter, esté alerta —le dijo a este último—. Le doy solo media hora para curar la herida, sujetar los vendajes, bajar al paciente y todo lo demás.

—Pero, ¿está en condiciones de moverse, señor?

—Sin duda. No es nada serio. Está nervioso, hay que mantenerle el ánimo. Venga, póngase a trabajar.

El señor Rochester descorrió la gruesa cortina, subió la persiana de Holanda, dejó entrar toda la luz del día que pudo; y me sorprendió y animó ver cuán avanzado estaba el amanecer, qué vetas rosadas comenzaban a iluminar el este. Luego se acercó a Mason, a quien el cirujano ya estaba atendiendo.

—Ahora, mi buen amigo, ¿cómo está? —preguntó.

—Me temo que ha acabado conmigo —fue la débil respuesta.

—¡Ni una pizca! ¡Valor! En quince días apenas estará un ápice peor. Ha perdido un poco de sangre, eso es todo. Carter, asegúrele que no hay peligro.

—Puedo hacerlo a conciencia —dijo Carter, que ahora había deshecho los vendajes—. Solo desearía haber llegado antes. No habría sangrado tanto. Pero, ¿cómo es esto? La carne del hombro está desgarrada además de cortada. Esta herida no se hizo con un cuchillo. ¡Aquí ha habido dientes!

—Me mordió —murmuró—. Me atacó como una tigresa cuando Rochester le quitó el cuchillo.

—No deberías haber cedido; deberías haberte enfrentado a ella de inmediato —dijo el señor Rochester.

—Pero en tales circunstancias, ¿qué podía hacer uno? —replicó Mason—. ¡Oh, fue espantoso! —añadió, estremeciéndose—. Y no me lo esperaba. Parecía tan tranquila al principio.

—Te lo advertí —fue la respuesta de su amigo—. Dije: "Ten cuidado cuando te acerques a ella". Además, podrías haber esperado hasta mañana y haberme tenido contigo. Fue una mera locura intentar la entrevista esta noche y a solas.

—Pensé que podría haber hecho algún bien.

—¡Pensaste! ¡Pensaste! Sí, me impacienta oírte. Pero, como sea, has sufrido y es probable que sufras lo suficiente por no seguir mi consejo; así que no diré más. ¡Carter, deprisa, deprisa! El sol saldrá pronto y tengo que sacarlo de aquí.

—Inmediatamente, señor; el hombro está vendado. Debo mirar esta otra herida en el brazo. Creo que también ha metido los dientes aquí.

—Me chupó la sangre; dijo que me desangraría el corazón —dijo Mason.

Vi al señor Rochester estremecerse. Una expresión singularmente marcada de asco, horror, odio, deformó su semblante casi hasta la distorsión; pero solo dijo:

—Venga, cállate, Richard, y no hagas caso de sus galimatías. No las repitas.

—Ojalá pudiera olvidarlo —fue la respuesta.

—Lo harás cuando estés fuera del país. Cuando vuelvas a Spanish Town, podrás pensar en ella como muerta y enterrada, o más bien, no necesitarás pensar en ella en absoluto.

—¡Imposible olvidar esta noche!

—No es imposible. Ten algo de energía, hombre. Hace dos horas pensabas que estabas más muerto que una sardina, y ahora estás vivo y coleando. ¡Ea! Carter ha terminado contigo, o casi. Te pondré decente en un santiamén. Jane (se volvió hacia mí por primera vez desde su reingreso), toma esta llave, baja a mi dormitorio y camina directamente a mi vestidor. Abre el cajón superior del armario y saca una camisa y un pañuelo de cuello limpios. Tráelos aquí; y sé ágil.

Fui; busqué el depósito que había mencionado, encontré los artículos nombrados y regresé con ellos.

—Ahora —dijo—, ve al otro lado de la cama mientras ordeno su aseo; pero no salgas de la habitación. Puede que te necesiten de nuevo.

Me retiré según lo indicado.

—¿Había alguien levantado abajo cuando bajaste, Jane? —inquirió el señor Rochester al instante.

—No, señor; todo estaba muy tranquilo.

—Te sacaremos de aquí con sigilo, Dick. Y será mejor, tanto por tu bien como por el de la pobre criatura de allá. He luchado mucho por evitar la exposición, y no me gustaría que llegara al final. Aquí, Carter, ayúdalo a ponerse el chaleco. ¿Dónde dejaste tu capa de piel? No puedes viajar ni una milla sin ella, lo sé, en este maldito clima frío. ¿En tu habitación? Jane, baja corriendo a la habitación del señor Mason, la que está al lado de la mía, y trae una capa que verás allí.

De nuevo corrí, y de nuevo regresé, llevando un inmenso manto forrado y bordeado de piel.

—Ahora tengo otro recado para ti —dijo mi incansable amo—. Debes volver a mi habitación. ¡Qué suerte que estés calzada de terciopelo, Jane! Un mensajero de zuecos nunca serviría en esta coyuntura. Debes abrir el cajón del medio de mi tocador y sacar un pequeño frasco y un vasito que encontrarás allí. ¡Rápido!

Volé allí y de vuelta, trayendo los recipientes deseados.

—¡Eso está bien! Ahora, doctor, me tomaré la libertad de administrar una dosis yo mismo, bajo mi propia responsabilidad. Conseguí este cordial en Roma, de un charlatán italiano, un tipo al que habrías pateado, Carter. No es algo para usar indiscriminadamente, pero es bueno en ocasiones, como ahora, por ejemplo. Jane, un poco de agua.

Extendió el diminuto vaso y lo llené hasta la mitad con la botella de agua del lavabo.

—Eso servirá. Ahora moja el borde del frasco.

Lo hice; midió doce gotas de un líquido carmesí y se lo presentó a Mason.

—Bebe, Richard. Te dará el corazón que te falta, durante una hora más o menos.

—¿Pero me hará daño? ¿Es inflamatorio?

—¡Bebe! ¡Bebe! ¡Bebe!

El señor Mason obedeció, porque era evidentemente inútil resistirse. Estaba vestido ahora; todavía parecía pálido, pero ya no estaba ensangrentado y manchado. El señor Rochester lo dejó sentar tres minutos después de que se hubiera tragado el líquido; luego lo tomó del brazo.

—Ahora estoy seguro de que puedes ponerte de pie —dijo—. Inténtalo.

El paciente se levantó.

—Carter, tómalo por el otro hombro. ¡Ánimo, Richard; da un paso, eso es!

—Me siento mejor —observó el señor Mason.

—Estoy seguro de que sí. Ahora, Jane, trota delante de nosotros hacia la escalera de servicio; descorre el cerrojo de la puerta del pasillo lateral y dile al cochero de la silla de postas que verás en el patio —o justo fuera, pues le dije que no hiciera rodar sus ruidosas ruedas sobre el pavimento— que esté listo; ya vamos. Y, Jane, si hay alguien por ahí, ven al pie de la escalera y carraspea.

Para entonces eran las cinco y media, y el sol estaba a punto de salir; pero encontré la cocina todavía oscura y silenciosa. La puerta del pasillo lateral estaba cerrada; la abrí con el menor ruido posible. Todo el patio estaba en silencio; pero las verjas estaban abiertas de par en par, y había una silla de postas, con los caballos ya

enjaezados y el cochero sentado en el pescante, estacionada fuera. Me acerqué a él y le dije que los caballeros venían; él asintió. Luego miré cuidadosamente a mi alrededor y escuché. La quietud del amanecer dormitaba por todas partes; las cortinas aún estaban corridas en las ventanas de las habitaciones de los criados; pajarillos acababan de empezar a gorjear en los árboles del huerto blanqueados por las flores, cuyas ramas colgaban como guirnaldas blancas sobre el muro que rodeaba un lado del patio; los caballos del carruaje pateaban de vez en cuando en sus establos cerrados. Todo lo demás estaba en silencio.

Aparecieron entonces los caballeros. Mason, apoyado en el señor Rochester y el cirujano, parecía caminar con tolerable facilidad. Lo ayudaron a subir a la calesa; Carter lo siguió.

—Cuida de él —le dijo el señor Rochester a este último—, y mantenlo en tu casa hasta que esté completamente bien. Pasaré a caballo en uno o dos días para ver cómo le va. Richard, ¿cómo estás?

—El aire fresco me reanima, Fairfax.

—Deja la ventana abierta de su lado, Carter; no hay viento. Adiós, Dick.

—Fairfax...

—Bueno, ¿qué pasa?

—Que la cuiden; que la traten con la mayor ternura posible. Que la... —Se detuvo y rompió a llorar.

—Hago lo mejor que puedo, y lo he hecho, y lo haré —fue la respuesta. Cerró la portezuela de la calesa y el vehículo se alejó.

—¡Ojalá, por Dios, hubiera un final para todo esto! —añadió el señor Rochester, mientras cerraba y atrancaba las pesadas verjas del patio.

Hecho esto, se dirigió con paso lento y aire abstraído hacia una puerta en el muro que bordeaba el huerto. Yo, suponiendo que

había terminado conmigo, me preparé para volver a la casa; de nuevo, sin embargo, lo oí llamar: «¡Jane!». Había abierto el portal y estaba de pie en él, esperándome.

—Ven donde hay algo de frescura, por unos momentos —dijo—. Esa casa es una mera mazmorra. ¿No te lo parece?

—A mí me parece una mansión espléndida, señor.

—El hechizo de la inexperiencia está sobre tus ojos —respondió—. Y la ves a través de un medio encantado. No puedes discernir que el dorado es fango y los cortinajes de seda telarañas; que el mármol es pizarra sórdida y las maderas pulidas meras astillas de desecho y corteza escamosa. Ahora, aquí (señaló el frondoso recinto en el que habíamos entrado) todo es real, dulce y puro.

Vagó por un sendero bordeado de boj, con manzanos, perales y cerezos a un lado, y un arriate al otro lleno de toda clase de flores antiguas: alhelíes, clavellinas, prímulas, pensamientos, mezclados con abrótano, escaramujo y diversas hierbas fragantes. Estaban frescas ahora, como solo una sucesión de chubascos y claros de abril, seguidos de una hermosa mañana de primavera, podían hacerlas. El sol acababa de entrar en el este veteado, y su luz iluminaba los árboles del huerto enramados y cubiertos de rocío, y brillaba por los tranquilos paseos bajo ellos.

—Jane, ¿quieres una flor?

Cogió una rosa a medio abrir, la primera del rosal, y me la ofreció.

—Gracias, señor.

—¿Te gusta este amanecer, Jane? ¿Ese cielo con sus nubes altas y ligeras que seguramente se disiparán a medida que el día se caliente, esta atmósfera plácida y balsámica?

—Sí, mucho.

—Has pasado una noche extraña, Jane.

—Sí, señor.

—Y te ha puesto pálida. ¿Tuviste miedo cuando te dejé sola con Mason?

—Tenía miedo de que alguien saliera de la habitación interior.

—Pero yo había cerrado la puerta con llave, tenía la llave en mi bolsillo. Habría sido un pastor descuidado si hubiera dejado un cordero —mi corderito— tan cerca de la guarida de un lobo, sin vigilancia. Estabas a salvo.

—¿Seguirá viviendo aquí Grace Poole, señor?

—¡Oh, sí! No te preocupes por ella, saca el asunto de tus pensamientos.

—Sin embargo, me parece que su vida apenas está segura mientras ella se quede.

—No temas, me cuidaré.

—¿Ha pasado ya el peligro que temía anoche, señor?

—No puedo garantizarlo hasta que Mason esté fuera de Inglaterra; ni siquiera entonces. Vivir, para mí, Jane, es estar de pie sobre la corteza de un cráter que puede agrietarse y escupir fuego cualquier día.

—Pero el señor Mason parece un hombre fácil de llevar. Su influencia, señor, es evidentemente potente con él. Nunca lo desafiará ni lo herirá voluntariamente.

—¡Oh, no! Mason no me desafiará; ni, sabiéndolo, me herirá. Pero, sin querer, podría en un momento, con una palabra descuidada, privarme, si no de la vida, sí para siempre de la felicidad.

—Dígale que sea cauto, señor. Hágale saber lo que teme y muéstrele cómo evitar el peligro.

Rio sardónicamente, me tomó la mano apresuradamente y con la misma prisa la apartó.

—Si pudiera hacer eso, simplona, ¿dónde estaría el peligro? Aniquilado en un momento. Desde que conozco a Mason, solo he tenido que decirle "Haz eso", y la cosa se ha hecho. Pero no puedo darle órdenes en este caso. No puedo decir "Ten cuidado de no hacerme daño, Richard", porque es imperativo que lo mantenga ignorante de que el daño hacia mí es posible. Ahora pareces perpleja; y te dejaré aún más perpleja. Eres mi pequeña amiga, ¿no es así?

—Me gusta servirle, señor, y obedecerle en todo lo que es correcto.

—Precisamente. Veo que lo haces. Veo un genuino contento en tu andar y tu semblante, en tu ojo y tu rostro, cuando me estás ayudando y complaciendo, trabajando para mí y conmigo, en, como dices característicamente, «todo lo que es correcto». Porque si te ordenara hacer lo que consideraras incorrecto, no habría carreras ligeras, ni presteza de manos ágiles, ni mirada vivaz y tez animada. Mi amiga se volvería entonces hacia mí, tranquila y pálida, y diría: «No, señor; eso es imposible. No puedo hacerlo, porque está mal»; y se volvería inmutable como una estrella fija. Bueno, tú también tienes poder sobre mí, y puedes herirme. Sin embargo, no me atrevo a mostrarte dónde soy vulnerable, no sea que, fiel y amistosa como eres, me traspases de inmediato.

—Si no tiene más que temer del señor Mason que de mí, señor, está usted muy a salvo.

—¡Quiera Dios que así sea! Aquí, Jane, hay un cenador; siéntate.

El cenador era un arco en el muro, revestido de hiedra; contenía un asiento rústico. El señor Rochester lo tomó, dejando sitio, sin embargo, para mí; pero yo permanecí de pie ante él.

—Siéntate —dijo—. El banco es lo suficientemente largo para dos. No dudas en tomar un lugar a mi lado, ¿verdad? ¿Está eso mal, Jane?

Le respondí asumiéndolo. Negarse, sentí, habría sido imprudente.

—Ahora, mi pequeña amiga, mientras el sol bebe el rocío, mientras todas las flores de este viejo jardín despiertan y se expanden, y los pájaros buscan el desayuno de sus crías fuera de Thornfield, y las primeras abejas hacen su primer turno de trabajo, te plantearé un caso que debes intentar suponer como propio. Pero primero, mírame y dime que estás a gusto y que no temes que yo me equivoque al retenerte o que tú te equivoques al quedarte.

—No, señor; estoy contenta.

—Bien, entonces, Jane, recurre a tu fantasía. Supón que ya no fueras una niña bien criada y disciplinada, sino un muchacho salvaje consentido desde la infancia; imagínate en una remota tierra extranjera; concibe que allí cometes un error funesto, no importa de qué naturaleza o por qué motivos, pero uno cuyas consecuencias deben seguirte a lo largo de la vida y contaminar toda tu existencia. Ojo, no digo un crimen; no estoy hablando de derramamiento de sangre ni de ningún otro acto culpable que pudiera hacer al autor responsable ante la ley; mi palabra es error. Los resultados de lo que has hecho se vuelven con el tiempo para ti absolutamente insoportables; tomas medidas para obtener alivio, medidas inusuales, pero ni ilegales ni culpables. Aun así, eres desdichado, porque la esperanza te ha abandonado en los mismos confines de la vida; tu sol al mediodía se oscurece en un eclipse que sientes que no lo dejará hasta la hora del ocaso. Asociaciones amargas y bajas se han convertido en el único alimento de tu memoria. Vagas de aquí para allá, buscando descanso en el exilio, felicidad en el placer —me refiero al placer desalmado y sensual—, ese que embota el intelecto y marchita el sentimiento. Cansado del corazón y marchito del alma, vuelves a casa después de años de destierro voluntario. Haces un nuevo conocido, cómo o dónde no importa. Encuentras en este extraño muchas de las cualidades buenas y brillantes que has buscado durante veinte años y nunca antes habías encontrado; y todas son frescas, saludables, sin mancha y sin mácula. Tal compañía reaviva, regenera; sientes que vuelven días mejores, deseos más elevados, sentimientos más puros; deseas recomenzar tu vida y pasar lo que te queda de días de una manera más digna de

un ser inmortal. Para alcanzar este fin, ¿estás justificado a saltar un obstáculo de la costumbre, un mero impedimento convencional que ni tu conciencia santifica ni tu juicio aprueba?

Hizo una pausa esperando una respuesta. ¿Y qué iba a decir yo? ¡Oh, por algún buen espíritu que me sugiriera una respuesta juiciosa y satisfactoria! ¡Vana aspiración! El viento del oeste susurraba en la hiedra a mi alrededor, pero ningún gentil Ariel tomó prestado su aliento como medio de expresión; los pájaros cantaban en las copas de los árboles, pero su canto, por muy dulce que fuera, era inarticulado.

De nuevo el señor Rochester propuso su pregunta:

—¿Está el hombre errante y pecador, pero ahora en busca de descanso y arrepentido, justificado a desafiar la opinión del mundo para unirse a él para siempre a este extraño gentil, amable y cordial, asegurando así su propia paz mental y la regeneración de su vida?

—Señor —respondí—, el reposo de un errante o la reforma de un pecador nunca deberían depender de una criatura semejante. Los hombres y las mujeres mueren; los filósofos flaquean en la sabiduría y los cristianos en la bondad. Si alguien que usted conoce ha sufrido y errado, que busque más alto que sus iguales la fuerza para enmendarse y el consuelo para sanar.

—¡Pero el instrumento, el instrumento! Dios, que hace la obra, ordena el instrumento. Yo mismo —te lo digo sin parábolas— he sido un hombre mundano, disipado e inquieto; y creo que he encontrado el instrumento para mi cura en...

Hizo una pausa. Los pájaros siguieron trinando, las hojas susurrando ligeramente. Casi me extrañó que no detuvieran sus cantos y susurros para captar la revelación suspendida; pero habrían tenido que esperar muchos minutos, tan largo se prolongó el silencio. Por fin levanté la vista hacia el tardo orador. Me miraba con avidez.

—Pequeña amiga —dijo, en un tono completamente cambiado, mientras su rostro también cambiaba, perdiendo toda su suavidad y

gravedad y volviéndose áspero y sarcástico—, has notado mi tierna inclinación por la señorita Ingram. ¿No crees que si me casara con ella me regeneraría con creces?

Se levantó al instante, fue hasta el otro extremo del paseo y, cuando regresó, tarareaba una melodía.

—Jane, Jane —dijo, deteniéndose ante mí—, estás completamente pálida por tus vigilias. ¿No me maldices por perturbar tu descanso?

—¿Maldecirle? No, señor.

—Dame la mano en confirmación de la palabra. ¡Qué dedos tan fríos! Estaban más cálidos anoche cuando los toqué en la puerta de la misteriosa cámara. Jane, ¿cuándo velarás conmigo de nuevo?

—Cuando pueda ser útil, señor.

—Por ejemplo, ¡la noche antes de que me case! Estoy seguro de que no podré dormir. ¿Prometes quedarte levantada conmigo para hacerme compañía? A ti puedo hablarte de mi amada, pues ahora la has visto y la conoces.

—Sí, señor.

—Es una joya, ¿no es así, Jane?

—Sí, señor.

—Una mujerona, una verdadera moza de rompe y rasga, Jane. Grande, morena y robusta; con un cabello como el que debían de tener las damas de Cartago. ¡Cielos! ¡Ahí están Dent y Lynn en las caballerizas! Entra por la zona de arbustos, por ese postigo.

Mientras yo iba por un lado, él se fue por otro, y lo oí en el patio, diciendo alegremente:

—Mason se les ha adelantado a todos esta mañana; se fue antes del amanecer. Me levanté a las cuatro para despedirlo.

Capítulo XXI

¡Cosa extraña son los presentimientos! Y también las simpatías; y también las señales; y las tres combinadas forman un misterio cuya clave la humanidad aún no ha encontrado. Nunca me he reído de los presentimientos en mi vida, porque he tenido los míos propios, muy extraños. Las simpatías, creo, existen (por ejemplo, entre parientes lejanos, ausentes por mucho tiempo, completamente distanciados, que afirman, a pesar de su alienación, la unidad de la fuente de la que cada uno traza su origen) cuyo funcionamiento desconcierta la comprensión mortal. Y las señales, por lo que sabemos, pueden no ser más que las simpatías de la Naturaleza con el hombre.

Cuando era una niña pequeña, de solo seis años, una noche oí a Bessie Leaven decirle a Martha Abbot que había estado soñando con un niño pequeño; y que soñar con niños era una señal segura de problemas, ya sea para uno mismo o para sus parientes. El dicho podría haberse borrado de mi memoria de no haber seguido inmediatamente una circunstancia que sirvió para fijarlo allí indeleblemente. Al día siguiente, mandaron a buscar a Bessie a su casa, al lecho de muerte de su hermana pequeña.

Últimamente había recordado a menudo este dicho y este incidente; pues durante la semana pasada apenas había pasado una noche sobre mi lecho que no hubiera traído consigo el sueño de un infante, al que a veces acunaba en mis brazos, a veces mecía en mi rodilla, a veces observaba jugar con margaritas en un césped, o de nuevo, chapotear con sus manos en agua corriente. Era un niño que lloraba esta noche y uno que reía la siguiente; ahora se acurrucaba junto a mí y ahora huía de mí; pero cualquiera que fuera el humor que la aparición mostrara, cualquier aspecto que llevara, no dejó de encontrarse conmigo durante siete noches sucesivas en el momento en que entraba en la tierra del sueño.

No me gustaba esta iteración de una idea, esta extraña recurrencia de una imagen, y me ponía nerviosa a medida que se acercaba la hora de dormir y la hora de la visión se aproximaba. Fue de la compañía de este bebé fantasma de la que me había despertado en aquella noche de luna cuando oí el grito; y fue en la tarde del día siguiente cuando fui convocada abajo por un mensaje de que alguien me quería en la habitación de la señora Fairfax. Al dirigirme allí, encontré a un hombre esperándome, con la apariencia de un criado de caballero. Iba vestido de luto riguroso y el sombrero que sostenía en la mano estaba rodeado por una banda de crespón.

—Me atrevo a decir que apenas me recuerda, señorita —dijo, levantándose mientras yo entraba—; pero mi nombre es Leaven. Viví como cochero con la señora Reed cuando usted estaba en Gateshead, hace ocho o nueve años, y todavía vivo allí.

—¡Oh, Robert! ¿Cómo está? Lo recuerdo muy bien. Solía darme un paseo a veces en el poni bayo de la señorita Georgiana. ¿Y cómo está Bessie? ¿Está casado con Bessie?

—Sí, señorita. Mi esposa está muy bien, gracias. Me trajo otro pequeño hace unos dos meses, ya tenemos tres, y tanto la madre como el niño prosperan.

—¿Y está bien la familia en la casa, Robert?

—Lamento no poder darle mejores noticias de ellos, señorita. Están muy mal en este momento, en grandes apuros.

—Espero que no haya muerto nadie —dije, mirando su traje negro. Él también bajó la vista al crespón alrededor de su sombrero y respondió:

—El señorito John murió ayer hizo una semana, en sus aposentos de Londres.

—¿El señorito John?

—Sí.

—¿Y cómo lo soporta su madre?

—Verá, señorita Eyre, no es un percance común. Su vida ha sido muy disoluta. Estos últimos tres años se entregó a extrañas costumbres, y su muerte fue espantosa.

—Oí por Bessie que no le iba bien.

—¡Irle bien! No podría irle peor. Arruinó su salud y su patrimonio entre los peores hombres y las peores mujeres. Se endeudó y fue a la cárcel. Su madre lo ayudó a salir dos veces, pero tan pronto como estuvo libre, regresó a sus antiguos compañeros y hábitos. Su cabeza no era fuerte; los bribones con los que vivía se burlaron de él más allá de todo lo que he oído. Vino a Gateshead hace unas tres semanas y quería que la señora se lo entregara todo. La señora se negó; sus medios se han visto muy reducidos por su extravagancia. Así que volvió de nuevo, y la siguiente noticia fue que había muerto. ¡Cómo murió, Dios lo sabe! Dicen que se suicidó.

Guardé silencio. La noticia era espantosa. Robert Leaven reanudó:

—La señora misma no ha estado bien de salud desde hace algún tiempo. Se había puesto muy corpulenta, pero no fuerte con ello; y la pérdida de dinero y el miedo a la pobreza la estaban destrozando por completo. La información sobre la muerte del señorito John y la manera en que ocurrió llegó demasiado de repente; le provocó un ataque. Estuvo tres días sin hablar; pero el martes pasado parecía algo mejor. Parecía como si quisiera decir algo, y no paraba de hacer señas a mi esposa y de balbucear. Sin embargo, no fue hasta ayer por la mañana que Bessie entendió que estaba pronunciando el nombre de usted; y al final descifró las palabras: "Traed a Jane, buscad a Jane Eyre. Quiero hablar con ella". Bessie no está segura de si está en su sano juicio, o si las palabras significan algo; pero se lo dijo a la señorita Reed y a la señorita Georgiana, y les aconsejó que la mandaran a buscar. Las señoritas lo pospusieron al principio; pero su madre se puso tan inquieta y dijo "Jane, Jane" tantas veces que al final consintieron. Salí de Gateshead ayer; y si puede prepararse, señorita, me gustaría llevarla de vuelta conmigo mañana por la mañana temprano.

—Sí, Robert, estaré lista. Me parece que debo ir.

—Yo también lo creo, señorita. Bessie dijo que estaba segura de que no se negaría. Pero supongo que tendrá que pedir permiso antes de poder marcharse.

—Sí; y lo haré ahora. —Y habiéndolo dirigido al salón de los criados y recomendado al cuidado de la esposa de John y a las atenciones del propio John, fui en busca del señor Rochester.

No estaba en ninguna de las habitaciones de abajo; no estaba en el patio, ni en las caballerizas, ni en los terrenos. Le pregunté a la señora Fairfax si lo había visto. Sí, creía que estaba jugando al billar con la señorita Ingram. A la sala de billar me apresuré. El chasquido de las bolas y el murmullo de las voces resonaban desde allí. El señor Rochester, la señorita Ingram, las dos señoritas Eshton y sus admiradores estaban todos ocupados en el juego. Se requería cierto valor para perturbar a un grupo tan interesante; mi recado, sin embargo, era uno que no podía aplazar, así que me acerqué al amo donde estaba de pie al lado de la señorita Ingram. Ella se volvió al acercarme y me miró con altivez; sus ojos parecían demandar: «¿Qué querrá ahora la criatura rastrera?». Y cuando dije, en voz baja: «Señor Rochester», hizo un movimiento como si estuviera tentada de ordenarme que me fuera. Recuerdo su apariencia en ese momento: era muy grácil y muy llamativa. Llevaba una bata de mañana de crepé azul cielo; un pañuelo de gasa azul celeste estaba torcido en su cabello. Había estado toda animada con el juego, y el orgullo irritado no rebajaba la expresión de sus altivos rasgos.

—¿Le quiere a usted esa persona? —inquirió al señor Rochester; y el señor Rochester se volvió para ver quién era la «persona». Hizo una mueca curiosa, una de sus extrañas y equívocas demostraciones, dejó caer su taco y me siguió fuera de la habitación.

—¿Y bien, Jane? —dijo, mientras apoyaba la espalda en la puerta del aula, que había cerrado.

—Si me hace el favor, señor, quiero un permiso de ausencia por una o dos semanas.

—¿Para hacer qué? ¿Adónde ir?

—A ver a una señora enferma que ha mandado a buscarme.

—¿Qué señora enferma? ¿Dónde vive?

—En Gateshead; en ...shire.

—¿...shire? ¡Eso está a cien millas de aquí! ¿Quién puede ser esa que manda a buscar a la gente para verla a esa distancia?

—Se llama Reed, señor, la señora Reed.

—¿Reed de Gateshead? Hubo un Reed de Gateshead, un magistrado.

—Es su viuda, señor.

—¿Y qué tiene usted que ver con ella? ¿Cómo la conoce?

—El señor Reed era mi tío, el hermano de mi madre.

—¡Diablos que lo era! Nunca me lo dijo antes. Siempre dijo que no tenía parientes.

—Ninguno que me reconociera, señor. El señor Reed ha muerto y su esposa me repudió.

—¿Por qué?

—Porque era pobre y una carga, y no le gustaba.

—¿Pero Reed dejó hijos? ¿Debe de tener primos? Sir George Lynn hablaba ayer de un Reed de Gateshead que, dijo, era uno de los mayores sinvergüenzas de la ciudad; e Ingram mencionaba a una Georgiana Reed del mismo lugar, que fue muy admirada por su belleza hace una o dos temporadas en Londres.

—John Reed también ha muerto, señor. Se arruinó a sí mismo y medio arruinó a su familia, y se supone que se suicidó. La noticia conmocionó tanto a su madre que le provocó un ataque de apoplejía.

—¿Y qué bien puede hacerle usted? ¡Tonterías, Jane! Nunca se me ocurriría correr cien millas para ver a una anciana que, quizás, estará muerta antes de que llegue. Además, dice que la repudió.

—Sí, señor, pero eso fue hace mucho tiempo; y cuando sus circunstancias eran muy diferentes. No podría estar tranquila si descuidara sus deseos ahora.

—¿Cuánto tiempo se quedará?

—El menor tiempo posible, señor.

—Prométame solo quedarse una semana...

—Será mejor que no dé mi palabra; podría verme obligada a romperla.

—En cualquier caso, volverá. ¿No será inducida bajo ningún pretexto a establecerse permanentemente con ella?

—¡Oh, no! Ciertamente regresaré si todo va bien.

—¿Y quién va con usted? No viajará cien millas sola.

—No, señor, ha enviado a su cochero.

—¿Una persona de confianza?

—Sí, señor, ha vivido diez años en la familia.

El señor Rochester meditó.

—¿Cuándo desea ir?

—Mañana por la mañana temprano, señor.

—Bueno, debe de tener algo de dinero; no puede viajar sin dinero, y me atrevo a decir que no tiene mucho. Aún no le he dado ningún salario. ¿Cuánto tiene en el mundo, Jane? —preguntó, sonriendo.

Saqué mi monedero; era una cosa exigua.

—Cinco chelines, señor. —Tomó el monedero, vertió el tesoro en su palma y se rio entre dientes como si su escasez le divirtiera. Pronto sacó su cartera—. Aquí —dijo, ofreciéndome un billete; era

de cincuenta libras, y solo me debía quince. Le dije que no tenía cambio.

—No quiero cambio; ya lo sabe. Tome su salario.

Me negué a aceptar más de lo que me correspondía. Al principio frunció el ceño; luego, como si recordara algo, dijo:

—¡Cierto, cierto! Mejor no darle todo ahora; quizás se quedaría tres meses si tuviera cincuenta libras. Aquí tiene diez; ¿no es suficiente?

—Sí, señor, pero ahora me debe cinco.

—Vuelva a por ellas, entonces; soy su banquero por cuarenta libras.

—Señor Rochester, podría mencionar otro asunto de negocios mientras tengo la oportunidad.

—¿Asunto de negocios? Siento curiosidad por oírlo.

—Me ha informado usted, más o menos, de que se va a casar en breve.

—Sí, ¿y qué?

—En ese caso, señor, Adèle debería ir a la escuela. Estoy segura de que percibirá la necesidad de ello.

—¿Para quitarla del camino de mi novia, que de otro modo podría pasarle por encima con demasiada contundencia? Hay sentido en la sugerencia; no cabe duda. Adèle, como dice, debe ir a la escuela; y usted, por supuesto, debe marchar directamente... ¿al diablo?

—Espero que no, señor; pero debo buscar otro puesto en alguna parte.

—¡Desde luego! —exclamó, con un dejo en la voz y una distorsión de los rasgos igualmente fantásticos y ridículos. Me miró durante unos minutos.

—¿Y la vieja señora Reed, o las señoritas, sus hijas, serán solicitadas por usted para buscarle un puesto, supongo?

—No, señor; no estoy en tales términos con mis parientes como para justificar que les pida favores, pero pondré un anuncio.

—¡Subirá usted a las pirámides de Egipto! —gruñó—. ¡A su propio riesgo ponga un anuncio! Ojalá solo le hubiera ofrecido un soberano en lugar de diez libras. Devuélvame nueve libras, Jane; tengo un uso para ellas.

—Y yo también, señor —repliqué, poniendo las manos y el monedero a mi espalda—. No podría prescindir del dinero bajo ningún concepto.

—¡Pequeña avara! —dijo—, ¡negándome una petición pecuniaria! Deme cinco libras, Jane.

—Ni cinco chelines, señor; ni cinco peniques.

—Solo déjeme ver el dinero.

—No, señor; no es usted de fiar.

—¡Jane!

—¿Señor?

—Prométame una cosa.

—Le prometeré cualquier cosa, señor, que crea que es probable que cumpla.

—No poner un anuncio, y confiarme esta búsqueda de un puesto a mí. Le encontraré uno a su debido tiempo.

—Me alegrará hacerlo, señor, si usted, a su vez, me promete que Adèle y yo estaremos ambas a salvo fuera de la casa antes de que entre su novia.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! Empeñaré mi palabra en ello. ¿Se va mañana, entonces?

—Sí, señor; temprano.

—¿Bajará al salón después de la cena?

—No, señor, debo prepararme para el viaje.

—¿Entonces usted y yo debemos despedirnos por un tiempo?

—Supongo que sí, señor.

—¿Y cómo realiza la gente esa ceremonia de la despedida, Jane? Enséñeme; no estoy muy al día.

—Dicen Adiós, o cualquier otra forma que prefieran.

—Entonces dígalo.

—Adiós, señor Rochester, por el momento.

—¿Qué debo decir yo?

—Lo mismo, si gusta, señor.

—Adiós, señorita Eyre, por el momento. ¿Eso es todo?

—Sí.

—Me parece tacaño, y seco, y poco amistoso. Me gustaría algo más, una pequeña adición al rito. Si uno se diera la mano, por ejemplo; pero no, eso tampoco me contentaría. ¿Así que no hará más que decir Adiós, Jane?

—Es suficiente, señor. Se puede transmitir tanta buena voluntad en una palabra cordial como en muchas.

—Muy probablemente; pero es soso y frío: «Adiós».

«¿Cuánto tiempo va a estar de pie con la espalda contra esa puerta?», me pregunté. «Quiero empezar a hacer mi equipaje». Sonó la campana de la cena y, de repente, salió disparado sin otra sílaba. No lo vi más durante el día y me marché antes de que se hubiera levantado por la mañana.

Llegué a la garita de Gateshead sobre las cinco de la tarde del primero de mayo. Entré allí antes de subir a la mansión. Estaba muy limpia y ordenada. Las ventanas ornamentales estaban colgadas con pequeñas cortinas blancas; el suelo estaba impecable; la rejilla y los hierros de la chimenea estaban abrillantados y el fuego ardía con claridad. Bessie estaba sentada junto al hogar, amamantando a su

último hijo, y Robert y su hermana jugaban tranquilamente en un rincón.

—¡Bendita sea! ¡Sabía que vendría! —exclamó la señora Leaven, al entrar.

—Sí, Bessie —dije, después de haberla besado—. Y confío en no llegar demasiado tarde. ¿Cómo está la señora Reed? Viva todavía, espero.

—Sí, está viva; y más consciente y serena de lo que estaba. El médico dice que puede durar una o dos semanas más, pero apenas cree que se recupere finalmente.

—¿Me ha mencionado últimamente?

—Estaba hablando de usted esta misma mañana y deseando que viniera, pero ahora está durmiendo, o lo estaba hace diez minutos, cuando subí a la casa. Generalmente yace en una especie de letargo toda la tarde y se despierta sobre las seis o las siete. ¿Quiere descansar aquí una hora, señorita, y luego subiré con usted?

Robert entró entonces, y Bessie acostó a su hijo dormido en la cuna y fue a darle la bienvenida. Después insistió en que me quitara el gorro y tomara un poco de té, pues dijo que parecía pálida y cansada. Acepté con gusto su hospitalidad; y me sometí a que me aliviaran de mi atuendo de viaje tan pasivamente como solía dejar que ella me desvistiera cuando era niña.

Los viejos tiempos volvieron en tropel a mi mente mientras la observaba afanarse, preparando la bandeja del té con su mejor porcelana, cortando pan y mantequilla, tostando un pastelito y, entretanto, dando al pequeño Robert o a Jane un golpecito o un empujón ocasional, tal como solía darme a mí en otros tiempos. Bessie había conservado su temperamento vivo, así como su pie ligero y su buen aspecto.

Listo el té, iba a acercarme a la mesa, pero me pidió que me quedara quieta, con sus viejos tonos perentorios. Debía ser servida junto al fuego, dijo; y colocó ante mí una mesita redonda con mi

taza y un plato de tostadas, absolutamente como solía acomodarme con algún manjar robado en privado en una silla de la nursery. Y sonreí y la obedecí como en días pasados.

Quería saber si era feliz en Thornfield Hall y qué clase de persona era la señora; y cuando le dije que solo había un amo, si era un caballero agradable y si me gustaba. Le dije que era un hombre más bien feo, pero todo un caballero; y que me trataba con amabilidad y que yo estaba contenta. Luego pasé a describirle la alegre compañía que había estado alojada últimamente en la casa; y a estos detalles Bessie escuchó con interés. Eran precisamente del tipo que a ella le gustaba.

En tal conversación, una hora pasó pronto. Bessie me devolvió mi gorro, etc., y, acompañada por ella, abandoné la garita para dirigirme a la mansión. También fue acompañada por ella que, casi nueve años atrás, había caminado por el sendero que ahora ascendía. En una mañana oscura, neblinosa y cruda de enero, había dejado un techo hostil con un corazón desesperado y amargado —un sentimiento de proscripción y casi de reprobación— para buscar el gélido refugio de Lowood, ese destino tan lejano e inexplorado. El mismo techo hostil se alzaba ahora de nuevo ante mí. Mis perspectivas eran aún dudosas; y aún tenía el corazón dolorido. Todavía me sentía como una errante sobre la faz de la tierra; pero experimentaba una confianza más firme en mí misma y en mis propias fuerzas, y un temor menos aniquilador a la opresión. La herida abierta de mis agravios, también, estaba ahora completamente curada; y la llama del resentimiento, extinguida.

—Entrará primero en el comedor de diario —dijo Bessie, mientras me precedía por el vestíbulo—. Las señoritas estarán allí.

En otro momento me encontraba dentro de ese apartamento. Allí estaba cada mueble, con el mismo aspecto que en la mañana en que fui presentada por primera vez al señor Brocklehurst. La misma alfombra sobre la que él se había parado cubría todavía el hogar. Mirando las librerías, creí distinguir los dos volúmenes de las Aves británicas de Bewick ocupando su antiguo lugar en el tercer estante,

y Los viajes de Gulliver y Las mil y una noches dispuestos justo encima. Los objetos inanimados no habían cambiado; pero los seres vivos se habían alterado hasta ser irreconocibles.

Dos jóvenes damas aparecieron ante mí. Una muy alta, casi tan alta como la señorita Ingram, muy delgada también, con un rostro pálido y un porte severo. Había algo ascético en su mirada, que se acentuaba por la extrema sencillez de un vestido de estameña negra de falda recta, un cuello de lino almidonado, el pelo peinado hacia atrás desde las sienes y el adorno monacal de un rosario de cuentas de ébano y un crucifijo. Estaba segura de que esta era Eliza, aunque podía rastrear poca semejanza con su antiguo yo en ese rostro alargado e incoloro.

La otra era, con certeza, Georgiana. Pero no la Georgiana que recordaba, la niña esbelta y de hada de once años. Esta era una damisela rozagante, muy rolliza, blanca como la cera, con rasgos hermosos y regulares, lánguidos ojos azules y cabello amarillo rizado. El tono de su vestido también era negro; pero su hechura era tan diferente a la de su hermana —mucho más fluida y favorecedora — que parecía tan elegante como la de la otra parecía puritana.

En cada una de las hermanas había un rasgo de la madre, y solo uno. La hija mayor, delgada y pálida, tenía el ojo de topacio ahumado de su progenitora. La joven lozana y exuberante tenía el contorno de su mandíbula y barbilla, quizás un poco suavizado, pero que aun así impartía una dureza indescriptible al semblante, por lo demás tan voluptuoso y rollizo.

Ambas damas, al avanzar yo, se levantaron para darme la bienvenida, y ambas se dirigieron a mí por el nombre de «señorita Eyre». El saludo de Eliza fue pronunciado con una voz corta y abrupta, sin una sonrisa; y luego volvió a sentarse, fijó los ojos en el fuego y pareció olvidarse de mí. Georgiana añadió a su «¿Cómo está?» varios lugares comunes sobre mi viaje, el tiempo, y demás, pronunciados en un tono más bien arrastrado, y acompañados de diversas miradas de reojo que me medían de pies a cabeza, ora recorriendo los pliegues de mi pelliza de merino gris, ora

deteniéndose en el sencillo adorno de mi gorro de cabaña. Las jóvenes damas tienen una manera notable de hacerle saber a una que la consideran un «bicho raro» sin decir realmente las palabras. Una cierta soberbia en la mirada, frialdad en los modales, despreocupación en el tono, expresan plenamente sus sentimientos al respecto, sin comprometerlas con ninguna grosería positiva de palabra o de obra.

Una burla, sin embargo, ya fuera encubierta o abierta, ya no tenía sobre mí el poder que una vez poseyó. Mientras estaba sentada entre mis primas, me sorprendió descubrir lo cómoda que me sentía bajo el total desdén de una y las atenciones semi-sarcásticas de la otra. Eliza no me mortificaba, ni Georgiana me irritaba. El hecho era que tenía otras cosas en qué pensar. En los últimos meses se habían agitado en mí sentimientos mucho más potentes que cualquiera que ellas pudieran suscitar; se habían excitado dolores y placeres mucho más agudos y exquisitos que cualquiera que estuviera en su poder infligir o conceder, que sus aires no me preocupaban ni para bien ni para mal.

—¿Cómo está la señora Reed? —pregunté pronto, mirando tranquilamente a Georgiana, que consideró oportuno erguirse ante la interpelación directa, como si fuera una libertad inesperada.

—¿La señora Reed? ¡Ah! Mamá, quiere decir. Está extremadamente mal. Dudo que pueda verla esta noche.

—Si —dije—, tuviera la amabilidad de subir y decirle que he llegado, le estaría muy agradecida.

Georgiana casi se sobresaltó, y abrió sus ojos azules, desorbitados.

—Sé que tenía un deseo particular de verme —añadí—, y no quisiera demorar el atender su deseo más de lo absolutamente necesario.

—A mamá no le gusta que la molesten por la noche —observó Eliza. Pronto me levanté, me quité tranquilamente el gorro y los guantes, sin ser invitada, y dije que saldría un momento a ver a

Bessie —que, me atrevía a decir, estaba en la cocina— y le pediría que averiguara si la señora Reed estaba dispuesta a recibirme o no esta noche. Fui, y habiendo encontrado a Bessie y despachado mi recado, procedí a tomar otras medidas. Hasta ahora había sido mi costumbre encogerme siempre ante la arrogancia. Recibida como lo había sido hoy, hace un año habría resuelto abandonar Gateshead a la mañana siguiente. Ahora, se me reveló de repente que ese sería un plan insensato. Había hecho un viaje de cien millas para ver a mi tía, y debía quedarme con ella hasta que estuviera mejor, o muerta. En cuanto al orgullo o la necedad de sus hijas, debía dejarlo a un lado, independizarme de ello. Así que me dirigí al ama de llaves; le pedí que me mostrara una habitación, le dije que probablemente sería una visitante aquí por una o dos semanas, hice llevar mi baúl a mi cámara y lo seguí yo misma. Me encontré con Bessie en el rellano.

—La señora está despierta —dijo—. Le he dicho que está usted aquí. Venga y veamos si la reconoce.

No necesité que me guiaran a la bien conocida habitación, a la que tantas veces había sido convocada para castigos o reprimendas en otros tiempos. Me apresuré delante de Bessie; abrí suavemente la puerta. Una luz velada estaba sobre la mesa, pues ya estaba oscureciendo. Allí estaba la gran cama de cuatro postes con cortinas de ámbar como antaño; allí el tocador, el sillón y el escabel, en el que cien veces había sido sentenciada a arrodillarme para pedir perdón por ofensas por mí no cometidas. Miré en cierto rincón cercano, esperando a medias ver el delgado perfil de una vara antaño temida que solía acechar allí, esperando saltar como un duende y azotar mi palma temblorosa o mi cuello encogido. Me acerqué a la cama; abrí las cortinas y me incliné sobre las almohadas apiladas.

Recordaba bien el rostro de la señora Reed y busqué ansiosamente la imagen familiar. Es una suerte que el tiempo aplaque los anhelos de venganza y acalle los impulsos de la ira y la aversión. Había dejado a esta mujer con amargura y odio, y volvía a

ella ahora sin otra emoción que una especie de compasión por sus grandes sufrimientos, y un fuerte anhelo de olvidar y perdonar todas las injurias, de reconciliarme y estrechar las manos en amistad.

El rostro conocido estaba allí. Severo, implacable como siempre; allí estaba ese ojo peculiar que nada podía derretir, y la ceja algo levantada, imperiosa, despótica. ¡Cuántas veces se había abatido sobre mí con amenaza y odio! ¡Y cómo el recuerdo de los terrores y las penas de la infancia revivía al trazar ahora su dura línea! Y sin embargo, me incliné y la besé. Ella me miró.

—¿Es esta Jane Eyre? —dijo.

—Sí, tía Reed. ¿Cómo está, querida tía?

Una vez había jurado que nunca volvería a llamarla tía. No consideré pecado olvidar y romper ese voto ahora. Mis dedos se habían aferrado a su mano, que yacía fuera de la sábana. Si hubiera apretado la mía amablemente, en ese momento habría experimentado un verdadero placer. Pero las naturalezas impasibles no se ablandan tan pronto, ni las antipatías naturales se erradican tan fácilmente. La señora Reed apartó la mano y, volviendo el rostro más bien lejos de mí, comentó que la noche era cálida. De nuevo me miró tan gélidamente que sentí al instante que su opinión sobre mí —su sentimiento hacia mí— no había cambiado y era incambiable. Supe por su ojo pétreo —opaco a la ternura, indisoluble a las lágrimas— que estaba resuelta a considerarme mala hasta el final; porque creer que era buena no le daría ningún placer generoso, solo una sensación de mortificación.

Sentí dolor, y luego sentí ira; y luego sentí la determinación de someterla, de ser su dueña a pesar tanto de su naturaleza como de su voluntad. Mis lágrimas habían subido, tal como en la infancia. Les ordené que volvieran a su fuente. Traje una silla a la cabecera de la cama. Me senté y me incliné sobre la almohada.

—Usted me mandó a buscar —dije—, y estoy aquí; y es mi intención quedarme hasta ver cómo se recupera.

—¡Oh, por supuesto! ¿Has visto a mis hijas?

—Sí.

—Bueno, puedes decirles que deseo que te quedes hasta que pueda hablar contigo de algunas cosas que tengo en mente. Esta noche es demasiado tarde y tengo dificultad para recordarlas. Pero había algo que deseaba decir, déjame ver...

La mirada errante y el habla cambiada delataban el naufragio que había tenido lugar en su otrora vigoroso cuerpo. Volviéndose inquieta, se arropó con las sábanas; mi codo, apoyado en una esquina de la colcha, la sujetó. Se irritó al instante.

—¡Incorpórate! —dijo—. No me molestes sujetando la ropa. ¿Eres Jane Eyre?

—Soy Jane Eyre.

—He tenido más problemas con esa niña de los que nadie creería. ¡Semejante carga que me dejaron en las manos, y tanta molestia como me causaba, diaria y horariamente, con su disposición incomprensible, y sus repentinos arranques de genio, y su continua y antinatural vigilancia de los movimientos de uno! Declaro que una vez me habló como una loca, o como un demonio. Ningún niño habló o miró como ella lo hizo; me alegré de sacarla de la casa. ¿Qué hicieron con ella en Lowood? La fiebre estalló allí y muchas de las alumnas murieron. Ella, sin embargo, no murió; pero yo dije que sí. ¡Ojalá hubiera muerto!

—Un deseo extraño, señora Reed. ¿Por qué la odia tanto?

—Siempre tuve aversión a su madre; pues era la única hermana de mi marido y su gran favorita. Él se opuso a que la familia la repudiara cuando hizo su matrimonio de baja condición; y cuando llegó la noticia de su muerte, lloró como un simplón. Quiso mandar a buscar al bebé, aunque le supliqué que lo pusiera a criar y pagara por su mantenimiento. ¡Lo odié la primera vez que le puse los ojos encima, una cosa enfermiza, quejumbrosa y mustia! Lloriqueaba en su cuna toda la noche, no gritando de corazón como cualquier otro niño, sino gimiendo y lamentándose. Reed se compadecía de él; y solía acunarlo y prestarle atención como si hubiera sido suyo; más,

en verdad, de lo que nunca prestó atención a los suyos a esa edad. Intentaba hacer que mis hijos fueran amigables con el pequeño mendigo. Los queridos no podían soportarlo, y se enfadaba con ellos cuando mostraban su aversión. En su última enfermedad, lo hacía traer continuamente a su lecho; y apenas una hora antes de morir, me hizo jurar que me quedaría con la criatura. Preferiría haberme hecho cargo de un mocoso pobre de un hospicio. Pero era débil, naturalmente débil. John no se parece en nada a su padre, y me alegro de ello. John es como yo y como mis hermanos, es todo un Gibson. ¡Oh, ojalá dejara de atormentarme con cartas pidiendo dinero! No tengo más dinero que darle; nos estamos empobreciendo. Debo despedir a la mitad de los criados y cerrar parte de la casa, o alquilarla. Nunca podré someterme a hacer eso, pero ¿cómo vamos a salir adelante? Dos tercios de mis ingresos se van en pagar los intereses de las hipotecas. John juega terriblemente y siempre pierde, ¡pobre muchacho! Está rodeado de fulleros. John está hundido y degradado, su aspecto es espantoso, siento vergüenza por él cuando lo veo.

Se estaba excitando mucho.

—Creo que será mejor que la deje ahora —le dije a Bessie, que estaba al otro lado de la cama.

—Quizás sí, señorita. Pero a menudo habla así por la noche; por la mañana está más tranquila.

Me levanté.

—¡Detente! —exclamó la señora Reed—. Hay otra cosa que quería decir. Me amenaza, me amenaza continuamente con su propia muerte, o con la mía; y a veces sueño que lo veo tendido con una gran herida en la garganta, o con el rostro hinchado y ennegrecido. He llegado a un punto extraño. Tengo grandes problemas. ¿Qué se ha de hacer? ¿Cómo se consigue el dinero?

Bessie intentó ahora persuadirla de que tomara un sedante. Lo consiguió con dificultad. Poco después, la señora Reed se compuso más y cayó en un estado de somnolencia. Entonces la dejé.

Pasaron más de diez días antes de que volviera a tener alguna conversación con ella. Continuó delirante o letárgica; y el médico prohibió todo lo que pudiera excitarla dolorosamente. Mientras tanto, me las arreglé como pude con Georgiana y Eliza. Al principio eran muy frías, en verdad. Eliza se sentaba la mitad del día cosiendo, leyendo o escribiendo, y apenas pronunciaba una palabra ni a mí ni a su hermana. Georgiana parloteaba tonterías a su canario durante horas y no me prestaba atención. Pero yo estaba decidida a no parecer sin ocupación o diversión. Había traído mis materiales de dibujo conmigo y me sirvieron para ambas cosas.

Provista de un estuche de lápices y algunas hojas de papel, solía tomar asiento aparte de ellas, cerca de la ventana, y me ocupaba en esbozar viñetas fantásticas, representando cualquier escena que casualmente se formara en el siempre cambiante caleidoscopio de la imaginación: un atisbo de mar entre dos rocas; la luna creciente y un barco cruzando su disco; un grupo de juncos y espigas de agua, y la cabeza de una náyade, coronada de flores de loto, emergiendo de ellos; un elfo sentado en el nido de un gorrión, bajo una guirnalda de flores de espino.

Una mañana me puse a esbozar un rostro. Qué clase de rostro sería, no me importaba ni lo sabía. Tomé un lápiz negro blando, le di una punta ancha y me puse a trabajar. Pronto había trazado en el papel una frente ancha y prominente y un contorno inferior cuadrado del rostro. Ese contorno me dio placer; mis dedos procedieron activamente a llenarlo de rasgos. Debajo de esa frente debían trazarse cejas horizontales fuertemente marcadas; luego siguió, naturalmente, una nariz bien definida, con un puente recto y fosas nasales anchas; luego una boca de aspecto flexible, de ninguna manera estrecha; luego una barbilla firme, con una decidida hendidura en el medio. Por supuesto, se necesitaban algunas patillas negras y algo de cabello de azabache, en mechones en las sienes y ondulado sobre la frente. Ahora, los ojos. Los había dejado para el final, porque requerían el trabajo más cuidadoso. Los dibujé grandes; los formé bien. Las pestañas las tracé largas y sombrías; los iris lustrosos y grandes. «¡Bien! Pero no del todo», pensé, al

examinar el efecto. «Necesitan más fuerza y espíritu». Y trabajé las sombras más negras, para que las luces pudieran brillar más intensamente. Un toque o dos afortunados aseguraron el éxito. Allí, tenía el rostro de un amigo bajo mi mirada. ¿Y qué importaba que aquellas jóvenes damas me dieran la espalda? Lo miré; sonreí al parecido parlante. Estaba absorta y contenta.

—¿Es ese el retrato de alguien que conoce? —preguntó Eliza, que se me había acercado sin que me diera cuenta. Respondí que era meramente una cabeza de fantasía y la escondí rápidamente bajo las otras hojas. Por supuesto, mentí. Era, de hecho, una representación muy fiel del señor Rochester. ¿Pero qué le importaba eso a ella, o a nadie más que a mí misma? Georgiana también se adelantó a mirar. Los otros dibujos le gustaron mucho, pero a ese lo llamó «un hombre feo». Ambas parecieron sorprendidas de mi habilidad. Me ofrecí a esbozar sus retratos; y cada una, a su vez, posó para un boceto a lápiz. Luego, Georgiana sacó su álbum. Prometí contribuir con un dibujo a la acuarela. Esto la puso de inmediato de buen humor. Propuso un paseo por los terrenos. Antes de que hubiéramos estado fuera dos horas, estábamos inmersas en una conversación confidencial. Me había favorecido con una descripción del brillante invierno que había pasado en Londres hacía dos temporadas, de la admiración que había suscitado allí, de la atención que había recibido; e incluso obtuve insinuaciones de la conquista titulada que había hecho. En el transcurso de la tarde y la noche, estas insinuaciones se ampliaron. Se relataron diversas conversaciones tiernas y se representaron escenas sentimentales; y, en resumen, un volumen de una novela de la vida de moda fue improvisado ese día por ella para mi beneficio. Las comunicaciones se renovaron día tras día. Siempre versaban sobre el mismo tema: ella misma, sus amores y sus penas. Era extraño que nunca aludiera ni a la enfermedad de su madre, ni a la muerte de su hermano, ni al sombrío estado actual de las perspectivas familiares. Su mente parecía completamente ocupada con reminiscencias de la alegría pasada y aspiraciones a disipaciones futuras. Pasaba unos cinco minutos cada día en la habitación de su madre enferma, y no más.

Eliza todavía hablaba poco. Evidentemente, no tenía tiempo para hablar. Nunca vi a una persona más ocupada de lo que parecía ser; sin embargo, era difícil decir qué hacía, o más bien, descubrir algún resultado de su diligencia. Tenía una alarma para despertarla temprano. No sé cómo se ocupaba antes del desayuno, pero después de esa comida dividía su tiempo en porciones regulares, y cada hora tenía su tarea asignada. Tres veces al día estudiaba un pequeño libro que, al inspeccionarlo, descubrí que era un Libro de Oración Común. Le pregunté una vez cuál era la gran atracción de ese volumen, y dijo: «la Rúbrica». Tres horas dedicaba a coser, con hilo de oro, el borde de un paño carmesí cuadrado, casi lo suficientemente grande para una alfombra. En respuesta a mis preguntas sobre el uso de este artículo, me informó que era un cubrealtares para una nueva iglesia recientemente erigida cerca de Gateshead. Dos horas dedicaba a su diario; dos a trabajar sola en el huerto; y una a la regulación de sus cuentas. Parecía no necesitar compañía ni conversación. Creo que era feliz a su manera. Esta rutina le bastaba; y nada la molestaba tanto como la ocurrencia de cualquier incidente que la obligara a variar su regularidad de reloj.

Me contó una tarde, cuando estaba más dispuesta a ser comunicativa de lo habitual, que la conducta de John y la amenazada ruina de la familia habían sido una fuente de profunda aflicción para ella; pero que ahora, dijo, había serenado su mente y formado su resolución. Su propia fortuna se había encargado de asegurarla; y cuando su madre muriera —y era totalmente improbable, comentó tranquilamente, que se recuperara o durara mucho— ejecutaría un proyecto largamente acariciado: buscar un retiro donde los hábitos puntuales estuvieran permanentemente asegurados de perturbaciones, y colocar barreras seguras entre ella y un mundo frívolo. Le pregunté si Georgiana la acompañaría.

—Por supuesto que no. Georgiana y ella no tenían nada en común; nunca lo habían tenido. No se cargaría con su compañía por ninguna consideración. Georgiana debería seguir su propio camino; y ella, Eliza, seguiría el suyo.

Georgiana, cuando no desahogaba su corazón conmigo, pasaba la mayor parte de su tiempo tumbada en el sofá, quejándose del aburrimiento de la casa y deseando una y otra vez que su tía Gibson le enviara una invitación a la ciudad. «Sería mucho mejor», decía, «si pudiera quitarse de en medio durante un mes o dos, hasta que todo hubiera pasado». No le pregunté a qué se refería con «todo hubiera pasado», pero supongo que se refería al esperado fallecimiento de su madre y a la sombría secuela de los ritos funerarios. Eliza generalmente no prestaba más atención a la indolencia y las quejas de su hermana que si no hubiera ningún objeto murmurante y holgazán ante ella. Un día, sin embargo, mientras guardaba su libro de cuentas y desplegaba su bordado, la interpeló de repente así:

—Georgiana, un animal más vano y absurdo que tú ciertamente nunca se ha permitido que estorbe la tierra. No tenías derecho a nacer, porque no haces uso de la vida. En lugar de vivir por, en y para ti misma, como un ser razonable debería, solo buscas sujetar tu debilidad a la fuerza de otra persona. Si no se puede encontrar a nadie dispuesto a cargarse con una cosa tan gorda, débil, hinchada e inútil, gritas que eres maltratada, descuidada, miserable. Además, la existencia para ti debe ser una escena de continuo cambio y excitación, o de lo contrario el mundo es una mazmorra. Debes ser admirada, debes ser cortejada, debes ser halagada; debes tener música, baile y sociedad, o languideces, te consumes. ¿No tienes sentido para idear un sistema que te haga independiente de todos los esfuerzos y todas las voluntades, salvo la tuya propia? Toma un día; divídelo en secciones; a cada sección asigna su tarea. No dejes cuartos de hora, diez minutos, cinco minutos sueltos y sin empleo; inclúyelos todos. Haz cada tarea a su debido tiempo, con método, con rígida regularidad. El día se cerrará casi antes de que te des cuenta de que ha comenzado; y no estarás en deuda con nadie por ayudarte a deshacerte de un solo momento vacío. No has tenido que buscar la compañía, la conversación, la simpatía, la indulgencia de nadie. Has vivido, en resumen, como un ser independiente debería hacerlo. Acepta este consejo, el primero y el último que te ofreceré;

entonces no me necesitarás a mí ni a nadie más, pase lo que pase. Descuídalo, sigue como hasta ahora, anhelando, quejándote y holgazaneando, y sufre los resultados de tu idiotez, por malos e insufribles que sean. Te lo digo claramente; y escucha, porque aunque no volveré a repetir lo que voy a decir ahora, actuaré firmemente en consecuencia. Después de la muerte de mi madre, me lavo las manos de ti. Desde el día en que su ataúd sea llevado a la cripta de la iglesia de Gateshead, tú y yo estaremos tan separadas como si nunca nos hubiéramos conocido. No creas que porque casualmente nacimos de los mismos padres, te permitiré sujetarme ni siquiera con el más débil de los lazos. Puedo decirte esto: si toda la raza humana, excepto nosotras, fuera barrida, y nosotras dos nos quedáramos solas en la tierra, te dejaría en el viejo mundo y me iría al nuevo.

Cerró los labios.

—Podrías haberte ahorrado el trabajo de soltar esa perorata —respondió Georgiana—. Todo el mundo sabe que eres la criatura más egoísta y desalmada que existe. Y yo conozco tu odio rencoroso hacia mí. Ya he tenido una muestra de él en la jugarreta que me hiciste con Lord Edwin Vere. No podías soportar que me elevara por encima de ti, que tuviera un título, que fuera recibida en círculos donde no te atreves a mostrar la cara, y por eso actuaste como espía e informadora, y arruinaste mis perspectivas para siempre. — Georgiana sacó su pañuelo y se sonó la nariz durante una hora después. Eliza permaneció fría, impasible y asiduamente industriosa.

El sentimiento verdadero y generoso es poco tenido en cuenta por algunos, pero aquí había dos naturalezas vueltas, una intolerablemente agria, la otra despreciablemente insípida por falta de él. El sentimiento sin juicio es, en verdad, un brebaje insípido; pero el juicio no atemperado por el sentimiento es un bocado demasiado amargo y áspero para la deglución humana.

Era una tarde húmeda y ventosa. Georgiana se había quedado dormida en el sofá mientras leía una novela. Eliza se había ido a asistir a un servicio de día de santo en la nueva iglesia, pues en

asuntos de religión era una formalista rígida. Ningún tiempo impedía el cumplimiento puntual de lo que consideraba sus deberes devocionales; hiciera bueno o malo, iba a la iglesia tres veces cada domingo y tan a menudo entre semana como había oraciones.

Se me ocurrió subir a ver cómo le iba a la moribunda, que yacía allí casi desatendida. Los mismos criados le prestaban solo una atención intermitente. La enfermera contratada, al ser poco vigilada, se escabullía de la habitación siempre que podía. Bessie era fiel, pero tenía su propia familia que atender y solo podía venir ocasionalmente a la mansión. Encontré la habitación de la enferma sin vigilancia, como había esperado. No había ninguna enfermera allí; la paciente yacía quieta y aparentemente letárgica; su rostro lívido hundido en las almohadas. El fuego se estaba extinguiendo en la chimenea. Renovée el combustible, reorganicé las sábanas, contemplé un rato a quien ahora no podía contemplarme y luego me dirigí a la ventana.

La lluvia golpeaba fuertemente contra los cristales, el viento soplaba tempestuosamente. «Allí yace una», pensé, «que pronto estará más allá de la guerra de los elementos terrenales. ¿Hacia dónde volará ese espíritu —ahora luchando por abandonar su morada material— cuando por fin sea liberado?».

Reflexionando sobre el gran misterio, pensé en Helen Burns, recordé sus palabras moribundas, su fe, su doctrina de la igualdad de las almas desencarnadas. Todavía escuchaba en pensamiento sus tonos bien recordados, todavía imaginaba su aspecto pálido y espiritual, su rostro consumido y su mirada sublime, mientras yacía en su plácido lecho de muerte y susurraba su anhelo de ser restituida al seno de su divino Padre, cuando una voz débil murmuró desde el lecho detrás de mí:

—¿Quién está ahí?

Sabía que la señora Reed no había hablado en días. ¿Se estaba recuperando? Me acerqué a ella.

—Soy yo, tía Reed.

—¿Quién... yo? —fue su respuesta—. ¿Quién eres tú? —mirándome con sorpresa y una especie de alarma, pero aún no con desvarío—. Eres una completa extraña para mí. ¿Dónde está Bessie?

—Está en la garita, tía.

—Tía —repitió—. ¿Quién me llama tía? No eres una de las Gibson; y sin embargo te conozco. Esa cara, y los ojos y la frente, me resultan bastante familiares. Te pareces... ¡vaya, te pareces a Jane Eyre!

No dije nada. Tenía miedo de ocasionar alguna conmoción al declarar mi identidad.

—Sin embargo —dijo—, me temo que es un error; mis pensamientos me engañan. Deseaba ver a Jane Eyre y me imagino un parecido donde no existe. Además, en ocho años debe de haber cambiado tanto. —Entonces le aseguré suavemente que yo era la persona que ella suponía y deseaba que fuera; y viendo que me entendía y que sus sentidos estaban completamente serenos, le expliqué cómo Bessie había enviado a su marido a buscarme a Thornfield.

—Estoy muy enferma, lo sé —dijo al poco rato—. Intentaba darme la vuelta hace unos minutos y descubro que no puedo mover un miembro. Es bueno que alivie mi mente antes de morir. Lo que consideramos poco importante en la salud nos agobia en una hora como la presente. ¿Está aquí la enfermera? ¿O no hay nadie en la habitación más que tú?

Le aseguré que estábamos solas.

—Bueno, te he hecho dos males que ahora lamento. Uno fue romper la promesa que le hice a mi marido de criarte como a mi propia hija; el otro... —se detuvo—. Después de todo, no tiene gran importancia, quizás —murmuró para sí misma—. Y además, puedo mejorar; y humillarme así ante ella es doloroso.

Hizo un esfuerzo por cambiar de posición, pero fracasó. Su rostro cambió; pareció experimentar alguna sensación interna, precursora,

quizás, del último dolor.

—Bueno, tengo que superarlo. La eternidad está ante mí. Será mejor que se lo diga. Ve a mi neceser, ábrelo y saca una carta que verás allí.

Obedecí sus instrucciones.

—Lee la carta —dijo.

Era corta, y concebida así:

«SEÑORA:

»¿Tendrá la bondad de enviarme la dirección de mi sobrina, Jane Eyre, y de decirme cómo se encuentra? Es mi intención escribirle en breve y pedirle que venga a verme a Madeira. La Providencia ha bendecido mis esfuerzos por asegurar una posición desahogada; y como soy soltero y sin hijos, deseo adoptarla durante mi vida y legarle a mi muerte lo que sea que tenga para dejar.

»Soy, Señora, etc., etc.,

»JOHN EYRE, Madeira.»

Estaba fechada tres años atrás.

—¿Por qué nunca oí hablar de esto? —pregunté.

—Porque te tenía una aversión demasiado fija y profunda como para ayudarte a alcanzar la prosperidad. No podía olvidar tu conducta conmigo, Jane: la furia con la que una vez te volviste contra mí; el tono con el que declaraste que me aborrecías más que a nadie en el mundo; la mirada y la voz impropias de un niño con las que afirmaste que el solo pensamiento de mí te enfermaba, y aseveraste que te había tratado con una crueldad miserable. No podía olvidar mis propias sensaciones cuando te levantaste así y vertiste el veneno de tu mente. Sentí miedo, como si un animal al que hubiera golpeado o empujado me hubiera mirado con ojos humanos y me hubiera maldecido con voz de hombre. ¡Tráeme un poco de agua! ¡Oh, date prisa!

—Querida señora Reed —dije, mientras le ofrecía el trago que requería—, no piense más en todo esto, que se vaya de su mente. Perdóneme por mi lenguaje apasionado. Yo era una niña entonces; han pasado ocho, nueve años desde aquel día.

No prestó atención a nada de lo que dije; pero cuando hubo probado el agua y respirado, continuó así:

—Te digo que no pude olvidarlo; y me tomé mi venganza. Que tu tío te adoptara y te colocara en un estado de holgura y comodidad era algo que no podía soportar. Le escribí; le dije que lamentaba su decepción, pero que Jane Eyre había muerto. Había muerto de fiebre tifoidea en Lowood. Ahora actúa como quieras. Escribe y contradice mi afirmación, expón mi falsedad tan pronto como gustes. Naciste, creo, para ser mi tormento. Mi última hora es atormentada por el recuerdo de un acto que, de no ser por ti, nunca habría sido tentada a cometer.

—Si tan solo pudiera persuadirla de no pensar más en ello, tía, y de mirarme con amabilidad y perdón...

—Tienes una muy mala disposición —dijo—, y una que hasta el día de hoy me resulta imposible de entender. Cómo durante nueve años pudiste ser paciente y tranquila bajo cualquier tratamiento, y en el décimo estallar toda fuego y violencia, nunca podré comprenderlo.

—Mi disposición no es tan mala como cree. Soy apasionada, pero no vengativa. Muchas veces, de niña, me habría gustado quererla si me lo hubiera permitido; y anhelo sinceramente reconciliarme con usted ahora. Béseme, tía.

Acerqué mi mejilla a sus labios. No quiso tocarla. Dijo que la oprimía al inclinarme sobre la cama y volvió a pedir agua. Al acostarla —pues la levanté y la sostuve en mi brazo mientras bebía —, cubrí su mano helada y húmeda con la mía. Los débiles dedos se encogieron ante mi tacto, los ojos vidriosos rehuían mi mirada.

—Ámeme, entonces, u ódieme, como quiera —dije al fin—. Tiene mi perdón total y libre. Pida ahora el de Dios y esté en paz.

¡Pobre mujer sufriente! Era demasiado tarde para que ella hiciera ahora el esfuerzo de cambiar su estado de ánimo habitual. Viviendo, siempre me había odiado; muriendo, debía odiarme todavía.

La enfermera entró entonces y Bessie la siguió. Me quedé media hora más, esperando ver alguna señal de amistad, pero no dio ninguna. Estaba recayendo rápidamente en el estupor; ni su mente volvió a recuperarse. A las doce de esa noche murió. No estuve presente para cerrarle los ojos, ni tampoco ninguna de sus hijas. Vinieron a decirnos a la mañana siguiente que todo había terminado. Para entonces ya la habían amortajado. Eliza y yo fuimos a verla. Georgiana, que había estallado en un fuerte llanto, dijo que no se atrevía a ir. Allí estaba extendido el cuerpo otrora robusto y activo de Sarah Reed, rígido e inmóvil. Su ojo de pedernal estaba cubierto por su frío párpado; su frente y sus fuertes rasgos aún llevaban la impronta de su alma inexorable. Un objeto extraño y solemne era aquel cadáver para mí. Lo contemplé con tristeza y dolor. Nada suave, nada dulce, nada compasivo, o esperanzador, o subyugante inspiraba; solo una angustia chirriante por sus penas —no por mi pérdida— y una sombría consternación sin lágrimas ante lo espantoso de la muerte en tal forma.

Eliza examinó a su progenitora con calma. Después de un silencio de algunos minutos, observó:

—Con su constitución, debería haber vivido hasta una buena vejez. Su vida fue acortada por los problemas. —Y entonces un espasmo contrajo su boca por un instante. Al pasar, se dio la vuelta y salió de la habitación, y yo también. Ninguna de las dos había derramado una lágrima.

Capítulo XXII

El señor Rochester me había concedido solo una semana de permiso; sin embargo, transcurrió un mes antes de que abandonara Gateshead. Deseaba marcharme inmediatamente después del funeral, pero Georgiana me suplicó que me quedara hasta que ella pudiera partir hacia Londres, adonde por fin había sido invitada por su tío, el señor Gibson, que había venido para dirigir el entierro de su hermana y arreglar los asuntos familiares. Georgiana dijo que temía quedarse sola con Eliza; de ella no obtenía ni simpatía en su abatimiento, ni apoyo en sus temores, ni ayuda en sus preparativos; así que soporté sus lamentos pusilánimes y sus quejas egoístas lo mejor que pude, e hice todo lo posible por coser para ella y empacar sus vestidos. Es cierto que, mientras yo trabajaba, ella holgazaneaba; y pensé para mis adentros: «Si tú y yo estuviéramos destinadas a vivir siempre juntas, prima, empezaríamos las cosas de otra manera. No me conformaría dócilmente con ser la parte tolerante; te asignaría tu parte del trabajo y te obligaría a cumplirla, o de lo contrario quedaría sin hacer. Insistiría, también, en que guardaras algunas de esas quejas arrastradas y medio insinceras en tu propio pecho. Es solo porque nuestra conexión resulta ser muy transitoria, y llega en una estación peculiarmente lúgubre, que consiento en hacerla tan paciente y complaciente por mi parte».

Por fin despedí a Georgiana; pero ahora era el turno de Eliza de pedirme que me quedara otra semana. Sus planes requerían todo su tiempo y atención, dijo; estaba a punto de partir hacia algún destino desconocido; y durante todo el día permanecía en su propia habitación, con la puerta cerrada por dentro, llenando baúles, vaciando cajones, quemando papeles y sin mantener comunicación con nadie. Deseaba que yo me ocupara de la casa, recibiera a las visitas y respondiera a las notas de condolencia.

Una mañana me dijo que era libre.

—Y —añadió—, ¡le estoy agradecida por sus valiosos servicios y su conducta discreta! Hay alguna diferencia entre vivir con alguien como usted y con Georgiana. Usted cumple su propio papel en la vida y no es una carga para nadie. Mañana —continuó—, parto para el Continente. Fijaré mi residencia en una casa religiosa cerca de Lille, un convento lo llamarían ustedes. Allí estaré tranquila y sin ser molestada. Me dedicaré durante un tiempo al examen de los dogmas católicos romanos y a un estudio cuidadoso del funcionamiento de su sistema. Si descubro que es, como medio sospecho, el más adecuado para asegurar que todas las cosas se hagan decentemente y en orden, abrazaré los principios de Roma y probablemente tomaré el velo.

No expresé ni sorpresa por esta resolución ni intenté disuadirla de ella. «La vocación te sentará como un guante», pensé. «¡Que te aproveche mucho!».

Cuando nos separamos, dijo:

—Adiós, prima Jane Eyre; le deseo lo mejor. Tiene usted algo de sentido común.

Entonces respondí:

—Usted no carece de sentido común, prima Eliza; pero lo que tiene, supongo, en otro año estará emparedado vivo en un convento francés. Sin embargo, no es asunto mío, y si a usted le conviene, no me importa mucho.

—Tiene usted razón —dijo; y con estas palabras cada una tomó su camino. Como no tendré ocasión de referirme de nuevo ni a ella ni a su hermana, bien puedo mencionar aquí que Georgiana hizo un ventajoso matrimonio con un hombre de mundo rico y desgastado, y que Eliza efectivamente tomó el velo y es hoy en día superiora del convento donde pasó el período de su noviciado, y al que dotó con su fortuna.

Cómo se siente la gente cuando regresa a casa después de una ausencia, larga o corta, no lo sabía. Nunca había experimentado la sensación. Había sabido lo que era volver a Gateshead de niña después de un largo paseo, para ser regañada por parecer fría o sombría; y más tarde, lo que era volver de la iglesia a Lowood, anhelar una comida abundante y un buen fuego, y ser incapaz de conseguir ninguno de los dos. Ninguno de estos regresos era muy agradable o deseable. Ningún imán me atraía a un punto dado, aumentando su fuerza de atracción cuanto más me acercaba. El regreso a Thornfield aún estaba por probar.

Mi viaje me pareció tedioso, muy tedioso: cincuenta millas un día, una noche pasada en una posada; cincuenta millas al día siguiente. Durante las primeras doce horas pensé en la señora Reed en sus últimos momentos; vi su rostro desfigurado y descolorido, y oí su voz extrañamente alterada. Medité sobre el día del funeral, el ataúd, el coche fúnebre, el negro cortejo de inquilinos y criados —escaso era el número de parientes—, la cripta abierta, la iglesia silenciosa, el servicio solemne. Luego pensé en Eliza y Georgiana; contemplé a una como el centro de atención de un salón de baile, a la otra como la interna de una celda de convento; y me detuve y analicé sus peculiaridades separadas de persona y carácter. La llegada vespertina a la gran ciudad de... dispersó estos pensamientos; la noche les dio un giro completamente diferente. Acostada en mi cama de viajera, dejé la reminiscencia por la anticipación.

Iba a volver a Thornfield, pero ¿cuánto tiempo me quedaría allí? No mucho; de eso estaba segura. Había tenido noticias de la señora Fairfax en el ínterin de mi ausencia. La comitiva en la mansión se había dispersado; el señor Rochester se había marchado a Londres hacía tres semanas, pero se esperaba que regresara en quince días. La señora Fairfax conjeturaba que se había ido para hacer arreglos para su boda, ya que había hablado de comprar un nuevo carruaje. Dijo que la idea de que se casara con la señorita Ingram todavía le parecía extraña; pero por lo que todo el mundo decía, y por lo que ella misma había visto, ya no podía dudar de que el evento tendría

lugar en breve. «Serías extrañamente incrédula si lo dudaras», fue mi comentario mental. «No lo dudo».

La pregunta que siguió fue: «¿Adónde iba a ir yo?». Soñé con la señorita Ingram toda la noche. En un vívido sueño matutino la vi cerrando las verjas de Thornfield contra mí y señalándome otro camino; y el señor Rochester miraba con los brazos cruzados, sonriendo sardónicamente, al parecer, tanto a ella como a mí.1

No había notificado a la señor2a Fairfax el día exacto de mi regreso, pues no deseaba que ni calesa ni carruaje me esperaran en Millcote. Me propuse caminar la distancia tranquilamente por mi cuenta; y muy tranquilamente, después de dejar mi baúl al cuidado del mozo de cuadra, me escabullí de la Posada George, sobre las seis de una tarde de junio, y tomé el viejo camino hacia Thornfield, un camino que discurría principalmente a través de campos y que ahora era poco frecuentado.

No era una tarde de verano brillante o espléndida, aunque sí buena y suave. Los segadores estaban trabajando a lo largo de todo el camino; y el cielo, aunque lejos de estar despejado, prometía un buen futuro: su azul —donde el azul era visible— era suave y sereno, y sus estratos de nubes, altos y delgados. El oeste, también, era cálido; ningún destello acuoso lo enfriaba; parecía como si se hubiera encendido un fuego, un altar ardiendo detrás de su pantalla de vapor veteado, y de las aberturas brillaba un rubor dorado.

Me sentí contenta a medida que el camino se acortaba ante mí; tan contenta que me detuve una vez para preguntarme qué significaba esa alegría, y para recordarle a la razón que no iba a mi hogar, ni a un lugar de descanso permanente, ni a un lugar donde amigos cariñosos me esperaban y aguardaban mi llegada. «La señora Fairfax te sonreirá una tranquila bienvenida, por supuesto», me dije; «y la pequeña Adèle aplaudirá y saltará al verte. Pero sabes muy bien que estás pensando en otro que no son ellos, y que él no está pensando en ti».

Pero, ¿qué hay tan testarudo como la juventud? ¿Qué tan ciego como la inexperiencia? Estas afirmaban que era placer suficiente tener el privilegio de volver a mirar al señor Rochester, me mirara él o no; y añadían: «¡Apresúrate! ¡Apresúrate! Está con él mientras puedas. Solo unos pocos días o semanas más, como mucho, y te separarás de él para siempre». Y entonces estrangulé una agonía recién nacida, una cosa deforme que no podía persuadirme de reconocer y criar, y seguí corriendo.

También están segando el heno en los prados de Thornfield; o más bien, los labradores acaban de dejar su trabajo y regresan a casa con sus rastrillos al hombro, ahora, a la hora en que llego. Solo tengo que atravesar uno o dos campos, y luego cruzaré el camino y llegaré a las verjas. ¡Qué llenos están los setos de rosas! Pero no tengo tiempo de coger ninguna; quiero estar en la casa. Pasé junto a un alto rosal silvestre, que lanzaba ramas frondosas y floridas a través del sendero; veo la estrecha estela con escalones de piedra; y veo... al señor Rochester sentado allí, con un libro y un lápiz en la mano; está escribiendo.

Bueno, no es un fantasma; sin embargo, cada nervio que tengo está destensado. Por un momento estoy fuera de mi propio control. ¿Qué significa esto? No pensé que temblaría de esta manera cuando lo viera, o que perdería la voz o el poder de movimiento en su presencia. Volveré tan pronto como pueda moverme. No necesito hacer el ridículo absoluto. Conozco otro camino a la casa. No importa si conociera veinte caminos; porque me ha visto.

—¡Eh! —grita; y guarda su libro y su lápiz—. ¡Ahí estás! Vamos, si te parece.

Supongo que avanzo; aunque de qué manera no lo sé, apenas consciente de mis movimientos y solícita solo de parecer tranquila; y, sobre todo, de controlar los músculos de mi rostro, que siento que se rebelan insolentemente contra mi voluntad y luchan por expresar lo que había resuelto ocultar. Pero tengo un velo, está bajado; todavía puedo arreglármelas para comportarme con una compostura decente.

—¿Y esta es Jane Eyre? ¿Vienes de Millcote, y a pie? Sí, uno de tus trucos. No mandar a buscar un carruaje y venir traqueteando por calles y caminos como una mortal común, sino deslizarte en las cercanías de tu hogar junto con el crepúsculo, como si fueras un sueño o una sombra. ¿Qué diablos has hecho contigo misma este último mes?

—He estado con mi tía, señor, que ha muerto.

—¡Una respuesta típicamente janiana! ¡Que los buenos ángeles me guarden! Viene del otro mundo, de la morada de los que han muerto; ¡y me lo dice cuando me encuentra sola aquí en el crepúsculo! Si me atreviera, te tocaría para ver si eres sustancia o sombra, ¡duende! Pero preferiría intentar agarrar una luz de fuego fatuo azul en un pantano. ¡Ausente! ¡Ausente! —añadió, después de una pausa de un instante—. ¡Ausente de mí un mes entero, y olvidándome por completo, lo juraría!

Sabía que habría placer en encontrarme de nuevo con mi amo, aunque roto por el temor de que tan pronto dejara de ser mi amo y por el conocimiento de que yo no era nada para él. Pero siempre había en el señor Rochester (al menos eso pensaba yo) tal riqueza de poder para comunicar felicidad, que probar solo las migajas que esparcía a pájaros extraviados y extraños como yo, era un festín cordial. Sus últimas palabras fueron un bálsamo. Parecían implicar que le importaba algo si lo olvidaba o no. Y había hablado de Thornfield como mi hogar. ¡Ojalá fuera mi hogar!

No se apartó de la estela y apenas me atreví a pedirle paso. Le pregunté pronto si no había estado en Londres.

—Sí; supongo que lo descubriste por segunda vista.

—La señora Fairfax me lo dijo en una carta.

—¿Y te informó de lo que fui a hacer?

—¡Oh, sí, señor! Todo el mundo conocía su recado.

—Debes ver el carruaje, Jane, y decirme si no crees que le sentará a la señora Rochester exactamente; y si no parecerá la reina

Boadicea, reclinada contra esos cojines púrpuras. Desearía, Jane, estar un poco mejor adaptado para hacer juego con ella exteriormente. Dime ahora, hada como eres, ¿no puedes darme un hechizo, o un filtro, o algo por el estilo, para convertirme en un hombre guapo?

—Estaría más allá del poder de la magia, señor. —Y, en pensamiento, añadí—: Un ojo que ama es todo el hechizo necesario. Para tal ojo, es usted lo suficientemente guapo; o más bien, su severidad tiene un poder más allá de la belleza.

El señor Rochester a veces había leído mis pensamientos no expresados con una agudeza para mí incomprensible. En el presente caso, no prestó atención a mi abrupta respuesta vocal; pero me sonrió con una cierta sonrisa que tenía, propia de él, y que usaba solo en raras ocasiones. Parecía pensar que era demasiado buena para propósitos comunes. Era el verdadero sol del sentimiento; lo derramó sobre mí ahora.

—Pasa, Janet —dijo, haciéndome sitio para cruzar la estela—. Sube a casa y descansa tus pequeños y cansados pies errantes en el umbral de un amigo.

Todo lo que tenía que hacer ahora era obedecerle en silencio; no necesitaba conversar más. Pasé por encima de la estela sin una palabra y pretendía dejarlo tranquilamente. Un impulso me detuvo en seco, una fuerza me hizo girar. Dije, o algo en mí dijo por mí, y a pesar de mí:

—Gracias, señor Rochester, por su gran amabilidad. Estoy extrañamente contenta de volver de nuevo con usted. Y dondequiera que usted esté es mi hogar, mi único hogar.

Caminé tan rápido que ni siquiera él podría haberme alcanzado si lo hubiera intentado. La pequeña Adèle estaba medio loca de alegría cuando me vio. La señora Fairfax me recibió con su habitual y sencilla amabilidad. Leah sonrió, e incluso Sophie me dijo «bon soir» con alegría. Esto fue muy agradable; no hay felicidad como la de ser

amada por tus semejantes y sentir que tu presencia es una adición a su comodidad.

Aquella tarde cerré los ojos resueltamente al futuro. Tapé mis oídos a la voz que seguía advirtiéndome de una separación cercana y de un dolor venidero. Cuando terminó el té y la señora Fairfax hubo tomado su labor de punto, y yo hube asumido un asiento bajo cerca de ella, y Adèle, arrodillada en la alfombra, se hubo acurrucado junto a mí, y una sensación de afecto mutuo pareció rodearnos con un anillo de paz dorada, pronuncié una oración silenciosa para que no nos separáramos lejos ni pronto. Pero cuando, así sentados, el señor Rochester entró, sin anunciarse, y mirándonos, pareció complacerse en el espectáculo de un grupo tan amigable; cuando dijo que suponía que la anciana dama estaba bien ahora que había recuperado a su hija adoptiva, y añadió que veía que Adèle estaba «prête à croquer sa petite maman Anglaise», casi me atreví a esperar que, incluso después de su matrimonio, nos mantuviera juntas en algún lugar bajo el amparo de su protección, y no completamente exiliadas del sol de su presencia.

Una quincena de dudosa calma sucedió a mi regreso a Thornfield Hall. No se dijo nada del matrimonio del amo, y no vi ninguna preparación en marcha para tal evento. Casi todos los días le preguntaba a la señora Fairfax si ya había oído algo decidido. Su respuesta siempre era negativa. Una vez dijo que le había hecho la pregunta directamente al señor Rochester sobre cuándo iba a traer a su novia a casa; pero él le había respondido solo con una broma y una de sus miradas extrañas, y ella no sabía qué pensar de él.

Una cosa me sorprendió especialmente, y fue que no había viajes de ida y vuelta, ni visitas a Ingram Park. Cierto es que estaba a veinte millas de distancia, en los límites de otro condado; pero ¿qué era esa distancia para un amante ardiente? Para un jinete tan experimentado e infatigable como el señor Rochester, no sería más que un paseo matutino. Comencé a albergar esperanzas que no tenía derecho a concebir: que el compromiso se había roto; que el rumor se había equivocado; que una o ambas partes habían

cambiado de opinión. Solía mirar el rostro de mi amo para ver si estaba triste o fiero; pero no podía recordar el momento en que hubiera estado tan uniformemente despejado de nubes o malos sentimientos. Si, en los momentos que mi alumna y yo pasábamos con él, a mí me faltaba el ánimo y me hundía en una inevitable desolación, él se volvía incluso alegre. Nunca me había llamado con más frecuencia a su presencia; nunca había sido más amable conmigo cuando estaba allí, y, ¡ay!, nunca lo había amado tanto.

Capítulo XXIII

Un espléndido solsticio de verano brilló sobre Inglaterra. Cielos tan puros, soles tan radiantes como los que se vieron entonces en larga sucesión, rara vez favorecen, ni siquiera por separado, a nuestra tierra rodeada de olas. Era como si una banda de días italianos hubiera venido del sur, como una bandada de gloriosas aves migratorias, y se hubiera posado a descansar en los acantilados de Albión. El heno ya estaba recogido; los campos alrededor de Thornfield estaban verdes y segados; los caminos, blancos y resecos. Los árboles estaban en su oscura plenitud; setos y bosques, frondosos y de tintes profundos, contrastaban bien con el tono soleado de los prados despejados de en medio.

En la víspera de San Juan, Adèle, cansada de recoger fresas silvestres en el sendero de Hay durante la mitad del día, se había acostado con el sol. La observé quedarse dormida y, cuando la dejé, busqué el jardín.

Era ahora la hora más dulce de las veinticuatro. «El día sus fuegos fervientes había gastado», y el rocío caía fresco sobre la llanura

jadeante y la cumbre abrasada. Donde el sol se había puesto en simple majestad —puro de la pompa de las nubes— se extendía un púrpura solemne, ardiendo con la luz de joya roja y llama de horno en un punto, en la cima de una colina, y extendiéndose alto y ancho, suave y más suave aún, sobre medio cielo. El este tenía su propio encanto de azul fino y profundo, y su propia modesta gema, una estrella solitaria y ascendente. Pronto se jactaría de la luna; pero ella aún estaba bajo el horizonte.

Caminé un rato por el pavimento; pero un sutil y bien conocido aroma —el de un cigarro— se escapó de alguna ventana. Vi el ventanal de la biblioteca abierto un palmo; supe que podrían estar observándome desde allí; así que me aparté al huerto. Ningún rincón en los terrenos más resguardado y más edénico. Estaba lleno de árboles, florecía de flores. Un muro muy alto lo separaba del patio por un lado; por el otro, una avenida de hayas lo protegía del césped. Al fondo había un foso, su única separación de los campos solitarios. Un sendero sinuoso, bordeado de laureles y que terminaba en un castaño de indias gigante, rodeado en su base por un asiento, descendía hasta el foso. Aquí se podía pasear sin ser visto. Mientras caía tal rocío de miel, reinaba tal silencio, se congregaba tal crepúsculo, sentí como si pudiera rondar tal sombra para siempre. Pero al recorrer los parterres de flores y frutas en la parte superior del recinto, atraída allí por la luz que la luna ahora creciente arrojaba sobre este cuarto más abierto, mi paso se detiene, no por un sonido, no por una vista, sino una vez más por una fragancia de advertencia.

El escaramujo y el abrótano, el jazmín, el clavel y la rosa han estado ofreciendo durante mucho tiempo su sacrificio vespertino de incienso. Este nuevo aroma no es de arbusto ni de flor; es —lo conozco bien— el cigarro del señor Rochester. Miro a mi alrededor y escucho. Veo árboles cargados de fruta madura. Oigo a un ruiseñor trinar en un bosque a media milla de distancia; no se ve ninguna forma en movimiento, no se oye ningún paso que se acerque; pero ese perfume aumenta. Debo huir. Me dirijo al postigo que conduce a la zona de arbustos y veo entrar al señor Rochester. Me hago a un

lado en el recoveco de hiedra; no se quedará mucho tiempo. Pronto volverá por donde vino, y si me quedo quieta, nunca me verá.

Pero no; el atardecer es tan agradable para él como para mí, y este antiguo jardín tan atractivo. Y sigue paseando, ahora levantando las ramas del grosellero para mirar la fruta, grande como ciruelas, con la que están cargadas; ahora tomando una cereza madura del muro; ahora inclinándose hacia un macizo de flores, ya sea para inhalar su fragancia o para admirar las perlas de rocío en sus pétalos. Una gran polilla pasa zumbando a mi lado; se posa en una planta a los pies del señor Rochester. Él la ve y se inclina para examinarla.

«Ahora tiene la espalda hacia mí», pensé, «y también está ocupado; quizás, si camino suavemente, pueda escabullirme sin ser vista».

Pisé un borde de césped para que el crujido de la grava no me delatara. Él estaba de pie entre los arriates a una o dos yardas de donde yo tenía que pasar; la polilla aparentemente lo ocupaba. «Pasaré muy bien», medité. Al cruzar su sombra, proyectada largamente sobre el jardín por la luna, aún no muy alta, dijo tranquilamente, sin volverse:

—Jane, ven a mirar a este bicho.

No había hecho ningún ruido; no tenía ojos en la nuca. ¿Podía sentir su sombra? Me sobresalté al principio y luego me acerqué a él.

—Mira sus alas —dijo—. Me recuerda más bien a un insecto de las Indias Occidentales; no se ve a menudo un noctámbulo tan grande y vistoso en Inglaterra. ¡Ahí está! Ya se ha ido.

La polilla se alejó volando. Yo también me retiraba tímidamente; pero el señor Rochester me siguió y, cuando llegamos al postigo, dijo:

—Date la vuelta. En una noche tan hermosa es una pena sentarse en la casa; y seguramente nadie puede desear irse a la cama

mientras el atardecer se encuentra así con la salida de la luna.

Es uno de mis defectos que, aunque mi lengua a veces es bastante pronta para una respuesta, hay momentos en que me falla tristemente al formular una excusa; y siempre el lapsus ocurre en alguna crisis, cuando una palabra fácil o un pretexto plausible se necesita especialmente para sacarme de un apuro doloroso. No me gustaba caminar a esta hora sola con el señor Rochester en el sombrío huerto; pero no pude encontrar una razón que alegar para dejarlo. Lo seguí con paso lento y los pensamientos afanosamente inclinados a descubrir un medio de escapatoria; pero él mismo parecía tan sereno y tan grave también, que me avergoncé de sentir cualquier confusión. El mal —si es que existía o era previsible— parecía residir solo en mí; su mente estaba inconsciente y tranquila.

—Jane —reanudó, mientras entrábamos en el paseo de los laureles y descendíamos lentamente en dirección al foso y al castaño de indias—, Thornfield es un lugar agradable en verano, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Debe de haberse encariñado en cierto grado con la casa, usted, que tiene ojo para las bellezas naturales y una buena dosis del órgano de la Adhesión.

—Estoy encariñada con ella, en verdad.

—Y aunque no comprendo cómo, percibo que también ha adquirido un grado de aprecio por esa tonta niña Adèle, e incluso por la simple dama Fairfax.

—Sí, señor; de diferentes maneras, siento afecto por ambas.

—¿Y le daría pena separarse de ellas?

—Sí.

—¡Lástima! —dijo, y suspiró y guardó silencio—. Siempre es así en esta vida —continuó al instante—, tan pronto como te has instalado en un lugar de descanso agradable, una voz te llama para que te levantes y sigas adelante, porque la hora del reposo ha expirado.

—¿Debo seguir adelante, señor? —pregunté—. ¿Debo dejar Thornfield?

—Creo que debes, Jane. Lo siento, Janet, pero creo que sí, que debes.

Esto fue un golpe, pero no dejé que me postrara.

—Bueno, señor, estaré lista cuando llegue la orden de marchar.

—Ha llegado ahora, debo darla esta noche.

—Entonces, ¿se va a casar, señor?

—Ex-ac-ta-men-te, pre-ci-sa-men-te. Con su agudeza habitual, ha dado en el clavo.

—¿Pronto, señor?

—Muy pronto, mi... es decir, señorita Eyre. Y recordará, Jane, la primera vez que yo, o el Rumor, le insinué claramente que era mi intención meter mi viejo cuello de soltero en el sagrado lazo, entrar en el santo estado del matrimonio, tomar a la señorita Ingram en mi seno, en resumen (es un abrazo extenso, pero eso no viene al caso; uno no puede tener demasiado de algo tan excelente como mi hermosa Blanche). Bueno, como iba diciendo, ¡escúcheme, Jane! No está volviendo la cabeza para buscar más polillas, ¿verdad? Eso era solo una mariquita, niña, «volando a casa». Deseo recordarle que fue usted quien primero me dijo, con esa discreción que respeto en usted, con esa previsión, prudencia y humildad que corresponden a su posición responsable y dependiente, que en caso de que me casara con la señorita Ingram, tanto usted como la pequeña Adèle harían mejor en marcharse de inmediato. Paso por alto la especie de injuria que se transmite en esta sugerencia sobre el carácter de mi amada; de hecho, cuando esté lejos, Janet, intentaré olvidarlo. Solo notaré su sabiduría, que es tal que la he convertido en mi ley de acción. Adèle debe ir a la escuela; y usted, señorita Eyre, debe conseguir un nuevo puesto.

—Sí, señor, pondré un anuncio inmediatamente. Y mientras tanto, supongo... —Iba a decir: «Supongo que puedo quedarme aquí,

hasta que encuentre otro refugio al que acogerme», pero me detuve, sintiendo que no era conveniente arriesgar una frase larga, pues mi voz no estaba del todo bajo control.

—En aproximadamente un mes espero ser un novio —continuó el señor Rochester—. Y en el ínterin, yo mismo buscaré empleo y un asilo para usted.

—Gracias, señor; lamento dar...

—¡Oh, no hay necesidad de disculparse! Considero que cuando una dependienta cumple con su deber tan bien como usted lo ha hecho, tiene una especie de derecho sobre su empleador para cualquier pequeña ayuda que él pueda prestarle convenientemente. De hecho, ya he oído, a través de mi futura suegra, de un puesto que creo que le convendrá. Se trata de encargarse de la educación de las cinco hijas de la señora Dionysius O'Gall de Bitternutt Lodge, Connaught, Irlanda. Le gustará Irlanda, creo. Dicen que allí son gente de corazón muy cálido.

—Está muy lejos, señor.

—No importa, una chica de su sensatez no se opondrá al viaje ni a la distancia.

—No al viaje, pero sí a la distancia. Y además, el mar es una barrera...

—¿De qué, Jane?

—De Inglaterra y de Thornfield. Y...

—¿Y bien?

—De usted, señor.

Dije esto casi involuntariamente y, con tan poca sanción de la libre voluntad, mis lágrimas brotaron. No lloré, sin embargo, de modo que se me oyera; evité sollozar. La idea de la señora O'Gall y Bitternutt Lodge me heló el corazón; y más fría la idea de toda la salmuera y la espuma, destinadas, al parecer, a interponerse entre mí y el amo a cuyo lado caminaba ahora, y más fría aún el recuerdo del océano

más ancho —riqueza, casta, costumbre— que se interponía entre mí y lo que natural e inevitablemente amaba.

—Está muy lejos —dije de nuevo.

—Lo está, por supuesto; y cuando llegues a Bitternutt Lodge, Connaught, Irlanda, nunca te volveré a ver, Jane. Eso es moralmente cierto. Nunca voy a Irlanda, no teniendo yo mismo mucha afición por el país. Hemos sido buenos amigos, Jane, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Y cuando los amigos están en vísperas de la separación, les gusta pasar el poco tiempo que les queda cerca el uno del otro. ¡Vamos! Hablaremos del viaje y de la despedida tranquilamente durante media hora más o menos, mientras las estrellas entran en su vida brillante allá arriba en el cielo. Aquí está el castaño; aquí está el banco en sus viejas raíces. Vamos, nos sentaremos allí en paz esta noche, aunque nunca más estemos destinados a sentarnos allí juntos. —Me sentó a mí y a él mismo.

—Está muy lejos Irlanda, Janet, y lamento enviar a mi pequeña amiga a viajes tan fatigosos. Pero si no puedo hacer nada mejor, ¿cómo se puede evitar? ¿Eres algo pariente mía, crees, Jane?

Para entonces no podía arriesgar ningún tipo de respuesta. Mi corazón estaba quieto.

—Porque —dijo—, a veces tengo una sensación extraña con respecto a ti, especialmente cuando estás cerca de mí, como ahora. Es como si tuviera un cordón en alguna parte bajo mis costillas izquierdas, anudado firme e inextricablemente a un cordón similar situado en el cuarto correspondiente de tu pequeño cuerpo. Y si ese tempestuoso Canal y unas doscientas millas de tierra se interponen ampliamente entre nosotros, me temo que ese cordón de comunión se romperá; y entonces tengo la nerviosa idea de que empezaría a sangrar por dentro. En cuanto a ti, me olvidarías.

—Eso nunca lo haría, señor. Usted sabe... —Imposible continuar.

—Jane, ¿oyes a ese ruiseñor cantar en el bosque? ¡Escucha!

Al escuchar, sollocé convulsivamente, pues ya no podía reprimir lo que soportaba. Me vi obligada a ceder y fui sacudida de pies a cabeza por una aguda angustia. Cuando hablé, fue solo para expresar un impetuoso deseo de no haber nacido nunca, o de no haber venido nunca a Thornfield.

—¿Porque lamentas dejarlo?

La vehemencia de la emoción, agitada por el dolor y el amor dentro de mí, reclamaba el dominio y luchaba por el pleno poder, y afirmaba el derecho a predominar, a vencer, a vivir, a alzarse y a reinar por fin. Sí, y a hablar.

—Me aflige dejar Thornfield. Amo Thornfield. Lo amo porque he vivido en él una vida plena y deliciosa, momentáneamente al menos. No he sido pisoteada. No he sido petrificada. No he sido enterrada con mentes inferiores y excluida de todo atisbo de comunión con lo que es brillante, enérgico y elevado. He hablado, cara a cara, con lo que reverencio, con lo que me deleita, con una mente original, vigorosa y expansiva. Lo he conocido a usted, señor Rochester; y me golpea con terror y angustia sentir que debo ser arrancada de usted para siempre. Veo la necesidad de la partida; y es como contemplar la necesidad de la muerte.

—¿Dónde ves la necesidad? —preguntó de repente.

—¿Dónde? Usted, señor, la ha puesto ante mí.

—¿En qué forma?

—En la forma de la señorita Ingram; una mujer noble y hermosa, su novia.

—¡Mi novia! ¿Qué novia? ¡No tengo novia!

—Pero la tendrá.

—¡Sí! ¡La tendré! ¡La tendré! —Apretó los dientes.

—Entonces debo irme. Usted mismo lo ha dicho.

—¡No! ¡Debes quedarte! Lo juro, y el juramento se cumplirá.

—¡Le digo que debo irme! —repliqué, exaltada hasta algo parecido a la pasión—. ¿Cree que puedo quedarme para no ser nada para usted? ¿Cree que soy un autómata, una máquina sin sentimientos, y que puedo soportar que me arrebaten mi bocado de pan de los labios y me derramen mi gota de agua viva de la copa? ¿Cree que, por ser pobre, oscura, sencilla y pequeña, no tengo alma ni corazón? ¡Piensa mal! ¡Tengo tanta alma como usted, y tanto corazón! Y si Dios me hubiera dotado de algo de belleza y mucha riqueza, le habría hecho tan difícil dejarme como lo es ahora para mí dejarle a usted. No le estoy hablando ahora a través del medio de la costumbre, de las convencionalidades, ni siquiera de la carne mortal. Es mi espíritu el que se dirige a su espíritu; como si ambos hubiéramos pasado por la tumba y estuviéramos a los pies de Dios, iguales, ¡como lo somos!

—¡Como lo somos! —repitió el señor Rochester—. Así —añadió, encerrándome en sus brazos, recogiéndome en su pecho, presionando sus labios sobre los míos—. ¡Así, Jane!

—Sí, así, señor —repliqué—. Y sin embargo, no es así; porque usted es un hombre casado, o casi como si lo fuera, y desposado con una inferior a usted, con una con la que no tiene simpatía, a quien no creo que ame de verdad; pues lo he visto y oído burlarse de ella. Yo despreciaría tal unión. Por lo tanto, soy mejor que usted. ¡Déjeme ir!

—¿Adónde, Jane? ¿A Irlanda?

—Sí, a Irlanda. He dicho lo que pensaba y ahora puedo ir a cualquier parte.

—Jane, quédate quieta; no luches así, como un pájaro salvaje y frenético que se arranca el plumaje en su desesperación.

—No soy un pájaro; y ninguna red me atrapa. Soy un ser humano libre con una voluntad independiente, que ahora ejerzo para dejarte.

Otro esfuerzo me liberó y me erguí ante él.

—Y tu voluntad decidirá tu destino —dijo—. Te ofrezco mi mano, mi corazón y una parte de todas mis posesiones.

—Usted representa una farsa, de la que simplemente me río.

—Te pido que pases la vida a mi lado, que seas mi segundo yo y mi mejor compañera terrenal.

—Para ese destino ya ha hecho su elección y debe atenerse a ella.

—Jane, quédate quieta unos momentos. Estás demasiado excitada. Yo también me quedaré quieto.

Una ráfaga de viento bajó barriendo el paseo de los laureles y tembló a través de las ramas del castaño. Se alejó, se alejó, a una distancia indefinida, murió. El canto del ruiseñor era entonces la única voz de la hora. Al escucharlo, volví a llorar. El señor Rochester permaneció quieto, mirándome con dulzura y seriedad. Pasó un tiempo antes de que hablara. Al fin dijo:

—Ven a mi lado, Jane, y expliquémonos y entendámonos.

—Nunca más volveré a su lado. Ahora estoy arrancada y no puedo regresar.

—Pero, Jane, te convoco como mi esposa. Es solo contigo con quien tengo la intención de casarme.

Guardé silencio. Pensé que se burlaba de mí.

—Ven, Jane, ven aquí.

—Su novia se interpone entre nosotros.

Se levantó y, de una zancada, me alcanzó.

—Mi novia está aquí —dijo, atrayéndome de nuevo hacia él—, porque mi igual está aquí, y mi semejante. Jane, ¿quieres casarte conmigo?

Aún no respondí y aún me retorcía para librarme de su agarre, pues seguía incrédula.

—¿Dudas de mí, Jane?

—Enteramente.

—¿No tienes fe en mí?

—Ni una pizca.

—¿Soy un mentiroso a tus ojos? —preguntó apasionadamente—. Pequeña escéptica, serás convencida. ¿Qué amor siento yo por la señorita Ingram? Ninguno, y eso lo sabes. ¿Qué amor siente ella por mí? Ninguno, como me he esforzado en demostrar. Hice que le llegara el rumor de que mi fortuna no era ni un tercio de lo que se suponía, y después me presenté para ver el resultado. Fue frialdad, tanto por parte de ella como de su madre. No querría, no podría, casarme con la señorita Ingram. ¡Tú, tú, criatura extraña, casi sobrenatural! Te amo como a mi propia carne. A ti, pobre y oscura, pequeña y sencilla como eres, te suplico que me aceptes como marido.

—¡Cómo, yo! —exclamé, empezando, por su seriedad —y especialmente por su descortesía— a creer en su sinceridad—. ¿Yo, que no tengo un amigo en el mundo más que usted, si es que es mi amigo; ni un chelín más que el que usted me ha dado?

—Tú, Jane, debo tenerte para mí, enteramente para mí. ¿Serás mía? Di que sí, rápido.

—Señor Rochester, déjeme mirarle la cara. Vuélvase a la luz de la luna.

—¿Por qué?

—Porque quiero leer su semblante, ¡vuélvase!

—¡Ahí está! La encontrarás apenas más legible que una página arrugada y rayada. Sigue leyendo, solo date prisa, porque sufro.

Su rostro estaba muy agitado y muy sonrojado, y había fuertes crispaciones en sus rasgos y extraños destellos en sus ojos.

—¡Oh, Jane, me torturas! —exclamó—. ¡Con esa mirada inquisitiva y a la vez fiel y generosa, me torturas!

—¿Cómo puedo hacer eso? Si usted es sincero y su oferta es real, mis únicos sentimientos hacia usted deben ser de gratitud y devoción. No pueden torturar.

—¡Gratitud! —exclamó; y añadió salvajemente—: Jane, acéptame rápido. Di: Edward, dame mi nombre, Edward, me casaré contigo.

—¿Habla en serio? ¿Me ama de verdad? ¿Desea sinceramente que sea su esposa?

—Lo deseo; y si es necesario un juramento para satisfacerte, lo juro.

—Entonces, señor, me casaré con usted.

—¡Edward, mi pequeña esposa!

—¡Querido Edward!

—Ven a mí, ven a mí enteramente ahora —dijo; y añadió, en su tono más profundo, hablándome al oído mientras su mejilla se apoyaba en la mía—: Haz mi felicidad, yo haré la tuya.

—¡Que Dios me perdone! —añadió al poco rato—. Y que el hombre no se entrometa conmigo. La tengo y la retendré.

—No hay nadie que se entrometa, señor. No tengo parientes que interfieran.

—No, eso es lo mejor de todo —dijo. Y si lo hubiera amado menos, habría pensado que su acento y su mirada de exultación eran salvajes; pero, sentada a su lado, despertada de la pesadilla de la separación, llamada al paraíso de la unión, solo pensaba en la dicha que se me daba a beber en un flujo tan abundante. Una y otra vez decía: «¿Eres feliz, Jane?». Y una y otra vez respondía: «Sí». Después de lo cual murmuró: «Expiará, expiará. ¿No la he encontrado sin amigos, y fría, y desconsolada? ¿No la guardaré, y la cuidaré, y la consolaré? ¿No hay amor en mi corazón y constancia en mis resoluciones? Expiará ante el tribunal de Dios. Sé que mi Creador sanciona lo que hago. En cuanto al juicio del mundo, me lavo las manos de él. En cuanto a la opinión del hombre, la desafío».

¿Pero qué le había ocurrido a la noche? La luna aún no se había puesto y estábamos todos en la sombra. Apenas podía ver el rostro de mi amo, tan cerca como estaba. ¿Y qué le pasaba al castaño? Se retorcía y gemía; mientras el viento rugía en el paseo de los laureles y venía barriendo sobre nosotros.

—Debemos entrar —dijo el señor Rochester—. El tiempo cambia. Podría haberme quedado sentado contigo hasta la mañana, Jane.

«Y yo también», pensé, «podría contigo». Debería haberlo dicho, quizás, pero una chispa lívida y vívida saltó de una nube que estaba mirando, y hubo un crujido, un estrépito y un cercano y estrepitoso trueno; y solo pensé en ocultar mis ojos deslumbrados contra el hombro del señor Rochester.

La lluvia cayó a cántaros. Me apresuró por el paseo, a través de los terrenos y dentro de la casa; pero estábamos completamente mojados antes de poder cruzar el umbral. Me estaba quitando el chal en el vestíbulo y sacudiendo el agua de mi pelo suelto, cuando la señora Fairfax salió de su habitación. No la observé al principio, ni tampoco el señor Rochester. La lámpara estaba encendida. El reloj estaba a punto de dar las doce.

—Apresúrate a quitarte la ropa mojada —dijo él—. Y antes de que te vayas, buenas noches, buenas noches, ¡mi amor!

Me besó repetidamente. Cuando levanté la vista, al dejar sus brazos, allí estaba la viuda, pálida, grave y asombrada. Solo le sonreí y subí corriendo las escaleras. «La explicación puede esperar a otro momento», pensé. Aun así, cuando llegué a mi cámara, sentí una punzada ante la idea de que ella pudiera malinterpretar, aunque fuera temporalmente, lo que había visto. Pero la alegría pronto borró cualquier otro sentimiento; y por muy fuerte que soplara el viento, por muy cerca y profundo que retumbara el trueno, por muy fiero y frecuente que relampagueara, por muy torrencial que cayera la lluvia durante una tormenta de dos horas de duración, no experimenté miedo y poca reverencia. El señor Rochester vino tres veces a mi

puerta en el transcurso de ella para preguntar si estaba a salvo y tranquila; y eso fue consuelo, eso fue fuerza para cualquier cosa.

Antes de levantarme de la cama por la mañana, la pequeña Adèle entró corriendo para decirme que el gran castaño de indias al fondo del huerto había sido alcanzado por un rayo durante la noche, y que la mitad de él se había partido.

Capítulo XXIV

Mientras me levantaba y me vestía, pensé en lo que había sucedido y me pregunté si era un sueño. No podía estar segura de la realidad hasta que hubiera visto de nuevo al señor Rochester y lo hubiera oído renovar sus palabras de amor y promesa.

Mientras me arreglaba el pelo, me miré la cara en el espejo y sentí que ya no era sencilla. Había esperanza en su aspecto y vida en su color; y mis ojos parecían como si hubieran contemplado la fuente de la fruición y hubieran tomado prestados rayos de la lustrosa onda. A menudo había sido reacia a mirar a mi amo, porque temía que no pudiera agradarle mi aspecto; pero estaba segura de que ahora podría levantar mi rostro hacia el suyo y no enfriar su afecto con su expresión. Saqué de mi cajón un vestido de verano sencillo pero limpio y ligero y me lo puse. Parecía que ningún atuendo me había sentado nunca tan bien, porque ninguno había llevado nunca con un humor tan dichoso.

No me sorprendió, cuando bajé corriendo al vestíbulo, ver que una brillante mañana de junio había sucedido a la tempestad de la noche; y sentir, a través de la puerta de cristal abierta, el aliento de

una brisa fresca y fragante. La naturaleza debía estar alegre cuando yo era tan feliz. Una mendiga y su hijito —ambos objetos pálidos y harapientos— subían por el paseo, y corrí y les di todo el dinero que casualmente tenía en mi monedero, unos tres o cuatro chelines. Buenos o malos, debían participar de mi júbilo. Las grajas graznaban y pájaros más alegres cantaban; pero nada era tan alegre ni tan musical como mi propio corazón regocijado.

La señora Fairfax me sorprendió al mirar por la ventana con un semblante triste y decir gravemente:

—Señorita Eyre, ¿quiere venir a desayunar? —Durante la comida estuvo silenciosa y fría. Pero no podía desengañarla entonces. Debía esperar a que mi amo diera explicaciones; y ella también. Comí lo que pude y luego me apresuré a subir. Me encontré a Adèle saliendo del aula.

—¿Adónde vas? Es hora de las lecciones.

—El señor Rochester me ha mandado al cuarto de los niños.

—¿Dónde está él?

—Ahí dentro —dijo, señalando el apartamento que había dejado. Entré y allí estaba él.

—Ven a darme los buenos días —dijo. Avancé con gusto; y no fue meramente una palabra fría ahora, ni siquiera un apretón de manos lo que recibí, sino un abrazo y un beso. Parecía natural; parecía cordial ser tan bien amada, tan acariciada por él.

—Jane, pareces radiante, y sonriente, y bonita —dijo—. Verdaderamente bonita esta mañana. ¿Es este mi pálido y pequeño duende? ¿Es esta mi semilla de mostaza? ¿Esta niña de rostro soleado con la mejilla con hoyuelos y los labios sonrosados; el cabello avellana liso como el satén y los radiantes ojos avellana? (Tenía los ojos verdes, lector; pero debe excusar el error; para él estaban recién teñidos, supongo).

—Es Jane Eyre, señor.

—Pronto será Jane Rochester —añadió—. En cuatro semanas, Janet; ni un día más. ¿Oyes eso?

Lo oí, y no pude comprenderlo del todo. Me mareó. El sentimiento, el anuncio que me recorrió, fue algo más fuerte de lo que era consistente con la alegría, algo que golpeó y aturdió. Fue, creo, casi miedo.

—Te sonrojaste, y ahora estás blanca, Jane. ¿A qué se debe eso?

—Porque me ha dado un nuevo nombre, Jane Rochester; y parece tan extraño.

—Sí, señora Rochester —dijo—. La joven señora Rochester, la niña-novia de Fairfax Rochester.

—Nunca puede ser, señor; no suena probable. Los seres humanos nunca disfrutan de una felicidad completa en este mundo. No nací para un destino diferente al del resto de mi especie. Imaginar que tal suerte me acontece es un cuento de hadas, un ensueño.

—Que puedo y realizaré. Empezaré hoy mismo. Esta mañana escribí a mi banquero en Londres para que me enviara ciertas joyas que tiene en su custodia, reliquias familiares para las damas de Thornfield. En uno o dos días espero verterlas en tu regazo; pues todo privilegio, toda atención será tuya, la que concedería a la hija de un par, si estuviera a punto de casarme con ella.

—¡Oh, señor! ¡Nunca lluevan joyas! No me gusta oír hablar de ellas. Joyas para Jane Eyre suena antinatural y extraño. Preferiría no tenerlas.

—Yo mismo te pondré la cadena de diamantes alrededor del cuello y la diadema en la frente, que te sentará bien, pues la naturaleza, al menos, ha estampado su patente de nobleza en esta frente, Jane; y abrocharé los brazaletes en estas finas muñecas y cargaré estos dedos de hada con anillos.

—¡No, no, señor! Piense en otros temas y hable de otras cosas, y en otro tono. No se dirija a mí como si fuera una belleza; soy su institutriz sencilla y cuáquera.

—Eres una belleza a mis ojos, y una belleza justo como el deseo de mi corazón: delicada y etérea.

—Insignificante y menuda, quiere decir. Está usted soñando, señor, o se está burlando. ¡Por el amor de Dios, no sea irónico!

—Haré que el mundo te reconozca como una belleza también —continuó, mientras yo realmente me inquietaba por el tono que había adoptado, porque sentía que o se estaba engañando a sí mismo o intentaba engañarme a mí—. Vestiré a mi Jane de satén y encaje, y tendrá rosas en el pelo; y cubriré la cabeza que más amo con un velo de valor incalculable.

—Y entonces no me reconocerá, señor; y ya no seré su Jane Eyre, sino un mono con chaqueta de arlequín, un arrendajo con plumas prestadas. Preferiría verlo a usted, señor Rochester, ataviado con ropajes de teatro, que a mí misma vestida con el traje de una dama de la corte; y no lo llamo a usted guapo, señor, aunque lo amo con todo mi corazón, demasiado para halagarlo. No me halague.

Continuó con su tema, sin embargo, sin hacer caso de mi desaprobación.

—Este mismo día te llevaré en el carruaje a Millcote, y debes elegir algunos vestidos para ti. Te dije que nos casaremos en cuatro semanas. La boda tendrá lugar discretamente, en la iglesia de allá abajo; y luego te llevaré de inmediato a la ciudad. Después de una breve estancia allí, llevaré mi tesoro a regiones más cercanas al sol: a los viñedos franceses y a las llanuras italianas; y ella verá todo lo que es famoso en la historia antigua y en los anales modernos. Probará también la vida de las ciudades; y aprenderá a valorarse a sí misma por justa comparación con los demás.

—¿Viajaré? ¿Y con usted, señor?

—Residirás en París, Roma y Nápoles; en Florencia, Venecia y Viena. Todo el terreno que he recorrido será pisado de nuevo por ti. Dondequiera que yo estampé mi casco, tu pie de sílfide también pisará. Hace diez años, volé por Europa medio loco; con asco, odio e

ira como compañeros. Ahora la revisitaré sanado y limpio, con un verdadero ángel como mi consoladora.

Me reí de él cuando dijo esto.

—No soy un ángel —afirmé—. Y no lo seré hasta que muera. Seré yo misma. Señor Rochester, no debe esperar ni exigir nada celestial de mí, porque no lo obtendrá, como tampoco yo lo obtendré de usted, lo cual no anticipo en absoluto.

—¿Qué anticipas de mí?

—Por un tiempito quizás serás como eres ahora, un tiempito muy pequeño; y luego te volverás frío; y luego serás caprichoso; y luego serás severo, y tendré mucho que hacer para complacerte. Pero cuando te acostumbres bien a mí, quizás vuelvas a gustar de mí, gustar, digo, no amar. Supongo que tu amor se evaporará en seis meses, o menos. He observado en libros escritos por hombres que ese período se asigna como el más lejano al que se extiende el ardor de un marido. Sin embargo, después de todo, como amiga y compañera, espero no volverme nunca del todo desagradable para mi querido amo.

—¡Desagradable! ¡Y gustarte de nuevo! Creo que me gustarás de nuevo, y otra vez. Y te haré confesar que no solo me gustas, sino que te amo, con verdad, fervor y constancia.

—Sin embargo, ¿no es usted caprichoso, señor?

—Con las mujeres que me complacen solo por sus rostros, soy el mismo diablo cuando descubro que no tienen ni alma ni corazón, cuando me abren una perspectiva de insipidez, trivialidad y quizás imbecilidad, grosería y mal genio. Pero para el ojo claro y la lengua elocuente, para el alma hecha de fuego y el carácter que se dobla pero no se rompe —a la vez flexible y estable, dócil y consistente—, soy siempre tierno y fiel.

—¿Tuvo alguna vez experiencia de tal carácter, señor? ¿Amó alguna vez a alguien así?

—La amo ahora.

—Pero antes de mí, ¿si es que yo, en algún aspecto, cumplo con su difícil estándar?

—Nunca encontré a nadie como tú. Jane, me complaces y me dominas. Pareces someterte, y me gusta la sensación de flexibilidad que impartes; y mientras enrosco la suave madeja de seda alrededor de mi dedo, envía un escalofrío por mi brazo hasta mi corazón. Soy influenciado, conquistado; y la influencia es más dulce de lo que puedo expresar; y la conquista que sufro tiene una hechicería más allá de cualquier triunfo que pueda ganar. ¿Por qué sonríes, Jane? ¿Qué significa ese giro inexplicable, casi sobrenatural, de tu semblante?

—Estaba pensando, señor (disculpará la idea; fue involuntaria), estaba pensando en Hércules y Sansón con sus encantadoras...

—Lo estabas, pequeño duende...

—¡Silencio, señor! No habla usted muy sabiamente en este momento; como tampoco aquellos caballeros actuaron muy sabiamente. Sin embargo, de haberse casado, sin duda por su severidad como maridos habrían compensado su blandura como pretendientes; y así lo hará usted, me temo. Me pregunto cómo me responderá dentro de un año si le pido un favor que no se ajuste a su conveniencia o placer.

—Pídeme algo ahora, Janet, lo más mínimo. Deseo que me lo supliquen...

—De hecho lo haré, señor; tengo mi petición lista.

—¡Habla! Pero si levantas la vista y sonríes con ese semblante, juraré concesión antes de saber a qué, y eso me hará parecer un tonto.

—En absoluto, señor; solo pido esto: no mande a buscar las joyas y no me corone de rosas. Bien podría poner un borde de encaje de oro alrededor de ese sencillo pañuelo que tiene ahí.

—Bien podría «dorar el oro refinado». Lo sé. Tu petición está concedida, entonces, por el momento. Anularé la orden que

despaché a mi banquero. Pero aún no has pedido nada; has rogado que se retire un regalo. Inténtalo de nuevo.

—Bueno, entonces, señor, tenga la bondad de satisfacer mi curiosidad, que está muy picada en un punto.

Pareció perturbado.

—¿Qué? ¿Qué? —dijo apresuradamente—. La curiosidad es una petición peligrosa. Menos mal que no he hecho un voto de conceder cada petición...

—Pero no puede haber peligro en cumplir con esta, señor.

—Dila, Jane. Pero desearía que, en lugar de una mera indagación sobre, quizás, un secreto, fuera un deseo de la mitad de mi patrimonio.

—¡Ahora, rey Asuero! ¿Qué quiero yo con la mitad de su patrimonio? ¿Cree que soy un judío usurero, buscando una buena inversión en tierras? Preferiría mucho más tener toda su confianza. ¿No me excluirá de su confianza si me admite en su corazón?

—Eres bienvenida a toda mi confianza que valga la pena tener, Jane; pero, por el amor de Dios, ¡no desees una carga inútil! ¡No anheles veneno, no resultes ser una auténtica Eva en mis manos!

—¿Por qué no, señor? Acaba de decirme cuánto le gustaba ser conquistado y cuán placentera le resulta la persuasión. ¿No cree que sería mejor que aprovechara la confesión y empezara a engatusar y suplicar, incluso a llorar y a estar de mal humor si es necesario, por el simple hecho de ensayar mi poder?

—Te desafío a cualquier experimento de ese tipo. Extralimítate, presume, y el juego se acaba.

—¿De veras, señor? Se rinde usted pronto. ¡Qué severo se ve ahora! Sus cejas se han vuelto tan gruesas como mi dedo, y su frente se asemeja a lo que, en una poesía muy asombrosa, vi una vez llamado «un altillo de truenos apilados en azul». ¿Será esa su mirada de casado, señor, supongo?

—Si esa va a ser tu mirada de casada, yo, como cristiano, pronto abandonaré la idea de consorciarme con un mero duende o salamandra. Pero, ¿qué tenías que preguntar, criatura? ¡Suéltalo!

—Vaya, ahora es usted menos que cortés; y me gusta mucho más la rudeza que la adulación. Prefiero ser una criatura que un ángel. Esto es lo que tengo que preguntar: ¿Por qué se esforzó tanto en hacerme creer que deseaba casarse con la señorita Ingram?

—¿Eso es todo? ¡Gracias a Dios que no es peor! —Y ahora desfrunció sus negras cejas; bajó la vista, sonriéndome, y me acarició el pelo, como si estuviera muy complacido de ver un peligro evitado—. Creo que puedo confesar —continuó—, aunque te indigne un poco, Jane, y he visto qué espíritu de fuego puedes ser cuando estás indignada. Resplandeciste bajo la fría luz de la luna anoche, cuando te amotinaste contra el destino y reclamaste tu rango como mi igual. Janet, por cierto, fuiste tú quien me hizo la oferta.

—Por supuesto que sí. Pero al grano, si le parece, señor: ¿la señorita Ingram?

—Bueno, fingí cortejar a la señorita Ingram porque deseaba que te enamoraras de mí tan locamente como yo lo estaba de ti; y sabía que los celos serían el mejor aliado que podría convocar para la consecución de ese fin.

—¡Excelente! Ahora es usted pequeño, ni una pizca más grande que la punta de mi dedo meñique. Fue una vergüenza y una deshonra escandalosa actuar de esa manera. ¿No pensó nada en los sentimientos de la señorita Ingram, señor?

—Sus sentimientos se concentran en uno: el orgullo; y eso necesita ser humillado. ¿Estabas celosa, Jane?

—No importa, señor Rochester. No es de ningún interés para usted saberlo. Respóndame con sinceridad una vez más. ¿Cree que la señorita Ingram no sufrirá por su deshonesta coquetería? ¿No se sentirá abandonada y desamparada?

—¡Imposible! Cuando te conté cómo ella, por el contrario, me abandonó. La idea de mi insolvencia enfrió, o más bien extinguió, su llama en un momento.

—Tiene usted una mente curiosa y calculadora, señor Rochester. Me temo que sus principios en algunos puntos son excéntricos.

—Mis principios nunca fueron entrenados, Jane. Puede que hayan crecido un poco torcidos por falta de atención.

—Una vez más, seriamente. ¿Puedo disfrutar del gran bien que se me ha concedido, sin temer que nadie más esté sufriendo el amargo dolor que yo misma sentí hace un rato?

—Puedes, mi buena niña. No hay otro ser en el mundo que tenga el mismo amor puro por mí que tú, pues me aplico ese grato ungüento a mi alma, Jane, la creencia en tu afecto.

Volví mis labios hacia la mano que descansaba en mi hombro. Lo amaba mucho, más de lo que podía atreverme a decir, más de lo que las palabras tenían poder para expresar.

—Pide algo más —dijo al instante—. Es mi deleite que me supliquen y ceder.

Estaba de nuevo lista con mi petición.

—Comunique sus intenciones a la señora Fairfax, señor. Me vio con usted anoche en el vestíbulo y se escandalizó. Dele alguna explicación antes de que la vea de nuevo. Me duele ser mal juzgada por una mujer tan buena.

—Ve a tu habitación y ponte el gorro —replicó—. Pienso que me acompañes a Millcote esta mañana; y mientras te preparas para el paseo, iluminaré el entendimiento de la anciana. ¿Pensó, Janet, que habías dado el mundo por amor y lo considerabas bien perdido?

—Creo que pensó que había olvidado mi posición y la suya, señor.

—¡Posición! ¡Posición! Tu posición está en mi corazón y sobre los cuellos de aquellos que te insultarían, ahora o en el futuro. ¡Ve!

Pronto estuve vestida; y cuando oí al señor Rochester salir del salón de la señora Fairfax, me apresuré a bajar. La anciana había estado leyendo su porción matutina de las Escrituras, la Lección del día; su Biblia yacía abierta ante ella y sus gafas estaban sobre ella. Su ocupación, suspendida por el anuncio del señor Rochester, parecía ahora olvidada. Sus ojos, fijos en la pared en blanco de enfrente, expresaban la sorpresa de una mente tranquila agitada por noticias insólitas. Al verme, se reanimó. Hizo una especie de esfuerzo por sonreír y formuló unas pocas palabras de felicitación; pero la sonrisa expiró y la frase quedó abandonada sin terminar. Se guardó las gafas, cerró la Biblia y apartó su silla de la mesa.

—Me siento tan asombrada —comenzó—, que apenas sé qué decirle, señorita Eyre. Seguramente no he estado soñando, ¿verdad? A veces me quedo medio dormida cuando estoy sentada sola e imagino cosas que nunca han sucedido. Me ha parecido más de una vez, cuando he estado en un duermevela, que mi querido esposo, que murió hace quince años, ha entrado y se ha sentado a mi lado; y que incluso lo he oído llamarme por mi nombre, Alice, como solía hacer. Ahora, ¿puede decirme si es realmente cierto que el señor Rochester le ha pedido que se case con él? No se ría de mí. Pero realmente pensé que entró aquí hace cinco minutos y dijo que en un mes sería usted su esposa.

—Me ha dicho lo mismo a mí —repliqué.

—¡Lo ha hecho! ¿Le cree? ¿Lo ha aceptado?

—Sí.

Me miró desconcertada.

—Nunca podría haberlo pensado. Es un hombre orgulloso; todos los Rochester eran orgullosos. Y su padre, al menos, gustaba del dinero. A él también siempre se le ha llamado cuidadoso. ¿Pretende casarse con usted?

—Así me lo dice.

Examinó toda mi persona. En sus ojos leí que no habían encontrado allí ningún encanto lo suficientemente poderoso como para resolver el enigma.

—¡Me supera! —continuó—. Pero sin duda es cierto, ya que usted lo dice. Cómo resultará, no puedo decirlo; realmente no lo sé. La igualdad de posición y fortuna suele ser aconsejable en tales casos; y hay veinte años de diferencia en sus edades. Casi podría ser su padre.

—¡No, en absoluto, señora Fairfax! —exclamé, irritada—. ¡No se parece en nada a mi padre! Nadie, que nos viera juntos, lo supondría por un instante. El señor Rochester parece tan joven, y es tan joven, como algunos hombres a los veinticinco.

—¿Es realmente por amor que se va a casar con usted? —preguntó.

Me sentí tan herida por su frialdad y escepticismo que las lágrimas asomaron a mis ojos.

—Lamento afligirla —prosiguió la viuda—. Pero es usted tan joven y tan poco conocedora de los hombres, que deseaba ponerla en guardia. Es un viejo dicho que "no es oro todo lo que reluce"; y en este caso temo mucho que se descubra algo diferente a lo que usted o yo esperamos.

—¿Por qué? ¿Soy un monstruo? —dije—. ¿Es imposible que el señor Rochester sienta un afecto sincero por mí?

—No. Está usted muy bien, y ha mejorado mucho últimamente; y el señor Rochester, me atrevo a decir, le tiene afecto. Siempre he notado que era una especie de mascota suya. Hay momentos en que, por su bien, me he sentido un poco inquieta por su marcada preferencia, y he deseado ponerla en guardia. Pero no me gustaba sugerir siquiera la posibilidad de un mal. Sabía que tal idea la escandalizaría, quizás la ofendería; y era usted tan discreta, y tan completamente modesta y sensata, que esperaba que se pudiera confiar en que se protegiera a sí misma. Anoche no puedo decirle lo que sufrí cuando la busqué por toda la casa y no pude encontrarla

en ninguna parte, ni al amo tampoco; y luego, a las doce, la vi entrar con él.

—Bueno, no importa eso ahora —interrumpí con impaciencia—. Basta con que todo estuviera bien.

—Espero que todo esté bien al final —dijo—. Pero créame, no puede ser demasiado cuidadosa. Intente mantener al señor Rochester a distancia. Desconfíe de sí misma tanto como de él. Los caballeros de su posición no acostumbran a casarse con sus institutrices.

Me estaba irritando de verdad. Felizmente, Adèle entró corriendo.

—¡Déjeme ir, déjeme ir a Millcote también! —gritó—. El señor Rochester no quiere, aunque hay tanto sitio en el nuevo carruaje. ¡Pídale que me deje ir, mademoiselle!

—Eso haré, Adèle. —Y me apresuré a salir con ella, contenta de abandonar a mi sombría monitora. El carruaje estaba listo; lo estaban trayendo al frente, y mi amo paseaba por el pavimento, con Pilot siguiéndolo de un lado a otro.

—Adèle puede acompañarnos, ¿no es así, señor?

—Le dije que no. ¡No quiero mocosos! ¡Solo te quiero a ti!

—Deje que vaya, señor Rochester, por favor. Sería mejor.

—No lo es. Será un estorbo.

Fue bastante perentorio, tanto en la mirada como en la voz. El frío de las advertencias de la señora Fairfax y la humedad de sus dudas estaban sobre mí. Algo de insustancialidad e incertidumbre había asediado mis esperanzas. Perdí a medias el sentido de poder sobre él. Estaba a punto de obedecerle mecánicamente, sin más réplica; pero mientras me ayudaba a subir al carruaje, me miró la cara.

—¿Qué pasa? —preguntó—. Todo el sol se ha ido. ¿De verdad quieres que vaya la niña? ¿Te molestará si se queda atrás?

—Preferiría con mucho que fuera, señor.

—¡Entonces, a por tu gorro, y vuelve como un relámpago! —le gritó a Adèle.

Ella le obedeció con la mayor rapidez que pudo.

—Después de todo, una sola interrupción matutina no importará mucho —dijo él—, cuando pretendo reclamarte en breve —tus pensamientos, conversación y compañía— de por vida.

Adèle, al ser subida, comenzó a besarme, a modo de expresar su gratitud por mi intercesión. Fue instantáneamente acomodada en un rincón al otro lado de él. Luego se asomó a donde yo estaba sentada. Un vecino tan severo era demasiado restrictivo. A él, en su actual humor irritable, no se atrevía a susurrarle ninguna observación, ni a pedirle ninguna información.

—Déjela que venga conmigo —supliqué—. Quizás le moleste, señor. Hay mucho sitio a este lado.

Me la entregó como si hubiera sido un perrito faldero.

—La enviaré a la escuela todavía —dijo, pero ahora sonreía.

Adèle lo oyó y preguntó si iba a ir a la escuela «sans mademoiselle».

—Sí —replicó—, absolutamente sans mademoiselle; porque voy a llevar a mademoiselle a la luna, y allí buscaré una cueva en uno de los valles blancos entre las cimas de los volcanes, y mademoiselle vivirá conmigo allí, y solo conmigo.

—No tendrá nada que comer. La matará de hambre —observó Adèle.

—Recogeré maná para ella mañana y noche. Las llanuras y laderas de la luna están blanqueadas de maná, Adèle.

—Querrá calentarse. ¿Qué hará para tener fuego?

—El fuego surge de las montañas lunares. Cuando tenga frío, la llevaré a una cima y la acostaré al borde de un cráter.

—Oh, qu'elle y sera mal, peu confortable! Y su ropa, se gastará. ¿Cómo conseguirá una nueva?

El señor Rochester profesó estar perplejo.

—¡Hum! —dijo—. ¿Qué harías tú, Adèle? Estruja tus sesos en busca de un expediente. ¿Qué tal una nube blanca o rosa para un vestido, crees? Y se podría cortar una bufanda bastante bonita de un arcoíris.

—Está mucho mejor como está —concluyó Adèle, después de meditar un rato—. Además, se cansaría de vivir solo contigo en la luna. Si yo fuera mademoiselle, nunca consentiría en ir contigo.

—Ha consentido. Ha empeñado su palabra.

—Pero no puedes llevarla allí; no hay camino a la luna. Es todo aire; y ni tú ni ella podéis volar.

—Adèle, mira ese campo. —Estábamos ahora fuera de las verjas de Thornfield y rodando ligeramente por el suave camino hacia Millcote, donde el polvo estaba bien asentado por la tormenta y donde los setos bajos y los altos árboles a cada lado brillaban verdes y refrescados por la lluvia.

—En ese campo, Adèle, estaba yo paseando tarde una noche hace unas dos semanas, la tarde del día en que me ayudaste a segar el heno en los prados del huerto; y, como estaba cansado de rastrillar hileras, me senté a descansar en una estela; y allí saqué un librito y un lápiz, y empecé a escribir sobre una desgracia que me ocurrió hace mucho tiempo y un deseo que tenía de que vinieran días felices. Estaba escribiendo muy rápido, aunque la luz del día se desvanecía de la hoja, cuando algo subió por el sendero y se detuvo a dos yardas de mí. Lo miré. Era una cosita con un velo de gasa en la cabeza. Le hice señas para que se acercara; pronto estuvo a mi rodilla. Nunca le hablé, ni ella me habló a mí, con palabras; pero leí sus ojos, y ella leyó los míos; y nuestro coloquio sin palabras fue a este efecto:

»Era un hada, y venía de la tierra de los Elfos, dijo; y su recado era hacerme feliz. Debía ir con ella fuera del mundo común a un lugar solitario, como la luna, por ejemplo, y asintió con la cabeza hacia su cuerno, que se alzaba sobre Hay-hill. Me habló de la cueva de alabastro y el valle de plata donde podríamos vivir. Dije que me gustaría ir; pero le recordé, como tú a mí, que no tenía alas para volar.

»"¡Oh!", respondió el hada, "¡eso no importa! Aquí tienes un talismán que eliminará todas las dificultades". Y extendió un bonito anillo de oro. "Póntelo", dijo, "en el cuarto dedo de mi mano izquierda, y soy tuya, y tú eres mío; y dejaremos la tierra y haremos nuestro propio cielo allá arriba". Asintió de nuevo hacia la luna. El anillo, Adèle, está en el bolsillo de mis calzones, bajo el disfraz de un soberano. Pero pienso pronto cambiarlo de nuevo por un anillo.

—¿Pero qué tiene que ver mademoiselle con eso? No me importa el hada. ¿Dijo usted que era a mademoiselle a quien llevaría a la luna?

—Mademoiselle es un hada —dijo, susurrando misteriosamente. Con lo cual le dije que no hiciera caso de sus bromas; y ella, por su parte, demostró un fondo de genuino escepticismo francés, denominando al señor Rochester «un vrai menteur» y asegurándole que no hacía ningún caso de sus «contes de fée», y que «du reste, il n'y avait pas de fées, et quand même il y en avait», estaba segura de que nunca se le aparecerían a él, ni le darían anillos, ni le ofrecerían vivir con él en la luna.

La hora pasada en Millcote fue algo agotadora para mí. El señor Rochester me obligó a ir a un cierto almacén de sedas. Allí se me ordenó elegir media docena de vestidos. Odiaba el asunto, supliqué permiso para posponerlo. No, debía hacerse ahora. A fuerza de súplicas expresadas en enérgicos susurros, reduje la media docena a dos. Estos, sin embargo, juró que los elegiría él mismo. Con ansiedad observé su ojo vagar por las alegres existencias. Se fijó en una rica seda del más brillante tinte amatista y un soberbio satén rosa. Le dije en una nueva serie de susurros que bien podría

comprarme un vestido de oro y un gorro de plata de una vez. Ciertamente nunca me atrevería a llevar su elección. Con infinita dificultad, pues era terco como una piedra, lo persuadí de que hiciera un cambio en favor de un sobrio satén negro y una seda gris perla. «Podría pasar por el momento», dijo, «pero aún me vería reluciente como un parterre».

Contenta estuve de sacarlo del almacén de sedas y luego de una joyería. Cuanto más me compraba, más me ardía la mejilla con una sensación de molestia y degradación. Al volver a entrar en el carruaje, y sentarme atrás, febril y fatigada, recordé lo que, en el apuro de los acontecimientos, oscuros y brillantes, había olvidado por completo: la carta de mi tío, John Eyre, a la señora Reed; su intención de adoptarme y hacerme su legataria. «Sería, en verdad, un alivio», pensé, «si tuviera aunque fuera una pequeña independencia. Nunca podré soportar ser vestida como una muñeca por el señor Rochester, o sentarme como una segunda Dánae con la lluvia dorada cayendo diariamente a mi alrededor. Escribiré a Madeira en el momento en que llegue a casa y le diré a mi tío John que voy a casarme y con quién. Si tan solo tuviera la perspectiva de un día traerle al señor Rochester un aumento de fortuna, podría soportar mejor que me mantuviera ahora». Y algo aliviada por esta idea (que no dejé de ejecutar ese día), me aventuré una vez más a encontrar la mirada de mi amo y amante, que buscaba la mía con la mayor pertinacia, aunque yo apartaba tanto el rostro como la mirada. Él sonrió; y pensé que su sonrisa era como la que un sultán podría, en un momento dichoso y afectuoso, otorgar a una esclava a la que su oro y sus gemas habían enriquecido. Apreté su mano, que siempre buscaba la mía, vigorosamente, y se la devolví enrojecida por la apasionada presión.

—No necesita mirar de esa manera —dije—. Si lo hace, no llevaré más que mis viejos vestidos de Lowood hasta el final del capítulo. Me casaré con este percal lila. Puede hacerse una bata para usted con la seda gris perla y una serie infinita de chalecos con el satén negro.

Se rio entre dientes; se frotó las manos.

—¡Oh, es un deleite verla y oírla! —exclamó—. ¿Es original? ¿Es picante? ¡No cambiaría a esta pequeña inglesa por todo el serrallo del Gran Turco, con ojos de gacela, formas de hurí y todo!

La alusión oriental volvió a picarme.

—No le serviré ni un ápice en lugar de un serrallo —dije—. Así que no me considere un equivalente de uno. Si tiene usted afición por algo de ese tipo, váyase, señor, a los bazares de Estambul sin demora y gaste en extensas compras de esclavas parte de ese dinero extra que parece no saber cómo gastar satisfactoriamente aquí.

—¿Y qué harás tú, Janet, mientras yo regateo por tantas toneladas de carne y tal surtido de ojos negros?

—Me prepararé para salir como misionera a predicar la libertad a los que están esclavizados, entre ellos las internas de su harén. Me admitirán allí y promoveré un motín; y usted, bajá de tres colas como es, señor, se encontrará en un santiamén encadenado entre nuestras manos. Y yo, por mi parte, no consentiré en cortar sus ataduras hasta que haya firmado una carta de derechos, la más liberal que déspota alguno haya conferido jamás.

—Consentiría en estar a tu merced, Jane.

—No tendría piedad, señor Rochester, si suplicara por ella con una mirada como esa. Mientras mirara así, estaría segura de que cualquier carta de derechos que pudiera otorgar bajo coacción, su primer acto, al ser liberado, sería violar sus condiciones.

—Vaya, Jane, ¿qué quieres? Me temo que me obligarás a pasar por una ceremonia de matrimonio privada, además de la celebrada en el altar. Estipularás, ya veo, condiciones peculiares. ¿Cuáles serán?

—Solo quiero una mente tranquila, señor; no aplastada por obligaciones acumuladas. ¿Recuerda lo que dijo de Céline Varens, de los diamantes, las cachemiras que le dio? No seré su Céline Varens

inglesa. Seguiré actuando como institutriz de Adèle; con eso ganaré mi manutención y alojamiento, y treinta libras al año además. Amueblaré mi propio guardarropa con ese dinero, y usted no me dará nada más que...

—Bueno, ¿pero qué?

—Su aprecio; y si yo le doy el mío a cambio, esa deuda quedará saldada.

—Bueno, por descaro innato y puro orgullo innato, no tienes igual —dijo. Nos acercábamos ahora a Thornfield—. ¿Tendrá el gusto de cenar conmigo hoy? —preguntó, mientras volvíamos a entrar por las verjas.

—No, gracias, señor.

—¿Y por qué «no, gracias», si se puede preguntar?

—Nunca he cenado con usted, señor, y no veo razón para hacerlo ahora. Hasta...

—¿Hasta qué? Le encantan las medias frases.

—Hasta que no pueda evitarlo.

—¿Supone que como como un ogro o un gul, que teme ser la compañera de mi rancho?

—No he formado ninguna suposición al respecto, señor; pero quiero seguir como de costumbre durante otro mes.

—Abandonará su esclavitud de institutriz de inmediato.

—De hecho, con su perdón, señor, no lo haré. Seguiré con ella como de costumbre. Me mantendré fuera de su camino todo el día, como he acostumbrado a hacer. Puede mandarme a buscar por la tarde, cuando se sienta dispuesto a verme, y entonces vendré; pero en ningún otro momento.

—Necesito un cigarro, Jane, o una pizca de rapé, para consolarme bajo todo esto, «pour me donner une contenance», como diría Adèle; y desafortunadamente no tengo ni mi cigarrera ni mi

tabaquera. Pero escucha... susurra. Ahora es tu momento, pequeña tirana, pero pronto será el mío; y una vez que te haya agarrado firmemente, para tenerte y retenerte, simplemente —hablando en sentido figurado— te sujetaré a una cadena como esta (tocando la cadena de su reloj). Sí, hermosa criaturita, te llevaré en mi pecho, no sea que mi joya se me pierda.

Dijo esto mientras me ayudaba a bajar del carruaje, y mientras después bajaba a Adèle, yo entré en la casa y me retiré escaleras arriba.

Me convocó debidamente a su presencia por la tarde. Le había preparado una ocupación; pues estaba decidida a no pasar todo el tiempo en una conversación tête-à-tête. Recordaba su hermosa voz; sabía que le gustaba cantar, los buenos cantantes generalmente lo hacen. Yo no era una vocalista, y, a su juicio exigente, tampoco una música; pero me deleitaba escuchar cuando la interpretación era buena. Tan pronto como el crepúsculo, esa hora del romance, comenzó a bajar su estandarte azul y estrellado sobre la celosía, me levanté, abrí el piano y le supliqué, por el amor de Dios, que me diera una canción. Dijo que era una bruja caprichosa y que preferiría cantar en otro momento; pero afirmé que no había momento como el presente.

—¿Me gustaba su voz? —preguntó.

—Mucho. —No era yo aficionada a mimar esa susceptible vanidad suya; pero por una vez, y por motivos de conveniencia, la calmaría y estimularía.

—Entonces, Jane, debes tocar el acompañamiento.

—Muy bien, señor, lo intentaré.

Lo intenté, pero al instante fui barrida del taburete y denominada «una pequeña chapucera». Siendo empujada sin ceremonias a un lado —que era precisamente lo que yo deseaba—, usurpó mi lugar y procedió a acompañarse a sí mismo, pues sabía tocar tan bien como cantar. Me dirigí al hueco de la ventana. Y mientras estaba sentada

allí y miraba los árboles inmóviles y el césped oscuro, con una dulce melodía se cantó en tonos melodiosos la siguiente estrofa:

«El amor más verdadero que jamás corazón
Sintió en su núcleo encendido,
Hizo por cada vena, en rápido impulso,
La marea del ser verter.
Su llegada era mi esperanza cada día,
Su partida era mi dolor;
La casualidad que sus pasos retrasaba
Era hielo en cada vena.
Soñé que sería una dicha sin nombre,
Como amaba, ser amado;
Y a este objeto me aferré
Tan ciego como ansiosamente.
Pero ancho como sin sendero era el espacio
Que yacía entre nuestras vidas,
Y peligroso como la carrera espumosa
De las olas verdes del océano.
Y embrujado como un camino de ladrones
A través del yermo o el bosque;
Pues Poder y Derecho, y Angustia e Ira,
Entre nuestros espíritus se interponían.
Peligros desafié; obstáculos desprecié;
Presagios desafié:
Cualquier cosa que amenazara, acosara, advirtiera,
La pasé impetuosamente.

Avanzó mi arcoíris, rápido como la luz;
Volé como en un sueño;
Pues gloriosa se alzó ante mi vista
Aquella hija de la Lluvia y el Resplandor.
Aún brillante sobre nubes de sufrimiento oscuro
Brilla esa suave y solemne alegría;
Ni me importa ahora, cuán densos y sombríos
Los desastres se acumulen cerca.
No me importa en este dulce momento,
Aunque todo lo que he arrollado
Viniera sobre alas, fuertes y veloces,
Proclamando venganza amarga:
Aunque el Odio altivo me derribara,
El Derecho, me cerrara el paso,
Y el Poder opresor, con ceño furioso,
Jurara enemistad eterna.
Mi amor ha puesto su pequeña mano
Con noble fe en la mía,
Y ha jurado que el sagrado lazo del matrimonio
Nuestra naturaleza entrelazará.
Mi amor ha jurado, con beso sellador,
Conmigo vivir, morir;
Tengo al fin mi dicha sin nombre.
¡Como amo, amado soy!».

Se levantó y se acercó a mí, y vi su rostro todo encendido, y su ojo de halcón lleno, destellante, y ternura y pasión en cada rasgo.

Vacilé momentáneamente, luego me recuperé. Escena tierna, demostración audaz, no las tendría; y estaba en peligro de ambas. Debía prepararse un arma de defensa; afilé mi lengua. Al alcanzarme, pregunté con aspereza, «¿con quién se iba a casar ahora?».

—Esa era una extraña pregunta para ser formulada por su querida Jane.

—¡De veras! La consideré una muy natural y necesaria. Había hablado de que su futura esposa muriera con él. ¿Qué quería decir con una idea tan pagana? Yo no tenía intención de morir con él, de eso podía estar seguro.

—¡Oh, todo lo que anhelaba, todo por lo que rezaba, era que yo pudiera vivir con él! La muerte no era para alguien como yo.

—De hecho, lo era. Tenía tanto derecho a morir cuando llegara mi hora como él. Pero esperaría ese momento y no sería arrastrada a un satí.

—¿Me perdonaría por la idea egoísta y demostraría su perdón con un beso reconciliador?

—No. Preferiría ser excusada.

Aquí me oí apostrofada como una «pequeña criatura dura»; y se añadió que «cualquier otra mujer se habría derretido hasta la médula al oír tales estrofas cantadas en su alabanza».

Le aseguré que era naturalmente dura, muy pétrea, y que a menudo me encontraría así; y que, además, estaba decidida a mostrarle diversos puntos rudos de mi carácter antes de que transcurrieran las cuatro semanas siguientes. Debía saber plenamente qué clase de trato había hecho, mientras aún había tiempo de rescindirlo.

—¿Estaría tranquila y hablaría racionalmente?

—Estaría tranquila si a él le gustaba, y en cuanto a hablar racionalmente, me halagaba de estar haciéndolo ahora.

Se irritó, bufó y resopló. «Muy bien», pensé; «puedes echar humo y agitarte como quieras, pero este es el mejor plan a seguir contigo, estoy segura. Me gustas más de lo que puedo decir; pero no me hundiré en un batos de sentimentalismo; y con esta aguja de la réplica te mantendré alejado también del borde del abismo; y, además, mantendré con su ayuda punzante esa distancia entre tú y yo, la más propicia para nuestra verdadera ventaja mutua».

De menos a más, lo llevé a una irritación considerable; luego, después de que se hubo retirado, de mal humor, al otro extremo de la habitación, me levanté y, diciendo: «Le deseo buenas noches, señor», a mi manera natural y habitual de respeto, me deslicé por la puerta lateral y me escapé.

El sistema así iniciado lo seguí durante toda la temporada de prueba; y con el mejor de los éxitos. Se le mantuvo, por supuesto, bastante malhumorado y cascarrabias; pero en general pude ver que estaba excelentemente entretenido, y que una sumisión de cordero y una sensibilidad de tórtola, aunque fomentarían más su despotismo, habrían complacido menos su juicio, satisfecho menos su sentido común e incluso adecuado menos a su gusto.

En presencia de otras personas, yo era, como antes, deferente y tranquila; cualquier otra línea de conducta era innecesaria. Solo en las conferencias vespertinas lo contrariaba y afligía así. Continuó mandándome a buscar puntualmente en el momento en que el reloj daba las siete; aunque cuando aparecía ante él ahora, no tenía términos tan melosos como «amor» y «querida» en sus labios. Las mejores palabras a mi servicio eran «marioneta provocadora», «duende malicioso», «espíritu», «niño cambiado», etc. Por caricias, también, ahora recibía muecas; por un apretón de manos, un pellizco en el brazo; por un beso en la mejilla, un severo tirón de oreja. Todo estaba bien. En el presente prefería decididamente estos favores feroces a cualquier cosa más tierna. La señora Fairfax, vi, me aprobaba. Su ansiedad por mi cuenta se desvaneció; por lo tanto, estaba segura de que hacía bien. Mientras tanto, el señor Rochester afirmaba que lo estaba consumiendo hasta los huesos, y amenazaba

con una venganza terrible por mi conducta actual en algún período que se acercaba rápidamente. Me reí para mis adentros de sus amenazas. «Puedo mantenerte en un control razonable ahora», reflexioné; «y no dudo de poder hacerlo en el futuro. Si un expediente pierde su virtud, otro debe ser ideado».

Sin embargo, después de todo, mi tarea no era fácil; a menudo habría preferido complacerlo que fastidiarlo. Mi futuro esposo se estaba convirtiendo para mí en mi mundo entero; y más que el mundo: casi mi esperanza del cielo. Se interponía entre mí y todo pensamiento de religión, como un eclipse se interpone entre el hombre y el ancho sol. No podía, en aquellos días, ver a Dios por Su criatura, de quien había hecho un ídolo.

Capítulo XXV

El mes de cortejo se había consumido; sus últimas horas estaban siendo contadas. No había forma de aplazar el día que avanzaba —el día de la boda—; y todos los preparativos para su llegada estaban completos. Yo, al menos, no tenía nada más que hacer. Allí estaban mis baúles, hechos, cerrados con llave, encordados, alineados a lo largo de la pared de mi pequeña cámara. Mañana, a esta hora, estarían muy avanzados en su camino hacia Londres; y también yo (S.D.q.), o más bien, no yo, sino una tal Jane Rochester, una persona a quien todavía no conocía. Solo quedaban por clavar las tarjetas de dirección; yacían, cuatro pequeños cuadrados, en el cajón. El señor Rochester mismo había escrito la dirección, «Sra. Rochester, Hotel..., Londres», en cada una. No podía persuadirme de fijarlas, ni de hacer que las fijaran. ¡La señora Rochester! No existía;

no nacería hasta mañana, algún tiempo después de las ocho de la mañana; y esperaría a estar segura de que había venido al mundo con vida antes de asignarle toda esa propiedad. Bastaba con que en aquel armario, frente a mi tocador, unas prendas que se decían suyas ya hubieran desplazado mi vestido de estameña negra de Lowood y mi sombrero de paja; pues no me pertenecía aquel ajuar de boda; la túnica de color perla, el velo vaporoso que pendía del usurpado baúl. Cerré el armario para ocultar el extraño atuendo espectral que contenía; el cual, a esta hora de la tarde —las nueve en punto—, desprendía ciertamente un brillo de lo más fantasmal a través de la sombra de mi apartamento. «Te dejaré a solas, sueño blanco», dije. «Estoy febril; oigo soplar el viento. Saldré a la calle a sentirlo».

No era solo la prisa de los preparativos lo que me ponía febril; no solo la anticipación del gran cambio —la nueva vida que comenzaría mañana—. Ambas circunstancias tenían su parte, sin duda, en producir ese estado de ánimo inquieto y excitado que me impulsaba a salir a esta hora tardía a los terrenos que oscurecían; pero una tercera causa influía en mi mente más que ellas.

Tenía en el corazón un pensamiento extraño y ansioso. Algo había sucedido que no podía comprender; nadie sabía ni había visto el suceso más que yo. Había tenido lugar la noche anterior. El señor Rochester esa noche estaba ausente de casa; y aún no había regresado. Un asunto lo había llamado a una pequeña finca de dos o tres granjas que poseía a treinta millas de distancia, asunto que era menester que resolviera en persona, antes de su meditada partida de Inglaterra. Esperaba ahora su regreso; ansiosa por desahogar mi mente y buscar en él la solución del enigma que me dejaba perpleja. Espere hasta que él llegue, lector; y, cuando le revele mi secreto, compartirá usted la confidencia.

Busqué el huerto, impulsada a su refugio por el viento, que todo el día había soplado fuerte y pleno del sur, sin traer, sin embargo, ni una mota de lluvia. En lugar de amainar a medida que se acercaba la noche, parecía aumentar su ímpetu y profundizar su rugido. Los

árboles soplaban firmemente en una dirección, sin retorcerse nunca, y apenas echando hacia atrás sus ramas una vez en una hora; tan continua era la tensión que doblaba sus cabezas ramosas hacia el norte. Las nubes derivaban de polo a polo, siguiéndose rápidamente, masa sobre masa. Ningún atisbo de cielo azul había sido visible aquel día de julio.

No fue sin un cierto placer salvaje que corrí ante el viento, entregando la tribulación de mi mente al inconmensurable torrente de aire que tronaba por el espacio. Descendiendo el paseo de los laureles, me enfrenté a los restos del castaño; se erguía negro y hendido. El tronco, partido por el centro, boqueaba espantosamente. Las mitades hendidas no estaban rotas la una de la otra, pues la base firme y las fuertes raíces las mantenían unidas por debajo; aunque la comunidad de vitalidad estaba destruida —la savia ya no podía fluir—. Sus grandes ramas a cada lado estaban muertas, y las tempestades del próximo invierno seguramente derribarían una o ambas a tierra. Por ahora, sin embargo, se podría decir que formaban un solo árbol: una ruina, pero una ruina entera.

—Hicisteis bien en aferraros el uno al otro —dije, como si las monstruosas astillas fueran seres vivos y pudieran oírme—. Creo que, maltrechos como parecéis, y carbonizados y chamuscados, debe de haber todavía un pequeño sentido de vida en vosotros, que surge de esa adhesión en las raíces fieles y honestas. Nunca volveréis a tener hojas verdes, nunca más veréis pájaros haciendo nidos y cantando idilios en vuestras ramas; el tiempo del placer y del amor ha terminado para vosotros. Pero no estáis desolados; cada uno tiene un camarada con quien simpatizar en su decadencia. — Mientras los miraba, la luna apareció momentáneamente en esa parte del cielo que llenaba su fisura; su disco era rojo como la sangre y medio nublado. Pareció lanzarme una mirada desconcertada y lúgubre, y se enterró de nuevo al instante en la profunda deriva de nubes. El viento amainó, por un segundo, alrededor de Thornfield; pero muy lejos, sobre bosques y aguas, se derramó un lamento salvaje y melancólico. Era triste escucharlo, y volví a correr.

Deambulé por aquí y por allá por el huerto; recogí las manzanas con las que la hierba alrededor de las raíces de los árboles estaba densamente sembrada. Luego me entretuve en separar las maduras de las verdes; las llevé a la casa y las guardé en la despensa. Después me dirigí a la biblioteca para cerciorarme de si el fuego estaba encendido, pues, aunque era verano, sabía que en una tarde tan sombría al señor Rochester le gustaría ver un hogar alegre cuando llegara. Sí, el fuego había sido encendido hacía un tiempo y ardía bien. Coloqué su sillón junto al rincón de la chimenea; acerqué la mesa a él; bajé la cortina e hice traer las velas listas para ser encendidas. Más inquieta que nunca, cuando hube completado estos arreglos no pude quedarme sentada, ni siquiera permanecer en la casa. Un pequeño reloj de sobremesa en la habitación y el viejo reloj del vestíbulo dieron simultáneamente las diez.

—¡Qué tarde se hace! —dije—. Bajaré corriendo a las verjas. Hay luna a intervalos; puedo ver un buen trecho del camino. Puede que esté llegando ahora, y encontrarlo me ahorrará algunos minutos de suspense.

El viento rugía con fuerza en los grandes árboles que rodeaban las verjas; pero el camino, hasta donde podía ver, a derecha e izquierda, estaba completamente quieto y solitario. Salvo por las sombras de las nubes que lo cruzaban a intervalos cuando la luna se asomaba, no era más que una larga línea pálida, invariable por una sola mota en movimiento.

Una lágrima pueril empañó mi ojo mientras miraba, una lágrima de decepción e impaciencia. Avergonzada de ella, la sequé. Me demoré; la luna se encerró por completo en su aposento y corrió su cortina de densas nubes. La noche se oscureció; la lluvia comenzó a caer con fuerza con el vendaval.

—¡Ojalá viniera! ¡Ojalá viniera! —exclamé, presa de un presentimiento hipocondríaco. Había esperado su llegada antes del té; ahora estaba oscuro. ¿Qué podía retenerlo? ¿Había ocurrido un accidente? El suceso de la noche anterior volvió a mi mente. Lo interpreté como una advertencia de desastre. Temía que mis

esperanzas fueran demasiado brillantes para realizarse; y había disfrutado de tanta dicha últimamente que imaginé que mi fortuna había pasado su meridiano y ahora debía declinar.

«Bueno, no puedo volver a la casa», pensé. «No puedo sentarme junto al fuego mientras él está fuera con un tiempo inclemente. Mejor cansar mis miembros que forzar mi corazón; iré adelante a su encuentro».

Me puse en camino; caminé rápido, pero no lejos. Antes de haber recorrido un cuarto de milla, oí el galope de cascos; un jinete se acercaba, a todo galope; un perro corría a su lado. ¡Fuera el mal presentimiento! Era él. Aquí estaba, montado en Mesrour, seguido por Pilot. Me vio, pues la luna había abierto un campo azul en el cielo y cabalgaba en él, acuosa y brillante. Se quitó el sombrero y lo agitó alrededor de su cabeza. Ahora corrí a su encuentro.

—¡Ahí está! —exclamó, mientras extendía la mano y se inclinaba desde la silla—. No puedes vivir sin mí, eso es evidente. Pisa la punta de mi bota; dame ambas manos. ¡Monta!

Obedecí. La alegría me hizo ágil. Salté delante de él. Recibí un caluroso beso de bienvenida y un jactancioso triunfo que tragué lo mejor que pude. Se contuvo en su exultación para preguntar:

—Pero, ¿pasa algo, Janet, que vienes a mi encuentro a tal hora? ¿Va algo mal?

—No, pero pensé que no vendría nunca. No podía soportar esperarle en la casa, especialmente con esta lluvia y este viento.

—¡Lluvia y viento, en verdad! Sí, estás chorreando como una sirena. Échate mi capa por encima. Pero creo que estás febril, Jane; tanto tu mejilla como tu mano están ardiendo. Vuelvo a preguntar, ¿pasa algo?

—Nada ahora; no tengo miedo ni soy infeliz.

—¿Entonces has sido ambas cosas?

—Más bien; pero ya se lo contaré todo, señor; y me atrevo a decir que solo se reirá de mí por mis penas.

—Me reiré de ti de todo corazón cuando pase mañana; hasta entonces no me atrevo. Mi premio no es seguro. ¿Eres tú, que has sido tan escurridiza como una anguila este último mes y tan espinosa como un rosal silvestre? No podía poner un dedo en ninguna parte sin que me pinchara; y ahora parece que he recogido en mis brazos a un cordero descarriado. ¿Saliste del redil en busca de tu pastor, verdad, Jane?

—Le necesitaba a usted, pero no se jacte. Ya estamos en Thornfield. Ahora déjeme bajar.

Me depositó en el pavimento. Mientras John se llevaba su caballo y él me seguía al vestíbulo, me dijo que me diera prisa y me pusiera algo seco, y que luego volviera con él a la biblioteca; y me detuvo, mientras me dirigía a la escalera, para arrancarme la promesa de que no tardaría. Y no tardé; en cinco minutos me reuní con él. Lo encontré cenando.

—Toma asiento y hazme compañía, Jane. Quiera Dios que sea la penúltima comida que comas en Thornfield Hall en mucho tiempo.1

Me senté cerca de él, pero le dije que no podía comer.2

—¿Es porque tienes la perspectiva de un viaje ante ti, Jane? ¿Son los pensamientos de ir a Londres los que te quitan el apetito?3

—No puedo ver mis perspectivas claramente esta noche, seño4r; y apenas sé qué pensamientos tengo en la cabeza. Todo en la vida parece irreal.

—Excepto yo. Soy bastante sustancial, tócame.

—Usted, señor, es el más fantasmal de todos. Es un mero sueño.

Extendió la mano, riendo.

—¿Es eso un sueño? —dijo, colocándola cerca de mis ojos. Tenía una mano redondeada, musculosa y vigorosa, así como un brazo largo y fuerte.

—Sí; aunque la toco, es un sueño —dije, mientras la apartaba de mi rostro—. Señor, ¿ha terminado de cenar?

—Sí, Jane.

Toqué la campanilla y ordené que se llevaran la bandeja. Cuando estuvimos de nuevo solos, aticé el fuego y luego tomé un asiento bajo a la rodilla de mi amo.

—Es casi medianoche —dije.

—Sí; pero recuerda, Jane, que prometiste velar conmigo la noche antes de mi boda.

—Lo hice; y mantendré mi promesa, durante una o dos horas al menos. No tengo ningún deseo de irme a la cama.

—¿Están todos tus arreglos completos?

—Todos, señor.

—Y por mi parte, igualmente —respondió—, he arreglado todo; y dejaremos Thornfield mañana, a la media hora de nuestro regreso de la iglesia.

—Muy bien, señor.

—¡Con qué extraordinaria sonrisa pronunciaste esa palabra, «muy bien», Jane! ¡Qué mancha de color tan brillante tienes en cada mejilla! ¡Y qué extrañamente brillan tus ojos! ¿Estás bien?

—Creo que sí.

—¡Creer! ¿Qué pasa? Dime lo que sientes.

—No podría, señor. Ninguna palabra podría decirle lo que siento. Desearía que esta hora presente nunca terminara. ¿Quién sabe con qué destino puede venir cargada la próxima?

—Esto es hipocondría, Jane. Has estado demasiado excitada o demasiado fatigada.

—¿Usted, señor, se siente tranquilo y feliz?

—¿Tranquilo? No. Pero feliz, hasta la médula del corazón.

Lo miré para leer los signos de dicha en su rostro. Estaba ardiente y sonrojado.

—Dame tu confianza, Jane —dijo—. Alivia tu mente de cualquier peso que la oprima, compartiéndolo conmigo. ¿Qué temes? ¿Que no resulte ser un buen marido?

—Es la idea más alejada de mis pensamientos.

—¿Te sientes aprensiva por la nueva esfera en la que estás a punto de entrar, por la nueva vida en la que estás pasando?

—No.

—Me desconciertas, Jane. Tu mirada y tu tono de audacia entristecida me dejan perplejo y me duelen. Quiero una explicación.

—Entonces, señor, escuche. ¿Estuvo usted fuera de casa anoche?

—Lo estuve, lo sé. Y hace un rato insinuaste algo que había sucedido en mi ausencia. Nada, probablemente, de importancia; pero, en resumen, te ha perturbado. Déjame oírlo. ¿La señora Fairfax ha dicho algo, quizás? ¿O has oído hablar a los criados? ¿Tu sensible amor propio ha sido herido?

—No, señor. —Dieron las doce. Esperé a que el reloj de sobremesa hubiera concluido su repique de plata y el reloj su golpe ronco y vibrante, y luego proseguí.

»Todo el día de ayer estuve muy ocupada y muy feliz en mi incesante ajetreo; pues no estoy, como parece que cree, turbada por ningún temor obsesivo sobre la nueva esfera, etcétera. Creo que es algo glorioso tener la esperanza de vivir con usted, porque lo amo. No, señor, no me acaricie ahora, déjeme hablar sin ser molestada. Ayer confié plenamente en la Providencia y creí que los acontecimientos se conjugaban para su bien y el mío. Fue un buen día, si recuerda; la calma del aire y del cielo prohibía aprensiones respecto a su seguridad o comodidad en su viaje. Caminé un rato por el pavimento después del té, pensando en usted; y lo contemplé en la imaginación tan cerca de mí que apenas eché de menos su presencia real. Pensé en la vida que tenía por delante —su vida,

señor—, una existencia más expansiva y emocionante que la mía, tanto más como las profundidades del mar al que corre el arroyo lo son que los bajíos de su propio y estrecho cauce. Me pregunté por qué los moralistas llaman a este mundo un yermo desolado. Para mí, florecía como una rosa. Justo al atardecer, el aire se enfrió y el cielo se nubló. Entré. Sophie me llamó arriba para ver mi vestido de novia, que acababan de traer; y debajo, en la caja, encontré su regalo: el velo que, en su principesca extravagancia, mandó a buscar a Londres. Resuelto, supongo, ya que no quise joyas, a engañarme para que aceptara algo igual de costoso. Sonreí al desdoblarlo e ideé cómo me burlaría de usted por sus gustos aristocráticos y sus esfuerzos por enmascarar a su novia plebeya con los atributos de una noble. Pensé en cómo le llevaría el cuadrado de blonda sin bordar que yo misma había preparado como cobertura para mi cabeza de baja cuna y le preguntaría si eso no era lo suficientemente bueno para una mujer que no podía traer a su marido ni fortuna, ni belleza, ni conexiones. Vi claramente cómo me miraría; y oí sus impetuosas respuestas republicanas y su altivo desmentido de cualquier necesidad por su parte de aumentar su riqueza o elevar su posición casándose con una bolsa o una corona.

—¡Qué bien me lees, bruja! —interpuso el señor Rochester—. Pero, ¿qué encontraste en el velo además de su bordado? ¿Encontraste veneno o una daga, que pareces tan apesadumbrada ahora?

—No, no, señor; además de la delicadeza y la riqueza de la tela, no encontré nada salvo el orgullo de Fairfax Rochester; y eso no me asustó, porque estoy acostumbrada a ver a ese demonio. Pero, señor, al oscurecer, el viento se levantó. Sopló ayer por la tarde, no como sopla ahora —salvaje y fuerte—, sino «con un sonido hosco y lastimero» mucho más inquietante. Deseé que estuviera en casa. Entré en esta habitación, y la vista de la silla vacía y el hogar sin fuego me heló. Durante un tiempo, después de acostarme, no pude dormir; una sensación de ansiosa excitación me angustiaba. El vendaval, que seguía aumentando, parecía a mi oído amortiguar un sonido de fondo lúgubre; si en la casa o fuera, no pude decirlo al

principio, pero recurría, dudoso pero doliente, en cada calma. Al final deduje que debía de ser algún perro aullando a lo lejos. Me alegré cuando cesó. Al dormir, continué en sueños la idea de una noche oscura y borrascosa. Continué también el deseo de estar con usted, y experimenté una extraña y pesarosa conciencia de alguna barrera que nos dividía. Durante todo mi primer sueño, estuve siguiendo las curvas de un camino desconocido; la oscuridad total me envolvía; la lluvia me azotaba. Llevaba a mi cargo a un niño pequeño, una criatura muy pequeña, demasiado joven y débil para caminar, que tiritaba en mis fríos brazos y gemía lastimosamente en mi oído. Pensé, señor, que usted iba por el camino muy por delante de mí; y forcé cada nervio para alcanzarlo, e hice esfuerzo tras esfuerzo para pronunciar su nombre y suplicarle que se detuviera, pero mis movimientos estaban trabados y mi voz se extinguía inarticulada; mientras que usted, sentí, se alejaba más y más a cada momento.

—¿Y estos sueños pesan en tu ánimo ahora, Jane, cuando estoy cerca de ti? ¡Pequeña criatura nerviosa! ¡Olvida la aflicción visionaria y piensa solo en la felicidad real! Dices que me amas, Janet. Sí, no lo olvidaré; y no puedes negarlo. Esas palabras no murieron inarticuladas en tus labios. Las oí claras y suaves; un pensamiento demasiado solemne quizás, pero dulce como la música: "Creo que es algo glorioso tener la esperanza de vivir contigo, Edward, porque te amo". ¿Me amas, Jane? Repítelo.

—Sí, señor, lo amo. Con todo mi corazón.

—Bueno —dijo, después de unos minutos de silencio—, es extraño; pero esa frase ha penetrado dolorosamente en mi pecho. ¿Por qué? Creo que porque la dijiste con una energía tan seria y religiosa, y porque tu mirada ascendente hacia mí ahora es lo sublime mismo de la fe, la verdad y la devoción. Es demasiado como si algún espíritu estuviera cerca de mí. Pon cara de malvada, Jane, como bien sabes poner. Acuña una de tus sonrisas salvajes, tímidas, provocadoras; dime que me odias, fastídiame, véjame; haz cualquier cosa menos conmoverme. Preferiría estar indignado que entristecido.

—Lo fastidiaré y vejaré a su gusto cuando haya terminado mi relato. Pero escúcheme hasta el final.

—Pensé, Jane, que me lo habías contado todo. Pensé que había encontrado la fuente de tu melancolía en un sueño.

Negué con la cabeza.

—¡Cómo! ¿Hay más? Pero no creeré que sea nada importante. Te advierto de mi incredulidad de antemano. Continúa.

La inquietud de su aire, la impaciencia algo aprensiva de sus modales, me sorprendieron; pero proseguí.

—Soñé otro sueño, señor. Que Thornfield Hall era una ruina lúgubre, el refugio de murciélagos y búhos. Pensé que de toda la majestuosa fachada no quedaba más que un muro como una concha, muy alto y de aspecto muy frágil. Vagué, en una noche de luna, por el recinto cubierto de hierba en su interior. Aquí tropecé con un hogar de mármol, y allí con un fragmento caído de cornisa. Envuelto en un chal, todavía llevaba al niño desconocido. No podía dejarlo en ninguna parte, por muy cansados que estuvieran mis brazos, por mucho que su peso impidiera mi progreso, debía retenerlo. Oí el galope de un caballo a lo lejos en el camino; estaba segura de que era usted; y se marchaba por muchos años y a un país lejano. Trepé por el delgado muro con una prisa frenética y peligrosa, ansiosa por echarle un vistazo desde la cima. Las piedras rodaban bajo mis pies, las ramas de hiedra a las que me agarraba cedían, el niño se aferraba a mi cuello con terror y casi me estrangulaba; al fin llegué a la cumbre. Lo vi como una mota en un sendero blanco, disminuyendo a cada momento. El viento soplaba tan fuerte que no podía mantenerme en pie. Me senté en el estrecho saliente; acuné al niño asustado en mi regazo. Usted dobló un ángulo del camino; me incliné hacia adelante para echar un último vistazo. El muro se desmoronó; fui sacudida; el niño rodó de mi rodilla, perdí el equilibrio, caí y desperté.

—Ahora, Jane, eso es todo.

—Todo el prefacio, señor; el relato está por venir. Al despertar, un resplandor deslumbró mis ojos. Pensé: ¡Oh, es de día! Pero me equivocaba; era solo la luz de una vela. Sophie, supuse, había entrado. Había una luz en el tocador, y la puerta del armario donde, antes de acostarme, había colgado mi vestido de novia y mi velo, estaba abierta. Oí un susurro allí. Pregunté: "Sophie, ¿qué haces?". Nadie respondió; pero una forma emergió del armario. Tomó la luz, la sostuvo en alto y examinó las prendas que pendían del baúl. "¡Sophie! ¡Sophie!", volví a gritar; y aún permaneció en silencio. Me había incorporado en la cama, me incliné hacia adelante. Primero la sorpresa, luego el desconcierto se apoderaron de mí; y luego mi sangre se heló en mis venas. Señor Rochester, esta no era Sophie, no era Leah, no era la señora Fairfax. No era, no, estaba segura de ello, y lo estoy todavía, no era siquiera esa extraña mujer, Grace Poole.

—Debió de ser una de ellas —interrumpió mi amo.

—No, señor, le aseguro solemnemente lo contrario. La forma que estaba ante mí nunca había cruzado mis ojos dentro de los recintos de Thornfield Hall antes; la altura, el contorno, eran nuevos para mí.

—Descríbela, Jane.

—Parecía, señor, una mujer, alta y corpulenta, con el pelo espeso y oscuro colgándole largo por la espalda. No sé qué vestido llevaba; era blanco y recto; pero si era un vestido, una sábana o un sudario, no sabría decirlo.

—¿Le vio la cara?

—No al principio. Pero al instante tomó mi velo de su lugar; lo sostuvo en alto, lo contempló largamente y luego se lo echó sobre su propia cabeza y se volvió hacia el espejo. En ese momento vi el reflejo del rostro y los rasgos con toda claridad en el oscuro y oblongo cristal.

—¿Y cómo eran?

—Espantosa y macabra para mí, ¡oh, señor, nunca vi un rostro como aquel! Era un rostro descolorido, era un rostro salvaje. ¡Ojalá pudiera olvidar el girar de los ojos rojos y la espantosa inflación ennegrecida de sus facciones!

—Los fantasmas suelen ser pálidos, Jane.

—Este, señor, era púrpura. Los labios estaban hinchados y oscuros; la frente, surcada; las cejas negras, muy levantadas sobre los ojos inyectados en sangre. ¿Le digo a qué me recordó?

—Puede.

—Al inmundo espectro alemán: el Vampiro.

—¡Ah! ¿Qué hizo?

—Señor, se quitó mi velo de su cabeza demacrada, lo rasgó en dos partes y, arrojando ambas al suelo, las pisoteó.



—¿Después?

—Descorrió la cortina de la ventana y miró hacia fuera; quizás vio que se acercaba el amanecer, pues, tomando la vela, se retiró hacia la puerta. Justo al lado de mi cama, la figura se detuvo. Los ojos de fuego me miraron fijamente; acercó su vela a mi rostro y la apagó bajo mis ojos. Fui consciente de que su rostro lívido llameaba sobre el mío y perdí el conocimiento. Por segunda vez en mi vida —solo la segunda vez—, perdí el sentido por el terror.

—¿Quién estaba contigo cuando te reanimaste?

—Nadie, señor, salvo el pleno día. Me levanté, me bañé la cabeza y la cara en agua, bebí un largo trago; sentí que, aunque debilitada, no estaba enferma, y decidí que a nadie más que a usted le comunicaría esta visión. Ahora, señor, dígame, ¿quién y qué era esa mujer?

—La criatura de un cerebro sobreestimulado; eso es seguro. Debo tener cuidado de ti, mi tesoro. Nervios como los tuyos no fueron hechos para un trato rudo.

—Señor, puede estar seguro de que mis nervios no tuvieron la culpa; la cosa fue real. El suceso tuvo lugar de verdad.

—¿Y tus sueños anteriores, también fueron reales? ¿Es Thornfield Hall una ruina? ¿Estoy separado de ti por obstáculos insuperables? ¿Te estoy dejando sin una lágrima, sin un beso, sin una palabra?

—Todavía no.

—¿Estoy a punto de hacerlo? Vaya, ya ha comenzado el día que nos unirá indisolublemente; y una vez que estemos unidos, no habrá recurrencia de estos terrores mentales. Lo garantizo.

—¡Terrores mentales, señor! Ojalá pudiera creer que son solo eso. Lo deseo ahora más que nunca, ya que ni siquiera usted puede explicarme el misterio de esa terrible visitante.

—Y como no puedo hacerlo, Jane, debe de haber sido irreal.

—Pero, señor, cuando me dije eso a mí misma al levantarme esta mañana, y cuando miré alrededor de la habitación para cobrar valor y consuelo del aspecto alegre de cada objeto familiar a plena luz del día, allí, en la alfombra, vi lo que desmentía claramente mi hipótesis: ¡el velo, rasgado de arriba abajo en dos mitades!

Sentí al señor Rochester sobresaltarse y estremecerse; me rodeó apresuradamente con sus brazos.

—¡Gracias a Dios! —exclamó—. Si algo maligno se acercó a ti anoche, solo fue el velo lo que resultó dañado. ¡Oh, pensar en lo que podría haber sucedido!

Respiró entrecortadamente y me estrechó tan cerca de él que apenas podía jadear. Tras unos minutos de silencio, continuó, alegremente:

—Ahora, Janet, te lo explicaré todo. Fue mitad sueño, mitad realidad. Una mujer entró, no lo dudo, en tu habitación; y esa mujer era, debió de ser, Grace Poole. Tú misma la llamas un ser extraño; por todo lo que sabes, tienes razón para llamarla así. ¿Qué me hizo a mí? ¿Qué a Mason? En un estado entre el sueño y la vigilia, notaste su entrada y sus acciones; pero febril, casi delirante como estabas, le atribuiste una apariencia de duende diferente a la suya. El largo cabello desgreñado, el rostro hinchado y negro, la estatura exagerada, fueron engendros de la imaginación, resultados de una pesadilla. El rencoroso desgarro del velo fue real, y es propio de ella. Veo que preguntarías por qué mantengo a una mujer así en mi casa. Cuando llevemos casados un año y un día, te lo diré; pero no ahora. ¿Estás satisfecha, Jane? ¿Aceptas mi solución al misterio?

Reflexioné y, en verdad, me pareció la única posible. Satisfecha no estaba, pero para complacerle me esforcé por parecerlo. Aliviada, ciertamente me sentí; así que le respondí con una sonrisa contenta. Y ahora, como pasaba de la una, me preparé para dejarlo.

—¿No duerme Sophie con Adèle en el cuarto de los niños? —preguntó, mientras yo encendía mi vela.

—Sí, señor.

—Y hay sitio suficiente en la camita de Adèle para ti. Debes compartirla con ella esta noche, Jane. No es de extrañar que el incidente que has relatado te ponga nerviosa, y preferiría que no durmieras sola. Prométeme que irás al cuarto de los niños.

—Me alegrará mucho hacerlo, señor.

—Y cierra la puerta con seguro por dentro. Despierta a Sophie cuando subas, con el pretexto de pedirle que te despierte a buena hora mañana; pues debes estar vestida y haber terminado el desayuno antes de las ocho. Y ahora, no más pensamientos sombríos. Ahuyenta las sombrías preocupaciones, Janet. ¿No oyes

en qué suaves susurros ha caído el viento? Y ya no hay más golpeteo de lluvia contra los cristales. Mira aquí (levantó la cortina), ¡es una noche preciosa!

Lo era. Medio cielo estaba puro e inmaculado. Las nubes, ahora desfilando ante el viento, que había cambiado al oeste, se retiraban hacia el este en largas columnas plateadas. La luna brillaba pacíficamente.

—Bueno —dijo el señor Rochester, mirándome inquisitivamente a los ojos—, ¿cómo está mi Janet ahora?

—La noche está serena, señor; y yo también.

—Y no soñarás con separación y dolor esta noche; sino con amor feliz y unión dichosa.

Esta predicción solo se cumplió a medias. No soñé, en verdad, con el dolor, pero tampoco soñé con la alegría; pues no dormí en absoluto. Con la pequeña Adèle en mis brazos, observé el sueño de la infancia —tan tranquilo, tan impasible, tan inocente— y esperé la llegada del día. Toda mi vida estaba despierta y en movimiento en mi cuerpo; y tan pronto como salió el sol, yo también me levanté. Recuerdo que Adèle se aferró a mí cuando la dejé. Recuerdo que la besé mientras soltaba sus manitas de mi cuello; y lloré sobre ella con extraña emoción, y la abandoné porque temía que mis sollozos rompieran su todavía profundo reposo. Ella parecía el emblema de mi vida pasada; y él, a quien ahora debía ataviarme para encontrar, el temible, pero adorado, tipo de mi desconocido día futuro.

Capítulo XXVI

Sophie vino a las siete a vestirme. Se demoró mucho, en verdad, en cumplir su tarea; tanto que el señor Rochester, supongo que impaciente por mi tardanza, mandó a preguntar por qué no venía. Justo me estaba sujetando el velo (el sencillo cuadrado de blonda, después de todo) al pelo con un broche; me escabullí de sus manos tan pronto como pude.

—¡Deténgase! —gritó en francés—. Mírese en el espejo, no se ha echado ni un vistazo.

Así que me volví en la puerta. Vi una figura vestida y velada, tan diferente a mi yo habitual que parecía casi la imagen de una extraña.

—¡Jane! —llamó una voz, y bajé apresuradamente. Fui recibida al pie de las escaleras por el señor Rochester.

—¡Tardona! —dijo—. ¡Mi cerebro arde de impaciencia y tú te demoras tanto!

Me llevó al comedor, me examinó atentamente de arriba abajo, me declaró «hermosa como un lirio y no solo el orgullo de su vida, sino el deseo de sus ojos», y luego, diciéndome que me daría solo diez minutos para desayunar, tocó la campanilla. Uno de sus criados recién contratados, un lacayo, respondió.

—¿Está John preparando el carruaje?

—Sí, señor.

—¿Se ha bajado el equipaje?

—Lo están bajando, señor.

—Ve a la iglesia, mira si el señor Wood (el clérigo) y el sacristán están allí. Vuelve y dímelo.

La iglesia, como sabe el lector, estaba justo al otro lado de las verjas; el lacayo regresó pronto.

—El señor Wood está en la sacristía, señor, poniéndose la sobrepelliz.

—¿Y el carruaje?

—Están enjaezando los caballos.

—No lo necesitaremos para ir a la iglesia; pero debe estar listo en el momento en que regresemos. Todas las cajas y el equipaje arreglados y atados, y el cochero en su asiento.

—Sí, señor.

—Jane, ¿estás lista?

Me levanté. No había padrinos, ni damas de honor, ni parientes a quienes esperar o dirigir; nadie más que el señor Rochester y yo. La señora Fairfax estaba de pie en el vestíbulo cuando pasamos. De buena gana le habría hablado, pero mi mano estaba sujeta por un agarre de hierro. Fui arrastrada por una zancada que apenas podía seguir; y mirar el rostro del señor Rochester era sentir que no se toleraría ni un segundo de retraso para ningún propósito. Me pregunto qué otro novio habrá tenido el aspecto que él tenía, tan decidido a un propósito, tan sombríamente resuelto; o quién, bajo cejas tan firmes, habrá revelado jamás ojos tan llameantes y centelleantes.

No sé si el día era bueno o malo; al descender por el camino de entrada, no miré ni al cielo ni a la tierra. Mi corazón estaba con mis ojos; y ambos parecían haber migrado al cuerpo del señor Rochester. Quería ver la cosa invisible en la que, mientras avanzábamos, él parecía fijar una mirada fiera y cruel. Quería sentir los pensamientos cuya fuerza parecía él afrontar y resistir.

En la portilla del cementerio se detuvo. Descubrió que yo estaba completamente sin aliento.

—¿Soy cruel en mi amor? —dijo—. Detente un instante; apóyate en mí, Jane.

Y ahora puedo recordar la imagen de la vieja casa de Dios gris alzándose tranquila ante mí, de una graja girando alrededor del campanario, de un cielo matutino rojizo más allá. Recuerdo algo, también, de los verdes túmulos de las tumbas; y no he olvidado, tampoco, dos figuras de extraños que vagaban entre las pequeñas colinas y leían los recordatorios grabados en las pocas lápidas cubiertas de musgo. Me fijé en ellos porque, al vernos, pasaron a la parte trasera de la iglesia; y no dudé de que iban a entrar por la puerta del pasillo lateral y presenciar la ceremonia. El señor Rochester no los observó; miraba seriamente mi rostro, del que la sangre, me atrevo a decir, había huido momentáneamente, pues sentí mi frente húmeda y mis mejillas y labios fríos. Cuando me recuperé, lo que hice pronto, caminó suavemente conmigo por el sendero hasta el porche.

Entramos en el templo tranquilo y humilde; el sacerdote esperaba con su sobrepelliz blanca en el modesto altar, el sacristán a su lado. Todo estaba en silencio; solo dos sombras se movían en un rincón remoto. Mi conjetura había sido correcta: los extraños se habían deslizado antes que nosotros y ahora estaban de pie junto a la cripta de los Rochester, de espaldas a nosotros, contemplando a través de las rejas la antigua tumba de mármol manchada por el tiempo, donde un ángel arrodillado guardaba los restos de Damer de Rochester, muerto en Marston Moor en tiempos de las guerras civiles, y de Elizabeth, su esposa.

Tomamos nuestro lugar en el comulgatorio. Al oír un paso cauteloso detrás de mí, miré por encima del hombro: uno de los extraños —un caballero, evidentemente— avanzaba por el presbiterio. El servicio comenzó. Se leyó la explicación del propósito del matrimonio; y luego el clérigo avanzó un paso más y, inclinándose ligeramente hacia el señor Rochester, continuó.

—Os requiero y conmino a ambos (así como responderéis en el temible día del juicio, cuando los secretos de todos los corazones

serán revelados), que si alguno de vosotros sabe de algún impedimento por el cual no podáis ser legalmente unidos en matrimonio, lo confeséis ahora; pues tened por bien seguro que tantos como se unen de otra manera que la Palabra de Dios permite, no son unidos por Dios, ni su matrimonio es lícito.

Hizo una pausa, como es costumbre. ¿Cuándo se rompe la pausa después de esa sentencia? Quizás, ni una vez en cien años. Y el clérigo, que no había levantado los ojos de su libro y había contenido la respiración solo por un momento, iba a proseguir. Su mano ya estaba extendida hacia el señor Rochester, mientras sus labios se abrían para preguntar: «¿Quieres a esta mujer por tu legítima esposa?», cuando una voz nítida y cercana dijo:

—El matrimonio no puede continuar. Declaro la existencia de un impedimento.

El clérigo levantó la vista hacia el que hablaba y se quedó mudo; el sacristán hizo lo mismo. El señor Rochester se movió ligeramente, como si un terremoto hubiera rodado bajo sus pies. Tomando un apoyo más firme y sin volver la cabeza ni los ojos, dijo:

—Prosiga.

Un profundo silencio cayó cuando hubo pronunciado esa palabra, con una entonación profunda pero baja. Al instante, el señor Wood dijo:

—No puedo proseguir sin alguna investigación sobre lo que se ha afirmado y pruebas de su verdad o falsedad.

—La ceremonia está completamente rota —añadió la voz detrás de nosotros—. Estoy en condiciones de probar mi alegato: existe un impedimento insuperable para este matrimonio.

El señor Rochester oyó, pero no hizo caso. Permaneció terco y rígido, sin hacer otro movimiento que el de apoderarse de mi mano. ¡Qué agarre tan caliente y fuerte tenía! ¡Y qué parecido al mármol de cantera era su frente pálida, firme y maciza en ese momento!

¡Cómo brillaba su ojo, todavía vigilante y, sin embargo, salvaje por debajo!

El señor Wood parecía perdido.

—¿Cuál es la naturaleza del impedimento? —preguntó—. ¿Quizás se pueda superar, explicar?

—Difícilmente —fue la respuesta—. Lo he llamado insuperable, y hablo con conocimiento de causa.

El que hablaba se adelantó y se apoyó en la barandilla. Continuó, pronunciando cada palabra distintamente, con calma, con firmeza, pero no en voz alta:

—Simplemente consiste en la existencia de un matrimonio previo. El señor Rochester tiene una esposa viva actualmente.

Mis nervios vibraron ante esas palabras pronunciadas en voz baja como nunca habían vibrado ante un trueno; mi sangre sintió su sutil violencia como nunca había sentido la escarcha o el fuego. Pero estaba serena y no corría peligro de desmayarme. Miré al señor Rochester; le hice mirarme. Todo su rostro era roca incolora; su ojo era a la vez chispa y pedernal. No desmintió nada; parecía como si fuera a desafiar todas las cosas. Sin hablar, sin sonreír, sin parecer reconocer en mí a un ser humano, solo rodeó mi cintura con su brazo y me remachó a su lado.

—¿Quién es usted? —le preguntó al intruso.

—Mi nombre es Briggs, un abogado de la calle..., Londres.

—¿Y querría imponerme una esposa?

—Quisiera recordarle la existencia de su señora, señor, que la ley reconoce, si usted no lo hace.

—Favorézcame con un relato de ella, con su nombre, su linaje, su lugar de residencia.

—Ciertamente. —El señor Briggs sacó tranquilamente un papel de su bolsillo y leyó con una especie de voz oficial y nasal:

»"Afirmo y puedo probar que el 20 de octubre del año de nuestro Señor... (una fecha de hace quince años), Edward Fairfax Rochester, de Thornfield Hall, en el condado de ..., y de Ferndean Manor, en ...shire, Inglaterra, se casó con mi hermana, Bertha Antoinetta Mason, hija de Jonas Mason, comerciante, y de Antoinetta, su esposa, una criolla, en la iglesia de ..., Spanish Town, Jamaica. El registro del matrimonio se encontrará en el registro de esa iglesia; una copia del mismo está ahora en mi posesión. Firmado, Richard Mason".

—Eso, si es un documento genuino, puede probar que he estado casado, pero no prueba que la mujer mencionada en él como mi esposa todavía esté viva.

—Estaba viva hace tres meses —respondió el abogado.

—¿Cómo lo sabe?

—Tengo un testigo del hecho, cuyo testimonio ni siquiera usted, señor, se atreverá a contradecir.

—Preséntelo, o váyase al infierno.

—Lo presentaré primero; está aquí mismo. Señor Mason, tenga la bondad de adelantarse.

El señor Rochester, al oír el nombre, apretó los dientes; experimentó, también, una especie de fuerte temblor convulsivo. Tan cerca de él como estaba, sentí el movimiento espasmódico de furia o desesperación recorrer su cuerpo. El segundo extraño, que hasta entonces se había mantenido en segundo plano, se acercó ahora; un rostro pálido se asomó por encima del hombro del abogado. Sí, era el propio Mason. El señor Rochester se volvió y lo fulminó con la mirada. Su ojo, como he dicho a menudo, era un ojo negro; ahora tenía una luz leonada, no, una luz sanguinaria en su penumbra; y su rostro se sonrojó: mejilla olivácea y frente incolora recibieron un brillo como de un fuego cardíaco que se extendía y ascendía. Y se movió, levantó su fuerte brazo; podría haber golpeado a Mason, haberlo arrojado al suelo de la iglesia, haberle arrancado el aliento con un golpe despiadado. Pero Mason se

encogió y gritó débilmente: «¡Santo Dios!». El desprecio cayó frío sobre el señor Rochester; su pasión murió como si una plaga la hubiera marchitado. Solo preguntó:

—¿Qué tiene usted que decir?

Una respuesta inaudible escapó de los labios blancos de Mason.

—El diablo está en ello si no puede responder claramente. Vuelvo a exigir, ¿qué tiene usted que decir?

—Señor, señor —interrumpió el clérigo—, no olvide que está en un lugar sagrado. —Luego, dirigiéndose a Mason, inquirió amablemente —: ¿Es usted consciente, señor, de si la esposa de este caballero sigue viva o no?

—Valor —le instó el abogado—, hable claro.

—Actualmente vive en Thornfield Hall —dijo Mason, con tonos más articulados—. La vi allí el pasado abril. Soy su hermano.

—¡En Thornfield Hall! —exclamó el clérigo—. ¡Imposible! Soy un viejo residente de esta vecindad, señor, y nunca he oído hablar de una señora Rochester en Thornfield Hall.

Vi una sonrisa sombría contorsionar los labios del señor Rochester, y murmuró:

—¡No, por Dios! Me encargué de que nadie oyera hablar de ello, ni de ella bajo ese nombre. —Meditó; durante diez minutos deliberó consigo mismo. Tomó su resolución y la anunció:

»¡Basta! Todo saldrá a la luz de una vez, como la bala del cañón. Wood, cierre su libro y quítese la sobrepelliz; John Green (al sacristán), abandone la iglesia. No habrá boda hoy. —El hombre obedeció.

El señor Rochester continuó, con dureza y temeridad:

»¡Bigamia es una palabra fea! Sin embargo, tenía la intención de ser un bígamo; pero el destino me ha superado en la maniobra, o la Providencia me ha frenado, quizás lo último. Soy poco mejor que un demonio en este momento; y, como mi pastor de ahí me diría,

merezco sin duda los juicios más severos de Dios, hasta el fuego inextinguible y el gusano inmortal. Caballeros, mi plan se ha roto. Lo que este abogado y su cliente dicen es cierto. ¡He estado casado y la mujer con la que me casé vive! Dice usted que nunca oyó hablar de una señora Rochester en la casa de allá arriba, Wood; pero me atrevo a decir que muchas veces ha inclinado el oído a los chismes sobre la misteriosa lunática que se mantiene allí bajo vigilancia y custodia. Algunos le han susurrado que es mi media hermana bastarda; otros, mi amante repudiada. Ahora les informo que es mi esposa, con quien me casé hace quince años, Bertha Mason de nombre; hermana de este resuelto personaje, que ahora, con sus miembros temblorosos y sus mejillas blancas, les está mostrando qué corazón tan valiente pueden tener los hombres. ¡Ánimo, Dick! ¡No me temas! Casi preferiría golpear a una mujer que a ti. Bertha Mason está loca; y proviene de una familia de locos; ¡idiotas y maníacos a través de tres generaciones! Su madre, la criolla, era a la vez una loca y una borracha, como descubrí después de haberme casado con la hija, pues guardaron silencio sobre los secretos familiares antes. Bertha, como una hija obediente, copió a su progenitora en ambos puntos. Tuve una pareja encantadora: pura, sabia, modesta. Pueden imaginarse que fui un hombre feliz. ¡Pasé por escenas ricas! ¡Oh! ¡Mi experiencia ha sido celestial, si tan solo lo supieran! Pero no les debo más explicaciones. Briggs, Wood, Mason, ¡los invito a todos a subir a la casa y visitar a la paciente de la señora Poole y a mi esposa! Verán con qué clase de ser fui engañado para desposarme y juzgarán si tenía o no derecho a romper el pacto y buscar simpatía con algo al menos humano. Esta muchacha —continuó, mirándome— no sabía más que usted, Wood, del repugnante secreto. Creyó que todo era justo y legal; y nunca soñó que iba a ser atrapada en una unión fingida con un desgraciado defraudado, ¡ya atado a una compañera mala, loca y embrutecida! Vengan todos, ¡sigan!

Todavía sujetándome con fuerza, salió de la iglesia. Los tres caballeros vinieron detrás. En la puerta principal de la mansión encontramos el carruaje.

—Llévalo de vuelta a la cochera, John —dijo el señor Rochester fríamente—. No se necesitará hoy.

A nuestra entrada, la señora Fairfax, Adèle, Sophie, Leah, se adelantaron para recibirnos y saludarnos.

—¡Media vuelta, todo el mundo! —gritó el amo—. ¡Fuera con sus felicitaciones! ¿Quién las quiere? ¡Yo no! ¡Llegan quince años tarde!

Pasó de largo y subió las escaleras, todavía sosteniendo mi mano y todavía haciendo señas a los caballeros para que lo siguieran, lo cual hicieron. Subimos la primera escalera, pasamos por la galería, procedimos al tercer piso. La puerta baja y negra, abierta por la llave maestra del señor Rochester, nos admitió en la habitación tapizada, con su gran cama y su armario pictórico.

—Conoces este lugar, Mason —dijo nuestro guía—. Aquí te mordió y te apuñaló.

Levantó los tapices de la pared, descubriendo la segunda puerta. Esta también la abrió. En una habitación sin ventana ardía un fuego protegido por un guardafuegos alto y fuerte, y una lámpara suspendida del techo por una cadena. Grace Poole se inclinaba sobre el fuego, aparentemente cocinando algo en una cacerola. En la profunda sombra, al otro extremo de la habitación, una figura corría de un lado a otro. Qué era, si bestia o ser humano, no se podía decir a primera vista. Se arrastraba, al parecer, a cuatro patas; arrebataba y gruñía como un extraño animal salvaje. Pero estaba cubierta de ropa y una cantidad de pelo oscuro y entrecano, salvaje como una crin, ocultaba su cabeza y su rostro.

—¡Buenos días, señora Poole! —dijo el señor Rochester—. ¿Cómo está usted? ¿Y cómo está su pupila hoy?

—Estamos pasablemente, señor, gracias —replicó Grace, levantando con cuidado el guiso hirviendo sobre la repisa—. Un poco arisca, pero no furiosa.

Un grito feroz pareció desmentir su informe favorable. La hiena vestida se levantó y se irguió sobre sus patas traseras.

—¡Ah, señor, lo ve! —exclamó Grace—. Sería mejor que no se quedara.

—Solo unos momentos, Grace. Debe permitirme unos momentos.

—¡Tenga cuidado entonces, señor! ¡Por el amor de Dios, tenga cuidado!

La maníaca bramó. Apartó sus mechones hirsutos del rostro y miró salvajemente a sus visitantes. Reconocí bien aquel rostro purpúreo, aquellos rasgos hinchados. La señora Poole avanzó.

—Apártese —dijo el señor Rochester, empujándola a un lado—. No tiene cuchillo ahora, supongo, y estoy en guardia.

—Nunca se sabe lo que tiene, señor. Es tan astuta. No está en la discreción mortal sondear su astucia.

—Será mejor que la dejemos —susurró Mason.

—¡Váyase al diablo! —fue la recomendación de su cuñado.

—¡Cuidado! —gritó Grace. Los tres caballeros retrocedieron simultáneamente. El señor Rochester me arrojó detrás de él. La lunática saltó y le agarró la garganta con saña, y le hincó los dientes en la mejilla. Lucharon. Era una mujer grande, de estatura casi igual a la de su marido, y corpulenta además. Mostró una fuerza viril en la contienda, más de una vez casi lo estranguló, atlético como era. Podría haberla despachado con un golpe bien plantado, pero no quiso golpear; solo lucharía. Por fin dominó sus brazos; Grace Poole le dio una cuerda y él se los ató a la espalda. Con más cuerda, que estaba a mano, la ató a una silla. La operación se realizó en medio de los más feroces aullidos y las más convulsivas sacudidas. El señor Rochester se volvió entonces hacia los espectadores. Los miró con una sonrisa a la vez agria y desolada.

—Esa es mi esposa —dijo—. ¡Tal es el único abrazo conyugal que jamás conoceré, tales son las caricias que han de solazar mis horas de ocio! Y esto es lo que deseaba tener (poniendo su mano en mi hombro): esta joven, que está de pie tan grave y tranquila en la boca del infierno, mirando serenamente las cabriolas de un demonio.

La quería solo como un cambio después de ese fiero estofado. Wood y Briggs, ¡miren la diferencia! Comparen estos ojos claros con las bolas rojas de allá, este rostro con esa máscara, esta forma con esa mole. Luego júzguenme, sacerdote del evangelio y hombre de la ley, ¡y recuerden que con el juicio con que juzguéis seréis juzgados! Fuera con ustedes ahora. Debo encerrar mi premio.

Nos retiramos todos. El señor Rochester se quedó un momento detrás de nosotros para dar alguna orden más a Grace Poole. El abogado se dirigió a mí mientras descendía la escalera.

—Usted, señora —dijo—, queda libre de toda culpa. Su tío se alegrará de oírlo, si es que todavía vive, cuando el señor Mason regrese a Madeira.

—¡Mi tío! ¿Qué hay de él? ¿Lo conoce?

—El señor Mason sí. El señor Eyre ha sido el corresponsal en Funchal de su casa durante algunos años. Cuando su tío recibió su carta insinuando la unión contemplada entre usted y el señor Rochester, el señor Mason, que se encontraba en Madeira recuperando su salud, de camino de regreso a Jamaica, casualmente estaba con él. El señor Eyre mencionó la noticia, pues sabía que mi cliente aquí conocía a un caballero de apellido Rochester. El señor Mason, asombrado y angustiado como puede suponer, reveló el verdadero estado de las cosas. Su tío, lamento decir, se encuentra ahora en un lecho de enfermo, del que, considerando la naturaleza de su enfermedad —tisis— y la etapa que ha alcanzado, es poco probable que se levante jamás. No pudo entonces apresurarse a Inglaterra él mismo para sacarla de la trampa en la que había caído, pero imploró al señor Mason que no perdiera tiempo en tomar medidas para evitar el falso matrimonio. Lo remitió a mí en busca de ayuda. Usé toda la diligencia y estoy agradecido de no haber llegado demasiado tarde, como usted, sin duda, debe estarlo también. Si no estuviera moralmente seguro de que su tío estará muerto antes de que usted llegue a Madeira, le aconsejaría que acompañara al señor Mason de regreso; pero tal como están las cosas, creo que es mejor que permanezca en Inglaterra hasta que pueda tener más noticias,

ya sea de o sobre el señor Eyre. ¿Tenemos algo más por lo que quedarnos? —inquirió al señor Mason.

—No, no, vámonos —fue la ansiosa respuesta. Y sin esperar a despedirse del señor Rochester, salieron por la puerta del vestíbulo. El clérigo se quedó para intercambiar unas pocas frases, ya fuera de amonestación o de reproche, con su altivo feligrés; cumplido este deber, también él partió.

Lo oí irse mientras estaba de pie en la puerta entreabierta de mi propia habitación, a la que me había retirado. Despejada la casa, me encerré, eché el cerrojo para que nadie pudiera entrar y procedí, no a llorar, no a lamentarme, todavía estaba demasiado tranquila para eso, sino a quitarme mecánicamente el vestido de novia y a reemplazarlo por el vestido de estameña que había usado ayer, como pensé, por última vez. Luego me senté. Me sentía débil y cansada. Apoyé los brazos en una tabla y mi cabeza cayó sobre ellos. Y ahora pensé. Hasta ahora solo había oído, visto, movido, seguido arriba y abajo adonde me llevaban o arrastraban, observado un suceso precipitarse sobre otro, una revelación abrirse más allá de otra revelación; pero ahora, pensé.

La mañana había sido una mañana bastante tranquila, salvo la breve escena con la lunática. La transacción en la iglesia no había sido ruidosa; no hubo explosión de pasión, ni altercado fuerte, ni disputa, ni desafío, ni lágrimas, ni sollozos. Se habían dicho unas pocas palabras, se había hecho una objeción tranquilamente pronunciada al matrimonio; el señor Rochester había hecho algunas preguntas severas y breves; se habían dado respuestas, explicaciones, se habían aducido pruebas; mi amo había admitido abiertamente la verdad. Luego se había visto la prueba viviente; los intrusos se habían ido y todo había terminado.

Estaba en mi propia habitación como de costumbre, solo yo misma, sin cambio aparente. Nada me había golpeado, ni arrasado, ni mutilado. Y sin embargo, ¿dónde estaba la Jane Eyre de ayer? ¿Dónde estaba su vida? ¿Dónde estaban sus perspectivas?

Jane Eyre, que había sido una mujer ardiente y expectante, casi una novia, era de nuevo una chica fría y solitaria. Su vida era pálida; sus perspectivas, desoladas. Una helada de Navidad había llegado en pleno verano; una blanca tormenta de diciembre se había arremolinado sobre junio; el hielo cubría las manzanas maduras, los ventisqueros aplastaban las rosas en flor; sobre el henal y el trigal yacía un sudario helado. Los senderos que anoche se sonrojaban llenos de flores, hoy estaban intransitables de nieve virgen; y los bosques, que doce horas antes ondeaban frondosos y fragantes como arboledas entre los trópicos, ahora se extendían, yermos, salvajes y blancos como pinares en la invernal Noruega. Mis esperanzas estaban todas muertas, golpeadas por un destino sutil, como el que, en una noche, cayó sobre todos los primogénitos en la tierra de Egipto. Contemplé mis anhelados deseos, ayer tan florecientes y radiantes; yacían rígidos, fríos, lívidos cadáveres que nunca podrían revivir. Miré mi amor, ese sentimiento que era de mi amo, que él había creado; tiritaba en mi corazón, como un niño sufriente en una cuna fría. La enfermedad y la angustia se habían apoderado de él; no podía buscar los brazos del señor Rochester, no podía obtener calor de su pecho. ¡Oh, nunca más podría volverse hacia él; pues la fe estaba marchita, la confianza destruida! El señor Rochester no era para mí lo que había sido, porque no era lo que yo había pensado que era. No le atribuiría vicio; no diría que me había traicionado; pero el atributo de la verdad inmaculada se había ido de su idea, y de su presencia debía irme. Eso lo percibí bien. Cuándo, cómo, adónde, aún no podía discernirlo; pero él mismo, no dudaba, me apresuraría a salir de Thornfield. Afecto real, al parecer, no podía tener por mí; solo había sido una pasión intermitente. Aquello se había frustrado; ya no me necesitaría. Temería incluso cruzarme en su camino ahora. Mi vista debía de serle odiosa. ¡Oh, qué ciegos habían estado mis ojos! ¡Qué débil mi conducta!

Mis ojos estaban cubiertos y cerrados. Una oscuridad arremolinada parecía nadar a mi alrededor, y la reflexión llegó en un flujo tan negro y confuso. Autoabandonada, relajada y sin esfuerzo, parecía haberme acostado en el lecho seco de un gran río. Oí un torrente

desatado en montañas remotas y sentí venir la crecida. Para levantarme no tenía voluntad, para huir no tenía fuerzas. Yacía débil, anhelando estar muerta. Solo una idea aún latía como viva dentro de mí: un recuerdo de Dios. Engendró una oración no pronunciada. Estas palabras iban y venían en mi mente sin luz, como algo que debería ser susurrado, pero no se encontraba energía para expresarlas:

«No te alejes de mí, porque la angustia está cerca; no hay nadie que ayude».

Estaba cerca. Y como no había elevado ninguna petición al Cielo para evitarla —como no había juntado mis manos, ni doblado mis rodillas, ni movido mis labios—, vino. Con todo su pesado impulso, el torrente se derramó sobre mí. La plena conciencia de mi vida desamparada, mi amor perdido, mi esperanza extinguida, mi fe herida de muerte, se balanceó plena y poderosa sobre mí en una sola masa hosca. Aquella hora amarga no puede ser descrita. En verdad, «las aguas entraron hasta mi alma; me hundí en el lodo profundo; no sentí apoyo; entré en aguas profundas; las inundaciones me anegaron».

Capítulo XXVII

En algún momento de la tarde levanté la cabeza y, mirando a mi alrededor y viendo el sol poniente dorar en la pared la señal de su declive, me pregunté: «¿Qué debo hacer?».

Pero la respuesta que mi mente dio —«Abandona Thornfield de inmediato»— fue tan pronta, tan terrible, que me tapé los oídos.

Dije que no podía soportar tales palabras ahora. «Que no soy la novia de Edward Rochester es la menor parte de mi aflicción», alegué. «Que he despertado de los sueños más gloriosos y los he encontrado todos vacíos y vanos, es un horror que podría soportar y dominar; pero que debo dejarlo decididamente, al instante, por completo, es intolerable. No puedo hacerlo».

Pero entonces, una voz dentro de mí aseveró que podía hacerlo y predijo que lo haría. Luché con mi propia resolución. Quería ser débil para poder evitar el terrible pasaje de mayor sufrimiento que veía dispuesto para mí; y la Conciencia, convertida en tirana, agarraba a la Pasión por el cuello, le decía burlonamente que apenas había mojado su delicado pie en la ciénaga, y juraba que con ese brazo de hierro la hundiría en profundidades insondables de agonía.

—¡Que me arranquen, entonces! —grité—. ¡Que otro me ayude!

—No; tú misma te arrancarás, nadie te ayudará. Tú misma te sacarás el ojo derecho; tú misma te cortarás la mano derecha. Tu corazón será la víctima y tú el sacerdote que lo traspasará.

Me levanté de repente, aterrorizada por la soledad que tan despiadado juez rondaba, por el silencio que tan espantosa voz llenaba. Mi cabeza daba vueltas mientras estaba de pie. Me di cuenta de que estaba enfermando por la excitación y la inanición; ni carne ni bebida habían pasado por mis labios ese día, pues no había desayunado. Y, con una extraña punzada, reflexioné ahora que, por mucho tiempo que hubiera estado encerrada aquí, no se había enviado ningún mensaje para preguntar cómo estaba, ni para invitarme a bajar. Ni siquiera la pequeña Adèle había llamado a la puerta; ni siquiera la señora Fairfax me había buscado. «Los amigos siempre olvidan a aquellos a quienes la fortuna abandona», murmuré, mientras descorría el cerrojo y salía. Tropecé con un obstáculo. Mi cabeza todavía estaba mareada, mi vista nublada y mis miembros débiles. No pude recuperarme pronto. Caí, pero no al suelo; un brazo extendido me sostuvo. Levanté la vista: me sostenía el señor Rochester, que estaba sentado en una silla al otro lado del umbral de mi cámara.

—Por fin sales —dijo—. Bueno, te he estado esperando mucho tiempo y escuchando; sin embargo, no he oído ni un solo movimiento, ni un solo sollozo. Cinco minutos más de ese silencio mortal y habría forzado la cerradura como un ladrón. ¿Así que me rehúyes? ¡Te encierras y te afliges sola! Habría preferido que hubieras venido y me hubieras reprendido con vehemencia. Eres apasionada; esperaba una escena de algún tipo. Estaba preparado para la lluvia caliente de lágrimas; solo que quería que fueran derramadas en mi pecho. Ahora un suelo insensible las ha recibido, o tu pañuelo empapado. ¡Pero me equivoco! ¡No has llorado en absoluto! Veo una mejilla blanca y un ojo apagado, pero ni rastro de lágrimas. Supongo, entonces, ¿que tu corazón ha estado llorando sangre?

»¡Bueno, Jane! ¿Ni una palabra de reproche? ¿Nada amargo, nada punzante? ¿Nada que hiera un sentimiento o aguijonee una pasión? Te sientas tranquilamente donde te he colocado y me miras con una mirada cansada y pasiva.

»Jane, nunca tuve la intención de herirte así. Si el hombre que no tenía más que una corderita que le era tan querida como una hija, que comía de su pan y bebía de su copa y yacía en su seno, la hubiera sacrificado por error en la majada, no habría lamentado su sangriento desliz más de lo que yo lamento ahora el mío. ¿Me perdonarás alguna vez?

Lector, lo perdoné en ese momento y en ese mismo lugar. Había un remordimiento tan profundo en su ojo, una piedad tan verdadera en su tono, una energía tan viril en sus modales; y además, había un amor tan inalterado en toda su mirada y su porte. Le perdoné todo; sin embargo, no con palabras, no exteriormente; solo en lo más profundo de mi corazón.

—¿Sabes que soy un canalla, Jane? —inquirió al poco rato con melancolía, maravillado, supongo, de mi continuo silencio y docilidad, resultado más de la debilidad que de la voluntad.

—Sí, señor.

—Entonces dímelo redonda y bruscamente, no me compadezcas.

—No puedo. Estoy cansada y enferma. Quiero un poco de agua. —Exhaló una especie de suspiro estremecido y, tomándome en sus brazos, me bajó las escaleras. Al principio no supe a qué habitación me había llevado; todo estaba nublado para mi vista vidriosa. Al instante sentí el calor revivificador de un fuego; pues, aunque era verano, me había quedado helada en mi cámara. Me puso vino en los labios; lo probé y reviví. Luego comí algo que me ofreció y pronto volví en mí. Estaba en la biblioteca, sentada en su silla, él estaba muy cerca—. «Si pudiera salir de la vida ahora, sin una punzada demasiado aguda, sería bueno para mí», pensé. «Entonces no tendría que hacer el esfuerzo de romper las cuerdas de mi corazón al arrancarlas de entre las del señor Rochester. Debo dejarlo, al parecer. No quiero dejarlo, no puedo dejarlo».

—¿Cómo estás ahora, Jane?

—Mucho mejor, señor; pronto estaré bien.

—Prueba el vino de nuevo, Jane.

Le obedecí. Luego él puso el vaso sobre la mesa, se paró ante mí y me miró atentamente. De repente se apartó, con una exclamación inarticulada, llena de apasionada emoción de algún tipo; caminó rápido por la habitación y regresó. Se inclinó hacia mí como para besarme; pero recordé que las caricias ahora estaban prohibidas. Aparté la cara y le aparté la suya.

—¡Qué! ¿Cómo es esto? —exclamó apresuradamente—. ¡Oh, ya sé! ¿No besarás al marido de Bertha Mason? ¿Consideras mis brazos ocupados y mis abrazos apropiados?

—En cualquier caso, no hay ni lugar ni derecho para mí, señor.

—¿Por qué, Jane? Te ahorraré la molestia de hablar mucho; responderé por ti: "Porque ya tengo una esposa", responderías. ¿Adivino correctamente?

—Sí.

—Si piensas así, debes tener una extraña opinión de mí; debes considerarme un libertino conspirador, un rastrero y bajo calavera que ha estado simulando un amor desinteresado para atraerte a una trampa deliberadamente tendida y despojarte del honor y robarte el respeto propio. ¿Qué dices a eso? Veo que no puedes decir nada. En primer lugar, todavía estás débil y tienes bastante con respirar; en segundo lugar, todavía no puedes acostumbrarte a acusarme e injuriarme; y además, las compuertas de las lágrimas están abiertas y se precipitarían si hablaras mucho. Y no tienes ningún deseo de reconvenir, de reprochar, de montar una escena. Estás pensando en cómo actuar, hablar consideras que no sirve de nada. Te conozco, estoy en guardia.

—Señor, no deseo actuar en su contra —dije; y mi voz inestable me advirtió que abreviara mi frase.

—No en tu sentido de la palabra, pero en el mío estás conspirando para destruirme. Has dicho prácticamente que soy un hombre casado; como hombre casado me rehuirás, te mantendrás fuera de mi camino. Justo ahora te has negado a besarme. Tienes la intención de convertirte en una completa extraña para mí; de vivir bajo este techo solo como la institutriz de Adèle; si alguna vez te digo una palabra amistosa, si alguna vez un sentimiento amistoso te inclina de nuevo hacia mí, dirás: "Ese hombre casi me convierte en su amante. Debo ser hielo y roca para él"; y hielo y roca te volverás en consecuencia.

Aclaré y afirmé mi voz para responder:

—Todo ha cambiado a mi alrededor, señor; yo también debo cambiar, de eso no hay duda. Y para evitar fluctuaciones de sentimiento y combates continuos con recuerdos y asociaciones, solo hay un camino: Adèle debe tener una nueva institutriz, señor.

—Oh, Adèle irá a la escuela, ya lo he arreglado; ni tengo la intención de atormentarte con las espantosas asociaciones y recuerdos de Thornfield Hall, este lugar maldito, esta tienda de Acán, esta bóveda insolente que ofrece la truculencia de la muerte

en vida a la luz del cielo abierto, este estrecho infierno de piedra, con su único demonio real, peor que una legión de los que imaginamos. Jane, no te quedarás aquí, ni yo tampoco. Me equivoqué al traerte a Thornfield Hall, sabiendo como sabía que estaba embrujado. Les ordené que te ocultaran, antes de1 que te viera, todo conocimiento de la maldición del lugar; simplemente porque temía que Adèle nunca tuviera una institutriz que se quedara si sabía con qué interna estaba alojada, y mis planes no me permitían trasladar a la maníaca a otro lugar, aunque poseo una vieja casa, Ferndean Manor, aún más retirada y oculta que esta, donde podría haberla alojado con bastante seguridad, de no ser porque un escrúpulo sobre la insalubridad de la situación, en el corazón de un bosque, hizo que mi conciencia retrocediera ante el arreglo. Probablemente esos muros húmedos me habrían aliviado pronto de su cargo; pero a cada villano su propio vicio; y el mío no es una tendencia al asesinato indirecto, ni siquiera de lo que más odio.

»Ocultarte la vecindad de la loca, sin embargo, fue algo así como cubrir a un niño con una capa y dejarlo cerca de un árbol upas. La vecindad de ese demonio está envenenada, y siempre lo estuvo. Pero cerraré Thornfield Hall. Clavaré la puerta principal y tapiaré las ventanas inferiores. Le daré a la señora Poole doscientas libras al año para que viva aquí con mi esposa, como llamas a esa espantosa arpía. Grace hará mucho por dinero, y tendrá a su hijo, el guardián del Retiro de Grimsby, para que le haga compañía y esté a mano para ayudarla en los paroxismos, cuando mi esposa es impulsada por su demonio familiar a quemar a la gente en sus camas por la noche, a apuñalarlos, a arrancarles la carne de los huesos a mordiscos, y así sucesivamente...

—Señor —lo interrumpí—, es usted inexorable con esa desafortunada dama. Habla de ella con odio, con antipatía vengativa. Es cruel, ella no puede evitar estar loca.

—Jane, mi pequeña querida (así te llamaré, porque así eres), no sabes de lo que estás hablando; me juzgas mal de nuevo. No es

porque esté loca que la odio. Si tú estuvieras loca, ¿crees que te odiaría?

—Sí, ciertamente, señor.

—Entonces te equivocas, y no sabes nada de mí, ni nada del tipo de amor del que soy capaz. Cada átomo de tu carne me es tan querido como el mío propio; en el dolor y la enfermedad seguiría siendo querido. Tu mente es mi tesoro, y si se rompiera, seguiría siendo mi tesoro. Si desvariaras, mis brazos te sujetarían, y no una camisa de fuerza; tu agarre, incluso en la furia, tendría un encanto para mí. Si te abalanzaras sobre mí tan salvajemente como esa mujer lo hizo esta mañana, te recibiría en un abrazo, al menos tan afectuoso como restrictivo sería. No me apartaría de ti con asco como lo hice de ella. En tus momentos de calma no tendrías más vigilante ni enfermero que yo; y podría velar por ti con una ternura incansable, aunque no me devolvieras ninguna sonrisa; y nunca me cansaría de mirar tus ojos, aunque ya no tuvieran un rayo de reconocimiento para mí. Pero, ¿por qué sigo ese hilo de ideas? Estaba hablando de sacarte de Thornfield. Todo, ya sabes, está preparado para una pronta partida. Mañana te irás. Solo te pido que soportes una noche más bajo este techo, Jane; y luego, ¡adiós a sus miserias y terrores para siempre! Tengo un lugar al que retirarme, que será un santuario seguro de odiosos recuerdos, de intrusiones inoportunas, incluso de la falsedad y la calumnia.

—Y lleve a Adèle con usted, señor —interrumpí—. Será una compañera para usted.

—¿Qué quieres decir, Jane? Te dije que enviaría a Adèle a la escuela. ¿Y para qué quiero a una niña por compañera, y no a mi propia hija, la bastarda de una bailarina francesa? ¡Por qué me importunas con ella! Digo, ¿por qué me asignas a Adèle como compañera?

—Habló usted de un retiro, señor; y el retiro y la soledad son aburridos, demasiado aburridos para usted.

—¡Soledad! ¡Soledad! —reiteró con irritación—. Veo que debo llegar a una explicación. No sé qué expresión de esfinge se está formando en tu semblante. Tú vas a compartir mi soledad. ¿Entiendes?

Negué con la cabeza. Se requería un grado de valor, excitado como se estaba poniendo, incluso para arriesgar esa muda señal de disenso. Había estado caminando rápido por la habitación y se detuvo, como si de repente se hubiera arraigado en un punto. Me miró larga y duramente. Aparté los ojos de él, los fijé en el fuego e intenté asumir y mantener un aspecto tranquilo y sereno.

—Ahora, el escollo en el carácter de Jane —dijo al fin, hablando más calmadamente de lo que por su mirada esperaba que hablara—. El carrete de seda ha corrido bastante bien hasta ahora; pero siempre supe que llegaría un nudo y un enigma. Aquí está. ¡Ahora, a la vejación, y la exasperación, y problemas sin fin! ¡Por Dios! Anhelo ejercer una fracción de la fuerza de Sansón y romper el enredo como estopa.

Reanudó su paseo, pero pronto se detuvo de nuevo, y esta vez justo delante de mí.

—¡Jane! ¿Atenderás a razones? (se inclinó y acercó sus labios a mi oído); porque, si no, intentaré la violencia. —Su voz era ronca; su mirada, la de un hombre que está a punto de romper un lazo insoportable y precipitarse de cabeza en una licencia salvaje. Vi que en otro momento, y con un ímpetu más de frenesí, no podría hacer nada con él. El presente, el segundo de tiempo que pasaba, era todo lo que tenía para controlarlo y refrenarlo. Un movimiento de repulsión, huida, miedo habría sellado mi perdición, y la suya. Pero no tenía miedo; ni lo más mínimo. Sentí un poder interior, una sensación de influencia que me sostenía. La crisis era peligrosa, pero no sin su encanto; tal como el indio, quizás, siente cuando se desliza sobre el rápido en su canoa. Tomé su mano apretada, aflojé los dedos contorsionados y le dije, con voz tranquilizadora:

»Siéntese; hablaré con usted todo el tiempo que quiera y oiré todo lo que tenga que decir, sea razonable o irrazonable.

Se sentó, pero no obtuvo permiso para hablar directamente. Había estado luchando con las lágrimas durante algún tiempo. Me había esforzado mucho por reprimirlas, porque sabía que no le gustaría verme llorar. Ahora, sin embargo, consideré bueno dejarlas fluir tan libremente y tanto tiempo como quisieran. Si el diluvio lo molestaba, tanto mejor. Así que cedí y lloré de todo corazón.

Pronto lo oí suplicarme encarecidamente que me calmara. Dije que no podía mientras él estuviera en tal pasión.

—Pero no estoy enfadado, Jane. Solo te amo demasiado; y habías acerado tu pequeño rostro pálido con una mirada tan resuelta y helada que no pude soportarlo. Calla ahora y sécate los ojos.

Su voz suavizada anunció que estaba sometido; así que yo, a mi vez, me calmé. Ahora hizo un esfuerzo por apoyar su cabeza en mi hombro, pero no lo permití. Luego quiso atraerme hacia él: no.

—¡Jane! ¡Jane! —dijo, con tal acento de amarga tristeza que me estremeció cada nervio—. ¿No me amas, entonces? ¿Era solo mi posición y el rango de mi esposa lo que valorabas? Ahora que me crees descalificado para convertirme en tu marido, ¿retrocedes ante mi tacto como si fuera un sapo o un mono?

Estas palabras me hirieron. Sin embargo, ¿qué podía hacer o decir? Probablemente no debería haber hecho ni dicho nada; pero me torturaba tanto un sentimiento de remordimiento por herir así sus sentimientos, que no pude controlar el deseo de verter bálsamo donde había herido.

—Sí lo amo —dije—, más que nunca; pero no debo mostrar ni entregarme al sentimiento, y esta es la última vez que debo expresarlo.

—¡La última vez, Jane! ¡Cómo! ¿Crees que puedes vivir conmigo y verme a diario y, sin embargo, si todavía me amas, ser siempre fría y distante?

—No, señor; estoy segura de que no podría. Y por lo tanto veo que solo hay un camino. Pero se enfurecerá si lo menciono.

—¡Oh, menciónalo! Si estallo, tienes el arte de llorar.

—Señor Rochester, debo dejarle.

—¿Por cuánto tiempo, Jane? ¿Por unos minutos, mientras te alisas el pelo, que está algo desgreñado, y te lavas la cara, que parece febril?

—Debo dejar a Adèle y a Thornfield. Debo separarme de usted para toda mi vida. Debo comenzar una nueva existencia entre rostros extraños y escenas extrañas.

—Por supuesto. Te dije que lo harías. Paso por alto la locura de separarte de mí. Quieres decir que debes convertirte en parte de mí. En cuanto a la nueva existencia, está todo bien. Aún serás mi esposa. No estoy casado. Serás la señora Rochester, tanto virtual como nominalmente. Me mantendré solo a tu lado mientras tú y yo vivamos. Irás a un lugar que tengo en el sur de Francia, una villa encalada a orillas del Mediterráneo. Allí vivirás una vida feliz, y protegida, y de lo más inocente. No temas que desee atraerte al error, hacerte mi amante. ¿Por qué negaste con la cabeza? Jane, debes ser razonable, o en verdad volveré a enloquecer.

Su voz y su mano temblaban; sus anchas fosas nasales se dilataban; su ojo ardía. Aun así, me atreví a hablar.

—Señor, su esposa está viva. Es un hecho reconocido esta mañana por usted mismo. Si viviera con usted como desea, entonces sería su amante. Decir lo contrario es sofístico, es falso.

—Jane, no soy un hombre de temperamento apacible, lo olvidas. No soy muy sufrido; no soy frío ni desapasionado. ¡Por piedad hacia mí y hacia ti, pon tu dedo en mi pulso, siente cómo late y... ten cuidado!

Desnudó su muñeca y me la ofreció. La sangre abandonaba su mejilla y sus labios, se estaban volviendo lívidos. Estaba angustiada por todas partes. Agitarlo tan profundamente, con una resistencia

que tanto aborrecía, era cruel. Ceder estaba fuera de cuestión. Hice lo que los seres humanos hacen instintivamente cuando son llevados al extremo: busqué ayuda en alguien superior al hombre. Las palabras «¡Dios, ayúdame!» brotaron involuntariamente de mis labios.

—¡Soy un tonto! —exclamó el señor Rochester de repente—. Le sigo diciendo que no estoy casado y no le explico por qué. Olvido que no sabe nada del carácter de esa mujer, ni de las circunstancias que rodearon mi unión infernal con ella. ¡Oh, estoy seguro de que Jane estará de acuerdo conmigo en opinión cuando sepa todo lo que yo sé! Solo pon tu mano en la mía, Janet, para que tenga la evidencia del tacto además de la vista, para probar que estás cerca de mí, y en pocas palabras te mostraré el verdadero estado del caso. ¿Puedes escucharme?

—Sí, señor; durante horas si quiere.

—Solo pido minutos. Jane, ¿oíste o supiste alguna vez que yo no era el hijo mayor de mi casa, que una vez tuve un hermano mayor que yo?

—Recuerdo que la señora Fairfax me lo dijo una vez.

—¿Y oíste alguna vez que mi padre era un hombre avaro y codicioso?

—He entendido algo en ese sentido.

—Bueno, Jane, siéndolo así, su resolución fue mantener la propiedad unida; no podía soportar la idea de dividir su patrimonio y dejarme una porción justa. Todo, resolvió, iría a mi hermano, Rowland. Sin embargo, tampoco podía soportar que un hijo suyo fuera un hombre pobre. Debía ser provisto mediante un matrimonio rico. Me buscó una pareja a su debido tiempo. El señor Mason, un plantador y comerciante de las Indias Occidentales, era su viejo conocido. Estaba seguro de que sus posesiones eran reales y vastas; hizo averiguaciones. El señor Mason, descubrió, tenía un hijo y una hija; y supo por él que podía y daría a esta última una fortuna de treinta mil libras. Eso fue suficiente. Cuando dejé la universidad, me

enviaron a Jamaica para desposar a una novia ya cortejada para mí. Mi padre no dijo nada sobre su dinero; pero me dijo que la señorita Mason era el orgullo de Spanish Town por su belleza, y esto no era mentira. La encontré una mujer hermosa, al estilo de Blanche Ingram: alta, morena y majestuosa. Su familia deseaba asegurarse de mí porque yo era de buena estirpe; y ella también. Me la mostraron en fiestas, espléndidamente vestida. Rara vez la vi a solas y tuve muy poca conversación privada con ella. Me halagaba y desplegaba generosamente para mi placer sus encantos y habilidades. Todos los hombres de su círculo parecían admirarla y envidiarme. Quedé deslumbrado, estimulado. Mis sentidos se excitaron; y siendo ignorante, novato e inexperto, pensé que la amaba. No hay locura tan embrutecedora a la que las rivalidades idiotas de la sociedad, la lascivia, la temeridad, la ceguera de la juventud, no apresuren a un hombre a su comisión. Sus parientes me animaron; los competidores me picaron; ella me sedujo. Se logró un matrimonio casi antes de que supiera dónde estaba. ¡Oh, no siento ningún respeto por mí mismo cuando pienso en ese acto! Una agonía de desprecio interior me domina. Nunca la amé, nunca la estimé, ni siquiera la conocía. No estaba seguro de la existencia de una sola virtud en su naturaleza. No había notado ni modestia, ni benevolencia, ni franqueza, ni refinamiento en su mente o modales, y me casé con ella. ¡Bruto, rastrero, topo cegato que fui! Con menos pecado podría haber... Pero déjame recordar a quién estoy hablando.

»A la madre de mi novia nunca la había visto; entendí que estaba muerta. Pasada la luna de miel, supe mi error; solo estaba loca y encerrada en un manicomio. Había también un hermano menor, un completo idiota mudo. El mayor, a quien has visto (y a quien no puedo odiar, mientras aborrezco a toda su parentela, porque tiene algunos granos de afecto en su débil mente, demostrados en el continuo interés que toma por su desdichada hermana, y también en un apego perruno que una vez me tuvo), probablemente estará en el mismo estado algún día. Mi padre y mi hermano Rowland sabían

todo esto; pero solo pensaron en las treinta mil libras y se unieron en el complot contra mí.

»Estos fueron descubrimientos viles; pero, a excepción de la traición del ocultamiento, no los habría hecho objeto de reproche a mi esposa, ni siquiera cuando descubrí que su naturaleza era completamente ajena a la mía, sus gustos odiosos para mí, su mentalidad común, baja, estrecha y singularmente incapaz de ser conducida a algo más alto, expandida a algo más grande; cuando descubrí que no podía pasar una sola tarde, ni siquiera una sola hora del día con ella cómodamente; que una conversación amable no podía sostenerse entre nosotros, porque cualquier tema que yo iniciara, inmediatamente recibía de ella un giro a la vez tosco y trillado, perverso e imbécil; cuando percibí que nunca tendría un hogar tranquilo o estable, porque ningún criado soportaría los continuos estallidos de su temperamento violento e irrazonable, o las vejaciones de sus órdenes absurdas, contradictorias y exigentes; incluso entonces me contuve. Evité las reprimendas, abrevié las reconvenciones; intenté devorar mi arrepentimiento y mi asco en secreto; reprimí la profunda antipatía que sentía.

»Jane, no te molestaré con detalles abominables; unas pocas palabras fuertes expresarán lo que tengo que decir. Viví con esa mujer de arriba cuatro años, y antes de ese tiempo ya me había puesto a prueba, en verdad. Su carácter maduró y se desarrolló con una rapidez espantosa; sus vicios brotaron rápidos y frondosos. Eran tan fuertes que solo la crueldad podía frenarlos, y yo no quise usar la crueldad. ¡Qué intelecto de pigmeo tenía, y qué propensiones de gigante! ¡Qué terribles eran las maldiciones que esas propensiones acarreaban sobre mí! Bertha Mason, la verdadera hija de una madre infame, me arrastró por todas las agonías espantosas y degradantes que deben acompañar a un hombre atado a una esposa a la vez intemperante y libertina.

»Mi hermano, en el intervalo, había muerto, y al final de los cuatro años mi padre también murió. Era lo suficientemente rico entonces, pero pobre hasta una indigencia espantosa. Una naturaleza de lo

más grosera, impura, depravada que jamás vi, estaba asociada a la mía y llamada por la ley y la sociedad una parte de mí. Y no podía librarme de ella por ningún procedimiento legal, pues los médicos descubrieron entonces que mi esposa estaba loca; sus excesos habían desarrollado prematuramente los gérmenes de la locura. Jane, no te gusta mi narración; pareces casi enferma. ¿Debo posponer el resto para otro día?

—No, señor, termínela ahora. Lo compadezco, lo compadezco sinceramente.

—La compasión, Jane, de algunas personas es un tributo nocivo e insultante que uno está justificado en arrojar a los dientes de quienes la ofrecen; pero esa es la clase de compasión nativa de los corazones insensibles y egoístas. Es un dolor híbrido y egoísta al oír hablar de desdichas, cruzado con un desprecio ignorante por aquellos que las han soportado. Pero esa no es tu compasión, Jane; no es el sentimiento del que todo tu rostro está lleno en este momento, con el que tus ojos están ahora casi rebosando, con el que tu corazón se agita, con el que tu mano tiembla en la mía. Tu compasión, mi amor, es la madre sufriente del amor; su angustia es el mismo dolor de parto de la pasión divina. La acepto, Jane; que la hija tenga libre advenimiento; mis brazos esperan para recibirla.

—Ahora, señor, prosiga. ¿Qué hizo cuando descubrió que estaba loca?

—Jane, me acerqué al borde de la desesperación; un remanente de respeto propio fue todo lo que se interpuso entre yo y el abismo. A los ojos del mundo, sin duda estaba cubierto de deshonor mugriento; pero resolví estar limpio a mis propios ojos, y hasta el final repudié la contaminación de sus crímenes y me arranqué de la conexión con sus defectos mentales. Aun así, la sociedad asociaba mi nombre y persona con los suyos; todavía la veía y la oía a diario. Algo de su aliento (¡puaj!) se mezclaba con el aire que respiraba; y además, recordaba que una vez había sido su marido; ese recuerdo era entonces, y es ahora, inexpresablemente odioso para mí. Además, sabía que mientras ella viviera, nunca podría ser el marido

de otra esposa mejor; y, aunque cinco años mayor que yo (su familia y su padre me habían mentido incluso en el detalle de su edad), era probable que viviera tanto como yo, siendo tan robusta de cuerpo como enferma de mente. Así, a la edad de veintiséis años, estaba sin esperanza.

»Una noche me habían despertado sus aullidos (desde que los médicos la habían declarado loca, por supuesto, había sido encerrada). Era una noche ardiente de las Indias Occidentales; de esas que frecuentemente preceden a los huracanes de esos climas. Incapaz de dormir en la cama, me levanté y abrí la ventana. El aire era como vapores de azufre, no podía encontrar refresco en ninguna parte. Los mosquitos entraban zumbando y zumbaban hoscamente por la habitación. El mar, que podía oír desde allí, retumbaba sordo como un terremoto; nubes negras se alzaban sobre él. La luna se ponía en las olas, ancha y roja, como una bala de cañón al rojo vivo; lanzó su última mirada sangrienta sobre un mundo que temblaba con el fermento de la tempestad. Me vi físicamente influenciado por la atmósfera y la escena, y mis oídos se llenaron de las maldiciones que la maníaca aún gritaba; en las que momentáneamente mezclaba mi nombre con tal tono de odio demoníaco, ¡con tal lenguaje! Ninguna prostituta profesional tuvo jamás un vocabulario más soez que ella. Aunque estaba a dos habitaciones de distancia, oí cada palabra; las delgadas particiones de la casa de las Indias Occidentales oponían solo una ligera obstrucción a sus aullidos de loba.

»"Esta vida", dije al fin, "es el infierno. Este es el aire, estos son los sonidos del abismo sin fondo. Tengo derecho a liberarme de él si puedo. Los sufrimientos de este estado mortal me dejarán con la pesada carne que ahora estorba mi alma. Del ardiente eterno del fanático no tengo miedo. No hay un estado futuro peor que este presente. ¡Déjame escapar y volver a casa con Dios!".

»Dije esto mientras me arrodillaba y abría un baúl que contenía un par de pistolas cargadas. Tenía la intención de pegarme un tiro. Solo albergué la intención por un momento; pues, no estando loco, la

crisis de desesperación exquisita y pura que había originado el deseo y el designio de la autodestrucción pasó en un segundo.

»Un viento fresco de Europa sopló sobre el océano y se precipitó por el ventanal abierto. La tormenta estalló, fluyó, tronó, relampagueó, y el aire se purificó. Entonces formulé y fijé una resolución. Mientras caminaba bajo los naranjos goteantes de mi jardín mojado, y entre sus granados y piñas empapados, y mientras el refulgente amanecer de los trópicos se encendía a mi alrededor, razoné así, Jane, y ahora escucha, pues fue la verdadera Sabiduría la que me consoló en esa hora y me mostró el camino correcto a seguir.

»El dulce viento de Europa todavía susurraba en las hojas refrescadas, y el Atlántico tronaba en gloriosa libertad. Mi corazón, seco y abrasado durante mucho tiempo, se hinchó al tono y se llenó de sangre viva; mi ser anhelaba la renovación; mi alma tenía sed de un trago puro. Vi revivir la esperanza y sentí posible la regeneración. Desde un arco florido al fondo de mi jardín contemplé el mar, más azul que el cielo. El viejo mundo estaba más allá; se abrieron así claras perspectivas:

»"Ve", dijo la Esperanza, "y vive de nuevo en Europa. Allí no se sabe qué nombre manchado llevas, ni qué carga inmunda está atada a ti. Puedes llevarte a la maníaca contigo a Inglaterra; confínala con la debida asistencia y precauciones en Thornfield. Luego viaja tú mismo al clima que quieras y forma el nuevo lazo que te plazca. Esa mujer, que tanto ha abusado de tu paciencia, que tanto ha manchado tu nombre, que tanto ha ultrajado tu honor, que tanto ha marchitado tu juventud, no es tu esposa, ni tú eres su marido. Asegúrate de que se la cuide como su condición exige, y habrás hecho todo lo que Dios y la humanidad requieren de ti. Que su identidad, su conexión contigo, sea enterrada en el olvido. No estás obligado a comunicarlas a ningún ser vivo. Ponla a salvo y cómoda; ampara su degradación con el secreto y déjala".

»Actué precisamente según esta sugerencia. Mi padre y mi hermano no habían dado a conocer mi matrimonio a sus conocidos;

porque, en la primera carta que escribí para informarles de la unión —habiendo ya comenzado a experimentar un extremo asco por sus consecuencias y, por el carácter y la constitución familiar, viendo abrirse ante mí un futuro espantoso—, añadí un encargo urgente de mantenerlo en secreto. Y muy pronto la conducta infame de la esposa que mi padre había seleccionado para mí fue tal que lo hizo sonrojar de reconocerla como su nuera. Lejos de desear publicar la conexión, se volvió tan ansioso por ocultarla como yo mismo.

»A Inglaterra, pues, la transporté; un viaje espantoso tuve con semejante monstruo en el barco. Contento estuve cuando por fin la llevé a Thornfield y la vi alojada a salvo en esa habitación del tercer piso, de cuyo gabinete interior secreto ha hecho ahora durante diez años una guarida de bestia salvaje, una celda de duende. Tuve algunos problemas para encontrar una asistente para ella, ya que era necesario seleccionar a una en cuya fidelidad se pudiera confiar; pues sus desvaríos inevitablemente delatarían mi secreto. Además, tenía intervalos lúcidos de días, a veces semanas, que llenaba con insultos hacia mí. Por fin contraté a Grace Poole del Retiro de Grimsby. Ella y el cirujano, Carter (que curó las heridas de Mason la noche en que fue apuñalado y atacado), son los dos únicos a quienes he admitido en mi confianza. La señora Fairfax, en verdad, puede haber sospechado algo, pero no podría haber obtenido ningún conocimiento preciso de los hechos. Grace, en general, ha demostrado ser una buena guardiana; aunque, debido en parte a una falta suya, de la que parece que nada puede curarla y que es inherente a su agotadora profesión, su vigilancia ha sido más de una vez adormecida y burlada. La lunática es a la vez astuta y maligna; nunca ha dejado de aprovechar los lapsus temporales de su guardiana. Una vez para esconder el cuchillo con el que apuñaló a su hermano, y dos veces para apoderarse de la llave de su celda y salir de ella durante la noche. En la primera de estas ocasiones, perpetró el intento de quemarme en mi cama; en la segunda, te hizo esa espantosa visita. Doy gracias a la Providencia, que veló por ti, de que entonces gastara su furia en tu ajuar de boda, que quizás le trajo vagos recuerdos de sus propios días nupciales. Pero en lo que

podría haber sucedido, no puedo soportar reflexionar. Cuando pienso en la cosa que se lanzó a mi garganta esta mañana, colgando su rostro negro y escarlata sobre el nido de mi paloma, se me hiela la sangre...

—¿Y qué, señor —pregunté, mientras él hacía una pausa—, hizo usted cuando la hubo instalado aquí? ¿Adónde fue?

—¿Qué hice, Jane? Me transformé en un fuego fatuo. ¿Adónde fui? Emprendí vagabundeos tan salvajes como los del espíritu de marzo. Busqué el Continente y recorrí tortuosamente todas sus tierras. Mi deseo fijo era buscar y encontrar a una mujer buena e inteligente a la que pudiera amar, un contraste con la furia que dejé en Thornfield...

—Pero no podía casarse, señor.

—Había decidido y estaba convencido de que podía y debía. No era mi intención original engañar, como te he engañado a ti. Tenía la intención de contar mi historia claramente y hacer mis propuestas abiertamente. Y me parecía tan absolutamente racional que se me considerara libre para amar y ser amado, que nunca dudé de que se podría encontrar a alguna mujer dispuesta y capaz de entender mi caso y aceptarme, a pesar de la maldición con la que estaba cargado.

—¿Y bien, señor?

—Cuando eres inquisitiva, Jane, siempre me haces sonreír. Abres los ojos como un pájaro ansioso y haces de vez en cuando un movimiento inquieto, como si las respuestas en el habla no fluyeran lo suficientemente rápido para ti y quisieras leer la tablilla del corazón de uno. Pero antes de continuar, dime qué quieres decir con tu «¿Y bien, señor?». Es una frase pequeña muy frecuente en ti, y que muchas veces me ha arrastrado una y otra vez a través de una charla interminable. No sé muy bien por qué.

—Quiero decir: ¿Y después qué? ¿Cómo procedió? ¿Qué resultó de tal evento?

—¡Precisamente! ¿Y qué deseas saber ahora?

—Si encontró a alguien que le gustara; si le pidió que se casara con usted; y lo que ella dijo.

—Puedo decirte si encontré a alguien que me gustara y si le pedí que se casara conmigo; pero lo que ella dijo aún está por registrarse en el libro del Destino. Durante diez largos años vagué, viviendo primero en una capital, luego en otra. A veces en San Petersburgo; más a menudo en París; ocasionalmente en Roma, Nápoles y Florencia. Provisto de mucho dinero y el pasaporte de un viejo nombre, podía elegir mi propia sociedad; ningún círculo se me cerraba. Busqué mi ideal de mujer entre damas inglesas, condesas francesas, signoras italianas y gräfinnen alemanas. No pude encontrarla. A veces, por un momento fugaz, creí vislumbrar una mirada, oír un tono, contemplar una forma que anunciaba la realización de mi sueño; pero pronto me desengañaba. No debes suponer que deseaba la perfección, ni de mente ni de persona. Anhelaba solo lo que me convenía, las antípodas de la criolla. Y lo anhelaba en vano. Entre todas ellas no encontré a ninguna a la que, por muy libre que hubiera estado —advertido como estaba de los riesgos, los horrores, las repugnancias de las uniones incongruentes —, le hubiera pedido que se casara conmigo. La decepción me volvió temerario. Probé la disipación, nunca el libertinaje. Eso lo odiaba y lo odio. Ese era el atributo de mi Mesalina india. Un asco arraigado hacia ella y sus vicios me contuvo mucho, incluso en el placer. Cualquier goce que rayara en el desenfreno parecía acercarme a ella y a sus vicios, y lo rehuía.

»Sin embargo, no podía vivir solo; así que probé la compañía de las amantes. La primera que elegí fue Céline Varens, otro de esos pasos que hacen que un hombre se desprecie a sí mismo cuando los recuerda. Ya sabes lo que era y cómo terminó mi relación con ella. Tuvo dos sucesoras: una italiana, Giacinta, y una alemana, Clara; ambas consideradas singularmente hermosas. ¿Qué fue su belleza para mí en unas pocas semanas? Giacinta era falta de principios y violenta; me cansé de ella en tres meses. Clara era honesta y

tranquila; pero pesada, sin mente e impasible. Ni una pizca de mi gusto. Me alegré de darle una suma suficiente para que montara un buen negocio y así deshacerme de ella decentemente. Pero, Jane, veo por tu cara que no te estás formando una opinión muy favorable de mí en este momento. Me crees un calavera insensible y de principios laxos, ¿no es así?

—No me cae usted tan bien como a veces, en verdad, señor. ¿No le pareció ni lo más mínimo incorrecto vivir de esa manera, primero con una amante y luego con otra? Habla de ello como si fuera lo más natural del mundo.

—Lo era para mí; y no me gustaba. Era una forma de existencia rastrera. Nunca me gustaría volver a ella. Contratar a una amante es lo segundo peor después de comprar un esclavo. Ambas son a menudo, por naturaleza, y siempre por posición, inferiores; y vivir familiarmente con inferiores es degradante. Ahora odio el recuerdo del tiempo que pasé con Céline, Giacinta y Clara.

Sentí la verdad de estas palabras; y saqué de ellas la inferencia cierta de que si yo llegara a olvidarme de mí misma y de toda la enseñanza que jamás se me había inculcado, hasta el punto de —bajo cualquier pretexto, con cualquier justificación, a través de cualquier tentación— convertirme en la sucesora de estas pobres chicas, él un día me miraría con el mismo sentimiento que ahora en su mente profanaba su memoria. No di voz a esta convicción; bastaba con sentirla. La imprimí en mi corazón para que permaneciera allí y me sirviera de ayuda en el momento de la prueba.

—Ahora, Jane, ¿por qué no dices «¿Y bien, señor?». No he terminado. Te ves seria. Todavía me desapruebas, ya veo. Pero déjame llegar al punto. El pasado enero, libre de todas las amantes, en un estado de ánimo duro y amargo, resultado de una vida inútil, errante y solitaria, corroído por la decepción, agriamente dispuesto contra todos los hombres y especialmente contra todo el género femenino (pues empecé a considerar la noción de una mujer

intelectual, fiel y amorosa como un mero sueño), llamado por los negocios, regresé a Inglaterra.

»En una tarde helada de invierno, cabalgué a la vista de Thornfield Hall. ¡Lugar aborrecido! No esperaba paz ni placer allí. En una estela en el sendero de Hay vi una pequeña y tranquila figura sentada sola. La pasé con la misma negligencia con que pasé el sauce desmochado de enfrente. No tuve ningún presentimiento de lo que sería para mí; ninguna advertencia interna de que la árbitra de mi vida —mi genio para el bien o para el mal— esperaba allí con humilde disfraz. No lo supe, ni siquiera cuando, con ocasión del accidente de Mesrour, se acercó y me ofreció gravemente su ayuda. ¡Criatura infantil y esbelta! Parecía como si un jilguero hubiera saltado a mi pie y se hubiera propuesto llevarme en su diminuta ala. Fui hosco; pero la cosa no se iba. Se quedó a mi lado con extraña perseverancia, y miró y habló con una especie de autoridad. Debía ser ayudado, y por esa mano. Y ayudado fui.

»Una vez que hube presionado el frágil hombro, algo nuevo —una savia y una sensación frescas— se deslizó en mi cuerpo. Menos mal que supe que este duende debía volver a mí, que pertenecía a mi casa de abajo, o no habría podido sentirlo apartarse de mi mano y verlo desvanecerse detrás del oscuro seto sin un pesar singular. Te oí llegar a casa esa noche, Jane, aunque probablemente no fueras consciente de que pensaba en ti o te vigilaba. Al día siguiente te observé —sin ser visto— durante media hora, mientras jugabas con Adèle en la galería. Era un día de nieve, recuerdo, y no podíais salir. Yo estaba en mi habitación; la puerta estaba entreabierta. Podía escuchar y observar. Adèle reclamó tu atención exterior por un tiempo; sin embargo, me imaginé que tus pensamientos estaban en otra parte. Pero fuiste muy paciente con ella, mi pequeña Jane; le hablaste y la entretuviste durante mucho tiempo. Cuando por fin te dejó, te sumiste de inmediato en una profunda ensoñación. Te pusiste a pasear lentamente por la galería. De vez en cuando, al pasar por un ventanal, mirabas la nieve que caía espesa; escuchabas el viento sollozante, y de nuevo paseabas suavemente y soñabas. Creo que esas visiones diurnas no eran oscuras. Había una

iluminación placentera en tu ojo ocasionalmente, una suave excitación en tu aspecto que no hablaba de una melancolía amarga, biliosa, hipocondríaca. Tu mirada revelaba más bien las dulces cavilaciones de la juventud cuando su espíritu sigue con alas voluntarias el vuelo de la Esperanza hacia un cielo ideal. La voz de la señora Fairfax, hablando con un criado en el vestíbulo, te despertó. ¡Y qué curiosamente te sonreíste a ti misma, Janet! Había mucho sentido en tu sonrisa; era muy astuta y parecía tomar a la ligera tu propia abstracción. Parecía decir: "Mis hermosas visiones están muy bien, pero no debo olvidar que son absolutamente irreales. Tengo un cielo rosado y un Edén verde y florido en mi cerebro; pero fuera, soy perfectamente consciente, yace a mis pies un camino áspero que recorrer, y a mi alrededor se congregan negras tempestades que encontrar". Corriste escaleras abajo y le pediste a la señora Fairfax alguna ocupación; las cuentas semanales de la casa que hacer, o algo por el estilo, creo que era. Me molestó que te perdieras de mi vista.

»Esperé con impaciencia la tarde, cuando podría convocarte a mi presencia. Sospechaba que tu carácter era inusual —para mí—, perfectamente nuevo. Deseaba explorarlo más a fondo y conocerlo mejor. Entraste en la habitación con una mirada y un aire a la vez tímidos e independientes. Ibas vestida de forma pintoresca, muy parecida a como estás ahora. Te hice hablar. Al poco tiempo te encontré llena de extraños contrastes. Tu atuendo y tus modales estaban restringidos por la regla; tu aire era a menudo tímido y, en general, el de alguien refinado por naturaleza, pero absolutamente desacostumbrado a la sociedad y con bastante miedo de hacerse notar desventajosamente por algún solecismo o error. Sin embargo, cuando se te dirigía la palabra, levantabas un ojo agudo, audaz y resplandeciente al rostro de tu interlocutor. Había penetración y poder en cada mirada que dabas; cuando se te acosaba con preguntas directas, encontrabas respuestas prontas y redondas. Muy pronto pareciste acostumbrarte a mí. Creo que sentiste la existencia de simpatía entre tú y tu amo adusto y malhumorado, Jane; pues fue asombroso ver cuán rápidamente una cierta y agradable soltura

tranquilizó tus modales. Por mucho que yo gruñera, no mostrabas sorpresa, miedo, molestia o disgusto por mi malhumor; me observabas y de vez en cuando me sonreías con una gracia sencilla pero sagaz que no puedo describir. Me sentí a la vez contento y estimulado con lo que veía. Me gustaba lo que había visto y deseaba ver más. Sin embargo, durante mucho tiempo te traté con distancia y busqué tu compañía rara vez. Era un epicúreo intelectual y deseaba prolongar la gratificación de hacer este nuevo y picante conocimiento. Además, durante un tiempo me preocupó un temor obsesivo de que si manejaba la flor libremente su floración se marchitaría, el dulce encanto de la frescura la abandonaría. No sabía entonces que no era una flor transitoria, sino más bien la radiante semejanza de una, tallada en una gema indestructible. Además, deseaba ver si me buscarías si te rehuía, pero no lo hiciste; te quedaste en el aula tan quieta como tu propio pupitre y caballete. Si por casualidad me encontraba contigo, pasabas a mi lado tan pronto y con tan poca señal de reconocimiento como era compatible con el respeto. Tu expresión habitual en aquellos días, Jane, era una mirada pensativa; no abatida, pues no estabas enfermiza; pero no alegre, pues tenías poca esperanza y ningún placer real. Me preguntaba qué pensarías de mí, o si alguna vez pensabas en mí, y resolví averiguarlo.

»Reanudé mi atención sobre ti. Había algo de alegría en tu mirada y de cordialidad en tus modales cuando conversabas. Vi que tenías un corazón social; era el aula silenciosa, era el tedio de tu vida lo que te entristecía. Me permití el deleite de ser amable contigo; la amabilidad pronto despertó la emoción. Tu rostro se suavizó en expresión, tus tonos se volvieron gentiles; me gustaba que mi nombre fuera pronunciado por tus labios con un acento agradecido y feliz. Solía disfrutar de un encuentro casual contigo, Jane, en esta época. Había una curiosa vacilación en tus modales. Me mirabas con una ligera inquietud, una duda flotante. No sabías cuál podría ser mi capricho, si iba a hacer de amo y ser severo, o de amigo y ser benigno. Ahora te tenía demasiado afecto como para simular a menudo el primer capricho; y, cuando extendía mi mano

cordialmente, tal floración y luz y dicha se alzaban en tus rasgos jóvenes y anhelantes, que a menudo me costaba mucho evitar estrecharte entonces y allí contra mi corazón.

—No hable más de aquellos días, señor —lo interrumpí, secando furtivamente algunas lágrimas de mis ojos. Su lenguaje era una tortura para mí, pues sabía lo que debía hacer —y hacerlo pronto—, y todas estas reminiscencias y estas revelaciones de sus sentimientos solo hacían mi trabajo más difícil.

—No, Jane —respondió él—. ¿Qué necesidad hay de insistir en el Pasado, cuando el Presente es mucho más seguro, el Futuro mucho más brillante?

Me estremecí al oír la afirmación infatuada.

—Ahora ves cómo está el caso, ¿no es así? —continuó—. Después de una juventud y una madurez pasadas la mitad en una miseria inefable y la mitad en una lúgubre soledad, he encontrado por primera vez lo que puedo amar de verdad: te he encontrado a ti. Eres mi simpatía, mi mejor yo, mi buen ángel. Estoy atado a ti con un fuerte apego. Te creo buena, dotada, encantadora. Una pasión ferviente y solemne se ha concebido en mi corazón; se inclina hacia ti, te atrae a mi centro y fuente de vida, envuelve mi existencia a tu alrededor y, encendiéndose en una llama pura y poderosa, nos funde a ti y a mí en uno.

»Fue porque sentí y supe esto que resolví casarme contigo. Decirme que ya tenía una esposa es una burla vacía. Sabes ahora que no tenía más que un demonio espantoso. Me equivoqué al intentar engañarte; pero temía una terquedad que existe en tu carácter. Temía un prejuicio inculcado desde temprano. Quería tenerte a salvo antes de arriesgar confidencias. Esto fue cobarde. Debería haber apelado a tu nobleza y magnanimidad desde el principio, como lo hago ahora; haberte abierto claramente mi vida de agonía, haberte descrito mi hambre y sed de una existencia más alta y digna, haberte mostrado, no mi resolución (esa palabra es débil), sino mi irresistible inclinación a amar fielmente y bien, donde

soy fielmente y bien amado a cambio. Entonces te habría pedido que aceptaras mi promesa de fidelidad y que me dieras la tuya. Jane, dámela ahora.

Una pausa.

—¿Por qué estás en silencio, Jane?

Estaba experimentando una prueba. Una mano de hierro ardiente atenazaba mis entrañas. Momento terrible, ¡lleno de lucha, negrura, ardor! Ningún ser humano que haya vivido jamás podría desear ser amado mejor de lo que yo era amada; y a aquel que así me amaba, yo lo adoraba absolutamente. Y debía renunciar al amor y al ídolo. Una sola palabra lúgubre comprendía mi intolerable deber: «¡Partir!».

—Jane, ¿entiendes lo que quiero de ti? Solo esta promesa: "Seré tuya, señor Rochester".

—Señor Rochester, no seré suya.

Otro largo silencio.

—¡Jane! —reanudó, con una dulzura que me quebró de dolor y me dejó helada de terror ominoso, pues esta voz queda era el jadear de un león que se alzaba—. Jane, ¿quieres decir que irás por un camino en el mundo y me dejarás ir a mí por otro?

—Sí.

—Jane (inclinándose y abrazándome), ¿lo dices en serio ahora?

—Sí.

—¿Y ahora? —besando suavemente mi frente y mi mejilla.

—Sí —liberándome de la sujeción rápida y completamente.

—¡Oh, Jane, esto es amargo! Esto... esto es malvado. No sería malvado amarme.

—Lo sería obedecerle.

Una mirada salvaje alzó sus cejas, cruzó sus rasgos. Se levantó, pero aún se contuvo. Apoyé mi mano en el respaldo de una silla para sostenerme. Temblé, temí, pero resolví.

—Un instante, Jane. Echa un vistazo a mi horrible vida cuando te hayas ido. Toda la felicidad será arrancada contigo. ¿Qué queda entonces? Por esposa no tengo más que a la maníaca de arriba; lo mismo podrías remitirme a algún cadáver en el cementerio de allá. ¿Qué haré, Jane? ¿Adónde recurrir en busca de una compañera y de alguna esperanza?

—Haga lo que yo: confíe en Dios y en usted mismo. Crea en el cielo. Espere encontrarnos de nuevo allí.

—¿Entonces no cederás?

—No.

—¿Entonces me condenas a vivir desdichado y a morir maldito? —Su voz se alzó.

—Le aconsejo que viva sin pecado y le deseo que muera tranquilo.

—¿Entonces me arrebatas el amor y la inocencia? ¿Me arrojas de nuevo a la lujuria por pasión, al vicio por ocupación?

—Señor Rochester, no le asigno este destino más de lo que lo anhelo para mí misma. Nacimos para luchar y soportar, usted tanto como yo. Hágalo. Me olvidará antes de que yo lo olvide a usted.

—Me haces un mentiroso con tal lenguaje. Manchas mi honor. Declaré que no podía cambiar; me dices a la cara que cambiaré pronto. ¡Y qué distorsión en tu juicio, qué perversidad en tus ideas, demuestra tu conducta! ¿Es mejor llevar a una criatura semejante a la desesperación que transgredir una mera ley humana, sin que nadie resulte herido por la infracción? Pues no tienes ni parientes ni conocidos a quienes debas temer ofender viviendo conmigo.

Esto era cierto; y mientras él hablaba, mi propia conciencia y razón se volvieron traidoras contra mí y me acusaron de crimen al resistirle. Hablaron casi tan alto como el Sentimiento, y este clamaba

salvajemente. «¡Oh, cede!», decía. «Piensa en su miseria; piensa en su peligro; mira su estado cuando se quede solo; recuerda su naturaleza impetuosa; considera la temeridad que sigue a la desesperación; cálmalo; sálvalo; ámalo; dile que lo amas y que serás suya. ¿A quién en el mundo le importas tú? ¿O quién resultará herido por lo que hagas?».

Aun así, indomable fue la respuesta: «Yo me importo. Cuanto más solitaria, más sin amigos, más desamparada estoy, más me respetaré a mí misma. Guardaré la ley dada por Dios, sancionada por el hombre. Me atendré a los principios que recibí cuando estaba cuerda y no loca, como lo estoy ahora. Las leyes y los principios no son para los tiempos en que no hay tentación; son para momentos como este, cuando el cuerpo y el alma se levantan en motín contra su rigor. Estrictos son; inviolables serán. Si por mi conveniencia individual pudiera romperlos, ¿qué valor tendrían? Tienen un valor, así lo he creído siempre; y si no puedo creerlo ahora, es porque estoy loca, completamente loca, con mis venas corriendo fuego y mi corazón latiendo más rápido de lo que puedo contar sus latidos. Opiniones preconcebidas, determinaciones anteriores, es todo lo que tengo en esta hora para sostenerme. Ahí planto mi pie».

Lo hice. El señor Rochester, leyendo mi semblante, vio que lo había hecho. Su furia se exacerbó al máximo. Debía ceder a ella por un momento, pasara lo que pasara; cruzó el suelo, me agarró del brazo y me ciñó la cintura. Parecía devorarme con su mirada llameante. Físicamente, me sentí, en ese momento, impotente como la paja expuesta a la corriente y al resplandor de un horno; mentalmente, todavía poseía mi alma, y con ella la certeza de la seguridad final. El alma, afortunadamente, tiene un intérprete —a menudo inconsciente, pero aun así veraz— en el ojo. Mi ojo se alzó al suyo; y mientras miraba su rostro fiero, di un suspiro involuntario; su agarre era doloroso y mi fuerza sobrecargada casi agotada.

—Nunca —dijo, mientras apretaba los dientes—, nunca hubo nada a la vez tan frágil y tan indomable. ¡Una mera caña se siente en mi mano! (Y me sacudió con la fuerza de su agarre). Podría doblarla

con mi pulgar y mi índice. ¿Y de qué serviría si la doblara, si la arrancara, si la aplastara? Considera ese ojo. Considera la cosa resuelta, salvaje, libre que mira desde él, desafiándome, con más que valor, con un triunfo severo. Haga lo que haga con su jaula, no puedo alcanzarla, ¡la criatura salvaje y hermosa! Si desgarro, si rompo la ligera prisión, mi ultraje solo dejará libre a la cautiva. Conquistador podría ser de la casa, pero la interna escaparía al cielo antes de que pudiera llamarme poseedor de su morada de barro. Y eres tú, espíritu, con voluntad y energía, y virtud y pureza, lo que quiero; no solo tu frágil cuerpo. Por ti misma podrías venir con suave vuelo y anidar contra mi corazón, si quisieras. Agarrada contra tu voluntad, eludirás el agarre como una esencia, te desvanecerás antes de que inhale tu fragancia. ¡Oh, ven, Jane, ven!

Al decir esto, me soltó de su agarre y solo me miró. La mirada era mucho peor de resistir que la tensión frenética. Solo un idiota, sin embargo, habría sucumbido ahora. Había desafiado y burlado su furia; debía eludir su dolor. Me retiré hacia la puerta.

—¿Te vas, Jane?

—Me voy, señor.

—¿Me dejas?

—Sí.

—¿No vendrás? ¿No serás mi consoladora, mi salvadora? ¿Mi profundo amor, mi salvaje aflicción, mi frenética plegaria, no son nada para ti?

¡Qué pathos inefable había en su voz! ¡Qué difícil era reiterar firmemente: «Me voy».

—¡Jane!

—¡Señor Rochester!

—Retírate, entonces, consiento; pero recuerda que me dejas aquí en la angustia. Sube a tu propia habitación; piensa en todo lo que he dicho y, Jane, echa un vistazo a mis sufrimientos, piensa en mí.

Se dio la vuelta; se arrojó de bruces en el sofá.

—¡Oh, Jane! ¡Mi esperanza, mi amor, mi vida! —brotó en angustia de sus labios. Luego vino un sollozo profundo y fuerte.

Ya había llegado a la puerta; pero, lector, volví sobre mis pasos, volví tan decididamente como me había retirado. Me arrodillé a su lado; volví su rostro del cojín hacia mí; le besé la mejilla; le alisé el pelo con mi mano.

—¡Que Dios lo bendiga, mi querido amo! —dije—. ¡Que Dios lo guarde del daño y del mal, lo dirija, lo consuele, lo recompense bien por su pasada amabilidad conmigo!

—El amor de la pequeña Jane habría sido mi mejor recompensa —respondió—. Sin él, mi corazón está roto. Pero Jane me dará su amor. Sí, noblemente, generosamente.

La sangre subió a su rostro; el fuego brotó de sus ojos; se irguió de un salto; extendió los brazos. Pero evadí el abrazo y abandoné la habitación de inmediato.

—¡Adiós! —fue el grito de mi corazón al dejarlo. La desesperación añadió: «¡Adiós para siempre!».

Aquella noche nunca pensé en dormir; pero un sopor cayó sobre mí tan pronto como me acosté en la cama. Fui transportada en pensamiento a las escenas de la infancia. Soñé que yacía en el cuarto rojo de Gateshead; que la noche era oscura y mi mente estaba impresionada por extraños temores. La luz que hace mucho tiempo me había provocado un síncope, recordada en esta visión, parecía deslizarse por la pared y detenerse temblorosamente en el centro del techo oscurecido. Levanté la cabeza para mirar: el techo se resolvió en nubes, altas y tenues; el resplandor era como el que la luna imparte a los vapores que está a punto de separar. La observé venir, observé con la más extraña anticipación, como si alguna palabra de perdición fuera a ser escrita en su disco. Irrumpió como ninguna luna ha irrumpido jamás de una nube. Una mano penetró primero los pliegues oscuros y los apartó; luego, no una luna, sino una forma humana blanca brilló en el azul celeste,

inclinando una gloriosa frente hacia la tierra. Me miró y me miró. Habló a mi espíritu; inconmensurablemente distante era el tono, pero tan cercano que susurró en mi corazón:

—Hija mía, huye de la tentación.

—Madre, lo haré.

Así respondí después de haber despertado del sueño como un trance. Todavía era de noche, pero las noches de julio son cortas; poco después de la medianoche llega el alba. «No puede ser demasiado temprano para comenzar la tarea que tengo que cumplir», pensé. Me levanté. Estaba vestida, pues no me había quitado más que los zapatos. Sabía dónde encontrar en mis cajones algo de lino, un guardapelo, un anillo. Al buscar estos artículos, me encontré con las cuentas de un collar de perlas que el señor Rochester me había obligado a aceptar unos días antes. Lo dejé; no era mío. Era de la novia visionaria que se había desvanecido en el aire. Los otros artículos los hice un paquete; mi monedero, que contenía veinte chelines (era todo lo que tenía), lo metí en mi bolsillo. Me até el sombrero de paja, me prendí el chal, tomé el paquete y mis zapatillas, que aún no me pondría, y salí sigilosamente de mi habitación.

—¡Adiós, amable señora Fairfax! —susurré, al pasar sigilosamente por su puerta.

—¡Adiós, mi querida Adèle! —dije, al echar un vistazo hacia el cuarto de los niños. No podía admitirse la idea de entrar a abrazarla. Tenía que engañar a un oído fino; por lo que sabía, podría estar escuchando ahora.

Habría pasado por la cámara del señor Rochester sin una pausa; pero mi corazón, deteniendo momentáneamente su latido en ese umbral, obligó a mi pie a detenerse también. No había sueño allí. El inquilino caminaba inquieto de pared a pared; y una y otra vez suspiraba mientras yo escuchaba. Había un cielo —un cielo temporal — en esta habitación para mí, si así lo elegía. Solo tenía que entrar y decir:

«Señor Rochester, lo amaré y viviré con usted a través de la vida hasta la muerte», y una fuente de éxtasis brotaría a mis labios. Pensé en esto.

Aquel amable amo, que no podía dormir ahora, esperaba con impaciencia el día. Me mandaría a buscar por la mañana; yo me habría ido. Haría que me buscaran; en vano. Se sentiría abandonado; su amor, rechazado. Sufriría; quizás se desesperaría. También pensé en esto. Mi mano se movió hacia la cerradura. La retiré y seguí adelante.

Lúgubremente bajé las escaleras. Sabía lo que tenía que hacer y lo hice mecánicamente. Busqué la llave de la puerta lateral en la cocina; busqué también un frasco de aceite y una pluma; aceité la llave y la cerradura. Conseguí un poco de agua, conseguí un poco de pan, pues quizás tendría que caminar mucho; y mis fuerzas, muy debilitadas últimamente, no debían fallar. Todo esto lo hice sin un solo sonido. Abrí la puerta, salí, la cerré suavemente. El alba tenue brillaba en el patio. Las grandes verjas estaban cerradas y con llave; pero un postigo en una de ellas solo estaba cerrado con el pestillo. Por allí partí. También lo cerré; y ahora estaba fuera de Thornfield.

A una milla de distancia, más allá de los campos, había un camino que se extendía en dirección contraria a Millcote; un camino que nunca había recorrido, pero que a menudo había observado, preguntándome adónde conducía. Hacia allí dirigí mis pasos. No debía permitirse ahora ninguna reflexión; no debía lanzarse ni una sola mirada hacia atrás; ni siquiera una hacia adelante. No debía dedicarse ni un solo pensamiento ni al pasado ni al futuro. El primero era una página tan celestialmente dulce, tan mortalmente triste, que leer una sola línea de ella disolvería mi valor y quebraría mi energía. El último era un espantoso vacío, algo así como el mundo cuando el diluvio había pasado.

Bordeé campos, y setos, y senderos hasta después del amanecer. Creo que era una hermosa mañana de verano. Sé que mis zapatos, que me había puesto al salir de la casa, pronto se mojaron de rocío. Pero no miré ni al sol naciente, ni al cielo sonriente, ni a la

naturaleza que despertaba. Aquel que es sacado para pasar por una hermosa escena hacia el cadalso no piensa en las flores que sonríen en su camino, sino en el tajo y el filo del hacha; en el desmembramiento de hueso y vena; en la tumba abierta al final. Y yo pensé en la lúgubre huida y en el vagar sin hogar, y, ¡oh!, con agonía pensé en lo que dejaba. No pude evitarlo. Pensé en él ahora, en su habitación, observando el amanecer; esperando que pronto fuera a decir que me quedaría con él y sería suya. Ansiaba ser suya; jadeaba por volver. No era demasiado tarde; aún podía ahorrarle la amarga punzada del desamparo. Por ahora, mi huida, estaba segura, no había sido descubierta. Podía volver y ser su consoladora, su orgullo; su redentora de la miseria, quizás de la ruina. ¡Oh, ese miedo a su propio abandono, mucho peor que mi abandono, cómo me acuciaba! Era una punta de flecha barbada en mi pecho; me desgarraba cuando intentaba extraerla; me enfermaba cuando el recuerdo la hundía más. Los pájaros comenzaron a cantar en zarzas y matorrales. Los pájaros eran fieles a sus parejas; los pájaros eran emblemas de amor. ¿Qué era yo? En medio de mi dolor de corazón y mi frenético esfuerzo de principio, me aborrecí a mí misma. No tenía consuelo de la autoaprobación; ni siquiera del respeto propio. Había herido, lastimado, abandonado a mi amo. Era odiosa a mis propios ojos. Aun así, no podía volverme, ni retroceder un solo paso. Dios debió de guiarme. En cuanto a mi propia voluntad o conciencia, el dolor apasionado había pisoteado una y sofocado la otra. Lloraba salvajemente mientras caminaba por mi solitario camino. Rápido, rápido iba como una delirante. Una debilidad, que comenzaba en mi interior y se extendía a los miembros, se apoderó de mí y caí. Yací en el suelo unos minutos, apretando mi rostro contra el césped húmedo. Tuve algún temor —o esperanza— de que aquí moriría. Pero pronto me levanté; arrastrándome hacia adelante sobre manos y rodillas, y luego de nuevo erguida, tan ansiosa y tan decidida como siempre a llegar al camino.

Cuando llegué allí, me vi obligada a sentarme a descansar bajo el seto; y mientras estaba sentada, oí ruedas y vi venir una diligencia. Me puse de pie y levanté la mano; se detuvo. Pregunté adónde iba.

El conductor nombró un lugar muy lejano y donde estaba segura de que el señor Rochester no tenía conexiones. Le pregunté por qué suma me llevaría allí; dijo treinta chelines; respondí que solo tenía veinte. Bueno, intentaría que sirviera. Además, me dio permiso para subir al interior, ya que el vehículo estaba vacío. Entré, me encerraron y siguió su camino.

Amable lector, ¡ojalá nunca sientas lo que yo sentí entonces! ¡Ojalá tus ojos nunca derramen lágrimas tan tormentosas, hirvientes y desgarradoras como las que brotaron de los míos! ¡Ojalá nunca apeles al Cielo en oraciones tan desesperadas y agonizantes como las que en esa hora dejaron mis labios; pues nunca, como yo, temas ser el instrumento del mal para lo que amas enteramente!

Capítulo XXVIII

Han pasado dos días. Es una tarde de verano; el cochero me ha dejado en un lugar llamado Whitcross; no podía llevarme más lejos por la suma que le había dado, y yo no poseía ni un chelín más en el mundo. La diligencia está a una milla de distancia para este momento; estoy sola. En este instante descubro que he olvidado sacar mi paquete del bolsillo de la diligencia, donde lo había colocado por seguridad; allí permanece, allí debe permanecer; y ahora, estoy absolutamente desamparada.

Whitcross no es una ciudad, ni siquiera una aldea; no es más que un pilar de piedra erigido donde se encuentran cuatro caminos: encalado, supongo, para ser más visible a distancia y en la oscuridad. De su cima brotan cuatro brazos: la ciudad más cercana a la que estos señalan está, según la inscripción, a diez millas de

distancia; la más lejana, a más de veinte. Por los conocidos nombres de estas ciudades, sé en qué condado he aterrizado; un condado del centro-norte de Inglaterra, oscuro de páramos, surcado de montañas: esto es lo que veo. Hay grandes páramos detrás y a cada lado de mí; hay olas de montañas mucho más allá de ese profundo valle a mis pies. La población aquí debe de ser escasa, y no veo pasajeros en estos caminos. Se extienden al este, oeste, norte y sur: blancos, anchos, solitarios; todos están cortados en el páramo, y el brezo crece denso y salvaje hasta sus mismos bordes. Sin embargo, podría pasar un viajero casual; y no deseo que ningún ojo me vea ahora. Los extraños se preguntarían qué estoy haciendo, demorándome aquí junto al poste indicador, evidentemente sin objeto y perdida. Podrían interrogarme; no podría dar otra respuesta que la que sonaría increíble y excitaría sospechas. Ningún lazo me une a la sociedad humana en este momento, ningún encanto o esperanza me llama a donde están mis semejantes; ninguno de los que me vieran tendría un pensamiento amable o un buen deseo para mí. No tengo más pariente que la madre universal, la Naturaleza. Buscaré su seno y pediré reposo.

Me adentré directamente en el brezal; me aferré a una hondonada que vi surcando profundamente la ladera parda del páramo; vadeé hasta la rodilla en su oscura vegetación; giré con sus giros y, encontrando un peñasco de granito ennegrecido por el musgo en un ángulo oculto, me senté debajo de él. Altos bancos de páramo me rodeaban; el peñasco protegía mi cabeza; el cielo estaba sobre aquello.

Pasó un tiempo antes de que me sintiera tranquila incluso aquí. Tenía un vago temor de que pudiera haber ganado salvaje cerca, o de que algún cazador o furtivo pudiera descubrirme. Si una ráfaga de viento barría el yermo, levantaba la vista, temiendo que fuera la embestida de un toro; si un chorlito silbaba, imaginaba que era un hombre. Al encontrar infundados mis temores, sin embargo, y calmada por el profundo silencio que reinaba mientras la tarde declinaba al anochecer, tomé confianza. Hasta ahora no había

pensado; solo había escuchado, observado, temido. Ahora recuperé la facultad de la reflexión.

¿Qué debía hacer? ¿Adónde ir? ¡Oh, preguntas intolerables, cuando no podía hacer nada ni ir a ninguna parte! ¡Cuando aún un largo camino debía ser medido por mis miembros cansados y temblorosos antes de que pudiera alcanzar una habitación humana; cuando debía suplicarse la fría caridad antes de poder conseguir un alojamiento; importunarse la simpatía renuente, incurrirse en un rechazo casi seguro, antes de que mi historia pudiera ser escuchada o una de mis necesidades aliviada!

Toqué el brezal: estaba seco y, sin embargo, cálido con el calor del día de verano. Miré al cielo; era puro. Una estrella bondadosa parpadeaba justo encima de la cresta del abismo. El rocío caía, pero con una suavidad propicia; ninguna brisa susurraba. La Naturaleza me pareció benigna y buena; pensé que me amaba, desterrada como estaba; y yo, que del hombre solo podía anticipar desconfianza, rechazo, insulto, me aferré a ella con cariño filial. Esta noche, al menos, sería su huésped, como era su hija. Mi madre me alojaría sin dinero y sin precio. Aún me quedaba un bocado de pan: el resto de un panecillo que había comprado en un pueblo por el que pasamos a mediodía con un penique suelto, mi última moneda. Vi arándanos maduros brillar aquí y allá, como cuentas de azabache en el brezal. Recogí un puñado y los comí con el pan. Mi hambre, antes aguda, fue, si no satisfecha, apaciguada por esta comida de eremita. Recé mis oraciones vespertinas a su conclusión y luego elegí mi lecho.



Junto al peñasco, el brezal era muy profundo. Cuando me acosté, mis pies quedaron enterrados en él; alzándose alto a cada lado, dejaba solo un estrecho espacio para que el aire nocturno invadiera. Doblé mi chal y lo extendí sobre mí a modo de cobertor; un bajo y musgoso promontorio fue mi almohada. Así alojada, no tuve frío, al menos al comienzo de la noche.

Mi descanso podría haber sido bastante dichoso, de no ser porque un corazón triste lo rompía. Se lamentaba de sus heridas abiertas, su sangrado interno, sus cuerdas desgarradas. Temblaba por el señor Rochester y su perdición; lo plañía con amarga piedad; lo reclamaba con anhelo incesante; e, impotente como un pájaro con

ambas alas rotas, aún agitaba sus alas destrozadas en vanos intentos de buscarlo.

Agotada por esta tortura de pensamiento, me puse de rodillas. Había llegado la noche y sus planetas se habían alzado. Una noche segura y tranquila, demasiado serena para la compañía del miedo. Sabemos que Dios está en todas partes; pero ciertamente sentimos Su presencia más cuando Sus obras se extienden ante nosotros en la escala más grandiosa; y es en el cielo nocturno despejado, donde Sus mundos giran en su curso silencioso, que leemos con mayor claridad Su infinitud, Su omnipotencia, Su omnipresencia. Me había puesto de rodillas para rezar por el señor Rochester. Al levantar la vista, con los ojos empañados por las lágrimas, vi la majestuosa Vía Láctea. Recordando lo que era —cuántos sistemas incontables barrían allí el espacio como un suave rastro de luz—, sentí el poder y la fuerza de Dios. Segura estaba de Su eficacia para salvar lo que Él había creado. Crecí convencida de que ni la tierra perecería, ni una de las almas que atesoraba. Convertí mi oración en acción de gracias. La Fuente de la Vida era también el Salvador de los espíritus. El señor Rochester estaba a salvo; era de Dios, y por Dios sería guardado. Me acurruqué de nuevo en el seno de la colina; y al poco tiempo, en el sueño, olvidé la pena.

Pero al día siguiente, la Necesidad vino a mí pálida y desnuda. Mucho después de que los pajarillos hubieran dejado sus nidos; mucho después de que las abejas hubieran venido en la dulce plenitud del día a recoger la miel del brezo antes de que el rocío se secara; cuando las largas sombras matutinas se habían acortado y el sol llenaba la tierra y el cielo, me levanté y miré a mi alrededor.

¡Qué día tan quieto, caluroso y perfecto! ¡Qué desierto dorado este páramo extendido! Sol por todas partes. Deseé poder vivir en él y de él. Vi una lagartija correr sobre el peñasco; vi una abeja afanada entre los dulces arándanos. De buena gana, en ese momento, me habría convertido en abeja o lagartija, para haber encontrado aquí alimento adecuado y refugio permanente. Pero yo era un ser humano y tenía las necesidades de un ser humano. No

debía demorarme donde no había nada para satisfacerlas. Me levanté; miré el lecho que había dejado. Sin esperanza en el futuro, solo deseaba esto: que mi Hacedor hubiera considerado bueno reclamar mi alma esa noche mientras dormía; y que este cuerpo cansado, absuelto por la muerte de más conflictos con el destino, solo tuviera ahora que decaer silenciosamente y mezclarse en paz con la tierra de este yermo. La vida, sin embargo, todavía estaba en mi posesión, con todas sus exigencias, dolores y responsabilidades. La carga debía ser llevada; la necesidad, provista; el sufrimiento, soportado; la responsabilidad, cumplida. Me puse en camino.

Recuperado Whitcross, seguí un camino que se alejaba del sol, ahora ferviente y alto. Ninguna otra circunstancia tuvo peso para decidir mi elección. Caminé mucho tiempo, y cuando pensé que ya había hecho casi lo suficiente y podía ceder concienzudamente a la fatiga que casi me abrumaba —podía relajar esta acción forzada y, sentándome en una piedra que vi cerca, someterme sin resistencia a la apatía que obstruía corazón y miembros—, oí el tañido de una campana, la campana de una iglesia.

Me volví en la dirección del sonido y allí, entre las colinas románticas, cuyos cambios y aspecto había dejado de notar hacía una hora, vi una aldea y un campanario. Todo el valle a mi derecha estaba lleno de pastizales, y trigales, y bosques; y un arroyo resplandeciente corría en zigzag a través de las variadas tonalidades de verde, el grano que maduraba, el sombrío bosque, la pradera clara y soleada. Devuelta por el retumbar de las ruedas al camino que tenía ante mí, vi un carro pesadamente cargado que subía con dificultad la colina, y no muy lejos había dos vacas y su vaquero. La vida humana y el trabajo humano estaban cerca. Debía seguir luchando, esforzarme por vivir y doblegarme al trabajo como los demás.

Sobre las dos de la tarde entré en el pueblo. Al final de su única calle había una pequeña tienda con algunos panes en el escaparate. Codicié un pan. Con ese refrigerio podría quizás recuperar un grado de energía; sin él, sería difícil continuar. El deseo de tener algo de

fuerza y algo de vigor volvió a mí tan pronto como estuve entre mis semejantes. Sentí que sería degradante desmayarme de hambre en la calzada de una aldea. ¿No tenía nada encima que pudiera ofrecer a cambio de uno de esos panecillos? Reflexioné. Tenía un pequeño pañuelo de seda atado al cuello; tenía mis guantes. Apenas podía imaginar cómo procedían los hombres y las mujeres en extremos de indigencia. No sabía si alguno de estos artículos sería aceptado; probablemente no, pero debía intentarlo.

Entré en la tienda. Había una mujer allí. Al ver a una persona respetablemente vestida, una dama según supuso, se adelantó con cortesía. ¿En qué podía servirme? Me invadió la vergüenza; mi lengua no pronunció la petición que había preparado. No me atreví a ofrecerle los guantes medio usados, el pañuelo arrugado; además, sentí que sería absurdo. Solo pedí permiso para sentarme un momento, pues estaba cansada. Decepcionada en la expectativa de un cliente, accedió fríamente a mi petición. Señaló un asiento; me hundí en él. Sentí una fuerte necesidad de llorar; pero consciente de lo inoportuna que sería tal manifestación, la contuve. Pronto le pregunté «si había alguna modista o costurera de labor sencilla en el pueblo».

—Sí, dos o tres. Tantas como había trabajo para ellas.

Reflexioné. Me veía abocada al extremo ahora. Me encontraba cara a cara con la Necesidad. Estaba en la posición de alguien sin un recurso, sin un amigo, sin una moneda. Debía hacer algo. ¿Qué? Debía solicitar en alguna parte. ¿Dónde?

—¿Sabía ella de algún lugar en los alrededores donde se necesitara una criada?

—No, no sabría decir.

—¿Cuál era el principal oficio en este lugar? ¿A qué se dedicaba la mayoría de la gente?

—Algunos eran jornaleros; muchos trabajaban en la fábrica de agujas del señor Oliver y en la fundición.

—¿El señor Oliver empleaba a mujeres?

—No; era trabajo de hombres.

—¿Y qué hacen las mujeres?

—No sé yo —fue la respuesta—. Unas hacen una cosa y otras otra. Los pobres tienen que apañárselas como pueden.

Parecía estar cansada de mis preguntas. Y, en verdad, ¿qué derecho tenía yo a importunarla? Entraron un par de vecinos; mi silla era evidentemente necesaria. Me despedí.

Subí por la calle, mirando mientras iba todas las casas a derecha e izquierda; pero no pude descubrir ningún pretexto ni ver un incentivo para entrar en ninguna. Deambulé por la aldea, alejándome a veces un poco y volviendo de nuevo, durante una hora o más. Muy agotada y sufriendo mucho ahora por falta de comida, me desvié a un sendero y me senté bajo el seto. Antes de que pasaran muchos minutos, estaba de nuevo en pie, sin embargo, y de nuevo buscando algo: un recurso, o al menos un informante. Una bonita casita se alzaba al final del sendero, con un jardín delante, exquisitamente cuidado y brillantemente florido. Me detuve en ella. ¿Qué derecho tenía yo a acercarme a la puerta blanca o a tocar el reluciente llamador? ¿De qué manera podría ser de interés para los habitantes de esa morada servirme? Sin embargo, me acerqué y llamé. Una joven de aspecto dulce y vestida con limpieza abrió la puerta. Con una voz como la que se podría esperar de un corazón sin esperanza y un cuerpo desfallecido —una voz miserablemente baja y vacilante—, pregunté si se necesitaba una criada aquí.

—No —dijo—. No tenemos criada.

—¿Puede decirme dónde podría conseguir empleo de cualquier tipo? —continué—. Soy una extraña, sin conocidos en este lugar. Necesito algún trabajo, no importa cuál.

Pero no era asunto suyo pensar por mí o buscarme un lugar. Además, a sus ojos, ¡qué dudoso debía de parecer mi carácter, mi posición, mi historia! Sacudió la cabeza, «lamentaba no poder darme

ninguna información», y la puerta blanca se cerró, con bastante suavidad y cortesía, pero me dejó fuera. Si la hubiera mantenido abierta un poco más, creo que habría suplicado un trozo de pan, pues ahora estaba hundida en la miseria.

No podía soportar volver al sórdido pueblo, donde, además, no se vislumbraba ninguna perspectiva de ayuda. Habría anhelado más bien desviarme a un bosque que vi no muy lejos, que parecía ofrecer en su espesa sombra un refugio acogedor; pero estaba tan enferma, tan débil, tan roída por las ansias de la naturaleza, que el instinto me mantuvo vagando alrededor de las moradas donde había una posibilidad de comida. La soledad no sería soledad, el descanso no sería descanso, mientras el buitre del hambre hundiera así el pico y las garras en mi costado.

Me acerqué a las casas; las dejé y volví de nuevo, y de nuevo me alejé vagando. Siempre repelida por la conciencia de no tener ningún derecho a pedir, ningún derecho a esperar interés en mi suerte aislada. Mientras tanto, la tarde avanzaba, mientras yo vagaba así como un perro perdido y hambriento. Al cruzar un campo, vi el campanario de la iglesia ante mí; me apresuré hacia él. Cerca del cementerio y en medio de un jardín, se alzaba una casa bien construida aunque pequeña, que no dudé que era la rectoría. Recordé que los extraños que llegan a un lugar donde no tienen amigos y que buscan empleo, a veces acuden al clérigo en busca de presentación y ayuda. Es la función del clérigo ayudar —al menos con consejos— a aquellos que desean ayudarse a sí mismos. Me pareció tener algo así como un derecho a buscar consejo aquí. Renovando entonces mi valor y reuniendo mis débiles restos de fuerza, seguí adelante. Llegué a la casa y llamé a la puerta de la cocina. Abrió una anciana. Le pregunté si esta era la rectoría.

—Sí.

—¿Estaba el clérigo?

—No.

—¿Estaría pronto?

—No, se había ido de casa.

—¿A un lugar lejano?

—No tanto, unas tres millas. Lo habían llamado por la muerte repentina de su padre. Estaba ahora en Marsh End y muy probablemente se quedaría allí quince días más.

—¿Había alguna señora de la casa?

—No, no había más que ella, y era el ama de llaves. —Y a ella, lector, no pude soportar pedirle el alivio por cuya falta me estaba hundiendo. Todavía no podía mendigar; y de nuevo me arrastré lejos.

Una vez más me quité el pañuelo, una vez más pensé en los panes de la pequeña tienda. ¡Oh, por solo una corteza! ¡Por solo un bocado para aplacar la punzada del hambre! Instintivamente volví mi rostro de nuevo hacia el pueblo; encontré la tienda de nuevo y entré. Y aunque había otros además de la mujer, me aventuré a hacer la petición:

—¿Me daría un panecillo por este pañuelo?

Me miró con evidente sospecha.

—No, nunca vendo cosas de esa manera.

Casi desesperada, pedí medio pan. De nuevo se negó.

—¿Cómo podía saber ella de dónde había sacado yo el pañuelo? —dijo.

—¿Aceptaría mis guantes?

—¡No! ¿Qué podría hacer con ellos?

Lector, no es agradable detenerse en estos detalles. Algunos dicen que hay disfrute en mirar hacia atrás a la experiencia dolorosa pasada; pero a día de hoy apenas puedo soportar revisar los tiempos a los que aludo. La degradación moral, mezclada con el sufrimiento físico, forman un recuerdo demasiado angustioso como para detenerse en él voluntariamente. No culpé a ninguno de los

que me rechazaron. Sentí que era lo que se debía esperar y lo que no se podía evitar. Un mendigo corriente es frecuentemente objeto de sospecha; un mendigo bien vestido, inevitablemente lo es. Por supuesto, lo que yo pedía era empleo; pero, ¿de quién era el asunto de proporcionarme empleo? No, ciertamente, de personas que me veían entonces por primera vez y que no sabían nada de mi carácter. Y en cuanto a la mujer que no quiso tomar mi pañuelo a cambio de su pan, bueno, tenía razón, si la oferta le pareció siniestra o el intercambio poco provechoso. Déjame condensar ahora. Estoy harta del tema.

Un poco antes del anochecer pasé por una granja, a cuya puerta abierta estaba sentado el granjero, comiendo su cena de pan y queso. Me detuve y dije:

—¿Me daría un trozo de pan? Porque tengo mucha hambre. —Me lanzó una mirada de sorpresa; pero sin responder, cortó una gruesa rebanada de su hogaza y me la dio. Imagino que no pensó que yo era una mendiga, sino solo una especie de dama excéntrica que se había encaprichado de su pan moreno. Tan pronto como estuve fuera de la vista de su casa, me senté y lo comí.

No podía esperar conseguir alojamiento bajo un techo y lo busqué en el bosque al que he aludido antes. Pero mi noche fue miserable, mi descanso interrumpido. El suelo estaba húmedo, el aire frío. Además, intrusos pasaron cerca de mí más de una vez, y tuve que cambiar de lugar una y otra vez. Ninguna sensación de seguridad o tranquilidad me acompañó. Hacia la mañana llovió; todo el día siguiente estuvo húmedo. No me pidas, lector, que dé un relato minucioso de ese día; como antes, busqué trabajo; como antes, fui rechazada; como antes, pasé hambre. Pero una vez sí pasó comida por mis labios. A la puerta de una cabaña vi a una niña a punto de echar un plato de gachas frías en un comedero de cerdos.

—¿Me darías eso? —pregunté.



Ella me miró fijamente.

—¡Madre! —exclamó—. Hay una mujer que quiere que le dé estas gachas.

—Bueno, muchacha —respondió una voz desde dentro—, dáselas si es una mendiga. El cerdo no las quiere.

La niña vació el molde endurecido en mi mano y yo lo devoré con avidez.

A medida que el húmedo crepúsculo se profundizaba, me detuve en un solitario sendero de herradura, que había estado siguiendo durante una hora o más.

—Mis fuerzas me están fallando por completo —dije en un soliloquio—. Siento que no puedo avanzar mucho más. ¿Seré una paria de nuevo esta noche? Mientras la lluvia desciende así, ¿debo

apoyar la cabeza en el suelo frío y empapado? Me temo que no puedo hacer otra cosa, pues, ¿quién me recibirá? Pero será muy espantoso, con esta sensación de hambre, debilidad, frío y este sentimiento de desolación, esta total postración de la esperanza. Con toda probabilidad, sin embargo, moriré antes de la mañana. ¿Y por qué no puedo reconciliarme con la perspectiva de la muerte? ¿Por qué lucho por retener una vida sin valor? Porque sé, o creo, que el señor Rochester está vivo; y entonces, morir de necesidad y de frío es un destino al que la naturaleza no puede someterse pasivamente. ¡Oh, Providencia! ¡Sostenme un poco más! ¡Ayuda! ¡Dirígeme!

Mi ojo vidrioso vagó por el paisaje oscuro y neblinoso. Vi que me había alejado mucho del pueblo; estaba completamente fuera de la vista. La misma zona de cultivo que lo rodeaba había desaparecido. Por atajos y veredas, me había acercado una vez más a la extensión de páramo; y ahora, solo unos pocos campos, casi tan salvajes e improductivos como el brezal del que apenas habían sido reclamados, se interponían entre mí y la colina oscura.

«Bueno, preferiría morir allá que en una calle o en un camino frecuentado», reflexioné. «Y mucho mejor que los cuervos y las cornejas —si es que hay cornejas en estas regiones— piquen mi carne de mis huesos, a que estos sean aprisionados en un ataúd de hospicio y se pudran en la tumba de un pobre».

Hacia la colina, pues, me volví. La alcancé. Ahora solo quedaba encontrar una hondonada donde pudiera acostarme y sentirme al menos oculta, si no segura. Pero toda la superficie del yermo parecía nivelada. No mostraba más variación que la del tinte: verde, donde los juncos y el musgo cubrían las marismas; negro, donde el suelo seco solo albergaba brezo. Por muy oscuro que se estuviera poniendo, todavía podía ver estos cambios, aunque solo como meras alternancias de luz y sombra, pues el color se había desvanecido con la luz del día.

Mi ojo todavía recorría la hosca elevación y a lo largo del borde del páramo, que se desvanecía en medio del paisaje más salvaje,

cuando en un punto oscuro, muy adentro entre las marismas y las crestas, brotó una luz. «Eso es un fuego fatuo», fue mi primer pensamiento; y esperaba que pronto se desvaneciera. Sin embargo, siguió ardiendo, con bastante constancia, sin retroceder ni avanzar. «¿Es, entonces, una hoguera recién encendida?», me pregunté. Observé para ver si se extendía, pero no; como no disminuía, tampoco aumentaba. «Puede ser una vela en una casa», conjeturé entonces; «pero si es así, nunca podré alcanzarla. Está demasiado lejos. Y aunque estuviera a una yarda de mí, ¿de qué me serviría? Solo llamaría a la puerta para que me la cerraran en la cara».

Y me derrumbé donde estaba, y escondí mi rostro contra el suelo. Yací quieta un rato. El viento nocturno barrió la colina y sobre mí, y murió gimiendo en la distancia; la lluvia caía rápidamente, mojándome de nuevo hasta la piel. Si tan solo hubiera podido endurecerme hasta la helada inmóvil —el amistoso entumecimiento de la muerte—, podría haber seguido cayendo; no lo habría sentido. Pero mi carne aún viva se estremeció ante su gélida influencia. Me levanté al poco rato.

La luz seguía allí, brillando tenue pero constante a través de la lluvia. Intenté caminar de nuevo; arrastré mis miembros exhaustos lentamente hacia ella. Me guio en diagonal por la colina, a través de una ancha ciénaga, que habría sido intransitable en invierno, y estaba fangosa y temblorosa incluso ahora, en pleno verano. Aquí caí dos veces; pero otras tantas me levanté y recuperé mis facultades. Esta luz era mi esperanza desvalida; debía alcanzarla.

Habiendo cruzado la marisma, vi un rastro de blanco sobre el páramo. Me acerqué; era un camino o una senda. Llevaba directamente hacia la luz, que ahora brillaba desde una especie de montículo, en medio de un grupo de árboles —abetos, al parecer, por lo que pude distinguir del carácter de sus formas y follaje a través de la penumbra—. Mi estrella se desvaneció al acercarme; algún obstáculo se había interpuesto entre ella y yo. Extendí la mano para palpar la masa oscura ante mí. Discriminé las piedras ásperas de un muro bajo; sobre él, algo parecido a una empalizada, y

dentro, un seto alto y espinoso. Seguí a tientas. De nuevo un objeto blanquecino brilló ante mí: era una puerta, un postigo; se movió sobre sus goznes al tocarlo. A cada lado había un arbusto oscuro: acebo o tejo.

Al entrar por la puerta y pasar los arbustos, la silueta de una casa se alzó a la vista, negra, baja y bastante larga; pero la luz guía no brillaba en ninguna parte. Todo era oscuridad. ¿Se habían retirado los moradores a descansar? Temí que así fuera. Buscando la puerta, doblé una esquina. Allí brotó de nuevo el amistoso resplandor, desde los cristales romboidales de una ventana de celosía muy pequeña, a un pie del suelo, hecha aún más pequeña por el crecimiento de la hiedra o alguna otra planta trepadora, cuyas hojas se agrupaban densamente sobre la porción de la pared de la casa en la que estaba engastada. La abertura estaba tan protegida y era tan estrecha que se había considerado innecesaria una cortina o contraventana; y cuando me agaché y aparté el ramaje que se extendía sobre ella, pude ver todo el interior. Pude ver claramente una habitación con el suelo enarenado, limpiamente fregado; un aparador de nogal, con platos de peltre dispuestos en filas, que reflejaban el rojo y el resplandor de un fuego de turba encendido. Pude ver un reloj, una mesa de pino blanco, algunas sillas. La vela, cuyo rayo había sido mi faro, ardía sobre la mesa; y a su luz una anciana, de aspecto algo rudo, pero escrupulosamente limpia, como todo a su alrededor, tejía una media.

Observé estos objetos someramente; en ellos no había nada extraordinario. Un grupo de mayor interés apareció cerca del hogar, sentado quieto en medio de la paz y el calor rosados que lo impregnaban. Dos mujeres jóvenes y gráciles —damas en todos los sentidos— estaban sentadas, una en una mecedora baja, la otra en un taburete más bajo. Ambas vestían un luto riguroso de crespón y bombasí, cuyo sombrío atuendo realzaba singularmente cuellos y rostros muy claros. Un gran perro pointer viejo apoyaba su maciza cabeza en la rodilla de una de las chicas; en el regazo de la otra estaba acurrucado un gato negro.

¡Extraño lugar era esta humilde cocina para tales ocupantes! ¿Quiénes eran? No podían ser las hijas de la anciana de la mesa, pues ella parecía una rústica, y ellas eran todo delicadeza y cultura. No había visto en ninguna parte rostros como los suyos; y sin embargo, al contemplarlos, me pareció íntima con cada rasgo. No puedo llamarlas guapas, eran demasiado pálidas y graves para la palabra. Mientras cada una se inclinaba sobre un libro, parecían pensativas casi hasta la severidad. Un atril entre ellas sostenía una segunda vela y dos grandes volúmenes, a los que se referían con frecuencia, comparándolos, al parecer, con los libros más pequeños que sostenían en sus manos, como personas que consultan un diccionario para ayudarse en la tarea de la traducción. Esta escena era tan silenciosa como si todas las figuras hubieran sido sombras y el apartamento iluminado por el fuego un cuadro. Tan silencioso estaba que podía oír las cenizas caer de la rejilla, el tictac del reloj en su oscuro rincón; e incluso me pareció distinguir el clic-clic de las agujas de tejer de la mujer. Por lo tanto, cuando una voz rompió por fin la extraña quietud, fue lo suficientemente audible para mí.

—Escucha, Diana —dijo una de las absortas estudiantes—. Franz y el viejo Daniel están juntos en la noche, y Franz está contando un sueño del que ha despertado aterrorizado. ¡Escucha! —Y en voz baja leyó algo, de lo cual ni una sola palabra me fue inteligible, pues era en una lengua desconocida, ni francés ni latín. Si era griego o alemán, no sabría decirlo.

—Eso es fuerte —dijo, cuando hubo terminado—. Me gusta. —La otra chica, que había levantado la cabeza para escuchar a su hermana, repitió, mientras miraba el fuego, una línea de lo que se había leído. Más tarde conocí el idioma y el libro; por lo tanto, citaré aquí la línea, aunque, cuando la oí por primera vez, fue solo como un golpe en bronce sonoro para mí, sin transmitir ningún significado:

»—"Da trat hervor Einer, anzusehen wie die Sternen Nacht." ¡Bien! ¡Bien! —exclamó, mientras su ojo oscuro y profundo brillaba—. ¡Ahí tienes un arcángel oscuro y poderoso apropiadamente presentado! La línea vale cien páginas de retórica barata. "Ich wäge die

Gedanken in der Schale meines Zornes und die Werke mit dem Gewichte meines Grimms.” ¡Me gusta!

Ambas guardaron silencio de nuevo.

—¿Hay algún país donde hablen de esa manera? —preguntó la anciana, levantando la vista de su labor.

—Sí, Hannah, un país mucho más grande que Inglaterra, donde no hablan de otra manera.

—Bueno, por seguro que no sé yo cómo se pueden entender el uno al otro. Y si alguna de vosotras fuera allí, ¿podríais decir lo que dijeron, supongo?

—Probablemente podríamos decir algo de lo que dijeron, pero no todo, pues no somos tan listas como crees, Hannah. No hablamos alemán y no podemos leerlo sin la ayuda de un diccionario.

—¿Y de qué os sirve?

—Tenemos la intención de enseñarlo algún día, o al menos los elementos, como dicen; y entonces ganaremos más dinero del que ganamos ahora.

—Muy probable. Pero dejad de estudiar; ya habéis hecho bastante por esta noche.

—Creo que sí; al menos yo estoy cansada. Mary, ¿y tú?

—Mortalmente. Después de todo, es un trabajo duro afanarse en un idioma sin más maestro que un diccionario.

—Lo es, especialmente un idioma como este intrincado pero glorioso Deutsch. Me pregunto cuándo volverá a casa St. John.

—Seguramente no tardará mucho ahora; son las diez en punto (mirando un pequeño reloj de oro que sacó de su cinturón). Llueve rápido, Hannah. ¿Tendrás la bondad de mirar el fuego del salón?

La mujer se levantó. Abrió una puerta a través de la cual vi vagamente un pasillo; pronto la oí atizar un fuego en una habitación interior; al instante regresó.

—¡Ay, niñas! —dijo—. Me aflige de veras entrar en esa habitación ahora. Se ve tan solitaria con la silla vacía y apartada en un rincón.

Se secó los ojos con el delantal. Las dos chicas, antes graves, parecían tristes ahora.

—Pero está en un lugar mejor —continuó Hannah—. No deberíamos desearlo aquí de nuevo. Y además, nadie necesita tener una muerte más tranquila que la que él tuvo.

—¿Dices que nunca nos mencionó? —inquirió una de las damas.

—No tuvo tiempo, criatura. Se fue en un minuto, vuestro padre. Había estado un poco indispuesto el día anterior, pero nada de importancia; y cuando el señor St. John le preguntó si le gustaría que mandaran a buscar a alguna de vosotras, se rio de él. Empezó de nuevo con un poco de pesadez en la cabeza al día siguiente, es decir, hace quince días, y se durmió y nunca despertó. Estaba casi rígido cuando vuestro hermano entró en la cámara y lo encontró. ¡Ay, niñas! Ese es el último del viejo linaje, pues vosotras y el señor St. John sois como de otra clase que los que se han ido; por mucho que vuestra madre se pareciera a vosotras, y fuera casi tan instruida. Era el vivo retrato de ti, Mary; Diana se parece más a vuestro padre.

Me parecieron tan similares que no sabría decir dónde veía la diferencia la vieja sirvienta (pues tal concluí ahora que era). Ambas eran de tez clara y constitución esbelta; ambas poseían rostros llenos de distinción e inteligencia. Una, por supuesto, tenía el pelo un tono más oscuro que la otra, y había una diferencia en su estilo de llevarlo. Los mechones castaño pálido de Mary estaban partidos y trenzados lisos; las trenzas más oscuras de Diana cubrían su cuello con gruesos rizos. El reloj dio las diez.

—Querréis vuestra cena, estoy segura —observó Hannah—. Y también el señor St. John cuando entre.

Y procedió a preparar la comida. Las damas se levantaron; parecían a punto de retirarse al salón. Hasta este momento, había estado tan absorta en observarlas, su apariencia y conversación

habían excitado en mí un interés tan agudo, que casi había olvidado mi propia y miserable posición. Ahora volvió a mi mente. Más desolada, más desesperada que nunca me pareció por contraste. ¡Y cuán imposible parecía conmover a los moradores de esta casa con preocupación por mi causa; hacerles creer en la verdad de mis necesidades y aflicciones; inducirlos a conceder un descanso a mis vagabundeos! Mientras buscaba a tientas la puerta y llamaba con vacilación, sentí que esa última idea era una mera quimera. Hannah abrió.

—¿Qué quiere? —inquirió, con voz de sorpresa, mientras me examinaba a la luz de la vela que sostenía.

—¿Puedo hablar con sus señoras? —dije.

—Será mejor que me diga lo que tiene que decirles. ¿De dónde viene?

—Soy una extraña.

—¿Cuál es su asunto aquí a esta hora?

—Necesito un refugio para una noche en una dependencia o en cualquier lugar, y un bocado de pan para comer.

La desconfianza, el mismo sentimiento que temía, apareció en el rostro de Hannah.

—Le daré un trozo de pan —dijo, después de una pausa—. Pero no podemos acoger a una vagabunda para que se aloje. No es probable.

—Déjeme hablar con sus señoras.

—No, yo no. ¿Qué pueden hacer ellas por usted? No debería estar vagando por ahí ahora; parece muy mal.

—Pero, ¿adónde iré si me echa? ¿Qué haré?

—Oh, le garantizo que sabe adónde ir y qué hacer. Tenga cuidado de no hacer nada malo, eso es todo. Aquí tiene un penique; ahora váyase...

—Un penique no puede alimentarme y no tengo fuerzas para ir más lejos. No cierre la puerta... ¡oh, no lo haga, por el amor de Dios!

—Debo hacerlo; la lluvia está entrando...

—Dígaselo a las jóvenes damas. Déjeme verlas...

—De hecho, no lo haré. Usted no es lo que debería ser, o no haría tanto ruido. ¡Márchese!

—Pero moriré si me echa.

—Usted no. Me temo que tiene algún mal plan en marcha, que la trae por las casas de la gente a estas horas de la noche. Si tiene algún seguidor —ladrones o gente así— cerca, puede decirles que no estamos solas en la casa; tenemos un caballero, y perros, y armas. —Aquí la honesta pero inflexible sirvienta cerró la puerta de golpe y la atrancó por dentro.

Este fue el clímax. Una punzada de sufrimiento exquisito, una convulsión de verdadera desesperación, rasgó y agitó mi corazón. Agotada, en verdad, lo estaba; no podía dar un paso más. Me hundí en el umbral mojado. Gemí, me retorcí las manos, lloré con angustia total. ¡Oh, este espectro de la muerte! ¡Oh, esta última hora, que se acerca con tanto horror! ¡Ay, este aislamiento, este destierro de mi especie! No solo el ancla de la esperanza, sino el pie de la fortaleza se había ido, al menos por un momento; pero esto último pronto me esforcé por recuperar.

«Solo puedo morir», dije, «y creo en Dios. Déjame tratar de esperar Su voluntad en silencio».

Estas palabras no solo las pensé, sino que las pronuncié; y, empujando toda mi miseria a mi corazón, hice un esfuerzo por obligarla a permanecer allí, muda y quieta.

—Todos los hombres deben morir —dijo una voz muy cercana—. Pero no todos están condenados a encontrar un destino lento y prematuro, como sería el tuyo si perecieras aquí de necesidad.

—¿Quién o qué habla? —pregunté, aterrorizada por el sonido inesperado e incapaz ahora de derivar de ningún suceso una esperanza de ayuda. Una forma estaba cerca; qué forma, la noche oscura como boca de lobo y mi visión debilitada me impidieron distinguirla. Con un golpe fuerte y prolongado, el recién llegado llamó a la puerta.

—¿Es usted, señor St. John? —gritó Hannah.

—Sí, sí; abre rápido.

—¡Bueno, qué mojado y frío debe de estar, con una noche tan salvaje como esta! Entre, sus hermanas están bastante inquietas por usted, y creo que hay gente mala por ahí. Ha habido una mendiga, ¡declaro que aún no se ha ido!, acostada ahí. ¡Levántese! ¡Por vergüenza! ¡Márchese, digo!

—¡Silencio, Hannah! Tengo una palabra que decir a la mujer. Has cumplido con tu deber al excluirla, ahora déjame a mí cumplir con el mío al admitirla. Estaba cerca y os escuché a ambas. Creo que este es un caso peculiar, debo al menos examinarlo. Joven, levántese y pase ante mí a la casa.



Con dificultad le obedecí. Al instante me encontré dentro de aquella cocina limpia y luminosa —en el mismo hogar— temblando, mareada; consciente de un aspecto en último grado macabro, salvaje y curtido por la intemperie. Las dos damas, su hermano, el señor St. John, la vieja sirvienta, todos me miraban fijamente.

—St. John, ¿quién es? —oí preguntar a una.

—No sabría decirlo; la encontré en la puerta —fue la respuesta.

—Sí que parece pálida —dijo Hannah.

—Tan pálida como la arcilla o la muerte —se respondió—. Se va a caer; que se siente.

Y, en efecto, mi cabeza daba vueltas. Caí, pero una silla me recibió. Aún poseía mis sentidos, aunque en ese momento no podía hablar.

—Quizás un poco de agua la reanime. Hannah, trae un poco. Pero está consumida. ¡Qué delgada y qué exangüe!

—¡Un mero espectro!

—¿Está enferma o solo hambrienta?

—Hambrienta, creo. Hannah, ¿eso es leche? Dámela, y un trozo de pan.

Diana (la reconocí por los largos rizos que vi caer entre el fuego y yo mientras se inclinaba sobre mí) partió un poco de pan, lo mojó en leche y me lo puso en los labios. Su rostro estaba cerca del mío. Vi que había piedad en él, y sentí simpatía en su respiración apresurada. En sus simples palabras, también, hablaba la misma emoción balsámica: «Intenta comer».

—Sí, intenta —repitió Mary con dulzura; y la mano de Mary me quitó el sombrero empapado y me levantó la cabeza. Probé lo que me ofrecían: débilmente al principio, ávidamente al poco.

—No demasiado al principio, contrólala —dijo el hermano—. Ya ha tenido suficiente. —Y retiró la taza de leche y el plato de pan.

—Un poco más, St. John, mira la avidez en sus ojos.

—No más por ahora, hermana. Prueba si puede hablar ahora, pregúntale su nombre.

Sentí que podía hablar y respondí:

—Mi nombre es Jane Elliott. —Ansiosa como siempre por evitar ser descubierta, había resuelto antes adoptar un alias.

—¿Y dónde vive? ¿Dónde están sus amigos?

Guardé silencio.

—¿Podemos mandar a buscar a alguien que conozca?

Negué con la cabeza.

—¿Qué puede contar de sí misma?

De alguna manera, ahora que había cruzado el umbral de esta casa y me había encontrado cara a cara con sus dueños, ya no me sentía una paria, una vagabunda y una repudiada por el vasto mundo. Me atreví a despojarme de la mendiga, a reanudar mi manera y mi carácter naturales. Empecé una vez más a conocerme a mí misma; y cuando el señor St. John pidió un relato —que en el momento presente estaba demasiado débil para rendir—, dije tras una breve pausa:

—Señor, no puedo darle detalles esta noche.

—Pero, entonces —dijo él—, ¿qué espera que haga por usted?

—Nada —respondí. Mis fuerzas solo alcanzaban para respuestas cortas. Diana tomó la palabra:

—¿Quiere decir —preguntó— que ya le hemos dado la ayuda que necesita y que podemos despedirla al páramo y a la noche lluviosa?

La miré. Tenía, pensé, un semblante notable, instintivamente dotado tanto de poder como de bondad. Cobré un valor repentino. Respondiendo a su mirada compasiva con una sonrisa, dije:

—Confiaré en ustedes. Si fuera un perro sin dueño y extraviado, sé que no me echarían de su hogar esta noche. Tal como están las cosas, realmente no tengo miedo. Hagan conmigo y por mí como gusten; pero excúsenme de mucho discurso, me falta el aliento, siento un espasmo cuando hablo. —Los tres me examinaron y los tres guardaron silencio.

—Hannah —dijo por fin el señor St. John—, déjala sentarse ahí por el momento y no le hagas preguntas; en diez minutos más, dale el resto de esa leche y ese pan. Mary y Diana, vayamos al salón y hablemos del asunto.

Se retiraron. Muy pronto regresó una de las damas, no sabría decir cuál. Una especie de agradable estupor se apoderaba de mí mientras estaba sentada junto al fuego acogedor. En voz baja, le dio algunas instrucciones a Hannah. Al poco rato, con la ayuda de la sirvienta, me las arreglé para subir una escalera; me quitaron la ropa

empapada; pronto una cama cálida y seca me recibió. Di gracias a Dios, experimenté, en medio de un agotamiento inefable, un resplandor de alegría agradecida, y dormí.

Capítulo XXIX

El recuerdo de unos tres días y tres noches posteriores a esto es muy vago en mi mente. Puedo recordar algunas sensaciones sentidas en ese intervalo, pero pocos pensamientos formulados y ninguna acción realizada. Sabía que estaba en una habitación pequeña y en una cama estrecha. A esa cama parecía haberme adherido; yacía en ella inmóvil como una piedra, y haberme arrancado de ella habría sido casi matarme. No tomé nota del paso del tiempo, del cambio de la mañana al mediodía, del mediodía a la noche. Observaba cuándo alguien entraba o salía del apartamento. Incluso podía decir quiénes eran; podía entender lo que se decía cuando el que hablaba estaba cerca de mí; pero no podía responder. Abrir los labios o mover los miembros era igualmente imposible. Hannah, la sirvienta, era mi visitante más frecuente. Su llegada me perturbaba. Tenía la sensación de que deseaba que me fuera, de que no me entendía a mí ni a mis circunstancias, de que tenía prejuicios contra mí. Diana y Mary aparecían en la cámara una o dos veces al día. Susurraban frases de este tipo junto a mi lecho:

—Hicimos muy bien en acogerla.

—Sí; ciertamente la habrían encontrado muerta en la puerta por la mañana si la hubieran dejado fuera toda la noche. Me pregunto por lo que habrá pasado.

—Extrañas penalidades, imagino. ¡Pobre, demacrada y pálida errante!

—No es una persona sin educación, pensaría yo, por su manera de hablar; su acento era bastante puro; y la ropa que se quitó, aunque salpicada y mojada, estaba poco usada y era fina.

—Tiene un rostro peculiar; descarnado y demacrado como está, me gusta bastante; y cuando esté en buena salud y animada, puedo imaginar que su fisonomía sería agradable.

Ni una sola vez en sus diálogos oí una sílaba de arrepentimiento por la hospitalidad que me habían extendido, ni de sospecha o aversión hacia mí. Me sentí reconfortada.

El señor St. John vino solo una vez. Me miró y dijo que mi estado de letargo era el resultado de una reacción a una fatiga excesiva y prolongada. Declaró innecesario llamar a un médico; la naturaleza, estaba seguro, se las arreglaría mejor dejada a su suerte. Dijo que cada nervio había sido sobrecargado de alguna manera y que todo el sistema debía dormir aletargado un tiempo. No había enfermedad. Imaginó que mi recuperación sería bastante rápida una vez comenzada. Expresó estas opiniones en pocas palabras, con una voz tranquila y baja; y añadió, tras una pausa, en el tono de un hombre poco acostumbrado a comentarios expansivos:

—Una fisonomía bastante inusual; ciertamente, no indicativa de vulgaridad o degradación.

—Todo lo contrario —respondió Diana—. A decir verdad, St. John, mi corazón se enternece bastante hacia la pobrecilla. Ojalá podamos beneficiarla permanentemente.

—Eso es poco probable —fue la respuesta—. Descubrirás que es alguna joven dama que ha tenido un malentendido con sus amigos y probablemente los ha dejado de forma imprudente. Quizás logremos devolvérsela, si no es obstinada. Pero trazo líneas de fuerza en su rostro que me hacen escéptico de su docilidad. —Se quedó considerándome unos minutos; luego añadió—: Parece sensata, pero nada guapa.

—Está tan enferma, St. John.

—Enferma o sana, siempre sería sencilla. La gracia y la armonía de la belleza faltan por completo en esos rasgos.

Al tercer día estaba mejor; al cuarto, podía hablar, moverme, incorporarme en la cama y girarme. Hannah me había traído unas gachas y una tostada seca, sobre la hora de la cena, supuse. Había comido con gusto. La comida era buena, desprovista del sabor febril que hasta ahora había envenenado lo que había tragado. Cuando me dejó, me sentí comparativamente fuerte y reanimada. Al poco rato, la saciedad del reposo y el deseo de acción me agitaron. Deseaba levantarme; pero, ¿qué podía ponerme? Solo mi ropa húmeda y enlodada, con la que había dormido en el suelo y caído en la marisma. Sentí vergüenza de aparecer ante mis benefactores así vestida. Se me ahorró la humillación.

En una silla junto a la cama estaban todas mis cosas, limpias y secas. Mi vestido de seda negro colgaba contra la pared. Se le habían quitado las huellas del fango; las arrugas dejadas por la humedad, alisadas. Estaba bastante decente. Mis mismos zapatos y medias estaban purificados y presentables. Había medios para lavarse en la habitación, y un peine y un cepillo para alisar mi pelo. Tras un proceso fatigoso, y descansando cada cinco minutos, logré vestirme. La ropa me quedaba holgada, pues estaba muy consumida, pero cubrí las deficiencias con un chal y, una vez más, limpia y de aspecto respetable —sin una mota de suciedad, sin rastro del desorden que tanto odiaba y que parecía degradarme tanto—, bajé sigilosamente por una escalera de piedra con la ayuda de la barandilla, a un pasillo estrecho y bajo, y encontré mi camino al instante a la cocina.

Estaba llena de la fragancia del pan recién hecho y del calor de un fuego generoso. Hannah estaba horneando. Los prejuicios, es bien sabido, son de lo más difíciles de erradicar del corazón cuyo suelo nunca ha sido removido ni fertilizado por la educación; crecen allí, firmes como las malas hierbas entre las piedras. Hannah había sido fría y rígida, en verdad, al principio; últimamente había comenzado a

ablandarse un poco; y cuando me vio entrar ordenada y bien vestida, incluso sonrió.

—¡Vaya, te has levantado! —dijo—. Estás mejor, entonces. Puedes sentarte en mi silla en la losa del hogar, si quieres.

Señaló la mecedora; la tomé. Se afanaba, examinándome de vez en cuando con el rabillo del ojo. Volviéndose hacia mí, mientras sacaba unas hogazas del horno, preguntó bruscamente:

—¿Alguna vez has ido a mendigar antes de venir aquí?

Me indigné por un momento; pero recordando que la ira estaba fuera de lugar, y que de hecho le había parecido una mendiga, respondí tranquilamente, pero aún no sin una cierta y marcada firmeza:

—Se equivoca al suponer que soy una mendiga. No soy una mendiga; no más que usted o sus jóvenes señoras.

Tras una pausa, dijo:

—No entiendo yo eso. No tienes ni casa ni un céntimo, supongo.

—La falta de casa o de céntimos (con lo que supongo que se refiere a dinero) no convierte a una en mendiga en el sentido que usted le da a la palabra.

—¿Eres instruida? —inquirió al instante.

—Sí, mucho.

—¿Pero nunca has estado en un internado?

—Estuve en un internado ocho años.

Abrió los ojos de par en par.

—¿Por qué no puedes mantenerte, entonces?

—Me he mantenido; y, confío, me mantendré de nuevo. ¿Qué va a hacer con esas grosellas? —inquirí, mientras sacaba una cesta de la fruta.

—Hacer empanadas con ellas.

—Démelas y las desgranaré.

—No, no quiero que hagas nada.

—Pero debo hacer algo. Déjemelas.

Consintió; e incluso me trajo una toalla limpia para extender sobre mi vestido, «no sea», como dijo, «que lo ensucie».

—Se ve que no estáis acostumbrada al trabajo de criada, por vuestras manos —observó—. ¿Quizás habéis sido modista?

—No, se equivoca. Y ahora, no se preocupe por lo que he sido; no se rompa más la cabeza conmigo. Pero dígame el nombre de la casa donde estamos.

—Algunos la llaman Marsh End y otros la llaman Moor House.

—¿Y el caballero que vive aquí se llama señor St. John?

—No, él no vive aquí. Solo se queda un tiempo. Cuando está en casa, está en su propia parroquia en Morton.

—¿Ese pueblo a unas pocas millas?

—Sí.

—¿Y qué es él?

—Es un párroco.

Recordé la respuesta de la vieja ama de llaves de la rectoría, cuando había pedido ver al clérigo.

—¿Esta, entonces, era la residencia de su padre?

—Sí; el viejo señor Rivers vivió aquí, y su padre, y su abuelo, y su tatarabuelo antes que él.

—El nombre, entonces, de ese caballero, ¿es señor St. John Rivers?

—Sí; St. John es como su nombre de pila.

—¿Y sus hermanas se llaman Diana y Mary Rivers?

—Sí.

—¿Su padre ha muerto?

—Murió hace tres semanas de un ataque.

—¿No tienen madre?

—La señora lleva muerta muchos años.

—¿Ha vivido mucho tiempo con la familia?

—He vivido aquí treinta años. Los crie a los tres.

—Eso demuestra que debe de haber sido una sirvienta honesta y fiel. Diré eso en su favor, aunque haya tenido la descortesía de llamarme mendiga.

Volvió a mirarme con una mirada de sorpresa.

—Creo —dijo— que me equivoqué del todo en mis pensamientos sobre usted. Pero hay tantos tramposos por ahí que tenéis que perdonarme.

—Y aunque —continué, con bastante severidad—, quiso usted echarme de la puerta, en una noche en la que no debería haber dejado fuera ni a un perro.

—Bueno, fue duro. Pero, ¿qué puede hacer una? Pensé más en las niñas que en mí misma. ¡Pobrecillas! No tienen a nadie que cuide de ellas más que yo. Tengo que andar con ojo.

Mantuve un silencio grave durante algunos minutos.

—No debéis pensar tan mal de mí —observó de nuevo.

—Pero sí pienso mal de usted —dije—. Y le diré por qué: no tanto porque se negara a darme refugio o me considerara una impostora, como porque acaba de convertir en una especie de reproche que no tuviera «céntimos» ni casa. Algunas de las mejores personas que han existido han estado tan desamparadas como yo; y si usted es cristiana, no debería considerar la pobreza un crimen.

—No más debería —dijo—. El señor St. John también me lo dice; y veo que me equivoqué, pero tengo una idea completamente

diferente de usted ahora de la que tenía. Parece usted una criatura muy decente.

—Eso servirá. Ahora la perdono. Démonos la mano.

Puso su mano enharinada y callosa en la mía; otra sonrisa más cordial iluminó su rostro rudo, y desde ese momento fuimos amigas.

Hannah era evidentemente aficionada a hablar. Mientras yo desgranaba la fruta y ella hacía la masa para las empanadas, procedió a darme diversos detalles sobre su difunto amo y señora, y «las niñas», como llamaba a los jóvenes.

El viejo señor Rivers, dijo, era un hombre bastante sencillo, pero un caballero, y de una familia tan antigua como se podía encontrar. Marsh End había pertenecido a los Rivers desde que era una casa; y tenía, afirmó, «más de doscientos años, por mucho que pareciera un lugar pequeño y humilde, nada comparable con la gran mansión del señor Oliver en el valle de Morton. Pero ella recordaba al padre de Bill Oliver como un oficial de agujero; y los Rivers eran nobles en los viejos tiempos de los Enriques, como cualquiera podía ver mirando los registros en la sacristía de la iglesia de Morton». Aun así, admitió, «el viejo amo era como los demás, nada muy fuera de lo común: loco por la caza y la agricultura, y cosas por el estilo». La señora era diferente. Era una gran lectora y estudiaba mucho; y los «niños» habían salido a ella. No había nada como ellos en estas partes, ni lo había habido nunca. A los tres les había gustado aprender, casi desde que podían hablar; y siempre habían sido «de su propia casta». El señor St. John, cuando creciera, iría a la universidad y sería párroco; y las chicas, tan pronto como dejaran la escuela, buscarían puestos como institutrices. Pues le habían dicho que su padre había perdido hacía algunos años una gran cantidad de dinero por un hombre en quien había confiado que se declaró en bancarrota; y como ahora no era lo suficientemente rico para darles fortunas, debían proveerse por sí mismas. Habían vivido muy poco en casa durante mucho tiempo, y solo habían venido ahora para quedarse unas pocas semanas a causa de la muerte de su padre; pero les gustaba tanto Marsh End y Morton, y todos estos páramos y

colinas de alrededor. Habían estado en Londres y en muchas otras grandes ciudades; pero siempre decían que no había lugar como el hogar. Y además eran tan agradables entre sí, nunca reñían ni «discutían». No sabía dónde había una familia tan unida.

Habiendo terminado mi tarea de desgranar las grosellas, pregunté dónde estaban ahora las dos damas y su hermano.

—Han ido a Morton a dar un paseo; pero volverán en media hora para el té.

Regresaron dentro del tiempo que Hannah les había asignado. Entraron por la puerta de la cocina. El señor St. John, al verme, simplemente hizo una reverencia y pasó de largo; las dos damas se detuvieron. Mary, en pocas palabras, expresó amable y calmadamente el placer que sentía al verme lo suficientemente bien como para poder bajar. Diana me tomó la mano; sacudió la cabeza hacia mí.

—Deberías haber esperado mi permiso para descender —dijo—. Todavía pareces muy pálida, ¡y tan delgada! ¡Pobre niña! ¡Pobre muchacha!

Diana tenía una voz entonada, a mi oído, como el arrullo de una paloma. Poseía ojos cuya mirada me deleitaba encontrar. Todo su rostro me parecía lleno de encanto. El semblante de Mary era igualmente inteligente, sus rasgos igualmente bonitos; pero su expresión era más reservada y sus modales, aunque gentiles, más distantes. Diana miraba y hablaba con cierta autoridad. Tenía una voluntad, evidentemente. Era mi naturaleza sentir placer en ceder a una autoridad apoyada como la suya, y doblegarme, donde mi conciencia y mi respeto propio lo permitieran, a una voluntad activa.

—¿Y qué haces aquí? —continuó—. No es tu lugar. Mary y yo nos sentamos en la cocina a veces porque en casa nos gusta ser libres, incluso hasta la licencia, pero tú eres una visitante y debes ir al salón.

—Estoy muy bien aquí.

—En absoluto, con Hannah ajetreada y cubriéndote de harina.

—Además, el fuego está demasiado caliente para ti —interpuso Mary.

—Por supuesto —añadió su hermana—. Vamos, debes ser obediente. —Y aún sosteniendo mi mano, me hizo levantarme y me condujo a la habitación interior.

—Siéntate ahí —dijo, colocándome en el sofá—, mientras nos quitamos nuestras cosas y preparamos el té. Es otro privilegio que ejercemos en nuestro pequeño hogar del páramo: preparar nuestras propias comidas cuando nos apetece, o cuando Hannah está horneando, elaborando cerveza, lavando o planchando.

Cerró la puerta, dejándome solus con el señor St. John, que estaba sentado enfrente, con un libro o un periódico en la mano. Examiné, primero, el salón, y luego a su ocupante.

El salón era una habitación más bien pequeña, muy sencillamente amueblada, pero cómoda, porque estaba limpia y ordenada. Las sillas antiguas estaban muy brillantes y la mesa de nogal era como un espejo. Unos pocos retratos extraños y antiguos de hombres y mujeres de otros tiempos decoraban las paredes teñidas; un armario con puertas de cristal contenía algunos libros y un antiguo juego de porcelana. No había ningún adorno superfluo en la habitación, ni una sola pieza de mobiliario moderno, salvo un par de costureros y un escritorio de señora de palisandro, que estaba sobre una mesa auxiliar. Todo —incluida la alfombra y las cortinas— parecía a la vez muy usado y bien conservado.

El señor St. John —sentado tan quieto como uno de los polvorientos cuadros de las paredes, manteniendo los ojos fijos en la página que leía y los labios mudamente sellados— era bastante fácil de examinar. Si hubiera sido una estatua en lugar de un hombre, no podría haber sido más fácil. Era joven, quizás de veintiocho a treinta años, alto, esbelto; su rostro cautivaba la mirada. Era como un rostro griego, muy puro de contorno: una nariz completamente recta y clásica; una boca y una barbilla completamente atenienses. Rara

vez, en verdad, un rostro inglés se acerca tanto a los modelos antiguos como lo hacía el suyo. Bien podría haberse sentido un poco escandalizado por la irregularidad de mis rasgos, siendo los suyos tan armoniosos. Sus ojos eran grandes y azules, con pestañas castañas; su alta frente, incolora como el marfil, estaba parcialmente surcada por descuidados mechones de cabello rubio.

Esta es una delineación amable, ¿no es así, lector? Sin embargo, aquel a quien describe apenas impresionaba con la idea de una naturaleza amable, o dócil, o impresionable, o incluso plácida. Tan quieto como estaba sentado ahora, había algo en su nariz, su boca, su frente, que, a mi percepción, indicaba elementos internos ya sea inquietos, o duros, o ansiosos. No me dirigió ni una palabra, ni siquiera una mirada, hasta que sus hermanas regresaron. Diana, al entrar y salir mientras preparaba el té, me trajo un pequeño pastel, horneado en la parte superior del horno.

—Come eso ahora —dijo—. Debes de tener hambre. Hannah dice que no has comido más que unas gachas desde el desayuno.

No lo rechacé, pues mi apetito estaba despierto y agudo. El señor Rivers cerró entonces su libro, se acercó a la mesa y, al tomar asiento, fijó sus ojos azules de aspecto pictórico directamente en mí. Había una franqueza sin ceremonias, una fijeza inquisitiva y decidida en su mirada ahora, que delataba que la intención, y no la timidez, la había mantenido hasta ahora apartada del extraño.

—Tiene usted mucha hambre —dijo.

—La tengo, señor. —Es mi manera, siempre fue mi manera, por instinto, responder siempre a lo breve con brevedad, a lo directo con sencillez.

—Es bueno para usted que una fiebre baja la haya obligado a abstenerse durante los últimos tres días. Habría habido peligro en ceder a los antojos de su apetito al principio. Ahora puede comer, aunque todavía no inmoderadamente.

—Confío en no comer mucho tiempo a su costa, señor —fue mi respuesta, muy torpemente concebida y poco pulida.

—No —dijo fríamente—. Cuando nos haya indicado la residencia de sus amigos, podemos escribirles y podrá ser devuelta a su hogar.

—Eso, debo decirle claramente, está fuera de mi alcance; estando absolutamente sin hogar y sin amigos.

Los tres me miraron, pero no con desconfianza. Sentí que no había sospecha en sus miradas; había más de curiosidad. Hablo particularmente de las jóvenes damas. Los ojos de St. John, aunque bastante claros en un sentido literal, en uno figurado eran difíciles de sondear. Parecía usarlos más como instrumentos para escudriñar los pensamientos de otras personas que como agentes para revelar los suyos propios; cuya combinación de agudeza y reserva era considerablemente más calculada para avergonzar que para alentar.

—¿Quiere decir —preguntó— que está usted completamente aislada de toda conexión?

—Así es. Ni un solo lazo me une a ningún ser vivo; ni una sola reclamación poseo para ser admitida bajo ningún techo en Inglaterra.

—¡Una posición de lo más singular a su edad!

Aquí vi su mirada dirigida a mis manos, que estaban cruzadas sobre la mesa ante mí. Me pregunté qué buscaba allí; sus palabras pronto explicaron la búsqueda.

—¿Nunca ha estado casada? ¿Es usted soltera?

Diana se rio.

—Vaya, no puede tener más de diecisiete o dieciocho años, St. John —dijo.

—Tengo casi diecinueve, pero no estoy casada. No.

Sentí un ardor subir a mi rostro, pues amargos y agitados recuerdos fueron despertados por la alusión al matrimonio. Todos vieron la vergüenza y la emoción. Diana y Mary me aliviaron al desviar sus ojos a otra parte que no fuera mi rostro carmesí; pero el

hermano más frío y severo continuó mirando, hasta que la turbación que había excitado forzó las lágrimas además del color.

—¿Dónde residió por última vez? —preguntó ahora.

—Eres demasiado inquisitivo, St. John —murmuró Mary en voz baja; pero él se inclinó sobre la mesa y exigió una respuesta con una segunda mirada firme y penetrante.

—El nombre del lugar donde, y de la persona con quien viví, es mi secreto —repliqué concisamente.

—El cual, si le parece, tiene, en mi opinión, derecho a guardar, tanto de St. John como de cualquier otro interrogador —observó Diana.

—Sin embargo, si no sé nada sobre usted o su historia, no puedo ayudarla —dijo él—. Y necesita ayuda, ¿no es así?

—La necesito y la busco, señor, hasta el punto de que algún verdadero filántropo me ponga en camino de conseguir un trabajo que pueda hacer y cuya remuneración me mantenga, aunque sea en las más básicas necesidades de la vida.

—No sé si soy un verdadero filántropo; sin embargo, estoy dispuesto a ayudarla en la medida de mi poder en un propósito tan honesto. Primero, entonces, dígame a qué ha estado acostumbrada y qué sabe hacer.

Ya me había tragado el té. Me sentí poderosamente refrescada por la bebida; tanto como un gigante con vino. Dio nuevo tono a mis nervios destensados y me permitió dirigirme a este penetrante joven juez con firmeza.

—Señor Rivers —dije, volviéndome hacia él y mirándolo, como él me miraba a mí, abiertamente y sin timidez—, usted y sus hermanas me han hecho un gran servicio, el mayor que un hombre puede hacer a su prójimo. Me han rescatado, con su noble hospitalidad, de la muerte. Este beneficio conferido les da un derecho ilimitado sobre mi gratitud y un derecho, hasta cierto punto, sobre mi confianza. Le contaré tanto de la historia de la errante que ha albergado como

pueda contar sin comprometer mi propia paz mental, mi propia seguridad, moral y física, y la de otros.

»Soy huérfana, hija de un clérigo. Mis padres murieron antes de que pudiera conocerlos. Fui criada como una dependienta; educada en una institución de caridad. Incluso le diré el nombre del establecimiento, donde pasé seis años como alumna y dos como maestra: el Orfanato de Lowood, en ...shire. Habrá oído hablar de él, señor Rivers. El reverendo Robert Brocklehurst es el tesorero.

—He oído hablar del señor Brocklehurst y he visto la escuela.

—Dejé Lowood hace casi un año para convertirme en institutriz particular. Obtuve un buen puesto y fui feliz. Este lugar me vi obligada a dejarlo cuatro días antes de venir aquí. La razón de mi partida no puedo ni debo explicarla; sería inútil, peligroso y sonaría increíble. No recayó ninguna culpa sobre mí. Estoy tan libre de culpabilidad como cualquiera de ustedes tres. Soy desdichada, y debo serlo por un tiempo; pues la catástrofe que me expulsó de una casa que había encontrado un paraíso fue de una naturaleza extraña y terrible. Observé solo dos puntos al planear mi partida: velocidad, secreto. Para asegurar estos, tuve que dejar atrás todo lo que poseía, excepto un pequeño paquete; que, en mi prisa y turbación mental, olvidé sacar de la diligencia que me trajo a Whitcross. A esta vecindad, pues, llegué, completamente desamparada. Dormí dos noches al aire libre y vagué unos dos días sin cruzar un umbral. Pero dos veces en ese lapso de tiempo probé comida; y fue cuando, llevada por el hambre, el agotamiento y la desesperación casi al último suspiro, usted, señor Rivers, me impidió perecer de necesidad en su puerta y me acogió bajo el amparo de su techo. Sé todo lo que sus hermanas han hecho por mí desde entonces, pues no he estado insensible durante mi aparente letargo, y les debo a su compasión espontánea, genuina y cordial una deuda tan grande como a su caridad evangélica.

—No la hagas hablar más ahora, St. John —dijo Diana, mientras yo hacía una pausa—. Evidentemente, aún no está en condiciones de excitarse. Ven al sofá y siéntate ahora, señorita Elliott.

Di un involuntario medio sobresalto al oír el alias. Había olvidado mi nuevo nombre. El señor Rivers, a quien nada parecía escapársele, lo notó al instante.

—¿Dijo que su nombre era Jane Elliott? —observó.

—Sí, lo dije; y es el nombre por el que creo conveniente ser llamada en el presente, pero no es mi nombre real, y cuando lo oigo, me suena extraño.

—¿Su nombre real no lo dará?

—No. Temo ser descubierta por encima de todas las cosas; y cualquier revelación que conduzca a ello, la evito.

—Tiene toda la razón, estoy segura —dijo Diana—. Ahora, hermano, déjala en paz un rato.

Pero cuando St. John hubo meditado unos momentos, reanudó tan imperturbablemente y con tanta agudeza como siempre.

—No le gustaría depender mucho tiempo de nuestra hospitalidad; desearía, veo, prescindir tan pronto como sea posible de la compasión de mis hermanas y, sobre todo, de mi caridad (soy bastante sensible a la distinción hecha, ni la resiento, es justa). ¿Desea ser independiente de nosotros?

—Sí, ya lo he dicho. Muéstreme cómo trabajar o cómo buscar trabajo; eso es todo lo que pido ahora. Luego, déjeme ir, aunque sea a la más humilde cabaña; pero hasta entonces, permítame quedarme aquí. Temo otro ensayo de los horrores de la indigencia sin hogar.

—En verdad, se quedará aquí —dijo Diana, poniendo su blanca mano en mi cabeza.

—Se quedará —repitió Mary, en el tono de sinceridad poco demostrativa que parecía natural en ella.

—Mis hermanas, ya ve, sienten un placer en retenerla —dijo el señor St. John—, como sentirían un placer en retener y cuidar a un pájaro medio helado que algún viento invernal hubiera arrojado por

su ventanal. Yo siento más inclinación a ponerla en camino de mantenerse por sí misma, y me esforzaré por hacerlo; pero observe, mi esfera es estrecha. No soy más que el párroco de una pobre parroquia rural. Mi ayuda debe ser del tipo más humilde. Y si está inclinada a despreciar el día de las pequeñas cosas, busque un socorro más eficiente que el que yo puedo ofrecer.

—Ya ha dicho que está dispuesta a hacer cualquier cosa honesta que pueda hacer —respondió Diana por mí—. Y sabes, St. John, que no tiene elección de ayudantes; se ve obligada a conformarse con gente tan áspera como tú.

—Seré modista; seré costurera de labor sencilla; seré sirvienta, niñera, si no puedo ser nada mejor —respondí.

—Correcto —dijo el señor St. John, con bastante frialdad—. Si tal es su espíritu, prometo ayudarla, a mi tiempo y a mi manera.

Reanudó entonces el libro con el que había estado ocupado antes del té. Pronto me retiré, pues había hablado tanto y estado levantada tanto tiempo como mis fuerzas actuales me lo permitían.

Capítulo XXX

Cuanto más conocía a los moradores de Moor House, más me gustaban. En pocos días había recuperado tanto mi salud que podía estar sentada todo el día y salir a pasear a veces. Podía unirme a Diana y a Mary en todas sus ocupaciones, conversar con ellas tanto como desearan y ayudarlas cuando y donde me lo permitieran. Había un placer revivificador en esta relación, de un tipo que ahora

probaba por primera vez: el placer que surge de una perfecta congenialidad de gustos, sentimientos y principios.

Me gustaba leer lo que a ellas les gustaba leer; lo que ellas disfrutaban, me deleitaba; lo que ellas aprobaban, yo lo reverenciaba. Amaban su hogar apartado. Yo también, en la estructura gris, pequeña y antigua, con su techo bajo, sus ventanales de celosía, sus muros desmoronados, su avenida de abetos añosos —todos crecidos de lado bajo la tensión de los vientos de montaña—; su jardín, oscuro de tejos y acebos, y donde no florecían sino las especies más resistentes, encontré un encanto a la vez potente y permanente. Se aferraban a los páramos púrpuras detrás y alrededor de su morada, al valle hueco en el que descendía el sendero de herradura de guijarros que partía de su verja, y que serpenteaba primero entre bancales de helechos y luego entre algunos de los más salvajes pequeños pastizales que jamás bordearon un yermo de brezo o dieron sustento a un rebaño de ovejas grises del páramo, con sus corderitos de cara musgosa. Se aferraban a esta escena, digo, con un perfecto entusiasmo de apego. Podía comprender el sentimiento y compartir tanto su fuerza como su verdad. Vi la fascinación del lugar. Sentí la consagración de su soledad. Mi ojo se deleitaba en el contorno de la ondulación y la extensión, en el colorido salvaje comunicado a la cresta y al valle por el musgo, por la campanilla de brezo, por el césped salpicado de flores, por el helecho brillante y el peñasco de granito meloso. Estos detalles eran para mí exactamente lo que eran para ellas: tantas fuentes puras y dulces de placer. El fuerte vendaval y la suave brisa; el día rudo y el apacible; las horas del amanecer y del atardecer; la luz de la luna y la noche nublada, desarrollaron para mí, en estas regiones, la misma atracción que para ellas, envolvieron mis facultades con el mismo hechizo que encantaba las suyas.

Dentro de casa nos entendíamos igual de bien. Ambas eran más cultas y leídas que yo; pero con avidez seguí el camino del conocimiento que ellas habían hollado antes que yo. Devoré los libros que me prestaron; entonces era una satisfacción plena discutir con ellas por la noche lo que había leído durante el día. Pensamiento

encajaba con pensamiento; opinión se encontraba con opinión. Coincidíamos, en resumen, perfectamente.

Si en nuestro trío había una superior y una líder, era Diana. Físicamente, me superaba con creces: era guapa; era vigorosa. En su vitalidad había una afluencia de vida y una certeza de flujo tales que excitaban mi asombro, mientras desconcertaban mi comprensión. Yo podía hablar un rato cuando comenzaba la tarde, pero una vez pasada la primera efusión de vivacidad y fluidez, me complacía sentarme en un taburete a los pies de Diana, apoyar la cabeza en su rodilla y escuchar alternativamente a ella y a Mary, mientras ellas exploraban a fondo el tema que yo solo había tocado. Diana se ofreció a enseñarme alemán. Me gustaba aprender de ella; vi que el papel de instructora le agradaba y le convenía; el de alumna me agradaba y me convenía no menos. Nuestras naturalezas encajaban perfectamente. El afecto mutuo, del tipo más fuerte, fue el resultado. Descubrieron que sabía dibujar; sus lápices y cajas de colores estuvieron inmediatamente a mi servicio. Mi habilidad, mayor en este único punto que la de ellas, las sorprendió y encantó. Mary se sentaba y me observaba durante horas; luego tomaba lecciones; y resultó ser una alumna dócil, inteligente y asidua. Así ocupadas y mutuamente entretenidas, los días pasaban como horas y las semanas como días.

En cuanto al señor St. John, la intimidad que había surgido tan natural y rápidamente entre sus hermanas y yo no se extendió a él. Una razón de la distancia que aún se observaba entre nosotros era que rara vez estaba en casa; una gran proporción de su tiempo parecía dedicada a visitar a los enfermos y a los pobres entre la dispersa población de su parroquia.

Ningún tiempo parecía obstaculizarlo en estas excursiones pastorales. Lloviera o hiciera buen tiempo, cuando terminaban sus horas de estudio matutino, tomaba su sombrero y, seguido por el viejo pointer de su padre, Carlo, salía en su misión de amor o de deber; apenas sé bajo qué luz la consideraba. A veces, cuando el día

era muy desfavorable, sus hermanas protestaban. Él entonces decía, con una sonrisa peculiar, más solemne que alegre:

—Y si dejo que una ráfaga de viento o una llovizna me aparten de estas tareas fáciles, ¿qué preparación sería tal pereza para el futuro que me propongo?

La respuesta general de Diana y Mary a esta pregunta era un suspiro y algunos minutos de meditación aparentemente lúgubre.

Pero además de sus frecuentes ausencias, había otra barrera para la amistad con él: parecía de naturaleza reservada, abstraída e incluso melancólica. Celoso en sus labores ministeriales, irreprochable en su vida y hábitos, no parecía, sin embargo, disfrutar de esa serenidad mental, de ese contento interior que debería ser la recompensa de todo cristiano sincero y filántropo práctico. A menudo, por la tarde, cuando se sentaba en la ventana, con su escritorio y sus papeles ante él, dejaba de leer o escribir, apoyaba la barbilla en la mano y se entregaba a no sé qué curso de pensamiento; pero que era perturbado y excitante se podía ver en el frecuente destello y la cambiante dilatación de su ojo.

Creo, además, that a naturaleza no era para él ese tesoro de deleite que era para sus hermanas. Expresó una vez, y solo una vez en mi presencia, un fuerte sentido del encanto rudo de las colinas y un afecto innato por el techo oscuro y los muros canosos que llamaba su hogar; pero había más de melancolía que de placer en el tono y las palabras en que se manifestaba el sentimiento; y nunca pareció vagar por los páramos por el bien de su silencio tranquilizador, nunca buscar o deleitarse en los mil placeres pacíficos que podían ofrecer.

Tan poco comunicativo como era, pasó algún tiempo antes de que tuviera la oportunidad de medir su mente. La primera idea de su calibre la obtuve cuando lo oí predicar en su propia iglesia de Morton. Ojalá pudiera describir ese sermón, pero está más allá de mi poder. Ni siquiera puedo reproducir fielmente el efecto que produjo en mí.

Comenzó con calma, y de hecho, en lo que respecta a la dicción y al tono de voz, fue tranquilo hasta el final. Un celo sinceramente sentido, pero estrictamente contenido, se respiró pronto en los acentos nítidos e impulsó el lenguaje nervioso. Esto creció en fuerza, comprimido, condensado, controlado. El corazón se estremeció, la mente se asombró por el poder del predicador; ninguno de los dos se ablandó. A lo largo de todo él hubo una extraña amargura, una ausencia de dulzura consoladora. Eran frecuentes las alusiones severas a las doctrinas calvinistas: elección, predestinación, reprobación; y cada referencia a estos puntos sonaba como una sentencia pronunciada para la perdición. Cuando hubo terminado, en lugar de sentirme mejor, más tranquila, más iluminada por su discurso, experimenté una tristeza inexpresable; pues me pareció —no sé si igualmente a otros— que la elocuencia que había estado escuchando había surgido de una profundidad donde yacían turbios posos de decepción, donde se movían impulsos perturbadores de anhelos insaciables y aspiraciones inquietantes. Estaba segura de que St. John Rivers —de vida pura, concienzudo, celoso como era— aún no había encontrado esa paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento. No la había encontrado más, pensé, que yo con mis arrepentimientos ocultos y torturadores por mi ídolo roto y mi elíseo perdido, arrepentimientos a los que últimamente he evitado referirme, pero que me poseían y tiranizaban despiadadamente.

Mientras tanto, había pasado un mes. Diana y Mary pronto dejarían Moor House y regresarían a la vida y escena muy diferentes que les esperaban, como institutrices en una gran ciudad de moda del sur de Inglaterra, donde cada una ocupaba un puesto en familias cuyos miembros ricos y altivos las consideraban solo humildes dependientas, y que ni conocían ni buscaban sus excelencias innatas, y apreciaban solo sus habilidades adquiridas como apreciaban la destreza de su cocinero o el gusto de su doncella. El señor St. John aún no me había dicho nada sobre el empleo que me había prometido conseguir; sin embargo, se volvía urgente que tuviera una vocación de algún tipo. Una mañana, al quedarme sola con él unos minutos en el salón, me aventuré a acercarme al hueco

de la ventana —que su mesa, silla y escritorio consagraban como una especie de estudio—, e iba a hablar, aunque no sabía muy bien en qué palabras enmarcar mi pregunta —pues siempre es difícil romper el hielo de la reserva que recubre naturalezas como la suya —, cuando me ahorró la molestia al ser el primero en iniciar un diálogo.

Levantando la vista al acercarme:

—¿Tiene una pregunta que hacerme? —dijo.

—Sí; deseo saber si ha oído hablar de algún servicio que pueda ofrecerme a emprender.

—Encontré o ideé algo para usted hace tres semanas; pero como parecía a la vez útil y feliz aquí, como mis hermanas evidentemente se habían encariñado con usted y su compañía les daba un placer inusual, consideré inoportuno interrumpir su mutua comodidad hasta que su próxima partida de Marsh End hiciera necesaria la suya.

—¿Y se irán en tres días ahora? —dije.

—Sí; y cuando se vayan, volveré a la rectoría de Morton. Hannah me acompañará; y esta vieja casa se cerrará.

Esperé unos momentos, esperando que continuara con el tema abordado al principio; pero parecía haber entrado en otro tren de reflexión. Su mirada denotaba abstracción de mí y de mi asunto. Me vi obligada a recordarle un tema que era, por necesidad, de interés cercano y ansioso para mí.

—¿Cuál es el empleo que tenía en mente, señor Rivers? Espero que esta demora no haya aumentado la dificultad de asegurarlo.

—Oh, no; ya que es un empleo que depende solo de mí darlo y de usted aceptarlo.

Volvió a hacer una pausa. Parecía haber una renuencia a continuar. Me impacienté. Un movimiento inquieto o dos, y una mirada ansiosa y exigente fijada en su rostro, le transmitieron el

sentimiento tan eficazmente como las palabras podrían haberlo hecho, y con menos problemas.

—No necesita tener prisa por oír —dijo—. Permítame decirle con franqueza que no tengo nada elegible o rentable que sugerir. Antes de explicar, recuerde, si le parece, mi aviso, claramente dado, de que si la ayudaba, debía ser como el ciego ayudaría al cojo. Soy pobre; pues descubro que, cuando haya pagado las deudas de mi padre, todo el patrimonio que me quedará será esta granja en ruinas, la hilera de abetos arrasados detrás y la parcela de suelo de páramo, con los tejos y los acebos delante. Soy oscuro. Rivers es un nombre antiguo; pero de los tres únicos descendientes de la estirpe, dos se ganan la corteza del dependiente entre extraños, y el tercero se considera un extranjero de su país natal, no solo en vida, sino en la muerte. Sí, y se considera, y está obligado a considerarse, honrado por la suerte, y solo aspira al día en que la cruz de la separación de los lazos carnales sea puesta sobre sus hombros, y cuando la Cabeza de esa iglesia militante de cuyos más humildes miembros él es uno, dé la orden: "¡Levántate, sígueme!".

St. John dijo estas palabras como pronunciaba sus sermones, con una voz tranquila y profunda; con una mejilla sin rubor y un resplandor centelleante en la mirada. Reanudó:

—Y como yo mismo soy pobre y oscuro, solo puedo ofrecerle un servicio de pobreza y oscuridad. Usted puede incluso pensar que es degradante, pues veo ahora que sus hábitos han sido lo que el mundo llama refinados; sus gustos se inclinan a lo ideal y su sociedad ha sido, al menos, entre los educados. Pero yo considero que ningún servicio degrada que pueda mejorar nuestra raza. Sostengo que cuanto más árido e inculto sea el suelo donde se le asigna al labrador cristiano la tarea de labranza, cuanto más escasa sea la recompensa que su trabajo traiga, mayor será el honor. El suyo, en tales circunstancias, es el destino del pionero; y los primeros pioneros del Evangelio fueron los Apóstoles, su capitán fue Jesús, el Redentor mismo.

—¿Y bien? —dije, mientras volvía a hacer una pausa—. Prosiga.

Me miró antes de proseguir; de hecho, pareció leer tranquilamente mi rostro, como si sus rasgos y líneas fueran caracteres en una página. Las conclusiones extraídas de este escrutinio las expresó parcialmente en sus observaciones siguientes.

—Creo que aceptará el puesto que le ofrezco —dijo—, y lo mantendrá por un tiempo. No permanentemente, sin embargo; no más de lo que yo podría mantener permanentemente el estrecho y cada vez más estrecho, el tranquilo y oculto oficio de párroco rural inglés; pues en su naturaleza hay una aleación tan perjudicial para el reposo como la que hay en la mía, aunque de un tipo diferente.

—Explíquese, por favor —insistí, cuando se detuvo una vez más.

—Lo haré; y oirá cuán pobre es la propuesta, cuán trivial, cuán limitante. No me quedaré mucho tiempo en Morton, ahora que mi padre ha muerto y que soy mi propio amo. Dejaré el lugar probablemente en el transcurso de un año; pero mientras me quede, me esforzaré al máximo por su mejora. Morton, cuando llegué hace dos años, no tenía escuela. Los hijos de los pobres estaban excluidos de toda esperanza de progreso. Establecí una para niños; ahora tengo la intención de abrir una segunda escuela para niñas. He alquilado un edificio para tal fin, con una casita de dos habitaciones adosada para la casa de la maestra. Su salario será de treinta libras al año. Su casa ya está amueblada, muy sencillamente, pero suficientemente, por la amabilidad de una dama, la señorita Oliver; la única hija del único hombre rico de mi parroquia, el señor Oliver, propietario de una fábrica de agujas y una fundición de hierro en el valle. La misma dama paga la educación y la ropa de una huérfana del hospicio, con la condición de que ayude a la maestra en las tareas domésticas relacionadas con su propia casa y la escuela que su ocupación de enseñar le impedirá tener tiempo de desempeñar en persona. ¿Será usted esta maestra?

Hizo la pregunta con bastante prisa; parecía esperar a medias un rechazo indignado o, al menos, desdeñoso de la oferta. No conociendo todos mis pensamientos y sentimientos, aunque adivinando algunos, no podía decir bajo qué luz me parecería la

suerte. En verdad era humilde, pero entonces estaba resguardada, y yo quería un asilo seguro. Era laboriosa, pero entonces, comparada con la de una institutriz en una casa rica, era independiente; y el miedo a la servidumbre con extraños entraba en mi alma como hierro. No era innoble, ni indigna, ni mentalmente degradante. Tomé mi decisión.

—Le agradezco la propuesta, señor Rivers, y la acepto con todo mi corazón.

—¿Pero me comprende? —dijo—. Es una escuela de pueblo. Sus alumnas serán solo niñas pobres, hijas de campesinos; en el mejor de los casos, hijas de granjeros. Tejer, coser, leer, escribir, contar, será todo lo que tendrá que enseñar. ¿Qué hará con sus habilidades? ¿Qué, con la mayor parte de su mente, sus sentimientos, sus gustos?

—Guardarlos hasta que se necesiten. Se conservarán.

—¿Sabe lo que emprende, entonces?

—Sí.

Sonrió entonces; y no una sonrisa amarga o triste, sino una bien complacida y profundamente gratificada.

—¿Y cuándo comenzará el ejercicio de su función?

—Iré a mi casa mañana y abriré la escuela, si le parece, la próxima semana.

—Muy bien, que así sea.

Se levantó y caminó por la habitación. Deteniéndose, volvió a mirarme. Sacudió la cabeza.

—¿Qué desaprueba, señor Rivers? —pregunté.

—No se quedará mucho tiempo en Morton. ¡No, no!

—¿Por qué? ¿Cuál es su razón para decir eso?

—Lo leo en su ojo; no es de esa descripción que promete el mantenimiento de un tenor de vida uniforme.

—No soy ambiciosa.

Se sobresaltó ante la palabra «ambiciosa». Repitió:

—No. ¿Qué le hizo pensar en la ambición? ¿Quién es ambicioso? Sé que yo lo soy, ¿pero cómo lo descubrió?

—Hablaba de mí misma.

—Bueno, si no es usted ambiciosa, es... —hizo una pausa.

—¿Qué?

—Iba a decir, apasionada; pero quizás habría malinterpretado la palabra y se habría disgustado. Quiero decir que los afectos y las simpatías humanas tienen un dominio muy poderoso sobre usted. Estoy seguro de que no puede contentarse mucho tiempo con pasar su ocio en soledad y dedicar sus horas de trabajo a una labor monótona y totalmente carente de estímulo; no más de lo que yo puedo contentarme —añadió, con énfasis— con vivir aquí enterrado en un pantano, encerrado entre montañas; mi naturaleza, que Dios me dio, contrariada; mis facultades, otorgadas por el cielo, paralizadas, inutilizadas. Oye ahora cómo me contradigo. Yo, que prediqué el contentamiento con una suerte humilde y justifiqué la vocación incluso de leñadores y aguadores al servicio de Dios, yo, Su ministro ordenado, casi desvarío en mi inquietud. Bueno, las propensioniones y los principios deben reconciliarse de alguna manera.

Salió de la habitación. En esta breve hora había aprendido más de él que en todo el mes anterior; sin embargo, todavía me desconcertaba.

Diana y Mary Rivers se volvieron más tristes y silenciosas a medida que se acercaba el día de dejar a su hermano y su hogar. Ambas intentaron parecer como de costumbre; pero la pena contra la que tenían que luchar era una que no podía ser completamente conquistada u ocultada. Diana insinuó que esta sería una despedida diferente a cualquiera que hubieran conocido hasta ahora.

Probablemente, en lo que respecta a St. John, sería una despedida por años; podría ser una despedida para toda la vida.

—Lo sacrificará todo a sus resoluciones largamente meditadas —dijo—; el afecto natural y sentimientos aún más potentes. St. John parece tranquilo, Jane; pero esconde una fiebre en sus entrañas. Pensarías que es apacible, pero en algunas cosas es inexorable como la muerte; y lo peor de todo es que mi conciencia apenas me permite disuadirlo de su severa decisión. Ciertamente, no puedo culparlo ni por un momento por ello. ¡Es correcto, noble, cristiano; sin embargo, me rompe el corazón! —Y las lágrimas brotaron de sus hermosos ojos. Mary inclinó la cabeza sobre su labor.

—Ahora estamos sin padre; pronto estaremos sin hogar y sin hermano —murmuró.

En ese momento sobrevino un pequeño accidente, que pareció decretado por el destino a propósito para probar la verdad del adagio de que «las desgracias nunca vienen solas», y para añadir a sus aflicciones la vejación del resbalón entre la copa y el labio. St. John pasó por la ventana leyendo una carta. Entró.

—Nuestro tío John ha muerto —dijo.

Ambas hermanas parecieron impresionadas; no conmocionadas ni consternadas. La noticia pareció en sus ojos más trascendental que aflictiva.

—¿Muerto? —repitió Diana.

—Sí.

Fijó una mirada inquisitiva en el rostro de su hermano.

—¿Y entonces qué? —demandó, en voz baja.

—¿Qué entonces, Die? —replicó él, manteniendo una inmovilidad de mármol en sus rasgos—. ¿Qué entonces? Pues... nada. Lee.

Le arrojó la carta al regazo. Ella la ojeó y se la pasó a Mary. Mary la leyó en silencio y se la devolvió a su hermano. Los tres se miraron y los tres sonrieron, una sonrisa bastante lúgubre y pensativa.

—¡Amén! Aún podemos vivir —dijo Diana al fin.

—En cualquier caso, no nos deja peor de lo que estábamos antes —observó Mary.

—Solo que fuerza con bastante intensidad en la mente la imagen de lo que podría haber sido —dijo el señor Rivers—, y la contrasta de manera demasiado vívida con lo que es.

Dobló la carta, la guardó con llave en su escritorio y volvió a salir.

Durante algunos minutos nadie habló. Diana se volvió entonces hacia mí.

—Jane, se maravillará de nosotros y de nuestros misterios —dijo —, y nos considerará seres desalmados por no conmovernos más ante la muerte de un pariente tan cercano como un tío; pero nunca lo hemos visto ni conocido. Era hermano de mi madre. Mi padre y él riñeron hace mucho tiempo. Fue por su consejo que mi padre arriesgó la mayor parte de su propiedad en la especulación que lo arruinó. Hubo recriminaciones mutuas entre ellos. Se separaron enojados y nunca se reconciliaron. Mi tío se dedicó después a empresas más prósperas. Parece que amasó una fortuna de veinte mil libras. Nunca se casó y no tenía parientes cercanos más que nosotros y otra persona, no más estrechamente emparentada que nosotros. Mi padre siempre abrigó la idea de que expiaría su error dejándonos sus posesiones. Esa carta nos informa de que ha legado cada centavo al otro pariente, con la excepción de treinta guineas, a dividir entre St. John, Diana y Mary Rivers, para la compra de tres anillos de luto. Tenía derecho, por supuesto, a hacer lo que le placiera; y sin embargo, un abatimiento momentáneo se cierne sobre los espíritus al recibir tales noticias. Mary y yo nos habríamos considerado ricas con mil libras cada una; y para St. John tal suma habría sido valiosa, por el bien que le habría permitido hacer.

Dada esta explicación, se abandonó el tema y no se hizo más referencia a él ni por parte del señor Rivers ni de sus hermanas. Al día siguiente dejé Marsh End para ir a Morton. Al día siguiente, Diana y Mary lo abandonaron para ir a la lejana B... En una semana,

el señor Rivers y Hannah se trasladaron a la rectoría. Y así, la vieja granja fue abandonada.

Capítulo XXXI

Mi hogar, entonces, cuando por fin encuentro un hogar, es una cabaña; una pequeña habitación con paredes encaladas y un suelo enarenado, que contiene cuatro sillas pintadas y una mesa, un reloj, un armario con dos o tres platos y fuentes, y un juego de té de loza de Delft. Arriba, una cámara de las mismas dimensiones que la cocina, con un catre de pino y una cómoda; pequeña, pero demasiado grande para ser llenada con mi escaso vestuario, aunque la amabilidad de mis gentiles y generosos amigos lo ha aumentado con una modesta provisión de las cosas necesarias.

Es de noche. He despedido, con el pago de una naranja, a la pequeña huérfana que me sirve de criada. Estoy sentada sola junto al hogar. Esta mañana se inauguró la escuela del pueblo. Tuve veinte alumnas. Pero solo tres de ellas saben leer; ninguna escribir ni contar. Varias tejen y unas pocas cosen un poco. Hablan con el acento más cerrado del distrito. Por el momento, ellas y yo tenemos dificultades para entendernos el idioma. Algunas de ellas son maleducadas, rudas, intratables, además de ignorantes; pero otras son dóciles, tienen ganas de aprender y manifiestan una disposición que me agrada. No debo olvidar que estas pequeñas campesinas toscamente vestidas son de carne y hueso tan buenos como los vástagos de la más noble genealogía; y que los gérmenes de la excelencia nativa, el refinamiento, la inteligencia, el sentimiento bondadoso, tienen tantas probabilidades de existir en sus corazones

como en los de los mejor nacidos. Mi deber será desarrollar estos gérmenes. Seguramente encontraré alguna felicidad en el desempeño de ese oficio. No espero mucho goce en la vida que se abre ante mí; sin embargo, sin duda, si regulo mi mente y ejerzo mis poderes como debo, me proporcionará lo suficiente para vivir día a día.

¿Estuve muy alegre, asentada, contenta, durante las horas que pasé en aquella desnuda y humilde aula esta mañana y esta tarde? Para no engañarme a mí misma, debo responder: no. Me sentí desolada hasta cierto punto. Me sentí —sí, idiota que soy— me sentí degradada. Dudé de haber dado un paso que me hundía en lugar de elevarme en la escala de la existencia social. Me consternó débilmente la ignorancia, la pobreza, la tosquedad de todo lo que oía y veía a mi alrededor. Pero no me odie ni me desprecie demasiado por estos sentimientos; sé que son erróneos, eso es un gran paso ganado; me esforzaré por superarlos. Mañana, confío, los superaré parcialmente; y en unas pocas semanas, quizás, estarán completamente sometidos. En unos pocos meses, es posible, la felicidad de ver el progreso y un cambio a mejor en mis alumnas pueda sustituir la gratificación por el asco.

Mientras tanto, permítaseme hacerme una pregunta: ¿Qué es mejor? ¿Haberse rendido a la tentación; haber escuchado a la pasión; no haber hecho ningún esfuerzo doloroso, ninguna lucha; sino haberse hundido en la trampa de seda; haberse quedado dormida sobre las flores que la cubrían; haber despertado en un clima sureño, entre los lujos de una villa de placer? ¿Haber estado viviendo ahora en Francia, como la amante del señor Rochester; delirante con su amor la mitad de mi tiempo —porque él, oh, sí, me habría amado bien por un tiempo—? Él sí me amó, nadie volverá a amarme así. Nunca más conoceré el dulce homenaje rendido a la belleza, la juventud y la gracia, pues nunca para nadie más pareceré poseer esos encantos. Él me quería y estaba orgulloso de mí, es algo que ningún otro hombre será jamás. Pero, ¿adónde divago y qué estoy diciendo y, sobre todo, sintiendo? Pregunto, ¿qué es mejor: ser una esclava en el paraíso de un necio en Marsella —afiebrada

con una dicha ilusoria una hora, sofocada con las lágrimas más amargas del remordimiento y la vergüenza a la siguiente— o ser una maestra de pueblo, libre y honesta, en un rincón ventoso de montaña en el sano corazón de Inglaterra?

Sí; siento ahora que hice lo correcto cuando me adherí al principio y a la ley, y desprecié y aplasté los impulsos insensatos de un momento frenético. Dios me dirigió a una elección correcta. ¡Agradezco a Su providencia por la guía!

Habiendo llevado mis cavilaciones vespertinas a este punto, me levanté, fui a mi puerta y miré el atardecer del día de la cosecha, y los campos tranquilos ante mi cabaña, la cual, junto con la escuela, distaba media milla del pueblo. Los pájaros cantaban sus últimas estrofas:

«El aire era suave, el rocío era bálsamo».

Mientras miraba, me creí feliz, y me sorprendió encontrarme llorando al poco rato. ¿Y por qué? Por el destino que me había privado de la adhesión a mi amo; por él, a quien no volvería a ver; por el dolor desesperado y la furia fatal —consecuencias de mi partida— que ahora, quizás, podrían estar arrastrándolo fuera del camino del bien, demasiado lejos para dejar esperanza de una restauración final allí. Ante este pensamiento, aparté mi rostro del hermoso cielo del atardecer y del solitario valle de Morton. Digo solitario, pues en esa curva visible para mí no había ningún edificio aparente salvo la iglesia y la rectoría, medio ocultas entre los árboles, y, justo en el extremo, el tejado de Vale Hall, donde vivían el rico señor Oliver y su hija. Oculté mis ojos y apoyé la cabeza en el marco de piedra de mi puerta; pero pronto un ligero ruido cerca del postigo que separaba mi diminuto jardín del prado de más allá me hizo levantar la vista. Un perro —el viejo Carlo, el pointer del señor Rivers, como vi en un momento— empujaba la verja con el hocico, y el propio St. John se apoyaba en ella con los brazos cruzados; el ceño fruncido, la mirada, grave casi hasta el disgusto, fija en mí. Le pedí que entrara.

—No, no puedo quedarme; solo le he traído un pequeño paquete que mis hermanas dejaron para usted. Creo que contiene una caja de acuarelas, lápices y papel.

Me acerqué a tomarlo. Era un regalo bienvenido. Examinó mi rostro, pensé, con austeridad, mientras me acercaba. Las huellas de las lágrimas eran, sin duda, muy visibles en él.

—¿Ha encontrado el trabajo de su primer día más duro de lo que esperaba? —preguntó.

—¡Oh, no! Al contrario, creo que con el tiempo me llevaré muy bien con mis alumnas.

—¿Pero quizás su alojamiento, su cabaña, sus muebles, han decepcionado sus expectativas? Son, en verdad, bastante escasos; pero... —interrumpí.

—Mi cabaña está limpia y es a prueba de intemperie; mis muebles son suficientes y cómodos. Todo lo que veo me ha hecho sentir agradecida, no abatida. No soy absolutamente tan tonta y sensualista como para lamentar la ausencia de una alfombra, un sofá y cubiertos de plata. Además, hace cinco semanas no tenía nada: era una paria, una mendiga, una vagabunda. Ahora tengo conocidos, un hogar, un oficio. Me maravillo de la bondad de Dios, de la generosidad de mis amigos, de la generosidad de mi suerte. No me quejo.

—¿Pero siente la soledad como una opresión? La casita ahí detrás de usted está oscura y vacía.

—Apenas he tenido tiempo aún de disfrutar de una sensación de tranquilidad, mucho menos de impacientarme bajo la soledad.

—Muy bien; espero que sienta el contento que expresa. En cualquier caso, su buen sentido le dirá que es demasiado pronto para ceder a los temores vacilantes de la mujer de Lot. Lo que había dejado antes de que la viera, por supuesto, no lo sé; pero le aconsejo que resista firmemente toda tentación que la incline a

mirar atrás. Siga su carrera actual con constancia, al menos durante algunos meses.

—Es lo que pienso hacer —respondí. St. John continuó:

—Es un trabajo duro controlar los impulsos de la inclinación y torcer el curso de la naturaleza; pero que puede hacerse, lo sé por experiencia. Dios nos ha dado, en cierta medida, el poder de forjar nuestro propio destino; y cuando nuestras energías parecen demandar un sustento que no pueden obtener, cuando nuestra voluntad se esfuerza por seguir un camino que no podemos seguir, no necesitamos morir de inanición ni quedarnos parados en la desesperación. Solo tenemos que buscar otro alimento para la mente, tan fuerte como el alimento prohibido que anhelaba probar, y quizás más puro; y labrar para el pie aventurero un camino tan directo y ancho como el que la Fortuna nos ha bloqueado, aunque más áspero que él.

»Hace un año yo mismo era intensamente desdichado, porque pensé que había cometido un error al entrar en el ministerio. Sus deberes uniformes me cansaban hasta la muerte. Ardía por la vida más activa del mundo, por los trabajos más emocionantes de una carrera literaria, por el destino de un artista, autor, orador; cualquier cosa antes que el de un sacerdote. Sí, el corazón de un político, de un soldado, de un devoto de la gloria, un amante de la fama, un codicioso de poder, latía bajo mi sobrepelliz de cura. Lo consideré; mi vida era tan miserable que debía cambiar, o debía morir. Tras una temporada de oscuridad y lucha, la luz irrumpió y el alivio cayó. Mi existencia encorsetada se extendió de repente a una llanura sin límites; mis poderes oyeron una llamada del cielo para levantarse, reunir toda su fuerza, desplegar sus alas y ascender más allá de la vista. Dios tenía un encargo para mí; para llevarlo lejos, para entregarlo bien, se necesitaban habilidad y fuerza, coraje y elocuencia, las mejores cualidades de soldado, estadista y orador. Pues todas ellas se centran en el buen misionero.

»Resolví ser misionero. Desde ese momento mi estado de ánimo cambió; los grilletes se disolvieron y cayeron de cada facultad, no

dejando de la esclavitud más que su irritante llaga, que solo el tiempo puede curar. Mi padre, en verdad, impuso la determinación, pero desde su muerte no tengo un obstáculo legítimo con el que luchar; algunos asuntos resueltos, un sucesor para Morton provisto, un enredo o dos de los sentimientos rotos o cortados de raíz, un último conflicto con la debilidad humana, en el que sé que venceré, porque he jurado que venceré, y dejo Europa por el Este.

Dijo esto, con su voz peculiar, contenida pero enfática; mirando, cuando hubo cesado de hablar, no a mí, sino al sol poniente, al que yo también miré. Ambos teníamos la espalda hacia el sendero que subía por el campo hacia el postigo. No habíamos oído ningún paso en esa senda cubierta de hierba; el agua que corría en el valle era el único sonido arrullador de la hora y la escena. Bien podríamos entonces sobresaltarnos cuando una voz alegre, dulce como una campana de plata, exclamó:

—Buenas tardes, señor Rivers. Y buenas tardes, viejo Carlo. Su perro es más rápido para reconocer a sus amigos que usted, señor; aguzó las orejas y movió la cola cuando yo estaba al fondo del campo, y usted tiene la espalda hacia mí ahora.

Era cierto. Aunque el señor Rivers se había sobresaltado al primero de aquellos acentos musicales, como si un rayo hubiera partido una nube sobre su cabeza, permanecía aún, al final de la frase, en la misma actitud en que la que hablaba lo había sorprendido: su brazo apoyado en la verja, su rostro dirigido hacia el oeste. Se volvió al fin, con medida deliberación. Una visión, me pareció, se había alzado a su lado. Apareció, a menos de tres pies de él, una forma vestida de blanco puro, una forma juvenil y grácil, llena pero de contorno fino; y cuando, después de inclinarse para acariciar a Carlo, levantó la cabeza y echó hacia atrás un largo velo, floreció bajo su mirada un rostro de perfecta belleza. Belleza perfecta es una expresión fuerte, pero no la retracto ni la matizo. Rasgos tan dulces como los que jamás moldeó el clima templado de Albión; tonos tan puros de rosa y lirio como los que jamás generaron y protegieron sus húmedos vientos y cielos vaporosos, justificaban,

en este caso, el término. No faltaba ningún encanto, no se percibía ningún defecto. La joven tenía rasgos regulares y delicados; ojos con la forma y el color que vemos en los cuadros hermosos, grandes y oscuros y llenos; la pestaña larga y sombreada que rodea un ojo fino con tan suave fascinación; la ceja dibujada que da tal claridad; la frente blanca y lisa, que añade tal reposo a las bellezas más vivas de tinte y rayo; la mejilla ovalada, fresca y suave; los labios, frescos también, sonrosados, saludables, dulcemente formados; los dientes uniformes y relucientes sin defecto; la pequeña barbilla con hoyuelos; el adorno de trenzas ricas y abundantes; todas las ventajas, en resumen, que, combinadas, realizan el ideal de belleza, eran plenamente suyas. Me maravillé, al mirar a esta bella criatura. La admiré con todo mi corazón. La naturaleza seguramente la había formado en un estado de ánimo parcial; y, olvidando su habitual y mezquina dote de madrastra, había dotado a esta, su favorita, con la generosidad de una abuela.

¿Qué pensaba St. John Rivers de este ángel terrenal? Naturalmente me hice esa pregunta al verlo volverse hacia ella y mirarla; y, naturalmente, busqué la respuesta a la pregunta en su semblante. Ya había retirado su ojo de la Peri y miraba un humilde mechón de margaritas que crecía junto al postigo.

—Una tarde encantadora, pero tarde para que esté fuera sola —dijo, mientras aplastaba con el pie las níveas cabezas de las flores cerradas.

—Oh, acabo de llegar a casa desde S... (mencionó el nombre de una gran ciudad a unas veinte millas de distancia) esta tarde. Papá me dijo que había abierto su escuela y que la nueva maestra había llegado; así que me puse el gorro después del té y subí corriendo por el valle para verla. ¿Es esta? —dijo, señalándome.

—Lo es —dijo St. John.

—¿Cree que le gustará Morton? —me preguntó, con una sencillez de tono y maneras directa e ingenua, agradable, aunque infantil.

—Espero que sí. Tengo muchos incentivos para ello.

—¿Encontró a sus alumnas tan atentas como esperaba?

—Bastante.

—¿Le gusta su casa?

—Muchísimo.

—¿La he amueblado bien?

—Muy bien, por cierto.

—¿Y he hecho una buena elección de una ayudante para usted en Alice Wood?

—Sí, por cierto. Es dócil y hábil. —(Esta, entonces, pensé, es la señorita Oliver, la heredera; favorecida, al parecer, en los dones de la fortuna, así como en los de la naturaleza. ¡Qué feliz combinación de planetas presidió su nacimiento, me pregunto?).

—Subiré a ayudarle a enseñar a veces —añadió—. Será un cambio para mí visitarla de vez en cuando; y me gusta un cambio. Señor Rivers, he estado tan alegre durante mi estancia en S... Anoche, o más bien esta mañana, estuve bailando hasta las dos. El regimiento... está acantonado allí desde los disturbios; y los oficiales son los hombres más agradables del mundo. Dejan en ridículo a todos nuestros jóvenes afiladores de cuchillos y comerciantes de tijeras.

Me pareció que el labio inferior del señor St. John sobresalía y el superior se curvaba un momento. Su boca ciertamente parecía muy comprimida, y la parte inferior de su rostro inusualmente severa y cuadrada, mientras la chica risueña le daba esta información. Levantó la mirada, también, de las margaritas y la volvió hacia ella. Una mirada sin sonrisa, inquisitiva, significativa era. Ella le respondió con una segunda risa, y la risa le sentaba bien a su juventud, a sus rosas, a sus hoyuelos, a sus ojos brillantes.

Mientras él permanecía mudo y grave, ella volvió a acariciar a Carlo.

—El pobre Carlo me quiere —dijo—. Él no es severo y distante con sus amigos; y si pudiera hablar, no estaría en silencio.

Mientras acariciaba la cabeza del perro, inclinándose con gracia nativa ante su joven y austero amo, vi un rubor subir al rostro de ese amo. Vi su ojo solemne derretirse con un fuego repentino y parpadear con una emoción irresistible. Así, sonrojado y encendido, parecía casi tan hermoso para un hombre como ella para una mujer. Su pecho se agitó una vez, como si su gran corazón, cansado de la constricción despótica, se hubiera expandido, a pesar de la voluntad, y hubiera dado un vigoroso salto para alcanzar la libertad. Pero lo refrenó, creo, como un jinete resuelto refrenaría un corcel encabritado. No respondió ni con palabras ni con movimientos a los gentiles avances que se le hicieron.

—Papá dice que ya nunca vienes a vernos —continuó la señorita Oliver, levantando la vista—. Eres un completo extraño en Vale Hall. Está solo esta noche y no muy bien. ¿Volverás conmigo a visitarlo?

—No es una hora oportuna para importunar al señor Oliver —respondió St. John.

—¡No es una hora oportuna! Pero declaro que lo es. Es justo la hora en que papá más necesita compañía, cuando las fábricas están cerradas y no tiene negocios que lo ocupen. Ahora, señor Rivers, venga. ¿Por qué es usted tan tímido y tan sombrío? —Llenó el hiato que su silencio dejaba con una respuesta propia.

—¡Lo olvidé! —exclamó, sacudiendo su hermosa cabeza rizada, como si estuviera escandalizada de sí misma—. ¡Soy tan atolondrada y desconsiderada! Discúlpeme. Se me había olvidado que tiene buenas razones para no estar dispuesto a unirse a mi cháchara. Diana y Mary lo han dejado, y Moor House está cerrada, y está usted tan solo. Estoy segura de que lo compadezco. Venga a ver a papá.

—No esta noche, señorita Rosamond, no esta noche.

El señor St. John habló casi como un autómata; solo él sabía el esfuerzo que le costaba negarse así.

—Bueno, si es usted tan obstinado, lo dejaré; pues no me atrevo a quedarme más tiempo. El rocío empieza a caer. ¡Buenas noches!

Le tendió la mano. Él apenas la tocó.

—¡Buenas noches! —repitió, con una voz baja y hueca como un eco. Ella se volvió, pero al momento regresó.

—¿Está usted bien? —preguntó. Bien podría hacer la pregunta: su rostro estaba tan blanco como el vestido de ella.

—Completamente bien —enunció; y, con una reverencia, dejó la verja. Ella fue por un lado; él por otro. Ella se volvió dos veces para mirarlo mientras bajaba como un hada por el campo; él, mientras cruzaba con paso firme, no se volvió ni una sola vez.

Este espectáculo del sufrimiento y el sacrificio de otro apartó mis pensamientos de la meditación exclusiva sobre los míos. Diana Rivers había calificado a su hermano de «inexorable como la muerte». No había exagerado.

Capítulo XXXII

Continué las labores de la escuela del pueblo tan activamente y fielmente como pude. Al principio fue un trabajo verdaderamente duro. Pasó algún tiempo antes de que, con todos mis esfuerzos, pudiera comprender a mis alumnas y su naturaleza. Completamente sin instrucción, con las facultades bastante aletargadas, me parecían irremediablemente torpes; y, a primera vista, todas torpes por igual. Pero pronto descubrí que estaba equivocada. Había una diferencia entre ellas como entre los educados; y cuando llegué a conocerlas, y

ellas a mí, esta diferencia se desarrolló rápidamente. Una vez que su asombro hacia mí, mi lenguaje, mis reglas y mis maneras se disipó, descubrí que algunas de estas rústicas de aspecto pesado y boquiabierto despertaban en chicas bastante astutas. Muchas se mostraron también obsequiosas y amables; y descubrí entre ellas no pocos ejemplos de cortesía natural y de respeto propio innato, así como de excelente capacidad, que ganaron tanto mi buena voluntad como mi admiración. Estas pronto sintieron un placer en hacer bien su trabajo, en mantener sus personas aseadas, en aprender sus tareas regularmente, en adquirir modales tranquilos y ordenados. La rapidez de su progreso, en algunos casos, fue incluso sorprendente; y sentí un orgullo honesto y feliz por ello. Además, empecé a sentir un gusto personal por algunas de las mejores chicas; y ellas por mí. Tenía entre mis alumnas a varias hijas de granjeros, mujeres jóvenes ya crecidas, casi. Estas ya sabían leer, escribir y coser; y a ellas les enseñé los elementos de la gramática, la geografía, la historia y los tipos más finos de costura. Encontré caracteres estimables entre ellas —caracteres deseosos de información y dispuestos a mejorar— con quienes pasé muchas agradables horas vespertinas en sus propias casas. Sus padres entonces (el granjero y su esposa) me colmaban de atenciones. Había un goce en aceptar su sencilla amabilidad y en corresponderla con una consideración, un escrupuloso respeto por sus sentimientos, al que quizás no estaban acostumbrados en todo momento, y que los encantaba y beneficiaba a la vez; porque, mientras los elevaba a sus propios ojos, los hacía emular para merecer el trato deferente que recibían.

Sentí que me convertía en una favorita en la vecindad. Cada vez que salía, oía por todas partes saludos cordiales y era recibida con sonrisas amistosas. Vivir en medio del aprecio general, aunque solo sea el aprecio de la gente trabajadora, es como «sentarse al sol, tranquilo y dulce»; serenos sentimientos internos brotan y florecen bajo el rayo. En este período de mi vida, mi corazón se hinchaba mucho más a menudo de agradecimiento que se hundía de abatimiento. Y sin embargo, lector, para decírtelo todo, en medio de esta existencia tranquila y útil —después de un día pasado en

honorable esfuerzo entre mis alumnas, una tarde pasada dibujando o leyendo contenta a solas—, solía sumergirme en extraños sueños por la noche: sueños multicolores, agitados, llenos de lo ideal, lo emocionante, lo tormentoso; sueños donde, en medio de escenas insólitas, cargadas de aventura, de riesgo agitado y de azar romántico, me encontraba una y otra vez con el señor Rochester, siempre en alguna crisis emocionante; y entonces la sensación de estar en sus brazos, oír su voz, encontrar su mirada, tocar su mano y su mejilla, amarlo, ser amada por él —la esperanza de pasar toda una vida a su lado—, se renovaba, con toda su fuerza y fuego iniciales. Entonces despertaba. Entonces recordaba dónde estaba y cómo estaba situada. Entonces me levantaba en mi cama sin cortinas, temblando y tiritando; y entonces la noche quieta y oscura presenciaba la convulsión de la desesperación y oía el estallido de la pasión. A las nueve de la mañana siguiente, estaba puntualmente abriendo la escuela; tranquila, serena, preparada para los firmes deberes del día.

Rosamond Oliver cumplió su palabra de venir a visitarme. Su visita a la escuela generalmente se realizaba en el transcurso de su paseo matutino. Subía al galope hasta la puerta en su poni, seguida de un sirviente de librea montado. Apenas se puede imaginar algo más exquisito que su apariencia, con su hábito de montar púrpura, con su gorro de amazona de terciopelo negro colocado graciosamente sobre los largos rizos que besaban su mejilla y flotaban hasta sus hombros. Y era así como entraba en el rústico edificio y se deslizaba a través de las filas deslumbradas de los niños del pueblo. Generalmente venía a la hora en que el señor Rivers estaba ocupado dando su lección diaria de catecismo. Agudamente, me temo, perforaba el ojo de la visitante el corazón del joven pastor. Una especie de instinto parecía advertirle de su entrada, incluso cuando no la veía; y cuando miraba completamente lejos de la puerta, si ella aparecía en ella, su mejilla se sonrojaba, y sus rasgos de apariencia marmórea, aunque se negaban a relajarse, cambiaban indescriptiblemente, y en su misma quietud se volvían expresivos de

un fervor reprimido, más fuerte de lo que un músculo en tensión o una mirada fulgurante podrían indicar.

Por supuesto, ella conocía su poder. De hecho, él no lo ocultaba, porque no podía, de ella. A pesar de su estoicismo cristiano, cuando ella se acercaba, se dirigía a él y le sonreía alegre, alentadora, incluso afectuosamente en la cara, su mano temblaba y su ojo ardía. Parecía decir, con su mirada triste y resuelta, si no lo decía con sus labios: «Te amo, y sé que me prefieres. No es la desesperación del éxito lo que me mantiene mudo. Si ofreciera mi corazón, creo que lo aceptarías. Pero ese corazón ya está puesto sobre un altar sagrado; el fuego está dispuesto a su alrededor. Pronto no será más que un sacrificio consumido».

Y entonces ella hacía un mohín como una niña decepcionada; una nube pensativa suavizaba su radiante vivacidad; retiraba su mano apresuradamente de la de él y se apartaba con petulancia pasajera de su aspecto, a la vez tan heroico y tan martirial. St. John, sin duda, habría dado el mundo por seguirla, llamarla, retenerla, cuando así lo dejaba; pero no daría una sola oportunidad del cielo, ni renunciaría, por el elíseo de su amor, a una sola esperanza del verdadero y eterno Paraíso. Además, no podía atar todo lo que había en su naturaleza —el errante, el aspirante, el poeta, el sacerdote— en los límites de una sola pasión. No podía, no quería, renunciar a su salvaje campo de guerra misional por los salones y la paz de Vale Hall. Aprendí tanto de él mismo en una incursión que una vez, a pesar de su reserva, tuve la osadía de hacer en su confianza.

La señorita Oliver ya me honraba con frecuentes visitas a mi cabaña. Había aprendido todo su carácter, que era sin misterio ni disfraz: era coqueta pero no desalmada; exigente, pero no egoísta sin valor. Había sido consentida desde su nacimiento, pero no estaba absolutamente malcriada. Era precipitada, pero de buen humor; vanidosa (no podía evitarlo, cuando cada mirada en el espejo le mostraba tal rubor de hermosura), pero no afectada; de mano liberal; inocente del orgullo de la riqueza; ingenua; suficientemente inteligente; alegre, vivaz y despreocupada. Era muy encantadora, en

resumen, incluso para una observadora fría de su propio sexo como yo; pero no era profundamente interesante ni completamente impresionante. Un tipo de mente muy diferente era la suya de la, por ejemplo, de las hermanas de St. John. Aun así, me gustaba casi tanto como me gustaba mi pupila Adèle; excepto que, por un niño al que hemos cuidado y enseñado, se engendra un afecto más estrecho del que podemos dar a un conocido adulto igualmente atractivo.

Me había tomado un capricho amable. Dijo que era como el señor Rivers, solo que, ciertamente, admitió, «ni una décima parte de guapo, aunque yo era un alma pequeña, agradable y pulcra, pero él era un ángel». Yo era, sin embargo, buena, inteligente, serena y firme, como él. Era un lusus naturæ, afirmó, como maestra de pueblo. Estaba segura de que mi historia anterior, si se conociera, sería una novela deliciosa.

Una tarde, mientras, con su habitual actividad infantil y su curiosidad irreflexiva pero no ofensiva, rebuscaba en el armario y en el cajón de la mesa de mi pequeña cocina, descubrió primero dos libros en francés, un volumen de Schiller, una gramática y un diccionario de alemán, y luego mis materiales de dibujo y algunos bocetos, incluida la cabeza a lápiz de una niña bonita y querubínica, una de mis alumnas, y diversas vistas de la naturaleza, tomadas en el Valle de Morton y en los páramos circundantes. Primero quedó paralizada de sorpresa y luego electrizada de deleite.

¿Había hecho yo esos cuadros? ¿Sabía francés y alemán? ¡Qué amor, qué milagro era yo! Dibujaba mejor que su maestro en la primera escuela de S... ¿Le haría un retrato para enseñárselo a papá?

—Con mucho gusto —repliqué; y sentí un escalofrío de deleite artístico ante la idea de copiar de un modelo tan perfecto y radiante. Llevaba entonces un vestido de seda azul oscuro; sus brazos y su cuello estaban desnudos; su único adorno eran sus trenzas castañas, que ondeaban sobre sus hombros con toda la gracia salvaje de los rizos naturales. Tomé una hoja de cartulina fina y dibujé un contorno

cuidadoso. Me prometí el placer de colorearlo; y, como se estaba haciendo tarde, le dije que debía venir a posar otro día.

Hizo tal informe de mí a su padre que el propio señor Oliver la acompañó la tarde siguiente: un hombre alto, de rasgos macizos, de mediana edad y de pelo cano, a cuyo lado su encantadora hija parecía una flor brillante junto a una torre canosa. Parecía un personaje taciturno y quizás orgulloso, pero fue muy amable conmigo. El boceto del retrato de Rosamond le gustó mucho; dijo que debía hacer un cuadro acabado de él. Insistió, también, en que fuera al día siguiente a pasar la tarde en Vale Hall.

Fui. Descubrí que era una residencia grande y hermosa, que mostraba abundantes evidencias de riqueza en el propietario. Rosamond estuvo llena de alegría y placer todo el tiempo que me quedé. Su padre fue afable; y cuando entabló conversación conmigo después del té, expresó en términos enérgicos su aprobación de lo que había hecho en la escuela de Morton, y dijo que solo temía, por lo que veía y oía, que yo era demasiado buena para el lugar y que pronto lo dejaría por uno más adecuado.

—¡De hecho —exclamó Rosamond—, es lo suficientemente inteligente como para ser institutriz en una familia distinguida, papá!

Pensé que preferiría con mucho estar donde estoy que en cualquier familia distinguida del país. El señor Oliver habló del señor Rivers —de la familia Rivers— con gran respeto. Dijo que era un nombre muy antiguo en esa vecindad; que los antepasados de la casa eran ricos; que todo Morton les había pertenecido una vez; que incluso ahora consideraba que el representante de esa casa podría, si quisiera, hacer una alianza con los mejores. Consideraba una lástima que un joven tan distinguido y talentoso hubiera formado el designio de irse como misionero; era desperdiciar por completo una vida valiosa. Parecía, entonces, que su padre no pondría ningún obstáculo a la unión de Rosamond con St. John. El señor Oliver evidentemente consideraba la buena cuna del joven clérigo, su antiguo nombre y su sagrada profesión como compensación suficiente por la falta de fortuna.

Era el 5 de noviembre y día festivo. Mi pequeña criada, después de ayudarme a limpiar mi casa, se había ido, bien satisfecha con el pago de un penique por su ayuda. Todo a mi alrededor estaba impecable y brillante: suelo fregado, rejilla pulida y sillas bien frotadas. También me había arreglado y ahora tenía la tarde por delante para pasarla como quisiera.

La traducción de unas pocas páginas de alemán ocupó una hora; luego saqué mi paleta y mis lápices y me dediqué a la ocupación más relajante, por ser más fácil, de completar la miniatura de Rosamond Oliver. La cabeza ya estaba terminada; solo quedaba teñir el fondo y sombrear la ropa; un toque de carmín, también, para añadir a los labios maduros, un rizo suave aquí y allá a las trenzas, un tinte más profundo a la sombra de la pestaña bajo el párpado azulado. Estaba absorta en la ejecución de estos delicados detalles cuando, tras un rápido golpe, mi puerta se abrió, admitiendo a St. John Rivers.

—He venido a ver cómo pasa usted su día festivo —dijo—. ¿No, espero, pensando? No, eso está bien. Mientras dibuja no se sentirá sola. Ya ve, todavía desconfío de usted, aunque se ha mantenido maravillosamente hasta ahora. Le he traído un libro para el solaz de la tarde. —Y dejó sobre la mesa una nueva publicación, un poema; una de esas producciones genuinas tan a menudo concedidas al afortunado público de aquellos días, la edad de oro de la literatura moderna. ¡Ay! Los lectores de nuestra era son menos favorecidos. ¡Pero ánimo! No me detendré ni a acusar ni a lamentarme. Sé que la poesía no ha muerto, ni el genio se ha perdido; ni Mammón ha ganado poder sobre ninguno de los dos para atarlos o matarlos. Ambos afirmarán su existencia, su presencia, su libertad y su fuerza de nuevo algún día. ¡Ángeles poderosos, a salvo en el cielo! Sonríen cuando las almas sórdidas triunfan y las débiles lloran por su destrucción. ¿La poesía destruida? ¿El genio desterrado? ¡No! Mediocridad, no; no dejes que la envidia te incite al pensamiento. No; no solo viven, sino que reinan y redimen. Y sin su influencia divina extendida por todas partes, estarías en el infierno, el infierno de tu propia mezquindad.

Mientras yo ojeaba con avidez las brillantes páginas de «Marmion» (pues «Marmion» era), St. John se inclinó para examinar mi dibujo. Su alta figura se irguió de nuevo con un sobresalto. No dijo nada. Lo miré; él rehuía mi mirada. Conocía bien sus pensamientos y podía leer su corazón claramente. En ese momento me sentía más tranquila y serena que él. Tenía entonces temporalmente la ventaja sobre él, y concebí la inclinación de hacerle algún bien, si podía.

«Con toda su firmeza y autocontrol», pensé, «se exige demasiado. Encierra cada sentimiento y cada dolor, no expresa, no confiesa, no comunica nada. Estoy segura de que le beneficiaría hablar un poco sobre esta dulce Rosamond, con quien cree que no debería casarse. Le haré hablar».

Dije primero:

—Tome asiento, señor Rivers. —Pero respondió, como siempre, que no podía quedarse—. Muy bien —respondí mentalmente—, quédese de pie si quiere; pero no se irá todavía, estoy decidida. La soledad es al menos tan mala para usted como para mí. Intentaré descubrir el resorte secreto de su confianza y encontrar una abertura en ese pecho de mármol a través de la cual pueda verter una gota del bálsamo de la simpatía.

—¿Se parece este retrato? —pregunté sin rodeos.

—¿Se parece? ¿A quién? No lo observé de cerca.

—Sí lo hizo, señor Rivers.

Casi se sobresaltó ante mi súbita y extraña brusquedad. Me miró asombrado.

«Oh, eso no es nada todavía», murmuré para mis adentros. «No pienso dejarme desconcertar por un poco de rigidez de su parte; estoy preparada para llegar a extremos considerables». Continué:

—Lo observó de cerca y distintamente; pero no tengo objeción a que lo mire de nuevo. —Y me levanté y se lo puse en la mano.

—Un cuadro bien ejecutado —dijo—. Un colorido muy suave y claro; un dibujo muy grácil y correcto.

—Sí, sí; ya sé todo eso. ¿Pero qué hay del parecido? ¿A quién se parece?

Dominando cierta vacilación, respondió:

—A la señorita Oliver, supongo.

—Por supuesto. Y ahora, señor, para recompensarle por la acertada suposición, le prometeré pintarle un duplicado cuidadoso y fiel de este mismo cuadro, siempre que admita que el regalo le sería aceptable. No deseo desperdiciar mi tiempo y mi esfuerzo en una ofrenda que consideraría sin valor.

Continuó mirando el cuadro. Cuanto más lo miraba, más firmemente lo sostenía, más parecía codiciarlo.

—¡Se parece! —murmuró—. El ojo está bien logrado. El color, la luz, la expresión, son perfectos. ¡Sonríe!

—¿Le consolaría o le heriría tener una pintura similar? Dígame eso. Cuando esté en Madagascar, o en el Cabo, o en la India, ¿sería un consuelo tener ese recuerdo en su poder? ¿O su vista le traería recuerdos calculados para enervar y angustiar?

Ahora levantó furtivamente los ojos. Me miró, irresoluto, perturbado. Volvió a examinar el cuadro.

—Que me gustaría tenerlo es cierto. Si sería juicioso o sabio es otra cuestión.

Desde que había comprobado que Rosamond realmente lo prefería y que su padre no era probable que se opusiera al matrimonio, yo —menos exaltada en mis puntos de vista que St. John— me había sentido fuertemente dispuesta en mi propio corazón a abogar por su unión. Me parecía que, si él se convirtiera en el poseedor de la gran fortuna del señor Oliver, podría hacer tanto bien con ella como si fuera y dejara que su genio se

marchitara y su fuerza se consumiera bajo un sol tropical. Con esta persuasión respondí ahora:

—Por lo que puedo ver, sería más sabio y más juicioso si se llevara el original de una vez.

Para entonces se había sentado. Había dejado el cuadro sobre la mesa ante él y, con la frente apoyada en ambas manos, se inclinaba con cariño sobre él. Me di cuenta de que ahora no estaba ni enfadado ni escandalizado por mi audacia. Vi incluso que ser abordado tan francamente sobre un tema que había considerado inabordable —oírlo manejar tan libremente— empezaba a ser sentido por él como un nuevo placer, un alivio inesperado. Las personas reservadas a menudo necesitan realmente la discusión franca de sus sentimientos y penas más que las expansivas. El estoico de apariencia más severa es humano, después de todo; e «irrumpir» con audacia y buena voluntad en «el mar silencioso» de sus almas es a menudo conferirles la primera de las obligaciones.

—Le gusta a ella, estoy segura —dije, de pie detrás de su silla—, y su padre lo respeta. Además, es una chica dulce, algo irreflexiva; pero usted tendría suficiente pensamiento para ambos. Debería casarse con ella.

—¿Le gusto a ella? —preguntó.

—Ciertamente; más que nadie. Habla de usted continuamente. No hay tema que disfrute tanto o que toque con tanta frecuencia.

—Es muy agradable oír esto —dijo—, mucho. Continúe durante otro cuarto de hora. —Y de hecho sacó su reloj y lo puso sobre la mesa para medir el tiempo.

—Pero, ¿de qué sirve continuar —pregunté—, cuando probablemente está preparando algún golpe de hierro de contradicción o forjando una nueva cadena para encadenar su corazón?

—No imagine cosas tan duras. Imagíneme cediendo y derritiéndome, como estoy haciendo. El amor humano alzándose

como una fuente recién abierta en mi mente e inundando con dulce inundación todo el campo que he preparado con tanto cuidado y trabajo, tan asiduamente sembrado con las semillas de las buenas intenciones, de los planes abnegados. Y ahora está anegado con un diluvio nectáreo, los jóvenes gérmenes ahogados, un veneno delicioso corroyéndolos. Ahora me veo tendido en un puf en el salón de Vale Hall a los pies de mi novia Rosamond Oliver. Me está hablando con su dulce voz, mirándome con esos ojos que su hábil mano ha copiado tan bien, sonriéndome con estos labios de coral. Es mía, soy suyo; esta vida presente y este mundo pasajero me bastan. ¡Silencio! No diga nada, mi corazón está lleno de deleite, mis sentidos están extasiados. Deje que el tiempo que marqué pase en paz.

Le seguí la corriente. El reloj siguió marcando. Él respiraba rápido y bajo. Yo permanecí en silencio. En medio de este silencio, el cuarto de hora pasó velozmente. Guardó el reloj, dejó el cuadro, se levantó y se paró en el hogar.

—Ahora —dijo—, ese pequeño espacio se le dio al delirio y a la ilusión. Apoyé mis sienes en el pecho de la tentación y puse mi cuello voluntariamente bajo su yugo de flores. Probé su copa. La almohada ardía. Hay un áspid en la guirnalda. El vino tiene un sabor amargo. Sus promesas son huecas, sus ofertas falsas. Veo y sé todo esto.

Lo miré con asombro.

—Es extraño —prosiguió— que mientras amo a Rosamond Oliver tan salvajemente —con toda la intensidad, en verdad, de una primera pasión, cuyo objeto es exquisitamente hermoso, grácil, fascinante—, experimento al mismo tiempo una conciencia tranquila e imparcial de que no me haría una buena esposa; que no es la compañera adecuada para mí; que descubriría esto dentro de un año después del matrimonio; y que a doce meses de éxtasis sucedería toda una vida de arrepentimiento. Esto lo sé.

—¡Extraño, en verdad! —no pude evitar exclamar.

—Mientras algo en mí —continuó— es agudamente sensible a sus encantos, algo más está tan profundamente impresionado con sus defectos. Son tales que no podría simpatizar en nada a lo que yo aspirara, ni cooperar en nada que yo emprendiera. ¿Rosamond una sufridora, una trabajadora, una apóstol femenina? ¿Rosamond la esposa de un misionero? ¡No!

—Pero no necesita ser misionero. Podría renunciar a ese plan.

—¡Renunciar! ¡Cómo! ¿A mi vocación? ¿A mi gran obra? ¿A mi fundamento puesto en la tierra para una mansión en el cielo? ¿A mis esperanzas de ser contado en la banda de los que han fusionado todas las ambiciones en la gloriosa de mejorar su raza, de llevar el conocimiento a los reinos de la ignorancia, de sustituir la paz por la guerra, la libertad por la esclavitud, la religión por la superstición, la esperanza del cielo por el temor del infierno? ¿Debo renunciar a eso? Es más querido que la sangre en mis venas. Es lo que tengo que esperar y para lo que vivir.

Después de una pausa considerable, dije:

—¿Y la señorita Oliver? ¿No le interesan su decepción y su dolor?

—La señorita Oliver está siempre rodeada de pretendientes y aduladores. En menos de un mes, mi imagen se borrará de su corazón. Me olvidará; y se casará, probablemente, con alguien que la hará mucho más feliz de lo que yo lo haría.

—Habla usted con bastante frialdad; pero sufre en el conflicto. Se está consumiendo.

—No. Si adelgazo un poco, es por la ansiedad sobre mis perspectivas, aún inciertas, mi partida, continuamente pospuesta. Esta misma mañana recibí la noticia de que el sucesor, cuya llegada he estado esperando tanto tiempo, no puede estar listo para reemplazarme hasta dentro de tres meses; y quizás los tres meses se extiendan a seis.

—Usted tiembla y se sonroja cada vez que la señorita Oliver entra en el aula.

De nuevo la expresión de sorpresa cruzó su rostro. No había imaginado que una mujer se atreviera a hablar así a un hombre. Para mí, me sentía como en casa en este tipo de discurso. Nunca podía descansar en la comunicación con mentes fuertes, discretas y refinadas, ya fueran masculinas o femeninas, hasta que hubiera pasado las defensas exteriores de la reserva convencional y cruzado el umbral de la confianza y ganado un lugar junto al mismo hogar de su corazón.

—Es usted original —dijo—, y no tímida. Hay algo valiente en su espíritu, así como penetrante en su ojo; pero permítame asegurarle que malinterpreta parcialmente mis emociones. Las cree más profundas y potentes de lo que son. Me concede una mayor cantidad de simpatía de la que tengo justo derecho a reclamar. Cuando me sonrojo y cuando tiemblo ante la señorita Oliver, no me compadezco de mí mismo. Desprecio la debilidad. Sé que es innoble: una mera fiebre de la carne; no, declaro, la convulsión del alma. Esa está tan fija como una roca, firmemente asentada en las profundidades de un mar inquieto. Conózcame como lo que soy: un hombre frío y duro.

Sonreí con incredulidad.

—Ha tomado mi confianza por asalto —continuó—, y ahora está muy a su servicio. Soy simplemente, en mi estado original —despojado de esa túnica blanqueada por la sangre con la que el cristianismo cubre la deformidad humana—, un hombre frío, duro y ambicioso. Solo el afecto natural, de todos los sentimientos, tiene poder permanente sobre mí. La razón, y no el sentimiento, es mi guía; mi ambición es ilimitada; mi deseo de ascender más alto, de hacer más que los demás, insaciable. Honro la resistencia, la perseverancia, la industria, el talento; porque estos son los medios por los cuales los hombres logran grandes fines y ascienden a eminencias elevadas. Observo su carrera con interés, porque la considero un espécimen de mujer diligente, ordenada y enérgica; no porque compadezca profundamente lo que ha pasado o lo que aún sufre.

—Se describiría usted como un mero filósofo pagano —dije.

—No. Hay esta diferencia entre yo y los filósofos deístas: yo creo; y creo en el Evangelio. Se equivocó de epíteto. No soy un pagano, sino un filósofo cristiano, un seguidor de la secta de Jesús. Como Su discípulo adopto Sus doctrinas puras, misericordiosas y benignas. Las defiendo; estoy juramentado a difundirlas. Ganado en la juventud a la religión, ella ha cultivado mis cualidades originales así: del germen diminuto, el afecto natural, ha desarrollado el árbol que da sombra, la filantropía. De la raíz salvaje y fibrosa de la rectitud humana, ha erigido un debido sentido de la justicia Divina. De la ambición de ganar poder y renombre para mi miserable yo, ha formado la ambición de extender el reino de mi Maestro; de lograr victorias para el estandarte de la cruz. Tanto ha hecho la religión por mí; aprovechando los materiales originales al máximo; podando y entrenando la naturaleza. Pero no pudo erradicar la naturaleza; ni será erradicada «hasta que esto mortal se vista de inmortalidad».

Dicho esto, tomó su sombrero, que yacía sobre la mesa junto a mi paleta. Una vez más miró el retrato.

—Es encantadora —murmuró—. ¡Está bien llamada la Rosa del Mundo, en verdad!

—¿Y no puedo pintar uno igual para usted?

—¿Cui bono? No.

Corrió sobre el cuadro la hoja de papel fino sobre la que acostumbraba a apoyar la mano al pintar, para evitar que la cartulina se manchara. Lo que vio de repente en este papel en blanco, me fue imposible decirlo; pero algo había llamado su atención. Lo tomó de un tirón; miró el borde; luego me lanzó una mirada, inexpresablemente peculiar y completamente incomprensible. Una mirada que parecía tomar y tomar nota de cada punto de mi figura, rostro y vestido; pues lo recorrió todo, rápido, agudo como un relámpago. Sus labios se separaron, como para hablar; pero contuvo la frase que venía, fuera la que fuese.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nada en el mundo —fue la respuesta; y, volviendo a colocar el papel, lo vi arrancar diestramente una estrecha tira del margen. Desapareció en su guante; y, con una rápida inclinación de cabeza y un «buenas tardes», se desvaneció.

—¡Bueno! —exclamé, usando una expresión del distrito—. ¡Esto sí que es el colmo!

A mi vez, escudriñé el papel; pero no vi nada en él salvo unas pocas manchas oscuras de pintura donde había probado el tinte en mi pincel. Reflexioné sobre el misterio uno o dos minutos; pero al encontrarlo irresoluble y estando segura de que no podía ser de mucha importancia, lo descarté y pronto lo olvidé.

Capítulo XXXIII

Cuando el señor St. John se fue, empezaba a nevar; la tormenta arremolinada continuó toda la noche. Al día siguiente, un viento agudo trajo nuevas y cegadoras nevadas; al anochecer el valle estaba cubierto de nieve y casi intransitable. Había cerrado mi contraventana, puesto una estera en la puerta para evitar que la nieve entrara por debajo, avivado mi fuego y, después de estar sentada casi una hora junto al hogar escuchando la furia ahogada de la tempestad, encendí una vela, tomé «Marmion» y, comenzando:

«El día se puso sobre la empinada fortaleza de Norham,

Y el hermoso río Tweed, ancho y profundo,

Y las solitarias montañas de Cheviot;

Las macizas torres, el torreón del homenaje,

Los muros flanqueantes que a su alrededor se extienden,

En amarillo lustre brillaban»,

pronto olvidé la tormenta en la música.

Oí un ruido. El viento, pensé, sacudía la puerta. No; era St. John Rivers, quien, levantando el pestillo, entró del huracán helado, de la aullante oscuridad, y se paró ante mí. La capa que cubría su alta figura, toda blanca como un glaciar. Estuve casi consternada, tan poco esperaba a ningún huésped del valle bloqueado esa noche.

—¿Alguna mala noticia? —demandé—. ¿Ha pasado algo?

—No. ¡Qué fácil se alarma usted! —respondió, quitándose la capa y colgándola contra la puerta, hacia la cual empujó de nuevo fríamente la estera que su entrada había desordenado. Se sacudió la nieve de las botas.

—Mancharé la pureza de su suelo —dijo—, pero debe excusarme por una vez. —Luego se acercó al fuego—. Me ha costado mucho trabajo llegar hasta aquí, se lo aseguro —observó, mientras se calentaba las manos sobre la llama—. Un ventisquero me llegó hasta la cintura; felizmente la nieve todavía está bastante blanda.

—Pero, ¿por qué ha venido? —no pude evitar decir.

—Una pregunta bastante inhóspita para un visitante; pero ya que la hace, respondo simplemente para tener una pequeña charla con usted. Me cansé de mis libros mudos y mis habitaciones vacías. Además, desde ayer he experimentado la excitación de una persona a la que se le ha contado una historia a medias y que está impaciente por oír la continuación.

Se sentó. Recordé su singular conducta de ayer y realmente empecé a temer que se le hubiera ido el juicio. Si estaba loco, sin embargo, la suya era una locura muy fría y serena. Nunca había visto ese rostro de rasgos hermosos parecerse más al mármol cincelado que ahora mismo, mientras se apartaba el pelo mojado de nieve de la frente y dejaba que la luz del fuego brillara libremente sobre su pálida frente y su mejilla igualmente pálida, donde me

apenó descubrir el hueco rastro de la preocupación o la pena ahora tan claramente grabado. Esperé, esperando que dijera algo que al menos pudiera comprender; pero su mano estaba ahora en su barbilla, su dedo en su labio. Estaba pensando. Me pareció que su mano parecía consumida como su rostro. Un quizás inoportuno arrebato de piedad se apoderó de mi corazón. Me sentí movida a decir:

—Ojalá Diana o Mary vinieran a vivir con usted. Es una lástima que esté completamente solo; y es usted temerariamente imprudente con su propia salud.

—En absoluto —dijo—. Me cuido cuando es necesario. Estoy bien ahora. ¿Qué ve de malo en mí?

Esto fue dicho con una indiferencia descuidada y abstraída, que mostraba que mi solicitud era, al menos en su opinión, completamente superflua. Fui silenciada.

Todavía movía lentamente el dedo sobre el labio superior, y todavía su ojo se detenía soñadoramente en la rejilla incandescente. Pensando que era urgente decir algo, le pregunté al instante si sentía alguna corriente de aire frío de la puerta, que estaba detrás de él.

—¡No, no! —respondió brevemente y algo irritado.

«Bueno», reflexioné, «si no quieres hablar, puedes quedarte quieto. Te dejaré en paz ahora y volveré a mi libro».

Así que despabilé la vela y reanudé la lectura de «Marmion». Pronto se movió; mi ojo fue instantáneamente atraído a sus movimientos. Solo sacó una cartera de marroquí, de allí extrajo una carta que leyó en silencio, la dobló, la guardó y volvió a sumirse en la meditación. Era vano intentar leer con una figura tan inescrutable ante mí; ni podía, por impaciencia, consentir en quedarme muda. Podía rechazarme si quería, pero hablaría.

—¿Ha tenido noticias de Diana y Mary últimamente?

—No desde la carta que le mostré hace una semana.

—¿No ha habido ningún cambio en sus propios arreglos? ¿No será convocado a dejar Inglaterra antes de lo que esperaba?

—Me temo que no, en verdad. Tal suerte es demasiado buena para que me ocurra. —Frustrada hasta ahora, cambié de terreno. Se me ocurrió hablar de la escuela y de mis alumnas.

—La madre de Mary Garrett está mejor y Mary ha vuelto a la escuela esta mañana, y tendré cuatro niñas nuevas la próxima semana de Foundry Close; habrían venido hoy de no ser por la nieve.

—¡De veras!

—El señor Oliver paga por dos.

—¿Ah, sí?

—Tiene la intención de dar a toda la escuela un agasajo en Navidad.

—Lo sé.

—¿Fue sugerencia suya?

—No.

—¿De quién, entonces?

—De su hija, creo.

—Es propio de ella. Es tan bondadosa.

—Sí.

De nuevo llegó el vacío de una pausa. El reloj dio ocho campanadas. Lo despertó; descruzó las piernas, se enderezó y se volvió hacia mí.

—Deje su libro un momento y acérquese un poco más al fuego —dijo.

Asombrada, y de mi asombro no encontrando fin, obedecí.

—Hace media hora —prosiguió—, hablé de mi impaciencia por oír la continuación de un relato. Reflexionando, encuentro que el asunto se manejará mejor si asumo el papel de narrador y la convierto a usted en oyente. Antes de comenzar, es justo advertirle que la historia sonará algo trillada a sus oídos; pero los detalles manidos a menudo recuperan un grado de frescura cuando pasan por nuevos labios. Por lo demás, ya sea trillada o novedosa, es corta.

»Hace veinte años, un pobre cura —no importa su nombre en este momento— se enamoró de la hija de un hombre rico; ella se enamoró de él y se casó con él, en contra del consejo de todos sus amigos, quienes en consecuencia la repudiaron inmediatamente después de la boda. Antes de que pasaran dos años, la pareja temeraria estaba muerta y yacía tranquilamente lado a lado bajo una misma losa. (He visto su tumba; formaba parte del pavimento de un enorme cementerio que rodeaba la sombría y ennegrecida por el hollín vieja catedral de una ciudad industrial superpoblada en ...shire). Dejaron una hija que, en su mismo nacimiento, la Caridad recibió en su regazo, frío como el del ventisquero en el que casi me quedo atascada esta noche. La Caridad llevó a la criatura sin amigos a la casa de sus ricos parientes maternos; fue criada por una tía política, llamada (llego a los nombres ahora) señora Reed de Gateshead. Se sobresalta, ¿ha oído un ruido? Me atrevo a decir que es solo una rata correteando por las vigas de la escuela contigua. Era un granero antes de que lo reparara y modificara, y los graneros suelen estar infestados de ratas. Para proseguir. La señora Reed mantuvo a la huérfana diez años. Si fue feliz o no con ella, no puedo decirlo, nunca me lo han contado; pero al final de ese tiempo la trasladó a un lugar que usted conoce, siendo nada menos que la Escuela de Lowood, donde usted misma residió tanto tiempo. Parece que su carrera allí fue muy honorable. De alumna se convirtió en maestra, como usted. Realmente me parece que hay puntos paralelos en su historia y la suya. Lo dejó para ser institutriz. Allí, de nuevo, sus destinos fueron análogos; emprendió la educación de la pupila de un cierto señor Rochester.

—¡Señor Rivers! —interrumpí.

—Puedo adivinar sus sentimientos —dijo—, pero contrólelos por un tiempo. Ya casi he terminado; escúcheme hasta el final. Del carácter del señor Rochester no sé nada, salvo el hecho de que profesó ofrecerle un matrimonio honorable a esta joven, y que en el mismo altar ella descubrió que él tenía una esposa aún viva, aunque lunática. Cuál fue su conducta y sus propuestas posteriores es una cuestión de pura conjetura; pero cuando ocurrió un suceso que hizo necesaria la indagación sobre la institutriz, se descubrió que se había ido, nadie podía decir cuándo, dónde ni cómo. Había abandonado Thornfield Hall por la noche; toda investigación sobre su rumbo había sido en vano. Se había rastreado el país a lo largo y ancho; no se pudo obtener ningún vestigio de información sobre ella. Sin embargo, que se la encuentre se ha convertido en un asunto de seria urgencia. Se han puesto anuncios en todos los periódicos; yo mismo he recibido una carta de un tal señor Briggs, un abogado, comunicando los detalles que acabo de impartir. ¿No es una historia extraña?

—Solo dígame esto —dije—, y ya que sabe tanto, seguramente puede decírmelo. ¿Qué hay del señor Rochester? ¿Cómo y dónde está? ¿Qué está haciendo? ¿Está bien?

—Ignoro todo lo concerniente al señor Rochester. La carta nunca lo menciona, salvo para narrar el intento fraudulento e ilegal al que he aludido. Debería preguntar más bien el nombre de la institutriz, la naturaleza del evento que requiere su aparición.

—¿Nadie fue a Thornfield Hall, entonces? ¿Nadie vio al señor Rochester?

—Supongo que no.

—¿Pero le escribieron?

—Por supuesto.

—¿Y qué dijo él? ¿Quién tiene sus cartas?

—El señor Briggs insinúa que la respuesta a su solicitud no fue del señor Rochester, sino de una dama. Está firmada como "Alice

Fairfax".

Me sentí fría y consternada. Mis peores temores, entonces, eran probablemente ciertos. Con toda probabilidad había dejado Inglaterra y se había precipitado en una desesperación temeraria a algún antiguo refugio en el Continente. ¿Y qué opiáceo para sus severos sufrimientos, qué objeto para sus fuertes pasiones había buscado allí? No me atreví a responder la pregunta. ¡Oh, mi pobre amo, una vez casi mi marido, a quien a menudo había llamado «mi querido Edward»!

—Debe de haber sido un mal hombre —observó el señor Rivers.

—Usted no lo conoce, no pronuncie una opinión sobre él —dije, con ardor.

—Muy bien —respondió tranquilamente—. Y de hecho mi cabeza está ocupada en otra cosa que no sea él. Tengo mi relato que terminar. Ya que no quiere preguntar el nombre de la institutriz, debo decírselo por mi cuenta. ¡Espere! Lo tengo aquí, siempre es más satisfactorio ver los puntos importantes escritos, debidamente consignados en blanco y negro.

Y la cartera fue de nuevo deliberadamente sacada, abierta, registrada; de uno de sus compartimentos se extrajo un raído trozo de papel, arrancado apresuradamente. Reconocí en su textura y en sus manchas de ultramarino, laca y bermellón, el margen arrebatado de la cubierta del retrato. Se levantó, me lo acercó a los ojos y leí, trazadas con tinta china, de mi propia mano, las palabras «JANE EYRE», obra sin duda de algún momento de abstracción.

—Briggs me escribió de una Jane Eyre —dijo—. Los anuncios demandaban a una Jane Eyre. Yo conocía a una Jane Elliott. Confieso que tuve mis sospechas, pero fue solo ayer por la tarde cuando se resolvieron en certeza. ¿Reconoce el nombre y renuncia al alias?

—Sí, sí; pero ¿dónde está el señor Briggs? Quizás sepa más del señor Rochester que usted.

—Briggs está en Londres. Dudaría que supiera algo en absoluto sobre el señor Rochester; no es en el señor Rochester en quien está interesado. Mientras tanto, olvida usted puntos esenciales por perseguir nimiedades. No pregunta por qué el señor Briggs la buscaba, qué quería de usted.

—Bueno, ¿qué quería?

—Simplemente decirle que su tío, el señor Eyre de Madeira, ha muerto; que le ha dejado toda su propiedad y que ahora es usted rica. Simplemente eso, nada más.

—¡Yo! ¿Rica?

—Sí, usted, rica. Toda una heredera.

Siguió un silencio.

—Debe probar su identidad, por supuesto —reanudó St. John al instante—. Un paso que no ofrecerá dificultades. Puede entonces entrar en posesión inmediata. Su fortuna está invertida en los fondos ingleses; Briggs tiene el testamento y los documentos necesarios.

¡Aquí había salido una nueva carta! Es algo estupendo, lector, ser elevado en un momento de la indigencia a la riqueza, algo muy estupendo; pero no un asunto que uno pueda comprender o, en consecuencia, disfrutar, de una vez. Y además hay otras oportunidades en la vida mucho más emocionantes y extasiantes. Esto es sólido, un asunto del mundo real, nada ideal en ello. Todas sus asociaciones son sólidas y sobrias, y sus manifestaciones son las mismas. Uno no salta, y brinca, y grita ¡hurra! al oír que ha heredado una fortuna; uno empieza a considerar responsabilidades y a ponderar negocios. Sobre una base de satisfacción firme se alzan ciertas graves preocupaciones, y nos contenemos y meditamos sobre nuestra dicha con un ceño solemne.

Además, las palabras Legado, Herencia, van de la mano de las palabras Muerte, Funeral. Mi tío, había oído, estaba muerto, mi único pariente. Desde que supe de su existencia, había abrigado la esperanza de verlo algún día; ahora, nunca lo haría. Y además, este

dinero venía solo a mí. No a mí y a una familia regocijada, sino a mi yo aislado. Era una gran bendición, sin duda; y la independencia sería gloriosa. Sí, sentí eso, ese pensamiento hinchó mi corazón.

—Por fin desfrunce usted la frente —dijo el señor Rivers—. Pensé que Medusa la había mirado y que se estaba convirtiendo en piedra. ¿Quizás ahora preguntará cuánto vale?

—¿Cuánto valgo?

—¡Oh, una nimiedad! Nada de qué hablar, por supuesto... veinte mil libras, creo que dicen, ¿pero qué es eso?

—¿Veinte mil libras?

Aquí hubo un nuevo impacto. Había estado calculando cuatro o cinco mil. Esta noticia realmente me dejó sin aliento por un momento. El señor St. John, a quien nunca antes había oído reír, se rio ahora.

—Bueno —dijo—, si hubiera cometido un asesinato y le hubiera dicho que su crimen había sido descubierto, apenas podría parecer más horrorizada.

—Es una gran suma, ¿no cree que hay un error?

—Ningún error en absoluto.

—Quizás ha leído mal las cifras, ¡pueden ser dos mil!

—Está escrito en letras, no en cifras: veinte mil.

De nuevo me sentí más bien como un individuo de poderes gastronómicos medios sentándose a un festín solo en una mesa dispuesta con provisiones para cien. El señor Rivers se levantó entonces y se puso la capa.

—Si no fuera una noche tan salvaje —dijo—, enviaría a Hannah a hacerle compañía. Parece usted demasiado desesperadamente miserable para que la dejen sola. Pero Hannah, ¡pobre mujer!, no podría atravesar los ventisqueros tan bien como yo. Sus piernas no son tan largas. Así que debo dejarla a sus penas. Buenas noches.

Estaba levantando el pestillo. Un pensamiento repentino se me ocurrió.

—¡Deténgase un minuto! —grité.

—¿Y bien?

—Me intriga saber por qué el señor Briggs le escribió a usted sobre mí; o cómo lo conocía, o podía imaginarse que usted, viviendo en un lugar tan apartado, tuviera el poder de ayudar en mi descubrimiento.

—¡Oh! Soy un clérigo —dijo—. Y a los clérigos a menudo se les apela sobre asuntos extraños. —De nuevo el pestillo traqueteó.

—¡No, eso no me satisface! —exclamé. Y de hecho había algo en la respuesta apresurada y poco explicativa que, en lugar de calmar, picó mi curiosidad más que nunca.

—Es un asunto muy extraño —añadí—. Debo saber más al respecto.

—En otro momento.

—¡No, esta noche! ¡Esta noche! —Y mientras se apartaba de la puerta, me interpuse entre ella y él. Parecía bastante avergonzado.

—Ciertamente no se irá hasta que me lo haya contado todo —dije.

—Preferiría no hacerlo ahora mismo.

—¡Lo hará! ¡Debe hacerlo!

—Preferiría que Diana o Mary le informaran.

Por supuesto, estas objeciones llevaron mi avidez a un clímax. Debía ser satisfecha, y sin demora; y así se lo dije.

—Pero le advertí que era un hombre duro —dijo—, difícil de persuadir.

—Y yo soy una mujer dura, imposible de disuadir.



—Y además —prosiguió—, soy frío; ningún fervor me contagia.

—Mientras que yo soy ardiente, y el fuego disuelve el hielo. La llamarada de ahí ha derretido toda la nieve de su capa; por la misma razón, ha corrido por mi suelo y lo ha dejado como una calle pisoteada. Así como espera ser perdonado, señor Rivers, por el alto crimen y delito de estropear una cocina enarenada, dígame lo que deseo saber.

—Bueno, entonces —dijo—, cedo; si no a su seriedad, a su perseverancia, como la piedra se desgasta por el goteo continuo. Además, debe saberlo algún día, tanto ahora como más tarde. ¿Su nombre es Jane Eyre?

—Por supuesto; eso ya quedó todo resuelto antes.

—No sabe usted, quizás, que soy su tocayo, que fui bautizado como St. John Eyre Rivers.

—¡No, en verdad! Recuerdo ahora haber visto la letra E incluida en sus iniciales escritas en libros que me ha prestado en diferentes

ocasiones, pero nunca pregunté a qué nombre correspondía. Pero, ¿y entonces qué? Seguramente...

Me detuve. No podía confiar en mí misma para albergar, y mucho menos para expresar, el pensamiento que se abalanzó sobre mí, que se encarnó, que, en un segundo, se destacó como una probabilidad fuerte y sólida. Las circunstancias se entrelazaron, se ajustaron, se pusieron en orden. La cadena que hasta ahora había yacido como un amasijo informe de eslabones se extendió recta: cada anillo era perfecto, la conexión, completa. Supe, por instinto, cómo estaba el asunto, antes de que St. John hubiera dicho otra palabra; pero no puedo esperar que el lector tenga la misma percepción intuitiva, así que debo repetir su explicación.

—El nombre de mi madre era Eyre; tenía dos hermanos: uno, un clérigo, que se casó con la señorita Jane Reed, de Gateshead; el otro, John Eyre, Esquire, comerciante, anteriormente de Funchal, Madeira. El señor Briggs, siendo el abogado del señor Eyre, nos escribió el pasado agosto para informarnos de la muerte de nuestro tío y para decir que había dejado su propiedad a la hija huérfana de su hermano el clérigo, pasándonos por alto, a consecuencia de una riña, nunca perdonada, entre él y mi padre. Escribió de nuevo hace unas semanas para comunicar que la heredera se había perdido y preguntar si sabíamos algo de ella. Un nombre escrito casualmente en un trozo de papel me ha permitido encontrarla. El resto ya lo sabe. —De nuevo se disponía a marcharse, pero puse mi espalda contra la puerta.

—Déjeme hablar —dije—. Déjeme un momento para respirar y reflexionar. —Hice una pausa. Él estaba de pie ante mí, con el sombrero en la mano, con un aspecto bastante sereno. Reanudé—: ¿Su madre era la hermana de mi padre?

—Sí.

—¿Mi tía, en consecuencia?

Hizo una reverencia.

—¿Mi tío John era su tío John? ¿Usted, Diana y Mary son los hijos de su hermana, como yo soy la hija de su hermano?

—Innegablemente.

—Ustedes tres, entonces, ¿son mis primos; la mitad de nuestra sangre por cada lado fluye de la misma fuente?

—Somos primos; sí.

Lo examiné. Parecía que había encontrado un hermano, uno del que podía estar orgullosa, uno al que podía amar; y dos hermanas, cuyas cualidades eran tales que, cuando las conocí solo como meras extrañas, me habían inspirado un afecto y una admiración genuinos. Las dos chicas a las que, arrodillada en el suelo mojado y mirando a través de la ventana baja y de celosía de la cocina de Moor House, había contemplado con una mezcla tan amarga de interés y desesperación, eran mis parientes cercanas; y el joven y majestuoso caballero que me había encontrado casi muriendo en su umbral era mi pariente de sangre. ¡Glorioso descubrimiento para una desgraciada solitaria! ¡Esto era riqueza, en verdad! ¡Riqueza para el corazón! Una mina de afectos puros y cordiales. Esto era una bendición, brillante, vívida y estimulante; no como el pesado regalo del oro, rico y bienvenido a su manera, pero que da que pensar por su peso. Ahora aplaudí con súbita alegría, mi pulso se aceleró, mis venas se estremecieron.

—¡Oh, estoy contenta! ¡Estoy contenta! —exclamé.

St. John sonrió.

—¿No dije que descuidaba los puntos esenciales por perseguir nimiedades? —preguntó—. Se puso seria cuando le dije que había heredado una fortuna; y ahora, por un asunto sin importancia, está excitada.

—¿Qué quiere decir? Puede que no tenga importancia para usted; tiene hermanas y no le importa una prima. Pero yo no tenía a nadie; y ahora tres parientes —o dos, si no quiere que lo cuenten— han nacido en mi mundo ya crecidos. ¡Repito que estoy contenta!

Caminé rápido por la habitación. Me detuve, medio sofocada por los pensamientos que surgían más rápido de lo que podía recibirlos, comprenderlos, asentarlos: pensamientos de lo que podría, podría ser, sería y debería ser, y eso en poco tiempo. Miré la pared en blanco. Parecía un cielo espeso de estrellas ascendentes, cada una me iluminaba hacia un propósito o un deleite. Aquellos que me habían salvado la vida, a quienes, hasta esta hora, había amado estérilmente, ahora podía beneficiarlos. Estaban bajo un yugo, podía liberarlos. Estaban dispersos, podía reunirlos. La independencia, la afluencia que era mía, podría ser suya también. ¿No éramos cuatro? Veinte mil libras compartidas a partes iguales serían cinco mil para cada uno, justo, suficiente y de sobra. Se haría justicia, se aseguraría la felicidad mutua. Ahora la riqueza no pesaba sobre mí. Ahora no era un mero legado de monedas, era un legado de vida, esperanza, disfrute.

Cómo me veía mientras estas ideas tomaban mi espíritu por asalto, no puedo decirlo; pero pronto me di cuenta de que el señor Rivers había colocado una silla detrás de mí y trataba suavemente de hacerme sentar en ella. También me aconsejó que me calmara. Desprecié la insinuación de impotencia y distracción, me zafé de su mano y comencé a caminar de nuevo.

—Escriba a Diana y a Mary mañana —dije— y dígales que vuelvan a casa directamente. Diana dijo que ambas se considerarían ricas con mil libras, así que con cinco mil les irá muy bien.

—Dígame dónde puedo conseguirle un vaso de agua —dijo St. John—. Debe hacer realmente un esfuerzo por tranquilizar sus sentimientos.

—¡Tonterías! ¿Y qué clase de efecto tendrá el legado en usted? ¿Lo mantendrá en Inglaterra, lo inducirá a casarse con la señorita Oliver y a establecerse como un mortal corriente?

—Usted divaga. Su cabeza se confunde. He sido demasiado brusco al comunicar la noticia; la ha excitado más allá de sus fuerzas.

—¡Señor Rivers! Me saca usted de quicio. Soy lo suficientemente racional; es usted quien malinterpreta, o más bien quien finge malinterpretar.

—Quizás, si se explicara un poco más detalladamente, comprendería mejor.

—¡Explicar! ¿Qué hay que explicar? ¿No puede dejar de ver que veinte mil libras, la suma en cuestión, dividida a partes iguales entre el sobrino y las tres sobrinas de nuestro tío, dará cinco mil a cada uno? Lo que quiero es que escriba a sus hermanas y les hable de la fortuna que les ha correspondido.

—A usted, querrá decir.

—He insinuado mi punto de vista sobre el caso. Soy incapaz de tomar ningún otro. No soy brutalmente egoísta, ciegamente injusta ni diabólicamente ingrata. Además, estoy resuelta a tener un hogar y conexiones. Me gusta Moor House y viviré en Moor House. Me gustan Diana y Mary, y me uniré de por vida a Diana y a Mary. Me complacería y beneficiaría tener cinco mil libras; me atormentaría y oprimiría tener veinte mil; las cuales, además, nunca podrían ser mías en justicia, aunque pudieran serlo en derecho. Le abandono, pues, lo que me es absolutamente superfluo. Que no haya oposición ni discusión al respecto; pongámonos de acuerdo entre nosotros y decidamos el punto de una vez.

—Esto es actuar por primeros impulsos. Debe tomarse días para considerar tal asunto, antes de que su palabra pueda ser considerada válida.

—¡Oh! Si todo lo que duda es mi sinceridad, estoy tranquila. ¿Ve usted la justicia del caso?

—Sí veo una cierta justicia; pero es contraria a toda costumbre. Además, la fortuna entera es su derecho. Mi tío la ganó con sus propios esfuerzos; era libre de dejarla a quien quisiera. Se la dejó a usted. Después de todo, la justicia le permite conservarla. Puede, con la conciencia tranquila, considerarla absolutamente suya.

—Para mí —dije—, es tanto una cuestión de sentimiento como de conciencia. Debo dar rienda suelta a mis sentimientos; tan rara vez he tenido la oportunidad de hacerlo. Aunque argumentara, objetara y me molestara durante un año, no podría renunciar al delicioso placer del que he vislumbrado un atisbo: el de pagar, en parte, una enorme obligación y ganarme para mí amigos para toda la vida.

—Así piensa ahora —replicó St. John—, porque no sabe lo que es poseer, ni en consecuencia disfrutar de la riqueza. No puede formarse una idea de la importancia que le darían veinte mil libras; del lugar que le permitirían ocupar en la sociedad; de las perspectivas que le abrirían. No puede...

—Y usted —interrumpí—, no puede imaginar en absoluto el anhelo que tengo de amor fraterno y sororal. Nunca tuve un hogar, nunca tuve hermanos o hermanas; debo y los tendré ahora. No es usted reacio a admitirme y reconocerme, ¿verdad?

—Jane, seré tu hermano, mis hermanas serán tus hermanas, sin estipular este sacrificio de tus justos derechos.

—¿Hermano? ¡Sí, a la distancia de mil leguas! ¿Hermanas? ¡Sí, esclavizadas entre extraños! ¡Yo, rica, atiborrada de oro que nunca gané y no merezco! ¡Ustedes, sin un céntimo! ¡Famosa igualdad y fraternización! ¡Unión estrecha! ¡Apego íntimo!

—Pero, Jane, sus aspiraciones a lazos familiares y a la felicidad doméstica pueden realizarse de otra manera que por los medios que contempla. Puede casarse.

—¡Tonterías, de nuevo! ¡Casarme! No quiero casarme y nunca me casaré.

—Eso es decir demasiado. Afirmaciones tan arriesgadas son una prueba de la excitación bajo la que se encuentra.

—No es decir demasiado. Sé lo que siento y cuán adversas son mis inclinaciones al mero pensamiento del matrimonio. Nadie me tomaría por amor; y no seré considerada a la luz de una mera especulación monetaria. Y no quiero a un extraño, insensible, ajeno,

diferente a mí. Quiero a mis parientes, aquellos con los que tengo plena afinidad. Diga de nuevo que será mi hermano. Cuando pronunció las palabras me sentí satisfecha, feliz. Repítalas, si puede, repítalas sinceramente.

—Creo que puedo. Sé que siempre he amado a mis propias hermanas; y sé en qué se basa mi afecto por ellas: el respeto por su valía y la admiración por sus talentos. Usted también tiene principios y mente. Sus gustos y hábitos se asemejan a los de Diana y Mary; su presencia siempre me resulta agradable; en su conversación ya he encontrado durante algún tiempo un solaz saludable. Siento que puedo fácil y naturalmente hacerle un hueco en mi corazón, como mi tercera y más joven hermana.

—Gracias. Eso me contenta por esta noche. Ahora será mejor que se vaya; pues si se queda más tiempo, quizás me irrite de nuevo con algún escrúpulo desconfiado.

—¿Y la escuela, señorita Eyre? Supongo que ahora debe cerrarse.

—No. Conservaré mi puesto de maestra hasta que consiga una sustituta.

Sonrió con aprobación. Nos dimos la mano y se despidió.

No necesito narrar en detalle las luchas posteriores que tuve y los argumentos que usé para que los asuntos relativos al legado se resolvieran como yo deseaba. Mi tarea fue muy dura; pero, como estaba absolutamente resuelta —como mis primos vieron al fin que mi mente estaba real e inmutablemente fija en hacer una justa división de la propiedad, como debieron de sentir en sus propios corazones la equidad de la intención, y debieron, además, de ser innatamente conscientes de que en mi lugar habrían hecho precisamente lo que yo deseaba hacer—, cedieron al fin hasta consentir en someter el asunto a arbitraje. Los jueces elegidos fueron el señor Oliver y un hábil abogado. Ambos coincidieron en mi opinión. Me salí con la mía. Se redactaron los instrumentos de transferencia. St. John, Diana, Mary y yo, cada uno, entramos en posesión de una posición desahogada.

Capítulo XXXIV

Era cerca de Navidad para cuando todo se hubo arreglado. Se acercaba la temporada de vacaciones generales. Cerré entonces la escuela de Morton, cuidando de que la despedida no fuera estéril por mi parte. La buena fortuna abre la mano tan maravillosamente como el corazón; y dar algo cuando hemos recibido abundantemente no es más que dar salida a la inusual ebullición de las sensaciones. Hacía tiempo que sentía con placer que a muchas de mis rústicas alumnas les gustaba yo, y cuando nos separamos, esa conciencia se confirmó. Manifestaron su afecto clara y fuertemente. Profunda fue mi gratificación al descubrir que realmente tenía un lugar en sus corazones sencillos. Les prometí que no pasaría una semana en el futuro sin que las visitara y les diera una hora de enseñanza en su escuela.

El señor Rivers se acercó mientras, habiendo visto a las clases, que ahora sumaban sesenta niñas, desfilar ante mí y cerrado la puerta con llave, yo estaba de pie con la llave en la mano, intercambiando unas pocas palabras de especial despedida con media docena de mis mejores alumnas, jóvenes tan decentes, respetables, modestas y bien informadas como se podían encontrar en las filas del campesinado británico. Y eso es decir mucho; pues después de todo, el campesinado británico es el mejor instruido, el de mejores modales, el más respetuoso de sí mismo de toda Europa. Desde aquellos días he visto paysannes y Bäuerinnen; y las mejores de ellas me parecieron ignorantes, toscas y embrutecidas, en comparación con mis chicas de Morton.

—¿Considera que ha obtenido su recompensa por una temporada de esfuerzo? —preguntó el señor Rivers, cuando se hubieron marchado—. ¿No le da placer la conciencia de haber hecho algún bien real en su día y generación?

—Sin duda.

—¡Y solo ha trabajado unos pocos meses! ¿No estaría bien empleada una vida dedicada a la tarea de regenerar su raza?

—Sí —dije—. Pero no podría seguir así para siempre. Quiero disfrutar de mis propias facultades, así como cultivar las de otras personas. Debo disfrutarlas ahora; no recuerde ni a mi mente ni a mi cuerpo la escuela. Estoy fuera de ella y dispuesta a unas vacaciones completas.

Puso cara seria.

—¿Y ahora qué? ¿Qué repentina avidez es esta que manifiesta? ¿Qué va a hacer?

—Ser activa, tan activa como pueda. Y primero debo rogarle que deje libre a Hannah y consiga a otra persona que lo atienda.

—¿La necesita?

—Sí, para que vaya conmigo a Moor House. Diana y Mary estarán en casa en una semana y quiero tener todo en orden para su llegada.

—Entiendo. Pensé que se disponía a escaparse en alguna excursión. Es mejor así. Hannah irá con usted.

—Dígale que esté lista para mañana entonces; y aquí tiene la llave del aula. Le daré la llave de mi cabaña por la mañana.

La tomó.

—La entrega usted con mucha alegría —dijo—. No entiendo del todo su ligereza de corazón, porque no puedo decir qué empleo se propone como sustituto del que abandona. ¿Qué meta, qué propósito, qué ambición en la vida tiene ahora?

—Mi primera meta será limpiar a fondo (¿comprende toda la fuerza de la expresión?), limpiar a fondo Moor House desde la cámara hasta el sótano; la siguiente, abrillantarlo con cera de abejas, aceite y un número indefinido de paños, hasta que vuelva a relucir; la tercera, arreglar cada silla, mesa, cama, alfombra, con

precisión matemática. Después, estaré a punto de arruinarlo en carbón y turba para mantener buenos fuegos en cada habitación; y finalmente, los dos días anteriores a aquel en que se espera a sus hermanas serán dedicados por Hannah y por mí a tal batir de huevos, clasificar de pasas, rallar de especias, componer de pasteles de Navidad, picar de ingredientes para pasteles de carne y solemnizar de otros ritos culinarios, que las palabras apenas pueden transmitir una noción adecuada a los no iniciados como usted. Mi propósito, en resumen, es tener todas las cosas en un estado de preparación absolutamente perfecto para Diana y Mary antes del próximo jueves; y mi ambición es darles un beau idéal de bienvenida cuando lleguen.

St. John sonrió ligeramente; aun así, estaba insatisfecho.

—Está todo muy bien por el momento —dijo—. Pero, seriamente, confío en que cuando pase el primer arrebato de vivacidad, mirará un poco más alto que los afectos domésticos y las alegrías del hogar.

—¡Las mejores cosas que el mundo tiene! —interrumpí.

—No, Jane, no. Este mundo no es la escena de la fruición; no intente hacerlo así. Ni del descanso; no se vuelva perezosa.

—Pretendo, por el contrario, estar ocupada.

—Jane, la excuso por el presente. Le concedo dos meses de gracia para el pleno disfrute de su nueva posición y para complacerse con este encanto tardíamente encontrado de la relación familiar. Pero entonces, espero que empiece a mirar más allá de Moor House y Morton, y de la sociedad fraternal, y de la calma egoísta y el confort sensual de la afluencia civilizada. Espero que sus energías entonces la vuelvan a perturbar con su fuerza.

Lo miré con sorpresa.

—St. John —dije—, creo que es usted casi malvado al hablar así. ¡Estoy dispuesta a estar tan contenta como una reina y usted intenta incitarme a la inquietud! ¿Con qué fin?

—Con el fin de aprovechar los talentos que Dios ha confiado a su custodia, y de los cuales seguramente un día le pedirá una cuenta estricta. Jane, la vigilaré de cerca y con ansiedad, de eso le advierto. Y trate de refrenar el fervor desproporcionado con que se arroja a los placeres hogareños comunes. No se aferre tan tenazmente a los lazos de la carne; guarde su constancia y ardor para una causa adecuada; absténgase de desperdiciarlos en objetos triviales y transitorios. ¿Oye, Jane?

—Sí; como si estuviera hablando en griego. Siento que tengo una causa adecuada para ser feliz y seré feliz. ¡Adiós!

Feliz en Moor House estuve, y duro trabajé; y también Hannah. Estaba encantada de ver lo jovial que podía ser en medio del ajetreo de una casa puesta patas arriba, cómo podía cepillar, y quitar el polvo, y limpiar, y cocinar. Y realmente, después de un día o dos de confusión peor confundida, fue delicioso invocar gradualmente el orden desde el caos que nosotras mismas habíamos creado. Previamente había hecho un viaje a S... para comprar algunos muebles nuevos; mis primas me habían dado carta blanca para efectuar las alteraciones que me placieran, y se había reservado una suma para ese propósito. La sala de estar y los dormitorios ordinarios los dejé más o menos como estaban, pues sabía que Diana y Mary obtendrían más placer al ver de nuevo las viejas y hogareñas mesas, sillas y camas, que con el espectáculo de las innovaciones más elegantes. Aun así, era necesaria alguna novedad para dar a su regreso el picante con el que deseaba que estuviera investido. Alfombras y cortinas nuevas, oscuras y hermosas, la disposición de algunos adornos antiguos cuidadosamente seleccionados en porcelana y bronce, nuevas cubiertas, espejos y neceseres para los tocadores, cumplieron el fin. Parecían frescos sin ser llamativos. Un salón y un dormitorio de invitados los reamueblé por completo, con caoba antigua y tapicería carmesí. Puse lona en el pasillo y alfombras en las escaleras. Cuando todo estuvo terminado, pensé que Moor House era un modelo tan completo de brillante, modesta y acogedora comodidad por dentro, como lo era, en esta

estación, un espécimen de yermo invernal y desolación desértica por fuera.

El trascendental jueves llegó por fin. Se las esperaba sobre el anochecer, y antes del crepúsculo se encendieron fuegos arriba y abajo; la cocina estaba en perfecto orden; Hannah y yo estábamos vestidas, y todo estaba listo.

St. John llegó primero. Le había suplicado que se mantuviera alejado de la casa hasta que todo estuviera arreglado; y, de hecho, la sola idea de la conmoción, a la vez sórdida y trivial, que tenía lugar dentro de sus muros, bastó para ahuyentarlo. Me encontró en la cocina, observando el progreso de ciertos pasteles para el té que se estaban horneando. Acercándose al hogar, preguntó «si por fin estaba satisfecha con el trabajo de criada». Respondí invitándolo a acompañarme en una inspección general del resultado de mis labores. Con alguna dificultad, conseguí que hiciera el recorrido de la casa. Solo se asomó a las puertas que abrí; y cuando hubo vagado escaleras arriba y abajo, dijo que debía de haber pasado por mucha fatiga y problemas para haber efectuado cambios tan considerables en tan poco tiempo; pero no pronunció ni una sílaba que indicara placer en el aspecto mejorado de su morada.

Este silencio me desanimó. Pensé que quizás las alteraciones habían perturbado algunas viejas asociaciones que él valoraba. Le pregunté si era el caso, sin duda en un tono algo abatido.

—En absoluto; había, por el contrario, observado que yo había respetado escrupulosamente toda asociación. Temía, en verdad, que debí de haber dedicado más pensamiento al asunto de lo que valía. ¿Cuántos minutos, por ejemplo, había dedicado a estudiar la disposición de esta misma habitación? Por cierto, ¿podría decirle dónde estaba tal libro?

Le mostré el volumen en el estante. Lo bajó y, retirándose a su acostumbrado hueco de la ventana, comenzó a leerlo.

Ahora, esto no me gustó, lector. St. John era un buen hombre; pero empecé a sentir que había dicho la verdad de sí mismo cuando

dijo que era duro y frío. Las humanidades y las amenidades de la vida no tenían atracción para él, sus placeres pacíficos ningún encanto. Literalmente, vivía solo para aspirar, ciertamente a lo bueno y lo grande; pero aun así, nunca descansaría, ni aprobaría que otros descansaran a su alrededor. Mientras miraba su alta frente, quieta y pálida como una piedra blanca, sus finos rasgos fijos en el estudio, comprendí de repente que difícilmente sería un buen marido, que sería una prueba ser su esposa. Comprendí, como por inspiración, la naturaleza de su amor por la señorita Oliver; estuve de acuerdo con él en que no era más que un amor de los sentidos. Comprendí cómo debía de despreciarse a sí mismo por la febril influencia que ejercía sobre él; cómo debía de desear sofocarlo y destruirlo; cómo debía de desconfiar de que condujera permanentemente a su felicidad o a la de ella. Vi que era del material del que la naturaleza talla a sus héroes —cristianos y paganos—, a sus legisladores, a sus estadistas, a sus conquistadores: un baluarte firme sobre el que descansar grandes intereses; pero, junto al fuego del hogar, con demasiada frecuencia una columna fría y pesada, sombría y fuera de lugar.

«Este salón no es su esfera», reflexioné. «La cordillera del Himalaya o la sabana cafre, incluso el pantano de la costa de Guinea maldito por la plaga le convendrían mejor. Bien puede rehuir la calma de la vida doméstica; no es su elemento. Allí sus facultades se estancan, no pueden desarrollarse ni lucirse. Es en escenas de lucha y peligro —donde se prueba el coraje, se ejerce la energía y se pone a prueba la fortaleza— donde hablará y se moverá, como líder y superior. Un niño alegre tendría ventaja sobre él en este hogar. Tiene razón al elegir una carrera de misionero, lo veo ahora».

—¡Ya vienen! ¡Ya vienen! —gritó Hannah, abriendo de par en par la puerta del salón. En el mismo momento, el viejo Carlo ladró alegremente. Salí corriendo. Ya estaba oscuro; pero se oía un retumbar de ruedas. Hannah pronto encendió un farol. El vehículo se había detenido en el postigo; el conductor abrió la puerta. Primero una forma bien conocida, luego otra, salieron. En un minuto tenía mi cara bajo sus gorros, en contacto primero con la suave mejilla de Mary, luego con los rizos ondulantes de Diana. Rieron, me besaron,

luego a Hannah. Acariciaron a Carlo, que estaba medio loco de alegría; preguntaron ansiosamente si todo estaba bien; y al ser aseguradas en afirmativo, se apresuraron a entrar en la casa.

Estaban entumecidas por su largo y accidentado viaje desde Whitcross, y heladas por el aire nocturno; pero sus agradables semblantes se expandieron ante la alegre luz del fuego. Mientras el conductor y Hannah traían las cajas, preguntaron por St. John. En ese momento, él avanzó desde el salón. Ambas le echaron los brazos al cuello a la vez. Él le dio a cada una un beso tranquilo, dijo en voz baja unas pocas palabras de bienvenida, se quedó un rato para que le hablaran y luego, insinuando que suponía que pronto se reunirían con él en el salón, se retiró allí como a un lugar de refugio.

Les había encendido las velas para que subieran, pero Diana tuvo que dar primero órdenes hospitalarias respecto al conductor; hecho esto, ambas me siguieron. Estaban encantadas con la renovación y decoración de sus habitaciones; con los nuevos cortinajes y las alfombras frescas y los jarrones de porcelana de ricos tintes. Expresaron su gratificación sin reservas. Tuve el placer de sentir que mis arreglos satisfacían exactamente sus deseos y que lo que había hecho añadía un vívido encanto a su alegre regreso a casa.

Dulce fue aquella tarde. Mis primas, llenas de regocijo, eran tan elocuentes en la narración y el comentario que su fluidez cubría la taciturnidad de St. John. Estaba sinceramente contento de ver a sus hermanas; pero en su ardor de fervor y flujo de alegría no podía simpatizar. El acontecimiento del día —es decir, el regreso de Diana y Mary— le agradó; pero los acompañamientos de ese acontecimiento, el alegre tumulto, la garrulería de la recepción, le fastidiaban. Vi que deseaba que llegara el mañana más tranquilo. En el mismo meridiano del disfrute de la noche, aproximadamente una hora después del té, se oyó un golpe en la puerta. Hannah entró con la noticia de que «un pobre muchacho había venido, a esa hora tan improbable, a buscar al señor Rivers para ver a su madre, que se estaba muriendo».

—¿Dónde vive, Hannah?

—Allá arriba, en Whitcross Brow, a casi cuatro millas, y todo el camino por páramos y pantanos.

—Dile que iré.

—Estoy segura, señor, de que sería mejor que no. Es el peor camino para viajar después de oscurecer que puede haber. No hay sendero alguno sobre la ciénaga. Y además es una noche tan cruda, el viento más agudo que haya sentido. Sería mejor que mandara a decir, señor, que estará allí por la mañana.

Pero él ya estaba en el pasillo, poniéndose la capa; y sin una sola objeción, un solo murmullo, partió. Eran entonces las nueve en punto. No regresó hasta la medianoche. Bastante muerto de hambre y cansado estaba; pero parecía más feliz que cuando partió. Había realizado un acto de deber; hecho un esfuerzo; sentido su propia fuerza para hacer y negar, y estaba en mejores términos consigo mismo.

Me temo que toda la semana siguiente puso a prueba su paciencia. Era la semana de Navidad. No nos dedicamos a ninguna ocupación fija, sino que la pasamos en una especie de alegre disipación doméstica. El aire de los páramos, la libertad del hogar, el amanecer de la prosperidad, actuaron en los espíritus de Diana y Mary como un elixir vivificante. Estuvieron alegres desde la mañana hasta el mediodía y desde el mediodía hasta la noche. Siempre podían hablar; y su discurso, ingenioso, conciso, original, tenía tales encantos para mí que prefería escucharlo y participar en él a hacer cualquier otra cosa. St. John no reprendió nuestra vivacidad, pero escapó de ella. Rara vez estaba en la casa; su parroquia era grande, la población dispersa, y encontraba ocupación diaria en visitar a los enfermos y a los pobres en sus diferentes distritos.

Una mañana, en el desayuno, Diana, después de parecer un poco pensativa durante unos minutos, le preguntó «si sus planes seguían sin cambios».

—Sin cambios e inalterables —fue la respuesta. Y procedió a informarnos de que su partida de Inglaterra estaba ahora

definitivamente fijada para el año siguiente.

—¿Y Rosamond Oliver? —sugirió Mary, las palabras pareciendo escapársele de los labios involuntariamente; pues tan pronto como las hubo pronunciado, hizo un gesto como si deseara retirarlas. St. John tenía un libro en la mano —era su costumbre insociable leer en las comidas—, lo cerró y levantó la vista.

—Rosamond Oliver —dijo— está a punto de casarse con el señor Granby, uno de los residentes de mejores conexiones y más estimables de S..., nieto y heredero de Sir Frederic Granby. Recibí la noticia de su padre ayer.

Sus hermanas se miraron y me miraron a mí; las tres lo miramos a él. Estaba sereno como el cristal.

—El compromiso debe de haberse arreglado apresuradamente —dijo Diana—. No pueden haberse conocido mucho tiempo.

—Solo dos meses. Se conocieron en octubre en el baile del condado en S... Pero donde no hay obstáculos para una unión, como en el presente caso, donde la conexión es en todos los puntos deseable, las demoras son innecesarias. Se casarán tan pronto como S... Place, que Sir Frederic les cede, pueda ser reacondicionado para su recepción.

La primera vez que encontré a St. John solo después de esta comunicación, sentí la tentación de preguntarle si el acontecimiento lo afligía; pero parecía necesitar tan poco la simpatía que, lejos de aventurarme a ofrecerle más, experimenté cierta vergüenza al recordar lo que ya había arriesgado. Además, había perdido la práctica de hablar con él. Su reserva se había vuelto a congelar y mi franqueza se había congelado bajo ella. No había cumplido su promesa de tratarme como a sus hermanas; continuamente hacía pequeñas y frías diferencias entre nosotros, que no tendían en absoluto al desarrollo de la cordialidad. En resumen, ahora que era reconocida como su pariente y vivía bajo el mismo techo que él, sentía que la distancia entre nosotros era mucho mayor que cuando me había conocido solo como la maestra del pueblo. Cuando

recordaba hasta qué punto había sido admitida una vez en su confianza, apenas podía comprender su actual frigidez.

Siendo este el caso, no me sorprendió poco cuando levantó la cabeza de repente del escritorio sobre el que se inclinaba y dijo:

—Ya ve, Jane, la batalla está librada y la victoria ganada.

Sobresaltada al ser interpelada así, no respondí de inmediato. Tras un momento de vacilación, respondí:

—Pero, ¿está seguro de que no se encuentra en la posición de aquellos conquistadores cuyos triunfos les han costado demasiado caros? ¿No lo arruinaría otro triunfo semejante?

—No lo creo; y si lo hiciera, no importa mucho. Nunca se me pedirá que contienda por otro semejante. El resultado del conflicto es decisivo. Mi camino está ahora despejado; ¡doy gracias a Dios por ello! —Dicho esto, volvió a sus papeles y a su silencio.

A medida que nuestra felicidad mutua (es decir, la de Diana, Mary y la mía) se asentaba en un carácter más tranquilo, y reanudábamos nuestros hábitos usuales y nuestros estudios regulares, St. John se quedaba más en casa. Se sentaba con nosotras en la misma habitación, a veces durante horas. Mientras Mary dibujaba, Diana seguía un curso de lectura enciclopédica que había emprendido (para mi asombro y admiración), y yo me afanaba en el alemán, él meditaba sobre una tradición mística propia, la de alguna lengua oriental, cuya adquisición consideraba necesaria para sus planes.

Así ocupado, parecía, sentado en su propio rincón, bastante tranquilo y absorto; pero ese ojo azul suyo tenía la costumbre de dejar la gramática de aspecto exótico y vagar, y a veces fijarse en nosotras, sus compañeras de estudio, con una curiosa intensidad de observación. Si era sorprendido, se retiraba al instante; sin embargo, una y otra vez, volvía inquisitivamente a nuestra mesa. Me preguntaba qué significaba. Me preguntaba, también, por la satisfacción puntual que nunca dejaba de exhibir en una ocasión que a mí me parecía de poca importancia, a saber, mi visita semanal a la escuela de Morton; y aún más me desconcertaba cuando, si el día

era desfavorable, si había nieve, o lluvia, o viento fuerte, y sus hermanas me instaban a no ir, él invariablemente restaba importancia a su solicitud y me animaba a cumplir la tarea sin tener en cuenta los elementos.

—Jane no es tan débil como querríais hacerla —diría—. Puede soportar una ráfaga de montaña, o un aguacero, o unos pocos copos de nieve, tan bien como cualquiera de nosotros. Su constitución es a la vez sana y elástica, mejor calculada para soportar las variaciones del clima que muchas más robustas.

Y cuando regresaba, a veces bastante cansada y no poco maltratada por el tiempo, nunca me atrevía a quejarme, porque veía que murmurar sería vejarlo. En todas las ocasiones, la fortaleza le complacía; lo contrario era una molestia especial.

Una tarde, sin embargo, obtuve permiso para quedarme en casa, porque realmente tenía un resfriado. Sus hermanas habían ido a Morton en mi lugar. Yo estaba sentada leyendo a Schiller; él, descifrando sus enrevesados pergaminos orientales. Al cambiar una traducción por un ejercicio, acerté a mirar en su dirección. Allí me encontré bajo la influencia del ojo azul siempre vigilante. Cuánto tiempo me había estado escudriñando de arriba abajo, y una y otra vez, no puedo decirlo. Era tan agudo y, sin embargo, tan frío, que por un momento me sentí supersticiosa, como si estuviera sentada en la habitación con algo siniestro.

—Jane, ¿qué estás haciendo?

—Aprendiendo alemán.

—Quiero que dejes el alemán y aprendas indostaní.

—¿No habla en serio?

—Tan en serio que debo tenerlo así. Y le diré por qué.

Continuó explicando que el indostaní era el idioma que él mismo estaba estudiando en ese momento; que, a medida que avanzaba, era propenso a olvidar el comienzo; que le ayudaría mucho tener una alumna con quien pudiera repasar una y otra vez los elementos

y así fijarlos completamente en su mente; que su elección había vacilado durante algún tiempo entre yo y sus hermanas, pero que se había decidido por mí porque veía que podía permanecer en una tarea más tiempo que las otras tres. ¿Le haría yo este favor? No tendría, quizás, que hacer el sacrificio por mucho tiempo, ya que ahora apenas faltaban tres meses para su partida.

St. John no era un hombre al que se pudiera rechazar a la ligera. Se sentía que cada impresión hecha en él, ya fuera de dolor o de placer, quedaba grabada profundamente y era permanente. Consentí. Cuando Diana y Mary regresaron, la primera encontró a su alumna transferida de ella a su hermano. Se rio, y tanto ella como Mary estuvieron de acuerdo en que St. John nunca las habría persuadido a tal paso. Él respondió tranquilamente:

—Lo sé.

Lo encontré un maestro muy paciente, muy tolerante y, sin embargo, exigente. Esperaba que hiciera mucho; y cuando cumplía sus expectativas, él, a su manera, testificaba plenamente su aprobación. Poco a poco, adquirió una cierta influencia sobre mí que me quitó la libertad de mente. Su elogio y su atención eran más restrictivos que su indiferencia. Ya no podía hablar ni reír libremente cuando él estaba cerca, porque un instinto fastidiosamente importuno me recordaba que la vivacidad (al menos en mí) le resultaba desagradable. Era tan plenamente consciente de que solo los estados de ánimo y las ocupaciones serias eran aceptables, que en su presencia todo esfuerzo por mantener o seguir cualquier otro se volvía vano. Caí bajo un hechizo helador. Cuando decía «ve», yo iba; «ven», yo venía; «haz esto», yo lo hacía. Pero no amaba mi servidumbre. Deseé, muchas veces, que hubiera seguido descuidándome.

Una tarde, a la hora de acostarse, mientras sus hermanas y yo estábamos de pie a su alrededor, dándole las buenas noches, besó a cada una de ellas, como era su costumbre; y, como era igualmente su costumbre, me dio la mano. Diana, que casualmente estaba de un humor juguetón (ella no estaba dolorosamente controlada por su

voluntad, pues la suya, de otra manera, era igual de fuerte), exclamó:

—¡St. John! Solías llamar a Jane tu tercera hermana, pero no la tratas como tal. Deberías besarla también.

Me empujó hacia él. Pensé que Diana era muy provocadora y me sentí incómodamente confundida; y mientras pensaba y sentía esto, St. John inclinó la cabeza; su rostro griego se puso a la altura del mío, sus ojos interrogaron a mis ojos penetrantemente, me besó. No existen los besos de mármol o los besos de hielo, o diría que el saludo de mi primo eclesiástico pertenecía a una de estas clases; pero puede haber besos de experimento, y el suyo fue un beso de experimento. Una vez dado, me observó para conocer el resultado. No fue llamativo. Estoy segura de que no me sonrojé; quizás me puse un poco pálida, pues sentí como si este beso fuera un sello fijado a mis grilletes. Nunca omitió la ceremonia después, y la gravedad y la quietud con que la sufría parecían investirla para él de un cierto encanto.

En cuanto a mí, deseaba cada día más complacerlo; pero para hacerlo, sentía cada día más y más que debía repudiar la mitad de mi naturaleza, sofocar la mitad de mis facultades, arrancar mis gustos de su inclinación original, forzarme a la adopción de actividades para las que no tenía vocación natural. Quería entrenarme para una elevación que nunca podría alcanzar; me atormentaba cada hora aspirar al estándar que él enarbolaba. La cosa era tan imposible como moldear mis rasgos irregulares a su patrón correcto y clásico, dar a mis cambiantes ojos verdes el tinte azul marino y el lustre solemne de los suyos.

No solo su ascendiente, sin embargo, me tenía esclavizada en el presente. Últimamente me había resultado bastante fácil parecer triste: un mal canceroso se asentaba en mi corazón y drenaba mi felicidad en su origen: el mal de la incertidumbre.

Quizás piense usted, lector, que había olvidado al señor Rochester en medio de estos cambios de lugar y de fortuna. Ni por un

momento. Su idea todavía estaba conmigo, porque no era un vapor que el sol pudiera dispersar, ni una efigie trazada en la arena que las tormentas pudieran borrar; era un nombre grabado en una tablilla, destinado a durar tanto como el mármol que inscribía. El anhelo de saber qué había sido de él me seguía a todas partes. Cuando estaba en Morton, volvía a mi cabaña cada tarde para pensar en eso; y ahora en Moor House, buscaba mi dormitorio cada noche para meditar sobre ello.

En el transcurso de mi correspondencia necesaria con el señor Briggs sobre el testamento, había preguntado si sabía algo de la residencia actual y el estado de salud del señor Rochester; pero, como St. John había conjeturado, ignoraba por completo todo lo concerniente a él. Escribí entonces a la señora Fairfax, suplicando información sobre el tema. Había calculado con certeza que este paso respondería a mi fin; sentía la seguridad de que obtendría una pronta respuesta. Me asombré cuando pasaron quince días sin respuesta; pero cuando transcurrieron dos meses, y día tras día llegaba el correo y no traía nada para mí, caí presa de la más aguda ansiedad.

Escribí de nuevo. Había una posibilidad de que mi primera carta se hubiera extraviado. Una esperanza renovada siguió a un esfuerzo renovado. Brilló como la anterior durante algunas semanas, luego, como ella, se desvaneció, parpadeó. Ni una línea, ni una palabra me llegaron. Cuando medio año se desperdició en vana expectación, mi esperanza se extinguió, y entonces me sentí verdaderamente a oscuras.

Una hermosa primavera brillaba a mi alrededor, que no podía disfrutar. Se acercaba el verano; Diana trató de animarme. Dijo que parecía enferma y deseaba acompañarme a la orilla del mar. A esto se opuso St. John; dijo que no necesitaba disipación, que necesitaba empleo; mi vida actual carecía demasiado de propósito, necesitaba un objetivo; y, supongo, a modo de suplir deficiencias, prolongó aún más mis lecciones de indostaní y se volvió más urgente en exigir su

cumplimiento. Y yo, como una tonta, nunca pensé en resistirme, no podía resistirme.

Un día había acudido a mis estudios con el ánimo más bajo de lo habitual; el reflujo fue ocasionado por una decepción sentida con agudeza. Hannah me había dicho por la mañana que había una carta para mí, y cuando bajé a tomarla, casi segura de que las noticias tan esperadas me eran concedidas por fin, encontré solo una nota sin importancia del señor Briggs sobre negocios. El amargo revés me había arrancado algunas lágrimas; y ahora, mientras estaba sentada estudiando los caracteres enrevesados y las floridas tropos de un escriba indio, mis ojos se llenaron de nuevo.

St. John me llamó a su lado para leer; al intentar hacerlo, mi voz me falló. Las palabras se perdieron en sollozos. Él y yo éramos los únicos ocupantes del salón. Diana practicaba su música en la sala de estar, Mary trabajaba en el jardín; era un día de mayo muy hermoso, claro, soleado y ventoso. Mi compañero no expresó sorpresa ante esta emoción, ni me preguntó por su causa; solo dijo:

—Esperaremos unos minutos, Jane, hasta que esté más serena. — Y mientras yo sofocaba el paroxismo con toda prisa, él permaneció sentado, tranquilo y paciente, apoyado en su escritorio y pareciendo un médico que observa con el ojo de la ciencia una crisis esperada y plenamente comprendida en la enfermedad de un paciente. Habiendo sofocado mis sollozos, secado mis ojos y murmurado algo sobre no encontrarme muy bien esa mañana, reanudé mi tarea y logré completarla. St. John guardó mis libros y los suyos, cerró su escritorio con llave y dijo:

—Ahora, Jane, dará un paseo; y conmigo.

—Llamaré a Diana y a Mary.

—No; solo quiero una compañera esta mañana, y esa debe ser usted. Póngase sus cosas; salga por la puerta de la cocina; tome el camino hacia la cabecera de Marsh Glen. Me uniré a usted en un momento.

No conozco término medio. Nunca en mi vida he conocido ningún término medio en mi trato con caracteres positivos, duros, antagónicos al mío, entre la sumisión absoluta y la revuelta decidida. Siempre he observado fielmente la una, hasta el mismo momento de estallar, a veces con vehemencia volcánica, en la otra; y como ni las circunstancias presentes lo justificaban, ni mi estado de ánimo actual me inclinaba al motín, observé una cuidadosa obediencia a las indicaciones de St. John; y en diez minutos estaba recorriendo el sendero salvaje de la cañada, codo con codo con él.

La brisa venía del oeste. Llegaba por encima de las colinas, dulce con aromas de brezo y junco; el cielo era de un azul inmaculado; el arroyo que descendía por el barranco, crecido por las lluvias primaverales pasadas, corría abundante y claro, captando destellos dorados del sol y tintes de zafiro del firmamento. A medida que avanzábamos y dejábamos el sendero, pisábamos un césped suave, musgoso y de un verde esmeralda, minuciosamente esmaltado con una diminuta flor blanca y salpicado de una flor amarilla estrellada. Las colinas, mientras tanto, nos encerraban por completo; pues la cañada, hacia su cabecera, se adentraba hasta su mismo corazón.

—Descansemos aquí —dijo St. John, al llegar a los primeros rezagados de un batallón de rocas, que guardaban una especie de paso, más allá del cual el arroyo se precipitaba en una cascada; y donde, aún un poco más lejos, la montaña se despojaba de césped y flor, no tenía más vestidura que brezo y por gema el peñasco; donde exageraba lo salvaje hasta lo feroz y cambiaba lo fresco por lo ceñudo; donde guardaba la última esperanza de la soledad y un último refugio para el silencio.

Tomé asiento. St. John se quedó de pie cerca de mí. Miró hacia arriba del paso y hacia abajo de la hondonada; su mirada vagó con el arroyo y regresó para recorrer el cielo despejado que lo coloreaba. Se quitó el sombrero, dejó que la brisa le agitara el pelo y le besara la frente. Parecía en comunión con el genio del lugar; con su ojo se despidió de algo.

—Y lo volveré a ver —dijo en voz alta—, en sueños cuando duerma junto al Ganges; y de nuevo en una hora más remota —cuando otro sueño me venza— ¡en la orilla de un arroyo más oscuro!

¡Extrañas palabras de un extraño amor! ¡La austera pasión de un patriota por su patria! Se sentó. Durante media hora no hablamos; ni él a mí ni yo a él. Pasado ese intervalo, reanudó:

—Jane, me voy en seis semanas. He tomado mi pasaje en un buque de las Indias Orientales que zarpa el 20 de junio.

—Dios la protegerá, pues ha emprendido Su obra —respondí.

—Sí —dijo—. Ahí está mi gloria y mi alegría. Soy el siervo de un Maestro infalible. No salgo bajo guía humana, sujeto a las leyes defectuosas y al control erróneo de mis débiles semejantes. Mi rey, mi legislador, mi capitán es el Todopoderoso. Me parece extraño que todos a mi alrededor no ardan por alistarse bajo la misma bandera, por unirse a la misma empresa.

—No todos tienen sus poderes, y sería una locura que los débiles desearan marchar con los fuertes.

—No hablo a los débiles, ni pienso en ellos. Me dirijo solo a aquellos que son dignos de la obra y competentes para realizarla.

—Esos son pocos en número y difíciles de descubrir.

—Dice usted la verdad; pero cuando se encuentran, es correcto incitarlos, instarlos y exhortarlos al esfuerzo, mostrarles cuáles son sus dones y por qué les fueron dados, hablarles el mensaje del Cielo al oído, ofrecerles, directamente de Dios, un lugar en las filas de Sus elegidos.

—Si están realmente cualificados para la tarea, ¿no serán sus propios corazones los primeros en informarles de ello?

Sentí como si un encanto terrible se estuviera formando a mi alrededor y se estuviera acumulando sobre mí. Temblé al oír pronunciar alguna palabra fatal que a la vez declararía y remacharía el hechizo.

—¿Y qué dice tu corazón? —demandó St. John.

—Mi corazón está mudo, mi corazón está mudo —respondí, impresionada y estremecida.

—Entonces debo hablar por él —continuó la voz profunda e implacable—. Jane, ven conmigo a la India. Ven como mi compañera y colaboradora.

¡La cañada y el cielo giraron; las colinas se agitaron! Fue como si hubiera oído una llamada del Cielo, como si un mensajero visionario, como el de Macedonia, hubiera enunciado: «¡Pasa y ayúdanos!». Pero yo no era un apóstol, no podía contemplar al heraldo, no podía recibir su llamada.

—¡Oh, St. John! —grité—. ¡Tenga algo de piedad!

Apelé a uno que, en el cumplimiento de lo que creía su deber, no conocía ni piedad ni remordimiento. Continuó:

—Dios y la naturaleza te destinaron a ser la esposa de un misionero. No son dones personales, sino mentales los que te han dado. Estás formada para el trabajo, no para el amor. La esposa de un misionero debes —serás—. Serás mía. Te reclamo, no para mi placer, sino para el servicio de mi Soberano.

—No soy apta para ello. No tengo vocación —dije.

Había calculado estas primeras objeciones; no se irritó por ellas. De hecho, mientras se reclinaba contra el peñasco detrás de él, cruzaba los brazos sobre el pecho y fijaba su semblante, vi que estaba preparado para una oposición larga y difícil, y que había acumulado una reserva de paciencia para que le durara hasta su fin, resuelto, sin embargo, a que ese fin fuera una conquista para él.

—La humildad, Jane —dijo—, es el fundamento de las virtudes cristianas. Dices bien que no eres apta para la obra. ¿Quién es apto para ella? ¿O quién, que alguna vez fue verdaderamente llamado, se creyó digno de la llamada? Yo, por ejemplo, no soy más que polvo y ceniza. Con San Pablo, me reconozco el mayor de los pecadores; pero no permito que este sentido de mi vileza personal me

acobarde. Conozco a mi Líder: que es tan justo como poderoso; y mientras Él ha elegido un instrumento débil para realizar una gran tarea, Él, de los almacenes ilimitados de Su providencia, suplirá la insuficiencia de los medios para el fin. Piensa como yo, Jane, confía como yo. Es en la Roca de los Siglos en la que te pido que te apoyes; no dudes de que soportará el peso de tu debilidad humana.

—No entiendo la vida de misionera; nunca he estudiado las labores misioneras.

—Ahí yo, humilde como soy, puedo darte la ayuda que necesitas. Puedo asignarte tu tarea de hora en hora; estar a tu lado siempre; ayudarte de momento a momento. Esto podría hacerlo al principio. Pronto (pues conozco tus poderes) serías tan fuerte y apta como yo mismo, y no requerirías mi ayuda.

—Pero mis poderes, ¿dónde están para esta empresa? No los siento. Nada habla ni se agita en mí mientras usted habla. No soy sensible a ninguna luz que se encienda, ninguna vida que se avive, ninguna voz que aconseje o anime. ¡Oh, ojalá pudiera hacerle ver cuánto se parece mi mente en este momento a una mazmorra sin luz, con un miedo encogido encadenado en sus profundidades, el miedo de ser persuadida por usted a intentar lo que no puedo lograr!

—Tengo una respuesta para ti, escúchala. Te he observado desde que nos conocimos. Te he hecho mi estudio durante diez meses. Te he puesto a prueba en ese tiempo con diversas pruebas. ¿Y qué he visto y obtenido? En la escuela del pueblo descubrí que podías desempeñar bien, puntualmente, rectamente, una labor ajena a tus hábitos e inclinaciones; vi que podías desempeñarla con capacidad y tacto. Podías ganarte a la gente mientras la controlabas. En la calma con que supiste que te habías vuelto rica de repente, leí una mente libre del vicio de Demas: el lucro no tenía un poder indebido sobre ti. En la resuelta presteza con que dividiste tu riqueza en cuatro partes, quedándote solo con una para ti y renunciando a las otras tres a la demanda de la justicia abstracta, reconocí un alma que se deleitaba en la llama y la excitación del sacrificio. En la docilidad con que, a mi

deseo, abandonaste un estudio en el que estabas interesada y adoptaste otro porque me interesaba a mí; en la incansable asiduidad con que desde entonces has perseverado en él, en la energía inagotable y el temple inquebrantable con que has afrontado sus dificultades, reconozco el complemento de las cualidades que busco. Jane, eres dócil, diligente, desinteresada, fiel, constante y valiente; muy dulce y muy heroica. Deja de desconfiar de ti misma, yo puedo confiar en ti sin reservas. Como directora de escuelas indias y ayudante entre las mujeres indias, tu ayuda será para mí inestimable.

Mi sudario de hierro se contrajo a mi alrededor; la persuasión avanzaba con paso lento y seguro. Por mucho que cerrara los ojos, estas últimas palabras suyas lograron hacer el camino, que parecía bloqueado, comparativamente claro. Mi trabajo, que había parecido tan vago, tan irremediablemente difuso, se condensó a medida que él procedía y asumió una forma definida bajo su mano moldeadora. Esperó una respuesta. Exigí un cuarto de hora para pensar, antes de volver a arriesgar una respuesta.

—Con mucho gusto —replicó; y, levantándose, se alejó un poco por el paso, se arrojó sobre un promontorio de brezo y allí permaneció quieto.



—Puedo hacer lo que él quiere que haga; me veo obligada a verlo y reconocerlo —medité—, es decir, si se me perdona la vida. Pero siento que la mía no es una existencia que se prolongue mucho bajo un sol indio. ¿Y entonces qué? A él no le importa eso; cuando llegue mi hora de morir, me entregaría, con toda serenidad y santidad, al Dios que me dio. El caso está muy claro ante mí. Al dejar Inglaterra, dejaría una tierra amada pero vacía —el señor Rochester no está allí; y si estuviera, ¿qué es, qué puede ser eso para mí? Mi asunto es vivir sin él ahora. Nada tan absurdo, tan débil como arrastrarse día a día, como si esperara algún cambio imposible en las circunstancias que pudiera reunirme con él. Por supuesto (como dijo una vez St. John), debo buscar otro interés en la vida para reemplazar el perdido. ¿No es la ocupación que ahora me ofrece verdaderamente la más gloriosa que el hombre puede adoptar o Dios asignar? ¿No es, por sus nobles cuidados y sus sublimes resultados, la más adecuada para llenar el vacío dejado por afectos arrancados y esperanzas demolidas? Creo que debo decir que sí, y sin embargo me estremezco. ¡Ay! Si me uno a St. John, abandono la mitad de mí misma; si voy a la India, voy a una muerte prematura. ¿Y cómo se

llenará el intervalo entre dejar Inglaterra por la India, y la India por la tumba? ¡Oh, lo sé bien! Eso, también, está muy claro para mi visión. Esforzándome por satisfacer a St. John hasta que me duelan los tendones, lo satisfaceré, hasta el punto central más fino y el círculo exterior más lejano de sus expectativas. Si voy con él, si hago el sacrificio que él insta, lo haré absolutamente. Lo arrojaré todo al altar: corazón, entrañas, la víctima entera. Él nunca me amará; pero me aprobará. Le mostraré energías que aún no ha visto, recursos que nunca ha sospechado. Sí, puedo trabajar tan duro como él y con tan poca reticencia.

»Consentir, entonces, a su demanda es posible, pero por un detalle, un detalle espantoso. Es que me pide que sea su esposa, y no tiene más corazón de marido para mí que ese gigante ceñudo de roca, por el que el arroyo espuma en la garganta de allá. Me valora como un soldado valoraría una buena arma; y eso es todo. Sin estar casada con él, esto nunca me afligiría; pero, ¿puedo dejarle completar sus cálculos, poner fríamente en práctica sus planes, pasar por la ceremonia de la boda? ¿Puedo recibir de él el anillo nupcial, soportar todas las formas de amor (que no dudo que observaría escrupulosamente) y saber que el espíritu estaba completamente ausente? ¿Puedo soportar la conciencia de que cada caricia que me prodiga es un sacrificio hecho por principio? No; tal martirio sería monstruoso. Nunca lo sufriré. Como su hermana, podría acompañarlo, no como su esposa. Se lo diré.

Miré hacia el montículo: allí yacía, inmóvil como una columna postrada; su rostro vuelto hacia mí, su ojo radiante, vigilante y agudo. Se puso de pie de un salto y se acercó a mí.

—Estoy lista para ir a la India, si puedo ir libre.

—Su respuesta requiere un comentario —dijo—. No está clara.

—Hasta ahora ha sido mi hermano adoptivo y yo su hermana adoptiva. Continuemos así. Será mejor que usted y yo no nos casemos.

Sacudió la cabeza.

—La fraternidad adoptiva no servirá en este caso. Si fuera mi hermana de verdad, sería diferente. La llevaría y no buscaría esposa. Pero tal como están las cosas, o nuestra unión debe ser consagrada y sellada por el matrimonio, o no puede existir. Obstáculos prácticos se oponen a cualquier otro plan. ¿No lo ve, Jane? Considere un momento, su fuerte sentido común la guiará.

Lo consideré; y aun así mi sentido común, tal como era, me dirigió solo al hecho de que no nos amábamos como marido y mujer deberían; y por lo tanto, infirió que no debíamos casarnos. Así lo dije.

—St. John —respondí—, lo considero como un hermano, y usted a mí como una hermana. Así que continuemos.

—No podemos, no podemos —respondió, con corta y aguda determinación—. No funcionaría. Ha dicho que irá conmigo a la India. Recuerde, lo ha dicho.

—Condicionalmente.

—Bueno, bueno. Al punto principal —la partida conmigo de Inglaterra, la cooperación conmigo en mis futuros trabajos— no se opone. Ya ha puesto prácticamente la mano en el arado. Es usted demasiado consecuente para retirarla. Solo tiene un fin que mantener a la vista: cómo puede hacerse mejor el trabajo que ha emprendido. Simplifique sus complicados intereses, sentimientos, pensamientos, deseos, metas; funda todas las consideraciones en un solo propósito: el de cumplir con efecto, con poder, la misión de su gran Maestro. Para hacerlo, debe tener un coadjutor. No un hermano —eso es un lazo suelto—, sino un marido. Yo tampoco quiero una hermana; una hermana podría serme arrebatada cualquier día. Quiero una esposa: la única compañera que puedo influir eficientemente en la vida y retener absolutamente hasta la muerte.

Me estremecí mientras hablaba. Sentí su influencia en mi médula, su dominio sobre mis miembros.

—Busque una en otra parte que no sea en mí, St. John. Busque una adecuada para usted.

—Una adecuada para mi propósito, quiere decir, adecuada para mi vocación. De nuevo le digo que no es con el insignificante individuo particular —el mero hombre, con los sentidos egoístas del hombre— con quien deseo unirme. Es con el misionero.

—Y yo le daré al misionero mis energías, es todo lo que quiere, pero no a mí misma. Eso sería solo añadir la cáscara y la concha al grano. Para ellas no tiene uso; las retengo.

—No puede, no debe. ¿Cree que Dios se satisfará con media ofrenda? ¿Aceptará un sacrificio mutilado? Es la causa de Dios la que defiendo; es bajo Su estandarte que la alisto. No puedo aceptar en Su nombre una lealtad dividida; debe ser entera.

—¡Oh! Le daré mi corazón a Dios —dije—. Usted no lo quiere.

No juraré, lector, que no hubiera algo de sarcasmo reprimido tanto en el tono con el que pronuncié esta frase como en el sentimiento que la acompañó. Había temido silenciosamente a St. John hasta ahora, porque no lo había entendido. Me había mantenido sobrecogida, porque me había mantenido en la duda. Cuánto de él era santo, cuánto mortal, no podría haberlo dicho hasta entonces; pero se estaban haciendo revelaciones en esta conferencia. El análisis de su naturaleza procedía ante mis ojos. Vi sus falibilidades; las comprendí. Entendí que, sentada allí donde estaba, en la orilla del brezal y con esa hermosa forma ante mí, me sentaba a los pies de un hombre, tan pecador como yo. El velo cayó de su dureza y despotismo. Habiendo sentido en él la presencia de estas cualidades, sentí su imperfección y cobré valor. Estaba con un igual, alguien con quien podría discutir, alguien a quien, si lo veía conveniente, podría resistir.

Guardó silencio después de que yo pronunciara la última frase y al instante me arriesgué a echar un vistazo a su semblante. Su ojo, fijo en mí, expresaba a la vez una severa sorpresa y una aguda indagación. «¿Es sarcástica, y sarcástica conmigo?», parecía decir. «¿Qué significa esto?».

—No olvidemos que este es un asunto solemne —dijo al poco rato —. Uno del que no podemos pensar ni hablar a la ligera sin pecado. Confío, Jane, en que habla en serio cuando dice que entregará su corazón a Dios. Es todo lo que quiero. Una vez que arranque su corazón del hombre y lo fije en su Hacedor, el avance del reino espiritual de ese Hacedor en la tierra será su principal deleite y esfuerzo; estará lista para hacer de inmediato cualquier cosa que promueva ese fin. Verá qué ímpetu se daría a sus esfuerzos y a los míos con nuestra unión física y mental en el matrimonio: la única unión que da un carácter de conformidad permanente a los destinos y designios de los seres humanos; y, pasando por alto todos los caprichos menores, todas las dificultades triviales y delicadezas del sentimiento, todo escrúpulo sobre el grado, tipo, fuerza o ternura de la mera inclinación personal, se apresurará a entrar en esa unión de una vez.

—¿Lo haré? —dije brevemente; y miré sus rasgos, hermosos en su armonía, pero extrañamente formidables en su severidad inmóvil; su frente, imponente pero no abierta; sus ojos, brillantes, profundos e inquisitivos, pero nunca suaves; su alta e imponente figura; y me imaginé en idea su esposa. ¡Oh! ¡Nunca funcionaría! Como su coadjutora, su camarada, todo estaría bien. Cruzaría océanos con él en esa capacidad; trabajaría bajo soles orientales, en desiertos asiáticos con él en ese oficio; admiraría y emularía su coraje, su devoción y su vigor; me acomodaría tranquilamente a su maestría; sonreiría sin ser perturbada ante su ambición irradicable; discriminaría al cristiano del hombre: estimaría profundamente al uno y perdonaría libremente al otro. Sufriría a menudo, sin duda, unida a él solo en esta capacidad. Mi cuerpo estaría bajo un yugo bastante riguroso, pero mi corazón y mi mente estarían libres. Todavía tendría mi yo intacto al que recurrir, mis sentimientos naturales y no esclavizados con los que comunicarme en momentos de soledad. Habría recovecos en mi mente que serían solo míos, a los que él nunca llegaría, y sentimientos que crecerían allí frescos y resguardados que su austeridad nunca podría marchitar, ni su medida marcha de guerrero pisotear. Pero como su esposa —a su

lado siempre, y siempre contenida, y siempre controlada—, forzada a mantener el fuego de mi naturaleza continuamente bajo, a obligarlo a arder por dentro y a no lanzar nunca un grito, aunque la llama aprisionada consumiera víscera tras víscera, esto sería insoportable.

—¡St. John! —exclamé, cuando había llegado tan lejos en mi meditación.

—¿Y bien? —respondió gélidamente.

—Repito que consiento libremente en ir con usted como su compañera misionera, pero no como su esposa. No puedo casarme con usted y convertirme en parte de usted.

—Una parte de mí debe convertirse —respondió firmemente—. De lo contrario, todo el trato es nulo. ¿Cómo puedo yo, un hombre que aún no tiene treinta años, llevarme a la India a una muchacha de diecinueve, a menos que esté casada conmigo? ¿Cómo podemos estar siempre juntos, a veces en soledades, a veces entre tribus salvajes, y sin estar casados?

—Muy bien —dije secamente—. Dadas las circunstancias, tan bien como si fuera su hermana de verdad, o un hombre y un clérigo como usted.

—Se sabe que no es mi hermana; no puedo presentarla como tal. Intentarlo sería arrojar sospechas injuriosas sobre ambos. Y por lo demás, aunque tiene usted el cerebro vigoroso de un hombre, tiene el corazón de una mujer y... no funcionaría.

—Funcionaría —afirmé con cierto desdén—, perfectamente bien. Tengo el corazón de una mujer, pero no en lo que a usted concierne; para usted solo tengo la constancia de una camarada; la franqueza, la fidelidad, la fraternidad de un compañero de armas, si gusta; el respeto y la sumisión de un neófito a su hierofante. Nada más, no tema.

—Es lo que quiero —dijo, hablando para sí mismo—. Es justo lo que quiero. Y hay obstáculos en el camino; deben ser derribados.

Jane, no se arrepentiría de casarse conmigo, esté segura de eso. Debemos casarnos. Lo repito: no hay otro modo; y sin duda, suficiente amor seguiría al matrimonio para hacer la unión correcta incluso a sus ojos.

—Desprecio su idea del amor —no pude evitar decir, mientras me levantaba y me paraba ante él, apoyando la espalda en la roca—. Desprecio el sentimiento falsificado que ofrece. Sí, St. John, y lo desprecio a usted cuando lo ofrece.

Me miró fijamente, comprimiendo sus labios bien cortados mientras lo hacía. Si estaba indignado o sorprendido, o qué, no era fácil de decir; podía dominar su semblante a la perfección.

—Apenas esperaba oír esa expresión de usted —dijo—. Creo que no he hecho ni dicho nada para merecer desprecio.

Me conmovió su tono suave y me sobrecogió su porte alto y sereno.

—Perdóneme las palabras, St. John; pero es culpa suya que me haya exaltado a hablar tan sin reparos. Ha introducido un tema en el que nuestras naturalezas discrepan, un tema que nunca deberíamos discutir. El mismo nombre del amor es una manzana de la discordia entre nosotros. Si se requiriera la realidad, ¿qué haríamos? ¿Cómo nos sentiríamos? Mi querido primo, abandone su plan de matrimonio, olvídelo.

—No —dijo—. Es un plan largamente acariciado y el único que puede asegurar mi gran fin. Pero no la instaré más por el momento. Mañana me voy de casa para Cambridge. Tengo muchos amigos allí a los que desearía decir adiós. Estaré ausente quince días, tómese ese tiempo para considerar mi oferta. Y no olvide que si la rechaza, no es a mí a quien niega, sino a Dios. A través de mis medios, Él le abre una noble carrera; solo como mi esposa puede entrar en ella. Niéguese a ser mi esposa y se limitará para siempre a una senda de comodidad egoísta y oscuridad estéril. ¡Tiemble, no sea que en ese caso sea contada entre los que han negado la fe y son peores que los infieles!

Había terminado. Apartándose de mí, una vez más:

«Miró al río, miró a la colina».

Pero esta vez sus sentimientos estaban todos encerrados en su corazón; yo no era digna de oírlos pronunciar. Mientras caminaba a su lado de vuelta a casa, leí bien en su silencio de hierro todo lo que sentía hacia mí: la decepción de una naturaleza austera y despótica que ha encontrado resistencia donde esperaba sumisión; la desaprobación de un juicio frío e inflexible que ha detectado en otro sentimientos y puntos de vista con los que no tiene poder para simpatizar. En resumen, como hombre, habría deseado coaccionarme a la obediencia; solo como cristiano sincero soportó con tanta paciencia mi perversidad y concedió un espacio tan largo para la reflexión y el arrepentimiento.

Aquella noche, después de haber besado a sus hermanas, consideró oportuno olvidar incluso darme la mano, pero salió de la habitación en silencio. Yo, que, aunque no sentía amor, sentía mucha amistad por él, me sentí herida por la marcada omisión; tan herida que las lágrimas asomaron a mis ojos.

—Veo que St. John y tú habéis reñido, Jane —dijo Diana—, durante vuestro paseo por el páramo. Pero ve tras él; ahora está demorándose en el pasillo esperándote, hará las paces.

No tengo mucho orgullo en tales circunstancias. Siempre preferiría ser feliz a ser digna; y corrí tras él. Estaba de pie al pie de las escaleras.

—Buenas noches, St. John —dije.

—Buenas noches, Jane —respondió calmadamente.

—Entonces, démonos la mano —añadí.

¡Qué toque tan frío y laxo imprimió en mis dedos! Estaba profundamente disgustado por lo que había ocurrido ese día; la cordialidad no lo calentaría, ni las lágrimas lo conmoverían. No se podía tener con él una reconciliación feliz, ni una sonrisa alegre o una palabra generosa. Pero aun así, el cristiano era paciente y

plácido; y cuando le pregunté si me perdonaba, respondió que no tenía la costumbre de albergar el recuerdo de la vejación; que no tenía nada que perdonar, no habiendo sido ofendido.

Y con esa respuesta me dejó. Hubiera preferido mucho más que me hubiera derribado de un golpe.

Capítulo XXXV

No se fue a Cambridge al día siguiente, como había dicho que haría. Aplazó su partida una semana entera y, durante ese tiempo, me hizo sentir qué severo castigo puede infligir un hombre bueno pero severo, concienzudo pero implacable, a quien lo ha ofendido. Sin un solo acto abierto de hostilidad, una sola palabra de reproche, se las arregló para impresionarme momentáneamente con la convicción de que estaba puesta más allá del alcance de su favor.

No es que St. John albergara un espíritu de venganza anticristiana; no es que me hubiera dañado un pelo de la cabeza si hubiera estado plenamente en su poder hacerlo. Tanto por naturaleza como por principio, era superior a la mezquina gratificación de la venganza. Me había perdonado por decir que despreciaba a él y a su amor, pero no había olvidado las palabras; y mientras él y yo viviéramos, nunca las olvidaría. Vi por su mirada, cuando se volvía hacia mí, que siempre estaban escritas en el aire entre él y yo; cada vez que yo hablaba, sonaban en mi voz a su oído, y su eco teñía cada respuesta que me daba.

No se abstenía de conversar conmigo; incluso me llamaba como de costumbre cada mañana para unirme a él en su escritorio; y

temo que el hombre corrupto dentro de él sentía un placer no comunicado ni compartido por el cristiano puro, al demostrar con qué habilidad podía, mientras actuaba y hablaba aparentemente como de costumbre, extraer de cada acto y de cada frase el espíritu de interés y aprobación que antes había comunicado un cierto encanto austero a su lenguaje y sus modales. Para mí, se había convertido en realidad ya no en carne, sino en mármol; su ojo era una gema fría, brillante, azul; su lengua, un instrumento parlante, nada más.

Todo esto era una tortura para mí, una tortura refinada y persistente. Mantenía un fuego lento de indignación y un trémulo problema de dolor que me acosaba y aplastaba por completo. Sentí cómo, si yo fuera su esposa, este buen hombre, puro como la fuente profunda y sin sol, podría matarme pronto, sin extraer de mis venas una sola gota de sangre, ni recibir en su propia conciencia de cristal la más mínima mancha de crimen. Especialmente sentí esto cuando hacía algún intento de propiciarlo. Ninguna compasión encontró mi compasión. Él no experimentaba sufrimiento por el distanciamiento, ningún anhelo de reconciliación; y aunque, más de una vez, mis lágrimas que caían rápidamente ampollaban la página sobre la que ambos nos inclinábamos, no producían más efecto en él que si su corazón hubiera sido realmente de piedra o metal. Con sus hermanas, mientras tanto, era algo más amable de lo habitual; como si temiera que la mera frialdad no me convenciera suficientemente de lo completamente desterrada y proscrita que estaba, añadió la fuerza del contraste; y esto, estoy segura, no lo hizo por malicia, sino por principio.

La noche antes de que se fuera de casa, al verlo pasear por el jardín al atardecer y recordar, al mirarlo, que este hombre, distanciado como estaba ahora, una vez me había salvado la vida y que éramos parientes cercanos, me sentí movida a hacer un último intento por recuperar su amistad. Salí y me acerqué a él mientras estaba apoyado en la pequeña verja; hablé directamente al grano.

—St. John, soy infeliz porque todavía está enfadado conmigo. Seamos amigos.

—Espero que seamos amigos —fue la respuesta impasible, mientras seguía observando la salida de la luna, que había estado contemplando al acercarme.

—No, St. John, no somos amigos como antes. Usted lo sabe.

—¿No lo somos? Eso está mal. Por mi parte, no le deseo ningún mal y todo el bien.

—Le creo, St. John; pues estoy segura de que es usted incapaz de desearle mal a nadie. Pero, como soy su pariente, desearía algo más de afecto que esa especie de filantropía general que extiende a meros extraños.

—Por supuesto —dijo—. Su deseo es razonable, y estoy lejos de considerarla una extraña.

Esto, dicho en un tono frío y tranquilo, fue bastante mortificante y desconcertante. Si hubiera atendido a las sugerencias del orgullo y la ira, lo habría dejado inmediatamente; pero algo trabajaba dentro de mí con más fuerza que esos sentimientos. Veneraba profundamente el talento y el principio de mi primo. Su amistad era de valor para mí; perderla me probaba severamente. No renunciaría tan pronto al intento de reconquistarla.

—¿Debemos separarnos de esta manera, St. John? Y cuando vaya a la India, ¿me dejará así, sin una palabra más amable de las que ha pronunciado hasta ahora?

Ahora se apartó completamente de la luna y me encaró.

—¡Cuando vaya a la India, Jane, te dejaré! ¡Cómo! ¿No vas a la India?

—Usted dijo que no podía a menos que me casara con usted.

—¡Y no te casarás conmigo! ¿Te aferras a esa resolución?

Lector, ¿sabe usted, como yo, qué terror pueden poner esas personas frías en el hielo de sus preguntas? ¿Cuánto de la caída de

la avalancha hay en su ira, de la ruptura del mar helado en su disgusto?

—No. St. John, no me casaré con usted. Me aferro a mi resolución.

La avalancha se había sacudido y deslizado un poco hacia adelante, pero aún no se había desplomado.

—Una vez más, ¿por qué esta negativa? —preguntó.

—Antes —respondí—, porque no me amaba; ahora, respondo, porque casi me odia. Si me casara con usted, me mataría. Me está matando ahora.

Sus labios y mejillas se volvieron blancos, completamente blancos.

—¿Yo te mataría, te estoy matando? Sus palabras son tales que no deberían usarse: violentas, poco femeninas y falsas. Delatan un estado mental desafortunado; merecen una severa reprimenda; parecerían inexcusables, pero es deber del hombre perdonar a su prójimo hasta setenta veces siete.

Ahora había terminado el asunto. Mientras deseaba ardientemente borrar de su mente el rastro de mi ofensa anterior, había estampado en esa superficie tenaz otra impresión mucho más profunda; la había grabado a fuego.

—Ahora me odiará de verdad —dije—. Es inútil intentar conciliarlo. Veo que me he ganado un enemigo eterno en usted.

Un nuevo agravio infligieron estas palabras; el peor, porque tocaban la verdad. Aquel labio exangüe tembló en un espasmo temporal. Conocía la ira acerada que había afilado. Estaba desconsolada.

—Interpreta usted completamente mal mis palabras —dije, agarrando de inmediato su mano—. No tengo intención de afligirlo o herirlo, en verdad, no la tengo.

Sonrió con la mayor amargura, retiró con la mayor decisión su mano de la mía.

—¿Y ahora retira su promesa y no irá a la India en absoluto, supongo? —dijo, después de una pausa considerable.

—Sí, iré, como su asistente —respondí.

Siguió un silencio muy largo. Qué lucha hubo en él entre la Naturaleza y la Gracia en este intervalo, no puedo decirlo; solo singulares destellos centellearon en sus ojos y extrañas sombras pasaron por su rostro. Habló al fin.

—Ya le demostré antes lo absurdo de que una mujer soltera de su edad se proponga acompañar al extranjero a un hombre soltero de la mía. Se lo demostré en tales términos que, habría pensado, le habrían impedido volver a aludir al plan. Que lo haya hecho, lo lamento, por su bien.

Lo interrumpí. Cualquier cosa parecida a un reproche tangible me daba valor de inmediato.

—Aténgase al sentido común, St. John; está usted rozando el disparate. Finge estar escandalizado por lo que he dicho. No está realmente escandalizado; pues, con su mente superior, no puede ser ni tan torpe ni tan engreído como para malinterpretar mi significado. Repito, seré su coadjutora, si gusta, pero nunca su esposa.

De nuevo se puso lívidamente pálido; pero, como antes, controló su pasión perfectamente. Respondió enfáticamente pero con calma:

—Una coadjutora femenina, que no sea mi esposa, nunca me convendría. Conmigo, entonces, parece que no puede ir. Pero si es sincera en su oferta, mientras esté en la ciudad, hablaré con un misionero casado, cuya esposa necesita una coadjutora. Su propia fortuna la hará independiente de la ayuda de la Sociedad; y así podrá aún ahorrarse la deshonra de romper su promesa y de desertar de la banda a la que se comprometió a unirse.

Ahora, yo nunca había, como sabe el lector, ni dado ninguna promesa formal ni entrado en ningún compromiso; y este lenguaje era demasiado duro y demasiado despótico para la ocasión. Respondí:

—No hay deshonra, ni ruptura de promesa, ni deserción en el caso. No estoy bajo la más mínima obligación de ir a la India, especialmente con extraños. Con usted me habría arriesgado mucho, porque lo admiro, confío en usted y, como a una hermana, lo amo; pero estoy convencida de que, vaya cuando y con quien vaya, no viviría mucho tiempo en ese clima.

—¡Ah! Tiene miedo de sí misma —dijo, curvando el labio.

—Lo tengo. Dios no me dio la vida para desperdiciarla; y hacer lo que usted desea que haga, empiezo a pensar, sería casi equivalente a cometer suicidio. Además, antes de resolver definitivamente abandonar Inglaterra, sabré con certeza si no puedo ser de mayor utilidad quedándome en ella que dejándola.

—¿Qué quiere decir?

—Sería infructuoso intentar explicarlo; pero hay un punto sobre el que he soportado durante mucho tiempo una duda dolorosa, y no puedo ir a ninguna parte hasta que por algún medio esa duda sea eliminada.

—Sé adónde se vuelve su corazón y a qué se aferra. El interés que usted abriga es ilícito y no consagrado. Hace mucho que debería haberlo aplastado; ahora debería sonrojarse al aludir a él. ¿Piensa en el señor Rochester?

Era cierto. Lo confesé con el silencio.

—¿Va a buscar al señor Rochester?

—Debo averiguar qué ha sido de él.

—Me queda, entonces —dijo—, recordarla en mis oraciones y suplicar a Dios por usted, con toda seriedad, para que no se convierta en una descarriada. Había pensado que reconocía en usted a una de las elegidas. Pero Dios no ve como el hombre ve. Hágase Su voluntad...

Abrió la verja, la atravesó y se alejó por la cañada. Pronto se perdió de vista.

Al volver a entrar en el salón, encontré a Diana de pie en la ventana, con aspecto muy pensativo. Diana era mucho más alta que yo; puso su mano en mi hombro y, agachándose, examinó mi rostro.

—Jane —dijo—, siempre está usted agitada y pálida ahora. Estoy segura de que pasa algo. Dígame qué asunto se traen entre manos St. John y usted. La he observado esta media hora desde la ventana; debe perdonarme por ser tan espía, pero desde hace mucho tiempo me imagino no sé qué. St. John es un ser extraño...

Hizo una pausa; yo no hablé. Pronto reanudó:

—Ese hermano mío alberga puntos de vista peculiares de algún tipo respecto a usted, estoy segura. Durante mucho tiempo la ha distinguido con una atención e interés que nunca mostró a nadie más. ¿Con qué fin? Desearía que la amara, ¿lo hace, Jane?

Puse su mano fría en mi frente caliente.

—No, Die, ni una pizca.

—Entonces, ¿por qué la sigue tanto con los ojos, y la consigue tan a menudo a solas con él, y la mantiene tan continuamente a su lado? Mary y yo habíamos concluido que deseaba que se casara con él.

—Lo desea, me ha pedido que sea su esposa.

Diana dio una palmada.

—¡Eso es justo lo que esperábamos y pensábamos! Y se casará con él, Jane, ¿verdad? Y entonces se quedará en Inglaterra.

—Lejos de eso, Diana; su única idea al proponérmelo es procurar una colaboradora adecuada en sus trabajos en la India.

—¡Cómo! ¿Desea que vaya a la India?

—Sí.

—¡Locura! —exclamó—. No viviría allí ni tres meses, estoy segura. Nunca irá. No ha consentido, ¿verdad, Jane?

—Me he negado a casarme con él...

—¿Y en consecuencia lo ha disgustado? —sugirió.

—Profundamente. Nunca me perdonará, me temo. Sin embargo, me ofrecí a acompañarlo como su hermana.

—Fue una locura frenética hacerlo, Jane. Piensa en la tarea que emprendiste: una de fatiga incesante, donde la fatiga mata incluso a los fuertes, y tú eres débil. St. John —lo conoces— te instaría a imposibilidades. Con él no habría permiso para descansar durante las horas de calor; y, desafortunadamente, he notado que, cualquier cosa que él exija, te fuerzas a realizar. Me asombra que encontraras el valor para rechazar su mano. ¿No lo amas entonces, Jane?

—No como a un marido.

—Sin embargo, es un tipo apuesto.

—Y yo soy tan sencilla, ya ves, Die. Nunca encajaríamos.

—¡Sencilla! ¿Tú? En absoluto. Eres demasiado bonita, además de demasiado buena, para que te asen viva en Calcuta. —Y de nuevo me conjuró encarecidamente a que abandonara toda idea de irme con su hermano.

—Debo hacerlo, en verdad —dije—. Porque justo ahora, cuando repetí la oferta de servirle como diácono, se expresó escandalizado por mi falta de decencia. Parecía pensar que había cometido una impropiedad al proponerle acompañarlo sin estar casada, como si no hubiera esperado desde el principio encontrar en él a un hermano y lo hubiera considerado habitualmente como tal.

—¿Qué te hace decir que no te ama, Jane?

—Deberías oírlo a él sobre el tema. Ha explicado una y otra vez que no es a sí mismo, sino a su oficio con quien desea unirse. Me ha dicho que estoy formada para el trabajo, no para el amor, lo cual es cierto, sin duda. Pero, en mi opinión, si no estoy formada para el amor, se sigue que no estoy formada para el matrimonio. ¿No sería extraño, Die, estar encadenada de por vida a un hombre que no la considera más que una herramienta útil?

—¡Insoportable, antinatural, fuera de toda cuestión!

—Y además —continué—, aunque ahora solo siento por él un afecto fraternal, si me viera forzada a ser su esposa, puedo imaginar la posibilidad de concebir por él una especie de amor inevitable, extraño, torturador, porque es muy talentoso; y a menudo hay una cierta grandeza heroica en su mirada, sus modales y su conversación. En ese caso, mi suerte se volvería indeciblemente desdichada. Él no querría que yo lo amara; y si mostrara el sentimiento, me haría sentir que era una superfluidad, no requerida por él, impropia de mí. Sé que lo haría.

—Y sin embargo, St. John es un buen hombre —dijo Diana.

—Es un hombre bueno y grande; pero olvida, despiadadamente, los sentimientos y las demandas de la gente pequeña al perseguir sus propias grandes miras. Es mejor, por lo tanto, que los insignificantes se mantengan fuera de su camino, no sea que, en su progreso, los pisotee. ¡Ahí viene! Te dejaré, Diana. —Y subí apresuradamente las escaleras al verlo entrar en el jardín.

Pero me vi forzada a encontrarme con él de nuevo en la cena. Durante esa comida pareció tan sereno como de costumbre. Había pensado que apenas me hablaría, y estaba segura de que había abandonado la persecución de su plan matrimonial. La secuela demostró que me equivocaba en ambos puntos. Se dirigió a mí precisamente a su manera ordinaria, o lo que, últimamente, había sido su manera ordinaria: una escrupulosamente cortés. Sin duda había invocado la ayuda del Espíritu Santo para someter la ira que yo había despertado en él, y ahora creía que me había perdonado una vez más.

Para la lectura vespertina antes de las oraciones, seleccionó el capítulo veintiuno del Apocalipsis. Siempre era agradable escuchar mientras de sus labios caían las palabras de la Biblia. Nunca su hermosa voz sonó a la vez tan dulce y plena, nunca sus modales se volvieron tan impresionantes en su noble simplicidad, como cuando pronunciaba los oráculos de Dios. Y esta noche esa voz tomó un

tono más solemne, esa manera un significado más emocionante, mientras se sentaba en medio de su círculo familiar (la luna de mayo brillando a través de la ventana sin cortinas y haciendo casi innecesaria la luz de la vela sobre la mesa); mientras estaba sentado allí, inclinado sobre la gran y vieja Biblia, y describía desde su página la visión del nuevo cielo y la nueva tierra; contaba cómo Dios vendría a morar con los hombres, cómo enjugaría toda lágrima de sus ojos y prometía que no habría más muerte, ni llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas habían pasado.

Las palabras siguientes me estremecieron extrañamente mientras las pronunciaba; especialmente porque sentí, por la ligera e indescriptible alteración del sonido, que al pronunciarlas su ojo se había vuelto hacia mí.

—El que venciere heredará todas las cosas; y yo seré su Dios, y él será mi hijo. Pero —se leyó lenta y distintamente—, los temerosos, los incrédulos, etc., tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la segunda muerte.

En adelante, supe qué destino temía St. John para mí.

Un triunfo tranquilo y contenido, mezclado con un anhelo fervoroso, marcó su enunciación de los últimos gloriosos versos de ese capítulo. El lector creía que su nombre ya estaba escrito en el libro de la vida del Cordero, y anhelaba la hora que lo admitiría a la ciudad a la que los reyes de la tierra traen su gloria y honor; que no tiene necesidad de sol ni de luna que la iluminen, porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera.

En la oración que siguió al capítulo, toda su energía se congregó, todo su celo severo despertó. Estaba profundamente serio, luchando con Dios y resuelto a una conquista. Suplicó fuerza para los de corazón débil; guía para los errantes del redil; un regreso, incluso a la undécima hora, para aquellos a quienes las tentaciones del mundo y de la carne estaban atrayendo fuera del camino estrecho. Pidió, instó, reclamó la merced de un tizón arrebatado del fuego. La seriedad es siempre profundamente solemne. Al principio, mientras

escuchaba esa oración, me maravillé de la suya; luego, cuando continuó y se elevó, me conmovió y, por último, me sobrecogió. Sentía la grandeza y la bondad de su propósito tan sinceramente que otros que lo oían suplicar por él no podían sino sentirlo también.

Terminada la oración, nos despedimos de él. Debía partir a una hora muy temprana de la mañana. Diana y Mary, habiéndolo besado, abandonaron la habitación, en cumplimiento, creo, de una insinuación susurrada por él. Le tendí la mano y le deseé un viaje placentero.

—Gracias, Jane. Como dije, regresaré de Cambridge en quince días. Ese espacio, entonces, aún te queda para la reflexión. Si escuchara al orgullo humano, no te diría nada más sobre el matrimonio conmigo; pero escucho a mi deber y mantengo firmemente a la vista mi primer objetivo: hacer todas las cosas para la gloria de Dios. Mi Maestro fue muy paciente; así lo seré yo. No puedo entregarte a la perdición como a un vaso de ira. Arrepiéntete, resuélvete, mientras aún hay tiempo. Recuerda que se nos manda trabajar mientras es de día, se nos advierte que "viene la noche, cuando nadie puede trabajar". Recuerda el destino de Dives, que tuvo sus bienes en esta vida. ¡Que Dios te dé fuerzas para elegir esa mejor parte que no te será quitada!

Puso su mano sobre mi cabeza al pronunciar las últimas palabras. Había hablado con seriedad, con dulzura. Su mirada no era, en verdad, la de un amante que contempla a su amada, sino la de un pastor que llama a su oveja descarriada, o mejor, la de un ángel guardián que vela por el alma de la que es responsable. Todos los hombres de talento, ya sean hombres de sentimiento o no, ya sean fanáticos, o aspirantes, o déspotas —siempre que sean sinceros—, tienen sus momentos sublimes, cuando someten y gobiernan. Sentí veneración por St. John, una veneración tan fuerte que su ímpetu me empujó de inmediato al punto que tanto tiempo había rehuido. Me sentí tentada a dejar de luchar con él, a precipitarme por el torrente de su voluntad al abismo de su existencia y a perder allí la mía. Estaba casi tan acosada por él ahora como lo había estado una

vez antes, de una manera diferente, por otro. Fui una tonta en ambas ocasiones. Haber cedido entonces habría sido un error de principio; haber cedido ahora habría sido un error de juicio. Así pienso a esta hora, cuando miro hacia atrás a la crisis a través del medio tranquilo del tiempo. Fui inconsciente de la locura en el instante.

Permanecí inmóvil bajo el toque de mi hierofante. Mis negativas fueron olvidadas, mis miedos superados, mis luchas paralizadas. Lo Imposible —es decir, mi matrimonio con St. John— se estaba convirtiendo rápidamente en lo Posible. Todo estaba cambiando por completo con un barrido repentino. La Religión llamaba, los Ángeles hacían señas, Dios mandaba, la vida se enrollaba como un pergamino, las puertas de la muerte se abrían, mostrando la eternidad más allá. Parecía que, por la seguridad y la dicha de allá, todo aquí podría ser sacrificado en un segundo. La oscura habitación estaba llena de visiones.

—¿Podrías decidir ahora? —preguntó el misionero. La pregunta fue formulada en tonos suaves. Me atrajo hacia él con la misma suavidad. ¡Oh, esa dulzura! ¡Cuán más potente es que la fuerza! Podía resistir la ira de St. John; me volví flexible como una caña bajo su amabilidad. Sin embargo, sabía todo el tiempo que, si cedía ahora, no por ello dejaría de arrepentirme algún día de mi rebelión anterior. Su naturaleza no había cambiado por una hora de oración solemne; solo se había elevado.

—Podría decidir si tan solo estuviera segura —respondí—. Si tan solo estuviera convencida de que es la voluntad de Dios que me case con usted, podría jurar casarme con usted aquí y ahora, ¡venga después lo que venga!

—¡Mis oraciones han sido escuchadas! —exclamó St. John. Presionó su mano con más firmeza sobre mi cabeza, como si me reclamara. Me rodeó con su brazo, casi como si me amara (digo casi, conocía la diferencia, pues había sentido lo que era ser amada; pero, como él, ahora había dejado de lado el amor y pensaba solo en el deber). Luché con mi oscuridad interior de visión, ante la cual aún

rodaban nubes. Ansiaba sincera, profunda, fervientemente hacer lo correcto, y solo eso. «¡Muéstrame, muéstrame el camino!», supliqué al Cielo. Estaba más excitada que nunca; y si lo que siguió fue efecto de la excitación, el lector lo juzgará.

Toda la casa estaba en silencio; pues creo que todos, excepto St. John y yo, se habían retirado a descansar. La única vela se estaba extinguiendo; la habitación estaba llena de luz de luna. Mi corazón latía rápido y fuerte; oía su latido. De repente se detuvo ante un sentimiento inexpresable que lo estremeció por completo y pasó de inmediato a mi cabeza y a mis extremidades. El sentimiento no fue como una descarga eléctrica, pero fue igual de agudo, de extraño, de sorprendente. Actuó sobre mis sentidos como si su máxima actividad hasta entonces hubiera sido solo letargo, del que ahora eran convocados y forzados a despertar. Se alzaron expectantes; ojo y oído esperaron mientras la carne temblaba en mis huesos.

—¿Qué has oído? ¿Qué ves? —preguntó St. John. No vi nada, pero oí una voz en alguna parte que gritaba:

—¡Jane! ¡Jane! ¡Jane! —nada más.

—¡Oh, Dios! ¿Qué es? —jadeé.

Podría haber dicho: «¿Dónde está?», pues no parecía estar en la habitación, ni en la casa, ni en el jardín; no salía del aire, ni de debajo de la tierra, ni de lo alto. La había oído, dónde o de dónde, ¡imposible de saber para siempre! Y era la voz de un ser humano, una voz conocida, amada, bien recordada, la de Edward Fairfax Rochester; y hablaba con dolor y aflicción, salvajemente, inquietantemente, urgentemente.

—¡Ya voy! —grité—. ¡Espérame! ¡Oh, iré! —Volé a la puerta y miré al pasillo. Estaba oscuro. Salí corriendo al jardín. Estaba vacío.

—¿Dónde estás? —exclamé.

Las colinas más allá de Marsh Glen devolvieron la respuesta débilmente: «¿Dónde estás?». Escuché. El viento suspiraba bajo en los abetos; todo era soledad de páramo y silencio de medianoche.

—¡Abajo la superstición! —comenté, mientras ese espectro se alzaba negro junto al tejo negro de la verja—. Esta no es tu engaño, ni tu brujería; es obra de la naturaleza. Se despertó e hizo, no un milagro, sino lo mejor que pudo.

Me separé de St. John, que me había seguido y habría querido detenerme. Era mi momento de asumir la ascendencia. Mis poderes estaban en juego y en vigor. Le dije que se abstuviera de preguntas o comentarios; le pedí que me dejara. Debía y quería estar sola. Obedeció al instante. Donde hay energía para mandar lo suficientemente bien, la obediencia nunca falla. Subí a mi cámara; me encerré; caí de rodillas; y recé a mi manera, una manera diferente a la de St. John, pero efectiva a su modo. Parecí penetrar muy cerca de un Espíritu Poderoso; y mi alma se precipitó en gratitud a Sus pies. Me levanté de la acción de gracias, tomé una resolución y me acosté, sin miedo, iluminada, ansiosa solo por la luz del día.

Capítulo XXXVI

Llegó la luz del día. Me levanté al amanecer. Me ocupé durante una o dos horas en arreglar mis cosas en mi cámara, cajones y armario, en el orden en que desearía dejarlas durante una breve ausencia. Mientras tanto, oí a St. John salir de su habitación. Se detuvo en mi puerta; temí que llamara; no, pero un trozo de papel fue pasado por debajo de la puerta. Lo recogí. Llevaba estas palabras:

«Me dejaste demasiado de repente anoche. Si te hubieras quedado un poco más, habrías puesto tu mano sobre la cruz del cristiano y la corona del ángel. Esperaré tu clara decisión cuando

regrese dentro de quince días. Mientras tanto, vela y ora para que no entres en tentación: el espíritu, confío, está dispuesto, pero la carne, veo, es débil. Rezaré por ti cada hora. —Tuyo, ST. JOHN».

«Mi espíritu», respondí mentalmente, «está dispuesto a hacer lo correcto; y mi carne, espero, es lo suficientemente fuerte para cumplir la voluntad del Cielo, una vez que esa voluntad me sea claramente conocida. En cualquier caso, será lo suficientemente fuerte para buscar, inquirir, para tantear una salida de esta nube de duda y encontrar el día abierto de la certeza».

Era el primero de junio; sin embargo, la mañana estaba nublada y fría. La lluvia golpeaba con fuerza mi ventanal. Oí abrirse la puerta principal y salir a St. John. Mirando por la ventana, lo vi atravesar el jardín. Tomó el camino sobre los páramos neblinosos en dirección a Whitcross; allí encontraría la diligencia.

«En unas pocas horas más te sucederé en esa ruta, primo», pensé. «Yo también tengo una diligencia que encontrar en Whitcross. Yo también tengo a algunos a quienes ver y por quienes preguntar en Inglaterra, antes de partir para siempre».

Faltaban aún dos horas para el desayuno. Llené el intervalo caminando suavemente por mi habitación y reflexionando sobre la visitación que había dado a mis planes su actual rumbo. Recordé esa sensación interna que había experimentado; pues podía recordarla, con toda su indecible extrañeza. Recordé la voz que había oído; de nuevo me pregunté de dónde venía, tan vanamente como antes. Parecía estar en mí, no en el mundo externo. Pregunté si era una mera impresión nerviosa, una ilusión. No podía concebirlo ni creerlo; era más como una inspiración. La maravillosa conmoción del sentimiento había llegado como el terremoto que sacudió los cimientos de la prisión de Pablo y Silas; había abierto las puertas de la celda del alma y soltado sus ataduras; la había despertado de su sueño, de donde saltó temblando, escuchando, horrorizada; luego vibró tres veces un grito en mi oído sobresaltado y en mi corazón tembloroso y a través de mi espíritu, que ni temió ni tembló, sino

que exultó como de alegría por el éxito de un esfuerzo que había tenido el privilegio de hacer, independiente del pesado cuerpo.

«Antes de muchos días», dije, al terminar mis cavilaciones, «sabré algo de aquel cuya voz pareció convocarme anoche. Las cartas han resultado inútiles; la indagación personal las reemplazará».

En el desayuno anuncié a Diana y a Mary que iba a hacer un viaje y que estaría ausente al menos cuatro días.

—¿Sola, Jane? —preguntaron.

—Sí; era para ver u oír noticias de un amigo por el que llevaba algún tiempo inquieta.

Podrían haber dicho, como no dudo que pensaron, que habían creído que yo no tenía más amigos que ellas; pues, en verdad, a menudo lo había dicho. Pero, con su verdadera delicadeza natural, se abstuvieron de hacer comentarios, excepto que Diana me preguntó si estaba segura de encontrarme lo suficientemente bien como para viajar. Parecía muy pálida, observó. Respondí que no me aquejaba nada salvo la ansiedad de la mente, que esperaba aliviar pronto.

Fue fácil hacer mis arreglos posteriores, pues no me molestaron con preguntas ni conjeturas. Habiéndoles explicado una vez que no podía ahora ser explícita sobre mis planes, aceptaron amable y sabiamente el silencio con el que los perseguía, concediéndome el privilegio de la libre acción que yo, en circunstancias similares, les habría concedido a ellas.

Salí de Moor House a las tres de la tarde y, poco después de las cuatro, estaba de pie al pie del poste indicador de Whitcross, esperando la llegada de la diligencia que me llevaría a la lejana Thornfield. En medio del silencio de aquellos solitarios caminos y desiertas colinas, la oí acercarse desde una gran distancia. Era el mismo vehículo del que, hacía un año, me había apeado una tarde de verano en este mismo lugar, ¡qué desolada, desesperanzada y sin objeto! Se detuvo cuando hice señas. Entré, no obligada ahora a desprenderme de toda mi fortuna como precio de su acomodación.

Una vez más en el camino a Thornfield, me sentí como la paloma mensajera que vuela a casa.

Fue un viaje de treinta y seis horas. Había partido de Whitcross un martes por la tarde y, temprano en la mañana del jueves siguiente, la diligencia se detuvo para dar de beber a los caballos en una posada de camino, situada en medio de un paisaje cuyos verdes setos y grandes campos y bajas colinas pastorales (¡qué suaves de rasgo y verdes de matiz en comparación con los severos páramos del centro-norte de Morton!) se encontraron con mis ojos como los rasgos de un rostro otrora familiar. Sí, conocía el carácter de este paisaje; estaba segura de que estábamos cerca de mi destino.

—¿A qué distancia está Thornfield Hall de aquí? —le pregunté al mozo de cuadra.

—Solo dos millas, señora, a través de los campos.

«Mi viaje ha terminado», pensé para mis adentros. Salí de la diligencia, le di una caja que tenía al cargo del mozo de cuadra, para que la guardara hasta que la reclamara; pagué mi pasaje; satisfice al cochero y me iba. El día que clareaba brilló en el letrero de la posada y leí en letras doradas: «The Rochester Arms». Mi corazón dio un brinco: ya estaba en las mismas tierras de mi amo. Volvió a caer; el pensamiento lo golpeó:

«Tu amo mismo puede estar más allá del Canal de la Mancha, por lo que sabes; y entonces, si está en Thornfield Hall, hacia donde te apresuras, ¿quién más hay allí? Su esposa lunática. Y no tienes nada que ver con él; no te atreves a hablarle ni a buscar su presencia. Has perdido el trabajo, será mejor que no sigas», instó el monitor. «Pide información a la gente de la posada; pueden darte todo lo que buscas; pueden resolver tus dudas de una vez. Acércate a ese hombre y pregunta si el señor Rochester está en casa».

La sugerencia era sensata y, sin embargo, no pude obligarme a actuar en consecuencia. Temía tanto una respuesta que me aplastara de desesperación. Prolongar la duda era prolongar la esperanza. Podría ver una vez más la mansión bajo el rayo de su

estrella. Allí estaba la estela ante mí, los mismos campos por los que había corrido, ciega, sorda, distraída, con una furia vengativa que me rastreaba y azotaba, la mañana en que huí de Thornfield. Antes de que supiera bien qué rumbo había resuelto tomar, estaba en medio de ellos. ¡Qué rápido caminaba! ¡Cómo corría a veces! ¡Cómo miraba hacia adelante para captar la primera vista de los conocidos bosques! ¡Con qué sentimientos acogía los árboles solitarios que conocía y los familiares atisbos de prados y colinas entre ellos!

Por fin se alzaron los bosques; la grajera se agrupó oscura; un fuerte graznido rompió la quietud matutina. Un extraño deleite me inspiró; seguí adelante. Otro campo cruzado, un sendero enhebrado, y allí estaban los muros del patio, las dependencias traseras. La casa misma, la grajera aún oculta. «Mi primera vista de ella será de frente», decidí, «donde sus audaces almenas golpearán la vista noblemente de una vez, y donde puedo distinguir la misma ventana de mi amo. Quizás esté de pie en ella, se levanta temprano. Quizás esté ahora paseando por el huerto o por el pavimento de enfrente. ¡Si pudiera verlo, aunque fuera un momento! Seguramente, en ese caso, ¿no estaría tan loca como para correr hacia él? No sabría decirlo, no estoy segura. Y si lo hiciera, ¿qué entonces? ¡Dios lo bendiga! ¿Qué entonces? ¿Quién resultaría herido por que yo probara una vez más la vida que su mirada puede darme? Desvarío. Quizás en este momento esté viendo salir el sol sobre los Pirineos o sobre el mar sin mareas del sur».

Había bordeado el muro inferior del huerto, doblado su ángulo. Había una verja justo allí, que se abría al prado, entre dos pilares de piedra coronados por bolas de piedra. Desde detrás de un pilar podía espiar tranquilamente toda la fachada de la mansión. Avancé la cabeza con precaución, deseosa de cerciorarme si alguna persiana de los dormitorios ya estaba subida. Almenas, ventanas, larga fachada, todo desde esta estación resguardada estaba a mi disposición.

Las cornejas que navegaban por encima quizás me observaron mientras hacía este reconocimiento. Me pregunto qué pensarían.

Deben de haber considerado que al principio fui muy cuidadosa y tímida, y que gradualmente me volví muy audaz y temeraria. Una ojeada, y luego una larga mirada; y luego un abandono de mi nicho y un paseo por el prado; y una parada repentina justo enfrente de la gran mansión, y una mirada prolongada y osada hacia ella. «¿Qué afectación de timidez era esta al principio?», podrían haber preguntado; «¿qué estúpida despreocupación ahora?».

Escuchen una ilustración, lector.

Un amante encuentra a su amada dormida en un banco de musgo; desea echar un vistazo a su hermoso rostro sin despertarla. Se desliza suavemente sobre la hierba, cuidando de no hacer ruido; se detiene, imaginando que ella se ha movido; se retira. Por nada del mundo querría ser visto. Todo está en calma. Avanza de nuevo; se inclina sobre ella. Un ligero velo descansa sobre sus rasgos. Lo levanta, se inclina más bajo; ahora sus ojos anticipan la visión de la belleza, cálida y floreciente y encantadora, en reposo. ¡Qué apresurada fue su primera mirada! ¡Pero cómo se fijan! ¡Cómo se sobresalta! ¡Cómo abraza súbita y vehementemente con ambos brazos la forma que no se atrevía, hace un momento, a tocar con el dedo! ¡Cómo llama en voz alta un nombre, y deja caer su carga, y la contempla con fiereza! Así agarra y grita y contempla, porque ya no teme despertarla con ningún sonido que pueda proferir, con ningún movimiento que pueda hacer. Pensaba que su amor dormía dulcemente; la encuentra muerta como una piedra.

Miré con tímida alegría hacia una majestuosa casa; vi una ruina ennegrecida.

¡No había necesidad de agazaparse detrás de un poste de la verja, en verdad! ¡Ni de espiar las celosías de las cámaras, temiendo que la vida estuviera agitada detrás de ellas! ¡No había necesidad de escuchar puertas que se abrían, de imaginar pasos en el pavimento o en el camino de grava! El césped, los terrenos, estaban pisoteados y yermos. El portal bostezaba vacío. La fachada era, como la había visto una vez en un sueño, solo un muro como una concha, muy alto

y de aspecto muy frágil, perforado por ventanas sin cristales. Sin techo, sin almenas, sin chimeneas, todo se había derrumbado.

Y había el silencio de la muerte a su alrededor; la soledad de un paraje desolado. No es de extrañar que las cartas dirigidas a la gente de aquí nunca hubieran recibido respuesta; lo mismo daría despachar epístolas a una cripta en el pasillo de una iglesia. La sombría negrura de las piedras delataba por qué destino había caído la mansión: por un incendio. ¿Pero cómo se había iniciado? ¿Qué historia pertenecía a este desastre? ¿Qué pérdida, además de mortero y mármol y carpintería, había seguido a él? ¿Se había naufragado la vida además de la propiedad? Si era así, ¿la de quién? Pregunta terrible. No había nadie aquí para responderla, ni siquiera una señal muda, un mudo indicio.

Vagando alrededor de los muros destrozados y a través del interior devastado, reuní pruebas de que la calamidad no era de ocurrencia reciente. Las nieves invernales, pensé, se habían acumulado a través de ese arco vacío, las lluvias invernales habían golpeado en esos huecos ventanales; pues, en medio de los montones empapados de escombros, la primavera había nutrido la vegetación. Hierba y maleza crecían aquí y allá entre las piedras y las vigas caídas. Y, ¡oh!, ¿dónde, mientras tanto, estaba el desdichado dueño de este naufragio? ¿En qué tierra? ¿Bajo qué auspicios? Mi ojo vagó involuntariamente hacia la torre gris de la iglesia cerca de las verjas y pregunté: «¿Está con Damer de Rochester, compartiendo el refugio de su estrecha casa de mármol?».

Debía obtenerse alguna respuesta a estas preguntas. No podía encontrarla en ninguna parte más que en la posada, y hacia allí, al poco rato, regresé. El propio posadero me trajo el desayuno al salón. Le pedí que cerrara la puerta y se sentara; tenía algunas preguntas que hacerle. Pero cuando accedió, apenas supe cómo empezar; tal horror tenía de las posibles respuestas. Y sin embargo, el espectáculo de desolación que acababa de dejar me había preparado

en cierta medida para un relato de miseria. El posadero era un hombre de aspecto respetable y de mediana edad.

—Conoce usted Thornfield Hall, por supuesto —logré decir al fin.

—Sí, señora; viví allí una vez.

—¿De veras? —«No en mi tiempo», pensé. «Es usted un extraño para mí».

—Fui el mayordomo del difunto señor Rochester —añadió.

¡El difunto! Me pareció haber recibido, con toda su fuerza, el golpe que había estado tratando de evadir.

—¡El difunto! —jadeé—. ¿Ha muerto?

—Me refiero al actual caballero, el padre del señor Edward —explicó. Volví a respirar; mi sangre reanudó su flujo. Completamente asegurada por estas palabras de que el señor Edward —mi señor Rochester (¡Dios lo bendiga, dondequiera que esté!)— estaba al menos vivo, era, en resumen, «el actual caballero». ¡Palabras alentadoras! Me pareció que podía oír todo lo que estaba por venir —cualesquiera que fueran las revelaciones— con relativa tranquilidad. Ya que no estaba en la tumba, podría soportar, pensé, saber que estaba en las Antípodas.

—¿Vive el señor Rochester en Thornfield Hall ahora? —pregunté, sabiendo, por supuesto, cuál sería la respuesta, pero deseosa aún de aplazar la pregunta directa sobre dónde estaba realmente.

—¡No, señora, oh, no! Nadie vive allí. Supongo que es usted una extraña en estas partes, o habría oído lo que sucedió el otoño pasado. Thornfield Hall está completamente en ruinas. Se quemó justo en la época de la cosecha. ¡Una calamidad espantosa! Se destruyó una cantidad inmensa de propiedad valiosa. Apenas se pudo salvar algo de los muebles. El fuego se declaró en plena noche y, antes de que llegaran las bombas de Millcote, el edificio era una masa de llamas. Fue un espectáculo terrible. Yo mismo lo presencié.

—¡En plena noche! —murmuré. Sí, esa era siempre la hora de la fatalidad en Thornfield—. ¿Se supo cómo se originó? —demandé.

—Lo supusieron, señora; lo supusieron. De hecho, diría que se determinó sin lugar a dudas. Quizás no sepa usted —continuó, acercando un poco su silla a la mesa y hablando en voz baja— que había una dama, una... una lunática, recluida en la casa.

—He oído algo de eso.

—La mantenían en un confinamiento muy estricto, señora. La gente, incluso durante algunos años, no estaba absolutamente segura de su existencia. Nadie la veía. Solo sabían por rumores que tal persona estaba en la mansión; y quién o qué era, era difícil de conjeturar. Decían que el señor Edward la había traído del extranjero, y algunos creían que había sido su amante. Pero sucedió algo extraño hace un año, algo muy extraño.

Temí ahora oír mi propia historia. Intenté devolverlo al hecho principal.

—¿Y esta dama?

—¡Esta dama, señora —respondió—, resultó ser la esposa del señor Rochester! El descubrimiento se produjo de la manera más extraña. Había una joven dama, una institutriz en la mansión, de la que el señor Rochester se ena...

—Pero el fuego —sugerí.

—A eso voy, señora. Que el señor Edward se enamoró de ella. Los criados dicen que nunca vieron a nadie tan enamorado como él. La perseguía continuamente. Solían vigilarlo —los criados lo hacen, ya sabe, señora— y la valoraba por encima de todo. Aunque nadie más que él la consideraba tan hermosa. Era una cosita pequeña, dicen, casi como una niña. Yo nunca la vi, pero he oído a Leah, la doncella, hablar de ella. A Leah le caía bastante bien. El señor Rochester tenía unos cuarenta años y esta institutriz, no llegaba a los veinte; y ya ve, cuando los caballeros de su edad se enamoran de las

muchachas, a menudo es como si estuvieran hechizados. Bueno, pues se iba a casar con ella.

—Me contará esa parte de la historia en otro momento —dije—. Pero ahora tengo una razón particular para desear oír todo sobre el fuego. ¿Se sospechaba que esta lunática, la señora Rochester, tuvo algo que ver?

—Ha dado usted en el clavo, señora. Es completamente seguro que fue ella, y nadie más que ella, quien lo provocó. Tenía una mujer para cuidarla llamada señora Poole, una mujer capaz en su oficio y muy de fiar, salvo por un defecto, un defecto común a muchas de esas enfermeras y matronas: guardaba una botella privada de ginebra y de vez en cuando tomaba una gota de más. Es excusable, pues tuvo una vida dura; pero aun así era peligroso. Porque cuando la señora Poole estaba profundamente dormida después de la ginebra con agua, la señora loca, que era tan astuta como una bruja, le sacaba las llaves del bolsillo, salía de su cámara y se paseaba por la casa, haciendo cualquier travesura salvaje que se le ocurriera. Dicen que una vez casi quemó a su marido en la cama, pero de eso no sé. Sin embargo, en esta noche, prendió fuego primero a los cortinajes de la habitación contigua a la suya y luego bajó a un piso inferior y se dirigió a la cámara que había sido de la institutriz (era como si supiera de alguna manera cómo habían ido las cosas y le tuviera rencor) y prendió fuego a la cama allí; pero no había nadie durmiendo en ella, afortunadamente. La institutriz se había fugado dos meses antes; y por mucho que el señor Rochester la buscó como si hubiera sido la cosa más preciosa que tenía en el mundo, nunca pudo saber nada de ella. Y se volvió salvaje, completamente salvaje por su decepción. Nunca fue un hombre alocado, pero se volvió peligroso después de que la perdió. También quería estar solo. Envió a la señora Fairfax, el ama de llaves, con sus amigos a una distancia; pero lo hizo generosamente, pues le asignó una anualidad de por vida. Y se lo merecía, era una mujer muy buena. La señorita Adèle, una pupila que tenía, fue enviada a la escuela. Rompió relaciones con toda la nobleza y se encerró como un ermitaño en la mansión.

—¡Cómo! ¿No se fue de Inglaterra?

—¿Irse de Inglaterra? ¡Bendita sea, no! No cruzaba los umbrales de la casa, excepto por la noche, cuando paseaba como un fantasma por los terrenos y el huerto, como si hubiera perdido el juicio, lo cual, en mi opinión, había hecho. Pues un caballero más animado, más audaz, más agudo que él antes de que ese mosquito de institutriz se le cruzara, nunca vio usted, señora. No era un hombre dado al vino, ni a las cartas, ni a las carreras, como algunos lo son, y no era tan guapo; pero tenía un coraje y una voluntad propios, si es que algún hombre los tuvo. Lo conocía desde niño, ya ve; y por mi parte, a menudo he deseado que la señorita Eyre se hubiera hundido en el mar antes de venir a Thornfield Hall.

—¿Entonces el señor Rochester estaba en casa cuando se declaró el incendio?

—Sí, por supuesto que lo estaba. Y subió a los desvanes cuando todo ardía arriba y abajo, y sacó a los criados de sus camas y los ayudó a bajar él mismo, y volvió para sacar a su esposa loca de su celda. Y entonces le gritaron que estaba en el tejado, donde estaba de pie, agitando los brazos, sobre las almenas, y gritando hasta que podían oírla a una milla de distancia. La vi y la oí con mis propios ojos. Era una mujer grande y tenía el pelo largo y negro. Podíamos verlo ondear contra las llamas mientras estaba de pie. Yo presencié, y varios más presenciaron, al señor Rochester ascender por el tragaluz hasta el tejado. Lo oímos llamar: «¡Bertha!». Lo vimos acercarse a ella; y entonces, señora, ella aulló, dio un salto y, al minuto siguiente, yacía destrozada en el pavimento.



—¿Muerta?

—¡Muerta! Sí, muerta como las piedras sobre las que se esparcieron sus sesos y su sangre.

—¡Santo Dios!

—Bien puede decirlo, señora. ¡Fue espantoso!

Se estremeció.

—¿Y después? —insistí.

—Bueno, señora, después la casa se quemó hasta los cimientos. Ahora solo quedan algunos trozos de muros en pie.

—¿Se perdieron otras vidas?

—No, aunque quizás hubiera sido mejor si así hubiera sido.

—¿Qué quiere decir?

—¡Pobre señor Edward! —exclamó—. ¡Poco pensé que llegaría a ver esto! Algunos dicen que fue un justo castigo para él por

mantener en secreto su primer matrimonio y querer tomar otra esposa mientras tenía una viva. Pero yo, por mi parte, lo compadezco.

—¿Dijo usted que estaba vivo? —exclamé.

—Sí, sí, está vivo; pero muchos piensan que sería mejor que estuviera muerto.

—¿Por qué? ¿Cómo? —La sangre se me heló de nuevo—. ¿Dónde está? —demandé—. ¿Está en Inglaterra?

—Sí, sí, está en Inglaterra; no puede salir de Inglaterra, me imagino. Ahora está fijo aquí.

¡Qué agonía era esta! Y el hombre parecía resuelto a prolongarla.

—Está completamente ciego —dijo al fin—. Sí, está completamente ciego, el señor Edward.

Había temido algo peor. Había temido que estuviera loco. Reuní fuerzas para preguntar qué había causado esta calamidad.

—Fue todo su propio coraje, y se podría decir, su bondad, en cierto modo, señora. No quiso abandonar la casa hasta que todos los demás hubieran salido antes que él. Cuando por fin bajaba la gran escalera, después de que la señora Rochester se hubiera arrojado de las almenas, hubo un gran estruendo, todo se derrumbó. Lo sacaron de debajo de las ruinas, vivo, pero tristemente herido. Una viga había caído de tal manera que lo protegió en parte; pero un ojo le fue arrancado y una mano tan aplastada que el señor Carter, el cirujano, tuvo que amputársela directamente. El otro ojo se le inflamó; perdió también la vista de ese. Ahora está indefenso, en verdad, ciego y tullido.

—¿Dónde está? ¿Dónde vive ahora?

—En Ferndean, una casa solariega en una granja que tiene, a unas treinta millas de aquí. Un lugar bastante desolado.

—¿Quién está con él?

—El viejo John y su esposa. No quiso a nadie más. Dicen que está completamente abatido.

—¿Tiene usted algún tipo de transporte?

—Tenemos una calesa, señora, una calesa muy hermosa.

—Que la preparen al instante; y si su postillón puede llevarme a Ferndean antes de que anochezca este día, les pagaré a ambos el doble de la tarifa que suelen pedir.

CAPÍTULO XXXVII

La casa solariega de Ferndean era un edificio de considerable antigüedad, tamaño moderado y sin pretensiones arquitectónicas, profundamente enterrado en un bosque. Ya había oído hablar de él antes. El señor Rochester a menudo hablaba de él y a veces iba allí. Su padre había comprado la finca por sus cotos de caza. Habría alquilado la casa, pero no pudo encontrar inquilino, a consecuencia de su emplazamiento poco idóneo e insalubre. Ferndean, pues, permaneció deshabitada y sin amueblar, a excepción de unas dos o tres habitaciones acondicionadas para el alojamiento del señor cuando iba allí en la temporada de caza.

A esta casa llegué justo antes del anochecer, en una tarde marcada por las características de un cielo triste, un viento frío y una continua lluvia fina y penetrante. La última milla la realicé a pie, habiendo despedido la calesa y al conductor con la doble remuneración que había prometido. Incluso a muy poca distancia de la casa solariega, no se podía ver nada de ella, tan denso y oscuro crecía el bosque a su alrededor. Unas verjas de hierro entre pilares de granito me indicaron por dónde entrar y, al atravesarlas, me encontré de inmediato en el crepúsculo de árboles apretados. Había un sendero cubierto de hierba que descendía por la nave del bosque, entre troncos canosos y nudosos y bajo arcos de ramas. Lo seguí, esperando llegar pronto a la vivienda; pero se extendía y se extendía, serpenteaba lejos y más lejos. No se veía ninguna señal de habitación o terrenos.

Pensé que había tomado una dirección equivocada y me había perdido. La oscuridad natural, así como la del crepúsculo silvestre, se cernió sobre mí. Miré a mi alrededor en busca de otro camino. No había ninguno; todo era tallo entrelazado, tronco columnar, denso follaje estival, ninguna abertura en ninguna parte.

Proseguí. Por fin mi camino se abrió, los árboles ralearon un poco; al instante divisé una barandilla, luego la casa, apenas distinguible de los árboles a esta luz tenue, tan húmedos y verdes estaban sus muros en descomposición. Al entrar por un portal, cerrado solo por un pestillo, me encontré en un espacio de terreno cercado, desde el cual el bosque se apartaba en un semicírculo. No había flores, ni arriates de jardín; solo un ancho paseo de grava que rodeaba un trozo de césped, y este engastado en el pesado marco del bosque. La casa presentaba dos aguilones puntiagudos en su fachada; las ventanas eran de celosía y estrechas. La puerta principal también era estrecha, un solo escalón conducía a ella. El conjunto parecía, como había dicho el posadero de The Rochester Arms, «un lugar bastante desolado». Estaba tan silencioso como una iglesia en un día de semana; el repiqueteo de la lluvia sobre las hojas del bosque era el único sonido audible en sus inmediaciones.

—¿Puede haber vida aquí? —pregunté.

Sí, vida de algún tipo había; pues oí un movimiento: esa estrecha puerta principal se estaba abriendo y alguna forma estaba a punto de salir de la granja.

Se abrió lentamente. Una figura salió al crepúsculo y se detuvo en el escalón; un hombre sin sombrero. Extendió la mano como para sentir si llovía. Por muy oscuro que estuviera, lo había reconocido: era mi amo, Edward Fairfax Rochester, y ningún otro.

Detuve mi paso, casi mi aliento, y me quedé para observarlo, para examinarlo, sin ser vista y, ¡ay!, invisible para él. Fue un encuentro repentino, y uno en el que el éxtasis fue bien contenido por el dolor. No tuve dificultad en reprimir mi voz para que no exclamara, mi paso para que no avanzara apresuradamente.

Su figura tenía el mismo contorno fuerte y robusto de siempre. Su porte era todavía erguido, su cabello todavía negro como el cuervo; ni sus rasgos estaban alterados o hundidos. En el espacio de un año, ninguna pena podría sofocar su fuerza atlética o marchitar su vigorosa plenitud. Pero en su semblante vi un cambio: parecía desesperado y melancólico; me recordó a alguna bestia o pájaro salvaje, agraviado y encadenado, peligroso de acercarse en su hosca aflicción. El águila enjaulada, cuyos ojos anillados de oro la crueldad ha extinguido, podría tener el aspecto de aquel Sansón sin vista.

Y, lector, ¿cree que le temí en su ciega ferocidad? Si es así, poco me conoce. Una suave esperanza se mezcló con mi pena de que pronto me atrevería a dejar caer un beso en esa frente de roca y en esos labios tan severamente sellados bajo ella. Pero todavía no. No lo abordaría todavía.

Descendió el único escalón y avanzó lenta y a tientas hacia el trozo de césped. ¿Dónde estaba ahora su zancada audaz? Luego se detuvo, como si no supiera hacia dónde volverse. Levantó la mano y abrió los párpados; miró en blanco y, con un esfuerzo tenso, al cielo y hacia el anfiteatro de árboles. Se veía que todo para él era una oscuridad vacía. Extendió la mano derecha (el brazo izquierdo, el mutilado, lo mantenía oculto en su pecho); parecía desear, mediante el tacto, hacerse una idea de lo que lo rodeaba. No encontró más que el vacío; pues los árboles estaban a unas yardas de donde él se encontraba. Renunció al intento, cruzó los brazos y se quedó quieto y mudo bajo la lluvia, que ahora caía rápidamente sobre su cabeza descubierta. En ese momento, John se le acercó desde alguna parte.

—¿Quiere tomar mi brazo, señor? —dijo—. Se avecina un fuerte aguacero. ¿No sería mejor que entrara?

—Déjame en paz —fue la respuesta.

John se retiró sin haberme observado. El señor Rochester intentó ahora caminar: en vano, todo era demasiado incierto. Volvió a tientas a la casa y, al volver a entrar, cerró la puerta.

Me acerqué entonces y llamé. La esposa de John me abrió.

—Mary —dije—, ¿cómo estás?

Se sobresaltó como si hubiera visto un fantasma. La calmé. A su apresurado «¿Es realmente usted, señorita, que viene a esta hora tardía a este lugar solitario?», respondí tomándole la mano; y luego la seguí a la cocina, donde John estaba ahora sentado junto a un buen fuego. Les expliqué, en pocas palabras, que había oído todo lo que había sucedido desde que dejé Thornfield y que había venido a ver al señor Rochester. Le pedí a John que bajara a la casa del peaje, donde había despedido la calesa, y trajera mi baúl, que había dejado allí. Y luego, mientras me quitaba el gorro y el chal, le pregunté a Mary si podría alojarme en la casa solariega por la noche; y al descubrir que los arreglos a tal efecto, aunque difíciles, no serían imposibles, le informé que me quedaría. Justo en ese momento sonó la campanilla del salón.

—Cuando entre —dije—, dígale a su amo que una persona desea hablar con él, pero no le dé mi nombre.

—No creo que la vea —respondió—. Rechaza a todo el mundo.

Cuando regresó, le pregunté qué había dicho.

—Debe usted enviar su nombre y su asunto —replicó. Luego procedió a llenar un vaso con agua y a colocarlo en una bandeja, junto con velas.

—¿Es para eso para lo que llamó? —pregunté.

—Sí. Siempre pide que le traigan velas al anochecer, aunque está ciego.

—Deme la bandeja; la llevaré yo.

La tomé de su mano. Me señaló la puerta del salón. La bandeja temblaba mientras la sostenía; el agua se derramó del vaso; mi corazón golpeaba mis costillas fuerte y rápido. Mary me abrió la puerta y la cerró tras de sí.

Este salón parecía sombrío. Un puñado descuidado de fuego ardía bajo en la chimenea; y, apoyado sobre ella, con la cabeza contra la

alta y anticuada repisa, apareció el inquilino ciego de la habitación. Su viejo perro, Pilot, yacía a un lado, apartado del camino y enroscado como si temiera ser pisado inadvertidamente. Pilot aguzó las orejas cuando entré; luego se levantó de un salto con un gañido y un quejido, y se abalanzó hacia mí. Casi me tira la bandeja de las manos. La puse sobre la mesa; luego lo acaricié y dije suavemente: «¡Échate!». El señor Rochester se volvió mecánicamente para ver cuál era la conmoción; pero como no vio nada, se volvió y suspiró.

—Dame el agua, Mary —dijo.

Me acerqué a él con el vaso ahora solo medio lleno; Pilot me siguió, todavía excitado.

—¿Qué pasa? —inquirió.

—¡Abajo, Pilot! —dije de nuevo. Detuvo el agua en su camino a los labios y pareció escuchar. Bebió y dejó el vaso—. ¿Eres tú, Mary, verdad?

—Mary está en la cocina —respondí.

Extendió la mano con un gesto rápido, pero al no ver dónde estaba yo, no me tocó.

—¿Quién es? ¿Quién es? —demandó, tratando, al parecer, de ver con aquellos ojos sin vista. ¡Intento inútil y angustioso!—. ¡Respóndeme, habla de nuevo! —ordenó, imperiosa y en voz alta.

—¿Quiere un poco más de agua, señor? He derramado la mitad de la que había en el vaso —dije.

—¿Quién es? ¿Qué es? ¿Quién habla?

—Pilot me conoce, y John y Mary saben que estoy aquí. He llegado esta misma tarde —respondí.

—¡Gran Dios! ¿Qué ilusión se ha apoderado de mí? ¿Qué dulce locura me ha embargado?

—Ninguna ilusión, ninguna locura. Su mente, señor, es demasiado fuerte para la ilusión, su salud demasiado sana para el frenesí.

—¿Y dónde está la que habla? ¿Es solo una voz? ¡Oh! No puedo ver, pero debo sentir, o mi corazón se detendrá y mi cerebro estallará. ¡Quienquiera que seas, sé perceptible al tacto o no puedo vivir!

Tanteó; detuve su mano errante y la aprisioné entre las mías.

—¡Sus mismos dedos! —exclamó—. ¡Sus dedos pequeños y delgados! Si es así, debe haber más de ella.

La mano musculosa se liberó de mi custodia; mi brazo fue agarrado, mi hombro, mi cuello, mi cintura. Fui entrelazada y recogida hacia él.

—¿Es Jane? ¿Qué es? Esta es su figura, este es su tamaño...

—Y esta su voz —añadí—. Está toda aquí; su corazón, también. ¡Dios lo bendiga, señor! Me alegro de estar tan cerca de usted de nuevo.

—¡Jane Eyre! ¡Jane Eyre! —fue todo lo que dijo.

—Mi querido amo —respondí—, soy Jane Eyre. Lo he encontrado, he vuelto a usted.

—¿De verdad? ¿En carne y hueso? ¿Mi Jane viva?

—Usted me toca, señor, me sujeta, y con bastante firmeza. No estoy fría como un cadáver, ni vacía como el aire, ¿verdad?

—¡Mi amada viva! Estos son ciertamente sus miembros, y estos sus rasgos; pero no puedo ser tan afortunado, después de toda mi miseria. Es un sueño; sueños como los que he tenido por la noche, cuando la he estrechado una vez más contra mi corazón, como lo hago ahora; y la he besado, así; y he sentido que me amaba y he confiado en que no me dejaría.

—Lo cual nunca haré, señor, desde este día.

—¿Nunca lo harás, dice la visión? Pero siempre me despertaba y lo encontraba una burla vacía; y estaba desolado y abandonado, mi vida oscura, solitaria, sin esperanza, mi alma sedienta y prohibida de beber, mi corazón hambriento y nunca por ser alimentado. ¡Sueño

dulce y suave, que anidas ahora en mis brazos, también volarás, como todas tus hermanas han huido antes que tú! Pero bésame antes de irte, abrázame, Jane.

—¡Ahí, señor, y ahí!

Presioné mis labios sobre sus ojos, una vez brillantes y ahora sin rayos; aparté su cabello de su frente y también la besé. De repente pareció desperezarse. La convicción de la realidad de todo esto se apoderó de él.

—Eres tú, ¿verdad, Jane? ¿Has vuelto a mí entonces?

—Sí.

—¿Y no yaces muerta en alguna zanja bajo algún arroyo? ¿Y no eres una paria que se consume entre extraños?

—¡No, señor! Ahora soy una mujer independiente.

—¡Independiente! ¿Qué quieres decir, Jane?

—Mi tío de Madeira ha muerto y me ha dejado cinco mil libras.

—¡Ah! ¡Esto es práctico, esto es real! —exclamó—. Nunca soñaría eso. Además, está esa voz peculiar suya, tan animada y picante, además de suave. ¡Anima mi corazón marchito, le infunde vida! ¡Cómo, Janet! ¿Eres una mujer independiente? ¿Una mujer rica?

—Bastante rica, señor. Si no me deja vivir con usted, puedo construir una casa propia junto a su puerta, y puede venir a sentarse en mi salón cuando quiera compañía por la tarde.

—Pero como eres rica, Jane, ahora, sin duda, tienes amigos que cuidarán de ti y no te permitirán dedicarte a un tullido ciego como yo.

—Le dije que soy independiente, señor, además de rica. Soy mi propia dueña.

—¿Y te quedarás conmigo?

—Ciertamente, a menos que usted se oponga. Seré su vecina, su enfermera, su ama de llaves. Lo encuentro solo. Seré su compañera,

para leerle, para pasear con usted, para sentarme con usted, para atenderle, para ser ojos y manos para usted. Deje de parecer tan melancólico, mi querido amo; no será dejado desolado mientras yo viva.

No respondió. Parecía serio, abstraído; suspiró; entreabrió los labios como para hablar; los volvió a cerrar. Me sentí un poco avergonzada. Quizás había saltado con demasiada temeridad las convencionalidades; y él, como St. John, veía impropiedad en mi desconsideración. De hecho, había hecho mi propuesta con la idea de que él deseaba y me pediría que fuera su esposa. Una expectativa, no menos cierta por no expresada, me había sostenido, de que me reclamaría de inmediato como suya. Pero al no escapar de él ninguna insinuación a tal efecto y al ensombrecerse más su semblante, de repente recordé que podría haber estado completamente equivocada y quizás estaba haciendo el ridículo sin darme cuenta. Y empecé a retirarme suavemente de sus brazos, pero él me atrajo con avidez más cerca.

—No, no, Jane; no debes irte. No, te he tocado, te he oído, he sentido el consuelo de tu presencia, la dulzura de tu consuelo. No puedo renunciar a estas alegrías. Me queda poco en mí mismo, debo tenerte. El mundo puede reír, puede llamarme absurdo, egoísta, pero no importa. Mi alma misma te exige; será satisfecha, o se vengará mortalmente de su cuerpo.

—Bueno, señor, me quedaré con usted. Ya lo he dicho.

—Sí, pero tú entiendes una cosa por quedarte conmigo, y yo entiendo otra. Tú, quizás, podrías hacerte a la idea de estar cerca de mi mano y mi silla, de atenderme como una pequeña y amable enfermera (pues tienes un corazón afectuoso y un espíritu generoso que te impulsan a hacer sacrificios por aquellos a quienes compadeces), y eso debería bastarme, sin duda. Supongo que ahora no debería albergar más que sentimientos paternales por ti. ¿Lo crees así? Vamos, dímelo.

—Pensaré lo que usted guste, señor. Me contento con ser solo su enfermera, si lo cree mejor.

—Pero no siempre puedes ser mi enfermera, Janet. Eres joven, debes casarte algún día.

—No me importa casarme.

—Debería importarte, Janet. Si yo fuera lo que una vez fui, intentaría hacer que te importara, pero... ¡un bloque sin vista!

Volvió a caer en la melancolía. Yo, por el contrario, me volví más alegre y cobré nuevo valor. Estas últimas palabras me dieron una idea de dónde residía la dificultad; y como no era una dificultad para mí, me sentí completamente aliviada de mi anterior embarazo. Reanudé una vena de conversación más animada.

—Es hora de que alguien se encargue de rehumanizarlo a usted —dije, apartando sus espesos y largos mechones sin cortar—. Porque veo que se está metamorfoseando en un león o algo por el estilo. Tiene un «faux air» de Nabucodonosor en los campos a su alrededor, eso es seguro. Su pelo me recuerda a las plumas de las águilas; si sus uñas han crecido como las garras de los pájaros o no, todavía no lo he notado.

—En este brazo, no tengo ni mano ni uñas —dijo, sacando el miembro mutilado de su pecho y mostrándomelo—. Es un mero muñón, ¡una visión espantosa! ¿No te parece, Jane?

—Es una lástima verlo; y una lástima ver sus ojos, y la cicatriz del fuego en su frente. Y lo peor de todo es que una corre el peligro de amarlo demasiado por todo esto y de hacer demasiado caso de usted.

—Pensé que te sentirías repelida, Jane, cuando vieras mi brazo y mi rostro cicatrizado.

—¿De veras? No me diga eso, no sea que diga algo despectivo de su juicio. Ahora, déjeme un instante para avivar el fuego y barrer el hogar. ¿Sabe usted cuándo hay un buen fuego?

—Sí; con el ojo derecho veo un resplandor, una bruma rojiza.

—¿Y ve las velas?

—Muy débilmente; cada una es una nube luminosa.

—¿Puede verme a mí?

—No, mi hada; pero estoy demasiado agradecido de oírte y sentirte.

—¿Cuándo cena?

—Nunca ceno.

—Pero tendrá algo esta noche. Tengo hambre; y usted también, me atrevo a decir, solo que lo olvida.

Llamando a Mary, pronto puse la habitación en un orden más alegre. Le preparé, asimismo, una comida confortable. Mi ánimo estaba excitado y, con placer y facilidad, le hablé durante la cena y durante mucho tiempo después. No había ninguna restricción acosadora, ninguna represión de la alegría y la vivacidad con él; pues con él estaba perfectamente a gusto, porque sabía que le convenía. Todo lo que decía o hacía parecía consolarlo o reanimarlo. ¡Conciencia deliciosa! Dio vida y luz a toda mi naturaleza. En su presencia vivía plenamente; y él vivía en la mía. Ciego como estaba, las sonrisas jugaban en su rostro, la alegría amanecía en su frente. Sus rasgos se suavizaron y se calentaron.

Después de la cena, comenzó a hacerme muchas preguntas: dónde había estado, qué había estado haciendo, cómo lo había encontrado. Pero le di solo respuestas muy parciales. Era demasiado tarde para entrar en detalles esa noche. Además, no deseaba tocar ninguna cuerda de profunda emoción, ni abrir ningún nuevo pozo de sentimiento en su corazón. Mi único objetivo presente era animarlo. Animado, como he dicho, estaba; y sin embargo, solo a ratos. Si un momento de silencio rompía la conversación, se volvía inquieto, me tocaba y luego decía: «Jane».

—Eres un ser completamente humano, ¿Jane? ¿Estás segura de eso?



—A conciencia lo creo, señor Rochester.

—Sin embargo, ¿cómo, en esta noche oscura y lúgubre, pudiste aparecer tan de repente en mi solitario hogar? Extendí la mano para tomar un vaso de agua de una empleada, y me lo diste tú. Hice una pregunta, esperando que la esposa de John me respondiera, y tu voz habló a mi oído.

—Porque había entrado yo, en lugar de Mary, con la bandeja.

—Y hay encanto en la misma hora que ahora paso contigo. ¿Quién puede decir qué vida tan oscura, lúgubre y desesperanzada he arrastrado durante los últimos meses? Sin hacer nada, sin esperar nada; fundiendo la noche en el día; sintiendo solo la sensación de frío cuando dejaba que el fuego se apagara, de hambre cuando olvidaba comer. Y luego una pena incesante y, a veces, un verdadero delirio de deseo de volver a ver a mi Jane. Sí, anhelaba su restauración mucho más que la de mi vista perdida. ¿Cómo puede

ser que Jane esté conmigo y diga que me ama? ¿No se marchará tan repentinamente como llegó? Mañana, temo que no la encontraré más.

Una respuesta corriente y práctica, fuera del tren de sus propias ideas perturbadas, era, estaba segura, la mejor y más tranquilizadora para él en este estado de ánimo. Pasé mi dedo por sus cejas y observé que estaban chamuscadas, y que le aplicaría algo que las haría crecer tan anchas y negras como siempre.

—¿De qué sirve hacerme bien de ninguna manera, espíritu benéfico, cuando, en algún momento fatal, volverás a abandonarme, pasando como una sombra, adónde y cómo para mí desconocidos, y para mí permaneciendo después indescubrible?

—¿Tiene un peine de bolsillo, señor?

—¿Para qué, Jane?

—Solo para peinar esta hirsuta melena negra. Me resulta usted bastante alarmante cuando lo examino de cerca. Habla de que soy un hada, pero estoy segura de que usted se parece más a un duende.

—¿Soy espantoso, Jane?

—Mucho, señor. Siempre lo fue, ya sabe.

—¡Hum! La maldad no se le ha quitado, dondequiera que haya residido.

—Sin embargo, he estado con gente buena; mucho mejor que usted. Cien veces mejor gente; poseedora de ideas y puntos de vista que nunca ha albergado en su vida. Bastante más refinada y exaltada.

—¿Con quién diablos ha estado?

—Si se retuerce de esa manera, haré que le arranque el pelo de la cabeza; y entonces creo que dejará de albergar dudas sobre mi sustancialidad.

—¿Con quién ha estado, Jane?

—No me lo sacará esta noche, señor; debe esperar hasta mañana. Dejar mi relato a medio contar será, ya sabe, una especie de seguridad de que apareceré en su mesa de desayuno para terminarlo. Por cierto, debo tener cuidado de no aparecer en su hogar solo con un vaso de agua entonces; debo traer al menos un huevo, por no hablar de jamón frito.

—¡Niña burlona, nacida de hadas y criada por humanos! Me haces sentir como no me he sentido en estos doce meses. Si Saúl te hubiera tenido por su David, el espíritu maligno habría sido exorcizado sin la ayuda del arpa.

—Ahí está, señor, está usted arreglado y hecho decente. Ahora lo dejaré. He estado viajando estos últimos tres días y creo que estoy cansada. Buenas noches.

—Solo una palabra, Jane. ¿Había solo damas en la casa donde ha estado?

Me reí e hice mi escapada, todavía riendo mientras subía las escaleras. «¡Buena idea!», pensé con regocijo. «Veo que tengo los medios para sacarlo de su melancolía por un tiempo».

Muy temprano a la mañana siguiente lo oí levantado y en movimiento, vagando de una habitación a otra. Tan pronto como bajó Mary, oí la pregunta: «¿Está aquí la señorita Eyre?». Luego: «¿En qué habitación la pusiste? ¿Estaba seca? ¿Está levantada? Ve y pregúntale si necesita algo y cuándo bajará».

Bajé tan pronto como pensé que había perspectiva de desayuno. Al entrar en la habitación muy suavemente, tuve una vista de él antes de que descubriera mi presencia. Era triste, en verdad, presenciar la subyugación de ese espíritu vigoroso a una enfermedad corporal. Estaba sentado en su silla, quieto, pero no en reposo; expectante, evidentemente; las líneas de la ahora habitual tristeza marcaban sus fuertes rasgos. Su semblante recordaba a una lámpara apagada, esperando ser reencendida, y ¡ay!, no era él mismo quien podía ahora encender el lustre de la expresión animada. ¡Dependía de otro para esa tarea! Había tenido la

intención de ser alegre y despreocupada, pero la impotencia del hombre fuerte me tocó el corazón hasta lo más profundo. Aun así, lo abordé con toda la vivacidad que pude.

—Es una mañana brillante y soleada, señor —dije—. La lluvia ha pasado y se ha ido, y hay un tierno brillo tras ella. Pronto dará un paseo.

Había despertado el resplandor; sus rasgos radiaron.

—¡Oh, de verdad estás ahí, mi alondra! Ven a mí. ¿No te has ido, no te has desvanecido? Oí a una de tu especie hace una hora, cantando alto sobre el bosque; pero su canto no tenía música para mí, como tampoco el sol naciente tenía rayos. Toda la melodía de la tierra se concentra en la lengua de mi Jane para mi oído (me alegro de que no sea naturalmente silenciosa); todo el sol que puedo sentir está en su presencia.

Las lágrimas asomaron a mis ojos al oír esta confesión de su dependencia; como si un águila real, encadenada a una percha, se viera forzada a suplicar a un gorrión que se convirtiera en su proveedor. Pero no sería lacrimosa. Me sequé las gotas saladas y me ocupé en preparar el desayuno.

La mayor parte de la mañana la pasamos al aire libre. Lo saqué del bosque húmedo y salvaje a unos campos alegres. Le describí cuán brillantemente verdes estaban; cómo las flores y los setos parecían refrescados; cuán chispeantemente azul estaba el cielo. Le busqué un asiento en un lugar oculto y encantador, un tronco seco de un árbol; y no me negué a dejar que, una vez sentado, me colocara sobre su rodilla. ¿Por qué iba a hacerlo, cuando ambos éramos más felices cerca que separados? Pilot yacía a nuestro lado; todo estaba en calma. Estalló de repente mientras me estrechaba en sus brazos:

—¡Cruel, cruel desertora! Oh, Jane, ¿qué sentí cuando descubrí que habías huido de Thornfield, y cuando no pude encontrarte en ninguna parte; y, después de examinar tu apartamento, comprobé que no te habías llevado dinero, ni nada que pudiera servir como

equivalente? Un collar de perlas que te había dado yacía intacto en su pequeño estuche; tus baúles estaban encordados y cerrados con llave como habían sido preparados para el viaje de novios. ¿Qué podía hacer mi amada, pregunté, dejada desamparada y sin un céntimo? ¿Y qué hizo? Déjame oír ahora.

Así instada, comencé la narración de mi experiencia del último año. Suavicé considerablemente lo relativo a los tres días de vagabundeo y hambre, porque habérselo contado todo habría sido infligirle un dolor innecesario. Lo poco que dije laceró su fiel corazón más profundamente de lo que deseaba.

No debería haberlo dejado así, dijo, sin ningún medio para abrirme camino. Debería haberle dicho mi intención. Debería haber confiado en él. Nunca me habría forzado a ser su amante. Por muy violento que hubiera parecido en su desesperación, él, en verdad, me amaba demasiado y con demasiada ternura como para constituirse en mi tirano. Me habría dado la mitad de su fortuna, sin exigir ni siquiera un beso a cambio, antes que dejar que me arrojara sin amigos al vasto mundo. Yo había soportado, estaba seguro, más de lo que le había confesado.

—Bueno, cualesquiera que hubieran sido mis sufrimientos, fueron muy cortos —respondí; y luego procedí a contarle cómo había sido recibida en Moor House; cómo había obtenido el puesto de maestra de escuela, etc. El acceso a la fortuna, el descubrimiento de mis parientes, siguieron en su debido orden. Por supuesto, el nombre de St. John Rivers apareció con frecuencia en el progreso de mi relato. Cuando terminé, ese nombre fue inmediatamente retomado.

—¿Este St. John, entonces, es tu primo?

—Sí.

—Has hablado de él a menudo. ¿Te cae bien?

—Era un muy buen hombre, señor; no pude evitar que me cayera bien.

—Un buen hombre. ¿Significa eso un hombre respetable y de buena conducta de cincuenta años? ¿O qué significa?

—St. John solo tenía veintinueve años, señor.

—«Jeune encore», como dicen los franceses. ¿Es una persona de baja estatura, flemática y sencilla? ¿Una persona cuya bondad consiste más en su inocencia de vicio que en su destreza en la virtud?

—Es incansablemente activo. Grandes y exaltadas hazañas son para lo que vive.

—¿Pero su cerebro? ¿Es probablemente más bien blando? Tiene buenas intenciones, ¿pero te encoges de hombros al oírlo hablar?

—Habla poco, señor. Lo que dice siempre va al grano. Su cerebro es de primera categoría, diría yo. No impresionable, sino vigoroso.

—¿Es un hombre capaz, entonces?

—Verdaderamente capaz.

—¿Un hombre completamente educado?

—St. John es un erudito consumado y profundo.

—Sus modales, creo que dijiste, ¿no son de tu gusto? ¿Remilgados y clericales?

—Nunca mencioné sus modales; pero, a menos que yo tuviera muy mal gusto, deben de ajustarse a él. Son pulcros, tranquilos y caballerosos.

—Su apariencia, he olvidado qué descripción diste de su apariencia; una especie de cura novato, medio estrangulado con su corbata blanca y encaramado en sus botines de suela gruesa, ¿eh?

—St. John viste bien. Es un hombre apuesto: alto, rubio, con ojos azules y un perfil griego.

(Aparte) —¡Maldito sea! —(A mí)—. ¿Te gustaba, Jane?

—Sí, señor Rochester, me gustaba. Pero ya me lo preguntó antes.

Percibí, por supuesto, la intención de mi interlocutor. Los celos se habían apoderado de él; lo picaban. Pero el aguijón era saludable; le daba un respiro del colmillo roedor de la melancolía. No quise, por lo tanto, encantar a la serpiente de inmediato.

—¿Quizás preferiría no seguir sentada en mi rodilla, señorita Eyre? —fue la siguiente observación, algo inesperada.

—¿Por qué no, señor Rochester?

—El cuadro que acaba de dibujar sugiere un contraste demasiado abrumador. Sus palabras han delineado muy primorosamente a un gracioso Apolo. Está presente en su imaginación: alto, rubio, de ojos azules y con un perfil griego. Sus ojos se posan en un Vulcano, un verdadero herrero, moreno, de hombros anchos, y ciego y cojo por añadidura.

—Nunca lo había pensado antes; pero ciertamente se parece usted bastante a Vulcano, señor.

—Bueno, puede dejarme, señora. Pero antes de irse (y me retuvo con un agarre más firme que nunca), tendrá la amabilidad de responder a una o dos preguntas. —Hizo una pausa.

—¿Qué preguntas, señor Rochester?

Entonces siguió este interrogatorio.

—¿St. John la hizo maestra de Morton antes de saber que era su prima?

—Sí.

—¿Lo vería a menudo? ¿Visitaría la escuela a veces?

—Diariamente.

—¿Aprobaría sus planes, Jane? ¡Sé que serían inteligentes, porque es usted una criatura talentosa!

—Los aprobó, sí.

—¿Descubriría muchas cosas en usted que no podría haber esperado encontrar? Algunas de sus habilidades no son ordinarias.

—No sé nada de eso.

—Tenía una pequeña cabaña cerca de la escuela, dice. ¿Vino alguna vez allí a verla?

—De vez en cuando.

—¿Por la tarde?

—Una o dos veces.

Una pausa.

—¿Cuánto tiempo residió con él y sus hermanas después de que se descubriera el parentesco?

—Cinco meses.

—¿Pasaba Rivers mucho tiempo con las damas de su familia?

—Sí; el salón trasero era tanto su estudio como el nuestro. Se sentaba cerca de la ventana y nosotras junto a la mesa.

—¿Estudiaba mucho?

—Bastante.

—¿El qué?

—Indostaní.

—¿Y qué hacía usted mientras tanto?

—Aprendí alemán, al principio.

—¿Le enseñó él?

—No entendía alemán.

—¿No le enseñó nada?

—Un poco de indostaní.

—¿Rivers le enseñó indostaní?

—Sí, señor.

—¿Y a sus hermanas también?

—No.

—¿Solo a usted?

—Solo a mí.

—¿Pidió usted aprender?

—No.

—¿Él deseaba enseñarle?

—Sí.

Una segunda pausa.

—¿Por qué lo deseaba? ¿De qué utilidad podría serle el indostaní?

—Tenía la intención de que fuera con él a la India.

—¡Ah! Aquí llego a la raíz del asunto. ¿Quería que se casara con él?

—Me pidió que me casara con él.

—Eso es una ficción, una invención impudente para vejarme.

—Le ruego me disculpe, es la verdad literal. Me lo pidió más de una vez, y fue tan rígido al insistir en su punto como podría serlo usted jamás.

—Señorita Eyre, lo repito, puede dejarme. ¿Cuántas veces tengo que decir lo mismo? ¿Por qué permanece pertinazmente encaramada en mi rodilla cuando le he dado aviso de que se marche?

—Porque estoy cómoda aquí.

—No, Jane, no estás cómoda aquí, porque tu corazón no está conmigo. Está con este primo, este St. John. ¡Oh, hasta este momento, pensé que mi pequeña Jane era toda mía! Tenía la creencia de que me amaba incluso cuando me dejó. Eso era un átomo de dulzura en mucha amargura. Por mucho que hayamos estado separados, por muchas lágrimas calientes que haya derramado por nuestra separación, ¡nunca pensé que mientras yo la

lloraba, ella estaba amando a otro! Pero es inútil lamentarse. Jane, déjame. Ve y cásate con Rivers.

—Écheme entonces, señor, apárteme. Porque no lo dejaré por mi propia voluntad.

—Jane, siempre me gusta tu tono de voz. Todavía renueva la esperanza, suena tan veraz. Cuando lo oigo, me transporta un año atrás. Olvido que has formado un nuevo lazo. Pero no soy tonto, vete.

—¿Adónde debo ir, señor?

—A tu manera, con el marido que has elegido.

—¿Quién es?

—Ya sabes, este St. John Rivers.

—No es mi marido, ni lo será nunca. No me ama, no lo amo. Ama (como él puede amar, y eso no es como usted ama) a una hermosa joven llamada Rosamond. Quería casarse conmigo solo porque pensó que sería una esposa de misionero adecuada, lo que ella no habría sido. Es bueno y grande, pero severo; y, para mí, frío como un iceberg. No es como usted, señor. No soy feliz a su lado, ni cerca de él, ni con él. No tiene indulgencia para mí, ni cariño. No ve nada atractivo en mí; ni siquiera juventud, solo algunos puntos mentales útiles. ¿Entonces debo dejarlo a usted, señor, para ir con él?

Me estremecí involuntariamente y me aferré instintivamente más cerca de mi ciego pero amado amo. Él sonrió.

—¡Cómo, Jane! ¿Es esto cierto? ¿Es realmente así el estado de las cosas entre tú y Rivers?

—¡Absolutamente, señor! ¡Oh, no necesita estar celoso! Quería fastidiarlo un poco para que estuviera menos triste. Pensé que la ira sería mejor que el dolor. Pero si desea que lo ame, si pudiera ver cuánto lo amo, estaría orgulloso y contento. Todo mi corazón es suyo, señor; le pertenece; y con usted permanecería, aunque el destino exiliara el resto de mí de su presencia para siempre.

De nuevo, mientras me besaba, pensamientos dolorosos oscurecieron su aspecto.

—¡Mi visión abrasada! ¡Mi fuerza tullida! —murmuró con pesar.

Lo acaricié para calmarlo. Sabía en qué estaba pensando y quería hablar por él, pero no me atreví. Mientras apartaba el rostro un minuto, vi una lágrima deslizarse de debajo del párpado sellado y correr por la mejilla viril. Mi corazón se hinchó.

—No soy mejor que el viejo castaño de indias golpeado por el rayo en el huerto de Thornfield —observó al poco rato—. ¿Y qué derecho tendría esa ruina a pedir a una madreselva en ciernes que cubra su decadencia con frescura?

—Usted no es una ruina, señor, ni un árbol golpeado por el rayo. Está verde y vigoroso. Las plantas crecerán alrededor de sus raíces, las pida usted o no, porque se deleitan en su generosa sombra; y a medida que crezcan se inclinarán hacia usted y se enroscarán a su alrededor, porque su fuerza les ofrece un apoyo tan seguro.

De nuevo sonrió. Le di consuelo.

—¿Hablas de amigos, Jane? —preguntó.

—Sí, de amigos —respondí con bastante vacilación, pues sabía que me refería a más que amigos, pero no sabía qué otra palabra emplear. Él me ayudó.

—¡Ah, Jane! Pero quiero una esposa.

—¿De veras, señor?

—Sí. ¿Es una noticia para ti?

—Por supuesto. No dijo nada al respecto antes.

—¿Es una noticia inoportuna?

—Eso depende de las circunstancias, señor, de su elección.

—La cual harás por mí, Jane. Me atendré a tu decisión.

—Elija entonces, señor, a quien más lo ame.

—Al menos elegiré a quien más amo. Jane, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí, señor.

—¿Un pobre hombre ciego, a quien tendrás que llevar de la mano?

—Sí, señor.

—¿Un hombre tullido, veinte años mayor que tú, a quien tendrás que atender?

—Sí, señor.

—¿De verdad, Jane?

—Con la mayor verdad, señor.

—¡Oh, mi amor! ¡Que Dios te bendiga y te recompense!

—Señor Rochester, si alguna vez hice una buena acción en mi vida, si alguna vez tuve un buen pensamiento, si alguna vez recé una oración sincera e intachable, si alguna vez deseé un deseo justo, ahora soy recompensada. Ser su esposa es, para mí, ser tan feliz como puedo ser en la tierra.

—Porque te deleitas en el sacrificio.

—¡Sacrificio! ¿Qué sacrifico? Hambre por comida, expectación por contento. Tener el privilegio de rodear con mis brazos lo que valoro, de presionar mis labios sobre lo que amo, de reposar en lo que confío, ¿es eso hacer un sacrificio? Si es así, entonces ciertamente me deleito en el sacrificio.

—Y soportar mis enfermedades, Jane; pasar por alto mis deficiencias.

—Que no son ninguna, señor, para mí. Lo amo más ahora, cuando realmente puedo serle útil, que en su estado de orgullosa independencia, cuando desdeñaba todo papel que no fuera el de dador y protector.

—Hasta ahora he odiado que me ayuden, que me guíen. De ahora en adelante, siento que ya no lo odiaré. No me gustaba poner mi mano en la de un mercenario, pero es agradable sentirla rodeada por los pequeños dedos de Jane. Prefería la soledad absoluta a la constante atención de los criados; pero el suave ministerio de Jane será una alegría perpetua. Jane me conviene. ¿Le convengo yo a ella?

—Hasta la fibra más fina de mi naturaleza, señor.

—Siendo así el caso, no tenemos nada en el mundo que esperar. Debemos casarnos al instante.

Miró y habló con avidez. Su vieja impetuosidad estaba resurgiendo.

—Debemos convertirnos en una sola carne sin demora, Jane. Solo hay que obtener la licencia, y luego nos casamos.

—Señor Rochester, acabo de descubrir que el sol ha declinado mucho de su meridiano y Pilot se ha ido a casa a cenar. Déjeme mirar su reloj.

—Átatelo a tu cinturón, Janet, y guárdalo de ahora en adelante. No tengo uso para él.

—Son casi las cuatro de la tarde, señor. ¿No siente hambre?

—El tercer día a partir de este debe ser el día de nuestra boda, Jane. No te preocupes por ropas finas y joyas ahora. Todo eso no vale un comino.

—El sol ha secado todas las gotas de lluvia, señor. La brisa está en calma. Hace bastante calor.

—¿Sabes, Jane, que tengo tu pequeño collar de perlas en este momento atado alrededor de mi cuello de bronce bajo mi corbata? Lo he llevado desde el día en que perdí mi único tesoro, como un recuerdo de ella.

—Iremos a casa a través del bosque. Ese será el camino más sombreado.

Persiguió sus propios pensamientos sin hacerme caso.

—¡Jane! Me crees, me atrevo a decir, un perro irreligioso. Pero mi corazón se hincha de gratitud hacia el benéfico Dios de esta tierra en este momento. Él no ve como ve el hombre, sino mucho más claramente. No juzga como juzga el hombre, sino mucho más sabiamente. Hice mal. Habría manchado mi flor inocente, respirado culpa sobre su pureza. El Omnipotente me la arrebató. Yo, en mi rebelión obstinada, casi maldije la dispensación. En lugar de doblegarme al decreto, lo desafié. La justicia divina siguió su curso; los desastres se abatieron sobre mí. Me vi forzado a pasar por el valle de la sombra de la muerte. Sus castigos son poderosos; y uno me golpeó que me ha humillado para siempre. Sabes que estaba orgulloso de mi fuerza. ¿Pero qué es ahora, cuando debo entregarla a una guía ajena, como un niño entrega su debilidad? Últimamente, Jane —solo, solo últimamente— empecé a ver y a reconocer la mano de Dios en mi perdición. Empecé a experimentar remordimiento, arrepentimiento; el deseo de reconciliación con mi Hacedor. Empecé a rezar a veces. Oraciones muy breves eran, pero muy sinceras.

»Hace unos días, no, puedo contarlos, cuatro. Fue el lunes por la noche pasado. Un singular estado de ánimo se apoderó de mí, uno en el que la pena reemplazó al frenesí, el dolor a la hosquedad. Hacía tiempo que tenía la impresión de que, como no podía encontrarte en ninguna parte, debías de estar muerta. Tarde esa noche —quizás sería entre las once y las doce—, antes de retirarme a mi lúgubre descanso, supliqué a Dios que, si le parecía bien, pronto fuera yo apartado de esta vida y admitido en ese mundo venidero, donde todavía había esperanza de reunirme con Jane.

»Estaba en mi propia habitación y sentado junto a la ventana, que estaba abierta. Me calmaba sentir el aire balsámico de la noche, aunque no podía ver estrellas y solo por una vaga y luminosa neblina sabía de la presencia de una luna. ¡Te anhelaba, Janet! ¡Oh, te anhelaba tanto con el alma como con la carne! Le pedí a Dios, a la vez con angustia y humildad, si no había estado ya bastante tiempo desolado, afligido, atormentado; y si no podría pronto probar

de nuevo la dicha y la paz. Que merecía todo lo que soportaba, lo reconocí; que apenas podía soportar más, lo supliqué. Y el alfa y el omega de los deseos de mi corazón brotaron involuntariamente de mis labios en las palabras: "¡Jane! ¡Jane! ¡Jane!".

—¿Dijo esas palabras en voz alta?

—Sí, Jane. Si algún oyente me hubiera oído, me habría creído loco. Las pronuncié con una energía tan frenética.

—¿Y fue el lunes por la noche pasado, cerca de la medianoche?

—Sí; pero la hora no tiene importancia. Lo que siguió es el punto extraño. Me creerás supersticioso, algo de superstición tengo en mi sangre y siempre la tuve. Sin embargo, esto es verdad, verdad es al menos que oí lo que ahora relato.

»Al exclamar yo "¡Jane! ¡Jane! ¡Jane!", una voz —no puedo decir de dónde vino la voz, pero sé de quién era— respondió: "¡Ya voy, espérame!"; y un momento después, fueron susurrando en el viento las palabras: "¿Dónde estás?".

»Te diré, si puedo, la idea, la imagen que estas palabras abrieron en mi mente; sin embargo, es difícil expresar lo que quiero expresar. Ferndean está enterrado, como ves, en un denso bosque, donde el sonido cae sordo y muere sin reverberar. "¿Dónde estás?" parecía dicho entre montañas, pues oí un eco enviado por una colina repetir las palabras. Más fresco y lozano en ese momento el vendaval pareció visitar mi frente. Podría haber creído que en alguna escena salvaje y solitaria, Jane y yo nos encontrábamos. En espíritu, creo que debimos de encontrarnos. Tú, sin duda, estabas, a esa hora, en un sueño inconsciente, Jane. Quizás tu alma vagó desde su celda para consolar la mía; pues aquellos eran tus acentos, tan cierto como que vivo, ¡eran los tuyos!

Lector, fue el lunes por la noche —cerca de la medianoche— cuando yo también recibí la misteriosa llamada. Esas fueron las mismas palabras con las que le respondí. Escuché la narración del señor Rochester, pero no hice ninguna revelación a cambio. La coincidencia me pareció demasiado terrible e inexplicable para ser

comunicada o discutida. Si contaba algo, mi relato sería tal que necesariamente causaría una profunda impresión en la mente de mi oyente; y esa mente, aún por sus sufrimientos demasiado propensa a la melancolía, no necesitaba la sombra más profunda de lo sobrenatural. Guardé estas cosas, pues, y las medité en mi corazón.

—No puedes extrañarte ahora —continuó mi amo— de que cuando apareciste ante mí tan inesperadamente anoche, tuviera dificultades para creerte otra cosa que una mera voz y visión, algo que se desvanecería en silencio y aniquilación, como el susurro de medianoche y el eco de la montaña se habían desvanecido antes. ¡Ahora, gracias a Dios, sé que es de otra manera! ¡Sí, gracias a Dios!

Me apartó de su rodilla, se levantó y, levantando reverentemente su sombrero de la frente y doblando sus ojos sin vista hacia la tierra, permaneció en muda devoción. Solo las últimas palabras de la adoración fueron audibles.

—Agradezco a mi Hacedor que, en medio del juicio, haya recordado la misericordia. ¡Suplico humildemente a mi Redentor que me dé fuerzas para llevar de ahora en adelante una vida más pura de la que he llevado hasta ahora!

Luego extendió la mano para ser guiado. Tomé esa querida mano, la sostuve un momento contra mis labios, luego la pasé alrededor de mi hombro. Siendo de estatura mucho más baja que él, le serví tanto de apoyo como de guía. Entramos en el bosque y nos dirigimos a casa.

CAPÍTULO XXXVIII - CONCLUSIÓN

Lector, me casé con él. Tuvimos una boda tranquila. Él y yo, el párroco y el sacristán, éramos los únicos presentes. Cuando volvimos de la iglesia, entré en la cocina de la casa solariega, donde Mary cocinaba la cena y John limpiaba los cuchillos, y dije:

—Mary, me he casado con el señor Rochester esta mañana. —El ama de llaves y su marido eran de ese orden de gente decente y flemática a quienes se puede comunicar en cualquier momento con seguridad una noticia notable sin incurrir en el peligro de que le

perforen a uno los oídos con alguna exclamación estridente y posteriormente lo aturdan con un torrente de asombro verbal. Mary sí levantó la vista y sí me miró fijamente. El cucharón con el que estaba rociando un par de pollos que se asaban al fuego permaneció suspendido en el aire durante unos tres minutos; y durante el mismo espacio de tiempo los cuchillos de John también descansaron del proceso de pulido. Pero Mary, inclinándose de nuevo sobre el asado, solo dijo:

—¿De veras, señorita? ¡Vaya por Dios!

Poco después prosiguió:

—La vi salir con el amo, pero no sabía que se habían ido a la iglesia a casarse. —Y siguió rociando. John, cuando me volví hacia él, sonreía de oreja a oreja.

—Ya le dije a Mary cómo sería —dijo—. Sabía lo que el señor Edward (John era un viejo sirviente y había conocido a su amo cuando era el cadete de la casa; por lo tanto, a menudo le daba su nombre de pila), sabía lo que el señor Edward haría; y estaba seguro de que no esperaría mucho tampoco. Y ha hecho bien, por lo que sé. ¡Le deseo felicidad, señorita! —Y se tiró cortésmente del mechón de pelo.

—Gracias, John. El señor Rochester me dijo que les diera esto a ti y a Mary. —Puse en su mano un billete de cinco libras. Sin esperar a oír más, salí de la cocina. Al pasar por la puerta de ese santuario un tiempo después, capté las palabras:

—Seguro que le irá mejor con él que cualquiera de las grandes damas. —Y de nuevo—: Aunque no sea de las más guapas, no es nada fea y es muy bondadosa; y a sus ojos es una belleza, cualquiera puede verlo.

Escribí inmediatamente a Moor House y a Cambridge para decir lo que había hecho, explicando también detalladamente por qué había actuado así. Diana y Mary aprobaron el paso sin reservas. Diana anunció que me daría justo el tiempo para superar la luna de miel y que luego vendría a verme.

—Será mejor que no espere hasta entonces, Jane —dijo el señor Rochester, cuando le leí su carta—. Si lo hace, será demasiado tarde, pues nuestra luna de miel brillará toda nuestra vida; sus rayos solo se desvanecerán sobre tu tumba o la mía.

Cómo recibió St. John la noticia, no lo sé. Nunca respondió a la carta en la que se la comuniqué. Sin embargo, seis meses después me escribió, sin mencionar, no obstante, el nombre del señor Rochester ni aludir a mi matrimonio. Su carta era entonces serena y, aunque muy seria, amable. Ha mantenido una correspondencia regular, aunque no frecuente, desde entonces. Espera que sea feliz y confía en que no sea de aquellos que viven sin Dios en el mundo y solo se preocupan por las cosas terrenales.

No ha olvidado del todo a la pequeña Adèle, ¿verdad, lector? Yo no. Pronto pedí y obtuve permiso del señor Rochester para ir a verla a la escuela donde la había puesto. Su alegría frenética al volver a verme me conmovió mucho. Parecía pálida y delgada; dijo que no era feliz. Descubrí que las reglas del establecimiento eran demasiado estrictas, su curso de estudios demasiado severo para una niña de su edad. La llevé a casa conmigo. Tenía la intención de convertirme de nuevo en su institutriz, pero pronto descubrí que era impracticable. Mi tiempo y mis cuidados eran ahora requeridos por otro: mi marido los necesitaba todos. Así que busqué una escuela dirigida con un sistema más indulgente y lo suficientemente cerca como para permitirme visitarla a menudo y traerla a casa a veces. Me encargué de que nunca le faltara nada que pudiera contribuir a su comodidad. Pronto se instaló en su nueva morada, se volvió muy feliz allí e hizo buenos progresos en sus estudios. A medida que crecía, una sólida educación inglesa corrigió en gran medida sus defectos franceses; y cuando dejó la escuela, encontré en ella una compañera agradable y servicial: dócil, de buen carácter y con buenos principios. Con su agradecida atención hacia mí y los míos, hace mucho que ha pagado con creces cualquier pequeña amabilidad que haya estado en mi poder ofrecerle.

Mi relato llega a su fin. Una palabra respecto a mi experiencia de la vida matrimonial, y una breve mirada a las fortunas de aquellos cuyos nombres han recurrido con más frecuencia en esta narración, y habré terminado.

Llevo ya diez años casada. Sé lo que es vivir enteramente para y con lo que más amo en la tierra. Me considero sumamente bendecida, bendecida más allá de lo que el lenguaje puede expresar; porque soy la vida de mi marido tan plenamente como él es la mía. Ninguna mujer estuvo jamás más cerca de su compañero que yo; nunca más absolutamente hueso de su hueso y carne de su carne. No conozco el cansancio de la compañía de mi Edward; él no conoce ninguno de la mía, no más de lo que cada uno de nosotros conoce la pulsación del corazón que late en nuestros pechos separados; en consecuencia, estamos siempre juntos. Estar juntos es para nosotros ser a la vez tan libres como en la soledad, tan alegres como en compañía. Hablamos, creo, todo el día. Hablar el uno con el otro no es más que un pensar más animado y audible. Toda mi confianza se la otorgo a él, toda su confianza se me dedica a mí; somos precisamente adecuados en carácter, la concordia perfecta es el resultado.

El señor Rochester continuó ciego los dos primeros años de nuestra unión. Quizás fue esa circunstancia la que nos acercó tanto, la que nos unió tan estrechamente; pues yo era entonces su visión, como sigo siendo su mano derecha. Literalmente, yo era (lo que a menudo me llamaba) la niña de sus ojos. Él veía la naturaleza, veía los libros a través de mí; y nunca me cansé de mirar por él y de poner en palabras el efecto del campo, el árbol, la ciudad, el río, la nube, el rayo de sol, del paisaje ante nosotros, del tiempo a nuestro alrededor, e imprimir con el sonido en su oído lo que la luz ya no podía estampar en su ojo. Nunca me cansé de leerle; nunca me cansé de conducirlo adonde deseaba ir, de hacer por él lo que deseaba que se hiciera. Y había un placer en mis servicios, de lo más pleno, de lo más exquisito, aunque triste, porque él reclamaba estos servicios sin dolorosa vergüenza ni humillación desalentadora. Me amaba tan verdaderamente que no conocía renuencia en

aprovecharse de mi atención; sentía que lo amaba tan tiernamente que prestar esa atención era complacer mis más dulces deseos.

Una mañana, al final de los dos años, mientras yo escribía una carta a su dictado, se acercó, se inclinó sobre mí y dijo:

—Jane, ¿tienes un adorno brillante alrededor del cuello?

Llevaba una cadena de reloj de oro. Respondí:

—Sí.

—¿Y llevas un vestido azul pálido?



Así lo hice. Me informó entonces de que, desde hacía algún tiempo, le había parecido que la oscuridad que nublaba un ojo se estaba volviendo menos densa; y que ahora estaba seguro de ello.

Él y yo subimos a Londres. Recibió el consejo de un eminente oculista; y finalmente recuperó la vista de ese único ojo. Ahora no puede ver con mucha claridad; no puede leer ni escribir mucho; pero puede encontrar su camino sin que lo lleven de la mano. El cielo ya no es un vacío para él, la tierra ya no es un hueco. Cuando le pusieron a su primogénito en brazos, pudo ver que el niño había heredado sus propios ojos, como eran antes: grandes, brillantes y

negros. En esa ocasión, de nuevo, con el corazón lleno, reconoció que Dios había atemperado el juicio con la misericordia.

Mi Edward y yo, pues, somos felices; y más aún, porque aquellos a quienes más amamos son felices igualmente. Diana y Mary Rivers están ambas casadas. Alternativamente, una vez al año, vienen a vernos y nosotros vamos a verlas. El marido de Diana es un capitán de la marina, un oficial gallardo y un buen hombre. El de Mary es un clérigo, un amigo de la universidad de su hermano y, por sus logros y principios, digno de la conexión. Tanto el Capitán Fitzjames como el señor Wharton aman a sus esposas y son amados por ellas.

En cuanto a St. John Rivers, dejó Inglaterra; se fue a la India. Entró en el camino que se había marcado; todavía lo sigue. Un pionero más resuelto e infatigable nunca trabajó en medio de rocas y peligros. Firme, fiel y devoto, lleno de energía, celo y verdad, trabaja por su raza; despeja su doloroso camino hacia la mejora; derriba como un gigante los prejuicios de credo y casta que lo obstaculizan. Puede que sea severo; puede que sea exigente; puede que sea ambicioso todavía; pero la suya es la severidad del guerrero Gran Corazón, que protege su convoy de peregrinos del ataque de Apolión. La suya es la exigencia del apóstol, que habla solo por Cristo cuando dice: «El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame». La suya es la ambición del gran espíritu maestro, que aspira a ocupar un lugar en la primera fila de los que son redimidos de la tierra, que están sin mancha ante el trono de Dios, que comparten las últimas y poderosas victorias del Cordero, que son llamados, y elegidos, y fieles.

St. John no está casado; ya no se casará nunca. Él mismo ha bastado hasta ahora para la tarea, y la tarea se acerca a su fin. Su glorioso sol se apresura a su ocaso. La última carta que recibí de él arrancó de mis ojos lágrimas humanas y, sin embargo, llenó mi corazón de alegría divina. Él anticipaba su recompensa segura, su corona incorruptible. Sé que la mano de un extraño me escribirá la próxima vez para decir que el siervo bueno y fiel ha sido llamado por fin al gozo de su Señor. ¿Y por qué llorar por esto? Ningún temor a

la muerte oscurecerá la última hora de St. John. Su mente estará despejada, su corazón intrépido, su esperanza segura, su fe firme. Sus propias palabras son una promesa de ello:

«Mi Maestro», dice, «me ha prevenido. Diariamente anuncia con más claridad: "¡Ciertamente, vengo en breve!". Y cada hora yo respondo con más avidez: "¡Amén; sí, ven, Señor Jesús!"».

Fin

¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

Descubre nuestra colección de libros gratis de dominio público en castellano en nuestra web